
Isabel de España
William Th. Walsh
PALABRA

William Th. Walsh

Isabel de España



PALABRA

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

La versión original de este libro apareció en Sheed & Ward, con el título:
ISABELLA OF SPAIN

Traducción
Gloria Esteban Villar

Ilustración de portada:
Isabel la Católica,
de Luis de Madrazo (1825-1897)

Fotografía:
Oronoz

Diseño de cubierta: José Luis Saura
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9840-974-1

A MI PADRE
EN AGRADECIDA MEMORIA

PRESENTACIÓN

Para comprender la Historia e interpretarla correctamente, es necesario conocer bien todas las circunstancias que rodean los hechos y penetrar en la mentalidad de los hombres que fueron sus protagonistas, entendiendo su escala de valores y sus ideales. No debemos aplicar a cualquier época pasada nuestros criterios actuales, aunque, por supuesto, comprender no significa aprobar sin restricciones cuanto hicieron los hombres del pasado. Tampoco sería objetivo condenarlo todo, sin tener en cuenta que nadie consigue estar por encima de las ideas de su tiempo, siempre influyentes en los juicios y opiniones.

Los Reyes Católicos no están hoy de moda: el establecimiento de la Inquisición y la expulsión de los judíos son, para muchos, negros lunares que empañan su memoria. Incluso el haber ayudado a Colón e iniciado la colonización española en las Antillas, se consideran también como hechos reprobables. Precisamente por todo esto merece la pena que fijemos nuestra atención en una época crucial de nuestra Historia, oyendo no sólo el juicio negativo de sus detractores, sino el parecer de quienes sostienen otras opiniones.

El autor de este libro es un hispanista católico norteamericano, ya fallecido, que fue periodista en su juventud y luego profesor. W. Th. Walsh se sintió pronto atraído por la Historia de España, y en 1930 publicó en inglés la obra que ahora presentamos, traducida al francés en 1932, antes de que apareciera la primera edición castellana (Burgos, 1937), a la que siguieron tres, en el espacio de dos años. Buena prueba de su éxito. Una versión alemana apareció en 1938.

A *Isabel de España* siguió otro libro de Walsh sobre Felipe II aparecido en 1938, que ha tenido seis ediciones castellanas, la última en 1968. El autor se ha ocupado también de Santa Teresa de Ávila y de diversos personajes de la Inquisición española.

Aunque enmarcada cronológicamente por el nacimiento y la muerte de Isabel, esta obra es mucho más que una biografía, pues en ella se nos ofrece un completo resumen de la época. En los primeros capítulos W. Th. Walsh describe la situación de Castilla en el triste reinado de Enrique IV, en el que

discurren la infancia y la primera juventud de Isabel, marcadas por la compañía de una madre melancólica y depresiva. Por contraste, ella fue siempre de carácter firme, como lo demostró muy pronto, cuando su hermanastro Enrique trató de obligarla a casarse con don Pedro Girón, un hombre mucho mayor que ella, y hacia el que no se sentía atraída.

En la corrompida corte de Enrique IV, Isabel y su hermano menor Alfonso supieron mantenerse incontaminados, aunque doña Juana, la esposa del rey, intentó que siguieran las malas costumbres imperantes. Circunstancias que unos consideran fortuitas y otros providenciales, hicieron que Isabel llegara a ceñir la Corona de Castilla. La supuesta heredera de Enrique era llamada Juana la Beltraneja, en clara alusión a que su padre había sido Beltrán de la Cueva; ello unido al descontento general determinó que un poderoso grupo de nobles proclamara rey en Ávila al hermano de Isabel que entonces contaba doce años, y cuya repentina muerte dejó en primer plano a la joven princesa, que no quiso luchar contra su hermanastro y rehusó el trono que le ofrecían quienes habían proclamado a don Alfonso.

Las aventuras de Isabel y las románticas circunstancias que rodearon su matrimonio con Fernando, hijo de Juan II de Aragón, han inspirado más de una obra literaria. Fue éste un enlace en el que se fundieron venturosamente el amor y la razón de Estado, aunque no faltaron entre ellos algunas desavenencias, la primera cuando el rey pretendió asumir el gobierno de Castilla, por ser varón. Ella supo poner las cosas en su sitio y mantener sus prerrogativas, hechos que probablemente desconocen muchas feministas de hoy. Después ambos marcharon siempre de común acuerdo en el gobierno de sus reinos, aunque hubiera a veces divergencias de criterio en ciertas cuestiones.

Muerto Enrique IV, Isabel, a los veintitrés años, recibió la Corona castellana para reinar sobre un pueblo empobrecido, con una nobleza díscola y acostumbrada a prescindir de la autoridad real. Combinando dulzura y energía, la joven Reina fue dominando al estamento noble y conquistando para su leal servicio a hombres como el marqués de Cádiz, el duque de Medinasidonia y otros muchos, que fueron pronto piezas clave en la lucha contra los moros de Granada.

Supo también administrar justicia con mano firme, sin que le temblara el pulso para firmar sentencias de muerte, cuando correspondía de acuerdo con las normas penales de la época. Famosos fueron sus juicios en Sevilla, ciudad que estaba sumida en la anarquía. Cumpliendo la que era entonces primera

obligación de los reyes, se sentaba a diario en el tribunal para oír con toda atención las quejas de sus más humildes vasallos y sentenciar lo que ella creía justo. Así pacificó el Reino, en cuyas ciudades y caminos no existía la menor seguridad porque estaba todo a merced de los malhechores. La creación de la Santa Hermandad culminó esta obra, y Castilla empezó a prosperar, lo que permitió a Isabel pensar en la guerra contra el Reino de Granada, último reducto musulmán en España. Quería ella terminar la obra comenzada por don Pelayo, arrojando de la Península a los invasores.

En los reinos castellanos abundaban también los judíos, declarados u ocultos, pues muchos se fingían cristianos pero seguían profesando en secreto la ley mosaica. Hoy blasonamos de tolerancia, aunque ello no impide que veamos a diario brotes de xenofobia, en los que suele mezclarse un componente religioso. En la época de Isabel se consideraba generalmente la herejía como delito político, porque se pensaba que las diferencias religiosas atentaban contra la unidad del Estado. Por otra parte, los judíos eran odiados por el pueblo de tal modo que las medidas contra ellos, incluso su expulsión, fueron populares.

El autor nos da también una amplia visión de la política europea de los Reyes Católicos, que Isabel dejó en manos de su esposo, exceptuando lo relativo a los matrimonios de sus hijos, de los que ella, como buena madre no podía desentenderse. Los grandes proyectos que ambos soñaron se vieron una y otra vez truncados por la muerte, que fue destruyendo sus planes y causando heridas profundas en el ánimo de la Reina, a la vez que su cuerpo vigoroso se rendía, aunque el espíritu se mantuvo firme hasta el final.

Walsh va narrando los hechos por orden cronológico, pero a la vez sabe exponer con claridad cada proceso histórico, insertándolo en su lugar, con lo que el lector adquiere una buena visión de lo que sucedió en el medio siglo largo que duró la vida de la reina Isabel, en cuyo tiempo ocurren acontecimientos esenciales para la Historia de España y del mundo.

Me parece muy acertado su juicio sobre el Inquisidor General fray Tomás de Torquemada, figura tan falseada por muchos «interesados en desacreditar a España y a la Iglesia», y concluye que cuando se le estudia a fondo y sin prejuicios, aparece «como un hombre agradable, amable, trabajador, hábil y modesto, cuya ambición principal era imitar a Jesucristo».

Comparto también su opinión de que la Inquisición «evitó más muertes de las que causara», puesto que libró a España de las guerras de religión y de las muchas víctimas que en otros países se produjeron cuando se desató la

caza de brujas, que aquí no se dio precisamente por la intervención del Santo Oficio.

El autor dedica muchas páginas al asunto del llamado Santo Niño de La Guardia, cuyo martirio no pone en duda. Sin embargo, el mejor especialista actual en la época de los Reyes Católicos, Luis Suárez Fernández, afirma: «el proceso, que se conserva, sirve ante todo para convencer al que lo leyere de que el mencionado crimen ritual en un lugar de la diócesis de Toledo, nunca existió». (*Isabel, mujer y Reina*, Madrid, 1992, p. 207). Pero ello no debe influir en el juicio que se forme acerca de la expulsión, que hoy consideramos como un atropello a la libertad religiosa, mas no hay que olvidar que los criterios de aquel momento eran muy diversos, como ya se ha dicho.

En el reinado de los Reyes Católicos, tachados por tantos de oscurantistas, comenzó en España el Renacimiento de las artes y las letras. La imprenta, inventada pocos años antes, fue difundida ampliamente en nuestro país gracias a la protección de Isabel y Fernando. La vieja Universidad de Salamanca alcanza ahora las más altas cotas de su prestigio en Europa, y se fundan las Universidades de Valencia y Alcalá de Henares. La *Biblia Poliglota Complutense*, auspiciada por Cisneros, será un monumento imperecedero de la cultura española. Antonio de Nebrija o de Lebrija escribe la primera *Gramática* de la lengua castellana, y la Reina se rodea de humanistas como Lucio Marineo Sículo o Pedro Mártir de Anglería, y estudia ella misma latín en unión de sus damas. Isabel fue una mujer muy culta para su época, y lejos de ser retrógrada, se adelantó a su tiempo, por ejemplo en su actitud contraria a la esclavitud de los indios americanos.

La agilidad del estilo, que hace fácil y amena la lectura de esta obra, no le resta solidez, pues como podrá ver el lector, se manejan todas las crónicas del reinado de los Reyes Católicas. Los nombres de Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, Hernando del Pulgar, Pedro Mártir de Anglería, Marineo Sículo y otros, aparecen con frecuencia en las páginas de Walsh junto con una amplia bibliografía, que avalan sus afirmaciones, pero no podemos olvidar que la primera edición de esta obra apareció en 1930, y que los estudios históricos han avanzado mucho en los más de sesenta años transcurridos. No obstante, sigue siendo una obra válida, aunque se le puedan señalar algunos errores de detalle como decir que Fernando III el Santo llevaba en el arzón de la silla de su caballo «la marfileña imagen de la Virgen de los Reyes», que confunde con la llamada Virgen de las Batallas, también conservada en la catedral Hispalense.

Hay alguna afirmación que no comparto, pues aunque Menéndez Pelayo dice que la obra poética de Cervantes es de «no despreciable mérito literario» parece excesivo incluirlo, como lo hace Walsh, «entre los tres grandes poetas de España», junto a Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Dice también el autor que «Colón no iba a buscar una nueva ruta para el comercio, sino como un misionero explorador». Cualquiera que lea los planes colombinos, expuestos tanto en Portugal como en Castilla, podrá ver que lo que se buscaba era precisamente eso, una nueva ruta para traer a Europa los productos orientales, porque los avances de los turcos habían cortado el camino que seguían las caravanas. El ideal misionero sólo aparece en Colón cuando se ve ante los pobladores de las Lucayas y de las Antillas, a los que piensa que sería fácil convertir al cristianismo.

Igualmente es discutible su afirmación, compartida por otros historiadores, de que la despoblación de España debe ser atribuida a la emigración a Indias, cuyo volumen ha sido bastante exagerado por algunos. Olvida otro factor muy importante: las guerras europeas de los monarcas de la Casa de Austria, que consumieron muchas vidas de hombres jóvenes.

En resumen, y no obstante lo dicho, la obra de Walsh es ciertamente valiosa y merece ser reeditada, para contribuir a hacer luz sobre una época de la Historia de España hoy denigrada injustamente por algunos. Persona tan poco sospechosa de parcialidad en este aspecto como don Juan Valera, escribió estas palabras: «Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar, como en ciencia, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico y de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII». El pórtico de entrada a esa época fue el Reinado de los Reyes Católicos.

Sevilla, julio de 1993.

LOURDES DÍAZ-TRECHUELO
Catedrática Emérita de la Universidad de Córdoba

PRÓLOGO

Este libro intenta contar la extraordinaria historia de la reina Isabel de Castilla tal y como se desarrolló a ojos de sus contemporáneos y con el sangriento telón de fondo de su época. Se trata de un relato tan dramático, tan fascinante, que no necesita ser embellecido ni completado por los conocimientos –o los disparates– de otros tiempos. Explorar a la luz de una pseudo-ciencia el mundo interior de hombres y mujeres que llevan siglos muertos; destrozar con despiadada ironía todo lo que parece noble y generoso; considerar abiertas, como si fuéramos infalibles, las bisagras más ocultas de las puertas que dan paso a ese profundo santuario de la conciencia humana, inviolable hasta para un confesor... son oficios todos ellos que nunca me han gustado y para los cuales no me considero con talento. Y, si en alguna ocasión he caído inadvertidamente en cualquiera de las trampas que suele tender el vicio de la megalomanía, pido disculpas de antemano. Bajo la ingenua retórica de los cronistas del siglo XV existe material suficiente para lograr lo que Joseph Conrad llamaba la reproducción de la vibración vital y Michelet la resurrección de la carne; y ello sin tener que recurrir a ninguna interpretación subjetiva. Me ha parecido fundamental seguir las fuentes de modo objetivo, dejándolas hablar por sí solas en la medida de lo posible; porque, por extraño que pueda parecer, la vida de la protectora de Colón y madrina de América nunca se ha contado de forma coherente ni completa.

Durante casi un siglo, la biografía «oficial» ha sido la *Historia del reinado de Fernando e Isabel (History of the Reign of Ferdinand and Isabella),* de Prescott, un investigador perseverante y minucioso con quien tenemos contraída una gran deuda. Sin embargo, Prescott es incapaz de comprender el espíritu del siglo XV español, pues, a pesar de toda su erudición, no logra desterrar por completo los prejuicios típicos de un bostoniano de principios del XIX. Por otra parte, las investigaciones más recientes han descubierto nuevas fuentes (auténticos tesoros para el historiador) que él no llegó a conocer. De Llorente, a quien Prescott sigue ciegamente en el tema de la Inquisición, se ha demostrado no solamente su inexactitud, sino una deshonestidad completamente deliberada, por lo que no merece la confianza de ningún historiador serio. Muchos de los documentos

originales descubiertos por Lea[1] y los publicados por el Padre Fidel Fita en el Boletín de la Real Academia de la Historia de Madrid, sumamente valiosos, no han estado disponibles hasta medio siglo –o más– después de que Prescott escribiera su obra. Las investigaciones sobre Colón efectuadas por Harrisse, Thacher y tantos otros casi han logrado completar el retrato de un Descubridor más humano que legendario. Los estudios de Amador de los Ríos, el Dr. Meyer Kayserling y M. Isidore Loeb han arrojado nuevas luces sobre la historia de los judíos españoles. Bergenroth, por su parte, ha descifrado los documentos de Estado españoles (la mayoría seguían siendo un misterio cuando Prescott publicó su obra), lo cual nos proporciona un nuevo acercamiento a las relaciones que mantuvo Isabel con Francia, Inglaterra y el Sacro Imperio Romano.

Casi todas las biografías de Isabel escritas en inglés, y también algunas francesas, siguen las conclusiones de Prescott y adoptan su misma actitud, incluso las que han empleado fuentes posteriores. Por lo general, suelen abordar el siglo XV con un aire condescendiente –cuando no abiertamente hostil–: la peor actitud posible para un historiador, porque la condescendencia no actúa como una ventana, sino como un muro. A la hora de empezar a comprender a un personaje (representativo de su época), se debe sentir hacia él la suficiente simpatía como para ponerse en su lugar, mantener sus mismas creencias, disponer de idéntica información que él y sentir sus mismas emociones. Si se le sigue considerando un medieval ignorante cuyos defectos y pasiones uno no comparte, sólo se conseguirá de él una caricatura. Probablemente se le entenderá mejor si se parte de este planteamiento: «Veamos qué pensaba él acerca de sí mismo y del mundo y asumamos como hipótesis de trabajo que todo eso es verdad; en su lugar, ¿habríamos actuado de modo distinto?». La humildad es la madre de todas las virtudes, incluso para un historiador.

Por otra parte, si se quiere entender a una mujer con espíritu de cruzado que cambió el curso de la civilización y el aspecto del mundo entero (tal y como hizo Isabel), es esencial empezar por observar la situación de Europa igual que se presentaba ante sus ojos. Cuando nació Isabel, España aún no existía como nación: en conciencia, la reina era europea y cristiana antes que española.

Todos los cronistas de la época –Bernáldez, Pulgar y, una generación más tarde, Zurita– mantienen al lector informado acerca de lo que sucede no sólo en España, sino en todas partes de Europa (como un periódico americano o

británico recoge los acontecimientos de todo el mundo). Al escribir la historia de la ciudad de Segovia, Colmenares menciona la caída de Constantinopla. Porque la Cristiandad –es decir, la civilización europea en su totalidad– era para el hombre medio una entidad más real que los límites de la nación en la que vivía. Así y todo, parte de las biografías modernas de Isabel intentan dar la impresión de que la reina consideraba a Italia y a Francia algo tan remoto como es para nosotros Java. En consecuencia, comenzaremos a entender el mundo en que nació Isabel sólo cuando logremos recuperar su concepto de una civilización cristiana unida.

Se trataba de un mundo agonizante. El Occidente parecía un buque viejo devorado por el fuego y en peligro de naufragar bajo las olas de un islamismo victorioso. La Cristiandad apenas acababa de sojuzgar la barbarie que logró apagar la llama de Roma cuando se vio obligada a emprender una lucha titánica para salvar su propia existencia: y no solamente nos referimos a la Primera Cruzada o a la Cuarta que menciona nuestro relato, sino a la super-cruzada que mantuvo a Europa a la defensiva durante prácticamente mil años, desde principios del siglo VIII hasta finales del XVII. El fanatismo y el espíritu guerrero de nuestros antepasados medievales les vino impuesto por la continua necesidad de defenderse de enemigos igualmente fanáticos y aficionados a la guerra. A las migraciones bárbaras les sucedió la devastación de magiares y vikingos y, más tarde, la de los temidos musulmanes.

Cuando Isabel vino al mundo, los turcos habían paseado sus cimitarras por toda la Europa oriental, incendiándola y asesinando a sus hombres, mujeres y niños. Después de conquistar Asia Menor, marcharon hacia el Danubio, invadieron la baja Hungría y se apoderaron de gran parte de los Balcanes. En 1453, fecha en que Isabel sólo tenía dos años, tomaron Constantinopla, convirtiéndose en los amos de Grecia. Los Papas exhortaron a los príncipes cristianos a dejar sus disputas internas para unirse en defensa de la Cristiandad, a punto de ser destruida. Ellos, sin embargo, desoyendo los consejos de los Pontífices, continuaron con sus mutuas querellas. La Guerra de los Cien Años había dejado exhaustas a Francia e Inglaterra; cuando nació Isabel, tan sólo habían pasado unos veinte años desde el martirio de Juana de Arco. En Francia Luis XI se disponía a luchar contra los señores feudales; mientras que en Inglaterra estaba a punto de estallar la Guerra de las Dos Rosas, una guerra que desgarró a la nación durante más de una generación. Polonia se defendía en la frontera occidental de los saqueos de los barones germanos y en la oriental de los paganos de Lituania. Los supervivientes de

la región balcánica, de Albania y Hungría unían sus fuerzas en contra de la invasión musulmana. Italia se encontraba dividida en estados enemigos entre sí, de los cuales los principales (Roma, Nápoles, Génova, Florencia y Venecia) vivían rodeados de constantes luchas dinásticas y rivalidades comerciales, además de la corrupción provocada por una riqueza excesiva y por las costumbres paganas, resucitadas a la sombra del Renacimiento. Tan sólo a las naciones que luchaban en vanguardia les interesaba la llamada de los Pontífices Romanos. El emperador Federico III, dueño de toda la Europa central, perdía el tiempo proyectando jardines y cazando pájaros; y el rey de Dinamarca, por su parte, se entretenía robando de la catedral de Roskilde la plata donada para la cruzada. Mientras tanto, Mohamed II, el Gran Turco, y sus fieros guerreros amenazaban la costa oriental del Adriático, y parecía probable que llegara a hacer realidad la ambición de su predecesor, Bayaceto «el Rayo», de dejar pastar a sus caballos en el altar romano de San Pedro.

Por otra parte, hacía muchos años que los musulmanes dominaban una gran zona de Europa occidental, además de España. De las tres grandes penínsulas plantadas en el Mediterráneo por la Cristiandad como tres columnas, Grecia ya estaba en sus manos y se disponían a hacerse con Italia, mientras España llevaba ochocientos años transformada en un campo de batalla.

Hacía poco tiempo que los árabes musulmanes habían logrado someter y organizar bajo su yugo a los bereberes norteafricanos cuando los judíos españoles los invitaron a cruzar el estrecho de Gibraltar y conquistar el reino cristiano. La conspiración fue descubierta y los judíos severamente castigados. El segundo intento, sin embargo, consiguió triunfar justo cuando la monarquía visigótica se derrumbaba bajo el peso de su propia locura. «Hay un hecho indiscutible», dice la Enciclopedia Judía; «y es que los judíos, bien de forma indirecta, bien a través de sus correligionarios africanos, alentaron la conquista de España por parte de los musulmanes»[2]. En el año 709 el general árabe Tarik, al frente de un ejército de bereberes que comprendía también buen número de judíos africanos, cruzó el estrecho y, después de derrotar al rey Don Rodrigo en Jerez de la Frontera con ayuda de los traidores cristianos, sembró la muerte y la destrucción en toda la Península. Por dondequiera que pasaban, los judíos les abrían las puertas de las principales ciudades; de este modo, los africanos no tardaron en convertirse en los amos de toda España, a excepción del pequeño reino asturiano, situado en las montañas del norte, donde los cristianos supervivientes que se negaron a

abrazar la religión musulmana se unieron para reconquistar la tierra de sus padres.

Los bereberes se internaron también en Francia a través de las costas del Mediterráneo[3]. Una vez más, toda la cultura occidental se veía amenazada por el mismo enemigo (en efecto: por una rara coincidencia, fue la raza bereber la que, mil años antes, atravesó con Aníbal los Alpes para penetrar hasta el centro de Italia). El destino de la Cristiandad dependía de una única batalla.

En el año 732 la gloriosa victoria de Carlos Martel logró salvar nuestra civilización; España, sin embargo, continuó durante siglos perdida para la Cristiandad. Las iglesias cristianas se transformaron en mezquitas, las antiguas ciudades romanas en lugares de recreo de los califas. En el siglo X, Córdoba, gobernada por Abderramán III, era aun más bella que Bagdad; y, junto con Constantinopla, la ciudad más rica de toda Europa. En sus escuelas se enseñaba medicina, matemáticas y filosofía. En la misma época en que los cristianos del norte luchaban por el simple derecho a la vida, los califas disfrutaban de unas rentas mayores que las de todos los monarcas europeos juntos.

Aunque lenta y penosamente, animados por la esperanza que nacía de su fe, los caballeros cristianos se abrieron paso hacia el sur, hasta la tierra de sus antepasados. Gradualmente y a costa de mucha sangre derramada, lograron adueñarse de cinco pequeños estados cristianos: Castilla y León, en la gran meseta central; Navarra, a los pies de los Pirineos; Aragón (en su origen territorio franco) en el nordeste; y Cataluña (un vestigio de la antigua Marca Hispánica) en la costa oriental. En 1085 Alfonso VI de Castilla conquistó Toledo –aunque los sarracenos, reforzados gracias a las hordas almorávides venidas de África, lo derrotarían más tarde–. Alfonso Sánchez logró tomar Zaragoza y el sagrado lugar donde Santiago Apóstol construyera la primera iglesia cristiana de España. Aragón y Cataluña se unieron. En 1143 Portugal consiguió la independencia. Y entonces, en 1160, el fracaso militar de Alfonso VIII puso en peligro todo lo que se había ganado hasta entonces.

En ese momento crítico, la potente voz del Papa Inocencio III exhortando a toda Europa a unirse a la Cruzada española evitó una segunda catástrofe. Diez mil jinetes y cien mil soldados de infantería procedentes de Francia y Alemania llegaron a tiempo de reforzar los ejércitos de Castilla y Aragón. En 1212 (batalla de las Navas de Tolosa) vencieron a los poderosos sarracenos causando 20.000 bajas en su ejército. Aquello supuso el giro definitivo de

una cruzada que duraba años. En la generación siguiente, Fernando III el Santo reconquistó Córdoba, Sevilla, Jerez y Cádiz: la exuberante Andalucía, al sur de Castilla, se hallaba en sus manos. Al empezar el siglo XV, a los moros no les quedaba más que el reino de Granada. Se trataba, sin embargo, de la zona más rica, fértil y hermosa de España, poblada y amante de la guerra, con amplias zonas agrícolas y de pasto y protegida del ataque del enemigo gracias a la enorme fortificación natural formada por las blancas cumbres de Sierra Nevada. Granada y las ciudades que la rodeaban (prácticamente inexpugnables) exigían un ejército bien equipado y de unos 50.000 hombres. Pero aún más peligroso para la seguridad de los reinos cristianos era el hecho de que los moros podían obtener un número casi ilimitado de refuerzos y provisiones procedentes de los millones de musulmanes africanos... y en un plazo de tiempo sumamente breve. Mientras el Islam continuara manteniendo sus posiciones en España, nunca desaparecería el peligro de perder lo que se había logrado durante setecientos años de heroico esfuerzo.

Para evitar semejante catástrofe y con el fin de completar la reconquista, España necesitaba la unidad política de un gobierno autoritario. Pero dicha unidad se presentaba mucho más problemática que la que Luis XI comenzaba a emprender en Francia. También éste contaba con una arrogante nobleza feudal que suprimir, un Estado anárquico en el que instaurar el orden y una nación en bancarrota que hacer productiva. Sin embargo, tenía a su favor el hecho de que su nación estuviera constituida casi en su totalidad por una sola raza con una única religión. España, donde los judíos formaban un poderoso grupo minoritario reacio a toda asimilación, carecía de dicha unidad básica. En 1450 había solamente 200.000 judíos declarados que asistían a la sinagoga y a quienes se les había concedido plena libertad religiosa. Pero mucho más numerosos –al menos unos 2.000.000– eran los judíos que observaban en secreto los ritos y costumbres de la Antigua Ley al tiempo que exteriormente pretendían ser cristianos. A estos se les conocía con el nombre de «conversos» o cristianos nuevos. Los judíos de la sinagoga solían llamarlos «marranos» (del hebreo *Maranatha*, «el Señor viene») en clara alusión a su creencia (o fingida creencia) en la divinidad de Jesucristo. Exteriormente, los «conversos» se hallaban asimilados al resto de la sociedad: muchos estaban casados con miembros de las familias españolas de la nobleza; disfrutaban de todos los privilegios de los cristianos; y se habían hecho gradualmente con el poder político y económico e incluso con la

recaudación de impuestos. Pero el sentimiento general era el de que en los momentos críticos demostraban ser judíos de corazón, enemigos de Cristo y –como en el pasado–-, aliados de los moros semiorientales y circuncisos. Cómo lograr la fusión de elementos tan difícilmente mezclables como el agua y el aceite y conseguir la unidad capaz de transformar el caos en orden y de hacer retroceder hacia el Mediterráneo la poderosa línea de batalla del Islam: tal era el reto que se les presentó a los inmediatos antecesores de Isabel y que no lograron resolver. Se trataba de una tarea que, en la medida de lo posible, necesitaba un genio constructor de primer orden. Por una misteriosa cadena de circunstancias, por una serie de acontecimientos más románticos aún que los de cualquier ficción, dicha tarea recayó en manos de una mujer.

I
NACIMIENTO E INFANCIA DE LA INFANTA ISABEL
SU EDUCACIÓN
VIDA EN ARÉVALO

Isabel no nació como lo suelen hacer quienes visten el color púrpura. Era algo más que la hija del rey Don Juan II de Castilla y de su segunda esposa, Doña Isabel de Portugal; bajo el rosa y el blanco de su piel latía la sangre de cruzados y conquistadores, la sangre de Alfredo el Grande, de Guillermo el Conquistador, del férreo Enrique II Plantagenet y de la ardiente Leonor de Aquitania, de Eduardo I y Eduardo II de Inglaterra, del francés Felipe el Astuto y de Alfonso el Sabio de Castilla. Descendía por ambas ramas de Luis IX de Francia y de su primo Fernando III de Castilla, los dos reyes, cruzados y santos canonizados por la Iglesia. Y por ambas ramas también, paterna y materna, había recibido la sangre de los Lancaster: de Juan de Gante, hermano del Príncipe Negro. Sin embargo, su llegada a un mundo caótico, el 22 de abril de 1451, apenas produjo revuelo en la pequeña villa de Madrigal. Su padre, que estaba por entonces en Segovia, dio a conocer el suceso a través de una proclama: «Yo, el Rey... os hago saber que, por la gracia de Nuestro Señor, este jueves pasado la Reina, Doña Isabel, mi muy cara y bien amada esposa, ha dado a luz una hija; os lo digo para que podáis dar las gracias a Dios». La infanta fue bautizada pocos días después, sin demasiada pompa, en la iglesia de San Nicolás. Cuando las voces de sus padrinos resonaron entre los arcos y arabescos de la antigua iglesia, renunciando a Satanás y a todas sus obras en favor de la salvación de Isabel, no se presentó ningún profeta para anunciar que había nacido una de las mujeres más notables de la Historia.

Durante el largo y penoso confinamiento de su madre se produjeron algunos síntomas de envenenamiento que, aunque remitieron gracias a los antídotos, dejaron a la reina víctima de una depresión nerviosa crónica. En aquella época, en la que las enfermedades de los grandes a menudo se relacionaban con la perversidad de sus enemigos, fue inevitable que la gente murmurara el nombre de Don Álvaro de Luna, Condestable de Castilla y Gran Maestre de la Orden de Santiago; más aún cuando siempre se había

sospechado que este seductor gentilhombre, de reconocido talento, había asesinado a Doña María de Aragón, la primera esposa del rey, y a su hermana la Reina viuda Doña Leonor de Portugal.

Delgado, moreno y de facciones siniestras, ricamente cubierto de sedas y joyas y apuesto incluso en su edad madura, el sobrino del anti-papa Benedicto fue dueño absoluto del rey Don Juan y de toda Castilla durante una generación. Saqueó a la Corona con el fin de enriquecerse a sí mismo de un modo fabuloso; corrompió a la Iglesia mediante la concesión de beneficios a amigos suyos indignos de ellos; se ganó la antipatía de los nobles con su insolencia y su arrogancia; enfureció al pueblo cuando concedió privilegios y altas dignidades a judíos y moros; en su propio interés sembró la discordia en Aragón, en Navarra, en Francia y en Italia; y llevó una vida tan disoluta que muchos le culpaban de la decadencia moral que hizo famosa a la Corte. Fue por aquella época, según el cronista Palencia, cuando se iniciaron en Castilla ciertos «infames tratos obscenos», «que desde entonces han crecido vergonzosamente». Íntimo amigo y primer ministro del rey, dominaba a éste por completo. Le decía cómo debía vestir, qué tenía que comer e incluso cuándo debía visitar el dormitorio de la reina Doña María. Ciertas versiones lo han relacionado con los propios placeres del rey y mucha gente acusaba al Condestable de brujería; algunos decían que protegía la débil voluntad del rey de su falta de moderación; otros dudaban de la legitimidad de Don Enrique, el heredero del trono. Pero los rumores no alteraban al rey en absoluto con tal de ahorrarse las aburridas tareas de gobierno y de verse libre para satisfacer su pasión por la poesía y la música. Y es que, a pesar de sus debilidades, era un excelente protector de las bellas artes. Mariana lo describe como un hombre alto, muy rubio, de anchas espaldas y facciones desagradables, que hablaba poco y en voz baja, y aficionado a la caza, a las justas y a pocas cosas más.

Cuando la reina Doña Leonor fue desterrada de Portugal por su cuñado el Regente Don Pedro, visitó a su hermana la reina de Castilla; y Don Álvaro, que guardaba una estrecha amistad con Don Pedro, interpretó su presencia como un reto a su poder absoluto. La reina María murió tras una corta enfermedad que duró solamente tres días. Un cronista dice que se encontraron en su cuerpo unas manchas extrañas, «como las causadas por las hierbas». Su hermana falleció también de la misma misteriosa manera. Los enemigos de Don Álvaro tenían su propia opinión sobre estos hechos.

El rey, a quien por entonces había defraudado su hijo Enrique, pensó en

casarse de nuevo. La elección recayó en Fredegunda, hija de Carlos VII de Francia. Pero Don Álvaro tenía otros proyectos. De hecho, ya había arreglado el matrimonio de su señor con la joven princesa Isabel, prima hermana del rey Alfonso V de Portugal y sobrina del regente Don Pedro. El Condestable temía las repercusiones que una alianza con Francia pudiera acarrear a su posición. Por otro lado, su buen amigo Don Pedro sabría seguramente cómo influir en su joven e inexperta sobrina de la manera adecuada; y Don Álvaro abrigaba la esperanza de convertirla en un dócil instrumento para dominar al rey. Las mujeres siempre le habían encontrado irresistible.

Así pues, en 1447 llegó a Burgos una delicada princesa occidental, cuyo rostro habitualmente melancólico cobraba una extraordinaria hermosura cuando alguna emoción brillaba en él, como sucede con las vidrieras góticas iluminadas por el sol. Era hija del infante Don Juan, el último hijo de Juan el Grande de Portugal; y su abuela Felipa, una de las hijas de Juan de Gante. El recibimiento fue espléndido, incluso para un pueblo cuya debilidad eran las bodas reales. Se celebraron bailes, banquetes, discursos, corridas de toros, torneos y procesiones de antorchas. Don Álvaro se había ocupado de todo.

Pero Isabel había crecido en la Corte de un monarca poderoso y tenía ideas muy claras sobre cómo debía ser un rey. ¿Su esposo el esclavo de un súbdito altivo? ¡Era algo intolerable...! Le resultaba impensable que nadie tuviera la intención de organizar su vida. Y en cuanto Don Álvaro, con su sonrisa más encantadora, se inclinó ante ella, Isabel leyó en su corazón; entonces, comprendiendo que ese hombre de suaves maneras, cuyo tacto le recordaba al de una repugnante serpiente, intentaría destruirla en cuerpo y alma, a no ser que ella le destruyera a él, decidió sin vacilar que debía ser él el destruido.

Para mayor desgracia del Condestable, el rey Don Juan se enamoró de su joven esposa. Creyendo a pies juntillas la predicción de un adivino, que le aseguraba llegaría a los noventa años, y encontrándose aún, a sus cuarenta cumplidos, apuesto y seductor, se entregó a los placeres del amor y de la comida sin dar parte a Don Álvaro de sus entradas y salidas. La reina, a su vez, comenzó a sentir por él ese afecto que los hombres amables, pero de débil voluntad, a menudo inspiran a las mujeres de carácter enérgico. Piadosa, activa e incapaz de actuar en contra de sus propios principios, Isabel pronto dejó sentir su influencia sobre los nobles, quienes conspiraban sin descanso contra Don Álvaro, incluso después de la derrota que éste les había infligido en Olmedo. La sospecha de que Don Álvaro había intentado

envenenarla después del nacimiento de la infanta Isabel animó a la reina a precipitar su caída. Cuando su hija contaba tres años, Isabel dio a luz a Alfonso y, mientras éste se encontraba todavía en su vientre, vio cumplido su deseo.

La ocasión se la proporcionó el asesinato de Don Alfonso Pérez de Vivero, chambelán del rey, a quien Don Álvaro, enfurecido porque había dejado su partido por el de la reina, hizo defenestrar la tarde del Viernes Santo de 1453. Este hecho confirmó ante la opinión pública que el Condestable tenía de católico solamente el nombre y que, por el contrario, se inclinaba hacia la brujería; la indignación del pueblo alcanzó entonces su punto culminante. La reina se aprovechó de ello para aumentar su propio ascendiente sobre el rey y le indujo a enviar a Don Álvaro preso a Valladolid, donde un tribunal, compuesto de enemigos, le esperaba para juzgarle. En momentos tan decisivos fue cuando algunos de los conversos a quienes el Condestable había elevado al poder se pusieron, con manifiesta ingratitud, de parte de la reina[1].

Don Álvaro continuó demostrando tanta impasibilidad y confianza en los momentos de adversidad como demostrara mientras estuvo en el poder. Sabía que, si lograba hablar con el rey, aunque sólo fuera cinco minutos, su encanto personal conseguiría el perdón. Así había ocurrido en más de una ocasión. Nadie sabía mejor que él lo que le costaba a Don Juan castigar a alguien; de hecho, en cierta ocasión él mismo le había aconsejado no hablar con nadie a quien previamente hubiese condenado. La reina se encargó de recordarle a su esposo tan sabio consejo cuando este dudaba en conceder o no una audiencia al Condestable. Apoyada por quienes temían las represalias de Don Álvaro si recobraba el poder, exhortó al rey en nombre de Castilla, de su amor, de sus hijos, en nombre del Dios desafiado durante tanto tiempo por el De Luna, para que demostrara, ejerciendo la justicia, que sabía ser un auténtico rey. Se dice que, durante el proceso, Don Juan llegó a firmar dos veces la absolución de su amigo, pero la reina evitó que le diera curso censurándole su conducta y no separándose de él ni un momento. Cuanto tuvo que ratificar la sentencia del tribunal, las lágrimas del rey cayeron sobre el papel.

Mientras tanto, en la parda ciudad de Valladolid, con una prisa casi indecente, se daba fin a los preparativos de la ejecución. Así, a las ocho de la mañana del 2 de junio, la muchedumbre se arremolinaba frente a un alto patíbulo cubierto de terciopelo negro, coronado por un crucifijo y un tajo. Sobre este fondo negro, de pie y acariciando el gran sable de los Reyes de

Castilla, se destacaba la esbelta figura del verdugo, enmascarado, silencioso y vestido de color escarlata. La plaza estaba prácticamente repleta de campesinos, pastores e hidalgos ricamente ataviados que se habían apresurado a alcanzar los mejores sitios para contemplar la ejecución de su señor. Al sonido de una trompeta se unió el de los tambores, mientras por la calle Mayor avanzaba una pequeña procesión, encabezada por un heraldo con una alegre capa y un tabardo, que proclamaba en voz alta los terribles crímenes de Don Álvaro de Luna, y a quien seguían dos filas de soldados con corazas y cotas de malla; por último, el Gran Maestre, imperturbable y montado en una mula, calzado con zapatos de tacón alto y hebillas de diamante y embozado hasta la barba en un largo manto castellano. Junto a él marchaba su confesor.

El reo desmontó de la mula, contempló con serenidad la brillante asamblea de amigos y curiosos, esbozó una sonrisa como diciéndose que no se podía esperar otra cosa de la naturaleza humana y, con paso firme, se dirigió hacia el hombre vestido de escarlata. Nunca había parecido el Condestable tan noble y tan apuesto como cuando levantó la cabeza y fijó sus ojos negros y pensativos sobre la muchedumbre. Un murmullo de admiración y de piedad se extendió entre la multitud; a lo cual respondió Don Álvaro colocando la mano sobre el corazón e inclinándose ante ellos galantemente. Tras algunas palabras cruzadas con su confesor, aflojó la cuerda que rodeaba su cuello y puso su capa en manos de su paje Morales; entonces se pudo vislumbrar sobre su pecho la cruz de Santiago, el emblema de la Gran Cruzada que él mismo había sacrificado a su avaricia y ambición. Confió también a su paje su sombrero y le dio su anillo como recuerdo. Quizá dirigió su mirada hacia la estrecha callejuela con la esperanza de ver aparecer al mensajero del rey; quizá comenzó a dudar entonces de las promesas hechas por sus astrólogos; pero ninguna emoción su reflejó en su rostro cuando, volviéndose hacia los espectadores, deseó con voz atronadora felicidad y prosperidad para el rey y para el pueblo castellano. Los rayos del sol hacían brillar sus negros cabellos, las joyas de sus pies y de su pecho y el acero del sable del verdugo. Don Álvaro clavó su mirada en el tajo y en el sable y sacó del pecho una cinta negra que tendió a su ejecutor para que le atara con ella las manos. Después se arrodilló ante el crucifijo y rezó piadosamente. Como el morir del viento sobre un campo de trigo, así se abatió sobre la muchedumbre un profundo silencio. El Gran Maestre colocó la cabeza en el tajo. El hombre de escarlata hizo un movimiento felino y el acero

relampagueó. La plaza estalló en gritos y gemidos y la cabeza rodó entre el polvo. «¡Castilla! ¡Castilla por el rey Don Juan y su esposa Doña Isabel!».

Había llegado la hora de la victoria para la reina, pero el cáliz de su triunfo fue amargo, porque al rey le asaltaron remordimientos de conciencia y pasó el resto de sus miserables días reprochándose el trágico final de su amigo. Ni siquiera el nacimiento de su hijo Alfonso, acaecido el 15 de noviembre de 1454, le procuró consuelo ninguno. Y, tras un indolente reinado que había durado 48 años, murió al siguiente mes de julio, lamentándose así: «Hubiese Dios querido que yo hubiese nacido hijo de un obrero mejor que hijo de un rey». Había alentado el arte y las letras; había concedido poder y privilegios a los judíos; y fue el padre de una princesa en la que se unieron la inteligencia paterna y la férrea voluntad materna para conformar su grandeza. La Historia aún guarda un recuerdo más de él: su magnífica tumba en la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos.

Después del funeral y de la coronación del nuevo rey Enrique IV, la Reina viuda, junto con sus dos hijos, abandonó la Corte y fijó su residencia en el pequeño castillo de Arévalo, en Castilla la Vieja. Alfonso era por entonces un niño de pecho; y la infanta Isabel una rubia niña de tres años, voluntariosa, de anchas espaldas y fuertes piernas, que contemplaba el mundo con la mirada escrutadora y franca de sus grandes ojos azules, moteados de brillantes reflejos verdes y dorados.

La tristeza que se había abatido sobre la reina tras el nacimiento de Isabel se convirtió a partir de entonces en algo habitual. Después de que muriera el rey, casi nunca se vio libre de alguna enfermedad o angustia. La renta que debía percibir de su hijastro Enrique, que nunca había sentido demasiado aprecio por ella, llegaba de un modo tan irregular que la familia se vio a menudo privada incluso de lo imprescindible. Cuanto más escasos eran los recursos, mayor era la piedad de la reina, que buscaba consuelo en la religión y gastaba la poca energía que le quedaba en la educación de sus hijos. Isabel tenía el recuerdo de su madre yaciendo enferma en la cama; o bien vestida de blanco luto y llorando la muerte del rey; o arrodillada en la capilla guardando la debida reverencia al Huésped celestial.

La niña recordaba también vagamente, aunque como algo terrible, la ejecución de Don Álvaro de Luna, de la que tanto se habló y que fue recogida y cantada en coplas populares. Asimismo, guardaba en la memoria el momento en que, a la edad de seis años, se le comunicó que el rey Enrique planeaba casarla con el príncipe Fernando, el segundo hijo del rey de Aragón,

que contaba por entonces cinco años. ¡Fernando! Aquel nombre tenía el sonido del repique de una campana en un lejano país de romance. Era algo extraño ser la prometida de un príncipe al que jamás había visto.

Fue en Arévalo donde se fraguó la primera amistad de Isabel, que duraría hasta el día de su muerte. Beatriz de Bobadilla tenía su misma edad y era la hija del gobernador del castillo. Beatriz era morena y extrovertida; la rubia Isabel, reservada y extraordinariamente madura para su edad. Ambas se hicieron inseparables. Juntas jugaban en los jardines privados del Alcázar, juntas aprendieron a leer al lado de la reina y juntas se acercaron hasta el altar para recibir en la misma capilla la Primera Comunión. A veces montaban a caballo en compañía del gobernador y de sus tropas y atravesaban la pequeña ciudad amurallada en dirección a la llanura suavemente ondulada, sembrada de campos de trigo y azafrán hasta donde la vista alcanzaba –el trigo del color de los cabellos de Isabel; el azafrán, impregnando la brisa con su aroma–. Junto a las orillas de los meandros del río Araja pastaban las vacas y los caballos. Más allá de esas fértiles tierras se extendía un desierto llano, desnudo de vegetación pero repleto de misterios temibles para la imaginación infantil. Las luces y las sombras se alternaban en aquella meseta de franjas onduladas como las olas de un gran océano oscuro.

Algunas veces cabalgaban hasta Medina del Campo, donde tres veces al año se celebraba la feria más importante de España; hasta allí acudían mercaderes procedentes del sur de Europa para comprar las maderas y los granos castellanos y los briosos novillos, caballos y mulas andaluces. Se reunían en Medina caballeros de Aragón, marineros catalanes, montañeses de Guipúzcoa, moros de Granada cubiertos con sus turbantes, granjeros castellanos de ojos azules, judíos de largas barbas y levitas negras, campesinos de Provenza y del Languedoc, a veces incluso alemanes e ingleses. A Isabel le interesaba la gente, pero no tanto como los caballos. Antes de cumplir los diez años, la infanta desterró la mula que prescribía la etiqueta para las mujeres y los niños y la sustituyó por un fogoso caballo. Esos días dedicados a la equitación la hicieron fuerte, valerosa, robusta, infatigable y recia ante el sufrimiento: una joven vigorosa con un cutis delicadamente rosado y una boca firme cuya mandíbula inferior ligeramente pronunciada reflejaba un carácter y una energía desusadas. Se convirtió además en una intrépida cazadora, iniciándose primero con la liebre y el gamo para acabar persiguiendo jabalíes salvajes; cierta vez llegó incluso a matar un oso de considerable tamaño con su jabalina. También su hermano

Alfonso aprendió a manejar la espada y a luchar con lanza.

Isabel carecía de cualquier conocimiento de la lengua latina, pero el resto de su educación fue sólida y estuvo bien dirigida. Aprendió a hablar castellano con una elegante modulación y a escribirlo con un toque distinguido. Estudió gramática y retórica, pintura, poesía, historia y filosofía. Bordaba complicados dibujos moriscos sobre terciopelo o paño de oro y sabía iluminar los caracteres góticos de las hojas de pergamino de su devocionario. En la catedral de Granada se conserva un misal ilustrado por ella misma y algunas banderas y ornamentos de su capilla. De su padre heredó la afición a la poesía y hacia su favorito, Juan de Mena, probablemente el Dante español. Sus maestros, formados en la Universidad de Salamanca, le transmitieron la filosofía de Aristóteles, sobre la que Santo Tomás de Aquino había construido la gran síntesis que se convirtió en el pilar de la enseñanza medieval.

La novela alegórica *Visión deleitable*, escrita hacia 1461 por el Bachiller de la Torre para el príncipe Don Carlos de Viana (segundo prometido de Isabel), nos proporciona algunas ideas sobre las técnicas educativas de aquella época. El protagonista declara en la novela: «El movimiento es la causa del calor»; y desde ese punto comienza a discurrir por qué hay manchas en el sol, por qué sopla el viento, a qué se deben los cambios de clima, por qué existen distintos minerales, qué provoca la reacción de los sentidos: el oído, el gusto, el olfato; por qué unas plantas son más grandes que otras; las propiedades de las medicinas... ¡toda esta mezcolanza bajo la forma de una novela! En España eran conocidas las tragedias de Séneca. Uno de los primeros libros publicados después de la introducción de la imprenta en España, durante el reinado de Isabel, fue la traducción hecha por Alonso de Palencia[2] de las *Vidas* de Plutarco, junto con la *Historia* de Josefo, del mismo traductor. Las versiones españolas de la *Odisea* y la *Eneida* ya estaban ampliamente difundidas en la Corte del hermano de Isabel. Los libros de medicina y cirugía, así como los dibujos de anatomía, eran bastante normales en un país donde los judíos destacaron durante tanto tiempo en aquellas artes. A través de los *Cancioneros*, tan del gusto de su padre, Isabel evocaba los heroicos días de sus antepasados en las Cruzadas; y con ayuda de las crónicas contemporáneas su aguda inteligencia y su desbordante imaginación sabían dibujar el cuadro del aterrador y fascinante mundo que le había tocado vivir.

Siendo hija de un rey y hermanastra de otro, es prácticamente seguro que plantearía a su madre algunas preguntas ineludibles. ¿Qué clase de hombre

era Don Enrique IV? ¿Qué hechos estaba llevando a cabo para resucitar las glorias de San Fernando o de Alfonso el Sabio? ¿O para restañar las heridas que las lujosas botas de Don Álvaro habían estampado en la faz de Castilla, harta ya de guerras y de favoritos?

De vez en cuando, Su Majestad visitaba a sus parientes en Arévalo. Isabel recordaba una de sus llegadas, acompañado del Marqués de Villena y de su hermano, Don Pedro Girón. Como pudo saber más tarde de su madre, ambos caballeros eran compañeros inseparables del rey a la par que sus «criados», es decir, sus consejeros en todos los asuntos y los dos personajes más importantes del reino. Ésta era quizá la razón de que ofrecieran un aspecto aun más magnífico que el del propio Don Enrique. Iban vestidos con finísimas sedas tejidas con paño de oro, grandes y deslumbrantes joyas y pesadas cadenas también de oro primorosamente trabajadas por los forjadores cordobeses. A su lado el rey parecía insignificante. Alto, desgarbado y de torpes movimientos, vestía con descuido un largo manto de lana y, en lugar de calzar sus pies con las típicas botas de los caballeros de Castilla, lucía en sus pequeños y delicados pies, llenos de barro, unos borceguíes como los de los moros, que conferían un aspecto muy particular al final de sus largas piernas. Sin embargo, su rostro llamó la atención de la joven princesa aún más que sus ridículas ropas y sus familiaridades con los criados. Tenía la piel muy blanca y bastante hinchada. Sus ojos, azules y extraordinariamente grandes, eran distintos de los de cualquier otra persona. De resultas –se decía– de una caída cuando no era más que un niño, se le había roto la nariz, ancha y chata. Junto al nacimiento de este órgano tan prominente salían dos arrugas que se enroscaban de una manera más que peculiar con sus espesas cejas. Su barba era enmarañada y moteada de reflejos castaños y crecía de un modo tan raro que, al mirarle de perfil, parecía tener el rostro cóncavo. Pero eran sus ojos lo que uno no podía dejar de contemplar sin asombro. Miraban con tristeza, con un desconcierto e inquietud tan permanentes que causaban cierta desazón en el observador. ¿A qué le recordaban? El capellán de Enrique, que escribiera un panegírico de él tras su muerte, señalaba que el rey era «feroz casi a semejanza del león; cuyo acatamiento ponía temor a los que miraba»[3]. Sin embargo, al cronista Palencia no le recordaba en absoluto a un león. Por el contrario, le encontraba cierto parecido con uno de aquellos monos que Isabel había visto alguna vez, encerrados en una jaula de madera, en la feria de Medina del Campo. Efectivamente: sus ojos saltones y brillantes, de aspecto avergonzado, eran exactamente como los de un

mono[4].

Su Majestad habló de varios temas volviéndose a menudo a recabar el asentimiento del Marqués de Villena, quien se inclinaba respetuosamente o bien aventuraba alguna palabra con su leve tartamudeo. Si por suerte –o por desgracia– este caballero hubiese nacido un poco más tarde, no hay duda de que lo habrían calificado de auténtico «self-made man»; en la época del rey Don Juan, en efecto, no era más que un tal Juan Pacheco, un simple paje introducido en la Corte por Don Álvaro de Luna. Aunque se trataba de un cristiano practicante, por sus venas –como por las de tantos otros– corría la sangre de los judíos que el gran Condestable había elevado al poder; era, por ambas ramas, descendiente del judío Ruy Capón[5]. Y, sin embargo, fue, junto con otros conversos de la Corte, uno de los que cooperó en la caída de su protector. El príncipe Enrique, cuya llegada al trono se vio acelerada gracias a esto, recompensó a Pacheco nombrándole Marqués de Villena, así como su íntimo amigo y consejero.

De aquellos tres hombres era el de Villena el más favorecido: había vivacidad en sus ojos astutos y su barba y bigote estaban tan cuidadosamente rizados que resultaban indiscutiblemente fascinantes. Por otra parte, despedía un embriagador perfume a ámbar. Su nariz era grande y aquilina, ganchuda y afilada. Y, quizá demasiado pegada a ésta, una boca estrecha y de labios pronunciados otorgaba a toda la cara una expresión curiosamente angelical. A ambos lados de la boca el bigote, peinado con esmero, caía un tanto melancólicamente para luego levantarse de súbito en dos puntas graciosas y despreocupadas. El Marqués, cuando quería, sabía ser encantador; y en esta ocasión resultaba francamente seductor.

Su hermano, Don Pedro Girón, era también un miembro de ese numeroso grupo de castellanos conocidos con el nombre de «conversos» o cristianos nuevos. Sin embargo, debía de tener pretensiones de pasar por cristiano, pues de otro modo no hubiera conseguido alcanzar el cargo de Gran Maestre de la ilustre Orden Militar de Calatrava, fundada por dos monjes cistercienses y consagrada a la Regla de San Benito. Era un hombre suave y empalagoso y, probablemente, también sensual y apasionado. Apenas si fijó la mirada en la reina, pero sus ojos se posaban una y otra vez en la fresca belleza de la joven princesa, con ese atrevimiento que hacía a las mujeres sentirse desnudas en su presencia.

Una vez se hubieron marchado el rey y los dos caballeros, Isabel encontró a su madre en sus habitaciones, hecha un mar de lágrimas. Quizá

debería haber adivinado que aquella regia visita estaba relacionada con ella, pero era demasiado joven para que nadie le explicara la ultrajante proposición de matrimonio que, hacía algún tiempo, Don Pedro dirigiera a la reina, apoyado –según él mismo decía– por el propio rey Don Enrique[6].

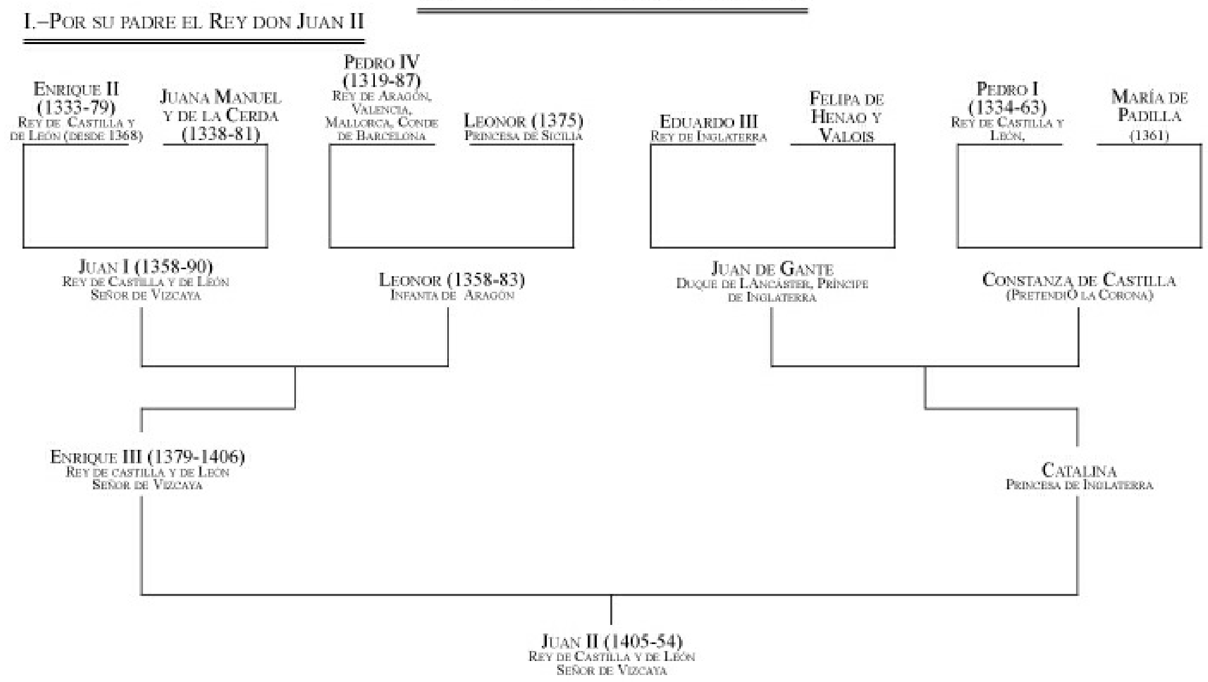
II
ENRIQUE IV ENVÍA A LA INFANTA AL EXTRANJERO
LA VIDA DE ISABEL EN LA CORTE
EL CABALLERO BLANCO

Cuando ascendió al trono en 1454, Enrique IV recibió el sobrenombre de «el Liberal»; y era, en efecto, liberal en el más amplio sentido del término. Su desdén hacia todos los asuntos prácticos o materiales no carecía de una cierta grandeza. Sus favoritos no tenían más que pedirle dinero o tierras pertenecientes a la Corona para ver sus deseos cumplidos al instante. Ordenaba construir castillos, monumentos y monasterios en cualquier lugar y momento que se le antojase. Firmaba cédulas e importantes papeles de Estado sin tan siquiera leerlos. A sus amigos les daba bonos sobre el Tesoro sin señalar ninguna cantidad determinada, dejando que fueran ellos mismos quienes la fijaran; y, cuando uno de sus tesoreros puso ciertas objeciones a lo que hacía, Don Enrique lo mandó callar con uno de sus regios aforismos: «En vez de acumular tesoros, como una persona privada, un Rey debe gastarlos en bien de sus súbditos. Yo doy dinero a mis enemigos para hacerlos mis amigos, y doy dinero a mis amigos para evitar que se vuelvan mis enemigos». Era una cuestión muy sencilla.

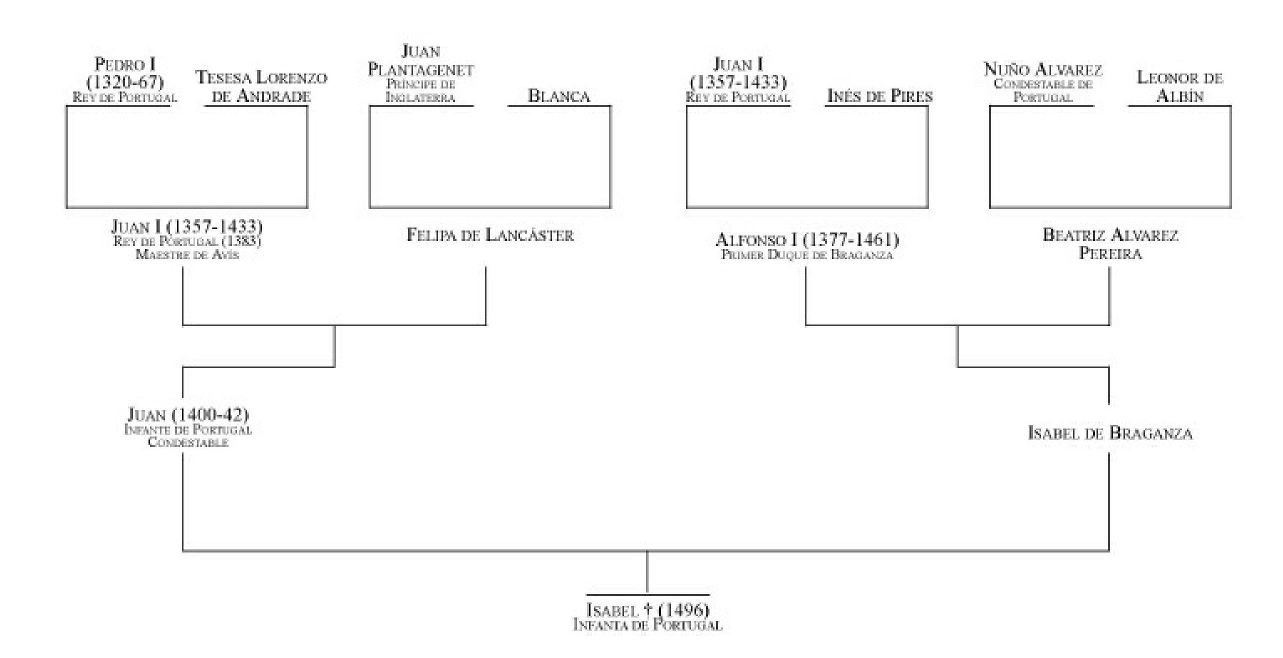
Y no sólo se mostraba generoso con sus propiedades, sino también con las ajenas. A su amigo Pacheco le regaló gran parte de los terrenos del rey Don Juan de Aragón, adquiridos por Don Enrique como garantía de un empréstito. La sonrisa del Marqués fue en aquella ocasión más angelical que nunca, pero hubo quien pensó que la generosidad del rey había sido desperdiciada. Sin embargo, un monarca con una filosofía semejante podía estar seguro de tener amigos mientras sus fondos no se agotasen.

Ascendencia de Doña Isabel la Católica

I.–Por su padre el Rey don Juan II



II.–Por su madre Doña Isabel



Ni las opiniones ni la conducta de Enrique el Liberal se hallaban demasiado próximas a la ortodoxia. Elegía sus compañías habituales de entre los moros, los judíos y los cristianos renegados; es más, cualquiera que

ridiculizara la religión cristiana podía estar seguro de obtener, si no una pensión, al menos una sonrisa por parte de Su Majestad. Entre los que a diario compartían la mesa del rey, uno de los pasatiempos favoritos consistía en inventar nuevas blasfemias, a cual más original, al tiempo que se contaban chistes obscenos sobre la Virgen o los santos. El rey asistía a Misa, pero jamás recibía la Comunión o se confesaba. Si sus relajadas costumbres eran vistas con agrado por los enemigos de la Iglesia, la realidad era que ofendían al conjunto del pueblo, católico en su mayoría. Pocos años más tarde se dirigió a Don Enrique una petición de parte de los principales nobles y dignatarios cristianos, así como de los prelados, que decía así: «Es especialmente notorio que hay en vuestra Corte, en vuestro palacio y alrededor de vuestra persona individuos infieles, enemigos de nuestra Santa Fe, y otros cristianos solamente de nombre, cuya fe es verdaderamente dudosa, especialmente aquellos que dicen y afirman que no hay otra vida sino ésta, en la que nacemos y morimos como bestias; y siempre hay gentes blasfemas y renegadas... que Vuestra Señoría ha elevado en sus reinos a honores y dignidades».

La guardia mora que constantemente acompañaba a Don Enrique, y a quien éste pagaba con más liberalidad que a sus propias tropas cristianas, no ayudaba precisamente a aumentar su popularidad en un país donde los cristianos, durante siete siglos de una guerra casi ininterrumpida, habían ido reconquistando penosamente sus tierras a los moros; y donde, por otra parte, subsistía el miedo a una posible invasión morisca –más cuando en 1455, segundo año del reinado de Don Enrique, Mohamed «el Pequeño» había devastado la Vega, una fértil llanura de la Andalucía cristiana–. No era, pues, de maravillar que en aquel país de cruzados el paso del rey, a la cabeza de sus guardias sarracenos, fuera seguido de maldiciones pronunciadas en voz baja.

A Don Enrique no le agradaba la guerra; al contrario, era un pacifista convencido. Jamás se cansaba de decir que aborrecía el derramamiento de sangre. Junto a esta característica, poseía otra en la que se adelantó considerablemente a su tiempo: la simpatía, rayana en el afecto, que sentía por los criminales. Le era tan penoso ordenar la condena de un ladrón o de un asesino que procuraba evitarlo a toda costa. De hecho, su tolerancia hacia los enemigos de la sociedad era de sobra conocida, hasta el punto de que un borrachín salteador de caminos llamado Barrasa se puso valientemente en presencia del rey para contarle cómo él y otro bandolero, Alonso «el Horrible», tras asesinar a un viajero, le habían arrancado la piel del rostro con

el fin de dificultar su identificación. El rey, encantado de tanta ingenuidad, nombró a Barrasa su escudero. Algo parecido sucedió con un renegado, Bartolomé del Mármol, quien en compañía de otros cristianos renegados cometió todo tipo de atrocidades, entre las que se contaba la muerte y mutilación de cuarenta cristianos; cuando intentaba entrar en su pueblo, los habitantes se amotinaron y lo arrojaron al bosque; el rey Enrique, sin embargo, lo acogió y le dio un puesto en la guardia mora.

Desgraciadamente, al rey parecía agradarle bastante menos la gente honrada. En Sevilla ordenó ahorcar a tres respetables artesanos solamente porque en un momento de ira había prometido hacerlo. Solía nombrar oficiales que abusaban de su cargo para tiranizar a la gente y enriquecerse a sí mismos. Confirmó el privilegio de recaudador de impuestos en favor de José, un rabino de Segovia, cuya enorme influencia en los Consejos del rey no era bien vista por aquel pueblo explotado; y de Diego Arias de Ávila, un judío converso a quien había concedido plenos poderes en contra de quienes no pagaran sus impuestos, incluido el de desterrar a los ciudadanos o condenarlos a muerte sin juicio; poderes que no tenían precedente en Castilla y con los cuales Enrique anuló los derechos de apelación y de asilo. Esta contradicción entre tanta liberalidad para unas cosas y semejante severidad para otras solamente podía acabar de una manera: en un estado de anarquía. Los nobles, tanto aquellos que contaban con el favor real como quienes aprendieron a burlar su autoridad, se convirtieron en reyezuelos de sus propios territorios; y, cuando entraban en conflicto con sus vecinos, les declaraban la guerra. Otros, dada la depreciación de la moneda real, motivada por la inflación, comenzaron a acuñar su propia moneda. Los ladrones y los salteadores de caminos devastaban las granjas y robaban a campesinos y mercaderes; y muchas de sus víctimas, incapaces de reanudar una vida honesta, se convertían en criminales. En Sevilla el rey concedió a Xamardal y a Rodrigo de Marchena, así como a otros bandidos, el privilegio de gravar el pescado, las bestias de carga, el cuero y el vino. Apenas existía en Castilla un rincón a salvo del robo o del crimen, un camino donde mujeres y niñas no fueran víctimas de violaciones o mutilación. La moralidad de la vida pública y privada jamás había estado tan debilitada, al menos desde que el cristianismo se extendiera en el país.

La pestilencia que emanaba de la Corte comenzó a impregnar el aire de España entera. Sólo Enrique parecía insensible al fuerte hedor; de hecho, es curioso que su sentido del olfato, como sus demás sentidos, reaccionaran de

manera tan diferente –y ello en sentido literal, y no figurado– del resto de los mortales. Le encantaba el olor de las cosas putrefactas y hallaba delicioso el de los esqueletos de los caballos o del cuero quemado. Por el contrario, le desagradaban la claridad del sol y el cielo despejado y prefería la oscuridad de los bosques que rodeaban Madrid, donde disfrutaba cazando animales salvajes en compañía de moros, criminales y gente rústica. Éstos eran muchos de los rumores que propalaban las murmuraciones de la Corte y se extendían por toda la Península; y últimamente, incluso en todas las capitales europeas. Y entre los más escandalosos se encontraban los relacionados con los dos matrimonios del rey.

Precozmente familiarizado con todos los vicios, y descrito por su tutor, Fray Lupe de Barrientos, como un joven «nacido para la ruina del trono y escándalo de las naciones», a la edad de 14 años Enrique contrajo matrimonio con Blanca, la gentil hija del rey Don Juan de Aragón. Tras varios años sin descendencia, en 1446 el Obispo de Segovia anuló el matrimonio alegando impotencia. Fue por esas fechas cuando se le empezó a conocer con el nombre de «Enrique el Impotente».

Cuando en 1454 sucedió a su padre, el Marqués de Villena, auténtico dueño del reino, viendo la necesidad de contar con un heredero, se ofreció a buscarle una esposa adecuada.

Villena, que «podía ocultar todos sus vicios, excepto su avaricia, que no podía ocultar ni moderar»[1], vivía acuciado por el constante temor de verse desprovisto de las ricas posesiones de Don Juan de Aragón. Con el fin de evitar una nueva alianza con la casa de Aragón –o cualquier otra que pudiera perjudicar a sus intereses–, eligió como segunda esposa de Enrique IV a la princesa Doña Juana, la encantadora hermana del rey Don Alfonso V de Portugal, una alegre y avispada muchacha de quince años. Enrique le ofreció una cuantiosa dote sin pedir nada a cambio. Las negociaciones fueron llevadas a cabo en la Corte de Lisboa por un físico judío en calidad de emisario confidencial de Don Enrique. Alfonso, a quien no le disgustaba en absoluto extender su influencia hacia Castilla, aconsejó a su hermana que diera su consentimiento, a pesar de que no podía por menos que conocer la reputación del pretendiente, uno de los temas preferidos de las coplas entonadas por entonces en las calles de Portugal y de España. En cualquier caso, Doña Juana aceptó. Así pues, por segunda vez una mujer portuguesa iba a cambiar el curso de la historia de Castilla.

Juana llegó a Badajoz en 1455, seguida por doce hermosas damas de

honor y un grandioso séquito de caballeros. En la frontera los recibieron algunos jóvenes cortesanos de Castilla, que los condujeron entre honores hasta Córdoba, donde el arzobispo de Tours bendijo el matrimonio. Nunca se celebraron tan espléndidos banquetes, procesiones, corridas de toros, fiestas y torneos en honor de ninguna otra princesa de Castilla; nunca la Corte se vio cautivada de aquella manera por la morena belleza y el fresco encanto de la joven reina, siempre alegre. Bailaba tan maravillosamente que el embajador francés se prometió a sí mismo no danzar con ninguna otra mujer. En uno de aquellos banquetes, los sirvientes del arzobispo de Sevilla pasaron bandejas repletas de anillos y piedras preciosas para que Doña Juana y sus damas eligieran las que más les gustasen o mejor les sentaran.

Cualquiera que fuera el motivo que indujo a Juana a aceptar el matrimonio con aquel hombre degenerado, lo que es seguro es que no estaba preparada para soportar todos los sufrimientos y humillaciones de los siguientes meses. Su marido deseaba un heredero y, de acuerdo con lo que dice el cronista Palencia, le pidió a la reina que concibiera un hijo de uno de sus íntimos amigos[2]. Los rectos instintos de Juana la hicieron negarse a ello.

Enrique decidió entonces castigarla. Se despreocupó completamente de ella, dejó de darle dinero y comenzó a tratarla como si fuera su prisionera, además de hacerla víctima en público de constantes desaires. Doña Juana resistía a pesar de todo. Esto indujo a pensar al rey –probablemente aconsejado por el Marqués, aquel sonriente «marrano» de barba perfumada– en la conveniencia de despertar sus celos haciéndole la corte a una de sus damas de honor, Doña Guiomar de Castro. Ésta, cuyos principios eran bastante más elásticos que los de su regia señora, sacó el máximo partido de su nueva situación, hasta el punto de erigirse en protectora de la reina delante de toda la Corte. Aquello fue más de lo que el orgullo portugués podía soportar. Un ligero golpe del abanico de Doña Juana dejó en el rostro de Doña Guiomar varias marcas rojas que tardaron unos cuantos días en desaparecer. De inmediato se formaron dos partidos: el de Su Majestad y el de Doña Guiomar. Angustiada, la reina contó a su hermano por escrito las afrentas de que era víctima, pero no parece que a Alfonso V le conviniera acudir a salvar el honor de su hermana en perjuicio de su política con el reino de Castilla. Sin embargo, el Marqués de Villena dejó bien claro que se inclinaba de parte de la reina. A instancias suyas Don Enrique envió a Doña Guiomar lejos de la Corte, no sin antes obsequiarla con una cuantiosa renta.

Enrique se estaba convirtiendo en el hazmerreír de toda la Península. Después de haber conseguido sacar de él todo cuanto pudieron, Doña Guiomar y algunos otros se dedicaban a divertir a sus amigos con anécdotas de las que el monarca era el principal protagonista. Los siguientes rumores giraron en torno a las relaciones que Enrique mantenía con hombres de edad madura o con jóvenes de su mismo sexo, y sus conclusiones han sido recogidas en unos escabrosos versos de las *Coplas de Mingo Revulgo.*

Fue en defensa propia por lo que Enrique inició sus relaciones con la corrompida dama Catalina de Sandoval. Incluso llegó a decapitar al amante de ésta para demostrar los celos que sentía. Pero los escándalos del monarca habían llegado demasiado lejos y la tormenta estaba a punto de estallar. La oposición más fuerte provenía de los nobles católicos y de los miembros del clero que no debían sus cargos a Don Enrique. El deán de la catedral toledana, Don Francisco de Toledo, le denunció desde el púlpito; y Don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo y Primado de España, primero en privado y más tarde públicamente, reprobó al rey por sus viciosas costumbres y por los escándalos de su Corte y del gobierno. La respuesta de Don Enrique consistió en un ataque a los privilegios eclesiásticos, amén de ridiculizar los documentos y ceremonias de la Iglesia y reducir los poderes de Carrillo. Este método ya lo había utilizado en otras ocasiones con el fin de cortar las críticas provenientes de ciertos eclesiásticos. Pero, en el caso de Alfonso Carrillo, Don Enrique se había topado con otro tipo de hombre: alguien a quien ni siquiera sus peores enemigos se habrían atrevido a acusar de falta de valor; y el Arzobispo reanudó su ataque con toda la estruendosa majestuosidad y toda la gravedad que le habían hecho célebre.

La jugada de Enrique consistió en matar dos pájaros de un tiro. Harto ya de sus relaciones con la Condesa de Sandoval, esperaba que cualquier excusa le diera la oportunidad de librarse de ella. Y se le ocurrió la feliz idea de buscar algo que, al mismo tiempo, causara problemas al arzobispo de Toledo. De un plumazo destituyó de su puesto a la piadosa y eficiente abadesa del convento toledano de Las Dueñas y nombró en su lugar a la Condesa. El convento –explicó– necesitaba una reforma. La de Catalina consistió en acabar con la disciplina de la comunidad y enseñar a las jóvenes monjas todos los vicios que le procuraron tanta celebridad en palacio.

Los cínicos que compartían la mesa del rey encontraron la ocurrencia muy ingeniosa. El bufón de la Corte, Don Gonzalo de Guzmán, dijo en una reunión de nobles: «Hay tres cosas por las que yo jamás pondría la mano en

el fuego, ni me inclinaría para levantarlas: el tartajeo del Marqués de Villena, la gravedad del arzobispo de Toledo y la virilidad de Don Enrique». Otros, sin embargo, realmente interesados en los problemas del Estado y de la Iglesia, no creyeron que la situación fuera en absoluto graciosa: uno de éstos era el propio Arzobispo; y otro, Don Fadrique Enríquez, el Almirante de Castilla.

Don Fadrique era un caballero diminuto en cuanto a estatura[3], pero poderoso e importante: uno de los mayores señores de Castilla, cuyo prestigio se había visto acrecentado tras el matrimonio de su hija Juana con el rey Don Juan de Aragón. Por aquellas fechas, y contando con el apoyo de otros nobles poderosos, comenzó a conspirar contra el odiado Marqués y aquel rey despreciable. A esta revolucionaria Junta se unió el propio arzobispo de Toledo.

El mismo Enrique se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos. Su instinto natural le impulsaba a buscar la paz con los conspiradores; pero el Marqués de Villena, temiendo la influencia del Almirante y del Arzobispo, sugirió otra alternativa, mucho más provechosa para él y más lisonjera a oídos del rey. ¿Por qué no distraer la atención del pueblo de aquellas peleas internas sin importancia organizando una gloriosa cruzada contra los moros? Nada podía ser más apropiado para despertar los sentimientos nacionales, religiosos y raciales de los castellanos. Sus antecesores habían reconquistado del Infiel el territorio palmo a palmo; y a diario llegaban del sur noticias de algunas incursiones realizadas por los moros en territorio cristiano, de ganado robado, de hombres asesinados y mujeres raptadas. Durante mucho tiempo Enrique se había granjeado el odio generalizado a causa de su parcialidad a favor de los enemigos del bien común, y especialmente porque había reprochado al Duque de Medina Sidonia que arrebatara Gibraltar a los árabes. Ésta podría ser su oportunidad de recobrar la estima del pueblo y de ganarse simultáneamente a los conspiradores o, por lo menos, de conseguir que se dividieran. Difícilmente se opondría el arzobispo de Toledo a una empresa popular que llevaba tiempo reivindicando. Enrique encontró que la idea era magnífica y nombró como regentes durante su ausencia al arzobispo de Toledo y al Conde de Haro, un caballero cristiano de gran habilidad y temperamento. Obtuvo una bula de cruzada del Papa Pío II y las indulgencias acostumbradas; a través de varios impuestos se reunieron cuatro millones de maravedíes y en Córdoba se concentraron 30.000 soldados. Corría el año 1557.

La Historia no recuerda otra cruzada más estúpida que ésta. Enrique condujo a sus huestes a través de Andalucía, cruzó Sierra Nevada e invadió la extensa y perfumada vega que rodea a Granada. Pero pronto se pudo comprobar que su propósito no era el de hacer la guerra, sino tomarse unas vacaciones. Marchaba contra las ciudades fortificadas para retirarse al poco tiempo sin tan siquiera haberlas cercado. Cuando algunos de sus caballeros perdieron la vida en las escaramuzas contra unos moros agrupados sin orden ni concierto, prohibió que se efectuara ninguna otra. Y cuando algunos de sus jóvenes soldados, como se solía hacer en estas guerras, prendieron fuego a los campos o derribaron unos cuantos árboles frutales, el rey los golpeó con su propia mano y ordenó que se les cortaran las orejas. Era un pecado –decía– destruir el alimento. Los moros no parecían prestar especial atención a la cruzada, puesto que jamás abandonaban sus ciudades fortificadas para entablar batalla; y entre el ejército cristiano empezó a crecer la sospecha de que el propio Enrique se había encargado de asegurarles que no tenían nada que temer. De vez en cuando se reunía en secreto con algunos grupos de moros, junto a ellos tomaba asiento en la hierba y, para escándalo del cronista que nos ha dejado estos datos, compartía su miel, sus uvas, sus higos y su mantequilla sin el más leve temor de ser envenenado. Un rey que tuviera la pretensión de convertirse en un auténtico cruzado jamás habría corrido ese riesgo. También solía retirarse a diario a un vergel para disfrutar de la música mora. Y, al igual que los moros, cabalgaba «a la jineta», como ningún otro rey castellano había hecho nunca. Existe incluso más de una prueba de que los propios moros confiaban en la simpatía que la religión que profesaban despertaba en Enrique.

Los caballeros cristianos, creyéndose traicionados por su rey, abandonaron los naranjales y los ruiseñores del sur sin haber peleado en una sola batalla. La peor parte se la habían llevado las granjas de la Andalucía cristiana y los únicos disparos efectuados durante la cruzada se debieron a la reina Juana, quien, cabalgando junto a otras nueve damas de su séquito, lanzó dos flechas contra las murallas moriscas de Cambril.

El arzobispo de Toledo supo de los detalles de la «guerra» mientras desde Valladolid administraba con rigor los asuntos públicos; su disgusto se veía acrecentado por la constatación de que se habían burlado de él. Para acabar de empeorar las cosas, descubrió que el rey había regalado a uno de sus íntimos, Don Beltrán de la Cueva, 80.000 florines del dinero que el Papa le había autorizado a recaudar para la cruzada. Después de protestar

públicamente de ello, para lo cual contó con el apoyo de Don Pedro González de Mendoza, Carrillo hizo causa común con el Almirante Don Fadrique y con otros caballeros que volvían de Granada indignados y cubiertos de vergüenza. Así pues, a su vuelta el rey se encontró con que la conspiración que esperaba haber sofocado simplemente había sido retrasada. De hecho, el Marqués, siempre bien informado a través de su hermano Don Pedro Girón y de otros espías, no tardó en percibir la gravedad de la situación, porque Don Fadrique guardaba una estrecha comunicación con su yerno el rey de Aragón, la última persona a quien al Marqués le interesaba ver involucrada en los asuntos de Castilla.

Después de mucho reflexionar, al Marqués se le ocurrió una de esas felices ideas que suelen tener los auténticos hombres de Estado. Intentando buscar alguna alianza en contra de Don Juan de Aragón, pensó lógicamente en los enemigos de dicho monarca. Por suerte, después de su segundo matrimonio el rey de Aragón había tenido algunas desavenencias con su hijo Carlos de Viana, en quien Juana Enríquez no veía más que un obstáculo. Fue con Carlos, por supuesto, con quien Pacheco concertó su alianza, sellada con la promesa de la mano de la princesa Isabel.

La reina de Aragón, por su parte, no tenía la menor intención de pasar por alto aquel problema. Era una mujer para quien el poder se había convertido en algo necesario e inevitable y el nacimiento de su hijo Fernando en 1452 le proporcionó un nuevo motivo para desposeer a Carlos de su herencia. Fue ella quien, en 1457, se encargó de concertar el matrimonio de Fernando e Isabel, pero la ayuda que su esposo había proporcionado a los rebeldes castellanos supuso un duro golpe a sus proyectos; y ahora el trato que el Marqués de Villena firmara con Carlos daba al traste definitivamente con sus esperanzas. Pero era tal su ascendiente sobre el ya anciano rey de Aragón que le convenció para que apresara a Carlos y lo encerrara en prisión.

Carlos, un hombre instruido de 40 años, delgado, melancólico, amable y tuberculoso, se había granjeado el afecto de los catalanes; cuando éstos se enteraron de su arresto, se rebelaron y obligaron al rey Don Juan a ponerlo en libertad. Tras una afectuosa entrevista, padre e hijo firmaron un acuerdo. Carlos entró triunfalmente en Barcelona, pero murió a los pocos días víctima de una enfermedad fulminante. Los catalanes declararon abiertamente que había sido envenenado por emisarios de su padre y su madrastra. Probablemente se trataba de una sospecha infundada.

Carlos tenía dos hermanas. Una de ellas era Blanca, la primera esposa de

Enrique IV de Castilla, la cual heredó sus derechos al reino de Navarra; la otra, Leonor, Condesa de Foix, era una mujer celosa y carente de escrúpulos, quien, tras prometer a su hijo Gastón con una hermana de Luis XI, obtuvo la ayuda del «Rey Araña» para apartar a la pobre Blanca de la escena. Con el consentimiento de su padre, Don Juan de Aragón, la recluyó en el castillo de Orthuz, donde murió envenenada por su propia hermana. La asesina sólo pudo disfrutar tres semanas de los beneficios que aquel crimen le había proporcionado.

Como el rey de Aragón había perdido a los tres hijos de su primer matrimonio, el pequeño Fernando tenía el campo libre; y su madre renovó sus esfuerzos por conseguir una alianza de su hijo con la casa real de Castilla. Fue entonces cuando los catalanes, cuyo odio hacia la reina era manifiesto, se rebelaron de nuevo y, tras perseguirla a ella y a Fernando, de diez años de edad, hasta Gerona, los sitiaron en una torre. La reina se encargó ella misma de dirigir la defensa del sitio. Pero la rebelión había crecido de modo tan alarmante que el anciano rey se veía incapaz de acudir en su rescate. No obstante, obtuvo de Luis XI de Francia setecientas lanzas junto con algunos arqueros y artillería, además de un préstamo de 200.000 coronas, en garantía del cual entregó las dos valiosas provincias del Rosellón y la Cerdaña. Luis albergaba la secreta esperanza de que el préstamo no se llegara a devolver nunca y por eso hacía todo lo posible para mantener avivados los problemas que acuciaban a Don Juan.

Mientras tanto, Enrique IV, que había hecho oídos sordos al angustiado llamamiento de Doña Blanca, no dudó en entablar negociaciones con el padre de ésta y con algunos otros enemigos de Doña Blanca. La situación en Castilla había experimentado un leve cambio: los conspiradores, un tanto descorazonados por los inesperados acontecimientos en los que su aliado Don Juan de Aragón se veía involucrado, habían pospuesto para más adelante sus proyectos. Enrique, por su parte, tampoco tenía necesidad de la ayuda de Navarra. Inesperadamente, además, sus asuntos personales tomaron un cariz más que favorable.

Su esposa Doña Juana había cedido a los deseos del rey.

Ninguno de los detalles sobre en qué momento, cómo o por qué la reina decidió arriar su bandera –quizá porque las crueldades de que era víctima por parte de Enrique agotaron su paciencia; o bien porque las tentaciones que ofrecía aquella lasciva Corte eran demasiado fuertes para un carácter como el suyo, ya de por sí bastante voluptuoso; o bien porque el abandono en que su

hermano la había dejado produjeron en ella tal desesperación y una sensación de soledad tan grande que se arrojó en los brazos de algún varón atractivo y amable– han llegado hasta nosotros: solamente el hecho de su caída y las consecuencias que esta tuvo en el destino de las naciones.

Por estas mismas fechas es cuando entra en escena en el regio drama un nuevo personaje. El sin par caballero Don Beltrán de la Cueva comenzó a mostrarse en público en compañía de los reyes, hasta el punto de hacerse los tres inseparables. Don Beltrán era alto, robusto y de aspecto agraciado; este diestro espadachín y lancero estaba siempre dispuesto a pelear hasta por la más mínima cuestión de honor. Pronto se pudo comprobar que al rey le agradaba más que ninguno de sus otros favoritos; tan encandilado le tenía que Enrique incluso soportaba dócilmente los ataques de furia de que Don Beltrán le hacía víctima, permitiéndole comportarse como si fuera él el señor del palacio, especialmente cuando se dedicaba a golpear a los porteros y a arrojarlos a patadas si no abrían las puertas con la debida prontitud. Los nobles aborrecían a Don Beltrán por su arrogancia e insolencia; y ni que decir tiene que el Marqués de Villena no encontraba absolutamente ninguna virtud en él. No obstante, algunos de los íntimos del rey lo colmaban de elogios y solían saludarse los unos a los otros con un: «¿Estáis al tanto de la nueva blasfemia que se le ha ocurrido a Don Beltrán?».

Un día que Sus Majestades se dirigían a Madrid tras pasar unas jornadas de caza en compañía del Conde de Armagnac, un caballero, lanza en ristre, cubierto por una armadura plateada y montando un caballo revestido de doradas gualdrapas les impidió continuar la marcha, permaneciendo firme junto al camino. La cabalgata real detuvo su paso y dos oficiales se adelantaron para descubrir la identidad del misterioso caballero y las razones que le impulsaban a obstaculizar el paso del rey. Mientras tanto los reyes observaron que el campo estaba cubierto de gradas, sostenidas por andamios y llenas de espectadores. Los oficiales regresaron para comunicar que el caballero errante no era otro que Don Beltrán de la Cueva, quien desde primeras horas de la mañana se había apostado allí para retar a cualquier caballero que pasase a librar con él seis combates o, en el caso de negarse a ello, a dejar su guante sobre el suelo en señal de cobardía. Don Beltrán actuaba de este modo para reivindicar la belleza de su dama sobre la de cualquier otra mujer que en el mundo existiera. Los caballeros que consiguieran romper tres lanzas obtendrían su permiso para acercarse al arco, que resplandecía con todas las letras del alfabeto pintadas en oro, y tomar de

allí la inicial de la dama de sus pensamientos. Pero hasta el momento nadie había logrado hacerse con una sola letra.

La reina estaba encantada de no haberse perdido aquella aventura. Y el rey, que llevaba todo el día de un humor endiablado, gritó: «¡Magnífico! ¡Un paso de armas!...». Y la partida real pasó el resto de la jornada contemplando los combates, cada vez más encarnizados a medida que los caballeros, uno tras otro, caían derribados por aquella lanza invencible; cuando el día empezó a declinar en la parda «vega», todo el público, desde Su Majestad hasta el campesino más palurdo, coincidió en que Don Beltrán había defendido noblemente la causa de su dama. Por razones que se reservó, rehusó publicar su nombre, aunque no negó que se trataba de una mujer de alto rango.

Al rey le había entretenido tanto aquel día dedicado al combate que ordenó construir un monasterio en el mismo lugar donde Don Beltrán venciera a cuantos se habían presentado; y el monasterio de San Jerónimo del Paso todavía nos recuerda hoy que el bien puede presentarse a través de los medios más insólitos.

No mucho tiempo después de celebrarse aquel paso de armas, entre los cortesanos empezó a circular el rumor de que, tras siete años sin descendencia, la reina Juana por fin estaba encinta. En marzo de 1462 dio a luz en Madrid a una niña. El gozo del rey fue inenarrable. Comenzó a repartir favores y privilegios a diestro y siniestro. El propio Don Beltrán de la Cueva, en memoria de aquel acontecimiento y como recompensa por sus muchos y distinguidos servicios, fue nombrado Conde de Ledesma. La niña recibió el mismo nombre que su madre: Juana. Pero pronto se la conoció como La Beltraneja o, lo que es lo mismo, la hija de Don Beltrán. El arzobispo de Toledo la bautizó con gran pompa en presencia del recién nombrado Conde de Ledesma y de toda la Corte. Sus padrinos fueron el Marqués de Villena y el embajador de Francia. Era fácil advertir que el Marqués había perdido parte de su expresión angelical.

Fue la madrina la infanta Isabel, convertida ya en una seria, decidida y hermosa niña de once años, a quien habían conducido desde Arévalo a lomos de una mula escoltada por varias tropas. La infanta pronunció las fórmulas correspondientes con una voz musical que vibró en el ámbito de la iglesia, una voz que parecía hecha para dar órdenes y para ser obedecida. El Marqués no dejaba de mirarla: hasta entonces se había olvidado prácticamente de ella... Pero quizá podría serle útil cualquier día.

Enrique convocó rápidamente las Cortes y requirió a los delegados de las

diecisiete ciudades para que prestasen juramento de fidelidad a la infanta Juana como heredera del trono de Castilla. Tras algunos murmullos, los delegados lo hicieron. La primera persona que besó la mano de la infanta fue la princesa Isabel.

Tras la ceremonia Isabel regresó a Arévalo. Su madre estaba enferma y la visita de su hija a la Corte le había causado una terrible preocupación. Hacía poco que sus íntimos le habían hecho llegar los rumores que corrían sobre los reyes y sus favoritos y todo ello empeoró la salud de la Reina viuda. Los jóvenes mostraban con jactancia en fiestas y torneos todas aquellas argucias que eran del gusto de la reina y de Doña Guiomar. Durante la enfermedad del Marqués de Villena, Enrique se había trasladado a su casa una noche para entretenerle cantando y tocando el laúd. También circulaban algunas versiones de lo sucedido con Francisco de Valdés, que se vio obligado a huir a Aragón para escapar de las atenciones que el monarca le dispensaba. Y los escándalos en relación con la guardia mora eran tan numerosos y obscenos que es mejor olvidarlos. Uno de ellos hizo temblar indignada y llena de vergüenza a la Reina viuda. Por no decir nada de la «torpe liviandad contra leyes de naturaleza» de que habían sido víctimas varias jóvenes y niñas por parte de algunos de estos rufianes; y cuando los padres ultrajados acudieron al rey pidiendo justicia, éste les contestó que estaban locos y les mandó azotar en público, al tiempo que aumentaba el salario de los moros.

La tranquila población de Arévalo se hacía eco de todos estos terribles rumores cuando las pisadas de los caballos resonaron en las puertas del Alcázar: uno de los oficiales de Enrique traía un mensaje para la Reina viuda, firmado por su hijastro.

Se le ordenaba enviar a la infanta Isabel y al infante Alfonso a la Corte sin demora con el fin de que establecieran allí su residencia permanente. A guisa de explicación, Don Enrique argüía que su educación sería mucho más virtuosa si él se encargaba de ella personalmente.

Algo se rompió en el corazón de la Reina viuda. La melancolía que hasta entonces la había dominado se transformó ahora en una especie de locura incurable. Isabel y su hermano hicieron sus preparativos con tristeza y abandonaron a su madre llenos de congoja. Nadie les oyó pronunciar una sola palabra durante el viaje emprendido hacia Madrid por el camino real, escoltados por sus escuderos y sus hombres de armas.

III
ISABEL, VÍCTIMA DE INTRIGAS MATRIMONIALES
DON ALFONSO PROCLAMADO REY DE CASTILLA
EL ENCUENTRO DE TRES REYES

Lentamente, la maciza puerta del viejo Alcázar morisco de Madrid se abrió de par en par con un crujido quejumbroso y estridente. De su interior provenía el ruido producido por carcajadas y voces femeninas, jóvenes y agudas, unidas al golpear de los cascos de los caballos sobre el pavimento de piedra. Una docena de pequeñas mulas, cubiertas con arreos de seda y oro, atravesó la puerta al galope, llevando cada una de ellas una damisela ataviada con un vestido sin mangas y muy escotado, de faldas tan cortas que, cuando el viento las agitaba, dejaban al descubierto los muslos desnudos; y los buhoneros y mendigos que, entre roncos gritos y maldiciones, habían despejado rápidamente el centro de la estrecha callejuela, pudieron ver que las piernas de todas ellas, de un blanco brillante acentuado por la luz del sol, estaban pintadas con cosméticos. Las jóvenes iban ataviadas de forma variopinta. Una llevaba un coqueto gorro; otra iba descubierta, con su rojiza melena ondeando al viento; alguna incluso se adornaba con un sombrero de corte masculino ligeramente ladeado; o bien con un turbante morisco de seda bordado en oro; e incluso la había que tapaba su negro cabello con un pañuelo al estilo vizcaíno. Una ceñía su pecho con varias correas de cuero sacadas de una ballesta, otra llevaba una daga en su ceñidor; la de más allá, un sable; y varias habían colgado cuchillos de Vitoria de su cuello[1].

Éstas eran las jóvenes con quienes Isabel iba a vivir, dormir, comer y pasear durante los siguientes dos años; y fue en las habitaciones de una de ellas donde pocos meses después Alfonso, que sólo contaba nueve años, vio a través de la rendija de una puerta al sin par caballero Don Beltrán de la Cueva, de puntillas y con un candelabro en la mano, entrar en el tocador de Su Serena Majestad. La vida en la que se vieron inmersos los dos niños, sacados tan repentinamente del austero castillo de Arévalo, era una endiablada sucesión de bailes, torneos, espléndidas fiestas y representaciones teatrales, corridas de toros, intrigas y escándalos. Cada día traía consigo una nueva blasfemia ideada por Don Beltrán, un nuevo rumor motivado por la

indiscreción de la reina, un nuevo chiste sobre la virilidad del rey. «Las damas jóvenes de la Corte son muy expertas, para su edad, en el arte de la seducción», nos dice Palencia. «La liviandad de sus vestidos excita a los jóvenes, y son extremadamente audaces en sus conversaciones». Cuando no están haciendo el amor, añade, «se ocupan en cubrir sus cuerpos con cosméticos y perfumes. El deseo que las devora día y noche asombraría aun a las vírgenes locas».

Tanto en Castilla como en Italia había llegado a su fin el ciclo de una civilización y los últimos años de la Edad Media agonizaban en medio de un miasma de frivolidad, cinismo y depravación. Aquel mismo año un nuevo rey, en París, mandaba colgar a François Villon, mientras que el joven Girolamo Savonarola comenzaba a predicar con vehemencia la destrucción de Italia a manos de un Dios ultrajado. También España había encontrado tanto bien como mal en la copa del Renacimiento. Pero en muchos aspectos su situación era aún peor que la italiana. La relajación moral que suele desencadenar la guerra se vio agravada, hasta convertirse en algo crónico, por ocho siglos de un conflicto prácticamente continuado: las luchas entre cristianos y musulmanes, entre Castilla y Portugal y entre Castilla y Aragón. Las costumbres estaban muy degradadas. El contacto con los musulmanes afectó profundamente a la influencia de la Iglesia sobre la población: la poligamia, por ejemplo, no era algo extraordinario, aunque por lo general adoptara la forma de abierto concubinato. Y los judíos, a pesar de poseer un código moral mucho más estricto que el de los musulmanes, actuaban en todas partes –según se comprobó más tarde– como un poderoso disolvente de la fe cristiana, cimiento de la moralidad de las personas con las que convivían. Gran parte del clero estaba corrompido. Y en la Corte la depravación era inenarrable. A Isabel le disgustaba profundamente cuanto oía y veía; pero hasta el momento su juventud la mantenía al margen de todo aquello.

Enrique guardó su promesa de ocuparse de la instrucción de los niños. Alfonso aprendió los modos propios de un caballero, estudiaba con un preceptor e intentaba por todos los medios cumplir la misión que su madre le había encomendado: convertirse en el caballero y protector de Isabel. La presencia de las damas de Doña Juana o de los miembros de la guardia mora le hacían fruncir el ceño inmediatamente.

A la princesa se le enseñó música, pintura, poesía, costura y gramática. Dedicaba algunos ratos del día a rezar, implorando que Dios los guardara a

ella y a Alfonso libres de pecado; e invocaba de modo especial la ayuda de la Santísima Virgen, de San Juan Evangelista y de Santiago Apóstol, patrono de Castilla.

Hasta que la princesa no cumplió los dieciséis años Doña Juana no se atrevió a intentar que la joven se uniera a los vicios propios de la Corte. Cuando lo hizo, Isabel, anegada en lágrimas, huyó a refugiarse junto a su hermano.

Alfonso se ciñó la espada e irrumpió en las habitaciones de la reina. Lo que vino a decirle a Su Majestad fue que sus palabras eran más adecuadas en labios de una ramera que en los de una reina; y que él, Alfonso, príncipe de Castilla, le prohibía que volviera jamás a tentar a su hermana, Doña Isabel, de aquella manera. Juana escuchó a aquel joven mentor de catorce años entre divertida y desdeñosa y no contestó una sola palabra. Pero desde ese día nunca hizo tentativa alguna de corromper a la princesa.

Luego Alfonso efectuó una segunda visita a las damas de honor. Bajo pena de muerte, les prohibió que se dirigieran a su hermana. Ellas le escucharon en silencio, aguantándose la risa hasta que el chico salió; porque, después de todo, nadie se ríe del hermano de un rey. No obstante, le contaron a la reina lo ocurrido entre grandes carcajadas.

Sin embargo, Isabel y Alfonso no pudieron librarse tan fácilmente de las fuertes corrientes políticas de aquella Corte. Aunque al principio el nacimiento de La Beltraneja robusteció la mano del rey contra los conspiradores, poco a poco se iba extendiendo el convencimiento de que no era hija suya y muchos castellanos comenzaron a defender a Alfonso como heredero del trono. Entre los que se habían limitado a protestar de la avaricia y la deshonestidad del Marqués, más de uno estaba dispuesto a tomar las armas en contra del fanfarrón y blasfemo Don Beltrán; y en una asamblea de nobles el Arzobispo denunció los innumerables crímenes de éste.

El odio de los conspiradores hacia el amante de la reina era tan profundo que incluso comenzaron a encontrar algunas virtudes en la persona del Marqués. En realidad, el Arzobispo, tío de Pacheco, no había tenido nunca queja de él. Otros, como el Almirante, a pesar de que le aborrecían, estaban dispuestos a pactar con él incluso una tregua hasta asestar el «golpe de gracia» al Conde de Ledesma. Durante algún tiempo Villena estuvo vacilando entre la Junta y el partido de la reina. No le bastaban las extensas posesiones que había conseguido de parte del rey por medio de halagos; y no le bastaban porque ansiaba el Maestrazgo de la Orden de Santiago, un cargo

que confería tan grande poder y rentas que sólo se concedía a miembros de la familia real. De acuerdo con los deseos de la Orden, ese alto honor se le había otorgado al príncipe Alfonso. Pero, en opinión del Marqués, el príncipe era demasiado joven para ostentar tan importante dignidad. Su intuición le condujo a la antecámara de la reina poco tiempo después del encontronazo con Alfonso y entre sonrisas y halagos se las arregló para persuadirla de que el príncipe debía renunciar al Maestrazgo, por lo menos hasta que fuera mayor de edad. Había, ¡ay!, otra posibilidad, pero quizá era demasiado penosa para pensar seriamente en ella.

«A quien aman los dioses...». Posiblemente estas insinuaciones que Pacheco dirigió a Su Majestad nacieron como fruto de la malicia y la invención de sus enemigos. En 1461, sin embargo, el rey anunció que su hermano el príncipe había «renunciado» al Maestrazgo. Bajo su rizada barba los labios de Pacheco esbozaron una sonrisa.

A pesar de la ayuda que Doña Juana prestó al Marqués, la reina tenía su propio punto de vista acerca del nombramiento del sucesor de Alfonso. No creyó necesario preocupar a Villena informándole de que contaba con un rival para el Maestrazgo. El único indicio que pudo obtener el Marqués de este cambio de planes se lo proporcionó el rey un día de invierno cuando, en el momento de partir hacia Madrid, le anunció el nombramiento de Don Beltrán.

Cuando la Corte se trasladó a Almazán para pasar allí las Navidades, la atmósfera estaba cargada de violencia. La suerte quiso que acudiera hasta allí una delegación de catalanes anunciando la ruptura de su alianza con Don Juan de Aragón, quien había buscado la ayuda de las tropas francesas para luchar contra ellos en Gerona, por lo que ofrecían su amistad a Castilla a cambio de su protección. Sintiéndose halagado, Enrique, lleno de regocijo, les envió 2.500 lanzas –una pequeña ayuda, aunque más que suficiente para poner en apuros a Aragón en aquellos momentos delicados–. Don Juan, desesperado, acudió a Luis XI, quien rápidamente se ofreció como mediador. Nada podía agradar tanto al rey francés como promover un conflicto para arreglarlo más tarde sacando algún beneficio.

Los tres monarcas y las reinas de Castilla y Aragón se reunieron con gran pompa y aparato a orillas del río Bidasoa en abril de 1463. Éste debió de ser el primer gran acontecimiento real de que Isabel y su hermano fueron testigos. Tras los acostumbrados torneos, fiestas y músicas, el rey francés y Enrique mantuvieron una entrevista formal junto al río, de la cual Felipe de

Comines nos ha dejado una gráfica descripción. Los castellanos iban cubiertos de oro y vestidos de brillantes colores, e incluso el descuidado Enrique se había puesto para la ocasión magníficas ropas y joyas; los franceses, por su parte, hacían gala de una severa sencillez siguiendo el ejemplo del sardónico Luis, que vestía una corta túnica de hilo casero «muy mal hecha, porque a veces llevaba ropas muy malas, especialmente entonces. Su sombrero era muy viejo y diferente al de todos los demás, con una pesada imagen de la Virgen María sobre él. Los castellanos se rieron mucho del vestido del monarca, suponiendo que se debía a su tacañería». Los azules ojos de Enrique, un tanto incómodo en medio de tanto esplendor, miraban con asombro la figura de aquel anciano monarca, inclinado por la edad y vestido como un mercader. «Al fin, tras larga entrevista, las conversaciones terminaron, y partieron cada uno por su lado, pero con tantos desdenes y menosprecios por ambas partes, que los dos monarcas no quedaron ya sinceros amigos desde entonces». El cronista francés no puede resistir la tentación de añadir lo siguiente sobre Enrique: «Era persona de poco seso, que había dado fin a su patrimonio y aguantaba que se lo quitaran». Pero sin duda el personaje que más relieve alcanzó en el curso de aquella entrevista fue el nuevo Gran Maestre de Santiago, Don Beltrán, quien tras llegar desde Granada a Fuenterrabía escoltado por trescientos jinetes moriscos, se dejó ver cruzando el río sobre un barco cuya vela era de tela de oro; y cuando desembarcó con aires de gran señor se pudo observar claramente que sus borceguíes estaban adornados con piedras preciosas; y así fue como se presentó para esperar al rey de Castilla.

Aquellas negociaciones, dirigidas de una parte por la reina de Aragón y de otra por el Marqués y el Arzobispo, culminaron en un solemne tratado de paz por el cual Don Juan de Aragón cedía a Enrique, en calidad de invasor, la ciudad fortificada de Estella (en Navarra). Cuando Enrique envió sus fuerzas con el fin de ocupar la ciudad y se le prohibió la entrada, ya era demasiado tarde para darse cuenta del descarado engaño de que había sido víctima. Todo el mundo, excepto él, sacó alguna ventaja de aquel incidente. Don Juan de Aragón, gracias a su astuta y encantadora esposa, se vio salvado de una invasión segura en un momento especialmente delicado. Luis XI, como árbitro entre las dos naciones, vio aumentar su prestigio, al tiempo que contaba con una excusa para cualquier interferencia posterior en España. Y ambos se habían librado de Enrique comprándole con un regalo absolutamente imaginario. El rey estaba furioso. Como no podía vengarse de

los monarcas, acusó al Marqués y al Arzobispo de canallas y traidores. Sus sospechas no carecían de fundamento: entre Carrillo y el rey Don Juan existía una fuerte amistad; y, no mucho después de aquella entrevista, la reina de Aragón invitó al de Villena a comer con ella en un íntimo «tête-à-tête» mientras las nobles damas de la Corte le servían como si se tratara de un príncipe de sangre real.

Enrique no se decidía a enfrentarse abiertamente al Marqués. Como todos los cobardes, se inclinaba por los métodos indirectos. Cuando trataba con algún terrible enemigo le gustaba mirarle desde arriba con un ligero desprecio y castigarle con su frialdad. Temía al Arzobispo y se daba cuenta de que había ido demasiado lejos al proceder contra él. Pero el Marqués, ese amigo traidor, esa víbora, criatura suya, debía ser humillado por todos los medios hasta conseguir ponerlo de nuevo a sus pies, como en el pasado. De manera que, para hacer ver a Villena que ya no contaba con el favor real, Su Majestad salió de Madrid sin comunicárselo. El Marqués se enteró, por vía no oficial, de que el rey, la reina y Don Beltrán se habían marchado a la frontera con Portugal, en Extremadura, llevándose consigo a la infanta Isabel.

Este hecho sólo podía significar que, con la ayuda de la reina, Don Beltrán ganaba definitivamente la batalla en lo concerniente al favor real. Pero ¿por qué los acompañaba la princesa? Los espías de Villena pronto le dieron la respuesta: Sus Altezas se dirigían a Gibraltar para reunirse con el rey de Portugal. Alfonso el Africano, sobrenombre recibido después de la gloriosa cruzada emprendida más allá del Estrecho, se hallaba ya en edad madura; pero su hermana, la reina Doña Juana, intentaba ampliar su ámbito de influencia concertando con él el matrimonio de la princesa Isabel. Don Beltrán estaba de acuerdo con el plan y colaboró con la reina para convencer a Enrique, aprovechando que en ese momento el rey albergaba esperanzas de que Doña Juana le diera un heredero varón. Todo esto se mantuvo en secreto para evitar que llegara a oídos del de Villena, quien, desde su «tête-à-tête» con la reina de Aragón, defendía el proyecto de matrimonio entre Isabel y Fernando.

Mientras tanto, al viudo Alfonso V hasta tal punto le complacieron la nacarada belleza y la serena sensatez de aquella princesita de doce años que rápidamente la invitó a convertirse en reina de Portugal. Isabel le agradeció aquel honor, que consideraba muy por encima de sus merecimientos, pero lamentó informarle que, de acuerdo con las leyes de Castilla y con los deseos de su padre el rey Don Juan, que ya descansaba en el Señor, no podía

contraer matrimonio sin el consentimiento de los tres estados de Castilla, reunidos en Cortes; y que, desde luego, antes de tomar ninguna decisión en relación con un asunto tan importante, debía escuchar la opinión de nobles, prelados y miembros del estado llano. No sabemos si la joven urdió ella sola la astuta respuesta o bien si fue el arzobispo de Toledo, a quien hacía poco su hermano Alfonso pidió que les protegiera, quien la instruyó previamente en las artes de la diplomacia. Probablemente Isabel, con su precoz madurez, adivinó en todo ello los ardides de Doña Juana y Don Beltrán y se formó una opinión acertada del auténtico carácter de Alfonso V.

De repente los acontecimientos empiezan a precipitarse a un ritmo galopante. De vuelta en Madrid, llegan a oídos de Isabel algunas noticias alarmantes. Durante su ausencia, el rey ha ordenado apresar a su hermano Alfonso y lo ha encerrado en unos aposentos secretos del Alcázar. Alfonso intenta en varias ocasiones ponerse en contacto con ella, pero sin éxito. Quizá esto sea lo mejor para Isabel, que de este modo aún puede conservar la sensatez. Más tarde, la princesa se enterará de la visita de la reina Juana a su hermano, en el transcurso de la cual, y en beneficio de su salud, le induce a tomar unas «hierbas»; pero el vizcaíno Perucho Monjarán le avisa secretamente de que ni siquiera las toque. El tutor del príncipe, por su parte, enviado con la excusa de enseñarle latín, trata de iniciar al joven en una serie de vicios típicos del Renacimiento. El muchacho, después de expulsarlo de su lado, se las arregla para, en su desesperación, enviar un mensaje a Carrillo, quien promete ayudarle.

El Arzobispo mantiene su palabra. Pronto se le puede ver montando un gigantesco caballo negro, armado de pies a cabeza y vestido con una reluciente malla; sobre su coraza ondea una capa color carmesí con la gran cruz blanca de su blasón. Sus correos cruzan velozmente el reino de un extremo a otro. Los señores feudales partidarios del Almirante se ponen en marcha hacia el norte. Los conjurados han decidido levantarse en armas. El pueblo, asustado por la multitud de rumores que circulan, se halla inquieto y atemorizado –ocurra lo que ocurra, su situación ya no puede empeorar mucho–. Los grandes nobles toman partido. Muchos de ellos, a pesar del desprecio que sienten por Enrique, se unen a él y permanecen leales al ideal de una sucesión legítima al trono; entre otros, Don Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, quien hace oídos sordos a las llamadas de los conjurados, sabedores de su valía y de la influencia que ejerce su ilustre familia. Este hombre jugará un papel fundamental en el destino de Isabel y de

Castilla entera. Entretanto, todos se preguntan qué actitud adoptará Villena. Haciendo uso de su habitual prudencia, el Marqués, antes de echar mano de las armas, intenta resolver sus problemas utilizando métodos propios; ordena varias veces el asesinato de Don Beltrán y, en una ocasión, el incomparable caballero escapa a duras penas de la muerte. Esto hace decidirse al Marqués definitivamente: se arriesga y se une a los rebeldes. Y con él, su hermano Don Pedro Girón, Gran Maestre de la Orden de Santiago y caballero de pésima reputación.

Tras reunir sus fuerzas en Burgos, los miembros de la Junta acuden a la opinión pública a través de una serie de memorables «representaciones» claramente dirigidas al rey. Algunos escritores modernos han desfigurado este documento, no viendo en él más que una airada respuesta de la avaricia de Villena, de la vanidad de Carrillo y de la envidia de otros muchos enemigos de Don Beltrán, y sin descubrir su absoluta importancia: y ésta consiste en que el documento se hace eco de la fe ultrajada y la indignación moral de todo un pueblo. Los rebeldes, sea de corazón o bien movidos por intereses políticos, buscan sin duda la democratización de España. Las «representaciones» son como un espejo en el que Enrique se puede ver tal y como aparece a los ojos de su pueblo, el primero que ha ejercido en Europa los derechos de un gobierno electivo y representativo. Las firmas de muchos de los principales prelados y nobles rubrican el documento y los cargos que en él se le imputan.

Se censura francamente al rey por sus opiniones y su conducta anticristiana y por su complicidad con infieles y blasfemos, a cuya influencia son debidas «la abominación y corrupción de pecados tan detestables que no se pueden nombrar, porque corrompen la atmósfera y son una mancha de locura en la naturaleza humana»; pecados «tan notorios, que, al no ser castigados, hacen temer por la ruina de los reinos; y muchos otros pecados e injusticias y tiranías apestan Vuestros reinos, y no se conocían en los pasados».

La guardia mora del rey y los renegados a quien él mismo había convertido en dirigentes de Castilla han «forzado mujeres casadas, y violado doncellas y hombres y muchachos contra natura; y los buenos cristianos que se atrevieron a quejarse fueron públicamente azotados».

Los nobles declaran que el rey ha permitido en la Corte «mofas y blasfemias contra las cosas santas y los Sacramentos... especialmente el Sacramento del Cuerpo de nuestro Dios y Todopoderoso Señor... Esto es gran carga en vuestra conciencia, porque tales ejemplos hacen que innumerables

almas hayan ido y vayan a su perdición». Ha destruido además la prosperidad de las clases cristianas trabajadoras dejando que moros y judíos las exploten. Su liberalidad ha devaluado la moneda hasta tal punto que los precios han descendido increíblemente, por lo que los mercaderes no pueden vender sus productos en las ferias. Los empleados del rey practican la extorsión y el soborno a gran escala, se perdonan los crímenes más monstruosos y los salteadores de caminos se dedican a secuestrar ciudadanos para luego exigir un rescate por ellos. Sus viciosas costumbres han conseguido que la justicia y la autoridad se conviertan en el hazmerreír de todo el mundo. Ha corrompido a la Iglesia mediante la destitución de sus sedes de los obispos honrados, sustituyéndolos por hipócritas y politiqueros.

Viene después un párrafo en cuya redacción no es difícil descubrir la insidiosa intervención del Marqués de Villena: «La cosa que hace llorar a nuestros corazones gotas de sangre es ver a Vuestra Alteza bajo el poder del Conde de Ledesma»[2].

Y quizá el responsable del siguiente trallazo sea el franco arzobispo de Toledo, el mismo que ya antes calificara a Don Beltrán de monstruo: «Doña Juana, la que llaman la princesa, no es vuestra hija».

Y, finalmente, acusan a Don Beltrán de haber «usado de la autoridad del Rey para apoderarse de los ilustres señores Infantes Don Alfonso y Doña Isabel, para vergüenza de los habitantes de estos reinos, y para mayor injuria de la dignidad real, *porque hace temer que el citado Conde procure la muerte de los dichos Infantes*, para que la sucesión de estos reinos pueda caer sobre la dicha Doña Juana».

Por todo ello, los nobles «ruegan y solicitan» que no se concierte ningún matrimonio para la infanta Doña Isabel sin el consentimiento de los tres estados del reino reunidos en Cortes, de acuerdo con la voluntad del rey Don Juan, su padre, y con lo que la misma razón aconseja.

Por otra parte, el Gran Maestrazgo de Santiago debe ser restituido a Don Alfonso, quien será reconocido como heredero al trono en lugar de La Beltraneja.

Cuando Enrique recibió en Valladolid estas «representaciones», inmediatamente fue en busca de la reina y del Conde y les hizo una escena; mientras Don Beltrán replicaba con terribles juramentos, la reina Juana escuchaba con desdén y sin decir palabra. El rey se consideraba perdido, iba a ser asesinado... debía rendirse. Lo mejor era precipitarse a hacer rodar las cabezas de los rebeldes. Pensó incluso en huir a Portugal. O en presentarles

batalla. ¿Por qué nadie le había advertido del peligro? ¿Dónde estaba el Marqués de Villena? ¿Y por qué éste también le había abandonado?

Cuando estuvo más tranquilo, empezó a atender a razones y recobró la confianza en sí mismo. La reina estaba convencida de que el niño que esperaba sería un varón. Su nacimiento resolvería las dudas de los conspiradores sobre La Beltraneja.

Pero no fue así. El hijo de Doña Juana nació prematuramente y murió al poco tiempo, por lo que La Beltraneja se convirtió nuevamente en el centro del conflicto. Enrique, presa del pánico, reunió al Consejo para pedir su opinión.

Según algunos, el rey aún podía conservar su autoridad si actuaba rápidamente y con firmeza, sobre todo teniendo en cuenta que en Castilla la idea del soberano como persona sagrada estaba mucho más arraigada que en Aragón. Y si Villena estaba celoso de Don Beltrán, ¿es que había alguien más envidiado aún que Villena? Sus enemigos serían los amigos del rey... Por fin, el anciano obispo de Cuenca, ex-consejero del rey Don Juan, declaró que no había vuelta de hoja: si un rey deseaba preservar su autoridad, el único contacto que debía establecer con los rebeldes era para presentarles batalla.

La fláccida boca de Don Enrique esbozó una mueca. «Los que no necesitan combatir, ni piensan poner sus manos en un sable, siempre están dispuestos a disponer de las vidas de los otros», contestó.

Se produjo un elocuente silencio. El rey parecía inclinarse por conseguir la paz de otro modo. No había nada más que decir. Entonces el Obispo, con los ojos encendidos y la voz temblorosa, se levantó indignado.

«De aquí en adelante», gritó, «se os dirá el más inepto Rey que España ha conocido jamás; y os arrepentiréis de esto, señor, cuando sea ya demasiado tarde».

Enrique lanzó una angustiosa llamada al Marqués de Villena. El hábil gentilhombre, después de sopesar los pros y los contras, comunicó al resto de los conspiradores que le parecía poco sensato, deshonroso y desleal, por no decir impío, tomar las armas contra el rey legítimo sin haber agotado previamente todos los métodos pacíficos, por lo que se ofrecía, si ellos se lo permitían, a tratar de conseguir de Enrique la mejor solución posible para ambas partes. Un tanto indecisos, los conspiradores accedieron, sabiendo a ciencia cierta que, si alguien podía manejar al rey, ése era el Marqués de Villena. Se sucedieron entonces una serie de conversaciones entre el rey y el Marqués. El resultado consistió en un acuerdo conocido como Concordia de

Medina del Campo, quizá el documento más humillante jamás firmado por un monarca. En efecto, Enrique se mostró conforme con las siguientes estipulaciones:

Don Alfonso es reconocido como Príncipe de Asturias y legítimo heredero al trono –se trata, virtualmente, del reconocimiento público de la ilegitimidad de La Beltraneja–.

Don Beltrán, Conde de Ledesma, renunciará al Gran Maestrazgo de Santiago en favor de Don Alfonso y se retirará de la Corte con parte de su séquito.

Don Enrique confesará de ahora en adelante sus pecados y recibirá la Sagrada Comunión al menos una vez al año.

Así pues, el hermano de Isabel se había convertido en un instante en el personaje más importante de Castilla. La cuestión que se planteaba entonces era quién sería nombrado su guardián. Con una falta de tacto sorprendente, Enrique lo puso bajo la custodia del Marqués. De esta manera se hacía aún más patente la humillación real.

Tanto el rey como los nobles cayeron gradualmente en la cuenta de que los únicos beneficiados con aquel acuerdo habían resultado ser el príncipe y el marqués. El diminuto pero explosivo Don Fadrique, Almirante de Castilla, estaba furioso. Y se encargó de comunicar a sus compañeros de conspiración que se habían burlado de ellos.

Mientras Villena buscaba un lugar seguro donde mantener a salvo al príncipe Alfonso, el Almirante llegó a un misterioso trato con el arzobispo de Toledo. Al alba, y tras despedirse a la francesa del resto de los conjurados, los dos galoparon hacia Madrid tan deprisa como se lo permitieron sus caballos; allí solicitaron una inmediata audiencia con el rey. Ya en presencia de Don Enrique, confesaron humildemente que se habían dado cuenta de su error y que el recuerdo de la traición en la que se habían visto involucrados les causaba tanto dolor que acudían ahora al rey para repudiar sus actos y ofrecerle su renovada fidelidad. Acusaron a Villena de ser un traidor sin escrúpulos, traidor tanto al rey como a todo el pueblo. Estando Don Alfonso bajo la custodia del Marqués, de ahora en adelante, y en cuanto a Villena le viniera en gana alzar la bandera de la revuelta, en Castilla habría dos reyes. El Arzobispo y el Almirante habían comprendido que la conciencia de su deber les inclinaba a ayudar al rey. Le aconsejaron revocar la Concordia de Medina del Campo y pedir al architraidor Marqués la devolución de Don Alfonso.

Don Enrique, asustado y halagado a un tiempo, se puso en manos de los

ex-conspiradores y, en muestra de su gratitud, les hizo donación de los valiosos territorios que hacía tiempo ambos anhelaban. Y, tan pronto como marcharon a tomar posesión de sus nuevos dominios, el rey repudió el acuerdo de Medina y envió a Villena una áspera orden para que le devolviera al infante sin demora.

El Marqués y sus partidarios se rieron a mandíbula batiente de la ingenuidad del rey. Enrique no se dio cuenta del engaño hasta que mandó llamar a Madrid al Arzobispo. Entonces su mensajero volvió diciendo que se había encontrado a Carrillo, armado hasta los dientes y montado a caballo, a punto de salir para unirse a los rebeldes; y que, en el momento de despedirse, había gritado con voz tonante: «Decid a vuestro Soberano que estoy harto de su persona y de sus asuntos, y que le mostraré cuál es el verdadero Soberano de Castilla».

Enrique se enteraría pronto del significado de sus palabras. Carrillo y el Almirante, después de reunirse con Villena, proclamaron rey a Don Alfonso en Valladolid. Planeaban convocar una gran asamblea de todos los nobles insurgentes cerca de Ávila, por lo que enviaron un correo secreto a la infanta Isabel, quien esperaba junto a la infanta Doña Juana noticias de los acontecimientos, para invitarla a asistir a ella. Después de reflexionar, la infanta declinó la invitación. El rey estaba al borde de la desesperación; Doña Juana, enferma. Y Don Beltrán, tras renunciar con cierta reticencia al Maestrazgo de Santiago (a condición de recibir, entre otras compensaciones, el título de Duque de Alburquerque), se retiró a Cuéllar. La tensión aumentaba en todas partes; algo estaba a punto de suceder.

A primeros de julio de 1465 se presentó en Ávila una larga procesión de caballeros encabezada por el Arzobispo y el Marqués, que escoltaban al príncipe Don Alfonso; iban todos montados a caballo –revestidos con sus gualdrapas– y armados de pies a cabeza. El joven príncipe se mantenía tan erguido como podía y no miraba ni a derecha ni a izquierda. Su visera alzada dejaba ver el brillo de su rubio cabello a la gente que flanqueaba la estrecha callejuela empedrada y lo vitoreaba: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey Don Alfonso!...». La cabalgata atravesó una de las puertas de la enorme muralla de granito, cerca de una de las torres, y se dirigió hacia la llanura seguida de la muchedumbre.

Ávila está situada en lo alto de una montaña desierta, en el corazón de un terreno árido y frío, donde todas las cosas son grisáceas –grises son las sombras, y la tierra, y las piedras; incluso la luz del sol, no importa por dónde

se filtre, tiene un matiz grisáceo–. El lecho del viejo río que rodea la ciudad está sembrado de enormes cantos de granito, pulidos por la corriente de siglos. Pisando sobre ellos, uno puede penetrar en un vasto desierto que se extiende hasta las nevadas montañas de Guadarrama; las sombras se mueven en esta llanura formando ondas grises, como la marea de un inmenso océano. Junto a las murallas de la ciudad, te asaltan las dudas antes de internarte en semejante sombra: sería como dejar atrás la claridad del sol y la buena fortuna, para caer en el limbo o en un misterioso y fatal destino. El silencio se abate sobre las tropas en marcha: este cinco de julio el único sonido que se percibe es el de los cascos de los caballos y el crujido de las sillas de cuero.

En medio de la vega se ha levantado sobre una plataforma un tosco escenario en el que varios hombres se mueven de un lado para otro; desde lejos incluso se puede ver lo que parece un personaje real sentado en su trono, junto al borde: el sol hace brillar su corona y su cetro y el gran sable de justicia que llevan los Reyes de Castilla. ¡Qué extraña postura la que ha adoptado tan excelso personaje! Está desplomado sobre su asiento como un auténtico borracho; o, más bien, como un espantapájaros. Cuando Don Alfonso y sus amigos llegan al anfiteatro, comprueban que realmente se trata de un espantapájaros, o al menos de algo muy parecido. Es una figura del rey Enrique IV, regiamente vestido con su manto de armiño sobre sus ropas negras. Al retrato no le falta detalle: su collar de joyas, la cadena de oro alrededor del cuello, las perlas, rubíes y esmeraldas del cinturón, sus borceguíes moriscos... La bandera real de Castilla ondea por encima de su cabeza y rodean la plataforma, como custodiando a este rey de pacotilla, varios caballeros, soldados, arqueros y lanceros. La inmensa muchedumbre contempla el espectáculo mientras Don Alfonso, el Arzobispo y el Marqués desmontan y comienzan a ascender a la plataforma. Todos los gremios y las profesiones están debidamente representados: se pueden ver los hábitos marrones de los franciscanos y los blancos y negros de los dominicos; los jefes moros con sus turbantes; barbudos judíos con sus pequeños distintivos redondos; estudiantes de la Universidad de Salamanca; caballeros con las insignias de las tres Órdenes Militares; nobles castellanos con sus largas túnicas de lana. El príncipe observa a la multitud mientras suenan las trompetas y redoblan los tambores.

En uno de los extremos de la plataforma se ha colocado un altar. El arzobispo de Toledo se quita la armadura para revestirse con sus ornamentos, rojos y blancos, en los que brilla el oro. Suena una campana. El Arzobispo

hace la señal de la cruz. Comienza la Misa. La muchedumbre se arrodilla... En el momento de la elevación la luz del sol arranca resplandores del cáliz y de la Sagrada Hostia. «Domine, non sum dignus», dice el Arzobispo, al tiempo que golpea su pecho... el último Evangelio... La Misa ha concluido. El pueblo estalla en murmullos. Comienzan a apiñarse junto a la plataforma y a los soldados. Saben que algo más va a ocurrir. Y apenas están preparados para ello.

El Arzobispo, con expresión de gravedad en su tosco rostro, avanza hacia la figura de Enrique IV, le quita la corona y dice: «Así perdéis la dignidad real que tan mal habéis jurado». Y el Conde de Benavente, al tiempo que le despoja del cetro, añade: «Así perdéis el gobierno de vuestros reinos, como lo merecéis». Después Don Diego López de Zúñiga grita: «Perded también el trono y la reverencia debida a los reyes». Y, de un puntapié, arroja al monigote de su trono hasta el polvo de la «vega».

Trompetas y tambores. Un grito de triunfo se levanta de entre los partidarios de Don Alfonso; de algunos de los presentes, lamentos y gemidos de espanto; incluso algún sollozo; y es que en Castilla el rey, independientemente de su conducta como ser humano, representa la soberanía del pueblo, que procede de Dios. No obstante, los rebeldes continúan con el programa. Don Alfonso se dirige al trono vacío, toma asiento y la corona es depositada sobre su rubia cabeza... gritos... tambores y trompetas... estrépito.

Las noticias del ultraje de que había sido víctima en Ávila entristecieron profundamente a Don Enrique. Se le hacía evidente, a él y a muchos más, que daba comienzo el último capítulo de su historia. «Desnudo salí del vientre de mi madre», murmuró, «y desnudo volveré a la tierra». Se encerró en sus aposentos y se acompañó con el laúd mientras cantaba tristes tonadas. ¿Cómo se le había ocurrido ofender al Marqués de Villena?

Pero el trabajo de los rebeldes de Ávila resultó excesivamente concienzudo. En efecto, consiguieron convertir a Don Enrique en algo semejante a un mártir, al tiempo que ofendieron la tradicional reverencia que los castellanos profesaban a la realeza; los judíos y los moros, por su parte, así como todos cuantos habían sido favorecidos por el rey, mostraron su indignación contra ellos. La reacción en favor de Don Enrique se vio apoyada por Don Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, un erudito hombre de Estado cuya familia estaba emparentada por lazos de sangre con los grandes nobles del norte. Aunque Mendoza no respetaba demasiado al

rey, tampoco se hacía ilusiones con respecto al supuesto desinterés de Villena o al calculador Carrillo. Así pues, cuando los rebeldes le invitaron a unirse a la facción del príncipe Don Alfonso para conseguir un buen gobierno, respondió: «Es bien sabido, caballeros, que cada reino es como un cuerpo, y que su cabeza es el rey. Si la cabeza está enferma, es mejor curar las heridas que cortarla... Las Santas Escrituras prohíben la rebelión y mandan la obediencia... Debemos procurar el bienestar de los más, aun si unos pocos somos desgraciados, antes que arrojarnos en los horrores de la guerra civil y de la anarquía...; el príncipe Alfonso, que sólo tiene once años, todavía no puede reinar. Aun cuando Don Enrique es flojo y vicioso, ¿estaría mejor Castilla con un niño en el trono?». Y podemos imaginar a Mendoza añadiendo para sí: «un niño controlado por hombres como Pacheco».

La carta del obispo le procuró al Marqués más de un quebradero de cabeza. ¿Y si Enrique ganaba? ¿Qué sería de los rebeldes, de sus bienes, de sus vidas? En la filosofía de Villena era inconcebible encontrarse en el bando de los perdedores. Por eso se dirigió rápidamente a Enrique y le presentó una oferta que presumía sería ventajosa para ambas partes:

Villena le daría a Enrique el dinero que éste necesitaba con urgencia y 3.000 lanzas (es decir, unos 10.000 hombres) que estaban saqueando los dominios de los partidarios del rey en Andalucía. Además le entregaría al príncipe Don Alfonso. Todos los Pachecos y amigos de Villena volverían seguramente a ponerse de parte del rey y abandonarían a Carrillo y al Almirante, solos y a merced del rey.

El rey desterraría a Don Beltrán, Duque de Alburquerque, y con él a Mendoza, obispo de Calahorra. *Don Enrique daría a la infanta Isabel en matrimonio al hermano de Villena, Don Pedro Girón, Maestre de Calatrava.*

Sin sentir rencor alguno hacia aquel «marrano», descendiente del judío Ruy Capón, Enrique escuchó la propuesta de emparentar con la realeza castellana. Y no viendo en ella más que la solución a todos sus problemas, accedió sin titubear al sacrificio tanto de su hermanastra como de sus amigos. Luego comunicó sus propósitos a la reina, quien a su vez informó a Isabel.

Ésta no daba crédito a lo que oía. Y no por el hecho de estar prometida a alguien completamente desconocido, puesto que su matrimonio se había concertado sucesivamente con Don Fernando de Aragón, Don Carlos de Viana y Don Alfonso V de Portugal; incluso corrió más de un rumor de su posible casamiento con un hermano de Eduardo IV de Inglaterra, probablemente aquel Conde de Gloucester que reinaría más tarde con el

nombre de Ricardo III. Todos ellos, sin embargo, tenían sangre real en sus venas; todos presentaban alguna virtud que ella hubiera podido respetar. Pero Don Pedro Girón carecía de ambas cosas, aparte de su fama de ser un canalla aficionado a todos los vicios. Y si lo que decía de él la opinión pública era falso, ella recordaba perfectamente que en una ocasión Don Pedro formuló a su propia madre algunas proposiciones realmente insultantes. ¿Casarse con aquel hombre? ¡Jamás!

Se arrojó entre lágrimas a los brazos de su amiga Beatriz de Bobadilla. ¿Qué ocurría? El rey... por orden del rey... matrimonio. Pero, ¿con quién?... Don Pedro Girón... ¡Santa Madre de Dios!... Cuando Beatriz pudo recuperar el habla, se precipitó fuera de sus aposentos para volver al cabo de un rato con un pequeño puñal de plata. «Nunca casaréis con tal monstruo», gritó, «porque juro ante Dios que si viene por vos hundiré este puñal en su corazón».

Isabel inclinó la cabeza angustiada. Su instinto habitual la obligaba siempre a rechazar cualquier indicio de violencia. Sólo Dios tenía poder sobre la vida y la muerte; excepto cuando lo delegaba en el rey. Entonces volvió los ojos hacia Él implorando Su auxilio. Se encerró en su habitación y ayunó durante tres días, pasando las noches en vela arrodillada ante un crucifijo mientras repetía de corazón y entre lágrimas una y otra vez: «¡Dios mío, Misericordioso Salvador, no dejéis que me entreguen a semejante hombre! ¡Haced que él o yo muramos!...».

Cuando todo esto llegó a oídos del rey, Enrique se limitó a sonreír... La reina, recordando quizá la infructuosa lucha que mantuvo contra el manto de cinismo con que se resignó a cubrir sus mejores sentimientos, o bien con un asomo de comprensión hacia las ojeras y la palidez reveladoras de la angustia de la joven, se atrevió a predecir que Isabel jamás consentiría al matrimonio. Pero Don Enrique replicó que la haría entrar en razón, utilizando su persuasión –o, de no conseguirlo, la fuerza–. ¡Él le enseñaría quién era el rey de Castilla! Ya había enviado aviso a Don Pedro Girón para que acudiera a contraer matrimonio en Madrid, y eso era precisamente lo que iba a hacerse. El Alcázar y la ciudad entera bullían en medio de los preparativos y ya habían concluido la decoración. Se encargaron los trajes para la reina y para sus damas, y también el de Isabel. La Corte disfrutaba enormemente con todos aquellos cotilleos.

El mensajero enviado a Almagro, donde se hallaba Don Pedro Girón, regresó con su respuesta: la orden del rey le había complacido mucho y se

pondría en camino hacia Madrid con toda la rapidez posible. Con su negro bigote recién peinado y engominado, con regios ropajes y seguido de un regio cortejo bajo la bandera de Calatrava, aquel calavera de 43 años salía al encuentro de su prometida, que sólo tenía quince.

Isabel no cejó en sus súplicas. Beatriz de Bobadilla, con el puñal en la mano, no hacía más que repetir incansablemente: «Dios no lo ha de permitir, ni yo tampoco lo consentiré».

IV
LA MUERTE DE DON ALFONSO
ISABEL RECHAZA LA CORONA
SE CONCIERTA SU MATRIMONIO CON FERNANDO DE ARAGÓN

La primera tarde después de salir de Almagro escoltado por su espectacular cortejo, la música incesante, los pendones al viento y las risas y bromas que normalmente acompañan a un futuro esposo, Don Pedro Girón llegó a Villarrubia, una pequeña localidad cercana a Villarreal, donde, a pesar de su impaciencia, la creciente oscuridad le obligó a hacer un alto.

«Unos pocos días más», pensaba para consolarse, «y compartiré mi lecho con una princesa».

Pero nadie puede estar seguro de dónde dormirá dentro de unos días. Esa misma noche el Maestre de Calatrava se vio aquejado de una grave amigdalitis. Se llamó a los mejores médicos que se pudieron encontrar, especialmente a los judíos. Pero nada logró detener la mano invisible que parecía estrangular lentamente a Don Pedro. Cuando se dio cuenta de que no le quedaba ninguna esperanza, la cólera se apoderó del Maestre y, falso converso como era, dejó a un lado sus pretensiones de catolicismo y se negó a recibir los Sacramentos o a pronunciar una sola oración cristiana.

Murió al tercer día de su viaje, blasfemando contra Dios por haberse negado a concederle tan sólo cuarenta días más, durante los cuales habría podido disfrutar de su regia prometida[1]. Fue, pues, con los gusanos con quienes Don Pedro acabó compartiendo su lecho; todos sus bienes y títulos pasaron a manos de sus tres hijos bastardos[2].

Isabel recibió la noticia de su muerte entre lágrimas de alegría y gratitud; no vio en ello sino una respuesta a sus plegarias, por lo que se precipitó a la capilla para agradecer al Señor de rodillas ese favor. Aquella noche, después de tan larga vigilia, la princesa durmió profundamente.

No reaccionaron así ni el monarca ni el Marqués de Villena. La muerte de Don Pedro, como cuenta el propio Carrillo, fue «muy gravosa» para ellos, puesto que echaba por tierra su hermoso castillo de naipes. Y los rebeldes, impacientes por volver a la acción después de una tregua tan larga,

comenzaron a movilizarse. Villena comprendió que debía replantearse de nuevo su situación y, como de costumbre, se la volvió a plantear. La elección entre el rey y los rebeldes no ofrecía muchas dudas. El Marqués montó otra vez su caballo y se reunió con el Arzobispo y el Almirante.

A Enrique no le quedaba más remedio que abdicar o enfrentarse a los rebeldes. Después de todo, su situación no parecía tan desesperada. Podía contar con Mendoza, el influyente obispo de Calahorra, y con las fuerzas reales, unos 70.000 soldados de infantería y 14.000 a caballo. Finalmente, se decidió a combatir.

La guerra difícilmente podía ser peor que la caótica paz de los últimos meses. Todo el mundo parecía haberse alzado contra el vecino; los señores devastaban las granjas y aldeas cercanas como si se hallaran en territorio enemigo; asesinatos, robos, incendios y secuestros estaban a la orden del día; el mismo gobierno se dedicaba a perseguir a los débiles mientras apoyaba la avaricia y la brutalidad de los más poderosos; y al tiempo que la peste y el hambre aniquilaban a los pobres por doquier, los señores feudales se hostigaban mutuamente y las discordias desencadenaban pequeñas guerras. Un ejemplo representativo: el Marqués de Astorga envió algunas tropas con la misión de saquear los dominios del Conde de Benavente, cuyas gentes, 350 personas entre hombres, mujeres y niños, se refugiaron en la iglesia de Gordoncillo. Los soldados entonces prendieron fuego al edificio y todos los que estaban dentro perecieron.

La guerra que se inició aquel verano entre los conversos y los cristianos viejos de Toledo tuvo, sin embargo, consecuencias inmediatas mucho más serias y una importante repercusión en la Historia de España. Los canónigos de la catedral –conversos muchos de ellos–, que controlaban las rentas de la vecina ciudad de Maqueda, incluido el impuesto sobre el pan[3], en pública subasta vendieron a algunos judíos este privilegio, tan gravoso para los pobres. Entonces Alvar Gómez, un cristiano influyente, pidió al alcalde que expulsase a los judíos de la ciudad. Así se hizo. Los canónigos ordenaron arrestar al alcalde y, mientras deliberaban cuál sería el castigo que se le impondría para zanjar la disputa, un adinerado jefe de los conversos, Fernando de la Torre, decidió tomarse la justicia por su mano. De natural violento e irreflexivo, de la Torre declaró que los conversos habían reunido en secreto 4.000 soldados muy bien armados, seis veces más de lo que los cristianos podían conseguir. Y el 21 de julio condujo a sus fuerzas al asalto de la catedral. Los judíos irrumpieron a través de las enormes puertas de la

iglesia gritando: «¡Mueran! ¡Mueran! Que no es esta iglesia sino congregación de malos e viles»[4]. Dentro de la catedral los cristianos desenvainaron sus espadas y comenzaron a defenderse. Algunos más acudieron en su ayuda y a los pies del altar mayor se libró una encarnizada batalla.

Entretanto, procedentes de Alofría llegaron poderosos refuerzos de cristianos que se lanzaron a un contraataque en el lujoso barrio donde habitaban casi todos los conversos. En ocho de las calles principales derribaron las casas. Luego capturaron a Fernando de la Torre y a su hermano y los ahorcaron; finalmente asesinaron indiscriminadamente a los conversos.

Pocos días más tarde llegaba a Toledo el hermano de Isabel, acompañado de Villena y del Arzobispo. Una delegación de cristianos viejos aguardaba al joven príncipe, de tan sólo catorce años, para ofrecerle su apoyo en contra de Enrique IV si aprobaba públicamente la masacre de los conversos, ahora aterrados e inermes, y las posteriores medidas que habían tomado contra ellos.

«Dios no querrá que yo apruebe tal injusticia», contestó Don Alfonso sin titubear.

Cuando el Marqués de Villena le recordó que, en ese caso, los cristianos viejos de Toledo probablemente se declararían partidarios del rey, Don Alfonso replicó:

«Aunque ame el Poder, no deseo comprarle a tal precio»[5].

En otra ocasión Alfonso declaró que se debía privar a los nobles de su poder de desafiar a los reyes y de tiranizar al pueblo. «Pero creo que tendré que esperar a ser algo mayor», añadió significativamente. El Marqués empezaba a encontrar un poco aburrido a este obstinado príncipe de sentimientos tan elevados, pero tan excesivamente rectos.

Con la ayuda que pudieron hallar en Toledo, los rebeldes reunieron una fuerza aproximadamente igual a la del rey. Los ejércitos rivales se encontraron frente a frente cerca de Olmedo, en el mismo campo donde Enrique, siendo niño, había luchado contra los enemigos de su padre. Desde el campamento de Don Alfonso, el robusto arzobispo de Toledo envió un mensaje de desafío al rey; y se tomó el trabajo de poner en conocimiento de Don Beltrán que había llegado su hora, puesto que 40 caballeros juraron darle muerte al día siguiente. La respuesta de Don Beltrán consistió en proporcionar a Carrillo, por medio de su mensajero, una detallada descripción de la armadura que tenía intención de llevar en la batalla.

Al alba del día siguiente, jueves 20 de agosto de 1467, dio comienzo la lucha con la carga de la caballería y un gran choque de lanzas; después, tras desmontar, recurrieron durante el resto de la jornada a los sables. También intervinieron en aquella inmensa carnicería los soldados de a pie. En el campo del rey destacaba el lugar donde Don Beltrán se defendía de sus cuarenta ejecutores: se podía ver el brillo del acero, de la plata y del oro de su armadura, saltando de un lado a otro por encima de los cadáveres. Su brazo invencible derribó a multitud de hombres, porque al favorito del rey se le podía acusar de todo menos de cobarde. Su fuerza y habilidad le preservaron aquel día de la muerte para intervenir en una causa más noble.

En lo más duro de la batalla hizo acto de presencia Don Alfonso, «el rey de Ávila», armado de pies a cabeza y con la espada en la mano; y luchando con tanta energía que varios hombres cayeron abatidos por sus golpes. A su lado, montando un alazán, cabalgaba el temible Arzobispo Carrillo; sobre su armadura toledana llevaba un manto escarlata con una gran cruz blanca en medio. Ora iba abriendo paso a Don Alfonso entre las tropas enemigas, ora defendía al infante del violento ataque de los caballeros. Nada más empezar la jornada, Carrillo recibió una herida en el brazo; la sangre corría por su guantelete; pero fue, junto con Alfonso, el último en abandonar el campo de batalla una vez que los rebeldes acabaron retirándose; y su tonante voz, semejante al bramido de un toro, no cesaba de animar a sus caballeros, agotados, a un nuevo ataque antes de que la oscuridad lo envolviera todo.

Enrique contemplaba la batalla desde una colina. Al mínimo signo de retirada que adivinaba entre sus tropas, se estremecía de pánico, dando la batalla por perdida; y cuando cambió el rumbo de los acontecimientos y los rebeldes cedieron terreno ante el ataque de Don Beltrán y sus seguidores, no pudieron encontrar al rey en ninguna parte. El cronista Pulgar lo descubrió al día siguiente en una aldea que distaba varias millas de allí, donde permanecía escondido.

Ambas partes reclamaban la victoria. El ejército de Enrique había conservado la posesión del campo; los rebeldes, por su parte, hicieron un número considerable de prisioneros; aparte de apoderarse de varios pendones, entre otros del estandarte real.

Cansados de la lucha, los dos ejércitos se retiraron. Entre los conspiradores se produjeron algunos desacuerdos: Carrillo y el Almirante no confiaban en Villena. Enrique, por su lado, se quedó con una pequeña escolta en la torre de Olmedo; allí acudieron la reina y La Beltraneja a reunirse con

él. El rey ofrecía una figura patética: estaba desconcertado, arrepentido y no le faltaban además nobles sentimientos. Mariana lo describe arrodillado delante de un crucifijo y suplicante: «Con humildad, Señor, Cristo Hijo de Dios y Rey por quien los Reyes reinan y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda; a ti encomiendo mi estado y mi vida; solamente te suplico que el castigo, que confieso ser menor que mis maldades, me sea a mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille, y haz que la gente en común no reciba por mi causa algún grave daño»[6].

Las noticias del sufrimiento del monarca llegaron rápidamente hasta Carrillo, que se encontraba en Ávila recuperándose de su herida. El anciano hombre de Estado convenció inmediatamente a varias personas de confianza de Don Pedro Arias para que partieran a Olmedo y allí intentaran apresar al rey. Una noche se las arreglaron para entrar en la residencia del soberano sin ser vistos. Don Enrique, medio desnudo, consiguió escapar campo a través. Llamó a la puerta de una casa y pidió a un campesino unas pocas ropas; disfrazado de ese modo, montó sobre una mula que le prestó otro labrador y no paró un momento hasta llegar a Madrid.

Para mayor seguridad, la reina y Doña Isabel marcharon con La Beltraneja a Segovia. Arropadas por sus espesas murallas, se vieron a salvo, al menos por el momento. Los rebeldes, sin embargo, enviaron una importante fuerza de caballería con la orden de capturarlas. La reina logró huir junto con su hija y unos pocos efectos personales.

Isabel debía decidir rápidamente: o bien acompañaba a la reina o bien aguardaba a los insurgentes para unirse a ellos. La idea de salir de entre las garras de Doña Juana no le resultaba demasiado desagradable. Además, su hermano Alfonso formaba parte del ejército que marchaba hacia allí. Así pues, llena de júbilo, se quedó esperándole.

Después de tantos meses de incertidumbre y tras los temores sufridos el uno por el otro, los dos hermanos tenían mucho de que hablar. El día del cumpleaños de Alfonso cabalgaron hasta la feria de Medina del Campo, adonde tantas veces habían ido cuando niños desde Arévalo en compañía de Beatriz de Bobadilla. Seguramente recordaron otro cumpleaños del infante: entonces se le obsequió con la representación de uno de los diálogos morales de Juan del Encina, en la que Isabel, vestida con largos ropajes y adornando su cabeza con una flor, hizo el papel de Musa. Y seguramente recordaron también a su madre, sentada allá en Arévalo, sufriendo una melancolía invencible. El futuro se presentaba repleto de peligros y de luchas

interminables. Si Isabel conseguía escapar de sus poderosos enemigos, podría hallar bien la felicidad, bien la triste soledad que proporcionan los matrimonios fruto del interés político. Y si Alfonso conseguía escapar de la traición, quizá encontrara la muerte en el campo de batalla, quizá el exilio –o quizá un trono inestable, erigido en medio del caos–.

Cuando Alfonso partió hacia Ávila para reunirse con el Arzobispo, Isabel se quedó en Segovia. Allí, de acuerdo con los deseos de su madre, se preocupó de buscar un buen confesor y de conversar con sacerdotes y monjes famosos por su santidad o por sus conocimientos. Debió de ser por entonces cuando topó por primera vez con fray Tomás de Torquemada, prior del convento de los dominicos de Segovia desde 1452. Era sobrino de un cardenal; algunos decían que descendiente de judíos conversos[7]. No hay ninguna evidencia de que fuera su confesor por aquellas fechas. El hecho de que coincidieran en la misma ciudad durante esa época ha dado pie a alguna leyenda de increíbles proporciones, según la cual Torquemada hizo prometer a la princesa que establecería la Inquisición cuando alcanzara el trono. No solamente no existe prueba de ello, sino que la historia parece bastante improbable, puesto que Isabel no tenía por entonces ninguna esperanza de llegar a ser reina[8].

Lo que no resulta tan improbable es que conversara con el prior de Santa Cruz o que incluso cambiasen impresiones sobre los terribles acontecimientos de la época, como de hecho hizo la princesa con otros muchos hombres instruidos. Tampoco sería de extrañar que, de acuerdo con su carácter, solicitara de él una oración por el rey Don Enrique. Y con mucha más razón le pediría también que rezara por ella y por su hermano.

Indudablemente, Don Alfonso estaba necesitado de oraciones.

A principios de julio de 1468, un correo procedente de Cardeñosa (un pueblo situado a unas millas de Ávila) entró en Segovia a pleno galope para informar de que el rey de Ávila, junto con el Marqués de Villena, el Conde de Benavente y otros nobles, se había marchado a Plasencia para encontrarse con un grupo de señores cuyo apoyo ansiaban conseguir. El arzobispo de Toledo no los había acompañado porque se encontraba en algún otro lugar con una misión semejante. Así pues, Don Alfonso se hallaba absolutamente a merced de Villena. Después de su entrevista, volvieron a Cardeñosa, donde se detuvieron a pasar la noche. Alfonso se puso repentinamente enfermo: su situación era preocupante y había expresado su deseo de ver a su hermana.

Inmediatamente, seguida por una pequeña escolta, Isabel se hallaba

cabalgando por aquellos polvorientos caminos en dirección a Ávila y desde allí hasta Cardeñosa. Nada más desmontar, salió a su encuentro el arzobispo de Toledo, que acababa de llegar. Isabel no tuvo más que contemplar la sombría expresión de su rostro para saber la verdad: Alfonso había muerto. Aunque la enfermedad actuó de manera fulminante, al Arzobispo le dio tiempo a administrarle los Sacramentos. Ninguna medicina logró salvarlo. La joven entró en la pequeña habitación donde yacía su hermano y se arrodilló junto al cuerpo. Cuando salió de allí estaba pálida y llorosa; no iba con su forma de ser el pronunciar palabra en momentos de emoción como aquél. Carrillo y los acompañantes de Don Alfonso le contaron todo lo sucedido. El día anterior, es decir, el 3 de julio, Don Alfonso había comido truchas, uno de los platos que más le gustaban. El motivo de su muerte continúa siendo un misterio incluso hoy en día: quizá el pescado fue envenenado por una mano amiga de Don Enrique, o de Juana La Beltraneja; quizá Don Alfonso sufrió un violento ataque de la misma fiebre estival que a tantas personas había hecho sucumbir aquel verano en Castilla.

Tras el funeral, en medio de un estoico silencio, Isabel regresó a Ávila. ¿Qué haría? ¿Qué sería de ella ahora? La idea de volver junto a los reyes estaba absolutamente descartada. A Villena deseaba no volver a verle jamás –solamente pensar en él, su cuerpo ardía de pies a cabeza de miedo e indignación–. Decidió quedarse por el momento en el convento cisterciense de Santa Ana de Ávila. Las monjas la recibieron entre muestras de cariño y allí pasó varios días a solas con su pesar, entre meditaciones y plegarias.

Una mañana temprano los cascos de los caballos resonaron con estrépito en las sinuosas calles; los habitantes de la ciudad se precipitaron fuera de sus grisáceas casas de techos planos para vislumbrar la roja capa y la cruz blanca del arzobispo de Toledo, que pasaba a toda velocidad a la cabeza de un tropel de caballeros. Carrillo desmontó ante el convento de Santa Ana y llamó a la puerta con el puño de su espada. ¡El arzobispo de Toledo solicitaba una audiencia de la princesa Doña Isabel!

La infanta le recibió a él y a otros «grandes» en silencio y con grave dignidad. Estaba vestida con una simple y austera túnica de lana que le llegaba hasta los pies. Uno detrás de otro se fueron arrodillando ante ella y besando su mano. Isabel aguardaba a que ellos iniciaran la conversación; Carrillo se erigió en su portavoz. Todos los hombres de buena voluntad, dijo, lamentaban la muerte de Don Alfonso, que constituía una desgracia para la nación. La princesa Isabel se había convertido ahora en la nueva esperanza de

Castilla. Por eso ellos venían a ofrecerle su lealtad junto con la antigua corona de los Reyes de Castilla y León.

Isabel escuchó con calma aquella voz tonante. Cuando el venerable Arzobispo hubo acabado de hablar, contestó sin alterarse, pero de forma categórica, que su hermano el rey Don Enrique era el legítimo soberano de Castilla, puesto que había recibido el cetro de su padre, el rey Don Juan II; y que si los reyes gobernaban con el permiso de Dios, ante quien eran responsables por el poder que de Él recibían, ninguna autoridad de Castilla podía arrebatárselo legítimamente sin su consentimiento hasta el día de su muerte. No censuraba a su hermano Don Alfonso por lo que había hecho, pues actuó sin duda de acuerdo con su conciencia; pero, en lo que a ella se refería, jamás obtendría el poder por medios inconstitucionales, lo que con seguridad le haría perder la gracia y la bendición de Dios, y todos sus esfuerzos quedarían en nada. Su hermano el rey podía estar seguro de su obediencia y lealtad durante todo el tiempo que le quedara de vida. «Porque si yo gano el trono rebelándome contra él, ¿cómo podría condenar mañana a quien quisiese desobedecerme?».

Carrillo, al borde del llanto, imploró una y mil veces. Su negativa significaba la ruina de los partidarios de su hermano; sin un jefe que los dirigiera, su causa se quebraría en mil pedazos; y sus bienes –sus propias vidas incluso– quedarían expuestos a la venganza del rey y de la reina. Y nadie podía dudar que el enemigo encontraría el medio de deshacerse de la propia Isabel, rival como era de la hija de Don Beltrán. La infanta debía reconsiderar su insensata decisión: el futuro de Castilla dependía de su respuesta y bajo su responsabilidad recaerían todos los asesinatos, crímenes y atropellos que se produjeran desde ese momento.

Isabel meneó la cabeza: No.

Carrillo se inclinó ante ella y, con el rostro congestionado, se retiró de su presencia. Isabel volvió a sus oraciones y a sus bordados.

A los rebeldes no les quedaba otra elección que firmar la paz. Villena, que tenía sus razones para temer la influencia que el Arzobispo ejercería sobre la princesa, declaró que ésta había hecho muy bien en rechazar la Corona. Carrillo, lleno de amargura y muy a su pesar, se vio obligado a unirse al resto en demanda de paz.

Las necesidades de dinero de Enrique eran tan acuciantes que el rey estaba dispuesto a hacer casi cualquier concesión. Se entrevistó con los nobles cerca de Ávila, junto a los Toros de Guisando, cuatro grandes toros

esculpidos en piedra hacía más de mil años con una inscripción en la que se recordaba la victoria de Julio César en ese mismo lugar. Isabel insistió en acompañar a Carrillo a la entrevista, a pesar de las lágrimas de éste, que temía por su seguridad, y a pesar de su predicción de que el acuerdo que se alcanzara no sería más que una farsa.

Los hechos demostraron que la infanta tenía razón en estar confiada. Las ansias generalizadas de obtener la paz propiciaron la firma de un acuerdo que le era claramente favorable. Villena, comprendiendo que era imposible lograr la unidad del reino si no era con Isabel, aconsejó al rey que la reconociera como heredera, al menos por el momento. El monarca, a merced nuevamente de su antiguo favorito, sacrificó con absoluta frialdad a la reina y a Don Beltrán. En las estipulaciones que Enrique refrendó con su firma se hace patente lo bajo que había caído:

1) Garantizaba una amnistía general en favor de todos los insurgentes.

2) Consentía en pedir al Papa la anulación de su matrimonio con la reina Juana, a quien enviaría de regreso a Portugal en el plazo de cuatro meses.

3) Reconocía a Isabel como Princesa de Asturias y heredera al trono de Castilla y León.

4) Se comprometía a convocar las Cortes durante los siguientes 40 días para sancionar legalmente el título de Isabel y discutir una serie de reformas necesarias en el gobierno.

5) Prometía no volver a imponer a Isabel ningún otro matrimonio que fuera contra sus deseos, con la única condición de que la princesa no se casara sin su consentimiento.

6) Se obligaba a conceder a Isabel las ciudades de Ávila, Huete, Molina, Medina del Campo, Olmedo, Escalona y Úbeda, para el adecuado mantenimiento de quien ya era heredera al trono.

Así, el lunes 19 de septiembre de 1468 Enrique insultaba a su mujer una vez más y admitía virtualmente la ilegitimidad de La Beltraneja. Tras la firma del acuerdo, el rey abrazó tiernamente a Isabel, saludándola como heredera del reino. Los nobles presentes avanzaron para besar su mano y para jurarle fidelidad ante el legado del Papa, Antonio de Veneriz, obispo de León, quien les liberó de su anterior juramento, prestado bajo coacción a La Beltraneja.

Hasta ese momento todo marchaba bien. El siguiente paso era el de la convocatoria de las Cortes en Ocaña, y eso fue lo que Enrique se dispuso a hacer. Naturalmente, en ellas se produjeron interminables y complicadas discusiones sobre los males que afligían al territorio y acerca de los medios

que deberían ser utilizados para remediar tanto infortunio. Enrique, tras prometer que tendría en cuenta todas aquellas propuestas, disolvió las Cortes. Los delegados habían jurado fidelidad a Isabel, pero no ratificaron oficialmente el tratado de los Toros Guisando.

El arzobispo de Toledo ahora se podía dar la satisfacción de decirle a Isabel que «ya lo sabía yo». Creyó ver en la furtiva sonrisa del astuto Marqués algo más que el placer de verse restablecido en la intimidad real. No albergaba ninguna duda de que el Marqués había incitado al rey a firmar el tratado de los Toros de Guisando con la intención de no cumplirlo en el futuro y de ganar tiempo entretanto con la convocatoria de Cortes en Ocaña. Pero algo más se respiraba en el ambiente.

Y Carrillo estaba en lo cierto: el Marqués quería expulsar a Isabel de la nación tan pronto como se le presentara la oportunidad.

De hecho, Villena ya había convencido al rey de que el método más sencillo –que además ofrecía la ventaja adicional de evitar su matrimonio con Fernando de Aragón– consistía en casarla de inmediato con Alfonso V. Y aseguró a Enrique que la infanta entraría en razón haciendo uso de la fuerza.

Si Enrique todavía albergaba algún escrúpulo ante la idea de forzar a Isabel a dar su consentimiento, éste se vio rápidamente acallado por la llegada a Ocaña de una espléndida embajada procedente de Portugal y presidida por el arzobispo de Lisboa, que traía instrucciones de Alfonso de no volver sin el sí de la princesa. Villena había urgido al caballeroso Don Alfonso para que lo intentara una vez más; y, al mismo tiempo, habló de ello con el rey. La buena fortuna hizo llegar a Ocaña simultáneamente un mensajero aragonés con una nueva petición de la mano de la infanta para el príncipe Don Fernando.

Mientras el rey y su favorito se dedicaban a disponer su futuro, Isabel reflexionaba seriamente sobre el asunto. Tenía tres pretendientes: Alfonso V, Fernando de Aragón y el Duque de Guyena, hermano y presunto heredero de Luis XI. Al primero ya lo conocía y se había formado su opinión sobre él. De los otros nada sabía a ciencia cierta. Por eso, decidió descubrir qué tipo de hombres eran antes de hacer depender su felicidad de uno de los dos. Secretamente envió a su capellán, Don Alfonso de Coca, a París y a Zaragoza para que observara de cerca a ambos pretendientes. Una princesa, por supuesto, debe anteponer el bien común a sus propias preferencias; pero si se puede encontrar la manera de hacer coincidir la felicidad privada con el bien público, tanto mejor. Durante algún tiempo esto se convirtió en el eje de sus

plegarias cotidianas; y ahora, en el momento oportuno, Don Alfonso de Coca volvía de su largo viaje con las noticias que ella le había pedido. El Duque francés, le dijo, era «débil, afeminado, de hombros tan flacos que parecían deformes, y ojos tan débiles y llorosos que le hacían inepto para toda empresa caballeresca». ¿Y Don Fernando? Oh, era todo un hombre, «de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos e llanos, e hombre bien complisionado»[9].

A la decidida y atractiva muchacha de 16 años no le costó demasiado elegir entre tales príncipes. Y resultaba además que la suerte había hecho coincidir al hombre cuyas cualidades como caballero eran mejores con el candidato más adecuado para la política castellana. Enrique y Villena carecían de principios; pero Carrillo defendió con vigor a Fernando y sus argumentos demostraron claramente que su visión era la de un hombre de Estado.

¡Pensad en la ventaja –decía– de reunir las dos provincias más grandes de la Península, y con mayor número de habitantes, en una sola nación con una sangre, una lengua, unas costumbres y una tradición en común! Una nación semejante bien sería capaz de acabar con el dominio de los moros en el Mediterráneo y de hacerles volver a África. E igualmente podría evitar cualquier invasión que se produjera en el norte por parte de Francia o por Portugal en el oeste. No sería difícil convertirse en la nación europea más importante si se contaba a un tiempo con el ejército de Castilla y con la escuadra y el comercio marítimo de Aragón. Por otra parte, si Isabel marchaba a Portugal, inmediatamente se convertiría en una extranjera para su pueblo y Villena no dudaría en excluirla de la sucesión al trono; y sus hijos, si los tenía, difícilmente podrían optar a la corona de Portugal, puesto que Alfonso V contaba con un heredero varón, Don Juan, fruto de su primer matrimonio. Y por lo que se refería al Duque de Guyena, probablemente no llegaría a ser rey jamás, porque Luis al fin había tenido descendencia; e incluso en el caso de conseguir el trono, Castilla se convertiría en una mera provincia francesa. Tal era la visión política del Arzobispo. E Isabel recibió exactamente los mismos consejos por parte de otros nobles cuya opinión había recabado por carta.

No obstante, obedeció la orden de Enrique de recibir al arzobispo de Lisboa y a su embajada. Tras escuchar cortésmente sus discursos, agradeció su buena voluntad y dijo que consideraría con calma cuanto le habían

expuesto. Respuesta que no complació en absoluto al Arzobispo, y mucho menos a Enrique cuando se enteró de ella. Entonces el rey comunicó a Isabel su deseo de que consintiera al matrimonio con el portugués sin más demora; de modo contrario, la encerraría en el Alcázar de Madrid, donde él mismo se encargaría de enseñarle la obediencia debida al soberano.

Carrillo se encontraba fuera de la ciudad, pero Isabel le hizo llegar el ultimátum del rey, palabra por palabra, a través de su maestresala Gutierre de Cárdenas. El Arzobispo le aconsejó dar largas al portugués y aceptar de inmediato la propuesta de Aragón; no debía temer nada, porque en caso de emergencia él mismo dirigiría al ejército para rescatarla. Don Fernando, dijo, era un «mozo de prudencia y discreción» a quien la mayoría de los señores castellanos, emparentados con él por lazos de sangre, verían con gozo como rey. El propio Carrillo, según le comunicó Cárdenas, permanecía oculto en aquellos momentos, porque alguien de la Corte, tal vez su pariente Villena, le había advertido que Enrique proyectaba apresarle y después darle muerte por haber defendido abiertamente el matrimonio con Don Fernando. Cárdenas y el Almirante, abuelo materno de Don Fernando, discutieron el problema con Isabel largamente. «Como la modestia propia de las damas les prohibía decidir en lo concerniente a sus propios matrimonios», la princesa expresó sus escrúpulos. Cárdenas se las arregló para convencerla de que, estando muerto su padre y su madre incapacitada por la enfermedad, debía dejarse guiar por la opinión pública. Los tres estados (los nobles, el clero y el estado llano) deseaban que se casara con Fernando, afirmó. Tras unos instantes de reflexión, la joven contestó «que Dios testigo de los corazones sabía que pospuesta toda afición miraba solamente lo que al bien destos Reynos cumplía. Y pues los votos de los Grandes del Reyno eran en esto conformes, do parecía placer a Dios, ella, conformándose con su voluntad se remitía al placer de todos[10]».

En aquel diminuto e informal Consejo se decidió que Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia partieran de inmediato hacia Aragón para informar de la respuesta de la princesa. Aquella misma noche, embozados en sus largas capas, salieron de la ciudad con una pequeña escolta armada hasta los dientes y emprendieron su viaje buscando las rutas menos frecuentadas y procurando evitar las principales ciudades.

Entretanto Isabel siguió el consejo del Almirante y del Arzobispo de continuar sus conversaciones con la embajada portuguesa. Coincidió plenamente con su opinión de que el intento de coacción de que había sido

víctima por parte de Don Enrique, quien había violado el acuerdo de los Toros de Guisando, la eximía de su promesa de no contraer matrimonio sin el consentimiento real; y consideraba que los hechos justificaban su engaño. Por eso comunicó al arzobispo de Lisboa que existía un importante obstáculo para su matrimonio con Alfonso V; y era éste el parentesco entre ambos, dentro de los grados prohibidos por la Santa Madre Iglesia. Por supuesto, si el Papa accedía a otorgar su dispensa, el asunto sería muy distinto.

No tenían más remedio que solicitar la dispensa de Roma, que el Papa concedió a su debido tiempo. Pero Don Enrique no esperó el regreso de Roma de su mensajero, pues había llegado a oídos de Villena la precipitada marcha de Cárdenas y de Palencia, y el Marqués adivinó rápidamente su destino. Lo cual enfureció al rey, quien ordenó el arresto de Isabel.

La noticia de la regia decisión se extendió como la pólvora desde palacio hasta el último rincón de la ciudad. Se produjeron entonces multitud de rumores; la gente iba y venía hablándose al oído con gran misterio, como cuando algo extraordinario sucede en un hormiguero.

Al despertarse a la mañana siguiente, Isabel, bastante sorprendida de verse todavía en libertad, vislumbró a través de su ventanas varios grupos de ciudadanos de la más variada condición que vigilaban la calle frente a sus aposentos, guardaban las puertas del palacio y blandían todo tipo de armas: picas, jabalinas, lanzas, hachas, puñales, espadas, mazas... ¿Qué estaban haciendo allí? La princesa comprendió, jubilosa, que el pueblo de Ocaña se había levantado en armas en defensa de su persona y de su derecho a contraer matrimonio de acuerdo con sus deseos. Incluso los niños se contaban entre aquella muchedumbre. Durante todo el día oyó cantar en las calles:

«¡Flores de Aragón
dentro Castilla son!
¡Pendón de Aragón!
¡Pendón de Aragón!»,

mientras los muchachos agitaban al viento los gallardetes de Aragón y de Castilla. En los muros y puertas del palacio habían clavado toda clase de chistes injuriosos contra Don Enrique, la reina y La Beltraneja. Los hombres y los mozos cantaban romances en los que ponían de relieve el contraste entre los grises cabellos del ya maduro Alfonso V y el hermoso rostro de Don Fernando, quien en el transcurso de una única noche parecía haberse convertido en el héroe de una leyenda popular. También entonaron bajo las mismas ventanas de la familia real algunas canciones obscenas sobre el rey y

el Marqués.

Observando aquellas reacciones, Isabel sintió quizá por primera vez el poder oculto en el pueblo. Comprendió que Cárdenas tenía razón cuando le habló de la opinión generalizada entre la gente; y no le quedó ninguna duda de que Dios se servía de las bocas de los humildes para ratificar su voluntad. Autócrata tanto por nacimiento como por naturaleza, tuvo la suerte, no sólo en aquel momento, sino a lo largo de toda su vida pública, de que la voz del pueblo apoyara siempre sus decisiones. Como César y como Napoleón, estaba dotada de un egotismo intuitivamente democrático.

Cuando Bernáldez, ya en su edad madura, escribe sobre aquella ocasión, interpreta las canciones infantiles como un feliz presagio de días más afortunados para Castilla. *«Domine, ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem»,* dice. Y añade: «En aquellos días de orgullo, herejías, blasfemias, avaricias, rapiñas, guerras feudales, ladrones y salteadores, asesinos, tahúres, alcahuetes; cuando en todas partes se blasfemaba de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, de renegados y de toda suerte de perversidades, Nuestro Señor puso palabras de gozo en la boca de los niños: *«Flores de Aragón... beati oculi qui vident quod vos videtis»*. Bernáldez refleja los sentimientos populares con respecto a la princesa. A ojos de campesinos y burgueses, su casta piedad, alabada por unos y puesta en solfa por otros, daba un toque angelical al pervertido ambiente de la Corte; y la misma Isabel parecía una flor blanca creciendo enérgicamente sobre un maloliente montón de basura. Si alguien podía conseguir la paz era ella.

Por supuesto, ni el rey ni el Marqués compartían el entusiasmo que demostraban los más humildes. Pero no tenían otra opción que revocar la orden de arresto contra Isabel. Para empeorar más aún las cosas, una nueva rebelión desatada en el sur avanzaba tan peligrosamente que el Marqués consideró imprescindible acompañar al rey hasta la zona con todas las tropas disponibles. El asunto de la princesa podía aguardar hasta su regreso.

Así pues, dejaron a Isabel a salvo, pero muy preocupada. ¿Dónde estaba Carrillo? ¿Por qué no había corrido en su ayuda? Mientras se debatía entre tanta incertidumbre, recibió un lacónico mensaje del Arzobispo en el que la urgía a dejar Ocaña de inmediato y a ocultarse por el momento en la torre de Madrigal.

Una noche, en compañía de unos pocos amigos, Isabel salió de Ocaña y cabalgó hasta su lugar de nacimiento.

Apenas llegada, un mensaje de Cárdenas y de Palencia la turbó

enormemente. Habían salido de Valladolid a medianoche para continuar su viaje por caminos y ciudades poco frecuentadas hasta alcanzar Burgo de Osma. Tras unas precavidas indagaciones, se enteraron de que el obispo de Burgos, sobrino de Villena, era partidario del rey; y de que, además, la opinión en toda la frontera aragonesa estaba en contra de Isabel y de su proyectado matrimonio con Don Fernando. El Conde de Medinaceli y la mayoría de los miembros de la influyente familia de los Mendoza habían jurado apresar o acabar con el príncipe si, en su viaje para reunirse con su prometida, atravesaba sus propiedades. Cárdenas informó a la princesa de todo esto por medio de un mensajero que la había seguido desde Ocaña hasta Madrigal; y recomendaba estrechamente a la princesa que solicitara de Carrillo el urgente envío a Burgo de Osma de 300 lanzas que pudieran abrir camino al príncipe si éste decidía por fin emprender su viaje.

Después de hacerle llegar este mensaje a la princesa, Cárdenas y Palencia picaron espuelas en dirección a Zaragoza, adonde llegaron el 25 de septiembre de 1469. No podían haber elegido un momento más inoportuno. Fernando se había pasado todo el verano luchando con denuedo; su padre se encontraba en Urgel, rodeado de enemigos y amenazado por un motín de sus tropas, que no habían recibido la paga. Se producía una nueva rebelión de los catalanes, esta vez en favor de Don Juan de Lorena. Luis XI permitió que éste atravesara junto con sus tropas el mismo Rosellón recibido de Aragón como aval de un empréstito.

La situación empeoró aún más cuando Don Juan de Aragón se quedó ciego a consecuencia de una doble catarata. Su esposa, intrépida amazona, y a pesar de estar enferma de cáncer, se puso a la cabeza de las tropas aragonesas para sitiar Rosas mientras el príncipe Don Fernando reunía algunas más y corría a alcanzarla cerca de Gerona. Allí estuvo a punto de ser hecho prisionero y luego ejecutado; logró, no obstante, que Juan de Lorena levantara el sitio de Gerona y se retirara por algún tiempo. Fue entonces cuando sobrevino la muerte de la reina, extenuada por un trabajo infatigable; dejaba un esposo ciego, apenado y anegado en desesperanza, con el único apoyo de un hijo de quince años.

Cuando Cárdenas y Palencia llegaron a Aragón en el mes de septiembre, un judío, médico y astrólogo a un tiempo, acababa de devolver la vista a Don Juan en uno de los ojos; el rey le rogó que le sanara también el otro. El judío arguyó que los astros no le eran favorables. Don Juan le amenazó de muerte, pero el judío se negó a operarle antes del mes de octubre, fecha en que podría

hacerlo con más probabilidades de éxito. Don Juan, curado definitivamente a sus ochenta años, vistió su armadura, se puso en camino al frente de su ejército, sitió Barcelona y acabó entrando triunfalmente en la ciudad. Más tarde, en diciembre, la repentina muerte de su enemigo Don Juan de Lorena alivió considerablemente sus problemas militares.

Pero cuando los mensajeros de Isabel llegaron en septiembre la situación parecía desesperada. Don Juan deseaba de todo corazón que se celebrara el matrimonio entre su hijo e Isabel, pues la unión de Castilla y Aragón se presentaba como el único medio de mantener a Luis XI al otro lado de los Pirineos. Sin embargo, en aquellos momentos era una locura enviar a Castilla a Don Fernando. Por una parte existían serios problemas internos... Además, la vigilancia ejercida en la frontera por parte del obispo de Burgos, el Duque de Medinaceli y los Mendoza... Por último, la falta de dinero. Pero Don Juan era el tipo de hombre que no se rinde mientras aún le quede un soplo de aliento. Así pues, Don Fernando firmó el compromiso matrimonial y ordenó a Cárdenas comunicara a Isabel que se reuniría con ella a la primera oportunidad. Entretanto, y como prueba de su amor y sinceridad, le envió como regalo un collar de perlas y rubíes valorado en 40.000 florines de oro que había pertenecido a su madre y 8.000 florines más en monedas de oro. El collar estaba empeñado, pero Don Fernando pidió un préstamo a uno de los acaudalados judíos aragoneses para recobrarlo.

Los dos caballeros castellanos encontraron a Isabel en Madrigal, donde estaba a salvo, pero no oculta. Los espías de Villena se encargaron de descubrir su paradero; y también lo hicieron, al parecer, los de Luis XI, porque, a los pocos días de llegar, la princesa recibió la visita del Cardenal de Albi, quien, rodeado de un brillante séquito, acudía a renovar la solicitud del Duque de Guyena. Luis había seguido con enorme curiosidad las negociaciones relacionadas con el futuro de Isabel. Su matrimonio, tanto con Portugal como con Aragón, supondría un gran perjuicio para los intereses de Francia, pues ambas naciones eran aliadas del principal enemigo de Luis: Inglaterra. Y una decisión favorable a Aragón acabaría además con las pretensiones que Luis tenía más allá de los Pirineos: inmediatamente surgiría un nuevo y poderoso estado español que le opondría resistencia. Por todo ello, envió al Cardenal con instrucciones de no ahorrar su elocuencia en favor de su enclenque hermano, el Duque de Guyena.

Nada más ceremonioso que la entrevista habida entre la princesa y el Cardenal. ¡Qué hermosa había sido la admirable relación amistosa existente

entre el padre de Doña Isabel y los soberanos franceses! «Que considerase bien que el Rey Don Juan si fuera vivo no la consintiera casar con el Príncipe de Aragón ni menos con el Rey de Portugal seyendo viudo y teniendo hijo heredero, aunque no fuera Princesa heredera de Castilla, cuanto más seyéndolo, y esperando tan gran subcesión como es la destos Reynos; y que allá en la otra vida daría alegría al ánimo del Rey su padre si su casamiento concluyese con este Duque»[11]. Éstas y otras razones semejantes argumentó el embajador, quien se ofreció además a convencer al rey para que apoyara el matrimonio con el Duque y de esta manera reconciliarlo con Isabel.

La princesa escuchó atentamente al embajador y, tras agradecerle el honor que le hacía, contestó: «Antes todas cosas ella remitía a Dios, que en sus negocios, y especialmente en este que tanto le tocaba, mostrase su voluntad y le enderezase para aquello que fuese a su servicio y bien destos Reynos»[12].

En el transcurso de una segunda entrevista, la princesa le rogó que contestara al rey de Francia «que ella había deliberado no disponer en esta materia de su matrimonio, salvo siguiendo el consejo de los Grandes y caballeros destos Reynos, con los cuales ella haría consultar lo que el Cardenal le había propuesto; y habido su voto haría aquello que de Dios fuese ordenado, y ellos le aconsejasen». La necesidad estaba enseñando a Isabel el arte diplomático de decir con gravedad las cosas que nada o casi nada significan haciéndolas sonar como si fueran importantes.

Su secretario concluye ingenuamente: «El Cardenal e los otros caballeros que con él venían como quier que conocieron la respuesta de la Princesa su conviniente, pero no fueron della contentos... al fin no pudiendo llevar otra respuesta con esta fueron despedidos»[13].

Fue en ese crítico instante cuando Cárdenas y Palencia regresaron de Aragón con la firma de Don Fernando y su collar de perlas y rubíes. Después de darles las gracias y ordenarles que se retiraran, la princesa se arrodilló agradeciendo a Dios Todopoderoso lo que consideraba era una respuesta a sus plegarias.

No obstante, su situación distaba mucho de ser segura. Se esperaba que el rey y Villena volvieran de Extremadura en cualquier momento. El Marqués tenía ya algunos espías en Madrigal, que todos los días enviaban sus informes al obispo de Burgos, el cual, casualmente, se encontraba allí por esas fechas. Tenía instrucciones de vigilar el menor movimiento de Isabel y de notificarlo inmediatamente al Marqués: qué hacía, con quién hablaba, qué planes

tramaba. Al cabo de una semana el Obispo contaba con una detallada descripción del collar de Don Fernando. Rápidamente se la remitió a Villena.

El Marqués montó en cólera y acudió al rey inmediatamente. A menos que Su Majestad quisiera ver burlada su autoridad por culpa del príncipe aragonés y de una niña testaruda, debía actuar con firmeza antes de regresar al norte. Tenían que enviar al instante una fuerza lo suficientemente poderosa para capturar a Isabel. Enrique mandó entonces a Madrigal 400 lanzas, es decir, todos los caballeros que fue capaz de reunir.

El rostro de Isabel no revelaba la preocupación que en realidad sentía. Se encontraba rodeada de mil peligros. Pensó en emprender la huida. Pero ¿a dónde? ¿Y con quién? La idea de irse sin el Arzobispo no le gustaba demasiado. ¿Dónde estaba Carrillo? ¿Por qué no había recibido siquiera un mensaje suyo?

En algún lugar de la ciudad se comenzaron a oír gritos, pasos acelerados y después el estrépito producido sobre el empedrado por un gran número de caballos. Isabel imaginó lo peor. No veía ante sí más que la prisión –una celda, una copa envenenada... oscuridad absoluta–. No había tiempo de huir. Se arrodilló y comenzó a rezar.

Un criado abrió la puerta al otro extremo de la habitación y entró tímidamente, para eclipsarse acto seguido ante una brillante figura cubierta por una armadura toledana cuyas espuelas sonaban con el movimiento. La muchacha se levantó y se encaró con él.

Era Carrillo.

V
LOS ESPONSALES SECRETOS DE ISABEL
SU MATRIMONIO
MUERTE DE PABLO II

Si el obispo de Burgos se hubiera asomado a la ventana pocos minutos después, habría visto pasar a medio galope a la princesa y al Arzobispo; iban a reunirse con los trescientos jinetes que aguardaban a las puertas de Madrigal.

Isabel siguió a Carrillo sin formular una sola pregunta. Mientras se alejaban de allí cabalgando, él le explicó con su acostumbrada gravedad, un tanto pomposa, por qué no había llegado antes, por qué se la había llevado tan deprisa, por qué acudía con una pequeña fuerza en lugar del ejército que le había prometido. Dificultades en una de sus ciudades... problemas para cobrar sus impuestos... escasez de dinero... necesidad de reclutar soldados mercenarios.

A pesar de que el Arzobispo le agradaba, y a pesar de que confiaba en él, Isabel comenzaba a descubrir las debilidades que, al parecer, sufrían todos los hombres. En Carrillo adoptaban la forma del orgullo –una excesiva ambición de gloria–. Como el Marqués de Villena, tenía siempre la mano extendida para recibir los favores reales. Pero había una clara diferencia entre ambos: Pacheco atesoraba sus bienes para su propia y secreta satisfacción, mientras que el Arzobispo los quería únicamente con el fin de repartirlos entre sus amigos y favoritos. Su vanidad le había hecho generoso y su generosidad imprudente, pues, a pesar de todos sus títulos y posesiones, siempre se hallaba en la ruina. Era una extraña mezcla de soldado y hombre de Iglesia. Hizo construir el monasterio de San Francisco, en Alcalá de Henares; fundó una cátedra en la Universidad y reprimió más de un abuso entre los sacerdotes de su diócesis; y mostraba un sincero deseo de promover el bien de la Iglesia. Pero el sacerdote que había en él se veía constantemente traicionado por el hombre de armas. Y carecía de sentido del humor. Ese día, sin embargo, Isabel le agradecía con toda su alma el que la hubiera sacado de Madrigal tan sólo unas pocas horas antes de la llegada de Enrique.

Cuando llevaban recorridas unas cincuenta millas vieron acercarse una

multitud de caballeros que salían de Valladolid para darles la bienvenida; todos los ciudadanos hacían ondear sus banderas mientras los vitoreaban con grandes voces: «¡Castilla! ¡Castilla por la princesa Doña Isabel!».

Todo aquello era muy gratificante, pero, como observó el Arzobispo juiciosamente, la población de Valladolid poca resistencia podría oponer al ejército de Enrique. El peligro no había pasado. Carecían de dinero y de tropas; y, sin tropas, sólo lograrían la prisión o el exilio. El único atisbo de esperanza que Carrillo vislumbraba era la posibilidad de que Don Fernando pudiera atravesar la frontera clandestinamente. Convertida en su esposa, Isabel estaría en una posición mucho más ventajosa y podría o bien refugiarse en Aragón o reunir en Castilla tantos apoyos como le fuera posible para enfrentarse a Enrique con el «fait accompli». Tal era la opinión de Carrillo; e Isabel se mostró conforme. Despacharon a Aragón un hábil mensajero rogando a Fernando que acudiera hasta allí disfrazado –pues, de otra manera, el plan sería fallido–. El príncipe contestó que saldría cuanto antes.

El rey y el Marqués, entretanto, habían emprendido ya su viaje de vuelta desde Extremadura. La captura de Isabel no era el único asunto que les hacía dirigirse hacia el norte. Les habían llegado algunos informes alarmantes con respecto a la reina Doña Juana. Tras haberla traicionado a ella y a su hija a raíz del Tratado de Toros de Guisando, el monarca la envió bajo custodia a Alaejos como «huésped» del Arzobispo de Sevilla. La reina, que conservaba aún su juventud y su belleza, era una mujer «aficionada al lenguaje de amor y a otras cosas que la juventud gusta pedir y la decencia negar... deleitándose más en la belleza de su cara que en el prestigio de su reputación, no guardó como debiera su persona ni la de su esposo el rey». Tenía prohibido visitar a su hija Doña Juana, que se hallaba en Buitrago; a pesar de la estricta vigilancia a que la sometía Don Íñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, encontró la manera de ganarse la amistad de Don Pedro, sobrino del Arzobispo, quien una noche acudió a las murallas del castillo con unos cuantos caballos y logró hacerla descender desde la torre metida en un cesto. Desgraciadamente, la cuerda se rompió y Doña Juana cayó al suelo. Se hirió en el rostro y en la pierna derecha, pero la cosa no pasó de ahí, por lo que reanudó su aventura en compañía de Don Pedro. De camino hacia Buitrago se detuvieron un día en el castillo de Cuéllar, propiedad del Duque de Alburquerque. Todos estos acontecimientos llegaron a oídos del rey y del Marqués.

Y mientras estos dos últimos se ponían en camino hacia el norte, una

pequeña caravana de mercaderes salía de Tarazona (en Aragón) en dirección este. Viajaban tan rápido como se lo permitían las mulas y los asnos que cargaban sus productos y solamente lo hacían después de la caída del sol y por caminos poco frecuentados que atravesaban ciudades pequeñas. Algunos de ellos poseían facciones y una piel demasiado finas y suaves como para ser mercaderes. Y uno de sus criados, un joven que cumplía el oficio de arriero, tenía, a pesar de sus raídos vestidos y del sucio gorro calado hasta las cejas, un aire realmente distinguido.

Cuando se detenían en alguna posada, el arriero servía la mesa a los demás. Tenía una mirada franca y siempre alerta, un cuerpo proporcionado y bien desarrollado, y sus manos eran fuertes y de tamaño adecuado al resto del cuerpo. A la luz del candil su pelo castaño adquiría un matiz rojizo. Al sonreír, cosa que raramente hacía, dejaba al descubierto sus pequeños dientes, blancos y un tanto irregulares. Por la noche, mientras los mercaderes descansaban, él se movía infatigable de un lado a otro o salía a disfrutar de la paz del patio o a contemplar las estrellas.

Siguiendo la orilla del río Duero hasta Soria, los mercaderes atravesaron las montañas por un camino rocoso y al segundo día de su viaje, por la noche, llegaron a Burgo de Osma. A aquellas horas intempestivas las puertas del castillo, el primero que encontraban en su trayecto que no pertenecía a los enemigos de la princesa Isabel, ya estaban cerradas. Mientras sus compañeros se detenían a deliberar a una distancia prudencial, el joven arriero, abrasado de impaciencia, se adelantó corriendo y llamó a las puertas con energía.

Arriba se abrió una ventana por la que los habitantes del castillo, acostumbrados a las visitas de merodeadores y asaltantes, arrojaron una lluvia de piedras. Una de ellas, casi tan grande como la cabeza de un hombre, pasó rozando la oreja del joven arriero que se encontraba abajo.

«¿Queréis matarme, locos?», gritó. «¡Soy Don Fernando! Dejadme entrar».

Se oyeron pasos en el pavimento de piedra, el chirrido de las cadenas y el lento crujido que hacían las pesadas puertas... La voz del alcaide... reconoce al príncipe y se disculpa.

A primeras horas de la mañana siguiente, el alcaide condujo al príncipe hasta Dueñas, en León, donde los partidarios de Isabel se reunieron con él y, tan pronto como se hubo mudado de ropa, lo escoltaron hasta Valladolid. Isabel, junto con el Arzobispo, Beatriz de Bobadilla y algunos otros, le esperaba en el palacio de Juan de Vivero. En cuanto entró en el vestíbulo, un

cortesano, excitado, exclamó: «¡Ése es! ¡Ése es!»; como recuerdo de este hecho se permitió a todos sus descendientes llevar siempre dos «eses» en sus escudos.

Isabel miraba fascinada y con una mezcla de curiosidad y temor al príncipe mientras éste atravesaba el vestíbulo con el paso deliberadamente lento del hombre que sabe exactamente lo que quiere. ¡Ese desconocido iba a ser su esposo! El príncipe contaba por entonces 17 años, pero la responsabilidad que pesaba sobre él le hacía parecer mayor; su frente despejada, que una calvicie incipiente agrandaba aún más, daba a su rostro una expresión francamente inteligente. Sus cejas eran muy tupidas y sus ojos miraban vivaces y penetrantes. No resultaba difícil creer cuanto de bueno se decía de él –que era austero en el vestir, sobrio en sus gustos, siempre y en toda circunstancia dueño de sí, y de comportamiento principesco–. Por extraño que parezca, había en su rostro –al menos eso se vislumbra en su retrato– algún que otro rasgo semita[1]. Al sonreír, su cara parecía aún más hermosa. Cuando se dirigió a Isabel, su voz, por lo general bastante áspera y autoritaria, adquirió tonos musicales y persuasivos, como solía suceder siempre que hablaba con alguien de su agrado o a quien Fernando deseaba agradar.

Tuvieron lugar entonces las ceremonias acostumbradas. Estaban presentes Carrillo, el Almirante de Castilla, abuelo de Don Fernando, y otros Grandes. Los cumplidos de rigor se intercambiaron en lengua castellana, tan prolija y musical. Isabel y Fernando estaban absortos en sus propios pensamientos.

Isabel había cumplido ya los dieciocho años; era once meses mayor que Don Fernando y quizá un poco más alta; «la más hermosa señora que yo nunca vi», dijo de ella un cortesano. Y aunque carecemos de medios para juzgar si se trataba o no de un halago –pues sus retratos son de escasa calidad y guardan poca semejanza unos con otros–, todos cuantos la conocieron coincidieron en señalar las delicadas proporciones de su atlético cuerpo, su gracia y distinción, la clásica pureza de sus facciones, la belleza y armonía de sus gestos y de todos sus movimientos, la musicalidad de su dulce y clara voz, los reflejos cobrizos de su cabello y el delicado y blanco color de su piel que ningún pintor podría haber imitado. Como Don Fernando, primo segundo suyo, descendía por ambas ramas de la casa de Lancaster y de los Plantagenet. Quizá a esta regia ascendencia se debieran su blanca piel y sus rubios cabellos, y sus ojos azules con destellos verdes y dorados en lo más

profundo de su mirada.

La llegada de Fernando se produjo el 11 de octubre. El día 12 Isabel escribió al rey una larga misiva en la que le comunicaba su intención de casarse, justificaba su actuación y le pedía que le diera su bendición[2]. De haber podido, habría esperado su respuesta; pero tanto el Arzobispo como el Almirante, e incluso el propio príncipe, la convencieron con sus argumentos para no retrasar más el matrimonio.

Isabel aún vaciló un poco. Los lazos de sangre que la unían a Fernando se hallaban dentro de los grados que la Iglesia prohibía. La dispensa necesaria tenía que venir de Roma y la princesa adivinaba que Pablo II, a quien los agentes de Villena habían predispuesto contra ella durante los últimos cinco años, se demoraría en otorgarla. El príncipe, con la mejor de sus sonrisas, le comunicó que ese problema ya había sido resuelto. Su padre, el rey Don Juan de Aragón, hacía cinco años que había obtenido la dispensa del Papa anterior, Pío II, en el transcurso de previas negociaciones con respecto a la mano de la princesa. El abuelo de Don Fernando, el pequeño Almirante, extrajo el documento y se lo tendió al Arzobispo con gesto pomposo. La bula estaba en blanco y autorizaba a Don Fernando a casarse con *cualquier* persona emparentada con él dentro del cuarto grado. Evidentemente, el sagaz Don Juan no había perdido todas sus esperanzas en lo que a Isabel se refería. En cualquier caso, el Arzobispo, con más gravedad aún de la acostumbrada, declaró que no existía ningún otro obstáculo para aquel matrimonio; y así, lo celebró el miércoles 18 de octubre en el palacio de Juan de Vivero y en presencia de unas dos mil personas.

Fernando ya había firmado en Cervera las condiciones que dictaron por un lado el temor de los castellanos hacia Aragón y por otro la convicción de Isabel de que solamente un poderoso monarca castellano, unánimemente apoyado por la opinión pública, sería capaz de conseguir la armonía del reino, y no su caos; y antes de que la ceremonia matrimonial se diera por finalizada, el príncipe repitió su juramento. Se comprometió a respetar todas las leyes y costumbres de Castilla; a residir en tierras castellanas y a no abandonarlas nunca sin el consentimiento de su esposa; a no hacer nombramientos, ni civiles ni militares, sin la aprobación de ésta; a dejar la concesión de los beneficios eclesiásticos en manos de Isabel; a no enajenar ninguna propiedad que perteneciera a la Corona; a proseguir la guerra santa entablada contra los moros de Granada; a proveer todo lo necesario para el mantenimiento y acomodo de la madre de Isabel, la Reina viuda, en Arévalo;

y a guardar a Don Enrique el debido respeto y devoción filial como legítimo gobernante de Castilla. Todas las ordenanzas públicas debían llevar la firma conjunta de Isabel y Fernando, a menos que uno de los dos se encontrara ausente del reino. Y, si Isabel sucedía a Enrique, se convertiría en la soberana incontestable de Castilla; mientras que a Fernando se le daría por cortesía el título de rey –todas ellas condiciones necesarias dado el miedo que durante siglos los castellanos sentían ante las intrigas aragonesas–.

Todo esto quedaba en el terreno puramente hipotético y dependía, para hacerse realidad, de la victoria sobre la perversidad de Villena y sobre la propia debilidad del rey. Pero, por el momento, la felicidad de Isabel era completa, tal vez por primera y última vez en su turbulenta vida. Amaba a su esposo con todo el ardor de una naturaleza que aborrecía la mediocridad, y Fernando la correspondía en la medida en que se lo permitía su carácter, mucho más frío y práctico que el de la princesa. Sin duda ella era, de los dos, la que había recibido una mejor educación y la dotada con un espíritu más magnánimo y de sentimientos más elevados. Pero quizá fueron esas mismas diferencias de carácter las que contribuyeron al éxito de su matrimonio; es difícil imaginar a Isabel viviendo en buenos términos con un hombre cuyo carácter fuera idéntico al suyo, tan apasionado y firme. También es cierto que tanto el uno como el otro ejercitaron desde el principio la paciencia y la comprensión; y este mismo tacto y su sentido común, aplicados a las intrincadas labores de gobierno, los capacitó para trabajar juntos con tanto éxito que se dijo de ellos que «actuaban en todo como una sola persona».

Fernando emprendía la ejecución de cualquier asunto con prudencia y método. Aunque increíblemente escrupuloso en lo referente a la higiene de su cuerpo, habitualmente vestía de la forma más sencilla posible. En días de fiesta o en otras grandes ocasiones llevaba, sin embargo, una cadena de oro y perlas alrededor del cuello. Le encantaban todos los juegos. Cuando era joven jugaba a la pelota; y, más tarde, entretuvo muchos de sus ratos de ocio con el ajedrez y el chaquete. En los últimos años de vida se aficionó enormemente a los juegos de cartas.

Las distracciones de Isabel las constituían la poesía y la música; las conversaciones sobre literatura, filosofía o teología; y, por supuesto, los caballos y la caza. La afición de su marido a las cartas tuvo que poner su paciencia a prueba más de una vez. Aborrecía todos los juegos de azar; y en lo que respecta a los jugadores profesionales, Lucio Marineo dice que los ponía a la misma altura que a los blasfemos. Este moralista y hombre de

letras italiano asegura «en passant»: «El infierno está lleno de jugadores». Y para resumir lo que más desagradaba a la princesa, cuyo huésped era, Marineo añade que, al tiempo que se inclinaba por las personas graves, honradas y modestas, detestaba a los libertinos, charlatanes, inoportunos e inconstantes; «y no gustaba de ver ni oír embusteros, fatuos, bribones, adivinos, magos, estafadores, a los que predecían el porvenir, a los que leían en la palma de la mano, a los acróbatas, escaladores y otros vulgares fulleros»[3].

Quizá fue una suerte que Don Fernando, hombre amante de la paz, prefiriera, siempre y cuando no se tratara de un principio fundamental, llegar a un acuerdo antes que entablar la lucha. Nadie mejor que Isabel era capaz de moderar su naturaleza mundana y egoísta; y nadie mejor que ella supo sacar lo que había en Don Fernando de bueno y generoso. Existía entre ellos, además, un vínculo que los ayudaba a limar todas sus diferencias: ambos eran sinceramente religiosos. Don Fernando jamás rompía su ayuno antes de la Misa, ni siquiera cuando se encontraba de viaje. E Isabel no sólo asistía a Misa a diario, sino que «tenía la costumbre», como los sacerdotes o las monjas[4], «de rezar todos los días las horas canónicas», aparte de sus extensas oraciones privadas y de otras «devociones extraordinarias». También coincidían completamente en sus hábitos personales. Fernando comía con moderación y bebía poco. Isabel jamás probaba el vino. «Era abstemia», escribió Marineo, «y, como decimos vulgarmente, bebedora de agua».

Aquel feliz otoño de 1469 transcurrió velozmente. Llegó la Navidad y todavía no habían tenido noticia alguna del rey Don Enrique. Isabel comenzó a vigilar el camino a la espera de algún mensajero real. Del perdón del rey dependían no sólo su futura seguridad, sino hasta el pan y la mantequilla. Durante aquel invierno se encontró en más de una ocasión tan escasa de dinero que tuvo dificultades para proveerse incluso de lo más imprescindible. Don Fernando no podía esperar nada de su padre ni Isabel de sus rentas sin el permiso real. Tres días después de su matrimonio, y a través de unos cuantos caballeros, hizo llegar una misiva a Enrique en la que le explicaba que, desde el momento en que él mismo había violado el Tratado de los Toros de Guisando intentando obligarla a casarse con Alfonso V en contra de su voluntad, ella quedaba eximida de cualquier deber. El rey contestó lacónicamente que lo consultaría con sus ministros; lo cual quería decir, sin género de duda, que lo consultaría con Pacheco. No se recibió ningún otro

mensaje de la Corte.

Para complicar las cosas aún más, Isabel se quedó encinta a principios de 1470. Se hallaban todavía en Valladolid y no tenían la menor idea de dónde estarían cuando el niño llegara al mundo. Pero tanto el uno como el otro estaban entusiasmados y, tras asistir a Misa muy temprano, se arrodillaron ante el altar mayor para agradecer a Dios el inmenso don que les enviaba en la adversidad. Probablemente Isabel llevaría un vestido pasado de moda y el jubón de Fernando mostraría señales de uso. Pero a la juventud y al amor esos detalles insignificantes no les importaban nada.

Por fin recibieron respuesta del rey. Isabel, decía, le había desobedecido deliberadamente, violando el solemne acuerdo de los Toros de Guisando. Y eso le obligaba a tratarla como a cualquier otro rebelde o enemigo del bien común. Lo cual significaba la guerra.

Valladolid, repleto de espías del Marqués, no era ya un sitio seguro. De acuerdo con las indicaciones del Arzobispo, Isabel se trasladó a Dueñas con su esposo para alojarse en casa del hermano de Carrillo. Allí aguardarían el nacimiento del niño.

Entretanto, Villena envió un mensaje secreto a Luis XI poniendo en su conocimiento que Isabel era ya una causa perdida y sugiriéndole que el Duque de Guyena solicitara la mano de La Beltraneja. Luis siguió su consejo.

En junio Isabel escribió una tercera carta al rey; en ella le ofrecía su obediencia «filial», así como la de Don Fernando; y le suplicaba, por la paz y la justicia del reino, que reconociera sus pretensiones como heredera y se uniera a ella para conseguir la desaparición de la anarquía y la miseria. No obtuvo ninguna respuesta.

El primer hijo de Isabel nació en Dueñas el 1 de octubre de 1470. La princesa aceptó con fortaleza los dolores de parto, pero no le resultó tan fácil afrontar la prueba de alumbrar a su hijo en presencia de unos cuantos oficiales nombrados para la ocasión; en efecto, en Castilla existía aquella tradición desde los tiempos de Pedro el Cruel, cuando se acusó a la madre de éste de hacer pasar por hijo del rey, quien deseaba ardientemente un heredero varón, al vástago de un judío. Isabel ordenó que cubrieran su rostro con un velo de seda; y no porque temiera gritar, puesto que estaba acostumbrada a sufrir en silencio, sino porque, en caso de no poder controlar los músculos de su rostro, no deseaba dar a nadie la oportunidad de decir que había presenciado la mueca de dolor de una princesa de Castilla.

El primogénito fue una niña rubia a quien impusieron el nombre de su

madre.

A los pocos días, ya recuperada, la princesa dictó una larga carta dirigida al rey. En ella le recordaba los deseos de reconciliación expresados en sus cartas anteriores, que habían quedado sin respuesta; renovaba su oferta de obediencia e indirectamente hacía una sutil alusión al descontento general suscitado contra los franceses, con quien Enrique había entablado negociaciones:

«E agora por muchas partes ademås sido avisados que en lugar de aceptar nuestra suplicación justa por algunos rodeos e maneras muy poco cumplideras a vuestro servicio, e a la paz e sosiego de vuestros Reynos, se procuran de meter gentes extranjeras a esta vuestra nación muy odiosas, e facen otros movimientos contra nosotros, e contra la derecha e legítima subcesión a nos pertenescientes. Lo cual vuestra Alteza de su libre voluntad usando de razón e justicia, á mí la Princesa en pública plaza, estando en vuestro poder, en las ventas de Guisando, en presencia del Delegado de nuestro Sancto Padre, e con so abtoridad, aquello mesmo hizo jurar a los muy Reverendos en Christo Padres, Arzobispos de Toledo e de Sevilla, y al Maestre de Santiago, y Conde de Plasencia, e Obispo de Burgos, e de Coria, e de otros Duques e Condes que a la sazón allí se juntaron. E después en la villa de Ocaña por mandamientos de vuestra Señoría, e otros muchos Prelados a procuradores de las cibdades e villas destos vuestros Reynos lo juraron, segund que vuestra Señoría bien sabe e de todos es notorio. E, muy Excelente Señor, porque nosotros todavía estamos e permanescemos en el deseo que vos enviamos a descir que tenemos de vos servir, acatar y obedescer como a Rey e Señor e Padre verdadero, de lo qual queremos dar cuenta a Dios nuestro Señor en los cielos, que es el verdadero sabidor de las intenciones públicas e secretas, e a vuestros naturales en la tierra, y aún a los extraños, acordamos de escribir esta presente carta a vuestra Merced, a la cual por ella con reverencia de hijos e servidores suplicamos quiera acebtar la nuestra primera justa suplicación; e acebtando aquella, reciba nuestra obediencia e servicio; e postponiendo todos los otros enojos y desagrados por servicio de Dios nuestro Señor, e por la pacificación destos vuestros Reynos e señoríos, e por hacer merced a nosotros, cuya voluntad nunca fué ni será a vuestra Señoría plasciendo de vos enojar, ni de servir. E si por ventura, muy excelente Señor, a vuestra Alteza no le placerá hacer esto, así graciosamente como lo pedimos, suplicámosle lo que de justicia no nos puede denegar; es a saber, que antes que tales rigores se comiencen, los quales serán malos de

atajar después de comenzados, y de ellos se podrían seguir grandes ofensas a Dios, y daños irreparables destos vuestros Reynos, y aún creemos que se extenderían a muy grand parte de la Christiandad, que a vuestra merced plega de nos oir e mandar guardar nuestra justicia»[5].

Tras mencionar el apoyo que a su causa prestan prelados, miembros de órdenes religiosas y tantos otros, Isabel deja a un lado toda diplomacia y se lanza de lleno a una especie de ultimátum: «Por ende, muy poderoso Señor, pues tan llanamente nos ofrecemos, e nos sometemos al juicio y justicia de vuestros naturales, suplicamos a vuestra Real Señoría, e si menester es, le requerimos con aquel Dios poderoso que suele ser y es justo juez entre los emperadores, e reyes e grandes señores, que no nos quiera negar aquesto que le suplicamos, y que al menor de vuestros Reynos negar no se puede ni debe. Lo qual una o muchas veces tornamos a suplicar e requerir a vuestra Señoría con quanta instancia podemos, e reverencia debemos. Lo qual entendemos publicar en vuestros Reynos e fuera de ellos; porque si esto así no se rescibiere, y en la defensa de nuestra justicia hiciéremos aquello que a todos es permitido por los derechos divinos e humanos, seamos sin cargo quanto a Dios e quanto al mundo. E de esto suplicamos a vuestra Señoría ayamos luego la determinación voluntad e respuesta».

Esto movió a Enrique a contestar que Isabel se había dejado aconsejar mal al contraer matrimonio sin su consentimiento, «porque esto produce mal en los reinos» y atribuía enteramente a la desobediencia de la princesa «el que no quisiese Dios que los disturbios y guerras que existen en el reino cesasen al fin».

Consciente de que muchos nobles acudirían en su ayuda por el mero hecho de ser el rey, y de que otros muchos lo harían por ponerse del lado del más fuerte, decidió entablar batalla. Su siguiente movimiento consistió en llamar junto a él a la reina Doña Juana y a su hija, que contaba ya ocho años, para que se trasladaran desde Buitrago hasta Lozoya, donde el Marqués de Villena y algunos otros caballeros prestaron juramento de fidelidad a La Beltraneja como heredera de Castilla y León; tras lo cual el Cardenal de Albi, actuando por poderes en nombre del Duque de Guyena, pronunció solemnemente la fórmula de sus esponsales con ella. La Corte se trasladó a Segovia para que se celebraran las correspondientes fiestas y procesiones. Y La Beltraneja quedó bajo la custodia del Marqués de Villena.

Entre todas estas noticias, henchidas de la amenaza de una guerra civil, la única que proporcionó algún aliento a Isabel fue que Don Pedro González de

Mendoza, el mismo obispo de Calahorra que en otra ocasión se negara a unirse en Burgos a los rebeldes, rehusaba ahora prestar el nuevo juramento, aduciendo que la vez anterior lo había hecho imitando al resto de los nobles del reino. Isabel, conocedora del respeto que a Mendoza le merecían tanto la legitimidad como todo lo que contribuyera a la paz y el orden, esperaba que su negativa significara que el Obispo comenzaba a dudar de la posibilidad de una nación unida bajo la bandera de La Beltraneja; y empezó a tomarlo en cuenta como un futuro aliado.

Encontró también dos aliados inesperados en el hambre y el miedo. Aquel invierno se produjo una gran hambre en Castilla. Los caminos estaban infestados de bandoleros y criminales. El dinero había desaparecido casi por completo y los productos se intercambiaban por el primitivo sistema de trueque. Todas las mañanas se encontraban en las ciudades los cadáveres de viajeros que habían muerto estrangulados o consumidos por el hambre. La peste se extendía por todas partes; las campanas sonaban incesantemente tocando a muerto; las tumbas se cavaban por doquier. Al paso de las cabalgatas de los nobles o de las tropas se asomaban por entre los muros grises de las casas los rostros pálidos y esqueléticos de los habitantes; y dejaban tras de sí un rastro de insultos, especialmente agrios cuando iban dirigidos contra el rey y contra el Marqués, a cuyos crímenes el pueblo atribuía la furia que Dios estaba desencadenando sobre ellos y sobre sus hijos.

La primavera trajo consigo más aliados para Isabel: Vizcaya y Guipúzcoa se declararon a su favor. A sus oídos llegó además que al Marqués de Villena, cuya petición de la ciudad de Sepúlveda fue rápidamente atendida por el rey, le habían negado la entrada en ella; y sus habitantes se encontraban entre los partidarios de Isabel y de Fernando. La población de Aranda de Duero había expulsado a los oficiales de la reina Doña Juana e izado la bandera de Isabel, quien acudió hasta allí acompañada de Carrillo para recibir su homenaje. Agreda, por su parte, expulsó al Duque de Medinaceli, dueño del lugar por concesión real, y se unió a la princesa.

Incluso la muerte parecía haberse puesto del lado de Isabel. El Duque de Guyena murió repentinamente después de ingerir un melocotón que los enemigos de su hermano, Luis XI, se apresuraron a creer envenenado por mandato del rey. En cualquier caso, Isabel se había librado de un prometido bastante problemático; y La Beltraneja entraba de lleno en el mercado matrimonial para ser inmediatamente ofrecida por su padre Don Enrique al

rey de Portugal. Alfonso declinó aquel honor alegando escrúpulos de conciencia.

El Papa Pablo II, que apoyaba a Enrique IV como legítimo soberano, murió en el verano de 1471. La elección de Francesco della Rovere, un franciscano piadoso e instruido, como su sucesor se preveía más favorable a Isabel. Puesto que desde aquel momento la princesa mantuvo unas relaciones decisivas con el nuevo Papa Sixto IV, se hace necesario detenerse en unas cuantas consideraciones sobre la situación de la Iglesia en aquella época y acerca del papel que el Sumo Pontífice desempeñaba en la vida europea.

VI
LA CORTE PAPAL EN 1471
LAS REFORMAS DE SIXTO IV
EL CARDENAL BORGIA ES ENVIADO A CASTILLA PARA ENTABLAR NEGOCIACIONES
LA MUERTE DE ENRIQUE IV

En la Edad Media, el Papa, como padre espiritual de la Cristiandad, era la cabeza de lo que virtualmente constituía una Liga de Naciones; o, más exactamente, de divisiones feudales, pues los nacionalismos, tal y como los entendemos hoy en día, entonces prácticamente no existían. La Iglesia se desarrollaba en el mismo espacio y tiempo que la sociedad y, obviamente, estaba compuesta de cosas buenas, malas e indiferentes, de santos y de pecadores, de trigo y de cizaña, pero cimentada sobre una fe común y unos principios éticos también comunes. Al contrario de lo que ocurrió con nuestra Sociedad de Naciones, cuyo fracaso fue debido principalmente al hecho de que sus miembros se negaban a renunciar a su soberanía, ni siquiera en favor de la simple idea –abstracta– de un supra-Estado, el Papa de la Edad Media, como sucesor visible de San Pedro y Vicario de Cristo en la tierra, era respetado casi de forma absoluta por los cristianos; e impuso sobre las masas en conflicto de lo que hoy en día forman nuestro mundo occidental una cultura común y una relativa armonía. De esta manera, y basándose en la fe y en la buena voluntad, la Iglesia llevó a cabo lo que el Imperio Romano sólo por la fuerza fue capaz de conseguir. La armonía medieval variaba de acuerdo con las circunstancias y la habilidad de los diferentes Papas, pero se comprueba fácilmente que la balanza se desequilibraba más a menudo por las tentativas que hacía el Estado para tiranizar a la Iglesia que por las intromisiones de ésta en lo que era competencia del Estado. Los hombres intentaban solucionar el problema de este equilibrio definiendo y diferenciando el poder temporal y el espiritual. La opinión más generalizada era que tanto la Iglesia como el Estado provenían de Dios y que ambos debían ejercer su soberanía en sus respectivas esferas. La Iglesia carecía de potestad en lo referente a la legislación civil o a la administración de los asuntos puramente seculares, tales como la elección o nombramiento de

cargos o la recaudación de impuestos; pero el Papa estaba en su pleno derecho de intervenir junto a soberanos y legisladores cuando se trataba de algo relacionado con la salvación de las almas[1]. La Iglesia prohibía la esclavitud como un hecho inmoral; fomentaba la cooperación entre empleados y patronos en los gremios; insistía en la santidad del matrimonio; mediaba en las guerras; prohibía las iniciadas por agresión y reducía la violencia de los conflictos mediante la Tregua de Dios. En casos extremos, el Papa podía –y de hecho lo hacía– relevar de su juramento a los súbditos de un rey por tirano o malvado; por otra parte, podía también excomulgar a un rebelde conocido públicamente como tal, o a un hereje, o a un perturbador de la paz. Tales eran los principios que toda la Cristiandad aceptaba y, si tenemos en cuenta la naturaleza humana, en la práctica demostraron ser notablemente positivos. «El trabajo realizado por la Curia era ingente y abarcaba desde la actuación como árbitro entre distintos soberanos hasta dictar los reglamentos de menor importancia de las parroquias. No hace falta decir que el Papa era incapaz de llevar a cabo todas estas tareas él solo. Su cancillería llegó a ser la más profesional y también la máquina administrativa más eficaz de todas las existentes. Cada paso que había que dar en la preparación de una bula o un mandato era revisado minuciosamente para asegurar su autenticidad, prevenir falsificaciones y garantizar que se habían tenido en cuenta todas las formalidades, desde el visto bueno del Pontífice hasta la consideración de las objeciones técnicas realizadas por todas las partes (...). Los métodos culturales de la Edad Media, así como su tendencia restrictiva, no están de moda hoy en día, pero si reflexionamos acerca de la magnitud de la tarea, las condiciones sociales de la época y la sorprendente energía de la vida desarrollada a principios de la Edad Media, no sería justo afirmar que eran excesivamente represivos. Y, manteniendo como guía práctica de conducta en la vida la concepción de un Universo ordenado, en el cual existe una armonía de base entre la moral y las leyes físicas, la Iglesia hacía volver los ojos de los europeos en la única dirección en la que era posible el progreso tanto social como científico»[2]. Pero durante el siglo anterior al nacimiento de Isabel la armonía y el equilibrio de la Cristiandad se habían visto violentamente atacados por fuerzas que escapaban al control de cualquier Papa.

En 1347, procedente de la oscura África, había llegado una enfermedad misteriosa e irresistible que acababa con los hombres en no más de tres días; algunas veces, en unas pocas horas. A causa de las negras manchas que

constituían sus síntomas mortales y de la espantosa negrura de sus víctimas, se la conocía como «muerte negra». En el transcurso de los dos años posteriores a su primera manifestación en Constantinopla se extendió hasta el último rincón de Europa, matando aproximadamente a 25 millones de personas. Algunas ciudades perecieron enteras. En total desapareció una tercera parte de la población. Ni siquiera los pueblos de las montañas o las granjas más aisladas lograron verse a salvo. La gente moría aterrada; las madres abandonaban a sus hijos enfermos y las masas enloquecían de miedo. A algunos la desesperación les impulsaba a zambullirse en orgías y en costumbres viciosas; otros se precipitaban hasta los monasterios y arrojaban a través de sus murallas monedas de oro contagiadas con la peste que hacían estremecerse atemorizados a los monjes. En las costas de Francia y España se mecían barcos fantasmales con sus velas al viento; si a algún pescador se le ocurría subir a bordo para curiosear, en cubierta sólo encontraba negros cadáveres en descomposición; no le quedaba entonces más remedio que esperar en la playa a que le llegara la muerte. Aquella plaga se abatió con especial virulencia sobre los campesinos y el clero, expuesto de continuo al contagio mientras administraban los Sacramentos a enfermos y moribundos. En un monasterio italiano tan sólo un monje consiguió sobrevivir para enterrar a sus 36 hermanos.

En tiempos de Isabel la Iglesia aún no se había recuperado del terrible azote que había aniquilado prácticamente al clero; y, para cubrir aunque fuera parcialmente las plazas vacantes producidas por la muerte, se vio obligada a bajar el nivel, aceptando para ellas a hombres ignorantes hasta del latín. En todas partes se relajaron tanto la moral como la disciplina eclesiásticas. Y, al mismo tiempo, justo cuando los hombres más necesitados estaban de ella, la autoridad papal resultó seriamente dañada por el obligado exilio de los Papas en Aviñón durante setenta años como virtuales prisioneros de los Reyes franceses.

El Papa Gregorio XI no regresó a Roma hasta 1377. Una de las lamentables consecuencias del exilio fue el Gran Cisma. Europa estaba desconcertada ante el espectáculo de dos, y hasta tres, pretendientes a la silla de San Pedro. Y, a pesar de que el cisma llegó a su fin en 1417, la unidad completa sólo se restauró cuando Nicolás V fue reconocido por la Iglesia entera –cuatro años antes del nacimiento de Isabel–. La corrupción moral se hallaba tan extendida en la Iglesia como en el Estado. La necesidad de una reforma era una cuestión de primer orden.

Pero mientras la Cristiandad sufría todas aquellas heridas internas, su misma existencia se veía amenazada por los continuos ataques de poderosos y violentos enemigos. Entre éstos, los más peligrosos eran los mahometanos, quienes desde el principio predicaron y pusieron en práctica la conquista por la espada. El Papa era el único hombre a quien todos los cristianos podían considerar su jefe universal y cuya voz se alzaba en solitario una y otra vez por encima de las locuras y pasiones de Europa, conminando a los príncipes a dejar a un lado sus disputas para unirse en defensa de una civilización común. Durante mil años las energías de Europa se habían agotado en lo que era virtualmente una gigantesca cruzada defensiva. Cuando en 1095 Urbano II predicó la llamada «primera Cruzada», el Islam, el enemigo por excelencia, llevaba cuatro siglos dominando España y abriendo así una cuña en el mismo corazón de Europa. Desde el siglo VIII las invasiones del poderío musulmán constituían un permanente problema de primer orden para casi todos los Papas; para algunos, incluso, un problema agobiante.

En la época del padre de Isabel, el Papa Eugenio IV predicó una cruzada contra los turcos otomanos, que estaban asolando Hungría; el Duque Hunyadi de Transilvania reunió cruzados procedentes de todas partes de Europa, los guió hasta Serbia y derrotó a los musulmanes en Nisch. Pero tras la paz firmada por los húngaros en contra del consejo del Papa, los turcos cruzaron el Helesponto, aplastaron a los cristianos en Vanna y en 1448 derrotaron a Hunyadi. Nicolás V, el primer Papa ya en vida de Isabel, envió en 1453 veintinueve galeras para defender Constantinopla. Su sucesor, el Papa español Calixto III, se fijó como principal objetivo de su pontificado el de detener el avance de los turcos. Vendió sus tesoros artísticos e incluso su servicio de mesa con el fin de obtener el dinero que le permitiera recuperar Constantinopla: su flota consiguió expulsar al enemigo de Lemnos y de otros lugares, pero finalmente todo acabó en fracaso, bien por la estupidez de los príncipes europeos, bien por su egoísmo, que les impedía prever el peligro. Siendo Papa el erudito Pío II, apareció en Roma el rostro lleno de cicatrices , recibidas en batallas, de Skanderberg, quien durante toda una generación estuvo luchando por la independencia de Albania, mientras los codiciosos mercaderes venecianos tramaban su ruina; y ahora, a sus 60 años, acudía en solicitud de ayuda. Cuando murió, en 1468, no había conseguido la salvación de su pueblo, pero sí evitado la conquista de Italia.

El siguiente Papa, Pablo II, envió dinero a Albania más de una vez y pidió a todos los gobernantes que se unieran a la Cruzada. Pero en la

primavera de 1470 Mehmet II lanzaba su flota, compuesta por 400 barcos, contra Negroponte, lugar de la isla de Eubea que se suponía inexpugnable; y en julio, mientras el Papa intentaba reconciliar a Venecia con Nápoles y mitigar la enemistad de Ferrante II de Nápoles, llegaron noticias de que había sucedido lo imposible: Venecia había perdido la perla de sus posesiones griegas. La consternación fue general en Roma, en toda Italia e incluso en España. «Toda Venecia», escribía el embajador de Milán, «está anonadada; sus habitantes, medio muertos de miedo, dicen que la pérdida de todas sus posesiones en tierra firme hubiera constituido un desastre menor». Malipero, por su parte, afirmaba: «La gloria y el crédito de Venecia están destruidos; nuestro orgullo, humillado». El desastre aterró hasta tal punto a los príncipes italianos, inmersos en sus luchas, que a finales de 1470 el Papa logró unirlos a todos en una alianza defensiva en contra de los turcos. Pero Pablo II murió el verano siguiente, dejando a la Cristiandad en una situación crítica.

Legaba a su sucesor dos enormes problemas –las dos tenebrosas cuestiones de todo el siglo XV–: la corrupción de la Iglesia y las invasiones turcas. Por una ironía particularmente siniestra, cada uno de estos males contribuía a que el otro se perpetuara. La relajación de la disciplina eclesiástica y la escandalosa forma de vida de muchos prelados inmersos en la política suponían un obstáculo para que el Papa lograra la organización europea en contra del enemigo. Además, el trabajo ingente que le proporcionaba la Cruzada le dejaba casi sin tiempo ni energía para una profunda reforma, cada vez más necesaria. Si se quería romper este círculo vicioso, los tiempos exigían un Papa de vida santa e irreprochable que fuera también un hombre de Estado con talento –un Gregorio VII o un Inocencio III–.

En ese momento (1471) la tiara descansaba sobre los grises cabellos de un hombre en quienes muchos vieron una promesa de mejora. Sixto IV era un franciscano piadoso, serio e incluso ascético. Como general de su Orden demostró ser un administrador competente, un reformador enérgico y un elocuente predicador. Su poderosa cabeza sugería una energía y una fuerza desacostumbradas; su rostro ofrecía las señales de la reflexión, el esfuerzo y la autodisciplina. De su vida privada no se podía decir nada malo. Era generoso hasta el exceso; y tenía el dinero en tan poco que si por casualidad veía alguna moneda sobre su mesa inmediatamente ordenaba que se le diera a los pobres. Pavimentó Roma y restauró sus murallas y puentes. Aunque era un pobre fraile de origen humilde, tras su elevación al pontificado se

convirtió en un competente mecenas de las artes y las ciencias. Fue él quien construyó la Capilla Sixtina, reorganizó la Biblioteca Vaticana y la abrió al público y dio trabajo a pintores como Ghirlandaio, Botticelli y Perugino. Aceptó su cargo con los firmes propósitos de reformar la Iglesia y proseguir la Cruzada con todas sus energías.

La única roca capaz de hacer naufragar las buenas intenciones de Sixto IV era el nepotismo, fuente de tantos males para la Iglesia. Y eso fue precisamente lo que ocurrió: Sixto IV amaba a sus parientes más que ningún otro Papa. Tan pronto como se hizo público el nombramiento, sus familiares acudieron desde su nativa Liguria hasta Roma con las manos abiertas para recoger favores y beneficios. Sixto nombró cardenales a dos sobrinos suyos: Giuliano della Rovere, de 28 años, y Pietro Riario, de 25.

Giuliano, más tarde Papa con el nombre de Julio II, era severo y decidido; tenía unos hermosos ojos de un azul oscuro y, como Miguel Ángel, un auténtico temperamento renacentista que le hacía derrochar una energía titánica. Su juventud fue la típica de un noble renacentista, turbulenta y ambiciosa. Al final de su vida reformó sus costumbres y, unos cuantos años antes de la excomunión de Lutero, a la misma Iglesia.

Pietro era orgulloso, sensual, vanidoso y absolutamente indigno de los ricos beneficios que su generoso tío derramó sobre él. No era, como insinuaban los enemigos del Papa, hijo de Sixto IV, sino de Paolo Riario de Savona[3]. «Parecía querer competir con los antiguos en pompa y grandeza –y, se podría añadir, en vicios–. Este advenedizo desafiaba abiertamente cualquier moralidad. En lugar del hábito franciscano, se vestía con trajes bordados en oro y adornaba a su amante de pies a cabeza con costosas perlas»[4]. Cuando la princesa Leonor de Nápoles visitó Roma, Pietro mandó construir para ella y para su séquito una espléndida casa de madera (un auténtico palacio) ante la Iglesia de los Apóstoles. Tres grandes fuelles, ocultos tras preciosos tapices, mantenían fresca la sala de banquetes del palacio. Hasta los utensilios más insignificantes del ajuar de aquella casa eran de plata o de oro. El banquete que Riario ofreció a la princesa evocaba la lujuria pagana de la Roma imperial. Los criados vestidos con sedas ofrecían primero a los huéspedes dulces, naranjas adornadas con plata y malvasía, además de agua de rosas para las manos. A esto seguían tres servicios: en total, 44 platos que incluían venados asados con su piel, cabras, conejos, terneras, garzas, pavos con sus plumas y, al final, un oso con un garrote entre las patas delanteras[5].

Riario alcanzó una gran influencia sobre Sixto, pero, quizá por fortuna para la Iglesia, después de tres años de gloria, sus propios excesos le condujeron a la muerte. Su famoso banquete nos proporciona una idea de cómo el Renacimiento, actuando igual que un filtro mágico, hizo emborracharse a Italia del deseo de imitar la Antigüedad pagana, considerada a menudo como un modelo. Una cosa era el Renacimiento en su faceta de recuperación del arte y el saber clásicos; y otra muy distinta lo que suponía de vuelta a las antiguas costumbres depravadas y a la frivolidad. Era precisamente ese componente pagano de aquel glorioso despertar lo que preocupaba seriamente a los eclesiásticos y filósofos sensatos; y es también en lo que con más detalle se detienen los cronistas y lo que los historiadores se sienten más tentados a exagerar: indudablemente, las bajas pasiones gozan de más publicidad que los buenos sentimientos.

En contra de los escasos ejemplos que se nos muestran de la santidad de muchas vidas en sus propias casas o en los conventos; de hombres y mujeres que, acosados por las dificultades, intentan imitar la vida de Cristo; de señoras de la nobleza gastando sus energías en hospitales de caridad; de asociaciones de ricos que prestan dinero a los pobres sin interés alguno; de hombres que, alentados por su religión, arriesgan sus vidas durante las epidemias de peste en las sociedades de enterradores...; en contra de este humilde telón de fondo de felicidad y caridad vividas a diario, y en contra del arte más espléndido que jamás haya salido de manos de los hombres, aparecen dos oscuras y gigantescas sombras de canallas como César Borgia y su hermano el Duque de Gandía, de auténticos monstruos como Segismundo Malatesta y de un ejército entero de emborronadores de cuartillas tan hábiles y ruidosos como Maquiavelo, dedicados a ridiculizar la humildad y abnegación de la Cristiandad y a exaltar cuantas pasiones –la avaricia, el orgullo, el egoísmo, la lujuria– la Iglesia se había esforzado tantos siglos en reprimir. Si algún alma piadosa imaginaba que la Edad Media había desterrado por fin todos los ídolos y demonios del mundo pagano, ahora podía comprobar que aún existían violentas reliquias que sólo el tiempo lograría hacer desaparecer.

Estas mismas almas se encontraban rodeadas de hombres que parecían consumidos por el curioso deseo de convertirse en, por así decir, sus propios remotos antecesores a quienes procuraban imitar –porque los paganos, como de costumbre, eran reaccionarios, mientras que quienes profesaban la fe cristiana formaban una minoría incomprendida que confiaba en un futuro

mejor–. Había algo de grotesco en la veneración casi religiosa que los humanistas de la Academia Romana, tras abjurar de los dogmas de la Iglesia, sentían hacia las enmohecidas reliquias de poetas y filósofos muertos hacía más de mil años; algo fantasmagóricamente humano en encender velas ante el retrato de Platón, como si de un santo se tratara; algo claramente desconcertante en los procesos mentales de un sacerdote –tal era el caso de Marsilio Ficino, maestro de Pico della Mirándola– que se dirigía con toda seriedad a su congregación «amadados en Platón» en lugar de «amados en Cristo». Y la palabra «desconcertante» es también bastante exacta para describir una época en la que brotaron a un mismo tiempo el arte más sublime y los crímenes más abominables –en ocasiones unidas ambas cosas en una misma persona, como en Cellini–; una lista extraordinariamente extensa de santos junto a aristócratas pagados de sí y entregados a los peores vicios de la época de Nerón, carentes de todo principio excepto el perverso principio de Maquiavelo de que el fin justifica los medios. Era como si Pan, tras despertar de un largo sueño en las colinas de Falerno, hubiese descendido furtivamente al Campo de Fiore a primeras horas de la mañana para burlarse del Cardenal Ascanio Sforza, mientras éste acudía a cazar rodeado de perros y halcones; como si Príapo se hubiera deslizado entre las ruinas de algún jardín olvidado del Palatino para echar una ojeada entre las adelfas al palacio de la hermosa Vanozza, cerca del puente de Santángelo.

Sin embargo, como certeramente hace notar Pastor, la Iglesia no era de ningún modo culpable de aquellos males que la corrompían. Intentaba reprimir la tiranía del Estado, pero el Estado la esclavizaba. Se oponía al militarismo, pero la elemental necesidad de autodefensa la complicaba en él constantemente. Predicaba en contra de los excesos considerándolos la raíz de muchas de las miserias humanas, e incluso en aquellos tiempos de relajación, sus frailes, especialmente dominicos y franciscanos, alzaban su voz junto con la de Savonarola contra los pecados de príncipes y prelados. Pero las insidiosas fuerzas a las que se había enfrentado lograron penetrar en sus sagrados dominios. Y sobre la angustiada y ascética figura de Sixto IV se abatió la ominosa sombra de Rodrigo Borja, un cardenal español vicecanciller del Papa, a quien se conocía en Italia simplemente como Borgia.

Cuando Borgia tendió la tiara de San Gregorio Magno a Francesco della Rovere el 25 de agosto de 1471, día de su coronación, se hallaba ampliamente extendida la creencia de que el nuevo Papa emprendería de inmediato la necesaria reforma de la Iglesia. Pero las victorias de los turcos

en el este y el consiguiente pánico de los italianos se convirtieron pronto en el problema más urgente. La necesidad más imperiosa estribaba en conseguir que Europa se uniera en una alianza autodefensiva. El mismo día 30 de aquel mes se empezaron a discutir en el Consistorio las medidas oportunas para convocar un gran congreso de toda la Cristiandad. Pero tras muchos debates y aún más correspondencia, no se llegó a nada; debido, como de costumbre, a la indiferencia de los gobernantes.

En diciembre Sixto nombró a cinco de sus Cardenales Legados «a latere» con el fin de «llamar a toda la Cristiandad en defensa de la Fe Católica contra el Turco, enemigo del nombre de Jesús». Envió a Francia, a Borgoña y a Inglaterra al venerable Bessarion; a Angelo Capriano a los Estados Italianos; a Marco Barbo a Alemania, Hungría y Polonia; y a Oliverio Caraffa a organizar la flota con ayuda del rey de Nápoles. Al Cardenal Borgia lo mandó a España, su lugar de nacimiento.

Al mismo tiempo el Papa publicaba una bula en la que describía los preparativos que hacían los turcos para emprender la conquista de toda la Cristiandad y exigía a los príncipes que se unieran en una defensa común.

El resultado fue descorazonador. Bessarion fue incapaz de conseguir una reconciliación entre Luis XI y Carlos el Temerario, e Inglaterra se debatía entre grandes problemas internos. Barbo sólo halló indiferencia por parte del emperador y los príncipes italianos continuaban luchando entre sí. El Papa hizo cuanto pudo con los pobres medios a su alcance y se alió con Usunhassan, el enemigo mahometano del Gran Turco. Después de dar su bendición a la flota cristiana, galopó hasta el Tíber para bendecir y desear buena suerte a los barcos que se encontraban anclados allí, ochenta y siete galeras con destino al este para atacar Satalia. Satalia resistió; los napolitanos se pelearon con los venecianos y se volvieron a casa ofendidos. La flota consiguió tomar Smirna, pero, a la larga, los turcos continuaron su victorioso avance sin encontrar apenas oposición. Alrededor de 1475, y una vez conquistada Crimea, comenzaban sus preparativos para lanzar un ataque definitivo sobre Italia, mientras Lorenzo de Medici, apoyado por Luis XI, promovía en los Estados Italianos una nueva rebelión contra el Papa.

De todos los legados papales enviados para conseguir la paz, Borgia fue probablemente el más eficaz. Cuando en mayo de 1472 embarcó en Ostia con destino a España, este hombre alto y de robusta constitución, de figura autoritaria y majestuosa, acababa de cumplir 40 años. Mirándole de cerca destacaban sus ojos negros, tremendamente penetrantes, que parpadeaban sin

cesar; tenía la nariz torcida y su rostro revelaba una cierta tosquedad que se adecuaba perfectamente a su reputación. La leyenda que lo ha convertido en un monstruo malhumorado e inhumano carece de base. Era, sin embargo, producto de su época y un claro ejemplo de las nefastas consecuencias del nepotismo, pues su tío, el Papa Calixto III, lo había nombrado Cardenal y colmado de riquezas a la edad de 23 años; y el poder y la lujuria fueron su ruina. Pero era un caballero cortés, un entretenido conversador, un buen conocedor de los hombres, un administrador de notable capacidad y, además, y en opinión de las damas, un caballero dotado de un atractivo irresistible. Si no hubiera sido por la deshonra que significó para el sacerdocio, probablemente habría pasado a la Historia como un hombre de moralidad media en la Italia del Renacimiento.

Era el momento de restaurar la paz en Castilla, sumida en el caos, si no se quería ser testigo del final de una civilización. Un centenar de señores dedicados al robo y algunos miles de ladrones y criminales asolaban la región. Sevilla estaba quedando reducida a una pura ruina, con sus exquisitos jardines destrozados, sus casas arrasadas y sus habitantes barridos por la auténtica guerra entablada entre el Duque de Medina Sidonia y el joven y feroz Marqués de Cádiz. En Toledo, desde los disturbios de 1467, los acaudalados «marranos» vivían prácticamente en estado de sitio. Y la misma situación se reproducía en otras ciudades. Y, para añadir algo más a la desesperanza general, en 1473 se perdieron las cosechas de Andalucía, el granero de España. Bernáldez nos proporciona una visión clarificadora de los precios de hambre que imperaban por entonces. Una fanega de trigo o de maíz se vendía a 700 u 800 maravedíes; un buey, a 3.000; una vaca, por 2.000; y el vino a 75 maravedíes el galón. Así pues, si estimamos el valor de un maravedí en aproximadamente un penique (y existen razones de peso que nos obligan a creer que esta proporción se acerca más a la realidad que la que habitualmente se ha venido estimando), esto significa que, mientras una persona podía conseguir un buey por 12 libras y una vaca por 8, y el vino a 6 chelines el galón, debía pagar dos libras por una medida de trigo. En aquel terrible año de hambre un hombre con esposa e hijos tenía que entregar un buey –si es que lo tenía– a cambio de 4 medidas de trigo o de maíz.

El Cardenal Borgia, acompañado de su habitual magnificencia y pompa, atravesó la desolada nación en calidad de huésped del arzobispo Carrillo, conversando en el trayecto con las personalidades más importantes y comprobando con sus propios ojos la situación del territorio. No le costó

ningún trabajo comprender que el reconocimiento de la princesa Isabel constituía el primer paso de cualquier programa de paz digno de consideración. Y, como era evidente que el Marqués de Villena guardaba la llave de la situación, fue a él a quien se dirigió primero. Mantuvieron algunas conversaciones antes de que Pacheco accediera a una entrevista con Isabel y Fernando. Y entonces se presentó un nuevo obstáculo. Cuando se enteró de que el príncipe y la princesa se dirigían a Guadalajara para aquel encuentro, que tendría lugar bajo la protección del Marqués de Santillana, hermano del obispo Mendoza, Carrillo, comido por los celos, quiso retirarse; y solamente la persuasiva elocuencia de Borgia logró convencerle. Entretanto, el legado del Papa estaba haciendo excelentes progresos con el Marqués de Villena, probablemente mediante el recurso de mencionar los propios intereses de Pacheco –el único lenguaje lógico que éste era capaz de comprender–.

Y en ese momento, cuando todo parecía ir por buen camino, de nuevo encallaron en otra roca. En las negociaciones Isabel estaba representada por el judío converso Andrés de Cabrera, esposo de su amiga de la infancia Beatriz de Bobadilla. A la princesa le gustaba Cabrera y confiaba en él. No en balde era gobernador del Alcázar de Segovia, donde se guardaba parte del tesoro real. Cabrera había sido uno de los amigos íntimos de Villena, pero últimamente su relación se había enfriado bastante, sobre todo cuando se descubrió que el Marqués pretendía arrebatarle su cargo de gobernador junto con otros cuantos privilegios. Así pues, al llegar a oídos de Pacheco que Cabrera tomaría parte en las negociaciones de Guadalajara, se lavó las manos en aquel asunto y dejó a Enrique que se las ingeniara para arreglar la paz lo mejor que pudiera.

Mientras tanto, Beatriz de Bobadilla se dirigió a Sevilla de incógnito para conseguir el consentimiento real al plan del Cardenal Borgia. El resultado fue el siguiente: Enrique aceptó reconocer a Isabel como su heredera y la invitó a Segovia para que recibiera su bendición y poder besar la mano fraternal que le tendía.

La princesa aceptó la invitación y acudió a Segovia bajo la protección de Cabrera. Se conserva un retrato de Isabel montada a caballo mientras recorre triunfalmente una calle atestada de gente; el rey, detrás de ella, sujeta las bridas de su caballo. Enrique la recibió graciosamente, como quien recupera a alguien que creía perdido. No faltó nada de la magnificencia real en la bienvenida que se le dispensó.

Después del gran banquete público ofrecido en honor de Isabel y de

Fernando, el rey comenzó a sufrir fuertes dolores en un costado y tuvo que retirarse. Se elevaron a Dios las correspondientes súplicas por su curación. Y se curó, en efecto, después de haber padecido lo que se supuso era una enfermedad del hígado. E inmediatamente se extendió la sospecha de envenenamiento.

El Cardenal Borgia, entretanto, era aclamado públicamente como el hombre cuyo tacto e inteligencia por fin habían hecho posible la paz. Evitó, en efecto, lo que prometía convertirse en una horrible guerra civil en el peor momento posible, aun cuando la participación activa de Castilla y Aragón en la Cruzada europea estaba absolutamente descartada; y, a pesar de que los historiadores han hablado de su «fracaso» en España, resulta difícil imaginar qué más hubiera podido hacer en semejantes circunstancias. En cualquier caso, fue ampliamente festejado y homenajeado en Castilla, y desde Segovia se dirigió en compañía del príncipe y la princesa hasta Alcalá de Henares, donde Carrillo lo recibió con la principesca generosidad y el esplendor que le eran característicos. El día antes de la llegada del Cardenal, el Arzobispo ordenó requisar en las granjas cercanas tantos pollos que «apenas quedó gallo que no se mirase a la mañana solitario en los peldaños del gallinero»[6].

Isabel y su esposo visitaron a Carrillo mientras éste hospedaba al Cardenal Borgia y luego regresaron a Segovia. Éste ya no era un lugar seguro, pero ¿es que lo había más apropiado? El cambio de fortuna proporcionó a la princesa un renovado coraje y nuevos aliados. Algunos jóvenes caballeros, atraídos por cuanto se decía acerca de su belleza, sensatez y valentía, se presentaron en la Corte para poner sus espadas al servicio de la princesa. Entre ellos se contaba Gonzalo de Córdoba, un joven de la misma edad que Isabel, dotado de la figura y buena presencia de un dios griego. Bien parecido, ingenioso, elocuente, amante de la poesía y de la música, poseía una fuerza y una habilidad casi sobrehumanas y un carácter tan alegre y extraordinario que se ganó el cariño de toda la Corte, donde se le conocía como el Príncipe de la Juventud. No tenía rival en el manejo de la espada. En los torneos con lanza sólo le ganaba el príncipe Don Fernando, el mejor jinete de España. Aunque carecía de bienes propios y dependía completamente de la caridad de su hermano, el señor de Montilla, vestía como un duque y repartía regalos como si de un rey se tratara. Poseía las virtudes de Don Beltrán de la Cueva, pero carecía de sus vicios, porque Gonzalo observaba una vida casta, sobria y sinceramente piadosa. Isabel anotó su nombre en un pequeño libro en el que Fernando y ella habían confeccionado un

memorándum de personas valiosas que en cualquier momento podrían serles de utilidad.

Isabel continuaba necesitando el mayor número posible de amigos. Porque, mientras ella bailaba en Segovia, el Marqués galopaba hacia Cuéllar con la intención de sembrar nuevamente la semilla de la discordia. Allí su antiguo enemigo, Don Beltrán, soportaba irritado un tedioso exilio y anhelaba cualquier empresa que supusiera derramamiento de sangre. Los dos favoritos del rey incubaron juntos el plan de asesinar a Cabrera y a su esposa para apresar luego al príncipe, a la princesa y al arzobispo de Toledo. Involucraron en la conspiración al Conde de Benavente mediante la promesa de conseguir el matrimonio de La Beltraneja con el primo del Conde, el infante Don Enrique de Aragón. Cuando los tres expusieron el proyecto a Enrique, argumentaron que era la oportunidad para zanjar de una vez por todas el problema de la sucesión, al tiempo que lograrían vengarse de Carrillo, cuya traición, como cualquier hombre honesto admitiría, se podía considerar el mayor crimen cometido jamás en Castilla.

Al rey le gustó tanto el plan que introdujo secretamente en Segovia a varios de sus soldados con el fin de que esperaran ocultos el momento adecuado para arrestar a Isabel, a Fernando y a Carrillo. Su proverbial cobardía, no obstante, le impulsó a tantear previamente si contaba con el apoyo moral de algunas personas que controlaban la opinión pública. Afortunadamente, el primero a quien se dirigió fue el obispo Mendoza, de quien recibió la siguiente respuesta:

«Nunca plega a Dios, Señor, que yo sea en deservicio destos Príncipes, que de vuestra voluntad vinieron a nuestro poder. E pues el tiempo que vos plogo que viniesen, no comunicastes conmigo su venida, menos debíades agora comunicar su daño. Pero pues ya os plogo de me lo facer saber, yo vos requiero con Dios, que no concibais en vuestro ánimo tal fazaña: porque no pongo en duda que hayáis todo el Reyno, especialmente las comunidades contrarias, las quales tienen creido que de derecho pertenece la subcesión a esta Princesa vuestra hermana; e podría ser que se vos siguiera dello un gran deservicio, e aun peligro de vuestra persona real»[7].

Rara vez había recibido Enrique un comunicado tan sucinto y tan desprovisto de las convencionales y lisonjeras frases cortesanas. Así pues, suspiró y aplazó el proyecto.

A Isabel, sin embargo, ya le habían llegado noticias de aquel plan a través de Beatriz de Bobadilla. No tomó demasiado en cuenta el daño que podría

sufrir ella, pero sí consideró que Fernando, un extranjero en tierra castellana, corría un gran riesgo y le persuadió para que se marchara a Turégano, creyendo que allí estaría a salvo. Cuando Carrillo le rogó que no permaneciera en Segovia, Isabel contestó que contaba con la protección de su amigo el alcaide; a pesar de lo cual Cabrera, a petición de la propia princesa, reforzó su guardia. Entonces Enrique abandonó definitivamente su proyecto y se retiró a Madrid seguido del Marqués de Villena.

Éste inundó al cansado monarca de todo tipo de quejas y reproches; hasta que Enrique, para callarlo, le cedió la villa de Madrid, sin tener en cuenta que ya anteriormente se la había otorgado a Cabrera. Y Cabrera, que gracias a la influencia de su esposa comenzaba a decantarse hacia la causa de Isabel, a partir de ese momento se entregó a ella en cuerpo y alma.

Si Isabel habló o no con fray Tomás de Torquemada durante su larga estancia en Segovia en el año 1473, la Historia nada dice de ello. Pero se sabe que la princesa mantuvo varias conversaciones con personajes importantes, tanto eclesiásticos como hombres de leyes, sobre el agravamiento de los problemas entre los cristianos viejos y los conversos. Y es que, mientras Isabel visitaba a Carrillo en Alcalá de Henares, tuvo lugar un nuevo incidente de sangrientas consecuencias.

El 14 de marzo, segundo domingo de Cuaresma, los cristianos cordobeses proyectaban celebrar una procesión solemne hasta la catedral. Las autoridades habían excluido de la ceremonia a los nuevos cristianos, quizá por la persecución que se inició en Toledo después del incidente de 1467; o quizá porque la situación de los conversos en Córdoba era tan firme que acudían abiertamente a las sinagogas y hacían burlas de la religión cristiana. En cualquier caso, el hecho es que los habían excluido. Las casas de la antigua ciudad morisca estaban cubiertas de flores primaverales de alegres colores y las calles alfombradas y protegidas del sol por cientos de tapices. La espléndida y pintoresca procesión, encabezada por una imagen de la Santísima Virgen, atravesaba lentamente la ciudad al compás de una sobria música. Cuando la imagen pasaba ante la casa de uno de los conversos más ricos de la ciudad, una niña arrojó por una de las ventanas un jarro de agua sucia que salpicó a la Virgen[8]. Se produjo un silencio horrorizado; luego, un rugido de indignación y gritos de «¡Sacrilegio!». Y el más antiguo aún de «¡Mueran los marranos!». Un herrero de nombre Rodríguez prendió fuego con el cirio que llevaba consigo a la casa del converso. Los hombres que iban en la procesión desenfundaron sus espadas, rompieron filas y se precipitaron

a las casas de los judíos encubiertos. La masacre que siguió al incidente fue aún más sangrienta que la de Toledo.

En Córdoba, sin embargo, los conversos hallaron un poderoso defensor en Don Alonso de Aguilar, señor de Montilla. Se ha dicho que la riqueza de los judíos fue el argumento que mejor le convenció para convertirse en su paladín; estaba, además, casado con una descendiente de judíos, hija del Marqués de Villena. Tanto él como su hermano Gonzalo de Córdoba blandieron sus espadas en favor de los cristianos nuevos. Los viejos, a las órdenes del Conde de Cabra, sitiaron a Don Alonso y a sus seguidores en el Alcázar. La batalla duró varios días y Don Alonso y Gonzalo a duras penas les cortaron el camino.

Durante casi cuatro años subsistió un verdadero estado de guerra entre ambas facciones –por un lado Don Alonso y los conversos; por otro el Conde de Cabra y los cristianos viejos–. Pero la reacción de otras ciudades andaluzas y castellanas resultó todavía más lamentable. En una docena de lugares –Montoro, Adamuz, La Rambla, Santaella, Úbeda, Jaén...– se despertó de nuevo el odio secular que inspiraban los judíos y los marranos fueron pasados a cuchillo. La masacre más brutal fue quizá la de Segovia, ocurrida el 16 de mayo de 1474. Y su causa más directa, un crimen por el cual Don Juan Pacheco, Marqués de Villena, se ganó el desprecio generalizado tanto de judíos como de cristianos.

Nadie mejor que él sabía qué oscuras pasiones dormitaban en aquella rocosa ciudad donde la austera torre se elevaba sobre la «alhama» judía, las casas de los poderosos conversos y el convento dominico de Santa Cruz. Nadie mejor que él, emparentado con ambas facciones, judíos y cristianos, sabía qué insignificante podía ser la provocación que hiciera estallar una cruenta batalla en Segovia, donde los judíos siempre fueron numerosos e influyentes, y donde el odio de los cristianos hacia ellos era especialmente encendido a consecuencia de ciertos crímenes que se les imputaban. En 1405 el doctor Mart Alguedés y otros prominentes judíos fueron ejecutados, acusados del robo de una Hostia consagrada de la catedral; y algunos judíos más, de quienes se sospechaba que habían intentado envenenar al Obispo como venganza –mediante el previo soborno de su cocinero–, fueron arrestados y descuartizados[9]. E Isabel todavía guardaba en la memoria el recuerdo de una crisis aún más aguda –producida en 1468, fecha de la muerte de su hermano–, resultado de la acusación formulada contra los judíos como autores de un repugnante crimen acaecido en una pequeña ciudad cercana a

Segovia. Colmenares lo recoge en su Historia de Segovia:

«Por este tiempo en nuestra villa de Sepúlveda los judíos, movidos de Salomón Pico, Rabí de su Synagoga, hurtaron por la Semana Santa a un niño y «executando en él quantas crueldades y afrentas sus mayores hicieran en el Redentor del mundo», acabaron aquella inocente vida: increible obstinación y nación incorregible a tantos castigos de cielo y tierra. Esta culpa como otras muchas que están en las memorias del tiempo, se publicó y llegó a noticia de nuestro Obispo, Don Juan Arias de Avila[10], que como juez superior entonces en las causas de la fe, procedió en ésta; y averiguando el delito, mandó traer a nuestra ciudad diez y seis judíos de los más culpados[11]. Algunos murieron en el fuego[12]; los restantes arrastrados fueron ahorcados en la deesa junto al nuevo convento de San Antonio. Entre ellos un moço con muestras de arrepentido pidió el bautismo y con muchos ruegos la vida para hazer penitencia entrándose a servir en un Convento de la Ciudad. Todo lo alcançó; y todo lo dexó: publicándose por cierto que apóstata de uno y otro huyó dentro de pocos días. Mejor lo advirtieron los de Sepúlveda, que mal asegurados de los que allá quedaban, mataron algunos forçando a los restantes a salir de aquella tierra arrancando de cuajo tan mala semilla»[13].

Este pasaje, que describe la espeluznante chispa desencadenante de un incendio aún más espantoso, es de gran importancia por la luz que arroja sobre la opinión pública segoviana durante la primavera de 1474; una opinión pública que los inquisitivos ojos de Pacheco no podían dejar de conocer. Don Juan Arias de Ávila, descendiente de judíos, ocupaba también el cargo de obispo; y el alcaide o gobernador real era Cabrera, el amigo traicionado por Pacheco.

Cabrera era un hombre muy competente, pero converso, lo que despertaba su impopularidad entre los cristianos viejos. Cuando el arrebato de ira provocado por la masacre cordobesa de 1473 alcanzó a las ciudades castellanas, el Marqués vio en ello la oportunidad de saldar cuentas pendientes, deshacerse de Cabrera y después obtener del rey el mando sobre Segovia. Todo esto debía hacerse pasando por un levantamiento popular contra los conversos. Y Pacheco, sin acordarse de la sangre judía que corría por sus propias venas, preparó la masacre, envió secretamente sus tropas a Segovia y luego él mismo partió hacia allí[14].

El domingo 16 de mayo, cuando los conversos se despertaron, encontraron Segovia repleta de hombres armados que pedían su sangre a gritos. Los cascos de los caballos golpeaban sobre el empedrado,

entrechocaban los filos de las espadas y las balas llovían contra las murallas, mientras los hombres de Pacheco entraban a sangre y fuego en las casas de los judíos conversos. Las llamas empezaron a lamer gradualmente la colina, devorando una casa tras otra. En las calles los cadáveres yacían en confusos montones.

Afortunadamente, las noticias de aquel plan habían llegado, no se sabe cómo, a oídos del Cardenal Borgia, el legado del Papa, que se hallaba en Guadalajara. Éste avisó al rey, quien inmediatamente se puso en contacto con Cabrera. El gobernador apenas había tenido tiempo de tomar su espada, reorganizar sus tropas y lanzarse en ayuda de los conversos. Luchó con bravura y enorme habilidad y sus hombres, imitando su ejemplo, barrieron de las calles a los hombres de Pacheco y luego atropellaron a la muchedumbre de cristianos viejos. El Marqués y sus mercenarios huyeron de la ciudad.

Cuando Isabel y Fernando llegaron a Segovia todavía quedaban en el suelo y en los muros de las casas pestilentes manchas de sangre; la ciudad entera despedía un olor nauseabundo: de madera quemada, de carne chamuscada, de sangrienta carnicería. Isabel aprobó la actuación de Cabrera en términos encomiásticos, recibió cariñosamente a Beatriz, esposa de este último, y denunció apasionadamente a quienes se habían convertido en instrumentos del Marqués. Hacía poco que acababa de demostrar, con el hermoso espíritu que adornaba a su hermano Alfonso, que no tenía intención de ganar popularidad mediante una tácita aprobación de aquellas masacres. Había hallado la ciudad de Valladolid hirviendo de indignación y a sus habitantes dispuestos a abalanzarse contra los odiados marranos a la mínima provocación. Unos cuantos influyentes caballeros de la ciudad comenzaron a excitar a la muchedumbre. Afortunadamente, Isabel y Fernando se enteraron a tiempo de todo esto. Y, teniendo en cuenta antes sus principios que su propio beneficio, ambos condenaron de modo inequívoco su infame actuación. En realidad, lo que hicieron fue detener un motín que ya se había iniciado[15].

El claro lenguaje empleado por los jóvenes príncipes les costó muy caro, pues algunos de sus más valiosos aliados de Valladolid se pasaron a la causa de Enrique. Desde aquel momento, las vidas de Isabel y Fernando corrían un constante y auténtico peligro[16]. Huyeron con Carrillo de la ciudad, permanecieron algún tiempo en Dueñas y luego continuaron viaje hasta Segovia.

Durante los días siguientes Isabel y su esposo discutieron con unas

cuantas personalidades segovianas sobre la situación de Castilla: con Cabrera, con el obispo Don Juan Arias de Ávila y probablemente con el humilde y sobrio fray Tomás de Torquemada, prior del convento dominico de Santa Cruz. Recibieron tantos consejos airados como desesperados. ¿Qué podría salvar a la nación de una ruina completa, de una anarquía que llevaba camino de desembocar en la segunda conquista de la Península por los mahometanos, realizada con la aprobación de judíos y conversos? ¿Qué podría lograr que los hijos de Israel cesaran en su constante explotación de los cristianos y en su afán –compartido incluso por los conversos que se hacían llamar cristianos– por destrozar el cristianismo? ¿Y qué podría obligar a los cristianos a dejar de masacrar a los marranos a la más mínima provocación? La respuesta debió ofrecérsele evidente a los príncipes. Es más que probable que fuera entonce cuando tomaran la firme resolución de, en el caso de ocupar algún día el trono de Castilla, subordinar cualquier otra consideración a la fundamental de un gobierno lo suficientemente fuerte como para hacerse temer y respetar por la totalidad de las clases sociales. Si el absolutismo, el nuevo cesarismo de España, no fue concebido entre las cenizas y los restos de sangre de la ciudad de Segovia, probablemente germinó en este momento.

Isabel y Fernando discutieron también con sus consejeros algunos proyectos en relación con la reforma de la Iglesia española. Carrillo ya había sentado un precedente en su diócesis. Promulgó un edicto por el que prohibía a los clérigos jugar a los dados y vestir ropas de brillante colorido; los sacerdotes debían celebrar Misa al menos cuatro veces al año y los obispos tres; y se conminaba tanto a unos como a otros a no llevar una vida violenta o dedicada a las armas «a menos que se hallasen al servicio del Rey o de algún Príncipe de la sangre». El que se necesitara semejante edicto es más elocuente que mil volúmenes que describan la relajación de la Iglesia española o la urgencia de profundas reformas.

Es una pena que Carrillo no agotara sus inmensas energías en los asuntos de la Iglesia. Su vanidad siempre acababa traicionándolo. El día más amargo de su vida llegó en el mes de marzo de 1473, cuando Mendoza fue nombrado Cardenal de España, un cargo que Carrillo, como primado, pensaba que en justicia le correspondía a él. Pero evidentemente el Papa Sixto IV no compartía su opinión, puesto que envió el capelo a Mendoza, quien lo recibió en Segovia entre grandes aclamaciones y en presencia de Isabel. La sensibilidad de Carrillo resultó herida en lo más vivo ante el pensamiento de

que aquella a quien había servido con tanta fidelidad pudiera apoyar lo que él consideraba como un desaire hacia su persona. Semejante actitud no podía recibir otro nombre más que el de ingratitud. Decepcionado, se retiró en un arrebato a sus posesiones de Alcalá, donde en compañía de un tal Doctor y astrólogo Alarcón, se entregó a una serie de experimentos de alquimia con la esperanza de producir el oro que le permitiera pagar sus deudas y recuperar su fortuna. Bajo la influencia de la superstición su fuerte carácter se debilitó a marchas forzadas.

El año siguiente se presentó lleno de bienes para Isabel y para Castilla. «En 1474», escribió el coadjutor de Los Palacios, «Nuestro Señor envió lluvia y una grande y abundante cosecha». Como de costumbre, aquella corriente de prosperidad habría fortalecido la posición de Villena de no ser por la muerte que, aliada tan a menudo con Isabel, intervino en la jugada acabando con los bucles de la perfumada barba del Marqués y agarrotando para siempre sus codiciosos dedos; y dejando reposar al amo de tantas granjas y ciudades en su elegante tumba de El Parral. El 4 de octubre, en Santa Cruz, un absceso aparecido en su mejilla dio jaque mate a aquel viejo hombre de Estado mientras se encontraba asediando una ciudad de las muchas donadas por Enrique. Sus últimas palabras se refirieron a «si quedaba entregado el alcázar»[17].

A sus 51 años, el rey quedó desolado y en mal estado de salud. Un nuevo problema vino a afligir su alma atormentada: ¿quién debería suceder a Villena en el cargo de Gran Maestre de la Orden de Santiago? Aparecieron tres pretendientes: Don Alonso de Cárdenas, el Conde de Paredes y el hijo de Pacheco, el joven Marqués de Villena. Así que este último se dirigió a Vaciamadrid, a tres leguas de Madrid, para solicitar el apoyo del Conde de Osorno. Este caballero apresó a su visitante y lo arrojó a un calabozo, lo cual provocó una nueva enfermedad del rey, quien tras la muerte de Pacheco sentía cierta inclinación por el joven Marqués. Desoyendo el consejo de sus físicos, alarmados por el estado de sus riñones y del hígado, acudió a Madrid, donde, junto con el Cardenal Mendoza, el Conde de Haro y Carrillo, solicitó de Osorno la liberación del Marqués. El Conde arguyó que el difunto Villena le había prometido hacía unos años cierta cantidad de dinero y algunos territorios a cambio de su voto para obtener el cargo de Gran Maestre, pero que tras la elección olvidó su promesa. Soltaría al Marqués cuando éste le diera lo que le debía; nunca antes. Enrique se quedó allí veinte días intentando convencer al Conde. Cuando lo hubo conseguido, regresó a

Madrid con su favorito; pero la tensión resultó excesiva y su enfermedad se agudizó repentinamente. Los físicos nada pudieron hacer. El Cardenal de España y algunos otros, al ver que se acercaba su muerte, urgieron al rey a hacer testamento y a zanjar para siempre el problema de la sucesión al trono declarando categóricamente si Juana La Beltraneja era o no hija suya. El rey suspiró, pero no pronunció una sola palabra. A las once de la noche mandó a su secretario que escribiera una breve nota nombrando albaceas al Cardenal Mendoza y al joven Marqués de Villena y ordenando a su hija que actuara tal y como éstos y otros grandes señores acordaran. El testimonio de Castillo, capellán y apologista del monarca, señala que confesó sus pecados «durante una hora larga» con fray Pedro Mazuelo, prior de San Jerónimo del Paso, el monasterio construido por Enrique para conmemorar la victoriosa defensa realizada por Don Beltrán treinta años atrás en nombre de una misteriosa dama de alta cuna. Cuando, una vez más, se le preguntó si La Beltraneja era su hija, Enrique suspiró, volvió la cabeza y expiró. Eran las dos de la madrugada del 12 de diciembre de 1474.

En sus últimos momentos el rey expresó su deseo de ser enterrado en Santa María de Guadalupe, junto a su madre la reina Doña María. Castillo añade que «quedó tan deshecho en las carnes que no fue menester embalsamallo»[18]. Por el momento sus restos se trasladaron a San Jerónimo del Paso, en el mismo lugar donde contemplara cómo Don Beltrán derribaba a todos sus rivales.

La noticia de su muerte llegó aquel mismo día a oídos de Isabel. La gente se mantuvo en silencio, aunque intranquila. Fernando se encontraba en el Rosellón combatiendo junto a su padre; pero Cabrera y Beatriz insistieron en que Isabel fuera coronada de inmediato, antes de que los partidarios de La Beltraneja tuvieran tiempo de entrar en acción. Isabel, tras vestirse de luto y ordenar que todas las banderas de Castilla y de la ciudad fueran arriadas y cubiertas de crespones negros, acudió a la iglesia de San Miguel, donde oyó Misa y oró por el eterno descanso del alma de su hermano. De regreso al Alcázar, comenzó a escuchar su nombre, que se repetía a gritos de calle en calle. Los niños corrían de un lado para otro vociferando las noticias que un mensajero acababa de traer de Madrid: «¡Es muerto Don Enrique! ¡Viva la princesa! ¡Castilla! ¡Castilla por la reina Doña Isabel!».

Aquel frío 12 de diciembre el hecho de que fuera ella o bien La Beltraneja quien se convirtiera en reina de Castilla dependía solamente de un judío converso: Cabrera. Quizá el factor más decisivo fuera entonces el

consejo de su esposa, la amiga de la infancia de Isabel desde los tiempos de Arévalo. Cabrera permaneció fiel y a las principales personalidades de Segovia se les notificó que Doña Isabel sería coronada a la mañana siguiente, festividad de Santa Lucía, en la plaza pública.

De la fuerte y firme voluntad de su madre, de la degeneración traída por Enrique, de la avariciosa codicia de Pacheco, del odio de una madrastra llamada Doña Juana de Castilla y del amor maternal de Doña Juana de Aragón, del enojo y lealtad de Carrillo, de la integridad de Mendoza y el valor de Cabrera, de la peste y el hambre y de una guerra que duraba mil años, el tiempo había destilado con paciencia este momento. La Edad Media había muerto. La nueva España estaba a punto de nacer.

VII
LA CORONACIÓN DE LA INFANTA ISABEL COMO REINA DE CASTILLA
LA REINA RESTABLECE EL ORDEN EN LA CORTE
LA SUBIDA AL PODER DEL CARDENAL MENDOZA
COMIENZO DE LA GUERRA CON PORTUGAL

En medio del frío cortante de la mañana del 13 de diciembre, Isabel contempla desde lo alto del Alcázar una ciudad abarrotada de gente, desde las cuatro puertas y las sobrias murallas hasta las altivas torres levantadas sobre las rocas que dominan el Eresma. Todo es un murmullo confuso: canciones, alegría, expectación. El gran castillo se alza como la proa de un barco poderoso que, anhelando hallar nuevos puertos y nuevos mundos, ansía atravesar el profundo y sombrío mar grisáceo que semeja la llanura. Los mercaderes, despiertos antes del alba, buscan los mejores puestos con el fin de pregonar sus productos. Por los cuatro caminos que atraviesan las puertas de la ciudad se acercan tropeles de hombres armados de pies a cabeza que escoltan a éste o a aquél caballero en medio del floreo de pendones, el estruendo de los sacabuches, el resonar de trompetas, el agudo sonido de las chirimías, el ruido de los timbales, el fulgor de tantos colores brillantes, el relampagueo de oro y plata que despiden hombres y bestias; por doquier, el austero brillo del acero bruñido.

En el patio del Alcázar Isabel está sentada sobre su blanco palafrén, esperando a que abran las puertas. Centellean las piedras preciosas de su ceñidor y del empeine de sus delicados pies, que mantiene pegados contra las doradas vestiduras que engualdrapan su montura. Esta flexible, pero robusta figura, cubierta de pies a cabeza de blancos brocados y armiño, cuenta veintitrés años. Su rostro aparece un tanto más ruborizado de lo que en ella es habitual y sus ojos son de un azul y de una transparencia sorprendentes.

Por fin se abre la maciza puerta. Dos oficiales segovianos, espléndidamente ataviados al estilo tradicional, sujetan las enjoyadas bridas del caballo de la princesa. Andrés de Cabrera, el alcaide de la ciudad, se coloca junto a ella. Al otro lado camina el arzobispo Carrillo, cuyo peto de acero toledano está oculto bajo los ropajes de oro y púrpura. Los siguen unos

pocos caballeros con jubones, medias y unos graciosos sombreros de terciopelo.

Isabel guía lentamente su caballo entre la curiosidad del pueblo. «¡Viva la reina!». De miles de gargantas se eleva este grito, semejante al rugido de las olas al romper contra las rocas; y el eco de las tortuosas calles lo repite varias veces. Enmarcados en una gama de colores sin fin, que va desde la sucia negritud de harapos asquerosos hasta los más delicados matices del azafrán y el pórfiro, se extiende una hilera de ojos pertenecientes a rostros morenos, a rostros cetrinos y enjutos, a pálidos rostros de pómulos tensos víctimas del hambre, rostros que reflejan astucia, o lujuria, o desorden; rostros de almas santas y amantes de la paz; rostros rubicundos y sensuales; rostros austeros y altivos; rostros de hombres y mujeres hartos de crímenes y de guerras... y los rostros maravillados de los niños.

«¡Viva la reina!». Un toque de trompetas. Todos estos rostros, de tanto suplicar, vociferar, bendecir, maldecir y reír, han ido retrocediendo hasta topar con las agrietadas murallas. Una espléndida cabalgata avanza lentamente por la estrecha calle empedrada: prelados y sacerdotes, andando de dos en dos y entonando el *Te Deum laudamus,* revestidos con casullas de seda púrpura bordadas en oro; nobles con ricos terciopelos cuyas cadenas de oro y piedras preciosas despiden sorprendentes reflejos; los ediles segovianos con sus antiguas vestimentas heráldicas; lanceros, arqueros, soldados, portaestandartes, músicos... una inmensa multitud va detrás de ellos. Isabel, para quien el papel de reina resulta algo natural, se coloca a la cabeza de la cabalgata. «¡Viva la reina! ¡Castilla por la reina Doña Isabel!».

Delante de a Isabel, sobre un majestuoso caballo, camina un heraldo que porta enhiesta y desenvainada la espada de justicia de Castilla, que brilla amenazadora bajo la luz del sol, símbolo de que esta joven vestida de blanco y montando un caballo del mismo color tiene potestad sobre la vida y la muerte de cuantos la rodean y de diez millones más de personas. Detrás del heraldo marchan dos pajes que llevan sobre un almohadón la corona dorada del rey Fernando el Santo.

Al llegar a la plaza, donde una plataforma situada en alto se ha adornado con tapices de rico colorido, Isabel desmonta, sube lentamente las escaleras y se sienta en el trono con gravedad y compostura, como si hubiera nacido solamente para realizar este único acto en toda su vida. Trompetas... silencio... discursos... La gran corona de Fernando el Santo se coloca sobre su delicada y rubia cabeza. De todas partes se alzan gritos de gozo y de triunfo.

Andrés de Cabrera se arrodilla ante ella y le tiende las llaves de Segovia y del Alcázar; el heraldo grita con voz tonante: «¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla por el rey Don Fernando y su esposa Doña Isabel!». Más gritos. Las banderas reales y los pendones de la ciudad, las de los hidalgos y las órdenes militares, todas ondean al viento. Suenan jubilosas las campanas de iglesias y conventos. En el Alcázar se disparan mosquetones y arcabuces. Y truenan los cañones de las murallas. Isabel es, por fin, reina de Castilla.

Dignatarios, prelados y nobles avanzan para prestar juramento de fidelidad y besar la mano de su nueva soberana. Carrillo, ese hosco y robusto sacerdote guerrero, se arrodilla, y lo mismo hacen Gutierre de Cárdenas, y el hábil Alonso de Cárdenas, y el Príncipe de la Juventud, Gonzalo de Córdoba; y el enjuto Almirante Don Fadrique, y el Conde de Haro. Al final –¡oh, maravilla!– aparece el sin par caballero Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque, quien se dirige a besar la mano de Isabel. ¿Qué otra cosa podía significar esto más que el reconocimiento de que la infanta Juana no era la hija legítima del difunto monarca?

Pero faltaban muchos otros que debían estar presentes. ¿Dónde se hallaba el Duque de Arévalo? ¿Y Don Diego López Pacheco, Gran Maestre de la Orden de Calatrava? ¿Y dónde el Conde de Ureña? ¿Y el Marqués de Villena, señor de tantos feudos y ciudades?

Cuando hubo finalizado aquel homenaje, Isabel bajó del estrado y se encaminó a pie hasta la catedral, donde se postró humildemente ante el altar mayor para dar gracias a su Hacedor, que la había guiado a tan alto honor salvándola de muchos peligros; y para solicitar Su gracia de gobernar siempre de acuerdo con Su voluntad y de usar la autoridad de Él recibida con justicia y sabiduría. Para otros reyes quizá todo esto quedara en mera fórmula; Isabel, sin embargo, lo hizo con emocionada sinceridad.

Después de Dios, confiaba en Fernando para emprender su ímproba tarea, y también en el Cardenal de España. Éste, sin embargo, no se encontraba allí. Se había quedado en Madrid para celebrar la solemne Misa de Réquiem sobre los restos del rey Enrique. Todos estos actos fueron espléndidos, como correspondía a unas exequias reales, sobre todo en una nación cuya debilidad eran los funerales suntuosos; y, como el tesoro de Madrid estaba en la más absoluta ruina, el Cardenal se encargó de todos los gastos, incluido el coste de una fastuosa tumba en Guadalajara, donde el cuerpo del rey reposó junto al de su madre. También fue Mendoza el autor del epitafio, que comenzaba así: «Al Muy Alto y Esclarecido Señor Don Enrique»; y cuya sobriedad y

naturalidad de estilo contrastan notablemente con la pomposa retórica de la época. Acabada su misión, regresó a Segovia junto a Isabel.

Fernando viajaba ya desde el norte tan rápido como se lo permitían sus caballos. Había sabido de la muerte de Enrique y posterior coronación de Isabel en Perpiñán, a donde acudió a principios del otoño en respuesta a una desesperada llamada de su padre. El anciano monarca, falto de apoyo y de dinero, estaba a punto de ser capturado cuando llegó Fernando, al frente de tantas tropas como le fue posible reunir.

En ese momento Fernando llegó a Zaragoza como gobernador general de Aragón, en un intento de poner algún orden en un estado roto por la más salvaje anarquía. La ciudad entera se hallaba explotada e intimidada por Jiménez Gordo, un rico converso que se había hecho con el mando de las tropas e impuesto su turbulenta voluntad sobre el populacho. Durante mucho tiempo, y como partidario de Carlos de Viana, estuvo enemistado con Fernando. Nada más llegar, el joven príncipe invitó a Gordo a mantener con él una conversación privada y lo recibió en sus aposentos como si se tratara de un amigo de toda la vida. El tirano, halagado, creyó que tenía ante sí a otro Enrique cualquiera a quien manejar como un títere; y no se dio cuenta de su error hasta que el príncipe comenzó a enumerar sus crímenes. Era demasiado tarde para intentar la huida, pues los guardias estaban apostados en las puertas; y en la habitación contigua, un sacerdote y un verdugo, a cuyas respectivas tareas Fernando encomendó a su huésped con absoluta calma. Aquella tarde su cadáver fue expuesto públicamente en la plaza del mercado[1].

Mientras Fernando llevaba a cabo tan severa política, sobre cuya necesidad Isabel estaba completamente de acuerdo –a pesar de que este tipo de ejecuciones sumarias eran contrarias a las leyes de Aragón–, recibió una carta de Carrillo en la que éste le comunicaba la coronación de su esposa, lo que supuso una grave ofensa a su orgullo masculino. Más penosa aún le resultó una segunda misiva remitida por Gutierre de Cárdenas en la que se describía el restablecimiento de la antigua costumbre de llevar desenvainada la espada de justicia castellana delante de la reina. Fernando explotó:

«Decidme, vos, que habéis leído tantas historias, si habéis oído decir que el símbolo de la vida y de la muerte se haya llevado alguna vez ante las reinas. Yo sólo sé que se hace con los reyes».

Fernando, como autócrata, soldado y buen aragonés, había supuesto que su esposa se sentiría feliz de dejar en sus manos la responsabilidad del

gobierno y sus principales cargas. Y le molestó darse cuenta de que ella tenía intención de interpretar al pie de la letra su acuerdo matrimonial. Su resentimiento se vio debidamente espoleado tanto por su padre, el soberano aragonés, como por su abuelo, el Almirante de Castilla. Incluso el amigo de Isabel, el arzobispo Carrillo –también en excelentes relaciones con el padre de Fernando–, hizo notar que no era conveniente dejar tanto poder en manos de una mujer.

En Aragón, donde desde tiempo inmemorial las mujeres habían sido excluidas de la sucesión al trono, tal reacción parecía absolutamente natural y justa. Pero en Castilla la Ley Sálica no existía y aquello sería considerado una usurpación, sobre todo porque, en su acuerdo matrimonial, Fernando –quizá pensando que se trataba de una mera formalidad– había consentido en respetar el título de Isabel. Al llegar a Segovia, toda la Corte hervía de rumores, discusiones y conjeturas.

Cuando los amigos de su marido comenzaron a cuestionar su derecho a gobernar sola, Isabel se sintió herida en lo más vivo. No era el primer disgusto que la reina tenía con Fernando. Más amargo aún fue el momento en que se enteró de que la dispensa bajo la cual contrajo matrimonio con su primo segundo había sido falsificada por el padre de éste en connivencia con el Almirante Don Fadrique y con el probable consentimiento de Fernando. Se trataba de una doble herida. La piedad de Isabel jamás habría aceptado la más leve infracción de las leyes de la Iglesia, que consideraba como un instrumento instaurado por Jesucristo para la salvación del género humano; y, por otra parte, su temperamento la obligaba a rechazar cualquier tentativa de fraude. Pero mayor fue su sufrimiento como mujer al descubrir que su marido era capaz de engañarla incluso antes de comenzar su vida juntos. No consiguió vivir en paz hasta no obtener de Roma la bula de dispensa.

Todavía se le reservaba una nueva desilusión, cuando llegó a sus oídos que Fernando tenía un hijo ilegítimo, fruto de las relaciones mantenidas con una mujer justo antes de su matrimonio con Isabel. Desde aquel momento iba a conocer el cruel tormento de los celos, que su orgullo no siempre consiguió ocultar. Incluso en sus celos había algo regio que la diferenciaba del resto de las mujeres. Si por casualidad se enteraba de que Fernando demostraba algo más que un interés casual por alguna de las bonitas damas de honor de la Corte, colmaba a la joven de regalos, le arreglaba un ventajoso matrimonio o la mandaba lejos de allí a alguna agradable posesión con una renta nada despreciable. Otras mujeres del Renacimiento probablemente se habrían

servido de medios menos sutiles y generosos para deshacerse de sus rivales. Y quizá su costumbre, señalada por Pulgar, de rodearse de «mujeres mayores que fueran virtuosas y de buena familia» revelara algo más que piedad.

Si alguna vez se le ocurrió vengarse de Fernando, seguramente descartó de inmediato semejante idea considerándola una tentación del demonio. La teoría de que dos males pueden hacer un bien jamás atormentó su lúcida mente. Pero, aunque era inflexible en sus principios, estaba aprendiendo a la fuerza a tolerar la debilidad de los mortales. El Fernando héroe, el príncipe encantador de aquel dichoso año poblado de necesidades, había muerto. A pesar de todo, continuó amando al hombre que su marido seguía siendo. Era producto de su época y los hombres en campaña sufren tentaciones que no se les ofrecen a las mujeres. Quizá Isabel razonara así para apaciguar el dolor de su corazón. «Amaba mucho al Rey, su marido, y celábalo fuera de toda medida»[2].

Cuando Fernando llegó a la puerta de San Martín, los nobles y prelados que se encontraban en Segovia se adelantaron para darle la bienvenida como rey de Castilla –rey no por derecho propio, sino como consorte de la legítima reina–. Sin embargo, la facción aragonesa, aunque pequeña, era tan influyente y eficaz que muchos temieron se produjera una nueva división del Estado. Los esfuerzos conciliadores del Cardenal Mendoza representando a Isabel y de Carrillo como defensor de Fernando lograron ahuyentar ese peligro. Pero fueron el tacto y la dignidad de la propia reina los que condujeron a Fernando a aceptar la situación lo más graciosamente que pudo. «Ella era una mujer de gran corazón; ocultaba su genio, y por eso todos los nobles temían mucho el disgustarla». Pulgar, autor de estas últimas frases, nos ha transmitido las palabras de la reina en aquel momento crucial.

«Señor, no fuera necesario mover esta materia: porque do hay la conformidad que por la gracia de Dios entre vos e mi es, ninguna diferencia puede haber. Lo qual, como quier que se haya determinado, todavía vos como mi marido sois Rey de Castilla, e se ha de facer en ella lo que mandáredes; y estos Reynos placiendo a la voluntad de Dios, después de nuestros días, a vuestros hijos e míos han de quedar. Pero pues plogo a estos caballeros que esta plática se oviese, bien es que la duda que en esto había se aclarase, según el derecho destos nuestros Reynos dispone. Esto, Señor, digo, porque como vedes a Dios no ha placido fasta aquí darnos otro heredero sino a la Princesa Doña Isabel nuestra fija; e podría acaecer que, después de nuestros días, viniese alguno que por ser varón descendiente de la casa real de Castilla,

alegase pertenecerle estos Reynos aunque fuese por línea transversal, e no a vuestra fija la Princesa por ser mujer, en caso que es heredera dellos por derecha línea: de lo que vedes bien, Señor, quan gran inconveniente se seguiría a nuestros descendientes. E acerca de la gobernación de destos Reynos, debemos considerar, que placiendo a la voluntad de Dios, la Princesa nuestra fija ha de casar con príncipe extranjero, el qual apropiaría a sí la gobernación destos Reynos, e querría apoderar en las fortalezas e patrimonio real otras gentes de su nación que no sean Castellanas, do se podría seguir que el Reyno viniese en poder de generación extraña; lo que sería en gran cargo de nuestras conciencias, y en deservicio de Dios, e perdición grande de nuestros sucesores e de nuestros súbditos e naturales, y es bien que esta declaración se haya fecho por excusar los inconvenientes que podrían acaecer».

Evidentemente, Fernando no halló manera de replicar. Dice el cronista: «Oídas las razones de la Reyna, porque conoció el Rey ser verdaderas plógole mucho e dende en adelante él y ella mandaron que no se fablase más en esta materia».

Treinta años después tendría la oportunidad de comprobar la amplitud de miras de su esposa en relación con sus propios hijos y con la nación. No obstante, nunca más, exceptuando una ocasión memorable, se producirían entre ellos serias diferencias de opinión. Y desde aquel momento, en la mayoría de los asuntos públicos actuaban como una sola persona: firmaban conjuntamente todos los documentos y sus rostros aparecían en todos los sellos. «E aunque algunos caballeros e otras personas de dañadas intenciones, procuraban división entre ellos, dando a entender al Rey, que como varón debía tener toda gobernación; pero el Rey e la Reyna, conociendo que estos tales procuraban divisiones entre ellos por sus propios intereses, conformábanse tanto, que no daban lugar a ninguna división». Pulgar ve un componente divino en aquella unanimidad.

Seguramente ni siquiera tenían tiempo de discutir. Restablecer el orden en medio de tanta anarquía, restaurar el prestigio de la Corona, reformar el clero y los cargos civiles, recuperar de manos de algunos señores ladrones las posesiones de la Corona ilegalmente cedidas por Enrique, implantar el equilibrio de la moneda y promover el progreso de la agricultura y la industria, y hacer frente al problema de los judíos y moriscos, y al de los conversos... esta tarea parecía imposible para dos jóvenes carentes de tropas y de dinero. Ya habría sido bastante difícil contando con una nación en paz.

Pero no tenían esta tranquilidad. Por el Este existía la posibilidad de un enemigo en Alfonso V, tío de La Beltraneja, cuya vanidad aún estaba dolida a causa del rechazo de Isabel. En el Norte, Luis XI, el diplomático más sutil y eficaz en aquella Europa caótica. Santa Juana de Arco había hecho posible la nación francesa; y él estaba empeñado en conservarla. Tal vez Isabel podría ser la Santa Juana de Arco española y Fernando el Luis XI de España, ambos emprendiendo una tarea aún más complicada que sus predecesores. No era ésta, sin embargo, la opinión de Luis XI. Cuando los reyes enviaron a Pulgar para anunciar al monarca francés la muerte de Enrique y solicitar devolviera el Rosellón y la Cerdaña a Aragón, el Rey Araña se vistió de luto por su regio «hermano»; pero, en lo relacionado con las dos provincias, se sintió obligado a conservarlas hasta que se le hubieran reembolsado completamente todos los grandes gastos efectuados en el apoyo prestado a Don Juan de Aragón contra los catalanes.

Isabel comenzó su reinado barriendo de su presencia a los pésimos «criados» que habían convertido la Corte de su hermano en algo execrable. Se ordenó dispersar a la guardia mora en Granada y en el Sur para que prestaran servicio entre los de su sangre. Asaltantes de caminos, criminales y extorsionadores acabaron dando con sus huesos en la cárcel o en las galeras, o uniéndose a aquellos señores ladrones que sonreían pensando que las reformas de la reina no eran más que un gesto pasajero. Pronto tuvieron que admitir que, en realidad, se había tomado el asunto muy en serio. Primero nombró para los principales cargos del reino a hombres valiosos y dignos de confianza: Mendoza, el Cardenal de España, ocupó el puesto de Canciller; el Conde de Haro, Condestable de Castilla; Fadrique, tío de Fernando, Almirante de Castilla; Gutierre de Cárdenas, Tesorero... Estos gobernantes, contando con el respaldo real, comenzaron de inmediato a destituir a los impostores y a ejecutar criminales a diestro y siniestro, de manera que «los homes ciudadanos e labradores e toda la gente común deseosos de paz estaban alegres, e daban gracias a Dios, porque veían tiempo en que le placía haber piedad destos Reyes... E allende de la afición que los pueblos tenían al Rey e a la Reyna, con esta justicia que administraban ganaron los corazones de todos de tal manera que los buenos les habían amor e los malos temor»[3].

Todo esto, sin embargo, se llevó a cabo en la limitada esfera en que se reconocía su autoridad. Extremadura, Galicia, Guipúzcoa y Andalucía continuaban siendo campo de batalla del pillaje y la anarquía. El joven Marqués de Villena, desde su villa de Madrid, echó una ojeada abarcando la

nueva maquinaria administrativa instalada en Segovia. Había heredado de su padre, Don Juan Pacheco, la opinión de que la monarquía no era más que el medio de enriquecimiento de la nobleza. Y, conociendo las necesidades de Isabel tanto de dinero como de soldados y apoyo, con la confianza puesta en el beneficio que podía sacar de guardar aún bajo su custodia a La Beltraneja, que ya contaba doce años, decidió que había llegado el momento de formular algunas peticiones. Así que solicitó para él el Gran Maestrazgo de la Orden de Santiago y la confirmación de sus dudosos derechos sobre algunas ciudades que su padre había recibido de Enrique el Impotente: Alcaraz, Trujillo, Requena, Escalona, Madrid, el Marquesado de Villena y las rentas de todas ellas. Solicitó además favores semejantes para sus dos hermanos, Don Pedro Portocarrero y Don Alonso Téllez Girón. Al mismo tiempo, dos de sus primos, el Duque de Arévalo y el Conde de Ureña, formularon sus correspondientes peticiones. Y el joven Marqués se encargó de comunicar a la reina que, si las denegaba, él y sus amigos proclamarían a Juana reina de Castilla.

A semejante chantaje Isabel y Fernando contestaron que Juana no podía provocar ninguna división en el reino puesto que su ilegitimidad era públicamente conocida. Para zanjar aquella cuestión definitivamente, se ofrecían encantados a concertarle un matrimonio apropiado; por otra parte, consultarían al Papa sobre cómo disponer del Maestrazgo. Mientras tanto, se trasladaría a Doña Juana bajo la protección de alguien designado al efecto de común acuerdo por ambas partes. Villena, tal vez porque conocía la relación amistosa existente entre Sixto IV e Isabel, repuso que no dejaría libre a La Beltraneja hasta no recibir su título. Y comenzó a entablar negociaciones con Alfonso V, tío de Doña Juana, con vistas a hacerle invadir Castilla. Cuando Isabel se enteró del desarrollo de los acontecimientos se sintió profundamente preocupada.

Posiblemente fue una coincidencia el que, al mismo tiempo que Villena amenazaba con una nueva guerra civil, su tío abuelo el arzobispo de Toledo se reuniera en Segovia con la reina para reclamar ciertas tierras y títulos que ella y Fernando le habían prometido poco antes de su coronación. Fernando se encontraba en un dilema. Los hombres cuyos cargos Carrillo deseaba ardientemente acababan de rendir un leal servicio tanto a Don Juan de Aragón como al propio Fernando durante la guerra con Francia. Para mantener a Carrillo de su lado, debía enemistarse con todos ellos –a menos, claro está, que llegara a un acuerdo con el Arzobispo–.

Isabel estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de complacer al protector de su amenazada niñez. Le suplicó que aceptara una serie de regalos y de cargos prácticamente equivalentes a los solicitados. Pero el Arzobispo contestó altivamente que sólo se conformaría con lo prometido; y con ninguna otra cosa en su lugar. Mientras Isabel y Fernando ideaban algún modo de pagar su deuda, Carrillo desapareció en secreto de Segovia sin dar cuenta a nadie de su paradero. A poco se enteraron de que estaba en Alcalá de Henares, gastando los escasos recursos que le quedaban en los experimentos de alquimia de su amigo el Dr. Fernando de Alarcón y de un tal Beato, cuya influencia sobre el Arzobispo iba aumentando progresivamente. Éste Alarcón había desempeñado de cuando en cuando algún servicio para el Marqués de Villena. Y se sospechaba que actuaba a las órdenes del joven Pacheco con el fin de estimular aún más el enojo de Carrillo contra el rey y la reina.

La opinión de Isabel sobre los motivos que llevaron a Carrillo a actuar de esa manera aparece probablemente reflejada en las palabras de su secretario: «Algunos dicen que el orgullo fué causa de su disgusto; otros, que la avaricia; pero nosotros creemos que fué la envidia hacia el Cardenal de España, a causa del honor que le habían hecho el Rey y la Reina».

A medida que se multiplicaban las dificultades, el Cardenal Don Pedro González de Mendoza se iba haciendo más y más indispensable para Isabel y Fernando. Hijo del Marqués de Santillana, famoso soldado y poeta, el primero en traducir la obra de Dante al castellano, era instruido, ingenioso, encantador y competente. Pero más que sus talentos lo que realmente atraía de él a Isabel y a Fernando era su carácter. Don Pedro se convirtió en uno de los pocos hombres en quienes los reyes podían confiar absolutamente y en cualquier circunstancia. No era un asceta, como fray Tomás de Torquemada; en su juventud se le pudo tomar por un hombre de mundo, y buena muestra de ello la constituía su hijo ilegítimo. Pero carecía del violento orgullo y de la vanidad de hombres como Carrillo. Su piedad, quizá no deslumbrante, sí era firme, encendida y sincera; su patriotismo se enraizaba en el orgullo de pertenecer a una honorable y antigua familia; y su sentido de la solidaridad y responsabilidad sociales estaba bastante agudizado. En esta crisis dio pruebas de su superioridad sobre Carrillo al dirigirse a Alcalá para suplicar al anciano Arzobispo que dejara a un lado sus rencores y apoyara la política de los monarcas de conseguir para Castilla la paz y la estabilidad que deseaban todos los hombres honestos. Ya había habido suficientes guerras civiles, que sólo conducían a la anarquía y a la miseria. Y sería trágico, quizá fatal, que se

desencadenara una más. Todos debían sacrificarse por el bien común. Y para desarmar al envidioso Arzobispo, el Cardenal se ofreció a desaparecer temporalmente para dejar que Carrillo tomara las riendas de las nuevas Cortes que se iban a reunir en Segovia aquella primavera[4].

Carrillo, con cierta altanería, contestó que él siempre había considerado a Isabel como legítima heredera[5] y que le encantaría ver reunidas aquellas Cortes. Pero su tono fue demasiado ceremonioso como para confiar en sus palabras, y el Cardenal regresó a Segovia para informar a la reina que temía algún plan conjunto por parte de Carrillo, Villena y Alfonso V de Portugal.

¿Quién podría detener a Alfonso si éste, repentinamente enriquecido por el descubrimiento de oro en San Jorge de la Mina (1471), decidía invadir Castilla con varios millares de hombres? Isabel contaba apenas con 500 tropas. Fernando podría conseguir otras tantas con la dudosa ayuda que su padre le enviara. Y, mientras tanto, la fuerza que podría ser utilizada para repeler una invasión se malgastaba en una serie de guerras en miniatura, «guerrillas» en el sentido originario del término. En Toledo se libraba la guerra contra los «marranos» o conversos; la guerra entre nobles en Sevilla; en Segovia la guerra entre cristianos y conversos... Cada ciudad tenía la suya.

Y, por supuesto, la guerra triangular por el Gran Maestrazgo de Santiago, que reclamaban Villena, Alonso de Cárdenas y el Conde de Paredes. El Duque de Medina Sidonia, conquistador de Gibraltar, intervino también en aquella lucha del lado de Villena. Su apoyo era realmente decisivo, puesto que durante los últimos tres años había reunido un ejército considerable en su guerra contra el Marqués de Cádiz, librada en Sevilla y sus alrededores.

El 9 de junio de 1475, un año crucial, el Duque salió de Sevilla al frente de 2.000 jinetes y 2.000 soldados de a pie para asestar el golpe de gracia a Don Alonso de Cárdenas y tomar algunas ciudades de la jurisdicción de éste que pertenecían a la Orden de Santiago. Iban jubilosos todos, entre ellos algunos jóvenes que, revestidos con sus armaduras, cantaban para complacer al jovial Duque; a la cabeza de la columna marchaban algunos músicos tocando varios instrumentos –el Duque hasta llevaba consigo a los nueve cantores de la catedral de Sevilla[6]–. Cárdenas se hallaba ausente de sus tierras, luchando contra el Conde de Feria, amigo del Duque, quien había tomado la Torre de Jerez, propiedad de la Orden de Santiago, y se había hecho fuerte en la iglesia de San Bartolomé. El día 11 Cárdenas emprendió el ataque. Tras una batalla que duró desde primeras horas de la mañana hasta el anochecer, el Conde huyó. El Duque, prometiendo vengarse de Cárdenas,

entró a saco, con músicos incluidos, en las ricas granjas de Santiago y se hizo con un importante botín de vacas, toros, bueyes y caballos, que sus propias tropas guiaron hasta Llerena. Cuando el Duque se acercaba a Llerena, estaban en Carnaval. Acampó para pernoctar en Guadalcanal, a unas cuantas millas de allí, con la intención de sorprender a Cárdenas a la mañana siguiente.

Cárdenas no carecía de imaginación. Isabel ya lo tenía apuntado en su pequeño libro-memorándum, y en aquella ocasión su comportamiento confirmó la opinión que la reina se había formado de él. Antes de que acabara la noche se dirigió a marchas forzadas, con 350 jinetes, hacia Guadalcanal, donde el Duque ni siquiera se había preocupado de apostar centinelas, y cayó sobre los soldados dormidos al grito de «¡Cárdenas!» y con ruido de trompetas. Cuando llegó al cuartel del Duque –cuenta Bernáldez–, éste salió huyendo prácticamente desnudo. Los cuatro mil hombres huyeron también, presas del pánico, ante los otros 350, quienes, victoriosos, registraron el campo y recogieron «todos los instrumentos musicales, vacas, bueyes, mulas, caballos, la plata, las prendas de vestir y a los nueve cantores» de Sevilla; y se dirigieron de mañana con su botín hacia Llerena.

Y todo esto no era más que el ruido de los truenos.

Isabel y Fernando estaban en Valladolid cuando se desencadenó sobre ellos la tormenta, en forma de carta remitida por Alfonso V. Todo el mundo sabía –decía el rey– que su sobrina Doña Juana era hija del rey Enrique y, por tanto, la legítima reina de Castilla; y, puesto que él estaba a punto de casarse con ella, le correspondía el título de rey de Castilla y León. Contaba con la promesa del apoyo prestado por el Marqués de Villena, el Duque de Arévalo, el Maestre de Calatrava, el Conde de Ureña, el arzobispo de Toledo y de otros miembros de las principales familias castellanas; y se aventuraba a pronosticar que el Conde de Benavente, el Marqués de Cádiz y Don Alonso de Aguilar, todos ellos familiares suyos, se unirían a su causa; y lo mismo haría Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque, en cuanto le viera entrar en Castilla con su poderoso ejército. Catorce ciudades castellanas ya le habían jurado fidelidad. ¿Qué podían hacer Isabel y Fernando, sin tropas ni dinero, para defenderse cuando Don Alfonso invadiera Castilla? Y, con la ayuda de Dios, lo haría[7].

Aunque la redacción era un tanto pomposa, como la mayoría de los comunicados oficiales de la época, no se trataba de una amenaza vacía. Los espías pronto trajeron noticias de que Alfonso estaba reuniendo un gran ejército. Bajo su estandarte se apiñaban los criminales más famosos y los

señores ladrones de Castilla; y, junto a ellos, muchos otros que «deseaban guerras y tumultos, pensando que nuevas aventuras traerían nuevas ganancias»[8]. Con la ayuda de Mendoza, los reyes elaboraron su respuesta para Don Alfonso. Estaban francamente sorprendidos por sus injustas pretensiones. Era un error destruir la paz de los dos reinos. Los mismos castellanos que ahora apoyaban la candidatura de Doña Juana habían obligado a Enrique a desposeerla... No les importaban nada ni Alfonso ni Juana; solamente buscaban su propio interés... Y cuando Enrique había ofrecido a Doña Juana en matrimonio a Alfonso, éste la había rechazado porque dudaba de su legitimidad. Pero, si insistía en entablar la lucha, ellos emprenderían una guerra en defensa propia; y solamente él sería responsable de la inevitable pérdida de vidas y bienes.

Ni los soberanos ni el Cardenal se hacían ninguna ilusión; sabían que la carta no haría cambiar los planes de Don Alfonso. En realidad, estaba dirigida a la opinión pública; era lo que hoy llamamos propaganda.

La reina todavía se resistía a creer que Carrillo se hubiera pasado al bando enemigo. Era vanidoso y pendenciero, pero no un traidor; estaba dispuesta a no abandonar así como así. La llamada que su secretario dirige al Arzobispo probablemente refleja con fidelidad, bajo su florida retórica, los pensamientos de la reina. No en balde se descubren frases que recuerdan la franqueza e impetuosidad de sus propias cartas.

«Llama, no ceses, dice Isaías, Muy Reverendísimo Señor; y pues no vemos cesar este Reyno de llorar sus males, no es de cesar de clamar a vos, que dicen ser causa de ellos... Contad, muy Reverendísimo Señor, vuestros días antiguos y los años de vuestra vida, considerad los pensamientos de vuestra ánima, y fallaréis que en tiempo del Rey Don Enrique vuestra casa fué receptáculo de caballeros airados y descontentos, e inventora de ligas y conjuraciones contra el cetro Real favorecedora de desobedientes e de escándalos del Reyno. E siempre vos habemos visto gozar en armas la quietud del pueblo, e ayuntamientos muy ajenos de vuestra profesión, enemigos de la quietud del pueblo... Dejad ya, Señor, de ser causa de escándalos e sangre; ca si a David por ser varón de sangre no permitió Dios facerle casa de oración; ¿cómo puede V.S. en guerras de tantas sangres como se han seguido, envolveros con sana conciencia en las cosas que vuestro oficio sacerdotal requieren?... ¿Para qué vos armais sacerdote sino para pervertir vuestro hábito y religión? ¿para qué os armais padre de consolación sino para desconsolar y hacer llorar a los pobres e miserables, y para que se

gocen los tiranos e robadores y hombres de escándalos y sangres con la división que E.S. cría y favorece? Decidnos por Dios, Señor, si podrían en vuestros días haber fin nuestros males... No querais más tentar a Dios con tantas mudanzas; no querais dispertar sus juicios que son terribles y espantosos»[9].

Carrillo no se dio por enterado, al menos oficialmente, de esta llamada. Un caballero amigo suyo contestó en su lugar que jamás había tenido la intención de injuriar al rey o a la reina. A dicho caballero –e indirectamente al Arzobispo– le contestó Pulgar:

«...porque cierto es que el Arzobispo sirvió tanto al Rey y a la Reyna en los principios y tan bien, que si en el servicio perseveraba, todo el mundo dixera, que el comienzo, medio y fin de su reynar, había sido el Arzobispo y toda la gloria se imputara al Arzobispo. Dixo Dios: *gloriam meam non dabo* al Arzobispo, y para guardar para mí esta gloria que no me la tome ningún Arzobispo, permitiré que aquellos Alarcones, le diga que sea contrario al Rey y a la Reyna, y que ayude al Rey de Portogal para les quitar este Reyno, y con toda su voluntad y fuerza lo daré a esta Reyna, que lo debe haber de derecho, porque vean las gentes que cuantos Arzobispos hay de mar a mundo no son bastantes para quitar ni poner Reyes en la tierra, sino sólo yo que tengo reservada la semejante provisión a mi tribunal»[10].

Cuando el amigo del Arzobispo intentó, en términos generales, defenderle de nuevo, el secretario judío redactó una mordaz respuesta que comprendía desde el más amargo sarcasmo hasta la solemne indignación característica de los profetas hebreos. En ella Pulgar intenta demostrar que Isabel es capaz de realizar, con la ayuda de Dios, hasta lo imposible. Y al ejemplificar cómo se pueden llevar a cabo grandes misiones a pesar de dificultades y peligros, menciona a Eneas, a Júpiter, a Hércules y a Rómulo; todos los cuales, ayudados misteriosamente por Dios, cuentan incluso con la mediación de las bestias salvajes... De la misma manera Don Fernando había salido sano y salvo de muchas guerras y de las más horribles conflagraciones en su contra. Isabel era aún una niña de pecho cuando, huérfana de padre, comenzó a verse asediada por mil peligros, y «lo que más grave se siente entre los reales, su mengua extrema de las cosas necesarias; sufría amenazas, estaba con temor, vivía en peligro»[11]. Quizá fue la propia Isabel quien, en aquellos momentos amargos, y recordando su infancia, insertó aquellas frases. Pulgar continúa irónicamente: «Si ese señor vuestro amo, les piensa tomar este Reyno como un bonete, y darlo a quien se pagare, digo, Señor, que

no lo quiere creer, aunque me lo diga Alarcón y el Beato. Más querré creer a estos misterios divinos que a esos pensamientos humanos; y como para esto murió el Rey Don Enrique sin generación, y para esto murieron otros grandes estorbadores; para esto hizo Dios todos estos fundamentos y misterios que habemos visto, para que disponga el Arzobispo vuestro amo de tan grandes Reynos a la medida de su enojo»[12].

La redacción probablemente sea obra de Pulgar; pero la energía, la apasionada sinceridad y la suprema confianza en Dios reflejadas en la carta son tan características de Isabel que, si no fuera por la retórica que contiene, uno podría imaginarse a la reina dictando estas palabras.

No se obtuvo respuesta de Carrillo. Alonso de Palencia, quien intentó persuadir al Arzobispo para que regresara al servicio de la reina, halló en él una incipiente locura: de hecho, éste le dijo que su amigo el Doctor Alarcón había tenido algunas revelaciones más maravillosas aún que las de San Pablo.

Pulgar dirigió al rey Don Alfonso una última llamada, recordándole «respetuosamente» que su causa era injusta, que se había convertido en el instrumento del egoísmo de muchos hombres «y cuanto a la promesa tan grande y dulce como estos caballeros os hacen de los Reynos de Castilla, con poco trabaxo y mucha gloria, ocúrreme un dicho de San Anselmo que dice: "Compuesta es y muy afeitada la puerta que convida al peligro"»[13].

«No es duda según la parentela que el Rey tiene que muchos caballeros y grandes señores y ciudades y villas se tengan por él y por la Reina aficionados, porque saben ella ser hija cierta del Rey Don Juan... de lo cual no pequeña estima se debe hacer porque la voz del pueblo es voz divina, y repuguar lo divino es quien con flaca vista vence los fuertes rayos del sol»[14]. El secretario amenaza a Don Alfonso con la intervención de la justicia divina y llega a profetizar algo que adquiere toda su importancia a la luz de los futuros acontecimientos: «Así que Señor, pasaríades vuestra vida sufriendo, y dando y rogando; que es oficio de sujeto, y no reynando y mandando, que es el fin que vos deseais y estos caballeros prometen»[15].

Alfonso ignoró tanto las súplicas como las amenazas. El Cardenal de España hizo un último esfuerzo por evitar el desastre pidiéndole algunos días de tregua durante los cuales llegar a un acuerdo «de tal manera que Dios sea servido, e a la honra de ambas las partes guardada»[16]. Alfonso respondió cortésmente que la petición del Cardenal llegaba demasiado tarde.

Isabel tenía solamente dos alternativas: o bien entablar batalla con tantas fuerzas como pudiera reunir, o bien rendirse; pero su naturaleza era de las que

no se daban por vencidas mientras fuera capaz de mover un solo dedo. Confiaba en el pueblo y en gran parte del clero. Si Alfonso le dejaba el tiempo suficiente, podría reunir un ejército de voluntarios de considerable tamaño. Ayudada por los prelados y otros cuantos amigos, concentró todas sus increíbles energías en la nueva tarea de despertar el patriotismo entre el pueblo.

Fue en estos momentos cuando se dio cuenta de que estaba otra vez encinta. Para cualquier otra mujer, aquello habría significado el golpe final; Isabel se dedicó simplemente a rezar con fervor y decidió aprovechar al máximo el poco tiempo que le quedaba.

Mendoza y otros le aseguraron que su única esperanza residía en lograr la reconciliación con el arzobispo de Toledo. En todas partes se comentaba que ganaría «aquel que estuviera apoyado por Carrillo». Aconsejaron a la reina que se dirigiera a Alcalá para hablar personalmente con él. Isabel convocó en Lozoya una reunión de su Consejo para discutir si esta entrevista, sin precedentes en la Historia, comprometería demasiado la dignidad real. Algunos opinaban que el orgullo de Carrillo sucumbiría al verla, recordando su regia generosidad y el antiguo afecto que había sentido por ella. Otros, sin embargo, creían que sería fatal para una reina dirigirse a un súbdito en actitud suplicante; y que la opinión pública reaccionaría ante este hecho de forma lamentable.

Tras un momento de reflexión, Isabel contestó:

«Porque yo tengo gran confianza en Dios, tengo poca esperanza en el servicio, e poco temor del servicio que el Arzobispo pueda facer al Rey mi Señor e a mí. E si el Arzobispo fuese otra mayor persona, pensaría más en mi ida a él; pero porque es mi natural e ha estado en mi servicio familiarmente, quiero ir a él, porque pienso que mi vista le mudará la voluntad e le podrá retraer deste propósito nuevo que quiere tomar»[17].

A pesar de que más de un experimentado diplomático gruñó para sus adentros, desde el momento en que la reina tomaba una decisión no había nada más que decir. Isabel montó sobre su caballo y tomó el camino de Toledo acompañada por el Duque del Infantado, el Conde de Haro y el Duque de Alba. Hizo un alto en Colmenar Viejo para que sus caballeros se adelantaran hasta Alcalá con el fin de preparar al Arzobispo para la visita.

Carrillo recibió al Conde de Haro con grave cortesía. El Conde apeló por turno a su orgullo, vanidad, generosidad y lealtad. Patentemente conmovido, el anciano prelado suplicó que le excusara, pues debía consultar con sus

amigos. El Conde esperó. A la hora, el Arzobispo estaba de vuelta. Su expresión era grave y algo truculenta. Evidentemente, en el ínterin el alquimista, Alarcón, y Beato, el astrónomo, hicieron un buen trabajo. El Conde entonces le informó que la reina se encontraba allí cerca y que le llamaría en cuanto él estuviera dispuesto.

Carrillo frunció el ceño y enrojeció hasta la raíz de sus blancos cabellos.

«Si se acerca a alguna de las puertas de Alcalá», dijo, «yo saldré por la otra. Yo le quité la rueca y le di el cetro. ¡Y ahora le devolveré la rueca!».

El de Haro regresó a Colmenar. La reina se encontraba en la iglesia cuando recibió la noticia de su llegada. Según su costumbre, Isabel, a pesar de esperar ansiosa sus noticias, aguardó a que la Misa terminara para recibirle. El Conde le informó brevemente de lo sucedido.

La reina apenas daba crédito. Pálida por la angustia y la decepción sufridas, se llevó las manos a la cabeza con gesto torturado, como si quisiera apresar todos sus pensamientos, y cerró los ojos. Permaneció en silencio hasta que consiguió dominarse. Después alzó la vista y dijo: «Señor mío Jesuchristo, en vuestras manos pongo todos mis fechos, y de vos me defienda el favor y ayuda»; y, montando su caballo, marchó hacia Toledo[18].

Allí la esperaban noticias aún peores. El 25 de mayo, festividad del Corpus Christi, Alfonso V, con 20.000 hombres y gran fanfarria de tambores y trompetas, cruzó la frontera por Extremadura y llegó a Palencia, donde se le unieron sus aliados. El joven Marqués de Villena le presentó entonces a la infanta Doña Juana. Sobre una plataforma alzada a toda prisa en medio de la plaza pública, aquella niña de trece años y dotada de escaso atractivo fue declarada la esposa del gordo y bigotudo monarca cincuentón, su tío por más señas. Todos los presentes besaron sus manos y los aclamaron como reyes de Castilla y León.

Isabel procedió a entrevistarse metódicamente con los líderes de la opinión pública y a recolectar tantas tropas y ayudas como fue capaz. Fernando, en el norte, desempeñaba una misión similar, yendo desesperadamente de ciudad en ciudad –Salamanca, Toro, Zamora– y despertando el patriotismo del pueblo contra el invasor. Encontró a la gente apática, harta de guerras y dispuesta a conseguir la paz a cualquier precio, como los millones de españoles –por otra parte bien alimentados– habían hecho en el siglo V a raíz de la invasión de tan sólo 30.000 vándalos.

El alcalde de Castro Nuño, un bastardo[19] descrito por Bernáldez como «muy valiente en su oficio de robar y matar y hacer la guerra... gusano

inficionado grueso y poderoso verdugo», y a quien siete grandes ciudades pagaban tributo, posó su calculadora y suspicaz mirada sobre aquel joven rey de larga nariz. Y es que Fernando, desde el intento realizado por sus amigos de despojar a Isabel de sus derechos, se había ganado la impopularidad entre muchos castellanos. Era evidente que la principal llamada dirigida a la nación debía provenir de la misma Isabel. Pero ésta no disponía de mucho tiempo para actuar o para hablar. Alfonso no tenía más que continuar su avance, cortarle el paso y, o bien apresarla, o bien obligarla a huir; y se convertiría en amo del reino.

Isabel, poniéndose una coraza de acero sobre su sencillo vestido de brocado, apretó sus labios sin decir palabra, montó su caballo y emprendió camino hacia el norte.

VIII
EL GENIO MILITAR DE LA REINA
LA IGLESIA SACRIFICA SUS TESOROS
LA BATALLA DE TORO
DERROTA DE ALFONSO V DE PORTUGAL

En lugar de marchar en busca de Isabel, Alfonso V se dirigió a Arévalo, en el mismo corazón de Castilla, para acampar allí. Tenía razones poderosas que le impulsaban a actuar de esta manera. Desde el centro del reino podría negociar con nobles de todas partes; además, su presencia en dicha zona privaría a Isabel y a Fernando de un lugar estratégico y céntrico en el que reunir un ejército. Esto era lo que le aconsejaban tanto la prudencia como su propia experiencia; pero el consejo resultó una insensatez, puesto que puso a disposición de Isabel lo único que a esta le hacía falta: tiempo.

La reina, con todas las fuerzas de su despierta inteligencia, aprovechó al máximo aquella ventaja. Sin rendirse al cansancio, parecía poseer el don de la ubicuidad: cabalgando casi constantemente desde un rincón al otro del reino, pronunciando discursos, manteniendo entrevistas, pasando en vela las noches mientras dictaba a sus secretarios una carta tras otra, presidiendo tribunales todas las mañanas para condenar a la horca a ladrones y asesinos, recorriendo a caballo diariamente cien o doscientas millas a través de fríos puertos de montaña para conseguir de algún noble poco entusiasta quinientos soldados. Conocía y comprendía el significado de la palabra «necesidad», pero no lo que quería decir la palabra «imposible». Para Dios todo era posible; y el Señor estaba de su parte. Si sufría alguna molestia física, la aceptaba como algo lógico; pero no dejaba de hacer lo que debía. La gente la vitoreaba por dondequiera que pasaba, y su ancestral odio hacia los portugueses, que habían derrotado a sus antepasados en Aljubarrota (1385), despertaba con el fuego de sus palabras. La reina siempre acababa sus arengas con una emocionante plegaria:

«Tú, Señor, que conoces el secreto de los corazones, sabes de mí, que no por vía injusta, no por cautela ni tiranía, mas creyendo verdaderamente que por derecho me pertenecen estos Reynos del Rey mi padre, he procurado de los haber, porque aquello que los Reyes mis progenitores ganaron con tanto

derramamiento de sangre no venga en generación agena. A ti, Señor, en cuyas manos es el derecho de los Reynos, suplico humildemente, que oigas agora la oración de tu sierva, e muestres la verdad, e manifiestes tu voluntad con tus obras maravillosas; porque si no tengo justicia, no haya lugar de pecar por ignorancia, e si la tengo, me des seso y esfuerzo para la alcanzar con la ayuda de tu brazo, porque con tu gracia pueda haber paz en estos Reynos, que tantos males e destrucciones fasta aquí por esta causa han padecido»1[].

El pueblo, a quien tales palabras conmovían hasta las lágrimas, confiaba en ella con toda el alma; pues era evidente que también la reina creía en ellos con la irresistible sinceridad de un niño. Gracias a su habilidad propagandística y a la inercia de Don Alfonso, a finales de junio se produjo en distintos puntos del reino una considerable movilización de hidalgos y de miembros del pueblo llano. La propia Isabel tomó el mando de varios miles de hombres en Toledo y cabalgó en medio de ellos vestida con su armadura, como una nueva Juana de Arco, dando órdenes, organizando a las tropas y arengándolas.

Su ejército no pasaba de ser una muchedumbre caótica: algunos montados a caballo, otros en mula, la mayoría a pie; pero se trataba de una muchedumbre animada por una confianza casi religiosa en el poder de su joven reina. Así que, encabezados por ella, marcharon a reunirse con las tropas que Fernando había conseguido de entre los habitantes de las montañas del norte, de Castilla la Vieja, Vizcaya, Guipúzcoa y la Asturias costera. A causa fundamentalmente de la distancia y de las guerras civiles entabladas en el sur, no había ningún andaluz; ni tampoco murcianos, porque Isabel pensaba que era más práctico para sus propios aliados de la zona hacer la guerra en las posesiones del Marqués de Villena y evitar así que éste acudiera en ayuda de Don Alfonso. Sin embargo, un ejército compuesto por 42.000 hombres parecía haber brotado milagrosamente en Valladolid.

Era, de hecho, un ejército deficientemente equipado e indisciplinado. De sus 12.000 jinetes, tan sólo 4.000 iban adecuadamente armados y vestidos; los restantes cabalgaban a la manera morisca, es decir, «a la jineta». Entre los 20.000 soldados de infantería se contaban labradores incultos, aprendices e incluso presidiarios que Fernando puso en libertad a condición de ingresar en su ejército. No era el momento indicado para andarse con miramientos. Mientras Isabel intentaba convencer a las autoridades judiciales, Fernando reunía a sus nuevos reclutas agrupándolos en 35 batallones. Después, en

julio, salió de Valladolid dirigiéndose hacia el sudoeste, a orillas del Duero.

A poco de instalar su cuartel general en Tordesillas, desde donde podía seguir el desarrollo de los acontecimientos y mantener comunicación con Fernando, Isabel sufrió un aborto, consecuencia de la ímproba labor que venía desplegando.

Don Alfonso, quien había permanecido vacilante en Arévalo dos meses a la espera de refuerzos, marchó finalmente hacia Toro y Zamora; ambas ciudades le abrieron sus puertas. Estos dos lugares estratégicos junto al Duero dejaban a Portugal el camino libre hacia la zona más poblada de Castilla. Su pérdida supuso una grave herida infligida a Fernando; y, para empeorar más aún las cosas, éste se enteró de que Luis XI, después de reconocer a Don Alfonso como rey de Castilla, había enviado a Guipúzcoa un ejército invasor. Su única alternativa con esperanza de éxito contra tan poderosos enemigos consistía en asestar un golpe decisivo a Don Alfonso para marchar luego al norte contra los franceses. Por eso siguió rápidamente los pasos de los portugueses bordeando la orilla del río hasta llegar a Toro. En su afán de victoria, Fernando hizo oídos sordos a la opinión de algunos veteranos caballeros: la ciudad de Toro, eficazmente fortificada y protegida en su retaguardia por el río, sólo podría ser tomada después de un largo asedio. Tras sitiar la ciudad, retó a Don Alfonso a sacar su ejército y entablar batalla; o bien a zanjar la cuestión por medio de un combate entre ambos que evitara el derramamiento de sangre inocente. Alfonso contestó que gustosamente lucharía con Fernando si se le proporcionaban garantías de su seguridad personal, y sugirió que la reina Isabel y la reina Juana fueran intercambiadas en calidad de rehenes. Si los caballeros de ambas facciones se vieron obligados a sonreír sólo de imaginar al obeso Don Alfonso saliendo al encuentro del ágil y esbelto Fernando, los portugueses probablemente se desquitarían de aquella humillación oyendo el nombre de Isabel unido al de aquella desdichada niña a quien todos los castellanos consideraban una bastarda desde hacía trece años. Fernando replicó que era absurdo hablar de un intercambio de reinas, «a causa de la desigualdad existente entre ambas, desigualdad harto patente para todo el mundo». Y ofreció a cambio como rehén a la princesa Doña Isabel.

Don Alfonso contestó que sólo aceptaría a la reina Doña Isabel, puesto que, aunque él ganara aquel duelo, ella, de seguir libre, continuaría con la lucha –argumento que suponía un singular elogio al genio de Isabel–. Así acabó toda negociación.

El sitio de Toro duraba tan sólo tres días cuando Fernando, consternado, descubrió que el alcalde de Castronuño, inclinado finalmente del lado de los portugueses, le había cortado toda posibilidad de comunicación. En veinticuatro horas el precio del pan subió de dos a diez maravedíes; y los 42.000 hombres de Fernando se vieron amenazados por el hambre o por una rendición inminente. A toda prisa se celebró en una iglesia un consejo de guerra. La discusión, en la que los caballeros más jóvenes optaban por atacar la ciudad de inmediato, fue tan ruidosa y airada que por el campo de batalla corrió el rumor de que intentaban apresar al rey. La multitud se apelotonó ante las puertas de la iglesia gritando: «¡Dadnos al rey, dadnos al rey!»; hasta que Fernando salió en persona para calmarlos. «Aquí estoy, hermanos. No temáis una traición. Estos son mis leales vasallos».

Fernando estaba de acuerdo con la opinión de sus jóvenes oficiales, ya que contaba con el botín que se obtuviera en Toro y en Zamora para pagar a sus hombres. Pero, a pesar de su ímpetu, quedaba en él un asomo de prudencia que le hizo ver lo que a ojos de sus experimentados capitanes era evidente: si intentaba atacar Toro sin contar con la artillería pesada, fracasaría; y se vería obligado a retirarse en circunstancias aún más desfavorables. Así pues, ordenó la retirada.

Los soldados no estaban conformes con la decisión; por lo que, en cuanto se alejaron, comenzaron a saquear la región. Si Alfonso hubiera salido rápidamente tras ellos, probablemente los habría aniquilado. Acabado el saqueo, el ejército que volvió a Medina del Campo con un silencioso y cabizbajo Fernando a la cabeza era sólo un vestigio del reunido inicialmente. Todavía no había terminado el mes de julio y todo el trabajo de Isabel quedaba en nada. La última gota amarga que cayó en su copa fueron las noticias de que Carrillo se había unido a Alfonso con unas 500 lanzas, lo que suponía alrededor de 2.000 hombres más.

La reina, aún convaleciente, no gastó tiempo en reproches. Fernando ya había sufrido una lección y su provecho sacaría de ella. Su deber más inmediato era intentar persuadir a la nación para que le proporcionara un segundo ejército y mejor. Nada podía estimular más a Isabel que una labor que los demás consideraban imposible. Las palabras «fatalidad» e «imposible» no formaban parte de su vocabulario habitual. Para ella el fracaso no significaba más que el castigo de Dios a la estupidez humana. Y ellos habían sido justamente castigados por su impaciencia, por su presunción, por sus pecados y los de sus padres. El Señor les estaba probando

para saber si le seguían siendo fieles en la adversidad; pero Él nunca los abandonaría, porque en Él depositaban su confianza; y, si perseveraban, seguramente les otorgaría la victoria. Debían olvidar los errores pasados y ponerse humildemente en Su presencia –el Señor era misericordioso; y para Él nada había imposible–. Así consolaba la reina a Fernando.

Isabel convocó en Medina del Campo a los tres estados en Cortes; tras varias proposiciones de reunir el dinero suficiente para la compra de artillería y los sueldos del ejército, todos sus miembros menearon las cabezas con pesimismo. Todavía eran capaces de pagar al espíritu valeroso y decidido de Isabel su tributo de idolatría, pero la idolatría no podía transformarse en maravedíes. Entonces el Cardenal de España sugirió una solución práctica. Tanto la Iglesia como el Estado, dijo, carecían de fondos; pero todas las iglesias del reino poseían grandes tesoros acumulados durante siglos y recibidos como regalo o a través de herencias. El clero deseaba la paz. Y, si alguien podía devolverla, ésa era la reina. Si les daban la mitad de sus tesoros, ellos se encargarían de convertirlos en dinero.

El clero votó unánimemente a favor de un préstamo con un plazo de devolución de tres años y sin ninguna otra garantía que la palabra de la reina. Al poco tiempo, los recipientes instalados al efecto en las iglesias rebosaban de objetos preciosos, algunos de ellos con miles de años de antigüedad. La idea de fundir todo aquello en un gigantesco holocausto patriótico hacía sufrir terriblemente a la reina; y se hubiera echado atrás de no ser por el Cardenal, quien disipó sus escrúpulos. ¿Qué era aquello, sino recuerdos y fruslerías, en comparación con la paz? Se consiguió una suma de 30.000.000 de maravedíes. Esta deuda pesaría sobre la conciencia de Isabel mientras no estuviera liquidada. Ordenó a los monjes de San Jerónimo que se asegurasen de que antes de tres años se les hubiera devuelto su dinero a todas las iglesias.

La ayuda de la Iglesia significó un golpe de suerte para Isabel. Se pagó a las tropas; se enrolaron nuevos reclutas, seguros de las promesas de la reina; se trajeron de Italia y de Alemania pólvora y poderosas lombardas; los mercaderes concedieron a la reina un amplio crédito para la compra de alimento y ropas; y el gran campamento cercano a Valladolid hervía con el sonido de los herreros forjando armaduras, el de los pelotones marcando el paso durante la instrucción, el relinchar de los caballos, el crujido y bramido de la artillería, las prácticas realizadas con arcabuces y espingardas. El 1 de diciembre, menos de cinco meses después de la retirada de Toro, el nuevo ejército estaba listo para el combate. Fernando no contaba con más de 15.000

hombres, pero todos ellos bien armados y disciplinados. Y, una vez más, marchó hacia Toro.

A Alfonso le preocupaban en ese momento algunos problemas imprevistos. Villena se había visto obligado a retirar sus fuerzas, unidas al ejército portugués, para entablar batalla contra el Conde de Paredes, uno de los capitanes de Isabel. Incluso la ciudad de Villena se había levantado en armas contra él, pasándose al bando de la reina. Alonso de Cárdenas, el mismo que derrotara al Duque de Medina Sidonia, había invadido Portugal por la frontera extremeña, llevando consigo como lugarteniente al Príncipe de la Juventud, Don Gonzalo de Córdoba. Y, al mismo tiempo que Alfonso urgía a su hijo Don Juan para que le enviara refuerzos, de Portugal le llegaban llamadas angustiosas para que volviera a proteger su propio reino. Para colmo, Don Alfonso sufrió una amarga decepción de parte de sus aliados castellanos. Muchos de ellos se parecían a Don Beltrán, quien, después de aguardar para ver de qué lado se inclinaba la balanza, apareció repentinamente, como un pájaro de brillante plumaje, en el campamento de Fernando.

Mendoza aprovechó la decepción de Alfonso y le envió un mensaje proponiéndole la paz. El grueso monarca accedió a retirarse a condición de conservar las ciudades de Toro y Zamora, así como el reino de Galicia y una determinada cantidad de dinero. Isabel, a pesar de estar deseando librarse de él, aunque fuera comprándolo, contestó que jamás se desprendería de una sola almena del reino de su padre.

En aquellos mismos momentos, el pueblo de Burgos solicitó la ayuda de Isabel para verse libre de la tiranía de su alcaide, quien se había pasado al enemigo. La ciudad de Burgos era un lugar estratégico. Fernando envió a su hermano bastardo, el Duque de Villahermosa, y al Conde de Haro con tantas tropas como pudo; más tarde, cuando la situación se hizo crítica, y a instancias de la reina, acudió él mismo y sitió al enemigo en la iglesia de Santa María la Blanca. Isabel mandó en su apoyo parte de la artillería. Las fuerzas portuguesas le obligaron a retirarse, pero Fernando regresó con más tropas y comenzó un largo asedio. Isabel, previendo que Alfonso, quien se hallaba en Peñafiel, intentaría liberar Burgos o bien cortar el paso a Fernando, salió ella misma de Tordesillas para apostar centinelas en todos los caminos del norte. Cabalgó hasta Toledo, a 130 millas al sur de Tordesillas, con el fin de realizar algunas levas más entre los toledanos; después regresó rápidamente a León, a más de 200 millas al norte, para rescatar la provincia

de manos de un gobernador traicionero a quien se enfrentó con su acostumbrado aplomo; y mantenía constantes contactos con Fernando, con media docena de ejércitos y con nobles y eclesiásticos de todas las zonas del reino; y, a través de éstos, con la opinión pública, a cuyos latidos era la reina tan sensible.

Para mantener ocupado a Alfonso mientras Fernando estaba en Burgos, envió al Conde de Benavente con órdenes de realizar una «razzia» en Portugal; le advirtió que no permaneciera en Peñafiel en caso de tomarlo porque la defensa era muy débil; debía retirarse rápidamente e iniciar un nuevo ataque en otro lugar cualquiera. El Conde, animado por unos pocos y pequeños éxitos, olvidó las instrucciones de la reina y fue derrotado; y, más tarde, capturado por el rey Don Alfonso.

Dejando Toro en manos de Don Juan de Ulloa, uno de los señores castellanos dedicados al robo, Alfonso guió a su ejército veinte millas abajo y bordeando el Duero hasta Zamora. Isabel seguía desde Tordesillas todos sus movimientos. Estaba claro que debía atacar Zamora, e intentó hacerlo tan pronto como Fernando tuvo posibilidad de dejar Burgos en buenas manos. Isabel pronto se enteró de que los zapadores de Fernando estaban minando las murallas.

En ese momento crítico, la reina recibió de Zamora una noticia tan sorprendente que la impulsó a pasar una noche entera estudiando detenidamente el mapa, con los ojos encendidos y su genio militar gozando por anticipado el triunfo que le podía brindar un error vital en las defensas enemigas. En su mapa, a la vacilante luz de una vela, aparecía el río Duero como una gran serpiente que cruzaba ondulante Castilla la Vieja, León y Portugal hasta desaparecer finalmente engullido por el Atlántico. Allí estaba Toro; y ahí, hacia el oeste, Zamora, situada en un lugar estratégico e inaccesible a no ser por un puente vigorosamente fortificado y bajo el mando de un soldado experto, Francisco de Valdés. Y Valdés acababa de enviar un mensaje a la reina para comunicarle que estaba dispuesto a entregar el fuerte que dominaba el puente si ella mandaba algunas tropas de noche con la intención de tomarlo.

Fernando era el único hombre en cuyo valor y habilidad la reina confiaría para una operación tan importante y secreta. Pero dándose cuenta de que su ausencia podría resultar fatal para la moral de las tropas destinadas en Burgos, le escribió una carta cifrada aconsejándole que simulara estar enfermo y huyera luego subrepticiamente. Aparte de la reina, el Cardenal y

un monje que actuaba como intermediario, nadie estaba al corriente de aquel plan. El rey, por su parte, sólo se lo confió a su hermano, al Almirante y al Conde de Haro. Estos tres, haciéndose cargo de las operaciones, dijeron al día siguiente que Fernando estaba recluido en su cuartel aquejado de una ligera enfermedad. Pero aquella misma noche, Fernando, tras abandonar el acuartelamiento, se había encontrado en un lugar cercano a Burgos con su secretario, quien le esperaba con unos caballos; cabalgó durante toda la noche a través de una región desolada donde más de un enemigo se habría alegrado de capturarlo; y llegó a Valladolid poco antes del amanecer. Isabel, que se acercó hasta allí para encontrarse con él, lo escondió todo aquel día en sus habitaciones. Había reunido una pequeña fuerza de caballería bajo el mando de jefes experimentados que no tenían la menor idea de su destino. Tan pronto como oscureció, Fernando se colocó a la cabeza de la tropa.

El rey ya había cabalgado aquella noche sesenta millas desde Burgos hasta Valladolid; ahora le esperaba un nuevo y duro viaje de cincuenta millas hasta Zamora, y su camino pasaba bajo las mismas murallas de Toro, tomada por el enemigo. En Tordesillas, con un tercio del viaje recorrido, la reina había ordenado que los esperaran unos cuantos caballos de refresco. Pasaron junto a Toro a todo galope sin ser descubiertos por el enemigo.

Zamora quedaba como a unas veinte millas. Un poco más allá de Toro se encontraron con un mensajero de Valdés. En el nombre de Dios les rogó que se dieran prisa, pues Alfonso sospechaba algo del plan. La víspera había ordenado a Valdés que dejara unas cuantas tropas al otro lado del puente, evidentemente con instrucciones secretas de tomar el fuerte y a Valdés con él. El gobernador había contestado que era demasiado tarde para realizar aquella operación y que era mejor esperar a la mañana siguiente. Si Fernando fracasaba, Valdés estaba perdido.

Y Fernando llegó a tiempo. Después de tomar posesión del fuerte que dominaba el puente, no tenía más que mantenerlo hasta que Isabel le enviara la artillería y algunos refuerzos. Unos cuantos cañones instalados en el puente podrían controlar el Alcázar de Zamora, si no la ciudad entera.

Antes del amanecer, los cañones enviados por Isabel estaban en camino. En dos o tres días llegarían a su destino.

A punto estuvo Alfonso de sufrir un síncope al ver ondear sobre el puente la bandera de Castilla. Hubiera ordenado un ataque de inmediato de no disuadirle Carrillo, quien le hizo notar que el camino que unía el puente con la ciudad era tan estrecho que difícilmente podrían pasar por él dos hombres

al mismo tiempo. Además, dijo, Fernando jamás habría consentido en arriesgarse tanto si no contara con la llegada de refuerzos aquel mismo día. El engaño de Isabel resultó un auténtico éxito.

Alfonso abandonó su indefendible posición en el Alcázar a la noche siguiente y se retiró a una legua de la ciudad, dejando en ella una poderosa parte de su ejército. Fernando ocupó rápidamente el castillo.

Igual que un jugador de ajedrez, capaz de intervenir simultáneamente en una docena de partidas, Isabel, sin separarse de su armadura, planeaba en Tordesillas su próximo movimiento. Su instinto le decía que había llegado el momento decisivo para Fernando. La reina temía que el recuerdo de su anterior derrota le hiciera errar esta vez e inclinarse por una precaución excesiva. A su ansiedad se añadía una inquietante información recién llegada del norte. Luis XI, aliado de Alfonso, había enviado a Guipúzcoa 40.000 hombres que intentaban atacar Fuenterrabía, la misma ciudad donde Isabel, a la edad de doce años, contemplara el célebre encuentro de los tres monarcas. La ciudad se halla estratégicamente situada en la desembocadura del Bidasoa. Cuando sube la marea, el agua la rodea casi por completo cubriendo la mitad de sus gruesas y elevadas murallas. Los habitantes de Fuenterrabía acudieron a Isabel en petición de ayuda contra el invasor. Entonces la reina ordenó que dos de sus nobles marcharan rápidamente a Guipúzcoa con sus tropas y envió a Don Juan de Gamboa, un caballero de su plena confianza, para que asumiera el mando de la ciudad y lo mantuviera con firmeza. Gamboa llegó con el tiempo justo para organizar la defensa. Durante los tres meses siguientes resistió desesperadamente el ataque de muy numerosos enemigos.

A su vez, le llegó de parte de Fernando la noticia de que Alfonso le había desafiado a abandonar la fortaleza de Zamora y a luchar contra él. Contando con los refuerzos que Isabel enviara a su marido, el ejército castellano era ligeramente superior al portugués en cuanto a número. Seis meses antes, Fernando no habría dudado en precipitarse a entablar batalla. Ahora, sin embargo, decidió esperar una oportunidad más favorable. En el transcurso de un consejo de guerra, el veterano Conde de Alba de Liste le había dicho: «Siempre es un error hacer lo que el enemigo desea que hagas. Alfonso quiere que luchéis: rehusad». Fernando aceptó su consejo; pero todavía quería conocer la opinión de Isabel, pues consideraba sus intuiciones más valiosas aun que las suyas propias.

A la reina el corazón le decía que había llegado el momento de combatir, pero la razón le aconsejaba no tomar ninguna decisión basándose solamente

en sus sentimientos y sin encontrarse presente ella misma en el terreno; su lugar estaba ahora en el campamento. Envió al Cardenal de España, en cuyo juicio tenía una confianza ilimitada, para aconsejar al rey. Con una sola mirada Mendoza se dio cuenta claramente de la situación. Los campesinos comenzaban a manifestar síntomas de cansancio. Y la inacción estaba minando rápidamente la moral del ejército del rey. Sus hombres demandaban nuevamente dinero y las deserciones eran bastante frecuentes. El Cardenal ayudó a solucionar las dificultades económicas haciendo donación a Fernando de su propio tesoro familiar, incluyendo la famosa vajilla de plata que perteneciera a su padre, el Marqués de Santillana, con el fin de que fuera fundida para obtener dinero. Y opinó que los caballeros debían entablar batalla inmediatamente.

Dejando una guarnición en el puente y en el Alcázar, Fernando guió a su ejército hasta la llanura y lo colocó en orden de batalla a la espera de la llegada de Alfonso. Transcurrieron cuatro horas. Los portugueses no aparecieron y por la noche los castellanos regresaron a Zamora.

Al día siguiente llegaron en apoyo de Alfonso 20.000 hombres enviados por su hijo Don Juan. La suerte estaba ahora de la otra parte. Una mañana, al asomarse Fernando desde la fortificación del puente, se vio sitiado por una fuerza considerablemente superior a aquella de la que él disponía. Era demasiado tarde para luchar. Y se encontró prisionero durante dos semanas, viendo agotarse sus energías ante las constantes provocaciones de los portugueses.

Isabel, en Tordesillas, dormía aún menos de lo acostumbrado, pero rezaba más. Se olvidó hasta de comer y adelgazó terriblemente. Mil cosas ocupaban sus pensamientos y le impedían acordarse de sí misma. Sus fuerzas casi sobrehumanas inspiraban una fanática devoción entre sus oficiales y amigos, quienes la consideraban una santa[2]. Como Santa Juana de Arco, observaba una vida inmaculada; en ningún sitio donde ella estuviera presente se admitían blasfemias u obscenidades; y todos los días, durante la celebración de la Misa, sus rudos soldados se arrodillaban en el campo; cosa que hacían con toda naturalidad solamente por el hecho de habérselo pedido así la reina.

Isabel comprendía claramente el A B C de todo éxito militar: atacar, atacar y atacar. Si los hombres de Alfonso sobrepasaban en número a los suyos, había que dividirlos. Así que envió algunas tropas con órdenes de atacar Toro, y otras tantas contra Castronuño y Siete Iglesias, en el flanco

derecho de los invasores. Alfonso se vio obligado a enviar alguna ayuda a dichos lugares. Y entonces Isabel tuvo una idea feliz. Fuentesaúco, prácticamente en la retaguardia del enemigo, contaba con pobres defensas y una pequeña guarnición, a pesar de constituir un punto fundamental en la línea de comunicaciones de Alfonso. Isabel dio la orden y el Conde de Treviño, con 2.000 caballeros, atacó la plaza y la tomó.

Rotas sus comunicaciones y con las fuerzas divididas, Alfonso se hallaba de nuevo con la suerte en contra. Su ejército estaba bastante afectado por las crudas noches invernales y amenazado por una inminente escasez de alimento. Como no deseaba hacer abiertamente una oferta de paz a un enemigo a todas luces inferior, se comprometió a cruzar el Duero acompañado tan sólo de dos hombres si Fernando aceptaba entrevistarse secretamente con él a orillas del río. Fernando no deseaba otra cosa. Mientras aguardaba en la ribera del Duero, vio salir una barca de la orilla opuesta que pronto comenzó a hundirse bajo el peso del enorme Alfonso; y, tras llenarse de agua hasta la mitad, se vieron obligados a llevarla a toda prisa y a golpe de remo hasta el punto de partida. Se acordó una nueva entrevista para una hora después de la medianoche. A la una en punto, de acuerdo con el reloj de Zamora, Fernando se dirigió al río. Después de una hora de espera, decidió que Alfonso probablemente había cambiado de opinión y regresó al campamento. Alfonso, que cruzó el río una hora más tarde, se encontró con que no había nadie. En ese momento daba las tres el reloj de Zamora. Se había retrasado dos horas. No se arregló una tercera entrevista. Pulgar ve en todo ello la mano de la Providencia velando por librar a Isabel del pago de una indemnización que con toda seguridad Fernando habría prometido al monarca portugués con tal de librarse de él.

Habiendo desperdiciado su propia oferta de paz, Alfonso no tuvo más remedio que enviar una embajada oficial a Fernando proponiéndole una tregua de quince días. El rey convocó un consejo de guerra. Muchos de sus oficiales le aconsejaban aceptar la tregua, pues si Alfonso se encontraba ahora en dificultades, probablemente al cabo de dos semanas su situación sería aún peor. Entonces se levantó el Cardenal de España. Sus palabras siempre eran escuchadas con respeto, puesto que todos comprendían que no era sino el portavoz de los deseos de la reina:

«—Señor por la reconciliación e paz del humanal linage, Dios nuestro Redemptor muchas injurias sufrió, e vos por la paz de vuestros Reynos debeis sufrir la injuria que parece haberos fecho el Rey de Portogal en asentar su real

allí donde lo asentó; pero que la sufrais vos por tregua de quince días, no me parece que es servicio vuestro ni de la Reyna mi Señora, ni menos honra de vuestra corona real. Porque venir él allí con ánimo de vos injuriar, y procurar tregua de quince días para poder alzar su real en salvo, ¿qué otra cosa sería, sino haber cumplido su propósito, e facer verdadera la fama que divulgó, como tenía puesto sitio sobre la cibdad do vos estais, e que lo puso quando entendió e lo alzó cuando le plogo, e todo a su salvo sin resistencia alguna? Yo, Señor, fablaré en esta materia no como fijo de la religión e hábito que recibí, mas como fijo del Marqués de Santillana, mi padre, que por el grand exercicio de las armas, suyo e de sus progenitores fué experimentado en esta militar disciplina. No es de sufrir, diría yo, a ningún caballero, mayormente a un Rey tan poderoso como vos sois, que otro Rey extrangero venga a poneros sitio dentro de vuestros Reynos quando quisiere, e lo levante sin daño cuando entendiere que le comple, salvo necesidad constriñente... la Reyna ha tanto mostrado en palabras, e proveido en obras, forneciendo vuestra hueste de gentes de las otras cosas necesarias, que sería mostrar gran flaqueza si dexcisedes el fin que para todo ello se aparejó... Conoced pues, Señor, la ventura que divinamente se os ofrece. Sabed usad della; no la perdais, ni la prolongueis, porque no fagais esta cuestión inmortal. E ansí en poco tiempo a Vos e a la Reyna quedará poca facultad para dar, e menos para usar de la justicia que sois obligados: donde se seguirá que estos Reinos se conviertan en una disolución de tiranías»[3].

Fernando pensó que eso era ni más ni menos lo que Isabel hubiera dicho de encontrarse allí. Envió a Alfonso su negativa, a la que adjuntaba una censura firmada por el Cardenal Mendoza mediante la cual éste le reprochaba la destrucción del hermoso monasterio de San Francisco.

El día siguiente, 1 de marzo de 1476, era viernes: un día siempre afortunado y memorable en la Historia de España. Con las primeras luces del alba los centinelas del puente comunicaron a Fernando que el enemigo había despejado el campamento y desaparecido. Una patrulla de reconocimiento informó que los portugueses, después de recoger todo su equipo y mandarlo por delante durante la noche, desmantelaron el campamento justo antes del amanecer y se dirigieron rápidamente hacia el Este siguiendo la orilla sur del Duero, sin duda camino de Toro. Fernando, entusiasmado, dio orden de salir en su persecución. Sonaron las trompetas, se echó mano de las armas y se formaron filas. ¡Por fin!

Cruzar el río resultó una dura tarea. El estrecho puente había sido

reforzado con algunos baluartes levantados a toda prisa por los castellanos. Tan deseosos estaban los soldados de entablar batalla que muchos de ellos cruzaron el río hacinados en las barcas, o bien pasando por encima del dique, o a nado directamente. Fernando destacó doscientos caballeros para que los reorganizaran al otro lado del Duero. Los caballeros cruzaron el río por el puente y de dos en dos. Aún les llevó más tiempo formar al ejército en orden de batalla en la orilla sur. La mañana casi llegaba a su fin cuando el ejército, en tres secciones, comenzaba a seguir las huellas del invasor junto al río. El aire era gélido y húmedo. De cuando en cuando unas nubes ocultaban el sol, sombreando la grisácea llanura.

A media tarde llegaron a una pequeña colina, a mitad de camino entre Zamora y Toro. Al otro lado, entre el río y una cordillera, se extendía una llanura conocida como el campo de Pelayo González; y más allá de este campo, un estrecho paso donde las montañas formaban un saliente junto al Duero. Si los portugueses intentaban presentar batalla, este campo sería probablemente el lugar elegido para ello. Pero si ya habían pasado el estrecho desfiladero, estarían más que a salvo en Toro, mientras los castellanos se entretenían en cruzarlo. Fernando reunió precipitadamente a sus capitanes. Algunos nobles le aconsejaron regresar a Zamora. Era ya demasiado tarde para iniciar una batalla y el horizonte amenazaba lluvia. El Cardenal Mendoza, por su parte, se inclinaba por pasar la colina y hacer un reconocimiento de la zona.

«Si se están retirando en desorden, podemos perseguirlos», dijo; «y si están preparados para entablar combate, podemos, si lo deseamos, retirarnos sin ser vistos». El joven rey asintió con la cabeza. El Cardenal, con un roquete de lienzo sobre su armadura y el visor protegiéndole sus oscuros ojos, fue el primero en picar espuelas, seguido nada más por un ordenanza, y desaparecer por el portillo. Al momento estaba de vuelta; sus ojos relampagueaban y lo que había descubierto se revelaba en la firme expresión de su rostro. Algo que se había engendrado mil años atrás en la sangre que corría por sus venas silenciaba en él en aquel momento la voz del político y la del sacerdote.

«—Señor –dijo sereno–, el Rey de Portogal no va fuyendo como decían, antes lleva sus batallas ordenadas; e si vos mandásedes agora volver vuestras gentes e no fuésedes contra él, llevaría hoy de vos toda la honta que vos pensais llevar dél pues no le poneis en fuida. Por ende parescería que debeis mandar pasar adelante toda la gente, e que se aparejen todos para la batalla, si

el Rey de Portogal esperare; e fío por Dios en cuyas manos son las victorias, que vos dará hoy el vencimiento que todos esperamos»[4].

Los capitanes permanecían en silencio, aguardando la decisión del rey.

«¡Adelante!», dijo Fernando. Los capitanes regresaron al galope a sus puestos y dieron órdenes a la tropa.

Las huestes castellanas comenzaron a desplazarse lentamente enfilando la llanura. El sol, a sus espaldas, lucía débilmente bajo una pesada cortina de nubes grises. Sin embargo, aquella triste luz hería de lleno los ojos de los portugueses, jugando sobre sus bruñidas armaduras, sus pendones multicolores y las doradas gualdrapas de sus monturas. Destacaban los destellos brillantes arrancados de las puntas de las lanzas enhiestas y preparadas para el combate; un brillo atenuado en algunos casos por las colas de zorros con que los portugueses adornaban sus armas como símbolo de buena suerte. Mientras los castellanos salvaban la colina y comenzaban a descender hacia la sombría llanura, los portugueses cerraron filas y aguardaron.

Una nube ocultó por completo aquel sol vacilante. Ahora a uno y otro ejército lo cubrían las sombras: los portugueses esperaban en silencio y con rostros lúgubres; los castellanos, como un inmenso enjambre en movimiento, deshacían sus columnas de a cuatro para formar largas líneas de batalla. Tras esta rítmica confusión se restableció el orden.

Fernando dirigía las operaciones en el centro, frente a frente con Alfonso. A su izquierda, junto al río, el Cardenal Mendoza y el Duque de Alba se enfrentaban a Carrillo y al Conde de Haro. En el ala derecha, seis escuadrones de caballería al mando de sendos capitanes estaban cara a cara con el flanco dirigido por el príncipe Don Juan, que contaba con la artillería portuguesa y con un escuadrón de caballería a las órdenes del guerrero obispo de Évora. La infantería se arremolinaba detrás y a cada lado del ala de caballería pegada a la orilla del río. Por aquel entonces la pólvora no había conseguido anular todavía la misión de la caballería. La infantería se consideraba un arma auxiliar destinada a rematar a los caballeros y a capturarlos, a correr entre los caballos y paralizarlos cortándoles el tendón de la corva; y, en raras ocasiones, se utilizaba para disparar los arcabuces, las espingardas y los mosquetones moriscos.

Mientras los castellanos se organizaban, Alfonso arengaba a su ejército; eran por lo menos tan numerosos como el enemigo; si luchaban con valentía, la victoria sería segura. Sonaron las trompetas. En ambos lados la caballería

picó espuelas, preparó sus lanzas y galopó al encuentro del enemigo. Comenzó a caer una fría y persistente llovizna.

Al producirse el encuentro de ambos ejércitos y entablarse el combate, se levantó un estruendo formidable... el entrechocar de las lanzas, el ruido metálico de las armaduras, el relinchar de los caballos; los jinetes salían despedidos de sus monturas para quedar tendidos en el suelo o bien levantarse de nuevo con sus espadas en la mano; los soldados de infantería corrían en desorden peleando con dagas o con hachas... aquel siniestro caos desembocó en un incesante intercambio de estocadas y puñaladas. «¡Fernando!», gritaban los castellanos. «¡Alfonso!», bramaban los portugueses. Allá donde ondeaban los estandartes reales entre oleadas de acero era la lucha más fiera, más fuertes los gritos, más la sangre derramada y los montones de cadáveres. En el flanco izquierdo, con su capelo hecho trizas y casi negro a causa de la sangre que lo cubría en aquel plomizo atardecer, el Cardenal de España luchaba con la furia de un tigre, tumbando a derecha e izquierda a todos los hombres que se cruzaban en su avance irresistible contra las filas portuguesas. A la derecha retumbaba la artillería de Don Juan; los ecos resonaban desde el río hasta las rocas de las montañas y eran seguidos por el enérgico estrépito de los mosquetones. Los seis escuadrones gallegos y asturianos de Fernando se vieron obligados a huir por la acción de la artillería, perseguidos entre gritos de júbilo por los portugueses.

Ni Fernando ni el Cardenal, rodeados de enemigos, pudieron acudir en ayuda de su flanco derecho; y las cosas empeoraron aún más para ellos cuando Don Juan, después de perseguir un rato a los aterrados habitantes de las montañas del norte, volvió sobre sus pasos y dirigió su ataque contra su propio flanco. Se entabló una desesperada batalla a muerte. Avanzaban y retrocedían, subían o bajaban alternativamente bajo la fría lluvia vespertina, mientras los gritos se hacían cada vez más roncos y más frecuentes los gemidos de los heridos tendidos a sus pies. Pronto cayó sobre ellos la oscuridad de un cielo color pizarra y todavía nadie se alzaba con la victoria. Durante tres horas el desenlace de la batalla osciló a favor de uno y otro bando. Ahora luchaban en silencio, casi sin aliento.

Mendoza consiguió abrirse paso entre las filas del ala derecha de los portugueses, donde en aquella espesa oscuridad apenas se podía distinguir el estandarte del rey Alfonso, que caía a menudo para ser retomado al poco tiempo. El abanderado del monarca portugués, Duarte de Almeida, hacía esfuerzos heroicos para conseguir mantenerlo ondeando. Una flecha

castellana atravesó su brazo izquierdo y entonces Duarte agarró el asta entre sus dientes hasta caer desplomado en el suelo con el cuerpo destrozado; el Cardenal de España se apoderó de la bandera portuguesa y se la llevó consigo. El enorme Alfonso, a pesar de haber luchado valientemente, comenzó a ceder terreno. Con su estandarte arrebatado y el rey casi en franca retirada, se extendió entre la multitud de portugueses, ya agotados, una vacilación semejante a una niebla persistente; no habían comido absolutamente nada desde que salieran de Zamora al despuntar el día. Allí unos cuantos emprendían la retirada; allá otros tantos volvían al ataque. Ya era noche cerrada.

De pronto, en medio de un extraordinario griterío, los seis batallones de jinetes montañeses que huyeron al principio ante los cañones de Don Juan, y a quienes la vergüenza había impulsado a reorganizarse lentamente en la falda de la colina, cayeron sobre los desordenados portugueses. Toda la línea de batalla comenzó a retroceder. Al mismo tiempo, y desde el flanco que se encontraba junto al río, salieron en su ayuda el Cardenal de España y el Duque de Alba. Alfonso y Don Juan los alentaban en vano con sus gritos de batalla. Y en vano el valeroso Carrillo, ensangrentado de pies a cabeza y con su capa púrpura destrozada, echaba pestes contra ellos y les suplicaba que volvieran, mientras se golpeaba a sí mismo desesperado, como un héroe homérico, envuelto por la oscura noche.

La huida se transformó en auténtico pánico. «¡Santiago!», gritaban los vencedores. «¡Castilla! ¡Castilla por el rey Don Fernando y la reina Doña Isabel!». Los desgraciados portugueses se mataban por error los unos a los otros, corrían por encima de la colina, se lanzaban en medio de la rápida corriente del río y el peso de sus armaduras hacía que fueran inmediatamente tragados por las aguas gélidas. Algunos corrían de un lado a otro en busca de su rey mientras gritaban «¡Fernando! ¡Fernando!» para engañar al enemigo y evitar que los mataran.

La carnicería se prolongó hasta bien entrada la noche. El príncipe Don Juan y los restos de su caballería, después de una hábil retirada, ganaron las alturas que dominaban el río, donde vagaron de un lado para otro toda la noche bajo una lluvia persistente y acompañados por el bramido del viento, lanzando gritos y encendiendo hogueras que pudieran guiar al rey en caso de que éste hubiera escapado. ¿Dónde estaba Don Alfonso? Los portugueses no lograron encontrarlo en ninguna parte, ni en la zona rocosa ni en el húmedo desfiladero. Ni tampoco halló Fernando rastro de él en el campo de batalla, a

pesar de registrarlo concienzudamente hasta que llegó la mañana. Ninguno de los 1.200 cadáveres que yacían en el frío fango se correspondía con el enorme esqueleto del cortés Don Alfonso.

Fernando ordenó a sus tropas cesar en la matanza de vencidos y, en lugar de ello, tomarlos prisioneros. Capturaron alrededor de 2.000 portugueses. Además del estandarte real, entre el botín se contaban otros ocho pendones ilustres. El amanecer reveló con claridad hasta qué punto llegaba el destrozo realizado contra los portugueses. El relato de la victoria que Fernando mandó a Isabel, en Tordesillas, era, como de costumbre, lacónico y rudamente afectuoso: «Si no hubiese sido por el pollo, habría hecho prisionero al gallo», añadía.

Aquella misma mañana ordenó que se distribuyeran alimento y ropas entre unos cuantos rezagados que se acercaron hasta él para rendirse. Muchos de los supervivientes, sin embargo, habían huido a Toro, siendo perseguidos hasta sus mismas puertas por la caballería castellana. Zamora no tardó en enterarse del desastre acaecido: de éste le informaron los cadáveres que el veloz Duero trajo al día siguiente hasta el puente de la ciudad[5].

Cuando el arzobispo de Toledo, junto con otros señores castellanos, llegaron a Toro, los portugueses les acusaron desde las murallas de haber traicionado a Alfonso y se negaron a permitirles la entrada; por fin apareció el mismo príncipe Don Juan y dio orden de abrir las puertas. El Carrillo que siguió los pasos del príncipe hasta el interior del castillo no tenía una expresión demasiado alegre.

Durante las semanas siguientes, miles de supervivientes asolaron Castilla, saqueando granjas y ciudades o retirándose lentamente hacia Portugal. En uno de los Consejos de Fernando se sugirió que todos ellos fueran pasados a cuchillo. Después de la derrota infligida en Aljubarrota al abuelo de Fernando por los portugueses, éstos asesinaron a todos los vencidos, desde el primero hasta el último. Y ahora que, henchidos de orgullo, se entregaban al saqueo de la nación y violaban a sus mujeres, ¿qué otra cosa mejor podían recibir a no ser una buena dosis de su propia medicina?

Fernando escuchaba pensativo. El Cardenal de España, por su parte, opinó así:

«—Matar al que se rinde, más se puede decir torpe venganza, que gloriosa victoria. Si vosotros, caballeros, matárades peleando a estos Portogueses, fecho era de caballeros, pero si se os rindieran e los matárades a crueldad se reputara, e mucho se ofendiera el uso de la nobleza castellana que

lo defiende... Estos Portogueses que se vuelven a Portogal, gente es común, que vino por fuerza, a llamamiento de su Rey; e si fuerzas han cometido en este Reyno, también las cometiéramos nosotros en el suyo si el Rey allá nos llevara. Pero González de Mendoza, mi bisabuelo, Señor de Alava, en aquella batalla de Aljubarrota que vosotros decís, peleando sacó al Rey Don Juan del peligro de muerte en que estaba, e puesto en salvo tornó a la batalla donde fué muerto peleando; e desta manera fenecieron allí algunos de mis parientes e otros muchos homes principales de Castilla. E no es cosa nueva que con el orgullo del vencimiento se ficiesen aquellas crueldades que decís, porque difícil es templar el espada en la hora de la ira. Pero sería cosa inhumana pasados diez días de la batalla, que durase la furia para matar a los que vienen demandando piedad. Nunca plega a Dios, dixo él, que tal cosa se diga, ni en la memoria de los vivos tal exemplo de nosotros quede. Trabajemos por vencer e no pensemos en vengar, porque el vencer es de varones fuertes y el vengar de mugeres flacas»[6].

La natural caballerosidad de Fernando coincidía plenamente con la sensatez del Cardenal. Liberó a todos los prisioneros y ordenó que ni a uno solo de los fugitivos se le impidiera el regreso a su ciudad de origen.

Isabel, que había pasado todo el día encomendando la victoria a San Juan Evangelista, estaba radiante de alegría ante el éxito obtenido por su esposo. No parece que en ningún momento se le ocurriera reclamar la parte que le correspondía en la victoria. Dios había proporcionado toda la gloria a Fernando. En cuanto se presentara el momento oportuno, organizaría unas fiestas populares para celebrar su triunfo y la construcción de un monumento digno del valor demostrado. Pero, por ahora, se conformó con ordenar al clero de Tordesillas que se reuniera para celebrar una procesión por las calles entonando el *Te Deum.* La joven reina, pálida y enflaquecida, pero con los ojos encendidos de gozo, salió del palacio descalza y así recorrió el áspero empedrado de las calles hasta el monasterio de San Pablo, donde, en silencio y con los pies desnudos, se acercó al altar mayor entre el murmullo de la multitud; allí, con gran devoción y humildad, se arrodilló para dar gracias al Dios de las batallas.

IX
EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN EN EL REINO
LA SEVERIDAD DE LAS NUEVAS MEDIDAS
LA JOVEN INFANTA CAPTURADA
EL RESCATE

En medio de las ruinas de un reino recién heredado, Isabel se preguntaba con tristeza qué era lo que podría salvarse. Industrias destrozadas, una moneda prácticamente carente de valor, un centenar de ciudades rebeladas contra su autoridad y bajo el gobierno de alcaldes que actuaban como reyezuelos, la gente muerta de hambre y víctima de la peste, por todas partes el pillaje que sufrían los míseros campesinos, una Iglesia urgentemente necesitada de reforma y un gobierno paralizado... Éste era el legado de los reyes de Castilla aquella mañana de primavera de 1476. Pero la victoria de Toro les había salvado de la ruina más absoluta y la paz relativa que la siguió proporcionó a la reina la oportunidad de planear la reconstrucción de sus tierras. También contribuyó a alentar sus esperanzas la sumisión de unos cuantos señores rebeldes.

Carrillo había llegado a Alcalá dando más de un rodeo. Allí consiguió hacerse fuerte y contaba en aquel momento con el apoyo del otro archi-rebelde, el Marqués de Villena. Tras una espera de varios meses, en la que observaron pacientemente hacia dónde se inclinaba la balanza, ambos decidieron solicitar el perdón real. Para ello persuadieron al padre de Fernando, con quien el Arzobispo había mantenido correspondencia en el transcurso de la guerra contra Portugal, para que intercediera por ellos. Una carta del rey de Aragón tendría, por supuesto, mucho peso para Isabel y Fernando.

Aproximadamente por esas mismas fechas se presentó ante los reyes un franciscano con una extensa misiva del Arzobispo en la que suplicaba a Sus Altezas recordaran los servicios prestados por éste en un principio; al tiempo que solicitaba el perdón de sus posteriores faltas, «porque mayor se muestra la grandeza de los Reyes cuanto más grande es el error que solicita su perdón». Isabel y Fernando, después de manifestar claramente una cierta reticencia –aunque en realidad encantados de la decisión del Arzobispo–,

acabaron concediendo su perdón a los dos insurgentes a condición de que Villena les hiciera entrega de las llaves de Madrid. Carrillo se las vio y se las deseó para intentar explicar al Papa sus constantes cambios de opinión. En una carta dirigida a Roma admitía haber cometido un grave error al pensar que Alfonso V y Juana eran los legítimos herederos del reino.

Algunas ventajas más obtuvo Isabel de la victoria de su esposo en Toro. El Mariscal Alfonso de Valencia, al mando del fuerte de Zamora, solicitó la paz a través de su pariente el Cardenal Mendoza. Junto con las llaves de la fortaleza hizo entrega al rey del suntuoso lecho y los magníficos muebles que Don Alfonso dejara allí en su huida. Fernando ordenó que todo ello fuera enviado a Castronuño, al monarca portugués, junto con sus respetos. A un caballero que le sugirió que se quedara con ellos, el rey, con su habitual sentido del humor, le contestó: «Deseamos, si es posible, hacer que el rey de Portugal nuestro primo desista de los malos pensamientos de su mente, no de los bienes que pertenecen a su persona». Fernando se mostraba, como de costumbre, magnánimo en la victoria.

Tras dejar Zamora en buenas manos, el rey y el Cardenal se trasladaron a Medina del Campo, donde se reunió con ellos Isabel; allí los tres mantuvieron una larga conferencia. Se acordó que el Cardenal enviara una carta «informal» al rey Don Alfonso proponiéndole un tratado de paz. Así lo hizo, y recibió una inmediata negativa; Alfonso había decidido ir en persona a Francia para solicitar ayuda de Luis XI. Mientras tanto, algunos de sus seguidores continuaban la guerra en Castilla, al tiempo que otros –como el Conde de Ureña– firmaban la paz con los vencedores.

Una vez en Madrigal, el rey y la reina convocaron en Cortes a los tres estados. Fue una reunión bastante tormentosa, pues la nación pedía angustiosamente y a gritos una serie de reformas. Después de que los procuradores prestaran su juramento de fidelidad al rey y a la reina, y a la infanta como heredera, se produjo una larga y apasionada discusión acerca de los males más sobresalientes del momento. Nadie pagaba sus deudas si es que se le antojaba no hacerlo. El pueblo estaba habituado al desorden más absoluto... y los ciudadanos, labradores y hombres de bien no eran dueños de sus propios bienes ni podían recurrir a nadie ante los robos y actos de violencia de que eran víctimas... «E cada uno quisiera de buena voluntad contribuir la meytad de sus bienes por tener su persona e familia en seguridad»[1].

Se sugirieron algunos remedios. El más práctico a ojos de Isabel y

Fernando fue el propuesto por Alonso de Quintanilla referente a resucitar la Santa Hermandad. En el siglo XIV esta fuerza de seguridad, formada por voluntarios y que constituía poco más que un comité de vigilancia local, había prestado buenos servicios. En general, su función consistía en defender los fueros locales o las cartas otorgadas por la Corona, pero acabó convirtiéndose en un instrumento en manos de la nobleza feudal en lugar de actuar en favor del pueblo llano. Isabel vio en esa propuesta la oportunidad de transformar aquella antigua arma de las clases privilegiadas en un medio de mantener la disciplina y el poder real. El asunto, que contaba con el visto bueno de la reina, se llevó ante la opinión pública. Dos meses más tarde los delegados de todas las ciudades con voto de León, Castilla y Aragón se reunieron en Dueñas con el fin de discutir la propuesta.

Después de algunos enfervorecidos discursos renacentistas, se restableció la Hermandad, esta vez como una policía meramente local cuyas funciones se limitaban exclusivamente a lo relacionado con robos, asesinatos, actos de violencia en general, violaciones y desobediencia a las leyes y magistrados. Las Cortes aprobaron autorizar, tan sólo durante tres años, una fuerza de 2.000 caballeros a las órdenes de un capitán general, el Duque de Villahermosa, hermano bastardo del rey, bajo cuyo mando estarían otros ocho capitanes. Cada cien cabezas de familia mantenían a uno de estos caballeros, adecuadamente armado y equipado, y preparado para salir en cualquier momento en pos de los criminales. Por cada comunidad de 30 familias habría dos alcaldes, magistrados con plena jurisdicción; las apelaciones contra sus decisiones deberían dirigirse a Don Lope de Ribas, obispo de Cartagena, y en última instancia al rey o a la reina en su Consejo. Pero, a menos que el criminal tuviera razones de peso para formular su apelación, la ley solía despacharlos rápidamente. La condena más leve que podía esperar era la pérdida de una oreja o una mano. Un ladrón de poca monta pronto se vería privado de uno de sus pies para asegurarse de no volver a repetir el delito. Y, más a menudo aún, la condena era la muerte. Tan pronto como se pronunciaba la sentencia, se traía a un sacerdote para escuchar al prisionero en confesión y administrarle los últimos sacramentos. Y luego, colgado del árbol más cercano, la Hermandad acababa con él a flechazos. Evidentemente, los autores de las ordenanzas de la Hermandad hacían gala de un cierto escepticismo respecto a la eficacia de la reforma moral de los criminales llevada a cabo por la fuerza, puesto que recomendaban que, tras recibir la absolución, se les ejecutara lo más

rápidamente posible para que así su alma saliera cuanto antes de su cuerpo al encuentro de la salvación eterna.

Para Isabel y Fernando, como para la mayoría de sus contemporáneos, esta justicia severa y expeditiva era algo normal. Ellos reservaban sus simpatías para los hombres asesinados, sus viudas y sus huérfanos; para las mujeres violadas; y para las familias muertas en medio de la oscuridad de la noche por los incendios que provocaban los lacayos de más de un señor degenerado; simpatía que, por el contrario, Enrique el Impotente mostró siempre hacia los criminales. En aquellos tiempos la sangre corría con una facilidad pasmosa y el precio de la vida había descendido hasta límites increíbles. Aquellos que están acostumbrados a tratar con la muerte y saben que ésta les puede llegar en cualquier momento no se muestran demasiado sensibles ante la posibilidad de la muerte ajena. No es que los españoles fueran más crueles que el resto de Occidente. Ninguna nación europea se veía enteramente libre de la huella de la actitud que el Imperio Romano adoptara ante la vida de los hombres; este cambio se produciría más tarde, con la invención de la imprenta y la refinada tiranía que implantó la época industrializada. Al parecer[2] en Inglaterra, un siglo después, eran colgados anualmente de 300 a 400 delincuentes, entre ellos algunos rateros insignificantes; y el obispo de Lexovia menciona que durante el reinado de Enrique VIII las horcas acabaron con las vidas de 72.000 personas, todas ellas acusadas de robo –se les denomina «ladrones de importancia, rateros de poca monta y otros delincuentes»–, por no mencionar otros delitos más serios. La muerte era en Inglaterra el castigo habitual para los acusados de violación, estafa de una cantidad superior a 40 chelines y cometida por un siervo, contrabando de yeguas o caballos en Escocia, sodomía, brujería, hechicería, falsificación de moneda, robo de ganado, deserción, calumnia, defraudación en pesos... y otra porción de delitos por el estilo.

Tan sólo la elocuencia de un decidido Quintanilla clamando por el restablecimiento de la Hermandad consiguió su objetivo, en contra incluso de las violentas objeciones formuladas en aquellas Cortes. Muchos nobles se oponían a la Hermandad: bien porque ésta había decaído en 1465, bajo Enrique IV; bien porque ocasionaba gastos excesivos; bien porque a ojos de algunos miembros de la nobleza se abría la posibilidad de una alianza entre la Corona y el pueblo llano en contra de sus privilegios. Por razones similares, también los conversos se sintieron molestos ante aquella reforma.

El coste originado por la Hermandad se sufragaría a través de impuestos:

se gravaba a cada 100 cabezas de familia con 18.000 maravedíes. Las ciudades que se negaran a pagar dicho impuesto no gozarían de los beneficios que la Hermandad trajera consigo. Algunas rehusaron durante años; otras se convencieron al comprobar el éxito del experimento en todas partes donde éste se implantó. Quizá la nación jamás se habría conformado con la regia decisión de no ser por el Conde de Haro, uno de los grandes señores del norte, quien, actuando de ejemplo para muchos otros, restableció la Hermandad en todas sus posesiones.

En sus inicios, la institución gozó de gran popularidad entre los más desheredados, quienes vieron en ella la única protección con la que podían contar. No les importaba nada que por este medio la reina, al tiempo que intentaba restablecer la justicia, contara con un pequeño ejército permanente, algo prácticamente desconocido en la Edad Media.

En el transcurso de los tres años siguientes difícilmente se podía uno trasladar de un pueblo a otro sin encontrarse junto al camino algún que otro cadáver colgando de un árbol, como si se tratara de un extraño fruto; o un cuerpo atado a una estaca y acribillado a flechazos, muestra evidente y siniestra de que la Hermandad cumplía con su deber. Isabel en persona pronunció la sentencia contra muchos de estos criminales. Seguida de unas cuantas tropas, cabalgaba hasta alguna ciudad, donde anunciaba que iba a presidir el tribunal para demostrar cómo se podía administrar justicia sin demora y sin causar grandes gastos al pueblo. Escuchaba las quejas, ordenaba reconciliaciones y restituciones, condenaba a muerte a quienes eran culpables y continuaba su camino hasta otra ciudad. Desde niña se había acostumbrado a ver cadáveres; y más de una vez, durante el reinado de su hermano, pudo contemplar en medio de los caminos los cuerpos de hombres asesinados. Los últimos dos años de guerra continuada habían convertido la muerte en algo aún más familiar para ella.

Su alma, atormentada por todo esto, clamaba desde su interior por la paz noche y día. Pero para restablecer la paz se requería orden; y el orden, como Isabel había podido comprobar, requería a su vez una unidad política mantenida con mano dura. Su decisión de convertirse en una reina de hecho, y no sólo de nombre, era una cuestión de principios y no de vanidad. No podía olvidar aquel día en que, mientras paseaba con el Conde de Benavente, fue asediada por una mujer que le imploraba justicia entre lágrimas. Su esposo, a pesar de estar en posesión de un salvoconducto real, había sido asesinado; y la viuda sacó la carta para mostrársela a la reina: estaba

atravesada por la espada que acabara con la vida de aquel hombre y manchada con su sangre.

«Más le hubiera valido llevar una coraza», dijo el Conde con ironía.

A Isabel le molestó mucho aquel comentario.

«¿Así que vos desearíais que no hubiera rey en Castilla?».

«Señora, desearía que hubiera muchos».

«¿Y por qué? Os ruego me contestéis».

«Porque entonces yo sería uno de ellos», contestó el de Benavente con una sonrisa.

Sin embargo, a la reina aquel asunto no le provocaba ninguna risa. Apretó sus labios y pensó en un futuro mejor, en el que un salvoconducto suyo constituyera una protección más eficaz que cualquier cota de malla.

Ahora era aquella justicia fría e implacable la que llenaba a la nación de terror. Y era aún más terrible porque se sabía que se trataba de una justicia imparcial e incorruptible. Cuando la reina se hallaba presidiendo el tribunal en Medina del Campo, se arrodilló ante ella una mujer para, entre sollozos, implorar su protección. Su marido, notario, había desaparecido después de efectuar una visita a un poderoso noble llamado Alvar Yáñez. Isabel ordenó que se le buscara. El cuerpo del notario se encontró enseguida: se hallaba enterrado en el patio de la casa del tal Yáñez. Un breve juicio reveló que, tras inducir al notario a elaborar una escritura falsa en relación con unos terrenos de su vecino, Yáñez lo había asesinado para destruir cualquier huella de su plan. Confiando en que su inmensa riqueza y sus abundantes influencias conseguirían salvarlo, y calculando además con perspicacia que la piedad de la reina podría ser movida si aludía a su famosa ambición de expulsar a los moros de España, Yáñez confesó y ofreció a la reina 40.000 ducados como contribución a la guerra santa contra los infieles de Granada. Algún miembro del Consejo intentó convencer a Isabel de que aceptara tan espléndido regalo a cambio del perdón para el criminal.

Pero Isabel prefería la justicia al dinero[3]; aparte de que uno de los vicios que deseaba extirpar era el del soborno de los oficiales, tan extendido entre judíos y conversos[4]. Y aquel mismo día rodó por el suelo la cabeza de Yáñez. Con el fin de evitar que se la acusara de cualquier motivación económica para haber actuado así, la reina ordenó que los bienes del hombre recientemente muerto se distribuyeran entre sus hijos; y ello a pesar de que poseía más de una razón para confiscarlos, amén de necesitar dinero.

Aquellas idas y venidas en busca de justicia la condujeron hasta

Valladolid. Fernando acababa de reunirse con ella cuando recibió una urgente llamada de su padre, el rey de Aragón. Aprovechándose de la ventaja que le proporcionaba la relativa calma establecida en el Oeste, se dirigió rápidamente a Vitoria para ponerse al mando de un gran ejército popular reclutado en Castilla la Vieja y en las montañas asturianas; y, atravesando Guipúzcoa, liberó Fuenterrabía, donde el gobernador había resistido durante tres meses el asedio de los franceses. Luis XI, que carecía de barcos para apoyar a su propio ejército, levantó el sitio de la ciudad. Fernando regresó a través de las montañas junto con el Conde de Haro; por todas partes por donde pasaba presidía tribunales, condenaba delincuentes y reorganizaba la justicia.

Entretanto Isabel había marchado a Tordesillas para estar más cerca de Toro. Como la guarnición de Alfonso en la ciudad sólo contaba con 300 hombres, la reina envió unas cuantas fuerzas bajo las órdenes de Don Alonso Enríquez, el tío de Fernando, con el propósito de tomar Toro; pero la escasez de artillería les obligó a retirarse después de un día de encarnizada lucha en que se produjeron pérdidas importantes. La reina mandó entonces nuevos refuerzos y organizó un asedio en toda regla. Hasta julio no se consiguió ganar la plaza. Fue en ese mes cuando un pastor llamado Bartolomé informó a un partidario de la reina que había descubierto desde lo alto de una colina una zona de la muralla que se encontraba sin guarnición. La ciudad fue tomada por sorpresa. Después de su entrada triunfal en Toro, Isabel mandó llamar a Bartolomé y le concedió una pensión exenta de impuestos para él y para sus descendientes.

Dos semanas más tarde, mientras se tomaba un respiro en Tordesillas, llegaron de Segovia algunas noticias que la hicieron palidecer de espanto. Se había iniciado una seria revuelta y su pequeña hija Isabel, que permanecía custodiada en el Alcázar por un grupo de leales, se encontraba en peligro de muerte o, al menos, de ser secuestrada; en efecto, todos ellos se hallaban acorralados en la torre del Alcázar. Beatriz de Bobadilla, la guardiana de la niña, consiguió, afortunadamente, escapar a Tordesillas para comunicar a la reina lo sucedido.

Isabel se vio presa de la angustia propia de una madre. Su imaginación pronto le presentó el cuadro de la infanta como rehén en manos de sus enemigos; quizá entregada a Alfonso V de Portugal; quizá muerta... En un momento, todo se derrumbó a su alrededor; sus preocupaciones, su trabajo y el de Fernando, su esperanza de paz para Castilla y Aragón. Por su mente

desfilaron los recuerdos de la masacre acaecida en 1473. No perdió, sin embargo, tiempo en lamentaciones y ordenó que su caballo fuera ensillado al instante.

Un mensajero le proporcionó algunos detalles más. Estando ausente el gobernador Andrés de Cabrera, un oficial llamado Maldonado introdujo clandestinamente en el Alcázar a unos cuantos hombres que escondían sus armas bajo las ropas de trabajo. Asesinaron al centinela que guardaba la puerta, cogieron sus llaves y capturaron a Mosén Pedro de Bobadilla, suegro de Cabrera. Pero no habían contado con la lealtad del puñado de tropas a quienes se había confiado la custodia de la infanta Isabel. Este grupo de hombres, entablando una lucha desesperada, se retiraron hasta la torre donde se hallaba la niña en compañía de su aya y resistieron ante todos los intentos de Maldonado y sus partidarios por echarlos de allí. Maldonado, que había tomado otra torre, se vio obligado a sitiar la primera. Una gran agitación se apoderó de toda la ciudad: los hombres acudieron a las armas para ponerse de uno u otro lado de la contienda. La mayoría, dominada por los prejuicios en contra del converso Cabrera, estaba a favor de Maldonado. Los rebeldes dominaban, pues, todo el Alcázar excepto la torre donde se encontraba la princesa.

Don Juan Arias de Ávila, obispo de Segovia e hijo de judíos conversos, puso su influencia al servicio de Maldonado; y, además, también él guardaba resentimiento a Cabrera. El populacho, enfervorecido por la elocuencia del Obispo, atacó las puertas de la ciudad y se apoderó de las de San Martín y Santiago. Un grupo de soldados del rey, tras parapetarse ante la puerta de San Juan, resistía valientemente los ataques del enemigo. Un mensajero procedente de dicha puerta había cabalgado durante toda la noche con el fin de comunicar a la reina tal cúmulo de desastres.

En aquel momento Isabel sólo contaba con el Cardenal de España, su amiga Beatriz de Bobadilla y el Conde de Benavente. No había tiempo de reunir una tropa; además, sin ella podría cabalgar mucho más deprisa. Así pues, se ensillaron solamente cuatro caballos. Isabel montó en uno de ellos y comenzó su viaje –sesenta millas– a Segovia en compañía de sus tres amigos. El sol, tan caliente como el del Sahara, arrancaba resplandores en el camino. El caballo de Isabel levantaba a su paso nubes de polvo que empalidecían aúns má el rostro de la reina, le cegaban los ojos y ensuciaban la piel de sus labios.

Ni siquiera se le ocurrió a Isabel cambiarse de ropa. Volaba más que

cabalgaba atravesando polvorientas llanuras; intentó ganar tiempo atajando por el pinar de Villaguilo, pero se perdió y, angustiada, tuvo que volver de nuevo al camino principal; paró un momento en Coca para dar un respiro a los caballos y a medianoche, con el viento frío de aquella luna llena de agosto y ya cerca de Segovia, aceleró el paso. Al amanecer vislumbraron la torre del Alcázar que se alzaba sobre una estribación rocosa proyectada sobre la grisácea llanura como el espolón de un navío. Alrededor de ellos se extendía solamente un desierto desolado, árido y sin vegetación... una región cruel e inescrutable. ¿Se hallaba la princesa en la torre? ¿O habrían llegado demasiado tarde?

Al otro lado de las murallas pronto se supo de la llegada de la reina; el Obispo Don Juan Arias y algunos otros ciudadanos de importancia salieron a recibirla. El Obispo se dirigió a ella con el mayor respeto. Ya que la gente –dijo– estaba sobreexcitada, él quería adelantarse a solicitar de Isabel dos cosas: la primera, que, por su propia seguridad, no intentara entrar en la ciudad por la puerta de San Juan, donde se libraba una batalla encarnizada; y la segunda, que al entrar en Segovia dejara fuera de las murallas a la mujer de Cabrera y al Conde de Benavente, porque tanto la una como el otro estaban muy mal vistos por los segovianos. Algunos caballeros apoyaron las dos advertencias hechas por el Obispo.

La fría pasión que Isabel imprimió a su respuesta cortó en seco aquellos ceremoniosos discursos.

«—Decid vosotros a esos caballeros y cibdadanos de Segovia que yo soy Reyna de Castilla, y esta cibdad es mía, e me la dexó el Rey mi padre, e para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones algunas, de las que ellos me pusieren. Yo entraré, dixo la Reyna, en la cibdad por la puerta que quisiere; y entrará conmigo el Conde de Benavente, e todos los otros que entendiere ser complidero a mi servicio. Decidles ansi mesmo, que vengan todos a mí, e fagan lo que yo les mandare, como leales súbditos, e se dexen de facer alborotos y escándalos en mi cibdad, porque dello, yeles puede seguir daño en sus personas e bienes»[5].

Tras pronunciar estas palabras, picó espuelas a su agotado caballo, pasó rozando al Obispo y a los boquiabiertos caballeros y atravesó al galope la puerta de San Juan seguida de sus tres amigos. Isabel se dirigió inmediatamente al Alcázar. Desoyendo el consejo del Cardenal, se abrió paso a empujones entre la furibunda muchedumbre. El sol matutino hacía relampaguear alrededor de la reina las espadas y las lanzas en alto. La reina

se apresuró a alcanzar el pequeño patio situado junto a la torre. El Obispo la seguía, intentando, aunque en vano, tranquilizar a la gente. La muchedumbre se arremolinó encrespada alrededor de aquel grupo.

«Combatamos las torres y pongamos a espada todos los del Mayordomo», gritaban.

La ojerosa y polvorienta reina, montada sobre su blanco caballo, se encaró con ellos sin pronunciar palabra. El Cardenal se inclinó hacia Isabel para pedirle con urgencia que ordenara cerrar la puerta del Alcázar de modo que nadie más pudiera entrar en él. La reina meneó la cabeza y «mandó que abriesen las puertas para que entrasen todos quantos pudiesen entrar».

Las puertas crujieron.

«¡Amigos!», gritó un caballero. «¡La Reyna manda que todos entréis, quantos aquí venís!».

La muchedumbre comenzó a murmurar. ¡La reina! Después de unos momentos de vacilación se produjo un movimiento hacia adelante de aquel mar humano que acabó derramándose dentro del patio. La reina aguardó a que se hiciera el silencio. El Cardenal, sin preocuparse de su propia seguridad, la contemplaba con una mezcla de miedo y admiración. Las palabras de Isabel, claras y resonantes, se lanzaron como si de flechas se tratara sobre las cabezas de la apretujada muchedumbre, que continuaba refunfuñando.

«Decid agora, vosotros mis vasallos e servidores, lo que quereis, porque lo que a vosotros viene bien, aquello es mi servicio é me place que se faga, pues es bien común de toda la cibdad».

La confianza que despertaban en la multitud tanto el porte como la voz musical de la reina consiguió que se restableciera el silencio. En aquel momento el temor hubiera sido fatal, pero cuando se producía una crisis de este tipo Isabel dejaba de ser la madre tierna y la esposa femenina que solía para convertirse en una de esas «mugeres varoniles», como Juana de Arco o la amazona Condesa de Medellín, en quienes la crueldad del tiempo que les tocó vivir y multitud de penalidades engendraron una serie de cualidades masculinas ante las cuales los más endurecidos rufianes se acobardaban e inclinaban su cabeza. «Mi ciudad... mi reino... mis vasallos y siervos...». Su actitud siempre era la de la Señora.

Uno de los jefes de la multitud, pidiendo silencio, se adelantó erigiéndose en portavoz para formular las quejas correspondientes.

«Señora, lo primero que este pueblo suplica a Vuestra Alteza es, que el

Mayordomo Andrés de Cabrera no tenga la tenencia deste Alcázar».

«Eso que queréis vosotros, quiero yo; por ende subid luego a esas torres, e a esos muros, e no dexeis ende persona alguna del Mayordomo ni desotros que me tienen ocupado este Alcázar, el qual quiero yo tener e confiarlo de un mi criado que guarde la lealtad que debe a mí, e a la honra de todos vosotros».

Un grito de triunfo y aprobación brotó de la multitud. «¡Viva la reina!». Se trataba de la misma variopinta y morena muchedumbre que, una mañana de invierno, hacía ya tres años, lanzara idénticas palabras para aclamarla mientras Isabel salía del patio para ser coronada. «¡Viva la reina!». La gente que se encontraba al otro lado de la puerta repitió aquel grito. En un instante los hombres que antes injuriaban a Cabrera comenzaron a pedir a gritos la sangre de Maldonado y de sus partidarios. Los jefes de los rebeldes empezaron a temer por sus vidas. A mediodía despejaron torres y murallas, y la reina se apoderó del Alcázar en su totalidad. No tenía más deseo que abrazar enseguida a la princesa, de quien llevaba tanto tiempo separada. Después cabalgó en triunfo por las calles hasta el palacio cercano a la iglesia de San Martín, seguida por una muchedumbre cuya alegría y la admiración que le demostraba la hacían sentirse henchida de gozo. Pronunció un breve discurso desde los escalones del palacio; les prometió protegerles de la tiranía de Cabrera y de muchos otros y les rogó que regresaran pacíficamente a sus hogares; también les aseguró que, si le enviaban un comité encargado de explicarle con detalle todas sus quejas, ordenaría inmediatamente que se hiciera justicia. La muchedumbre se disolvió; la reina, por su parte, entró en el palacio, se arrojó en un lecho y, simplemente, durmió a pierna suelta.

Más tarde, tras considerar todas las quejas que le planteara el comité y examinarlas atentamente de cabo a rabo, concluyó que Cabrera era inocente de los cargos que se le imputaban; a pesar de ser cierto que muchos de sus subordinados habían cometido más de un abuso, gran parte de la animadversión que existía contra él se originaba o bien en la envidia que sentían quienes ansiaban su cargo, o bien en el ancestral prejuicio que los cristianos viejos alimentaban contra él como converso influyente. Así pues, lo restituyó en su puesto. Don Juan Arias, aquel otro converso, arrepentido de la parte de culpa que le correspondía en el asunto, pensaba para sus adentros que la reina tenía buena memoria y un brazo aún más poderoso. Y estaba próximo el momento, como Arias muy bien sospechaba, en que necesitaría con particular urgencia la amistad de Isabel.

X
LA REINA ASUME EL CONTROL DE LA ORDEN DE SANTIAGO
CÁRDENAS NOMBRADO GRAN MAESTRE
LOS MOROS SE NIEGAN A PAGAR TRIBUTO

Tan pronto como Isabel hacía frente a alguna situación de emergencia, surgía otra que necesitaba urgente solución. A finales de septiembre, estando la reina de regreso en Valladolid para aguardar al rey, que volvía del norte, se enteró de la muerte del Conde de Paredes, el principal candidato al título de Gran Maestre de la Orden de Santiago, lo cual creaba una nueva crisis en los asuntos de dicha Orden. El cuerpo del Conde aún no se había enfriado en su tumba cuando su rival más importante, Don Alonso de Cárdenas, avanzó al frente de sus tropas hacia Uclés, donde habían acudido a sus requerimientos los treces y comendadores de la Orden para elegirlo Gran Maestre.

Isabel sentía un gran interés por este asunto. No es que presentara objeción alguna a la elección de Cárdenas; muy al contrario: tenía de él una opinión muy positiva desde la hazaña que éste llevara a cabo al derrotar a los cuatro mil soldados del Duque de Medina Sidonia –amén de los nueve cantores del coro–, contando para ello con tan sólo un puñado de hombres; y el juicio que se formara sobre él se vio confirmado por los excelentes informes que le llegaban de su estrategia militar en la lucha mantenida en Extremadura contra los portugueses. Sería un terrible error ofender a un hombre cuyo servicio podía ser decisivo en la futura guerra contra los moros. Por otra parte, la reina guardaba un nefasto recuerdo de las recientes penalidades que sufriera Castilla a causa de la lucha entablada entre el difunto Marqués de Villena y Don Beltrán de la Cueva con el fin de obtener el Maestrazgo de Santiago. Dichos conflictos consiguieron acabar con la paz entonces imperante, además de causar un serio perjuicio a la autoridad de la Corona. En su concepción del Estado no había lugar para la idea de unos cuantos poderosos reinos menores dentro de su reino. «*Mi* reino... *mi* pueblo... al servicio de *Dios* y a *mi* servicio».

Se necesitaban una increíble mano izquierda y un tacto más que delicado para llevar a cabo su programa. Santiago era solamente una de las tres

Ordenes Militares existentes –todas ellas anacronismos con las raíces firmemente ancladas en la tierra que había creado la raza de los españoles; todas ellas nacidas de las necesidades surgidas a raíz de la ancestral lucha a muerte entablada contra el Islam–.

La Orden de Calatrava debía su nombre a un puesto fronterizo entre Castilla y Andalucía que fue sangrientamente disputado. Cuando en 1157 los Caballeros Templarios lo abandonaron considerándolo indefendible, el rey Sancho III se lo ofreció a cualquiera que fuera lo suficientemente fuerte para tomarlo y mantener en él su autoridad. Dos monjes cistercienses, uno de los cuales había sido caballero, aceptaron tan arriesgada oferta y reunieron en aquel lúgubre castillo a un grupo de cristianos, a quienes, con la sanción papal, procedieron a organizar en una orden regida por la severa Regla de San Benito. Dichos caballeros se obligaban voluntariamente a permanecer célibes, a guardar silencio en el refectorio y en sus habitaciones y a ayunar cuatro días en semana, además de los ayunos acostumbrados; y los hermanos legos, que soportaban bajo sus hombros lo más duro de la misión, dormían dentro de su armadura con sus espadas, permanentemente preparados para entablar combate. Estos monjes y caballeros evitaron en alguna ocasión que la España cristiana fuera nuevamente conquistada por los moros. Y crecieron hasta el punto de poder aportar al campo de batalla entre 1.200 y 2.000 hombres. Cuando los moros fueron perdiendo terreno y acabaron recluidos en las montañas granadinas, poco a poco comenzó a perderse de vista su «razón de ser»; y, como muchas otras organizaciones humanas, terminaron convirtiéndose en una maquinaria política cuyos dirigentes buscaban con más empeño el poder personal que los ideales de sus fundadores. Las guerras ocasionadas por el Gran Maestrazgo consiguieron dividir más de una vez no sólo a la Orden, sino a la nación entera; como en el caso de Don Pedro Girón, el pretendiente de Isabel más aborrecido por ésta, que acabó triunfando sobre otros dos candidatos. La Orden de Calatrava dominaba 56 encomiendas, 16 prioratos, 64 ciudades y multitud de fortificaciones. Su renta anual ascendía a 50.000 ducados, una suma inmensa para aquellos tiempos.

La Orden de Alcántara, creada en 1214 con el fin de tomar el puesto fronterizo del mismo nombre atacado por los moros, era similar a la anterior tanto en su organización como en su propósito. En la Edad Media la guerra era solamente un asunto esporádico y temporal, por lo que no existían ni guarniciones ni ejércitos permanentes. Para suplir dicha deficiencia un grupo de caballeros se organizó voluntaria y conjuntamente bajo la regla

cisterciense; sobre su armadura llevaban el blanco manto típico del Císter con una gran cruz escarlata bordada en él. Igual que la Orden de Calatrava, a medida que desapareció la necesidad del servicio que prestaban se fueron diluyendo los ideales que encarnaban. En el momento de la subida al trono de Isabel contaban con 37 encomiendas y 53 castillos y villas.

Pero, sin duda, la más ilustre de las tres era la Orden de Santiago, fundada en el siglo XII con el fin de proteger a los peregrinos que, procedentes de todas partes de Europa, acudían al sepulcro de Santiago en Compostela[1]. Su popularidad y su vertiginoso progreso pueden atribuirse al hecho de que estaba formada por seglares que adoptaron la Regla de San Agustín, bastante más suave en comparación con la extremadamente rigurosa de San Benito. Sus miembros podían contraer matrimonio con el permiso del rey y siempre que observaran continencia durante los tiempos de Cuaresma y Adviento. Cuando bajo el mandato de unos cuantos reyes indolentes comenzó a languidecer la guerra contra el Infiel, los caballeros entablaron entre ellos una lucha interna motivada principalmente por los grandes emolumentos que proporcionaba la Orden. La elección del Gran Maestre desencadenaba con frecuencia una guerra civil: dicho cargo suponía unas rentas inmensas y un poder superior al que ostentaban muchos monarcas. Sus dominios abarcaban 83 encomiendas, dos ciudades, 178 municipios y pueblos, doscientas parroquias, cinco hospitales, otros tantos conventos y un colegio en Salamanca. En tiempo de guerra podía aportar al campo de batalla 400 caballeros y un millar de lanzas –y cada lanza significaba entre tres y cinco hombres–, todos ellos debidamente adiestrados en las artes marciales. Les pertenecían dos símbolos: una cruz de color rojo que terminaba en forma de espada y una concha, emblema de Santiago y distintivo generalizado de cuantos peregrinos acudían a su sepulcro.

El cuerpo de Santiago, de acuerdo con una tradición que Mariana cree cierta –y que Prescott, por supuesto, interpreta intencionadamente de modo erróneo–, fue llevado por sus discípulos a España después de sufrir martirio en Jerusalén; y, tras un lapso de ocho años, se reencontró en medio de circunstancias milagrosas. Poco tiempo después algunos cristianos que se encontraban luchando en Clavijo contra los moros, en aquella ocasión muy superiores a ellos, fueron testigos de la aparición de Santiago, quien, montando un caballo blanco, se puso al frente de las tropas cristianas. Desde aquel momento Santiago se convirtió en el patrono de España y a él se encomendaba el resultado de todas las batallas. Difícilmente se puede

subestimar el importante papel que este santo desempeñó en la formación de la nación española. En el siglo XV, sin embargo, la Orden que tomara su nombre estaba a punto de olvidar el heroico origen del culto que se le rendía.

Isabel comprendía claramente que Granada jamás sucumbiría al ataque de ejércitos formados por cruzados voluntarios y organizados sin orden ni concierto, como ocurría en tiempos de la caballería. Ésta –si es que no había muerto ya– agonizaba de forma evidente; y pronto la utilización de la pólvora le asestaría el golpe de gracia definitivo, por la simple razón de que dos o tres plebeyos provistos de una lombarda podían derribar cualquier número de hombres armados por muy azul que fuera la sangre que corría por sus venas o por mucho coraje que anidara en su espíritu. La pólvora estaba destruyendo rápidamente un mundo e inaugurando uno nuevo. Y en este nuevo mundo de la monarquía absoluta, concepto que el genio de Isabel ya intuía, no había lugar para las Órdenes Militares más que consideradas como instituciones sociales utilizadas con el fin de condecorar la vanidad de los hombres. Pero en aquel momento Isabel carecía del poder necesario para acabar con aquellos tres mini-estados dentro del Estado, así que planeó anexionar el poder de las Órdenes a la Corona, pidiendo al Papa que nombrara a Fernando para cada una de las tres vacantes producidas a raíz de la muerte de los Maestres. El fallecimiento del Conde de Paredes era, pues, su primera oportunidad. Isabel envió al Papa un mensajero portador de su petición; pero, antes de que llegara respuesta alguna, Cárdenas, con su acostumbrada prontitud, ponía en peligro todo su plan; quizá incluso toda su política de supremacía absoluta.

La reina, acompañada de un pequeño séquito, emprendió un viaje de 200 millas con destino a Uclés. Si todo salía bien, estaría allí antes de que los caballeros hubieran elegido al Maestre. Esperaba alcanzar Uclés al acabar el tercer día de viaje; pero los caminos que atravesaban las montañas se hallaban en tan pésimo estado y llovía de tal manera que al anochecer del tercer día sólo había llegado a Ocaña, a 50 millas de su destino. Sus acompañantes le rogaron que se quedara allí a hacer noche, en el mismo palacio del que, ocho años antes, se vio obligada a huir junto con Carrillo. Pero, temiendo que la elección tendría lugar a la mañana siguiente, hizo un último esfuerzo y cabalgó toda la noche bajo un terrible aguacero.

El Capítulo estaba a punto de concluir lo que tenía entre manos para votar la elección del Maestre cuando se abrió la puerta y la reina, agotada y con las ropas empapadas, avanzó en silencio en medio de los atónitos caballeros. Sin

andarse con rodeos, Isabel, como de costumbre, atacó enseguida el fondo de la cuestión.

«...E dixoles que bien sabían como aquel Maestrazgo de Santiago era una de las mayores dignidades de toda España, e que allende de ser grande en rentas e vasallos, habia en él muchos fortalezas derramadas, fronteras de los moros, e de los otros Reynos comercanos; e por esta causa los Reyes sus progenitores pusieron la mano en esta dignidad, e la tomaron en su administración, o la dieron a su fijo segundo, o a persona muy fiel a la casa real de Castilla. E como quiera que el Comendador mayor de León era persona leal al Rey e a ella; pero por agora había deliberado que el Rey toviese aquel maestrazgo en administración, lo cual había acordado de suplicar al Santo Padre el Papa. Por ende que les mandaba que suspendiesen aquella elección que querían facer, porque no complía al servicio del Rey ni suyo, ni al bien de sus Reynos»[2].

Como siempre, la sangre fría demostrada por la reina le proporcionó el triunfo. Para Cárdenas, sin embargo, que esperaba en Corral de Almaguer la noticia de su nombramiento, aquella interferencia resultó de lo más inoportuna. Pero antes de que pudiera decidir qué debía hacer, recibió un mensaje de Isabel en el que le rogaba que «cesase en su pretensión por tal dignidad, porque no va en el servicio del Rey ni en el nuestro». Si, tras una serie de indagaciones, consideraba que Cárdenas estaba en su derecho de pretender al cargo, podía estar seguro de que ella se lo concedería. Pero, mientras tanto, debía aguardar a que se resolvieran los intereses de la Corona.

Cárdenas se sometió de buen grado a las órdenes dictadas. Después de sufrir la punzada que le causara aquella decepción, reanudó su lucha contra los portugueses en Extremadura, sirviendo a la reina con tanta lealtad como si ésta le hubiera colmado de honores. Y, tan pronto como obró en manos de Isabel la bula papal en que se confería a Fernando la completa administración de la Orden, nombró a Cárdenas Gran Maestre. Podía permitirse el lujo de mostrarse generosa. Le había nombrado para un cargo que él reclamaba como un derecho y, como condición de aquel regalo, le obligó a prometer que entregaría tres millones de maravedíes procedentes de las rentas de la Orden, para el mantenimiento de los fuertes que jalonaban la frontera con los moros.

De esta manera, Isabel conseguía aumentar una vez más la autoridad y dignidad de la Corona y daba un paso decisivo para la concentración absoluta en manos del rey del poder que ostentaban las tres Órdenes. En 1499, tras la muerte de Cárdenas, el Papa Alejandro VI nombró a Fernando Gran Maestre

de por vida. Y de forma similar éste asumió la administración de la de Calatrava en 1487 y de la de Alcántara en 1492. Los proyectos de Isabel no paraban aquí. Su siguiente objetivo consistía en incrementar las rentas de la Corona hasta la suma de aproximadamente unas dos mil libras anuales.

Ahora Isabel volvió a Ocaña a esperar a Fernando; regresaba con la satisfacción de haber llegado a Uclés justo a tiempo, lo que le hizo olvidar su inmenso cansancio, el frío y la humedad. El rey volvía de Fuenterrabía pasando por Toro y deteniéndose en el camino para organizar los sitios de Castronuño, Cubella y Siete Iglesias, al frente de los cuales dejó a su hermano bastardo y al Conde de Haro. Luego los dos soberanos continuaron juntos el viaje hasta Toledo. En esta ciudad, y bajo las órdenes de la reina, se estaban llevando a cabo algunos preparativos extraordinarios.

Antes de la batalla de Toro Isabel había prometido a San Juan Evangelista, de quien era particularmente devota, que, si le otorgaba la victoria, celebraría en Toledo una acción de gracias en su honor; la promesa incluía también la construcción de una iglesia para conmemorar su patronazgo y el valor de que había hecho gala su esposo. Un breve período de relativa paz le proporcionó la ocasión de mantener su palabra.

Por la tarde, el rey, la reina y sus caballeros, cruzando a medio galope la ondulante y parda vega, divisaron la antigua ciudad, encaramada sobre una colina, cuyo oscuro perfil se delineaba sobre el pálido cielo y que semejaba un rico mosaico de arquitectura cristiana y morisca al mismo tiempo. Desde la cúpula de la catedral se elevó el débil murmullo de la música que llegaba hasta las cabañas junto a la orilla del río y a los grandes arcos del puente morisco que atravesaba el Tajo. Por la puerta morisca del norte, llamada de Bisagra, salía un grupo de niños con fantásticos vestidos ejecutando sus danzas y varios músicos que tocaban todo tipo de instrumentos; y algunos muchachos más que entonaban la misma canción que Isabel oyera un día en Ocaña, cuando el pueblo se levantó en armas para protegerla de la ira de Enrique:

«Flores de Aragón, dentro Castilla son.

¡Pendón de Aragón, pendón de Aragón!...».

Sobre una mula cubierta con magníficas gualdrapas y vestiduras doradas, cuyas bridas sujetaban dos pajes pertenecientes a familias de la nobleza, la reina Isabel entró en la ciudad sonriendo de gozo; ofrecía una esbelta figura, con sus cabellos lanzando destellos cobrizos a la luz del sol. Fernando, cubierto con una brillante armadura de los pies a la cabeza, montaba a su lado

un gran alazán. Pasando la ermita de San Eugenio, cerca de la puerta, atravesaron el Zocodover y la Calle Real hasta llegar a la catedral, donde hallaron una procesión formada por prelados, canónigos y sacerdotes que venían andando desde la Puerta del Perdón, en el lado opuesto de la ciudad, con un crucifijo a la cabeza y seguidos por una ingente multitud. A ambos lados del arco levantado frente a la puerta de la gran iglesia había un ángel y en el centro una hermosa doncella con corona de oro y manto azul que representaba a la Santísima Virgen. Mientras el rey y la reina desmontaban, los dos ángeles comenzaron a cantar:

«Tua est potentia, tuum est regnum, Domine; Tu es super omnes gentes; da pacem, Domine, in diebus nostris».

La procesión entró en la iglesia acompañada de este cántico triunfal. En la inmensa nave de mármol y granito, los rayos del sol se filtraban a través de las vidrieras descomponiéndose en múltiples colores que se mezclaban con las figuras del rey y la hermosa reina, ambos arrodillados ante el altar mayor. Si los éxitos los habían convertido en señores de los hombres, también habían aumentado su humildad en presencia del Más Alto Señor, y jamás dejaron de darle gracias, ni siquiera por el favor más insignificante. El Señor, que podía haberles hecho probar la amarga copa de la derrota, les había regalado sin embargo la victoria... ¡Para Dios, pues, y no para ellos, toda la gloria!

Al día siguiente se celebró una segunda procesión, aún más espléndida, hasta la catedral. El sonido de las trompetas y el repicar de los tambores, junto con multitud de banderas ondeando al viento, acompañaron su paso a través del portal de su antecesor San Fernando, quien en 1235 liberó a la nación del yugo de los moros conquistando Córdoba, capital de los almohades. Isabel, que conocía perfectamente la psicología popular y procuraba no dejar pasar la ocasión de impresionar a los castellanos en las ceremonias solemnes con el brillo de la realeza –siempre recordaba con vergüenza las sobadas botas de Enrique–, apareció aquella mañana ataviada con un rico vestido de brocado blanco que llevaba bordados en oro castillos y leones; sobre su cabeza, la corona de oro de San Fernando, adornada con piedras preciosas; de sus hombros pendía un largo manto de armiño, cuya cola sujetaban dos pajes con las armas de Castilla bordadas sobre sus pechos. Rodeaba su cuello el famoso collar de perlas y el otro de rubíes, que la luz del sol hacía brillar con destellos rosa pálido; se decía que el más largo (el del centro) había pertenecido al rey Salomón, quien lo dejó en España cuando vino a la antigua Tartesos para buscar en ella oro, plata, marfil, monos y

pavos reales.

Después de oír Misa, los reyes caminaron hasta la tumba de su antepasado Juan I de Castilla, quien cien años antes sufriera en Aljubarrota, contra los portugueses, una humillante derrota. Isabel colocó sobre el lugar donde descansaban sus restos el estandarte, hecho pedazos y ensangrentado, de Alfonso V, capturado en la batalla de Toro por el Cardenal de España. El tiempo había hecho dar la vuelta a la rueda de la Fortuna: los vencidos se encontraban ahora en la cúspide superior y el honor de los castellanos había sido redimido.

Antes de abandonar Toledo, Isabel adquirió unas cuantas casas situadas entre la Puerta de San Martín y la de Cambrón y ordenó luego que fueran destruidas para que se empezara a levantar el monasterio franciscano de San Juan de los Reyes –la reina daba el título de «Reyes» a ambos, Isabel y Fernando, pues en castellano el plural de dicha palabra abarca ambos sexos–. Para ello contrató como «maestro mayor» al arquitecto Juan Guas. Pasaron muchos años hasta que se terminó la construcción de aquella única nave dividida en cuatro bóvedas y cuya piedra estaba labrada como un delicado encaje. Dicho trabajo fue siempre profundamente apreciado por la reina: la expresión más concreta de su amor quedó así grabada de forma imperecedera en la piedra. Por todos los rincones de la iglesia se pueden descubrir las armas de Castilla y Aragón con las iniciales de Isabel y Fernando entrelazadas con flores, frutos, hojas y extraños pájaros y bestias fantásticas primorosamente labrados. La joven reina no se cansó nunca de regalar a su monasterio cálices de oro, joyas, trofeos, tapices y cuadros valiosos.

Desde Toledo los soberanos se trasladaron a Madrid. Hasta allí acudió un embajador de rubio bigote enviado por el rey Eduardo IV de Inglaterra con el fin de negociar un tratado que concediera una serie de privilegios recíprocos a los mercaderes de ambas naciones. Fernando ya había pensado más de una vez en la posibilidad de una alianza con Inglaterra en contra de la nueva autocracia francesa, que había despojado a su padre del Rosellón y la Cerdaña; y tanto él como su mujer descendían de la casa de Lancaster. Así pues, recibieron al embajador con grandes honores. Como éste deseaba dirigirles un discurso oficial, se erigió una plataforma desde donde pudiera pronunciar sus palabras con mayor dignidad. Y dio inicio a una extensa arenga en latín sobre el amor que su señor sentía hacia las serenísimas y poderosísimas Majestades de España; mientras tanto, Fernando e Isabel, que no sabían latín, debían de estar preguntándose de qué hablaba exactamente

aquel buen hombre. Desgraciadamente, en el momento en que el embajador atacaba un «crescendo» final, se desplomó la plataforma que soportaba su peso y el diplomático quedó enterrado entre el armazón. El rey y la reina, muy mortificados, guardaban una expresión lo más solemne posible, intentando contener las carcajadas. Antes de que nadie acudiera en ayuda del inglés, él mismo se las arregló para salir de allí y, como buen británico, continuó su discurso sin perder un ápice de su compostura.

A poco de producirse tan cómico incidente, llegó una nueva comunicación diplomática, cuyo tenor era bastante distinto, enviada por el rey de Granada Muley Abul Hassan, un rico potentado que retomaba la tradición combativa de los moros. En 1476 Isabel le pidió que satisficiera el tributo acostumbrado. Él contestó con una terminante negativa. En Castilla estaba generalizada la opinión de que Muley intentaba reiniciar la antigua guerra que había languidecido bajo el mandato de otros antecesores suyos, más dedicados a los placeres que a la guerra; y también que recordaba con nostalgia los días gloriosos del siglo pasado, cuando 40.000 moros invadieron los reinos cristianos, y que sin duda deseaba emularlos.

Inmediatamente después de la negativa de Muley llegaron noticias de que un nuevo ejército portugués había entrado en Castilla a través de Badajoz y Ciudad Rodrigo; que los aliados castellanos de Don Alfonso tomaban la ofensiva desde Castronuño, Cubella y Cantalapiedra; que Alfonso V había llegado a París, donde fue recibido por Luis XI entre grandes honores. Fernando decidió aplastar de una vez por todas a los rebeldes castellanos en el Oeste, mientras Cárdenas se dirigía a Extremadura para repeler el ataque de los portugueses. Y aún quedaba un tercer escenario donde se desarrollaba una guerra, y en muchos aspectos se trataba sin duda del más crítico: en el Sur, concretamente, reinaba la más absoluta anarquía. E Isabel se propuso acudir allí en persona.

Tanto el rey como el Consejo objetaron que el riesgo era demasiado grande. No existía ciudad ni aldea en todo el sur de Extremadura donde instalar su base de operaciones. Todas las fortalezas se hallaban en manos de algún pequeño tirano cuyos crímenes eran tan conocidos que temía rendirse por miedo a ser ahorcado. Si Isabel pedía la entrega de un fuerte y éste le era negado, se encontraría en la desventajosa posición de rescatar lo que no era capaz de dominar. Y, mientras atacaba alguna plaza, probablemente se rebelarían muchas otras. Los infinitos saqueos e incendios que se producirían durante la estancia de la reina en aquella zona dañarían su prestigio de modo

incalculable. Era mejor, dijeron, permanecer en un lugar seguro como Toledo, desde donde podría estar en contacto con el desarrollo de los acontecimientos, hasta que el rey tomara las plazas clave de Castronuño, Cubellas y Siete Iglesias, y Cárdenas acabara con los portugueses.

La reina escuchó atentamente aquellos consejos y, como de costumbre, anunció sin alterarse qué había decidido.

«—Siempre he oído decir que la sangre, como una buena ama de casa, acude a reparar la parte del cuerpo que recibe algún daño. Los Reyes que quieren reinar deben trabajar; y no puede un buen Rey sufrir con paciencia el oír continuamente que en la guerra los portugueses combaten como enemigos y los castellanos como tiranos. Creo que mi Señor debe ir a esas plazas, al otro lado de las montañas, y yo a Extremadura... Es cierto que hay algunos obstáculos para mi ida, como bien decís; pero en todos los negocios humanos hay cosas ciertas y cosas dudosas, y ambas están en las manos de Dios, que acostumbra llevar a buen fin las causas que son justas y en las que se trabaja con diligencia».

El rey y el Consejo accedieron, sabedores de que, cuando la reina hablaba de aquella manera, era inútil exponer cualquier otro argumento. Mientras Fernando se ponía en marcha hacia el campamento occidental, Isabel vestía una vez más su armadura y cabalgaba en dirección Sur, al encuentro de sus enemigos, los señores ladrones.

XI
ENTRADA DE LA REINA EN SEVILLA
SOMETIMIENTO DE LOS INSURGENTES
NACIMIENTO Y BAUTIZo DEL PRINCIPE JUAN

Isabel desmontó en Guadalupe y envió a uno de sus secretarios para que solicitara las llaves de Trujillo a Don Pedro de Baeza, quien gobernaba la fortaleza en nombre del Marqués de Villena.

«No entregaré las llaves más que al Marqués de Villena», contestó el alcaide; y tal fue la respuesta que el secretario trasladó a la reina.

«Volved y decidle», dijo Isabel esforzándose por mantener la calma, «que si entrega Trujillo pacíficamente le recompensaré con dinero y dignidades. Si no, derribaré las murallas sobre su cabeza».

El alcaide replicó con un desafío: «Decid a vuestra señora que no es fácil derribar las murallas de Trujillo».

El enojo consiguió oscurecer los ojos azul-verdosos de la reina, que dijo: «E yo... ¿tengo de sofrir la ley que mi súbdito presume de ponerme, ni recelar la resistencia que piensa me facer? ¿E dexaré yo de ir a mi cibdad, entendiendo que cumple al servicio de Dios e mío, por el inconvimente que aquel Alcayde piensa de poner en mi ida? Por cierto ningún buen Rey lo fizo, ni menos lo faré yo»[1].

Ordenó que se le enviaran inmediatamente desde Sevilla y Córdoba algunas tropas y la artillería pesada y llamó en su ayuda a unos cuantos nobles de las cercanías. Mientras aguardaba la llegada de aquellos refuerzos, avanzó sobre dos plazas de menor importancia: Madrilejo, famosa guarida de ladrones, y Castilnovo. Los alcaldes de ambos castillos accedieron a rendirse con tal de que tanto ellos como sus hombres fueran absueltos de culpa por los crímenes cometidos. La reina consintió a condición de que restituyeran cuantos bienes hubieran robado. Tan pronto como las llaves obraron en su poder y la guarnición se hubo marchado, ordenó que Madrilejo fuera completamente destruido. Sus lombardas cayeron sobre los muros y las torres del lugar hasta que no quedó piedra sobre piedra.

Las noticias de lo sucedido en Madrilejo aterrorizaron a los tiranos de Andalucía. Y, cuando la artillería de Isabel se instalaba ante las murallas de

Trujillo, hizo su aparición el Marqués de Villena.

La reina ordenó que se le entregara la ciudad. El rebelde, recién perdonado, contestó con frialdad que había que discutir antes la restitución de algunas de sus propiedades.

«No hay nada que discutir mientras no tenga las llaves de Trujillo», replicó la reina.

Villena ordenó al alcaide que se rindiera. Isabel entró triunfalmente en la ciudad, dejó la fortaleza al mando de un capitán de su confianza y continuó viaje hacia Cáceres. Allí zanjó una lucha sangrienta entablada a causa de un cargo que se disputaban varios candidatos. Después de dejar una guarnición en Badajoz y en otras ciudades fronterizas, partió hacia Sevilla.

Esta antigua ciudad, situada en la orilla izquierda del Guadalquivir, fue durante siglos exactamente lo que Valdés dijo de ella: el símbolo de la luz, la ciudad del amor y la alegría. Los fenicios la llamaron Hispal, Hispalis los romanos; para los musulmanes conquistadores fue Isabilla; y los cristianos que la rescataron durante el reinado de Fernando el Santo la denominaron Sevilla. Como capital de la Bética se convirtió en un lugar de reposo para los romanos adinerados; en Sevilla nacieron los emperadores Adriano, Trajano y Teodosio. Allí estuvo predicando San Jerónimo cuando San Pedro y San Pablo lo hacían en Roma. Y allí fueron martirizadas en el año 303 Santa Justa y Santa Rufina por negarse a adorar a Salambo. Cuando los moros la conquistaron, procedieron a reconstruirla a su gusto y, cuando Isabel la conoció, la arquitectura de la ciudad era fundamentalmente morisca. La catedral, ante cuyo altar mayor danzaban los muchachos, ataviados con alegres ropas, en las festividades del Corpus Christi y de la Inmaculada Concepción, era en su origen una mezquita convertida en uno de los más bellos edificios góticos de Europa. Junto a ella se alzaba la elegante Torre de la Giralda con una imagen de la Fe en lo alto, obra del árabe Al-Jebr, inventor del álgebra; y el Alcázar, donde Fernando el Santo estableció su residencia, fue domicilio particular de varios reyes almorávides y almohades –de hecho, cuando en el siglo XIV Pedro el Cruel ordenó reconstruirlo, reunió a unos cuantos obreros procedentes de Granada, que habían trabajado en la construcción de La Alhambra, para evitar que se perdieran las características moriscas–. Toda la ciudad era mora: un laberinto inextricable de estrechas y sinuosas calles y callejuelas, a cuyos lados se alineaban blancas casas de una sola planta que encerraban flores de alegres colores y frescas fuentes en el centro de los patios, donde los sevillanos vivían en realidad la mayor parte

del año. En tiempos de Isabel, al igual que hoy en día, era una ciudad sensual y encantadora que parecía hecha para una eterna tarde de verano, perfumada con el aroma de los azahares bajo la luz de la luna. Desde el barrio gitano de Triana llegaba el sonido de las guitarras y castañuelas: en todas partes –en el río, en los patios, en los balcones– se oía la música de múltiples bailes unida a la risa de hombres y mujeres.

Sin embargo, en 1477 la ciudad destilaba corrupción y temblaba de odio y de miedo. Porque, a pesar de su arquitectura a todas luces mora, la población se hallaba dividida en dos bandos irreconciliables: los cristianos y los judíos.

Existía un barrio judío muy grande denominado «la judería», pero la antigua ley que los obligaba a residir en ella no fue respetada mucho tiempo. Bastante más numerosos que los niños israelitas de ojos tristes lo eran aquellos de su raza que vivían como «conversos» entre los cristianos, contrayendo matrimonios mixtos, acaparando los oficios más prestigiosos y lucrativos, propietarios de la porción de la ciudad que era más valiosa y con grandes rentas procedentes del comercio, el préstamo de dinero y el mercado de esclavos organizado para la compra-venta de moros y negros africanos. El problema se veía agravado por el Duque de Medina Sidonia y el joven Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, quienes desde hacía tres años libraban encarnizadas batallas dentro y fuera de la ciudad.

Cuando una mañana de julio de 1477 Isabel se acercaba a Sevilla, salió a su encuentro por las puertas de la ciudad una comitiva de negros de Triana ataviados con ropas rojas, verdes y amarillas y ejecutando bellas danzas. Sus movimientos, alegres y ligeros, les hacían parecer insensibles al calor del incandescente sol andaluz: sus brazos, sus piernas y sus ágiles cuerpos ondearon en un ritmo frenético hasta que les llegó la orden de detenerse[2]. La reina, montada sobre una mula blanca andaluza, entró en Sevilla con la acostumbrada magnificencia y acompañada por un brillante cortejo de nobles y de ricos judíos y conversos ansiosos de demostrarle su lealtad. Las calles se hallaban entoldadas con magníficos tapices antiguos extendidos entre tejado y tejado, de manera que el cortejo real, cuyas piedras preciosas, púrpuras y dorados despedían espléndidos destellos, pudiera avanzar protegido por una suave sombra multicolor y pisando sobre un suelo salpicado de rosas y jazmines que la gente había arrancado de sus jardines. Isabel se dirigió primero a la catedral, donde se arrodilló ante la imagen de marfil de Nuestra Señora de los Reyes, que Fernando el Santo llevaba siempre consigo en el

campo de batalla sobre un arzón, y dio gracias a Dios por todos sus beneficios. Después marchó hacia el Alcázar, morada de tantos reyes. Paseó por los jardines de Sevilla, donde las palmeras se mecían sobre los granados repletos de flores rojas como la sangre, y sobre los naranjos cargados de esferas doradas. Se sentó pensativa y seria en la silla de juicio de Fernando el Santo, situada en la Sala de Embajadores; y allí fue donde decidió restablecer la paz de la alegre ciudad. Mientras los principales señores ideaban a toda prisa la mejor manera de rendirle homenaje, ella cavilaba tranquilamente a cuáles de ellos mandaría ahorcar.

Ningún sevillano guardaba en su memoria un recibimiento como aquél en honor de un monarca. Los «veinticuatro» impusieron un duro tributo para sufragar los gastos de aquella demostración de lealtad; ordenaron a los comerciantes que entregaran piezas de terciopelo veneciano bordado en oro para adornar el dormitorio de la reina[3]; requisaron ornamentos, lazos y finas telas orientales para uso de Isabel; proporcionaron uniformes nuevos a sus soldados; y compraron excelentes caballos para los heraldos.

A dicha bienvenida siguieron brillantes festejos y banquetes. En la misma arena donde quince siglos antes los romanos disfrutaban con sus sangrientos juegos se celebraron numerosas corridas de toros. Pero la reina no hacía sino contemplar con impaciencia la procesión de «alguacilillos» ataviados con sus arcaicos uniformes; los «espadas», que esperaban clavar sus estoques en la gran fiera negra cuando estuviera enfurecida por los dardos de los «banderilleros» y las rojas gallardetas ondeantes de los «chulos»; los picadores a caballo provistos de picas y lanzas. Un hermoso caballo se desplomó destripado. Cuando por fin el toro cayó muerto sobre la arena ensangrentada, los «muleteros», con sus mulas ricamente engualdrapadas, arrastraron su cadáver fuera de la plaza... Este espectáculo la ponía enferma. No porque le repugnara la vista de la sangre –siempre que su derramamiento fuera necesario–. Las guerras eran a veces necesarias, y también, de acuerdo con su filosofía, las ejecuciones ordenadas justamente por las personas de la realeza que habían recibido su autoridad de Dios. Pero esto era diferente... En efecto: era *innecesario.* E Isabel, después de contemplar la muerte de un torero, prohibió las corridas para siempre. Fernando y Mendoza, sabedores de la afición de los andaluces a dicho espectáculo, argumentaron que les pedía lo imposible. Finalmente, Isabel tuvo que modificar la orden y mandó que en las cabezas de los toros se colocaran falsos cuernos acabados en unas bolas. Pero si los sevillanos pensaron que la reina también evitaba el derramamiento de

sangre cuando se trataba de una causa necesaria, pronto tuvieron que cambiar de opinión.

Una vez concluidos los festejos, Isabel ordenó que nobles y clero elaboraran una serie de informes sobre la situación de la ciudad. Lo que oyó confirmó aún más sus aprensiones. Aparte de las guerras civiles libradas entre los nobles, otros horribles crímenes formaban parte de la vida diaria. Todo tipo de noticias acerca de asesinatos, raptos, incendios, sodomía, blasfemias, robos y pillajes hirieron los oídos de la reina. Los jefes cristianos de Sevilla, tanto clérigos como seglares, atribuían la relajación moral al contacto de la población con los conversos, quienes habían abandonado el judaísmo sin abrazar el cristianismo con sinceridad. El dominico Fray Alonso de Ojeda le aconsejó establecer la Inquisición. Y lo mismo hizo Felipe de Barberis, Inquisidor de Fernando en su reino de Sicilia, que se encontraba por entonces en Sevilla. Sin un instrumento como ése, predijeron que la cristiandad desaparecería rápidamente de su territorio y que de ello serían responsables los propios reyes.

«Los judíos españoles no eran muy diferentes de la población cristiana en lo referente a costumbres y educación», dice una autoridad en materia judía. «Eran aficionados al lujo y sus mujeres vestían ropas costosas de grandes colas y se adornaban con ricas joyas; todo ello hacía aumentar el odio del pueblo hacia ellos. Eran pendencieros e inclinados al robo y a menudo se atacaban e insultaban los unos a los otros en sus sinagogas y casas de oración, infligiéndose mutuamente heridas con la espada que solían llevar consigo»[4]. Todo esto se podía aplicar igualmente a los marranos, que estaban peor vistos todavía, porque como «cristianos» dominaban una serie de actividades que les estaban vedadas a los judíos.

La reina conocía desde hacía tiempo la agudización del problema en las ciudades de Sevilla, Córdoba y Toledo. A lo largo de su vida, aparte de la de Córdoba, acaecida en 1473, se habían producido varias masacres más. En Sevilla, donde los cristianos nuevos eran lo suficientemente numerosos como para plantearse una venganza violenta, se había organizado y armado una milicia de más de 5.000 hombres con el único propósito de provocar una masacre de la que ellos mismos acabarían siendo víctimas. Uno de los principales objetivos de la política de Isabel consistía en acabar de una vez por todas con semejante estado de guerra.

La reina no creía que la antipatía entre cristianos y conversos naciera de una cuestión racial. Probablemente no habría estado de acuerdo con la

pesimista opinión de un judío moderno que escribió: «Los judíos y los gentiles son dos mundos distintos: entre vosotros los gentiles y nosotros los judíos existe un abismo insalvable». Sin embargo, sí habría rubricado esta otra: «Dondequiera que haya un judío nacen los problemas –es una fuente de desgracias tanto para él como para quienes les rodean–»[5]. Pero las diferencias entre ambos, como Isabel supo muy bien adivinar, eran principalmente religiosas y no raciales. La reina carecía de prejuicios contra aquellos conversos que intentaban practicar de corazón la doctrina cristiana. Hasta los últimos días de su vida se contaron entre sus hombres de confianza muchos conversos; y era de la opinión de que los judío-cristianos sinceros que habían abandonado por completo las costumbres que señalaban a los judíos como pueblo aparte se llevaban perfectamente bien con sus vecinos cristianos. La asimilación de judíos que se acabó produciendo por parte de los españoles parece apoyar bastante su teoría. No obstante, la impresión que prevalecía en España era la de que la mayoría de los conversos iban a Misa los domingos y los sábados a la sinagoga. Resultaba difícil descubrir cuáles de ellos eran auténticos cristianos y cuáles judíos. Así que la chusma mataba a todos indiscriminadamente. Isabel contemplaba avergonzada y llena de horror semejante injusticia. Pero ¿cómo distinguir al cristiano sincero del falso?

Con el fin de averiguar si realmente la Inquisición suponía el medio más eficaz de salir de dudas, ordenó al venerable obispo de Cádiz, Don Alonso de Solís, que investigara la situación de Sevilla y le informara de ella. A pesar de lo cual intentó acabar con los delitos perpetrados en la ciudad de su manera acostumbrada, aplicando las leyes existentes. Así pues, anunció que todos los viernes, de acuerdo con el antiguo uso de los reyes castellanos, recibiría en audiencia a quienes quisieran acudir con sus quejas en causas civiles o penales para obtener justicia de forma expedita y sin gasto ninguno a su costa.

Durante los dos meses siguientes, los pobres y oprimidos acudirían todos los viernes desde la Plaza de la Montería, y pasando por el Patio de las Damas, con sus cincuenta y dos columnas de mármol blanco, hasta el Salón de Embajadores. Allí, sobre un fondo de azulejos y otros motivos moriscos, se había instalado un alto estrado revestido con ropajes dorados donde se sentaba la joven reina, grave y atenta a sus palabras. A un lado, por debajo de Isabel, se encontraban algunos prelados y caballeros; al otro, los doctores del Consejo; frente a ella, tres o cuatro secretarios; y, un poco más lejos, los

alcaldes, alguaciles y maceros de la sala.

El número de querellantes justificaba plenamente la opinión de la reina sobre la necesidad de aquellas audiencias. Una vez recibida cada una de las solicitudes por los secretarios, Isabel la ponía en manos de alguno de sus consejeros con instrucciones para que se examinaran detenidamente los distintos testimonios y se tomara una decisión en el plazo de tres días. Ella misma atendía en persona todos los casos dudosos y las apelaciones. Los soldados comenzaron a apresar a todos los malhechores, importantes o no, pobres o ricos, en Sevilla entera y sus alrededores. A los asesinos y otros delincuentes mayores, después de darles tiempo para confesarse, se les ahorcaba sin más ceremonias. Se restituyeron bienes a sus propietarios en grandes cantidades.

Cuando se hizo evidente que la reina se tomaba la cuestión muy en serio, comenzaron a llover las súplicas de parte de varios personajes influyentes, algunos de los cuales le ofrecían dinero para aplacar su actuación. Pero Isabel era insensible a las súplicas, al soborno, a cualquier trato o crítica. Comenzó a aparecer ante los atónitos sevillanos como un ser abstracto, la fría personificación de la máquina de la justicia. Hasta aquellos delincuentes que aún no habían sido denunciados empezaron a huir furtivamente de sus hogares a medianoche. En el transcurso de una semana 4.000 personas pusieron pies en polvorosa.

Tan pesada resultó ser la mano de la reina que al final el obispo de Cádiz suplicó ser recibido en audiencia, a la que acudió acompañado por una inmensa muchedumbre de esposas, hijos, padres, hermanos y hermanas de los fugitivos. La reina, que guardaba un gran respeto a aquel sabio anciano, escuchó su ferviente discurso con la paciencia que negara a muchos otros. El rigor de los magistrados, dijo el Obispo, había convertido su alegría en dolor, miedo y angustia. Era algo natural que bajo el relajado reinado de Enrique los hombres hubieran seguido la tendencia de una menor resistencia a las tentaciones. Había tantos culpables en Sevilla que apenas existía una sola familia que no albergara en su seno un criminal o un cómplice de un delito. Si la reina insistía en aplicar su justicia absoluta, la ciudad acabaría despoblada y en la más completa ruina. Por eso, humildemente, «entre lágrimas y gemidos», como muy bien podía ver ella misma, suplicaban misericordia.

«—Verdad es, muy excelente Reyna e Señora, que Nuestro Señor tan bien usa de la justicia como de la piedad, pero de la justicia algunas veces e

de la piedad todas veces –dijo el obispo– porque si siempre usase de la justicia según siempre usa de la piedad, como todos los mortales seamos dinos de pena, el mundo en un instante perecería... la sacra Scriptura está llena de loores ensalzando la piedad, la mansedumbre, la misericordia e la clemencia, que son títulos e nombres de Nuestro Señor... Porque el rigor de la justicia vecino es de la crueldad, e aquel príncipe se llama cruel, que aunque tiene causa no tiene templanza en el punir»[6].

Francas palabras, en verdad, para ser dirigidas a una autócrata del temperamento de Isabel; pero ésta escuchó pensativamente, como solía hacer cuando se trataba de alguna crítica, y concluyó que, efectivamente, algo había de cierto en lo que dijera el prelado –por otra parte, la reina ya había llevado a cabo lo que pretendía con su actuación–. Así pues, accedió a mostrar su misericordia proclamando una amnistía general que afectaba a todos los delitos, excepto a uno: la herejía. La excepción era significativa.

Cuando Isabel fue a Sevilla por primera vez, el Duque de Medina Sidonia se unió a los conversos en la protesta que éstos mantenían contra la Santa Hermandad. Pero en cuanto se dio cuenta de que la reina no tenía intención de emular el reinado de Enrique IV, elogió con constancia las audiencias reales y tan encomiásticamente como en él era habitual. Después de la amnistía, sus elogios no se restringieron a la justicia de la reina, sino a su incomparable misericordia. Debía, no obstante, formular una sugerencia: nada tenía que objetar a las sentencias pronunciadas ni al número de «hermanos» (miembros de la Santa Hermandad) que custodiaban los caminos desde Portugal a Barcelona; pero la paz no sería definitiva en Sevilla ni en España mientras el asesino, destructivo y desleal Marqués de Cádiz, aquella víbora traidora y sin ley, aquel famoso tirano y criminal, no fuera aplastado y exterminado. Desde hacía años este joven réprobo y descortés había involucrado a la ciudad en una constante guerra civil. Y, en cuanto Isabel subió al trono, se dedicó a conspirar contra ella colaborando con el rey de Portugal. ¿No se había casado con la hermana del Marqués de Villena, aquel otro infame rebelde? La auténtica razón por la que el Duque, eternamente devoto de la reina, no había podido acudir a ayudarle en su lucha contra Portugal venía dada por la necesidad de proteger la ciudad de Sevilla del ataque del Marqués[7]. La reina sería incapaz de imaginar qué cantidad de problemas y gastos había sufrido en su servicio. Él había soportado aquella carga con espíritu alegre, pues era un placer agotar la propia salud y el patrimonio al servicio de tan grande reina. Pero todo habría sido en vano si el

Marqués continuaba en libertad. El Duque rogó a la reina que tomara cartas en el asunto contra el de Cádiz como si se tratara de un enemigo público.

La opinión de los sevillanos confirmaba el relato del Duque, quien gozaba en la ciudad de bastante popularidad. Y la predicción más generalizada fue que la reina jamás conseguiría domeñar al Marqués sin librar contra él una guerra costosa. Cuando tales pronósticos llegaron a oídos de la reina, ésta «concibió gran indignación contra Don Rodrigo».

Era prácticamente imposible dilucidar cómo empezó aquella disputa entre el Duque y el Marqués. Al igual que el rey Don Fernando, este último se había criado en medio de constantes batallas –Bernáldez menciona que en 1462, siendo aún un niño, recibió su primera herida en un combate contra los moros–. El Marqués, mucho más joven que el Duque, al parecer había herido el delicado y puntilloso sentido del honor del otro en algún aspecto difícil de olvidar o perdonar. Ambos vivían en Sevilla y eran muy meticulosos en cuestiones de honor, por lo que su disputa degeneró en una guerra civil en la que toda la ciudad, repleta de hombres armados, se movilizaba al grito de «¡Niebla!» o de «¡Ponce de León!».

El relato de Bernáldez muestra gráficamente la anarquía que Isabel debía suprimir antes de emprender la reconstrucción de España. Hubo una época en que el Marqués saqueó virtualmente la ciudad. Los rufianes a sueldo del de Cádiz habían prendido fuego «inintencionadamente» a las puertas de la iglesia de San Marcos con el fin de hacer salir de allí a unos cuantos partidarios del Duque; y la iglesia entera acabó en llamas. Toda la ciudad, convocada bajo el furioso tañido de las campanas, se unió al Duque para arrojar a Don Rodrigo de Sevilla. Éste se apoderó entonces del fuerte de Jerez y se vengó haciendo la guerra en toda la región andaluza. Así pues, el lunes 8 de marzo de 1473 ambas facciones se encontraron en Carmona para librar una encarnizada batalla en la que fueron asesinados los dos hermanos bastardos del Duque; y Luis de Pernía, hermano de armas del Marqués, quien había luchado junto a él contra los moros, cayó derribado por una bala de espingarda. Tanto el Duque como el Marqués juraron vengarse. Y desde entonces –hacía de ello cuatro años– estaban en guerra permanente.

La llegada del rey Fernando y las ceremonias celebradas en su honor distrajeron temporalmente a Isabel de su propósito de apresar al Marqués para que todos tomaran como ejemplo lo que con él hiciera. Pero los amigos del de Cádiz le informaron del disgusto de la reina previniéndole del peligro que corría. En lugar de levantar el vuelo, el Marqués montó su caballo una

tarde de agosto, cabalgó hasta Sevilla acompañado únicamente de un criado, atravesó las tortuosas calles donde vivían sus enemigos, llegó al Alcázar y solicitó ser recibido en audiencia por la reina.

Isabel se hallaba retirada en sus aposentos; pero en cuanto oyó la sorprendente noticia de que Don Rodrigo Ponce de León se encontraba allí, salió enseguida para recibirle. Ante ella se presentó un hombre de unos treinta años y de mediana estatura, aunque su robustez le hacía parecer más bajo; un hombre de aspecto rudo y extrovertido, cuyo rostro estaba enmarcado por una rojiza cabellera rizada y una puntiaguda barba de un rojo encendido. Con el frío escrutinio de la reina se enfrentaron dos ojos sinceros y faltos de temor que la contemplaban con calma. Don Rodrigo hizo una respetuosa reverencia, aunque sin servilismo alguno. Ella esperó a que el Marqués comenzara a hablar.

«—Vedesme aquí, Reyna muy poderosa, en vuestras manos –comenzó– e si a vuestra Real Magestad ploguiere, mostraré mi inocencia, e aquella vista, faga vuestra Real Señoría de mí aquello que le placiera. Yo no vengo aquí con fiucia de la seguridad que Vuestra Real Magestad me ha dado, pero vengo con la que mi inocencia me da. Ni vengo a decir palabras, mas vengo a mostrar obras, ni menos quiero dañar vuestras orejas reales, condenando a ninguno, mas quiero salvar a mí con la verdad, que siempre salva al inocente. Embiad, Señora, a recibir vuestras fortalezas de Xerez e de Alcalá, aquellas que mis adversarios vos dan a entender, que con gran gente, e mucho tiempo son dificiles de haber; e si las de mi patrimonio complen a vuestro servicio, donde está vuestra cámara las faré entregar, pues entrego mi persona. E por no enojar a Vuestra Magestad, dexo de decir cómo el Duque mi adversario juntó la mayor parte del pueblo desta cibdad, e vino a mi casa, e me echó della, e me desterró de mi naturaleza. Ni menos quiero exprimir los agravios que a mí e a los míos ha fecho, porque Vuestra Señoría lo sabía por verdaderas informaciones. E sobre todo, crea Vuestra Real Señoría, que me consolaré antes sufriendo vuestra ira que su orgullo. E si yo traté con el Rey de Portogal o fice cosa en vuestro deservicio, a Dios que sabe las intenciones secretas doy por testigo, e a Vos que habeis visto las obras públicas»[8].

La reina se vio inmensamente aliviada. Su secretario testimonia que, cuando oyó estas razones, quedó «muy contenta» porque él hablaba poco y con seguridad.

Después de unos instantes de reflexión, Isabel contestó: «Marqués, verdad es que yo he habido de vos no buenas informaciones, pero la

confianza que vos a fecho venir ante mí, da señal del descargo vuestro; e dado que fuésedes digno de pena, haberos puesto desta manera en mis manos, me obligaría a usar con vos de benignidad. Entregad luego esas mis fortalezas de Xerez y Alcalá que teneis, e yo mandaré entender en los debates que son entre Vos y el Duque de Medina e determinaré aquello que sea justicia, guardando en todo vuestra honra»[9].

Isabel, haciendo uso de su conocimiento del temperamento andaluz, había puesto el dedo en la llaga al aludir al punto más sensible del carácter del Marqués, es decir, a su ofendido sentido del honor. Y vio recompensada la sutileza al observar cómo se desvanecía su orgullosa reserva y brillaban sus ojos de admiración y confianza al decir: «Tengovos, Señora, en merced señalada, que vos plega entender en estos debates que son entre mí y el Duque, porque fallará por cierto Vuestra Real Señoría, que ninguno hay, salvo que quiere el Duque señorear esta cibdad; e que ni vos que sois Señora useis de vuestro señorío, ni el caballero, que es natural, goze en ella de su naturaleza. E cerca de la información que vos ha fecho de los tratos que yo he tenido con el Rey de Portogal en deservicio vuestro, por respeto de mi cuñado el Marqués de Villena; verdad es que yo soy casado con su hermana, pero no me obligó el casamiento a que yo quisiese lo que él quisiere, ni siguiese el camino que él siguió: cada uno es libre para facer aquello que entiende que debe seguir. E si por ventura por alguna vía pública o escondida, Vuestra Alteza fallare que yo en estos tiempos pasados favorecí la parte del Rey de Portogal, qualquiera pena que me mandárades dar sufriré con paciencia. Verdad es que no servía las guerras pasadas a Vuestra Alteza como debía, e yo deseaba, por los impedimentos e guerras grandes que por parte del Duque me heran fechas: en las cuales no servía por cierto al Rey de Portogal, como el Duque dice, mas resistí a él como todos saben».

Isabel sonrió al Marqués con la sincera confianza que sus ojos verdeazules reservaban para aquellos que gozaban de su respeto y lo despidió como si fueran amigos de toda la vida. Uno de sus capitanes acompañó al Marqués para tomar posesión de Jerez y Alcalá.

El sometimiento del Marqués supuso una terrible decepción para el Duque y sus partidarios, algunos de los cuales esperaban el desencadenamiento de una nueva guerra civil que les proporcionara al mismo tiempo entretenimiento y pingües beneficios. Y aún más angustiosa fue la orden que la reina dirigió al Duque para que le entregara siete fortalezas recibidas ilegítimamente de Enrique IV. El Duque, no obstante, cedió a su

requerimiento como a algo inevitable.

Por otra parte, la reina solicitó del Mariscal Saavedra, un noble también rebelde, la devolución de Tampa, tomada por él mismo, y de la todavía más importante Utrera, custodiada por uno de sus hombres de confianza. Éste replicó que ambas le habían sido entregadas a su padre por Enrique IV y que no veía razón alguna para verse despojado de ellas. Isabel mandó traer todas sus lombardas y apuntarlas hacia las macizas murallas de Utrera. El asedio duró cuarenta días; transcurrido este plazo, Alonso de Cárdenas, condecorado por sus recientes triunfos en el Oeste, tomó la ciudad al asalto. El alcaide y toda la población, excepto unos cuantos hombres, perecieron en la violenta batalla. Cárdenas trasladó los 22 hombres capturados a Sevilla, donde el rey, enterado de que se trataba de bandidos famosos, ordenó que los ahorcaran.

Fernando había pasado todo el verano ocupado en una labor semejante a la de la reina. Intentó tomar por sorpresa Castronuño, pero su estrategia fracasó porque la plaza estaba situada sobre una colina bien protegida que no podía ser tomada por la artillería. No quedaba más remedio que dejar un ejército que continuara con el asedio hasta hacer morir de hambre a la guarnición.

Los soberanos, que por fin se reunieron en Sevilla en el mes de agosto, acudieron juntos a la catedral para suplicar del Señor la gracia de un heredero varón. Fernando comenzaba a ver por entonces cuán útiles podrían resultar sus hijos, tanto varones como hembras, en la gran partida de ajedrez jugada por Europa y en la que tenía esperanzas de participar una vez restablecida la paz en su nación. Pero, como todo hombre, anhelaba ardientemente un hijo. Y también Isabel lo deseaba. Pulgar escribe: «e con grandes suplicaciones e sacrificios, e obras pías que fizo, plogo a Dios que concibió». El nacimiento de aquel niño se produciría en el verano de 1478.

Ni siquiera durante sus embarazos solía la reina cancelar sus compromisos o ceder un ápice en su enérgico trabajo. Desarrollaba una actividad prodigiosa. Todavía quedaban muchas reformas por emprender: había más de un centenar de fábricas de monedas privadas que suprimir; revalorizar el dinero; tomar castillos; reunir bajo la Corona gran número de posesiones entregadas por Enrique de forma ilegal; y luchar contra la oposición de sus beneficiados. Y aún le quedaba tiempo para ocuparse de la educación de la pequeña Isabel y para ser protectora de las artes.

En octubre el Duque de Medina Sidonia recibió a los soberanos en Sanlúcar. Entonces, para demostrar su imparcialidad, los reyes fueron

también a Roda, donde el Marqués de Cádiz ofreció en su honor banquetes aún más magníficos –si es que aquello era posible– que los celebrados por el Duque. Pero el poder de persuasión de Isabel fracasó en sus intentos de suavizar el orgullo andaluz de ambos hombres para conseguir una reconciliación. De ahí que la reina les ordenara permanecer en sus respectivas posesiones y no entrar en Sevilla bajo pena de muerte.

Alrededor del 1 de diciembre la Corte regresó a Sevilla para pasar el invierno. El día de Navidad de aquel año Fernando e Isabel promulgaron el primer decreto real que se conoce sobre la imprenta. Thierry Martins, o Dierck Martins, el famoso impresor de Lovaina cuyo paradero entre los años 1476 y 1480 fue durante tanto tiempo un absoluto misterio, apareció aquel invierno en Sevilla, donde se le conocía con el nombre de Teodorico Alemán. El decreto de 25 de diciembre de 1477 le exime de impuestos por ser «una de las principales personas en el arte de imprimir libros, arte importado hasta España a costa de gran riesgo y gastos, con el fin de enriquecer las bibliotecas del reino y proveer de más libros a los hombres instruidos de nuestros reinos, lo que redunda en su honor y en su utilidad, así como en los de nuestros súbditos». Quienquiera que dificultase la labor de Thierry o de sus compañeros de trabajo, quedaba amenazado por la acción de los tribunales civiles y penales y con la confiscación de sus bienes[10]. El primer libro impreso en España fue una colección de cánticos en honor de Nuestra Señora, edición de 1474; siguió una edición de Salustio de 1478 y una traducción al castellano de la Biblia fechada en 1478, obra de Fray Bonifacio Ferrer. Isabel, que hasta en tiempo de guerra se las había arreglado para enriquecer la colección de su padre con nuevos manuscritos iluminados, comprendió inmediatamente cuántas posibilidades ofrecía el nuevo invento.

Sevilla, castigada por la justicia de la reina, cuya misericordia había conseguido restablecer la calma, disfrutaba aparentemente de un alegre invierno, a pesar de que más de un descontento refunfuñara para sus adentros. Llegó la primavera y, con ella, se recibieron interesantes nuevas procedentes de Portugal. La maravillosa mina de oro descubierta seis años atrás en San Jorge de la Mina estaba logrando enriquecer de modo fabuloso a los portugueses. Se decía que los negros y desnudos bárbaros cambiaban una sola pepita de oro, del tamaño del puño de un hombre, por unas cuantas ropas usadas o por unos cascabeles. De todos los puertos de España –Sevilla, Cádiz...– zarpaban carabelas y galeras, y uno de los barcos regresó con 10.000 pesos en oro.

Pero el tema de conversación más corriente en la Corte y en toda España era el próximo alumbramiento de la reina. En las iglesias de Castilla y León se elevaban plegarias por ella; y el júbilo fue inmenso cuando en la mañana del 30 de junio Isabel dio a luz un niño[11], acogido por el alegre tañido de las campanas y el tronar de los cañones. El rey, de acuerdo con las antiguas costumbres castellanas, designó a Garci Téllez, Alonso Melgarejo, Fernando de Abrego y Juan de Pineda para presenciar el nacimiento del niño junto a la partera, una mujer sevillana conocida como «La Herradera»; y el pequeño príncipe, nada más llegar al mundo, fue confiado al cuidado de un aya de noble familia, Doña María de Guzmán. El pueblo sevillano celebró aquel acontecimiento durante tres días y tres noches.

El nueve de julio el príncipe Don Juan fue llevado a la catedral para ser bautizado. Afortunadamente, y para satisfacer la curiosidad de las épocas posteriores, entre los espectadores se hallaba un joven sacerdote cuya visión de las cosas era muy similar a la de un reportero de la alta sociedad, y que se encargó de dejar por escrito toda la ceremonia con los más mínimos detalles. La capilla que albergaba la pila bautismal y todos los pilares de aquella especie de bosque de mármol y granito estaban engalanados con brocados y sedas de los más alegres colores que se puedan imaginar. La joven y regia criatura, seguida por los gritos de júbilo de la multitud y sostenido por los brazos de su aya sobre un almohadón de brocado rojo, entró en la catedral encabezando una espléndida procesión formada por toda la Corte, los embajadores extranjeros, las autoridades de Sevilla y los grandes prelados y nobles del Sur. En primer término apareció el Cardenal Mendoza, «el tercer rey de España», a quien seguían los distinguidos padrinos del niño: el legado papal, el embajador de Venecia, el Condestable de Castilla y el Conde de Benavente.

En España ninguna ceremonia parece completa si no se cuenta con la presencia de la música. Así que allí se oyeron «infinitos instrumentos de música», incluidos cuernos de toda clase, desde el más agudo hasta el bajo más profundo. Los magistrados de Sevilla llevaban en sus manos los emblemas de la justicia y todos vestían ropas nuevas de terciopelo negro sufragadas por la ciudad para la ocasión. Don Pedro de Zúñiga custodiaba una gran bandeja de plata que contenía la vela de bautismo y las acostumbradas ofrendas. Delante de él caminaba un paje muy pequeño que con ambas manos sostenía otra bandeja sobre la cabeza, de modo que todo el mundo pudiera comprobar que la ofrenda estaba formada por un gran

«excelente» de oro hecho con 50 piezas fundidas. Tras aquel paje en miniatura iban dos damiselas de la reina, escoltadas por dos hermanos, miembros de la nobleza, con una copa de oro y una jarra para la ceremonia. El aya de alta cuna iba acompañada por cuatro grandes de la Corte y muchos otros caballeros y notables. Y al final, deslumbrante de esplendor, venía la madrina, la Duquesa de Medina Sidonia, llevada «para mayor honor» a lomos de una mula propiedad del Conde de Benavente y seguida por nueve damiselas vestidas con faldas y tabardos de seda de todos los colores. La Duquesa, por su parte, que adornaba su cuello con una gruesa cadena, lucía una espléndida falda de brocado bordado con perlas y un tabardo de raso blanco ribeteado en damasco. En la fiesta celebrada tras el bautismo, el rey y toda la Corte se mostraron alegres y felices. El enano favorito de Fernando, Alegre, jamás hizo gala de tanto ingenio. Como dedicara numerosos elogios al tabardo de la Duquesa, una vez acabado el banquete ésta se lo envió de regalo[12].

Transcurrido un mes exactamente, un domingo de agosto, la reina asistió a Misa para presentar al príncipe en el templo, tal y como hiciera la Santísima Virgen con el Niño Jesús en Jerusalén. Iba precedida por el rey, que ofrecía una espléndida figura sobre su pequeña jaca de color gris perla. Su Majestad lucía un suntuoso brocado con adornos dorados y un sombrero bordado también en oro; las gualdrapas de su caballo eran de terciopelo negro y oro. La reina Doña Isabel montaba un potro blanco con una silla dorada y gualdrapas de oro y plata; su falda de seda estaba cubierta de perlas. La acompañaba solamente la Duquesa de Villahermosa. Iba detrás de un alegre grupo de músicos; y, abriendo paso a Sus Majestades, las autoridades de la ciudad a pie y los grandes de la Corte.

Cerraba la procesión el aya del príncipe montada en una mula y llevando orgullosamente al niño en sus brazos sobre un almohadón; la rodeaban los Grandes de la Corte y el Almirante de Castilla. «Este día dijeron la Misa en el altar mayor de la iglesia mayor muy festivamente», escribe Bernáldez[13]; y luego todos regresaron al Alcázar.

Tres semanas después de este acontecimiento, el pueblo sevillano y Andalucía entera se vieron presas del pánico a causa de un eclipse de sol. Los hombres de ciencia del Colegio dominico de Salamanca sabían de su existencia y lo aguardaban sin sorpresa para observarlo; pero la mayor parte de la gente sintió una honda preocupación cuando el sol se oscureció a pleno día y comenzaron a aparecer las estrellas como si fuera de noche. Entre gritos

y súplicas, se abalanzaron hacia las iglesias para implorar de Dios que no los destruyera. Bernáldez señala que el sol nunca recobró su color habitual de los días anteriores al eclipse[14]. Los astrólogos contemplaron el suceso con gravedad y dieron todo tipo de explicaciones. Algunos señalaron que se trataba de un buen presagio de la grandeza de los reyes y del extraordinario poder que heredaría el príncipe Don Juan. Otros temían que predijera algún desastre para el príncipe y para Castilla.

Lo que sí es cierto es que sobre la cabeza de algunos infortunados sevillanos se cernía una tormenta. Fue por estas fechas cuando el obispo de Cádiz informó de los resultados de su investigación, confirmando a la reina lo que ésta sospechaba desde hacía tiempo: que muchos de los conversos eran judíos clandestinos que aún mantenían contacto con los de la sinagoga y además se dedicaban con tesón a ganar prosélitos entre los cristianos. Hasta el punto de que poco les faltaba para «predicar la ley de Moisés»[15] desde los púlpitos católicos. El Obispo no veía medio de evitar las disputas, los asesinatos o las masacres hasta que Su Alteza eliminara las causas de tantos desórdenes. Y esto sólo se podría conseguir haciendo respetar las antiguas leyes que obligaban a los judíos a vivir apartados de los conversos en las juderías, donde no podrían realizar ningún proselitismo; y estableciendo un tribunal especial encargado de castigar a los marranos culpables de judaizar a la población o de otros delitos contra la religión. Si no se tomaban dichas medidas, más pronto o más tarde los judíos lograrían su propósito de destruir la Cristiandad española para convertirla en una nación judía y reducir a los cristianos a una auténtica esclavitud tanto política como económica.

La cuestión era cómo distinguir en dichos procesos judiciales a los conversos judaizantes de los judíos convertidos sinceramente al cristianismo. Y, en opinión del venerable Obispo, aquella distinción no se podría llevar a cabo mediante los tribunales ordinarios del Estado. Los delitos contra la fe tenían consecuencias tan serias en la moralidad pública y se mantenían tan en secreto que resultaba difícil probarlos a partir de actos externos. Y la prueba debía consistir en ver si los judíos acusados que profesaban el cristianismo creían y practicaban realmente la doctrina de la Iglesia o bien seguían la de la sinagoga e inducían a otros a hacer lo mismo. Un juez ordinario, aunque hombre de leyes, no podría juzgar de manera conveniente asuntos meramente religiosos. Así pues, se necesitaba un tribunal religioso para juzgar de la ortodoxia de los acusados antes de que el Estado procediera contra ellos.

Es probable que el Obispo no hiciera más que decir en voz alta lo que

constituía una creciente convicción en la mente de los reyes: que no existía otro camino para completar su ambicioso programa de la independencia de la España cristiana que el de apropiarse de los poderes espirituales de la Iglesia. Para ellos, como para todos los gobernantes de su época –fueran o no católicos–, la unidad de fe se suponía el principio fundamental de todo buen gobierno y su aplicación el primer deber de un rey. Si esto era aceptado como cierto en tiempos de paz, aún se hacía más difícil cuestionarlo cuando se vivía en guerra: entonces todos los gobiernos insistían a toda costa en lo necesario de la unidad. Y Castilla se hallaba sin duda en el principio de un largo y peligroso conflicto.

Para los cristianos españoles, que descendían de una larga tradición de cruzados y a quienes se les enseñaba desde la cuna las glorias de una guerra eterna que sólo acabaría con la reconquista de Granada, cualquier alusión a los moros suponía recordar el histórico alineamiento de los judíos del lado del enemigo. Lo que los hijos de Israel ya habían hecho una vez bien podían repetirlo nuevamente sus descendientes. Los cristianos viejos no veían más que un hermoso ejemplo de justicia poética en cualquier tribunal que obligara a los conversos a ser leales y a hacerles pagar una parte considerable de los gastos de una guerra inminente. Los judíos habían invitado a los moros a entrar en España; pues que los hijos de esos mismos judíos se encargaran de pagar los gastos de su expulsión. Se ha dicho que éste era uno de los argumentos esgrimidos por el rey Don Fernando ante la reina.

Además, los acontecimientos daban la razón a esta teoría. Mientras los reyes se encontraban en Sevilla, regresó de Granada su mensajero con la respuesta de Muley Abul Hassan al ultimátum de los monarcas para que pagara el tributo. Su contestación fue la siguiente: «Los reyes de Granada que pagaban tributo ya están muertos, y también los reyes de Castilla que lo recibían».

No presentaba, sin embargo, objeción alguna a una tregua de tres años; y Fernando e Isabel, que carecían de hombres y de dinero para la guerra, se vieron obligados a consentir. Los términos del acuerdo permitían a ambas partes efectuar pequeñas «razzias» y capturar ciudades que pudieran ser reducidas en tres días[16] –una concesión en favor de los impulsivos hombres de la frontera, a quienes ninguno de los dos gobiernos era capaz de impedir que actuaran–. Pero, apenas se había firmado dicho acuerdo cuando Muley invadió Murcia con 4.000 jinetes y 30.000 soldados de a pie, destruyó las cosechas y robó todo el ganado. Después de tomar por sorpresa la ciudad de

Cieza en tan sólo tres días, pasó a todos los habitantes –hombres, mujeres y niños– a cuchillo y regresó tranquilamente a Granada[17].

Isabel y Fernando no tuvieron más remedio que soportar la humillación de dejarle escapar sin recibir su castigo por semejante atrocidad. Pero renovaron solemnemente la promesa hecha nueve años antes en su acuerdo matrimonial de no descansar hasta que los musulmanes fueran expulsados de España. No hacía falta ser profeta para darse cuenta de que la lucha a muerte entre la Cruz y la Media Luna comenzaría sin duda en 1481, tan pronto como expirara la tregua.

En 1478, al mismo tiempo que Muley llevaba a cabo su razzia, Fernando comenzó a traer artillería desde Italia[18] y a estudiar campañas imaginarias. Era obvio que las dos bases de operaciones fundamentales se establecerían en Córdoba y Sevilla, donde los conversos eran numerosos, amén de ricos e influyentes. Sevilla, que había conseguido escapar de la carnicería de 1473, se hallaba bajo su absoluto dominio. Dadas las circunstancias, la persecución de los conversos era una conclusión a la que cualquier estratega de la época llegaría inevitablemente.

E Isabel era una excelente estratega. Pero procuraba también comportarse de modo justo y misericordioso. Por eso, cuando el Cardenal Mendoza hizo notar la injusticia de castigar a los conversos por herejes cuando muchos de ellos ni siquiera habían tenido la oportunidad de ser decentemente instruidos en la doctrina cristiana, probablemente se sintió más que aliviada al poder presentar una excusa para demorar la cuestión. El Cardenal propuso redactar un catecismo claro, simple y comprensible que explicara las principales verdades de la religión cristiana, y ordenar comentarlo en todas las iglesias de Sevilla y en las zonas donde se reunieran con frecuencia los conversos. La reina dio su consentimiento y emprendió las distintas tareas que la mantuvieron ocupada en los dos años siguientes[19]. Pero al mismo tiempo, a través de sus representantes en Roma, solicitó del Papa Sixto el permiso para organizar en Sevilla un Tribunal de la Inquisición al estilo tradicional, en que los inquisidores fueran nombrados por la Corona.

XII
LOS ENEMIGOS DE LA IGLESIA
LOS CÁTAROS
ORIGEN Y DESARROLLO DE LA INQUISICIÓN

«Inquisición». ¡Terrible palabra! Su significado original en latín era el de «encuesta» o «investigación oficial». Pero, para el oído moderno, se ha convertido en una nota discordante repleta de siniestras características; quizá algo vagas, pero indiscutiblemente siniestras. De inmediato se la relaciona con cámaras de tortura, llamas, persecuciones, crueldades injustificadas y una diabólica falta de ecuanimidad. Y nos preguntamos: ¿cómo fue nadie capaz de llevar a cabo actos semejantes? Y, sin embargo, eran hombres como nosotros: es más, eran nuestros antepasados. Contemplad un momento las efigies de algunas tumbas de mármol ligeramente anaranjado que existen en España[1]. No representan rostros de tártaros de tez amarilla, ni de bosquimanos, ni de negros maestros del vudú; sino los de personas de nuestra propia raza occidental; algunos de ellos incluso hermosos, nobles y sensibles, como pueden ser las caras de los hombres que viven hoy en día en Italia, en Francia, en Alemania, Polonia, Gran Bretaña o Irlanda; incluso de los ejecutivos y hombres de negocios que frecuentan los clubes de Londres y Nueva York. Al contemplar estos perfiles, se hace difícil conservar la auto-complacencia, llena de satisfacción, con que una época suele mirar por encima del hombro a las pasadas. Si los rostros pueden decirnos algo, esos obispos, caballeros y damiselas que descansan en silencio sobre almohadones de un exquisito encaje, primorosamente labrado en la piedra, no eran bajo ningún concepto inferiores a nosotros en el aspecto moral o intelectual. ¿Cómo pudieron, pues, gobernar haciendo uso de unos métodos tan incomprensibles para nosotros? ¿Cómo fue capaz una mujer como Isabel, a quien tan bien conocemos, de tomar siquiera en cuenta la propuesta de que debía condenar a morir en la hoguera a las personas que hubieran ofendido a la Iglesia, esa misma Iglesia en quien ella creía firmemente como instrumento establecido por Dios para su salvación? ¿Y cómo es posible que el Tribunal de la Inquisición se asociara con la Iglesia fundada por Jesucristo y propagada por unos pocos pescadores hebreos, perseguidos por sus propios

hermanos judíos? Las respuestas a todas estas preguntas permanecen ocultas para nosotros y la reina Doña Isabel continuará siendo un enigma, tanto para la humanidad actual como para sus múltiples biógrafos... a menos que nos situemos con la imaginación en la curiosa encrucijada histórica en que se encontraba e intentemos ver con sus propios ojos los hechos concretos de donde nacían los problemas con que se debía enfrentar.

Para Isabel, el mundo era un inmenso campo de batalla en el que, durante siglos, fuerzas invisibles y principados se hallaban enzarzados en una titánica contienda por la posesión de las almas de los hombres. En su opinión, el hecho fundamental y más importante de la Historia era la Crucifixión. Su particular filosofía de la Historia explicaba todo lo ocurrido en los quince siglos transcurridos después de ella tomando como base la aceptación o el rechazo del Crucificado por parte de los hombres; y la clave de los numerosos enigmas de la vida descansaba en dos de Sus afirmaciones: «No he venido a traer la paz, sino la guerra»; y «Quien no está conmigo está contra Mí». La paz prometida a sus hijos era la del alma y no la del mundo que les rodeaba. La Iglesia era para Isabel, tal y como Cristo había predicho, una ciudad sitiada, odiada e incomprendida por «el mundo», pero inconquistable. Se trataba de una teoría fácil de aceptar en una nación donde se había mantenido una cruzada a lo largo de ocho siglos; y tampoco costaba hacerlo en Europa, sobre todo por parte de quienes conocían la extraña Historia del continente tal y como ésta aparecía relatada en los poemas medievales y en las crónicas. La Cristiandad se veía envuelta desde hacía aproximadamente quince siglos en un conflicto a muerte contra enemigos tanto internos como del exterior: el islamismo –principalmente– fuera de sus fronteras y la herejía y el judaísmo dentro.

Isabel pensaba que, siempre que los judíos habían contado con el poder suficiente, se habían dedicado a perseguir al Cristianismo –y ello desde el momento de la Crucifixión–; y cuando su debilidad no les permitía actuar de este modo, combatían el Evangelio ocultamente mediante el fomento de rebeliones y herejías entre los cristianos. Habían lapidado a San Esteban y pedido a gritos la sangre de San Pablo; eliminaron del Antiguo Testamento las profecías que, en opinión de los cristianos, se referían a Jesús de una forma indiscutible. La violencia que manifestaron contra los primeros cristianos convertidos provocó su expulsión de Roma, ordenada por el emperador Claudio[2]. Cuando en el año 615 los persas tomaron Jerusalén, asesinaron a 90.000 cristianos y provocaron la esclavitud de otros 35.000.

Cualquiera que fuese la simpatía que el temperamento humanitario de Isabel le hiciera sentir por los judíos, más tarde víctimas de crueles persecuciones, se hallaba atemperada por su convicción de que los hijos de Israel habían atraído sobre sí a causa de la Crucifixión una maldición real y palpable, que deberían seguir soportando hasta que reconocieran al Mesías nacido entre ellos. Uno se la puede imaginar perfectamente meneando la cabeza en señal de aprobación mientras lee el relato de San Lucas sobre los hechos de San Pablo en Corinto: «Cuando llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, Pablo se dedicó por completo a la predicación de la palabra, dando testimonio a los judíos de que Jesús es el Cristo. Como éstos se oponían y blasfemaban, sacudió sus vestidos y les dijo: "¡Caiga vuestra sangre sobre nuestras cabezas! Yo soy inocente. Desde ahora me dedicaré a los gentiles"»[3]. Y Pablo, el judío, era en algunos aspectos el prototipo de aquellos conversos que se encontraban tan cerca del trono de Isabel durante su reinado. Los diálogos de Pablo de Santa María, un converso que llegó a ser obispo de Burgos cuando reinaba el padre de Isabel, muestran con vehemencia la actitud generalizada hacia los judíos en su época. Los judíos, escribió, han alcanzado riquezas y altos cargos valiéndose de «una persuasión satánica»; las masacres de 1391 se han abatido sobre ellos «porque Dios instigaba a las multitudes para vengar la sangre de Cristo»; y Dios utilizó estas masacres para «tocar el corazón de unos cuantos judíos que examinaron nuevamente las Escrituras y abjuraron de sus errores»[4].

Sin embargo, la mayoría de los judíos continuaron «blasfemando y renegando» durante quince siglos. Cuando la caída del Imperio Romano dejó a la Iglesia la ingente tarea de asimilar y civilizar a millones de bárbaros, los judíos se hallaban considerablemente extendidos en Europa, dedicados a acumular riquezas materiales y una gran influencia entre un pueblo al que despreciaban por su escasa inteligencia y el cual, a su vez, los odiaba por ser extranjeros, prestamistas y, en ocasiones, auténticos extorsionadores. Su presencia aumentaba aún más las dificultades de propagación de una fe que sólo era por el momento un fermento en medio de la masa pagana. La Iglesia, sin embargo, realizó con éxito su titánica misión de establecer el orden y la armonía entre los bárbaros; de hecho, desde que se convirtiera en artífice de la compleja vida del siglo XIII, había llegado a identificarse con la sociedad. Se trataba de una consecuencia inevitable, a menos que se limitara a actuar como simple maestra o como un grupo de élite apartado del pueblo –lo que supondría una concepción absolutamente contraria a los deseos de su

Fundador–. Consecuencia, repito, inevitable, pero que acarreaba el peligro de, en cierta medida, llegar a compartir su destino con una sociedad compuesta de seres humanos, con todas sus debilidades y locuras. Y uno de los problemas que jamás había conseguido resolver era el que afectaba a los hijos de Israel.

Entretanto llegaron del exterior tres grandes azotes: vikingos, magiares y musulmanes. La amenaza del Islam era de todas ellas la más peligrosa y tenaz. Igual que más tarde el calvinismo, se encontraba en muchos aspectos más cerca del judaísmo que de la Iglesia Católica; de hecho, su doctrina, obviamente deudora del cristianismo (hasta el punto de que muchos especialistas la han clasificado como una secta herética del Cristianismo), imitaba parcialmente al judaísmo, sobre todo teniendo en cuenta que se fraguó en la mente de un hombre profundamente influenciado por los judíos de La Meca. Era de esperar que los judíos vieran con mejores ojos su culto que el de los cristianos; y a su vez los musulmanes, aunque en ocasiones emprendieran persecución contra los judíos, mostraban hacia ellos más tolerancia que hacia los cristianos.

Violento, amante de la guerra e intolerante, el culto islámico se extendió con una rapidez increíble entre las poblaciones del Este. En algunos aspectos era más fácil de aceptar que el Cristianismo, puesto que favorecía las facetas de la naturaleza humana que el Cristianismo quería domeñar y disciplinar. La predicación de la conversión haciendo uso de la fuerza y el hecho de someter a las mujeres como auténticas esclavas atrajo sin duda a aquellos bárbaros guerreros. Al igual que un incendio en un bosque de árboles muertos, el Islam barrió el Sur y el Oeste de Asia, se internó en el Este y el centro de África y recorrió toda la costa del Norte hasta dominar el Mediterráneo, enfrentándose a una Cristiandad empeñada todavía en la tarea de civilizar a los bárbaros. El sector más próximo y vulnerable desde el punto de vista defensivo era España, una nación poblada, rica, con tendencias pacifistas y gobernada por reyes visigodos y cristianos. A principios del siglo VIII, los judíos españoles, a través de sus hermanos de Africa, alentaron a los moros para que invadieran la nación[5]. Los godos, divididos en guerras internas, fueron fácilmente conquistados por un ejército invasor de sarracenos.

Como una inmensa y siniestra ola, las tropas musulmanas avanzaron después en dirección Norte sobre la península entera. Algunos de los pobladores del territorio recién conquistado se quedaron en él y se convirtieron al Islam. Los cristianos fieles, por su parte, acorralados en las

montañas del Norte y rodeados de miseria, se unieron para hacer frente al penoso y largo propósito de reconquistar sus tierras a través de siglos y siglos de lucha. Era inevitable que vincularan al odio contra los moros el que sentían hacia los judíos, que vivieron prósperamente tanto bajo Abderramán como bajo otros califas, sirviéndoles con lealtad y «comerciando con la seda y los esclavos, promoviendo así la prosperidad de la nación»[6].

Pero los musulmanes no se detuvieron en los Pirineos. Mientras Muza, su gobernador africano, permanecía en las montañas de Navarra ocupado en imaginarse a sí mismo anexionando toda Europa al imperio que se extendía desde el Oxus hasta el Atlántico, sus hombres penetraban a sangre y fuego en el sur de Francia y tomaban Carcasona, Beziers, Agde y Lodeve. Durante tres años dominaron las localidades de Arles y Avignon. En sus «razzias» subieron por el Ródano y el Saona e incendiaron Autun. Aunque Toulouse consiguió resistir su ataque, llegaron en su sangriento avance hasta Tours. Y entonces Carlos Martel salvó a la Cristiandad.

Los judíos seguían inevitablemente a los árabes victoriosos y su influencia se extendía a su alrededor dondequiera que se instalaban. En el siglo VIII un arzobispo de Lyon se quejaba de la «agresiva prosperidad» de que disfrutaban en el sur de las Galias. Aquí también persistió durante mucho tiempo la cultura islámica: todavía se vendían esclavos negros, cuando en realidad hacía mucho que la Iglesia eliminara la esclavitud y a pesar de que en muchas partes de Europa ya se les había concedido la libertad. De hecho, la sociedad que cantaban los trovadores –rica, artística e inclinada a las cosas buenas de este mundo– estaba impregnada de características asiáticas, tomadas tanto de los musulmanes como de los judíos. Estos últimos fueron tan numerosos e influyentes en el Languedoc que algunos cronistas lo denominaban la «segunda Judea»[7].

En una sociedad como ésta, antagonista en tantos aspectos de la ortodoxia cristiana, la herejía denominada albigense echó fuertes raíces. Es importante saber quiénes eran los albigenses y cuáles sus creencias y doctrinas, porque la Inquisición nació como tribunal permanente para tratar las cuestiones que ellos promovían. Si no hubieran existido los albigenses, probablemente no se habría organizado una Inquisición como la que Isabel estableciera en Castilla.

Por aquel tiempo, aparte de algunos actos aislados de intolerancia cometidos por individuos particulares o muchedumbres organizadas, la Iglesia Católica en su totalidad se había sometido durante doce siglos al

principio de tolerancia. Contra los herejes, San Pablo había invocado exclusivamente la excomunión. Tertuliano, por su parte, manifestaba que ningún cristiano podía trabajar como verdugo o servir como oficial en un ejército. San León, San Martín y muchos otros coincidían en que nada podía justificar el derramamiento de sangre por parte de la Iglesia. Había algunas discusiones acerca del hecho de hasta qué punto se justificaba el que la Iglesia aceptara la ayuda del Estado para castigar a los herejes; pero probablemente la opinión de San Juan Crisóstomo era el claro reflejo de la de muchos obispos contemporáneos suyos: «Condenar a muerte a un hereje es un crimen imperdonable».

A partir del siglo XI, los herejes, a excepción hecha de los maniqueos o de otras sectas consideradas al margen de la sociedad, fueron perseguidos con frecuencia; y, en el caso de sufrir castigo, éste era infligido por el Estado, y no por la Iglesia. El uso de la fuerza como instrumento de la intolerancia parece haber comenzado con el emperador Constantino y sus sucesores cristianos, quienes, de acuerdo con la tradición de la Roma imperial, tomaban la herejía por un crimen político o una forma de alta traición. Teodosio formuló el principio de que «el deber de justicia de la autoridad imperial era proteger a la única religión verdadera, cuyo respeto estaba íntimamente unido al éxito de las empresas humanas»[8]. Los herejes eran desterrados y sus bienes confiscados por el Estado; pero la pena de muerte fue utilizada por lo general solamente contra aquellos que se convertían de alguna manera en perturbadores de la paz pública; así los donatistas, que organizaron sublevaciones y destruyeron iglesias católicas.

Alrededor del año 1000 se produjo un cambio. Y consistió en que los maniqueos, conocidos por distintos nombres, se extendieron desde Bulgaria –de ahí sus apodos: búlgaros, bougres y más tarde bugers– a todos los rincones de Europa. Existía un fuerte odio generalizado contra ellos y en muchas partes fueron linchados por el pueblo. En 1022 el rey Roberto ordenó quemar a trece de ellos en Orleáns. Y en 1126 Pedro de Bruys, que el día de Viernes Santo se dedicó a incendiar algunas cruces y a asar trozos de carne en el fuego, fue quemado en San Giles. Es frecuente leer que en esa época los obispos suplicaban que se respetara la vida de los herejes, mientras que el pueblo y las autoridades civiles reclamaban «justicia» con insistencia. A mediados del siglo XI el Papa León IX y el Concilio de Reims sentaron el histórico principio católico de que el único castigo para los herejes debía ser la excomunión. Aprobaron, no obstante, su encarcelamiento y su destierro

ordenados por el Estado, pues en su opinión los herejes acarreaban el peligro de corromper la moral pública –como de hecho hacían muchos de ellos–.

Es interesante observar cómo bajo circunstancias límite los hombres se deslizan gradualmente desde un punto de vista hasta otro completamente distinto, creyendo sin embargo que siguen siendo coherentes. En el siglo XII, con el desarrollo del Derecho Canónico –resurrección del Derecho Romano que el Renacimiento alentó–, el sentimiento católico sufrió un cambio definitivo. A partir de 1140 comenzamos a encontrar ejecuciones «secundum canonicas et legitimas sanctiones»; el Derecho Canónico ha añadido su autoridad a la del Derecho Civil y, en poco tiempo, el clero se ve claramente involucrado en las persecuciones. El Abad de Vezelay y otros obispos condenaron a nueve herejes, siete de los cuales fueron quemados en la hoguera. Y el arzobispo de Reims, Guillermo el de las Blancas Manos, envió a la hoguera a dos mujeres acusadas de herejes.

Pero fue el pontificado del hábil y destacado Papa Inocencio III, iniciado en 1198, el que marcó el auténtico comienzo de un rigor generalizado por parte de la Iglesia contra la herejía –rigor que encuentra su expresión más extremista, aunque la última, durante el reinado de Isabel–. «Usad contra los herejes la espada espiritual de la excomunión; y, si ésta no surte efecto, usad la espada temporal», escribió a los obispos franceses. «Las leyes civiles decretan su destierro y la confiscación; vigilad para que ambas se cumplan».

¿A qué se debe esta nueva rigidez? ¿Por qué unas palabras semejantes, procedentes de un hombre de Estado benevolente e instruido, padre además de la Cristiandad? El P. Vermeersch, S.J., toma la expresión «espada temporal» como una figura retórica, y cita la opinión, coincidente con la suya, de Luchaire, biógrafo no católico del Papa, quien, tras un estudio de las cartas escritas por Inocencio, concluye que con ello no hace sino referencia «al uso de dicha fuerza cuando sea necesaria para hacer cumplir las medidas de expulsión y expatriación prescritas por el Código Penal. Dicho Código, que parece tan falto de misericordia, constituye no obstante, en comparación con las costumbres contemporáneas, un auténtico progreso hacia la consecución de un mayor humanitarismo».

Tanto Inocencio como los hombres de su época se justificaban a sí mismos considerando la magnitud y naturaleza del daño cometido por los herejes del sur de Francia que estaban intentando prevenir. En el año 1200 las diversas sectas de maniqueos, influidos en sus inicios por los orientales que las persecuciones emprendidas por la emperatriz Teodora empujaron hasta

Occidente, alcanzaron una fuerte expansión en un millar de ciudades y localidades de la Lombardía y el Languedoc. En esta última región eran especialmente numerosos. Pero ¿por qué estaban tan mal vistos por los cristianos ortodoxos?

Los maniqueos se llamaban a sí mismos «cátaros», es decir, los «puros», para indicar su aborrecimiento de las relaciones sexuales. Su doctrina era dualista: afirmaban que el espíritu del mal había echado a perder la obra del Creador, de manera que todas las cosas existentes eran un instrumento del diablo. Así pues, también la vida humana era perversa, y su propagación obra del demonio. La Iglesia de Roma no era la Iglesia de Cristo; ni los Papas sucesores de San Pedro –quien nunca estuvo en Roma–, sino de Constantino. La Iglesia de Roma, por el contrario, era la mujer roja de Babilonia y el Papa el Anticristo. Contaban únicamente con un sacramento, una mezcla de Bautismo, Confirmación, Penitencia y Eucaristía, que denominaban el «consolamentum». Cristo no estaba realmente presente en la Eucaristía y la Transubstanciación constituía la mayor de las abominaciones, puesto que la materia bajo cualquiera de sus formas no era sino obra del espíritu del mal. La Misa suponía un acto de idolatría y la Cruz debía ser objeto de aborrecimiento y no de reverencia; el amor hacia Jesús habría de llevar a sus seguidores a despreciar y escupir sobre el instrumento de su tortura. Tales eran los principios cátaros.

En realidad, repudiaban tanto la acción del Estado como la de la Iglesia. Se negaban a prestar juramento –posición que les acarrearía de forma inevitable la persecución, teniendo en cuenta que en la época feudal la lealtad descansaba siempre sobre el juramento de fidelidad–. Algunos negaban la autoridad del Estado; otros rehusaban pagar impuestos; o bien justificaban el robo de las propiedades de los «infieles»; o negaban el derecho del Estado a infligir la pena capital. Todos se oponían a la guerra; un soldado que actuara en defensa de su nación se convertía en un asesino.

Para entrar a formar parte de la secta –que ellos llamaban la verdadera Iglesia– se debía abjurar de la Fe Católica y recibir el «consolamentum» antes de morir. De esta manera pasaban a ser «creyentes». El principal deber del creyente consistía en venerar a los perfectos o «cátaros», quienes tenían derecho a ser venerados en virtud de la presencia del Espíritu Santo dentro de ellos. Un creyente se convertía en «cátaro» mediante la recepción del «consolamentum». Pasado un año de prueba, debía realizar la siguiente promesa: «Prometo consagrar mi vida a Dios y al Evangelio, no mentir ni

jurar jamás, no tocar a una mujer ni sacrificar a un animal, ni comer carne, huevos o leche; no comer otra cosa que no sea pescado o verduras, ni hacer nunca nada sin recitar antes la oración del Señor; no comer jamás, ni viajar ni pasar la noche sino en compañía de un socio. Si cayera en manos de mis enemigos o me viera separado de mi socio, prometo pasar tres días sin comer ni beber. Nunca me desnudaré al acostarme ni negaré mi fe, aunque esté amenazado por la muerte». Luego, los cátaros daban al nuevo hermano el ósculo de la paz, besándole dos veces en la boca; entonces éste besaba al hermano más próximo y así sucesivamente, hasta que la «paz» llegaba a todos los presentes. Si el candidato era una mujer, el ministro solamente tocaba su hombro con unos Evangelios, pues le estaba prohibido tocar a una mujer[9].

Los cátaros evitaban comer carne en parte porque creían en la metempsícosis. Pero el dogma que atrajo hacia ellos la irrisión y el odio de las masas fue su condena de las relaciones matrimoniales. Los cátaros sostenían que el auténtico pecado de Adán y Eva fue su relación carnal; y se trataba de un pecado porque traía consigo la procreación. Una mujer con hijos estaba poseída por el diablo y si moría estando encinta o en el momento del parto sería sin duda arrojada al Infierno. «Suplica a Dios», dijo un cátaro a la esposa de un mercader de Toulouse, «que te libre del demonio que llevas dentro». El matrimonio no suponía sino una perpetua situación de pecado. Era un pecado de tal magnitud, decían, como el incesto llevado a cabo con la madre, la hija o la hermana; de hecho, consideraban el matrimonio como una forma de prostitución. Argüían que el cohabitar con la propia esposa era aún peor delito que cometer adulterio, porque no se trataba de una debilidad esporádica en la que caía un hombre y la mantenía en secreto, sino un acto que no causaba vergüenza alguna y de cuya perversidad los hombres no se daban cuenta. En tiempos de persecución, no obstante, los hombres y mujeres cátaros podían convivir juntos para evitar que se les descubriera; e incluso compartir durante los viajes el mismo lecho, pero sin desnudarse jamás con el fin de evitar el contacto mutuo.

El suicidio era otro de los dogmas cátaros que no contribuyó precisamente a aumentar su popularidad entre sus vecinos cristianos. La «endura», como lo denominaban, podía adoptar dos formas: la asfixia o el ayuno. A los candidatos para recibir la muerte se les preguntaba qué deseaban ser: mártires o confesores. Si elegían lo primero, se colocaba sobre su boca un pañuelo o un almohadón hasta causarles la muerte. Si decidían convertirse

en confesores, los cátaros los privaban de alimento, y a veces incluso de bebida, hasta que morían de inanición. A los hombres enfermos que solicitaban el «consolamentum» se les instaba a asegurarse la salvación mediante la «endura». Ésta se llegó a practicar incluso entre los niños. Una mujer de Toulouse llamada Guillemette intentó aplicarse a sí misma la «endura» desangrándose y debilitando su cuerpo por medio de baños prolongados; luego bebió una pócima venenosa y, al encontrarse aún con vida, se tragó unos vidrios para perforarse el intestino. Los informes de la Inquisición de Toulouse y Carcasona demuestran que la «endura» acabó con más vidas que los propios tribunales de la Inquisición[10]. «Si el catarismo hubiera sobrevivido, o si tan siquiera se le hubiera permitido existir en condiciones iguales (al Cristianismo), su influencia no habría dejado de ser desastrosa», admite Lea. «...La creencia consciente en una doctrina semejante sólo podía hacer retroceder a los hombres a su situación original de salvajes».

Tales creencias constituían una dura prueba tanto para la Iglesia como para el Estado; y una y otro se enfrentaron a ellas con duras medidas. El emperador infiel Federico II, quizá influido por la comparación realizada por Inocencio entre herejes y traidores, ordenó quemarlos a todos. Como apunta Vermeersch, con el fin de evitar que el emperador usurpara los poderes espirituales de la Iglesia, el Papa Gregorio IX estableció «un tribunal permanente y extraordinario para los juicios contra los herejes» –institución conocida con el nombre de Inquisición–. Los primeros intentos de descubrir quiénes eran cátaros a través de interrogatorios dirigidos por obispos y legados fracasó a causa del carácter secreto de la secta. En tales circunstancias, el establecimiento de las dos Órdenes mendicantes, dominicos y franciscanos, pareció ser «una disposición providencial para proveer a la Iglesia de Cristo de aquello de lo que estaba más necesitada»[11]. La tarea de investigar les fue encomendada sobre todo a los dominicos, porque se hallaban ampliamente instruidos y eran expertos en materia teológica[12]. La organización que se encargaron de perfeccionar es en esencia la misma cuyo establecimiento Isabel promovía en Castilla.

Cuando los inquisidores llegaban a una ciudad, citaban a todos los herejes para que comparecieran en un plazo determinado, que generalmente era de treinta días y se conocía como «período de gracia», para que confesaran. Quienes abjuraban de sus creencias durante este período eran tratados con clemencia y «reconciliados». Si la herejía se mantenía en secreto, se le imponía al acusado una pena también secreta; si pública, una

corta peregrinación o una de las acostumbradas penas canónicas. Los herejes que no comparecían en dicho período debían ser denunciados por los buenos católicos. Al principio no se especificaba el número necesario de testigos; más tarde, sin embargo, se requerían dos. Del mismo modo, inicialmente sólo podía testificar gente cuya buena reputación fuera reconocida; pero poco a poco los inquisidores, ansiando cazar presas tan difíciles como eran los herejes, aceptaron las declaraciones de criminales e incluso de otros herejes.

El acusado carecía de testigos –naturalmente, dichos testigos se convertirían de inmediato en sospechosos de complicidad–. «Por la misma razón se les negaba a los acusados la ayuda de un defensor. Inocencio III prohibió que abogados o escribanos prestaran auxilio y consejo a los herejes y a sus cómplices. Dicha prohibición, que en opinión del Papa debía ser aplicable únicamente a herejes contumaces y probados, se extendió gradualmente a todo sospechoso que intentara probar su inocencia. Así pues, herejes y sospechosos denunciados ante la Inquisición se encontraban sin defensa ni consejo antes del juicio»[13].

Para proteger a los testigos de su muerte a manos de los amigos del acusado –cosa que sucedía con frecuencia–, sus nombres se le mantenían ocultos al prisionero. La única protección con la que contaba contra esta evidente injusticia era que se le permitía señalar uno por uno los nombres de todos sus enemigos mortales; y si por casualidad sus acusadores se hallaban en dicha nómina, su testimonio era inmediatamente invalidado. De otro modo, se veía obligado a probar la falsedad de la acusación formulada contra él, «empresa prácticamente imposible. Porque si dos testigos considerados de buena reputación por el inquisidor se ponían de acuerdo para acusar al prisionero, su suerte estaba echada: independientemente de que confesara o no, se le declaraba hereje».

El ser culpable de herejía significaba en la práctica la muerte en aproximadamente un caso de cada diez. El convicto podía abjurar de sus errores y aceptar la pena impuesta; o bien persistir en su herejía o en su particular opinión y correr entonces con las consecuencias. Si abjuraba, el inquisidor le castigaba como haría con cualquier otro tipo de penitente, imponiéndole una pena determinada no como castigo, sino como «saludable disciplina que fortalezca la debilidad de su alma y borre sus pecados». De hecho, se consideraba a sí mismo un amigo del penitente –un punto de vista, por cierto, que más de una vez el penitente debía encontrar difícil de compartir–. La penitencia variaba según la importancia de la ofensa

cometida; en principio consistía en oraciones concretas, visitas a iglesias, disciplinas, ayuno, peregrinaciones y multas; para errores más graves, se les obligaba a llevar cosida en la ropa una cruz amarilla –deber originariamente impuesto por Santo Domingo a todos los herejes penitentes con el fin de evitar que fueran linchados por la muchedumbre–; o bien se les encarcelaba el tiempo que se juzgara necesario. Debemos recordar que en la Edad Media la penitencia no significaba ningún estigma. De hecho, incluso los reyes que habían cometido algún pecado grave hacían penitencia públicamente, como fue el caso de Enrique II ante la tumba de Santo Tomás de Canterbury, lo cual le honró enormemente.

El inquisidor nunca sentenciaba a muerte. Si un prisionero se negaba a abjurar, el inquisidor lo declaraba pecador contumaz e impenitente, un hereje sin esperanza de conversión, y lo entregaba al «brazo secular» del Estado; entonces el juez civil, para quien la herejía era un crimen cuya gravedad se podía comparar a la de la traición, lo sentenciaba a la hoguera. Por medio de esta ficción legal los inquisidores intentaban convencerse a sí mismos de que no tenían nada que ver con la muerte de los herejes. Un sofisticado razonamiento, similar a este anterior, ha inducido a algunos escritores católicos, como por ejemplo José de Maistre, a decir que toda la crueldad de la Inquisición se debía al Estado y toda la clemencia, por el contrario, a la Iglesia. La verdad es, no obstante, que algunos Papas amenazaron con la excomunión a los príncipes que se negaron a quemar en la hoguera herejes que les habían sido entregados por la Inquisición. Vacandard dice lo siguiente: «Es erróneo pretender que la Iglesia carecía de parte en la condena a muerte contra los herejes. Es cierto que su participación en ella no era directa ni inmediata; pero, aunque indirecta, no dejaba de ser menos real y eficaz»[14].

Evidentemente, los inquisidores debían sentirse incómodos ante su propia lógica, lo que les impulsaba a librarse de su responsabilidad. Cuando entregaban a un hereje al brazo secular, se cuidaban mucho de usar la siguiente fórmula: «Renunciamos a nuestro fuero eclesiástico para abandonaros al brazo secular. Pero deseamos fervientemente que el tribunal secular mitigue su sentencia con el fin de evitar el derramamiento de sangre o el peligro de muerte».

Misericordiosas palabras muy en consonancia con las mejores tradiciones católicas de la época. «Sentimos manifestar, sin embargo», observa Vacandard, «que los jueces civiles no tomaban dichas palabras al pie de la

letra. Si hubieran demostrado alguna inclinación a hacerlo así, se habría apelado rápidamente a su sentido del deber por medio de la excomunión». Pero en su origen la fórmula fue sin duda sincera, y Vermeersch cree que durante mucho tiempo continuó siéndolo[15].

Si un hereje arrepentido caía luego nuevamente en el error, se le consideraba «relapso» y era inmediatamente entregado al brazo secular para ser quemado en la hoguera. Y si se arrepentía antes de llegar a ella, la única misericordia que se demostraba hacia él era la de arrojarlo al fuego previamente estrangulado.

En general la Iglesia, que reconocía la tremenda responsabilidad de la Inquisición, escogía con sumo cuidado a los inquisidores. En cuanto a personal, la Inquisición era mucho mejor que los tribunales del Estado. Bernard Gui, un famoso inquisidor de principios del siglo XIV, manifestó que un inquisidor debía ser «diligente y fervoroso en su celo por las verdades de la religión, por la salvación de las almas y por la destrucción de la herejía. Debe permanecer siempre sereno en momentos de pruebas y dificultades y no dejarse llevar jamás por arrebatos de ira o del temperamento. Ha de ser un hombre valiente y preparado para enfrentarse con la muerte en caso necesario; al igual que no debe escapar cobardemente ante el peligro, tampoco precipitarse en él de forma temeraria. No tiene que dejarse conmover por los ardides y tretas de quienes comparecen ante su tribunal; ni tampoco endurecer su corazón hasta el punto de negarse a demorar o mitigar el castigo cuando las circunstancias así lo requieran. En casos dudosos, debe mostrar cautela para no creer fácilmente lo que parece probable y en realidad es falso; ni, por el contrario, obstinarse en negarse a creer lo que parece improbable y resulta con frecuencia ser cierto. Debe examinar y discutir con celo cada caso para estar seguro de tomar una decisión justa... Que el amor a la verdad y a la misericordia, cualidades específicas de todo buen juez, brille en su semblante; y que sus sentencias nunca estén inspiradas por la avaricia o la crueldad».

Los inquisidores se ocupaban también de casos de asesinato, sodomía, violación, blasfemia y otros crímenes; y, por lo general, los acusados salían mejor parados que cuando eran juzgados por el Estado.

En sus intentos de conseguir un procedimiento justo, los Papas alentaban a los inquisidores para que consultaran con expertos: *periti* y *boni viri*. En algunos casos llegaron a ser unas 40 o 50 personas, entre legisladores y hombres instruidos, los que escuchaban los cargos y daban luego su

veredicto. Dicho sistema, que apunta los inicios del jurado moderno, no era capaz de administrar auténtica justicia, puesto que los miembros de esta especie de jurado no contaban con datos suficientes para decidir con imparcialidad, ya que tan sólo podían acceder a los sumarios que recogían los cargos y se mantenía en secreto el nombre de los acusados con en fin de evitar algún prejuicio. Evidentemente, a los inquisidores no se les ocurrió la idea de que un delito debe ser juzgado de acuerdo con la mentalidad y el temperamento del delincuente.

Algunas veces al acusado se le trataba con suma crueldad, incluso antes de celebrarse el juicio. En Francia las celdas eran con frecuencia estrechas, oscuras, anti-higiénicas e inhabitables; y, a pesar de que los Papas ordenaban que no se pusiera en peligro la vida de los presos, en la práctica muchos de ellos morían de resultas de su solitario confinamiento. Los Papas, después de conocer estos casos, intentaron ponerles remedio.

La quema de los herejes impenitentes no tiene su origen, como se cree comúnmente, ni en la Edad Media ni en el Cristianismo; se trata, por el contrario, de una herencia de la Antigüedad, bien que consiguió sobrevivir, bien resucitada entonces. Theoris, la mujer de Lemnos, como la llama Demóstenes, fue juzgada públicamente por brujería y quemada después. Y en la Edad Media el hereje era tan a menudo aficionado a las prácticas de brujería (adoradores del diablo, dedicados a ritos obscenos e inclinados a todo tipo de envenenamientos) que ambos –herejes y brujos– constituían una misma cosa para la opinión pública.

El empleo de la tortura fue uno de los peores abusos de la Inquisición. Quizá los primeros cristianos tenían un recuerdo demasiado penoso de la tortura romana como para usarla contra otros; en cualquier caso, el hecho es que no fue utilizada nunca hasta que la resucitada ley romana la restableció durante el Renacimiento en los tribunales, que ni siquiera habían oído hablar de ella a lo largo de aquella Edad Oscura, como se la ha denominado. «Los primeros ejemplos que he encontrado», dice Lea[16], «se hallan en el Código de Verona de 1228 y en las constituciones sicilianas; y en ambos casos las referencias a ella (la tortura) nos demuestran con cuánta vacilación y moderación era empleada». Inocencio IV, en su bula *Ad Extirpanda*, defiende el uso de la tortura y compara a los herejes con ladrones y asesinos.

Las modalidades de tortura más comunes eran el potro y el estrapado. El potro era un marco triangular donde se ataba estrechamente al prisionero para impedirle el movimiento. Las cuerdas que rodeaban sus brazos y piernas se

conectaban a un molinete con cuyas vueltas se conseguía dislocar las muñecas y tobillos de la víctima. En el estrapado el prisionero era levantado en vilo por una cuerda atada a sus muñecas, pegadas a la espalda; una cuerda que acababa en una polea y un molinete. Después de ser izado por las muñecas hasta lo alto de un cadalso o hasta casi el techo de la cámara de tortura, le dejaban caer de golpe. Cuando se encontraba a escasas pulgadas del suelo, volvían a tirar rápidamente de la cuerda. Algunas veces ataban un peso a los pies para aumentar el impacto de la caída.

Como los cánones de la Iglesia prohibían a los eclesiásticos tomar parte en la tortura, a riesgo de incurrir en «irregularidad» y quedar suspendidos hasta que hicieran penitencia y fueran perdonados, en los primeros tiempos de la Inquisición la solía llevar a cabo un oficial civil. Esta escrupulosa política, sin embargo, ocasionaba tantas demoras que Alejandro VI autorizó a los inquisidores y a sus ayudantes con el fin de que se concedieran mutuamente las dispensas necesarias para dichas «irregularidades». Desde aquellas fechas –1260–, el Inquisidor dejó de tener escrúpulos para hacer acto de presencia en las cámaras de tortura.

La investigación ordenada por el Papa Clemente V sobre las indignidades cometidas por la Inquisición en Carcasona demostró la frecuencia del empleo de la tortura. Es cierto que a menudo aparecía en los propios informes de la Inquisición, pero sólo porque una confesión obtenida de una víctima valiéndose de la tortura se consideraba nula. Los inquisidores se las arreglaban para sortear tan justa disposición por medio de un razonamiento que nosotros, hoy en día, podemos seguir con dificultad. Al prisionero se le mostraban los instrumentos de tortura y se le instaba a confesar; si se negaba a ello, se le aplicaban algunos tormentos leves; y, en caso de que persistiera, se aumentaba la presión usando otros más penosos. Cuando por fin confesaba, se le desataba y se le llevaba a otra habitación, donde se le leía su confesión, obtenida bajo tortura, y se solicitaba su confirmación. Si no la daba, se le torturaba nuevamente. Pero, si lo hacía, la confesión pasaba por ser «libre y espontánea, sin la presión de la fuerza o el terror».

Otra disposición bastante misericordiosa era la prohibición de torturar durante más de media hora a un prisionero, y nunca más de una vez. Pero, en la práctica, «el procedimiento que parece más empleado es el de continuar la tortura hasta que el acusado dé muestras de su intención de confesar», dice Vacandard; y, por lo que se refiere a torturar a la víctima tan sólo una vez, evidentemente algunos inquisidores lo hacían tantas como creían necesario; y

explicaban que la segunda tortura no era una repetición, sino una continuación de la primera, que simplemente había sido suspendida. Añade Vacandard: «Estas sutilezas proporcionaban, claro está, campo libre a la crueldad y al imprudente celo de los inquisidores».

Por otra parte, como señala Vermeersch, la tortura «sólo podía aplicarse a personas medio confesas y era permitida con la moderación necesaria para no causar un daño irreparable. Debemos añadir que, bajo las leyes penales entonces en vigor, los jueces ansiaban no castigar a un hombre a menos que contaran con su propia confesión. Ni siquiera se dejaban de tener en cuenta las desventajas de la tortura; Eymerico (autor de un manual dedicado a los inquisidores) recomienda su empleo sólo después de una cuidadosa reflexión; y la describe como un método perverso e ineficaz para descubrir la verdad... Finalmente, la tortura era cuando menos un progreso en cuanto al sistema inicialmente seguido, denominado juicio de ordalías».

Probablemente Vacandard recoge la opinión de muchos católicos modernos cuando, después de hacer una sincera exposición de los hechos, dice que, incluso en el caso de que la Iglesia de hoy en día «denunciara la actuación de la Inquisición, no por ello comprometería su autoridad divina. Su misión en la tierra consiste en transmitir de generación en generación el depósito de las verdades reveladas necesarias para la salvación de los hombres. El que para salvaguardar este tesoro empleara en una época medios que condenaron épocas posteriores, simplemente demuestra que sigue las costumbres e ideas que imperan a su alrededor. Pero toma sus precauciones para que los hombres no consideren su actitud la regla eterna e infalible de la justicia absoluta».

En cualquier caso, tal era la cruel arma empleada por la sociedad europea del siglo XIII para proteger su integridad de una perversa e insidiosa propaganda. Una cruzada acabó con la herejía albigense en el sur de Francia. Cuando algunos cátaros cruzaron en su fuga los Pirineos, la Inquisición continuó persiguiéndolos en Aragón. En Castilla, sin embargo, nunca llegó a ser utilizada. Isabel no creía que pudiera trabajar allí con éxito si adoptaba su forma tradicional. Pero en la llamada Inquisición canónica los obispos limitaban la actuación de los inquisidores con fuertes restricciones y la reina se inclinaba a pensar que en Castilla, donde existían tantos obispos conversos o emparentados con ellos, el tribunal estaría condenado a desaparecer de muerte natural. Mientras cabalgaba desde Sevilla a Córdoba a orillas del río, reflexionaba sobre qué medios emplear para evitar su destrucción.

XIII
REORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO
EL TRATADO DE SAN JUAN DE LUZ
AVANCE DE LOS MUSULMANES EN EL MEDITERRÁNEO
LA MASACRE DE OTRANTO

Isabel halló Córdoba, al igual que Sevilla, en un estado de absoluta anarquía. Los crímenes más horribles quedaban impunes y los nobles libraban sus propias batallas en medio de las calles. La guerra entre los conversos, al mando de Don Alonso, y los cristianos viejos, dirigidos por el Conde de Cabra, estallaba una y otra vez de modo intermitente. La industria se encontraba paralizada y los pobres morían de hambre o se entregaban a la delincuencia. La reina aplicó a todos estos males idéntico remedio que el empleado en Sevilla, aunque con la moderación que le enseñara la experiencia.

No mucho tiempo después de instituir sus audiencias de los viernes, Isabel se vio en la necesidad de buscar nuevo confesor; acudió entonces a cierto jerónimo que le había recomendado el Cardenal Mendoza: se llamaba Fray Hernando de Talavera. Era prior del convento de Santa María, además de hombre piadoso e instruido, y cuyos abuelos pertenecían al grupo de los conversos.

El monje se sentó en una silla e hizo un gesto respetuoso con la mano instando a la reina a arrodillarse, como cualquier otro penitente. Isabel se quedó atónita. Sus confesores siempre se habían arrodillado ante ella como muestra de deferencia hacia su persona.

«Reverendo Padre», dijo, «la costumbre indica que ambos debemos arrodillarnos».

Fray Hernando contestó: «Hija mía, la confesión es el tribunal de Dios, en el que no existen reyes ni reinas, sino simplemente pecadores; y yo, a pesar de mi indignidad, soy Su ministro. Lo justo es que yo me siente y vos os arrodilléis».

La reina obedeció y confesó sus pecados. Más tarde diría: «Éste es el confesor que yo buscaba». Y durante algunos años conservó junto a ella a

Talavera como su director espiritual.

De esta anécdota, aceptada de forma generalizada, algunos historiadores de pro han sacado conclusiones bastante grotescas. De hecho, les ha proporcionado una fácil excusa para explicar cómo una mujer tan amable, de tan recta conciencia y tan instruida fue capaz de alimentar en su seno el terrible propósito de establecer la Inquisición. La solución está en hacer aparecer a la reina como una humilde chiquilla en el momento en que se acercaba al confesonario. Así pues, Isabel se hallaba «inducida a error por culpa de los monjes», «acosada por los sacerdotes», «dominada por los prelados», «cegada por el fanatismo de los claustros»[1]. Tales son los términos que Prescott, Irving y multitud de historiadores han repetido una y otra vez sin contar con ninguna prueba en su apoyo y sí, por el contrario, con gran número de evidencias en sentido opuesto. Sería interesante comprobar cómo mantienen dichos investigadores su teoría teniendo en cuenta el siguiente hecho irrefutable: Los dos sacerdotes que contaban con una mayor influencia sobre la reina en este período –1478-1480– se oponían ambos a la Inquisición: el Cardenal Mendoza y Fray Hernando de Talavera.

Es probable incluso que la reina jamás mencionara el tema de la Inquisición en el confesonario. El penitente suele confesar sus pecados y no la totalidad de sus problemas; y debemos recordar que Isabel, miembro de una sociedad que daba por sentado que la herejía constituía un pecado aún más grave que el asesinato y que el gobernante no sólo tenía el derecho, sino el deber, de disponer de la vida ajena cuando el bien común así lo demandara, consideraba la Inquisición todo menos pecaminosa. Como reina, y valiéndose del poder que le brindaba su cargo público, se opuso en más de una ocasión a los altos dignatarios de la Iglesia, creyendo que éstos se equivocaban en su actuación. Como mujer –es decir, como ser humano– era, sin embargo, el más humilde de los penitentes.

Pasaban los meses e Isabel todavía continuaba demorando su decisión final. Existían muchos otros problemas aparte del de Sevilla. Fue por estas fechas, por ejemplo, cuando ciertas noticias relacionadas con Carrillo la hicieron montar en cólera. Al parecer, el anciano conspirador instaba a Alfonso V a invadir Castilla por segunda vez. La reina tomó represalias decretando un embargo sobre sus bienes y haciendo público en Toledo el rumor de que tenía intención de solicitar del Papa la destitución de Carrillo. En este punto el Arzobispo se vio abandonado por sus amigos y obligado a suplicar una segunda reconciliación por mediación del archidiácono de

Toledo, un hombre santo e instruido que gozaba de la estima de la reina. Esta vez, Isabel perdonó a Carrillo sólo a condición de que le entregara siete ciudades, propiedad de la Corona, que en 1476 no se había sentido lo suficientemente fuerte como para reclamarle. Dicha entrega dejó al anciano Arzobispo sin ningún apoyo. Los restantes cuatro años de su vida los malgastó en prácticas de alquimia y astrología.

Con Portugal no había una perspectiva inmediata de paz. Alfonso V viajó hasta Francia con la esperanza de persuadir a Luis XI para que le diera dinero y algunas tropas con las que conquistar Castilla. Pero Luis tenía otra empresa entre manos, que incluía la guerra contra el Duque de Borgoña. Mientras ofrecía suntuosos banquetes en honor de su «hermano» de Portugal y le permitía tomar las llaves de las ciudades y liberar prisioneros como si fuera el mismísimo monarca de Francia, Luis XI se dedicaba a examinar minuciosamente las cartas confidenciales que le enviara el Cardenal Mendoza proponiéndole firmar un acuerdo con Fernando e Isabel. Probablemente no tardó mucho en darse cuenta de las verdaderas intenciones de Alfonso. Comines escribió: «Soy de la opinión de que si nuestro rey le hubiera apoyado, como algunas veces se había inclinado a hacer, el rey de Portugal habría logrado llevar a cabo sus propósitos con éxito; pero los deseos del rey comenzaron a cambiar gradualmente y empezó a dar largas al rey de Portugal con bellas palabras y a alimentar sus esperanzas durante un año o más».

A finales de 1479, el creciente desengaño de Alfonso desembocó en una sombría desesperación al enterarse de que Luis había concluido un tratado de paz con Isabel y Fernando. En febrero de aquel mismo año Luis envió al obispo de Lumbres para que comunicara a Isabel el inmenso placer que causaba al monarca francés verla ocupando el trono de su padre, el rey Don Juan II, y para solicitar la reanudación de sus antiguos lazos de amistad. Se firmó un tratado por el que ambas partes acordaban ser «amigos de amigos y enemigos de enemigos»; y ello en contra de cualquier nación o persona del mundo, excepto el Santo Padre. La devolución del Rosellón y la Cerdaña al padre de Fernando quedaba como una cuestión pendiente que se arbitraría en el plazo de cinco años.

El Tratado de San Juan de Luz supuso tan amargo trago para Alfonso, que envió una carta a su hijo Don Juan anunciándole su abdicación del trono y su retirada a un monasterio. El Conde de Haro consiguió hacerle desistir de su propósito y Alfonso, apesadumbrado, embarcó rumbo a Portugal, adonde llegó con el tiempo justo para presenciar las fiestas celebradas con motivo de

la coronación de su hijo, quien le había tomado rápidamente la palabra. Don Juan, no obstante, permitió sumisamente que su padre recuperara aquel incómodo trono.

El ignominioso regreso del corpulento monarca a su nación proporcionó nuevo aliento a una facción partidaria de la paz, encabezada por su cuñada, la infanta Doña Beatriz, una discreta mujer, tía a un tiempo de Don Juan y de la reina de Castilla. En estas circunstancias, Doña Beatriz escribió una carta a Isabel solicitando una entrevista en la que tal vez «con la ayuda de Dios y de su Gloriosa Madre la Virgen María encontrarían el modo de restablecer la paz y la concordia» a ambos reinos. El Papa Sixto apoyó a esta facción mediante la revocación de la dispensa concedida a Alfonso V para contraer matrimonio con La Beltraneja, explicando que se había obtenido gracias a una falsificación de los hechos. Dicho matrimonio no se había consumado nunca.

Isabel accedió a la entrevista, que se celebraría en Alcántara, cerca de la frontera con Portugal. Pero la víspera de su partida estalló nuevamente la guerra en Extremadura, donde la Condesa de Medellín, hija ilegítima del Marqués de Villena, se había unido a los enemigos de la reina.

Mientras tanto, Alfonso, tras obtener nuevos fondos mediante la confiscación de uno de los barcos castellanos que regresaban de San Jorge de la Mina cargados de oro, equipó una nueva expedición al mando del obispo de Évora que penetró en Castilla mientras Isabel ponía sitio a Medellín. Alonso de Contreras se enfrentó en Mérida al invasor y, después de una sangrienta batalla que duró tres horas, consiguió vencerlo. La situación de Isabel, por su parte, era bastante precaria: los recursos se habían agotado y su ejército luchaba desde hacía días con el único sustento de pan y agua.

Para complicar más las cosas, la reina se enteró de que estaba embarazada por segunda vez en el transcurso del mismo año. El príncipe Don Juan contaba apenas ocho meses y el nacimiento de su tercer hijo se produciría en noviembre. Fernando se veía obligado a viajar hasta Aragón, donde la muerte de su padre, acaecida en enero, le había dejado en posesión de una corona y, por consiguiente, de nuevas responsabilidades. Era ya el mes de junio cuando por fin Isabel pudo viajar a Alcántara para entrevistarse con Doña Beatriz, acompañada únicamente de un secretario y del Doctor Maldonado, miembro de su Consejo.

Tras algunos días de conversaciones, ambas mujeres llegaron a un perfecto entendimiento. Doña Beatriz siempre había considerado la invasión de Castilla llevada a cabo por su cuñado como una quimérica muestra de

locura. Y admiraba enormemente a su sobrina. Así pues, el tratado se redactó prácticamente al dictado de Isabel. Alfonso abandonaría sus pretensiones al título de monarca de Castilla y debería borrar las armas castellanas de su escudo. Además, no contraería nunca matrimonio con La Beltraneja. La infeliz princesa era libre de hacer lo que se le antojara durante seis meses; transcurrido dicho plazo, debería aceptar el matrimonio con el príncipe Don Juan cuando éste alcanzara la edad adecuada (por entonces no contaba más que un año) o bien profesar en algún convento. El príncipe Don Alfonso, el hijo pequeño de Alfonso V, se casaría con la infanta Doña Isabel, de nueve años de edad; una y otra permanecerían mientras tanto bajo la custodia de Doña Beatriz de Mora. La mina de oro continuaría en manos de los portugueses y ningún súbdito de Fernando e Isabel viajaría hasta ella en busca de oro. Los rebeldes castellanos serían perdonados todos sin condiciones y sin pérdida de sus propiedades. El acuerdo obligaba a ambas partes durante un plazo de cinco años.

A Doña Beatriz le costó nueve meses persuadir a Alfonso para que ratificara tan humillante documento. Y lo hizo contando con la única ayuda de Don Juan, quien manifestó ante su padre sin ambages que la guerra había sido injusta y todas sus desgracias un castigo procedente de Dios[2]. Por fin, Alfonso accedió y el sonido de las trompetas inundó las ciudades de ambos reinos para anunciar la paz después de una guerra que duraba ya cuatro años y nueve meses. Juana La Beltraneja decidió ingresar en un convento en lugar de esperar al príncipe Don Juan. Fray Hernando de Talavera presenció la ceremonia de sus votos. La madre de Juana había muerto cuatro años antes en Madrid, abandonada por todos y prematuramente envejecida, y fue enterrada en una tumba de mármol blanco junto al altar mayor de la iglesia de San Francisco, en Madrid. Hasta el momento de su muerte la pobre Doña Juana supuso un estorbo para otros. Con el fin de hacerle sitio, tuvieron que trasladar a otro lugar los restos de Ruy González de Clavijo, quien tras actuar como embajador en la corte de Tamerlán[3] mandó construir la gran capilla de San Francisco para ser enterrado en ella.

Entretanto Isabel había acudido a Toledo. En esta ciudad mora de las siete colinas, donde las estrechas calles escalonadas aparecen flanqueadas de iglesias, conventos y hospitales, separados unos de otros por patios sombreados, la reina dio a luz a su tercer hijo, la infanta Doña Juana la Loca, el día 6 de noviembre. El rey, una vez acabadas sus urgentes ocupaciones en Aragón, corrió junto al lecho de su esposa; y algunos días más tarde, como

era habitual en ellos, visitaron juntos la catedral para presentar la infanta a Dios Nuestro Señor.

En cuanto recobró las fuerzas, Isabel comenzó a preparar el programa que intentaba aprobaran las Cortes; éstas se reunirían en Toledo en la primavera de 1480. Pensaba que había llegado el momento de tomar en sus manos las riendas de la autoridad que le faltaban. Una vez reunidos los representantes, consiguió ganárselos con la fuerza de su belleza y sus graciosas palabras; su franqueza los desarmó y la reina procedió a despojar a las clases más altas de algunos privilegios que éstas habían defendido con inmenso celo del ataque de anteriores monarcas.

La Hermandad, a cuyo restablecimiento todavía se resistían vigorosamente algunos nobles, había demostrado ser tan útil que los representantes votaron a favor de su continuidad e incluso de la ampliación de sus funciones.

Se prohibió además acuñar moneda a cualquier otro poder que no fuera el real, con el fin de estabilizarla. Más de un centenar de nobles habían estado acuñando su propia moneda. Cuando Isabel heredó el trono de su hermano, en Castilla el dinero carecía prácticamente de valor.

Sin desmayo, aunque con infinito tacto y paciencia, la reina impuso a las Cortes su propia voluntad, ganándose a los señores de los estados uno tras otro y valiéndose sobre todo de la buena voluntad del pueblo llano y del clero, para recortar los privilegios de los nobles tiranos e incrementar el poder de la Corona. Expuso ante los procuradores una tarea urgente: nada menos que una revisión completa de los sistemas ejecutivo y judicial del reino. En la reorganización del Consejo Real, «nuestro Consejo», introdujo la novedad de una fuerte representación de las clases medias. Ya que las tareas del gobierno iban adquiriendo una mayor complejidad y necesitaban cierta especialización, era importante arrebatarlas de manos de los grandes nobles, a quienes abrumaban tanto los más arduos trabajos como los detalles insignificantes, para dárselas a hombres acostumbrados a un trabajo riguroso. En opinión de Isabel, los más útiles para su propósito serían los letrados, la mayor parte de ellos de origen humilde. A pesar de que la reina explotaba de forma evidente la reverencia que el pueblo sentía hacia la realeza, Isabel era demasiado inteligente para respetar en los hombres únicamente la clase de «sangre» que corría por sus venas. Era capacidad lo que buscaba en ellos; y se valía de ella –además de fomentarla– dondequiera que la hallara. En consecuencia, el nuevo Consejo Real estaba formado por un obispo, tres caballeros y ocho o

nueve letrados. Se trataba de una increíble revolución. Aunque principalmente consultivo, estaba también dotado de funciones tanto administrativas como judiciales. Las Cortes, por su parte, propusieron una serie de leyes para evitar que dicho Consejo se inmiscuyera en los tribunales de justicia.

Isabel dividió su gobierno en cinco departamentos: primero, el Consejo de Justicia, oficiado por el rey y la reina y, en su ausencia, por un Presidente; segundo, un Consejo de Estado que trataba de los asuntos con el extranjero, incluidas las negociaciones con la Corte de Roma; tercero, el Supremo Consejo de la Santa Hermandad; cuarto, el Consejo de Hacienda; y quinto, un Consejo dedicado exclusivamente a los asuntos de Aragón. Dichos departamentos mantenían contacto con las autoridades locales a través de los pesquisidores o inspectores, quienes realizaban frecuentes visitas a ciudades y pueblos, inspeccionaban la aplicación de las leyes e informaban de los abusos cometidos por los gobernadores u otras personas. Con este sistema, de gran utilidad en su época, Isabel estaba sentando inconscientemente las bases de la pesada burocracia de siglos posteriores.

Dada su propia experiencia como juez, la reina se dio cuenta de la necesidad de un nuevo código legal que sustituyera al voluminoso entonces en vigor, basado en los fueros visigodos (privilegios concedidos por los reyes cuando necesitaban algo a cambio) y en las Partidas de Alfonso X, que seguían el Código romano de Justiniano. Se encargó de la laboriosa tarea de compilar el nuevo código al Doctor Alfonso Díaz de Montalvo, quien trabajó cuatro años en el empeño de elaborar sus ocho gruesos tomos de *Ordenanzas Reales.* Había en ellas numerosos errores, repeticiones y omisiones; e Isabel ordenó al jurista que realizara nuevamente su trabajo. Nunca se sintió absolutamente satisfecha de él –incluso señaló en su testamento que se procediera a una nueva revisión de las leyes–.

Pero sin duda la tarea más impopular que la reina impusiera a las Cortes fue la recuperación de las rentas pertenecientes a la Corona, ilegalmente donadas a varios nobles por Enrique IV. En los tiempos en que la riqueza de los reyes de Castilla se concedía liberalmente a cualquiera que la solicitara, apenas existía una casa de la nobleza que no se hubiera enriquecido merced a la alienación de tierras o rentas de la realeza. Pero Isabel se marcó el firme propósito de que las Cortes procedieran a restituir gran parte de las riquezas propiedad de la Corona. Llevó a cabo dicha medida con la ayuda del Cardenal Mendoza, cuyo desinterés resultó aún más notable si tenemos en

cuenta que entre los principales beneficiarios de las locuras de Enrique se encontraba su propia familia. A petición de la reina, la odiosa y complicada tarea de prorratear las riquezas que debían ser devueltas a la Corona fue encomendada al nuevo confesor de Isabel, Fray Hernando de Talavera, hombre valeroso y de estricta conciencia. Fortalecido por las instrucciones de la reina, en el sentido de que no mostrara favoritismo hacia nadie, hizo lo que ningún hombre se había atrevido a intentar en Castilla hasta ese momento: gravó al Almirante de Castilla, abuelo de Fernando, con un impuesto anual de 240.000 maravedíes; al Duque de Alba, con 575.000; al Duque de Medina Sidonia, 18.000; y a Don Beltrán, Duque de Alburquerque, 1.400.000. En total, el Tesoro Real se vio aumentado en la suma de 30.000.000 de maravedíes. Las exacciones más cuantiosas le fueron impuestas a la familia del Cardenal Mendoza, con la aprobación de éste.

Hubo más de uno que refunfuñó con estas nuevas medidas, pero la complacencia mostrada por los grandes señores, a pesar de las gravosas demandas, reflejaba claramente la magnitud de la revolución llevaba a cabo. En 1474 una medida semejante habría significado el inicio de la rebelión. Pero en los cinco melodramáticos años transcurridos desde que aquel día de diciembre el heraldo segoviano proclamara la muerte de Enrique IV, Isabel y Fernando se habían convertido en monarcas absolutos de la nación.

La reina mostraba tanta solicitud por conservar la preeminencia de Fernando como por la suya propia. Siempre aludía a él con enorme respeto, denominándolo «el Rey mi señor», y conminaba a cuantos tenía a su alrededor a tratarle con ceremoniosa deferencia. Una tarde en que se había retirado temprano, mientras en una habitación contigua el rey se hallaba jugando una partida de ajedrez con su tío, el Almirante Don Fadrique, oyó a este último exclamar satisfecho:

«¡Ajá! ¡He vencido a mi sobrino!».

Echándose rápidamente algo por encima, Isabel asomó la cabeza entre los tapices que cubrían la puerta y dijo con fría cortesía:

«Don Fadrique, mi señor el Rey no tiene parientes ni amigos; solamente criados y vasallos».

Los tiempos de Enrique IV pertenecían al pasado y, mientras ella ocupara el trono, no tenía intención alguna de que llegara una época ni siquiera remotamente parecida. El término más familiar utilizado con una amiga tan antigua e íntima como Beatriz de Bobadilla era el de «hija marquesa». Y el Almirante ya había recibido una muestra de su imparcialidad un año después

de la reforma establecida en Toledo, cuando la Corte se hallaba en Valladolid. Por aquellas fechas, su hijo, llamado también Don Fadrique, mantenía en el palacio de la reina una disputa con el joven Ramiro Núñez de Guzmán acerca de la belleza de las mujeres; y en el curso de la discusión unas cosas llevaron a otras hasta que el propio Don Fadrique se sintió injuriado. La reina, enterada de la pelea, pidió a su maestresala, Garcilaso de la Vega, que se hiciera cargo de Don Ramiro mientras ella misma ordenaba a Don Fadrique permanecer en casa de su padre y no salir de ella sin su permiso. A Don Ramiro, que era menos corpulento que el primo del rey, le concedió un salvoconducto, documento en general más eficaz entonces que cuando el Conde de Benavente le lanzara la mencionada pulla. Pero, al cabo de unos días, mientras Don Ramiro cruzaba a lomos de una mula la plaza de Valladolid, confiando plenamente en el documento real que guardaba en su bolsillo, tres hombres con las caras cubiertas aparecieron ante él súbitamente y, provistos de estacas, le propinaron una soberana paliza. La reina no tenía ninguna duda sobre la identidad del instigador de aquel asalto. A pesar de que llovía copiosamente, montó su caballo y, sin escolta de criado ni escudero, se dirigió hacia Simancas, lugar de residencia del Almirante.

Cuando éste salió a la puerta de su fortaleza, se quedó atónito al oír una voz familiarmente imperiosa en medio de aquella lluviosa oscuridad. «¡Almirante, dadme luego a Don Fadrique vuestro fijo, para facer justicia del, porque quebrantó mi seguro!»[4].

«Señora», contestó el Almirante, «no está aquí; y no sé dónde se encuentra».

«Puesto que no podéis entregarme a vuestro hijo, dadme este fuerte de Simancas y el de Rioseco».

El Almirante entregó a la reina las llaves de ambos lugares, «pues no se atrevió a hacer otra cosa». La reina, después de rastrear en vano todo el castillo, volvió a Valladolid, a veinte millas de distancia, bajo una copiosa lluvia.

Al día siguiente, se encontraba tan mal que no pudo abandonar el lecho. Cuando el doctor le preguntó cuáles eran sus síntomas o dónde le dolía, ella contestó: «Mi cuerpo sufre las heridas infligidas ayer por Don Fadrique a mi salvoconducto».

Su furia aumentaba de día en día; hasta que el tío de Don Fadrique, temeroso de que toda la familia se convirtiera en víctima de su disgusto, pidió al Almirante que entregara a su hijo. El mismo acabó llevando al joven

caballero a palacio y, después de presentar a Don Fadrique como un muchacho demasiado joven para entender el concepto de obediencia debida a los reyes y el carácter sagrado de un salvoconducto real, suplicó a Isabel que le recibiera y le concediera su perdón.

La reina respondió escuetamente:

«No deseo ver a Don Fadrique».

Y ordenó al alcalde de su Corte que se hiciera cargo de él y le condujera públicamente, como si se tratara de un delincuente común, a través de la plaza de Valladolid y desde allí hasta la fortaleza de Arévalo, donde permanecería recluido e incomunicado y disponiendo únicamente de lo más indispensable. Ni siquiera el rey Fernando, a su regreso de Aragón, fue capaz de obtener otra concesión por parte de la reina que no fuera la conmutación de la pena de Don Fadrique por la de su destierro a Sicilia.

Al parecer, Don Ramiro de Guzmán no sacó provecho de la experiencia ajena. Con las heridas de las estacas todavía sangrantes, sobre todo en su espíritu, alimentó la loca idea de vengarse una segunda vez del padre de Don Fadrique, es decir, del Almirante de Castilla. Los criados de éste consiguieron repeler el ataque de los cuatro caballeros contratados por Don Ramiro para asaltar al Almirante en Medina del Campo; así que el de Guzmán tuvo que huir a Portugal para escapar de la zona de influencia de Isabel, quien se encargó de confiscar todos sus bienes.

Mientras Isabel, sentada tranquilamente, se dedicaba a coser los botones de las camisas de su marido –pues, si damos crédito a lo que dice Flórez, el rey sólo llevaba las que ella le confeccionaba en los momentos de reposo, entre el dictado de cartas y otros deberes de Estado–, tenía razón en sentirse satisfecha con sus cinco primeros años de reinado. Por primera vez se encontraba segura en su trono. Había vencido a Portugal; la paz se había establecido nuevamente en Castilla; las Cortes le garantizaban los poderes absolutos que ella solicitara; y tenía tres hijos que aseguraban la sucesión de su propia sangre. Sin embargo, parecía ser perfectamente consciente de que todo aquello no era más que el principio. De hecho, se avecinaban acontecimientos importantes.

La intranquilidad general y la inminencia de nuevos conflictos se reflejaron en una histórica ceremonia que tuvo lugar durante las Cortes de Toledo. Cuatrocientos caballeros y comendadores de la Orden de Santiago, cubiertos con sus blancas capas que mostraban bordadas las cruces rojas y las conchas, marcharon bajo los arcos de la catedral para que fueran bendecidas

sus banderas en la lucha contra los moros. El Maestre, Cárdenas, se arrodilló ante los reyes y les entregó las banderas y las insignias de Santiago.

«Maestre», le dijeron, «que Dios os conceda la buena fortuna contra los moros, enemigos de nuestra santa fe católica».

Al recoger nuevamente sus banderas y besar las regias manos, Cárdenas no hacía más que seguir una vieja costumbre; pero en aquella ocasión añadió algo más al ritual: se volvió de repente e impulsivamente solicitó el permiso para reanudar la guerra contra el infiel.

El rey Fernando contestó:

«Primero debemos expulsar a los turcos de las costas de Italia».

Con ello mencionaba un hecho conocido por todos: el riesgo inminente que se cernía sobre toda la Cristiandad a medida que la conquista musulmana iba avanzando en el Mediterráneo. Un escalofrío recorrió a Europa entera cuando se conoció la noticia de que en 1479 el Gran Turco, Mohamed II, había sitiado Rodas.

Desde que en 1479 Venecia abandonara la Cruzada, sacrificando en el Tratado de Estambul a la cristiana Albania a cambio de conservar su propio comercio con Levante, la única fuerza naval que ofrecía algún obstáculo al dominio turco sobre el Mediterráneo era la de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, quienes durante un siglo resistieron a los musulmanes en la isla de Rodas, convirtiéndose en el terror de los piratas infieles. En 1480 Mohamed II concentró todas sus fuerzas frente a Rodas en un intento de acabar con tan perturbador enemigo; pero ni siquiera todo su armamento fue capaz de vencer el heroísmo de Pierre d’Aubusson y sus caballeros, quienes lucharon valientemente contra el invasor durante dos meses, para acabar expulsándolo de allí después de una encarnizada batalla librada en la gran brecha que abriera la artillería musulmana.

Tras el fracaso de Rodas, el Gran Turco envió sus naves a Italia, que navegaron a lo largo de la costa de Apulia hasta tomar por sorpresa, el 11 de agosto de 1480, la ciudad de Otranto, en el reino de Nápoles. De los 22.000 habitantes existentes, los bárbaros ataron con cuerdas a 12.000; y así, indefensos, los mataron después de infligirles terribles torturas. Luego asesinaron a todos los sacerdotes de la ciudad; al anciano arzobispo de Otranto, a quien hallaron rezando junto al altar, lo abrieron en dos. Y en una colina cercana a la ciudad, hoy conocida con el nombre de Colina de los Mártires, descuartizaron a todos los prisioneros que se negaron a convertirse al Islam, y echaron sus restos a los perros.

La consternación que invadió a toda Italia fue indescriptible. «En Roma la alarma fue tan grande como si el enemigo se encontrara ya junto a sus murallas», escribe Segismundo de Conti. «Incluso el Papa proyectaba la huida» y en Aviñón se hacían preparativos para recibirle. El Sumo Pontífice hizo un llamamiento a todos los poderes italianos en los siguientes términos:

«Si los creyentes, especialmente los italianos, desean preservar sus tierras, sus hogares, sus esposas, sus hijos, su libertad y sus vidas; si desean conservar la fe en la que han sido bautizados y a través de la cual han sido regenerados; que confíen al fin en nuestra palabra, que tomen sus armas y luchen». El rey Ferrante de Nápoles se encontraba en guerra con Florencia, y su hijo Alfonso, Duque de Calabria, a cuyos súbditos los turcos asesinaban indiscriminadamente, se hallaba en la Toscana, a 150 leguas de distancia, combatiendo también. Alfonso marchó rápidamente en defensa de sus dominios. Prácticamente sin ayuda, excepto la del Papa, que había mandado fundir hasta los vasos sagrados con el fin de obtener dinero, Alfonso sitió a los turcos en Otranto y a los seis meses había conseguido tomar de nuevo la ciudad.

La apatía de los príncipes italianos era increíble. Solamente cuando Ferrante amenazó con unirse al Sultán para destruirlos a todos se inició entre ellos una cierta movilización. Según Segismundo de Conti, el Papa «habría asistido con absoluta indiferencia a las desgracias y pérdidas de su infiel aliado, de no haber sido el enemigo de Ferrante otro que el Sultán; pero el asunto era muy distinto cuando el común enemigo de la Cristiandad ya había puesto el pie en suelo italiano».

Entre los gobernantes extranjeros, solamente Isabel y Fernando se daban cuenta de que el peligro de Italia constituía también el peligro de la Cristiandad entera. Inmediatamente enviaron toda su flota castellana –22 navíos–- a aguas italianas para cooperar a la reconquista de Otranto y para proteger el reino de Sicilia. Era algo característico en Isabel el dar siempre lo mejor de sí misma. En aquel momento, cuando más necesitaba de sus nuevas y recientes rentas para completar su programa de reforma y preparar la guerra contra Granada, que todos esperaban se reanudara en el momento en que la tregua expirara (1481), dedicó generosamente todas sus energías y sus reservas materiales a una empresa mayor destinada a salvar la Cristiandad. Y formó el audaz propósito de reunir una flota lo suficientemente fuerte como para defender no sólo Italia y España, sino, en caso necesario, vencer a los turcos en alta mar y acabar con su plan ofensivo. Cuando Castilla hubo dado

cuanto pudo, decidió equipar la armada recurriendo a la ayuda de las provincias del norte y lanzarla desde uno de sus puertos. Ordenó a los mercaderes de Burgos que la equiparan con importantes reservas de artillería, municiones, alimentos, ropas y todo tipo de pertrechos navales.

Fue un esfuerzo tremendo, sobre todo teniendo en cuenta que se hacía necesario espolear a la opinión pública y a los habitantes de las montañas y de las costas del norte, generalmente bien protegidas, para entusiasmarlos con el proyecto. Los gallegos y guipuzcoanos habían sufrido mucho menos que las provincias del sur los efectos de la guerra contra los moros; sin embargo, contribuyeron considerablemente en la guerra de sucesión y estaban cansados de guerras y rumores de guerra. Para ellos Otranto quedaba muy lejos, Sicilia no era más que una palabra y los turcos y sus masacres míticos duendes o algo parecido a fantásticos hombres-lobo. Por eso la reina encargó a Alonso de Quintanilla, eficaz organizador de la Hermandad, que dirigiera una poderosa campaña propagandística en el norte de manera que los habitantes de la montaña y los marineros se enteraran de que, si se confirmaba el dominio de los turcos sobre Italia, su próximo objetivo sería lógicamente España. Los primeros oficiales reales, no obstante, recibieron una pésima acogida; en algunas ciudades se produjeron levantamientos y algunos a duras penas escaparon con vida[5].

Cuando se difundió la noticia de lo ocurrido en Italia, el pánico que en un principio Castilla y Aragón compartieran con Italia se extendió hasta el último rincón de la península. Todos se preguntaban qué sería de los reinos cristianos si los turcos avanzaban por el Este y a su vez sus correligionarios, los moros de Granada, comenzaban el ataque contra el Sur empezando por Andalucía. En tal caso, la situación de Castilla sería enormemente peligrosa. Y con enemigos secretos dentro de sus propias murallas, que además estaban aliados con el invasor, no les quedaría ninguna esperanza. En tiempos de guerra cualquier nación considera la unidad condición indispensable de su salvación. El destino de los conversos de Castilla, tenidos por una nación dentro de otra nación, se decidió a raíz de la invasión turca de Italia.

Otranto cayó el 11 de agosto. La noticia llegó a España en septiembre. Isabel guardaba cuidadosamente la bula papal, con fecha 1 de noviembre de 1478, en la que se la autorizaba a establecer la Inquisición en sus reinos. El 26 de septiembre de 1480 dio la orden para que se hiciera efectiva. La doble firma –«Yo, el Rey; yo, la Reina»– marcaba el inicio del último capítulo en la lenta resurrección de la España cristiana; y un nuevo y triste capítulo de los

repetitivos anales de los hijos de Israel.

XIV
ACTIVIDADES DE LOS JUDÍOS EN ESPAÑA
SU PERSECUCIÓN EN EUROPA
LOS CONVERSOS
ESTABLECIMIENTO DE LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA

En la Edad Media española los judíos estuvieron más cerca de lograr la construcción de una nueva Jerusalén que en ningún otro momento o lugar desde la dispersión que se produjera tras la Crucifixión. Y de haberlo conseguido –y más de una vez rozaron peligrosamente el éxito– posiblemente se las habrían arreglado, con la ayuda de los musulmanes, para destruir la civilización cristiana que imperaba en Europa. La causa última de su fracaso se debió principalmente a los esfuerzos de Isabel.

La fecha de las primeras migraciones de judíos a la Península ha sido ampliamente discutida; pero parece bastante evidente que su llegada no fue muy posterior a la predicación de Santiago el Mayor en Zaragoza, en el año 42. Muchos judíos expulsados de Roma durante el mandato de Claudio debieron de instalarse en España. Lo que sí se puede asegurar es que se diseminaron por toda la nación muy a principios de la era cristiana y que su multiplicación fue tan veloz que su presencia pronto constituiría un serio problema para los arrianos (cristianos heterodoxos). En un primer momento no fueron perseguidos por los cristianos; pero en cuanto se descubrió que estaban planeando la alianza con los árabes procedentes de África para acabar con el reino de los godos, uno de los concilios de Toledo los condenó a la esclavitud. A pesar de todo, a principios del siglo VIII eran muy numerosos en las ciudades más importantes, amantes del poder y de las riquezas y destinatarios de ciertos privilegios que se les negaban a los cristianos.

También es seguro que desempeñaron un papel fundamental en la llegada, producida en el año 709, de los sarracenos procedentes de África. El ejército invasor contaba con muchos judíos africanos. Los judíos de España, por su parte, abrieron en todas partes las puertas de las ciudades a los conquistadores y los musulmanes recompensaron su actuación concediéndoles el gobierno de Granada, Sevilla y Córdoba. «Sin amor ninguno al suelo que vivían; sin afección alguna de aquellas que ennoblecen

a un pueblo; sin sentimientos de generosidad finalmente», dice Amador de los Ríos[1], «sólo aspiraron a alimentar su codicia y a labrar la pérdida de los godos; faltándoles el tiempo para manifestar su encono y haciendo alarde de los odios que habían atesorado en tantos siglos». Se trata de una severa invectiva; y quizá es bastante injusto culpar por entero a los judíos de la invasión musulmana. Tal vez ni las intrigas ni las armas de los moros hubieran triunfado de no ser porque la monarquía visigótica había caído primero en la herejía y luego en la decadencia. El rey Witiza llevaba una vida infame; publicó un edicto por el que permitía a los sacerdotes contraer matrimonio y se burló de las creencias de sus súbditos cristianos hasta el punto de negar la autoridad del Papa. Su sucesor, Don Rodrigo, violó a la hija del Conde Don Julián, quien inmediatamente se trasladó a Africa y se unió a los judíos en su intento de convencer a los moros para que conquistaran España. Los hijos de Witiza, perseguidos por Don Rodrigo, también se aliaron con el enemigo. Y en el momento crítico en que se libraba la batalla de Jerez de la Frontera, el obispo Opas, que guardaba un fuerte resentimiento contra Don Rodrigo, acudió en ayuda de los sarracenos y les dio la victoria definitiva.

En el nuevo estado musulmán los judíos estaban muy bien considerados. Y fue bajo los califas cuando alcanzaron el punto culminante de su prosperidad. Estudiaban y enseñaban en las Universidades árabes, destacando especialmente en las materias de medicina y astrología. Gracias a sus relaciones con los judíos de Asia, podían obtener excelentes especies y drogas; y ayudándose de sus propias riquezas, obtenidas principalmente merced a la usura, el comercio y el tráfico de esclavos, disponían de mucho tiempo para cultivarse y difundir sus conocimientos. Fueron ellos quienes expusieron la filosofía aristotélica, que florecía entre los árabes, mucho antes de que el Estagirita fuera conocido en la Europa cristiana[2]. En Granada los judíos llegaron a ser tan numerosos que se la conocía con el nombre de «la ciudad de los judíos». Los sarracenos, no obstante, emprendían de cuando en cuando una persecución contra ellos. El 30 de diciembre del año 1066 los musulmanes de Granada, indignados por la explotación de que eran víctimas por parte de los judíos, se levantaron contra ellos, asesinando a unos 4.000. Y uno de los califas expulsó a todos los judíos de Granada.

La gradual reconquista de la Península llevada a cabo por los cristianos no supuso en principio ningún obstáculo para su increíble prosperidad. Cuando Fernando el Santo tomó Sevilla en 1224, cedió a los judíos cuatro

mezquitas musulmanas para que las transformaran en sinagogas; les permitió establecerse en uno de los barrios más hermosos de la ciudad y no les impuso ninguna condición excepto la de no hacer proselitismo entre los cristianos ni insultar su religión[3]. Los judíos, sin embargo, no respetaron ninguna de las dos condiciones. Pero algunos reyes, especialmente los de fe menos firme o los que más necesidad tenían de dinero, les mostraron abiertamente su simpatía. Alfonso VIII llegó a nombrar tesorero a uno de ellos.

A pesar de las persecuciones, se multiplicaron y enriquecieron notablemente, hasta el punto de convertirse, a finales del siglo XIII, en un poder –prácticamente un estado dentro del Estado– que provocaba un retraso en la reconquista. En 1284 sólo en Castilla pagaban un impuesto de capitación de 2.561.855 maravedíes[4]. Como cada judío adulto estaba gravado con tres maravedíes de oro, debían de existir solamente unos 853.951 judíos varones; de ahí que la población judía en total se estime en unos 4 o 5 millones –y ello sin contar sus amplias comunidades en Aragón y otras comarcas–. No existen datos fiables sobre la población española de la época, pero las cifras que se dan habitualmente –y se aceptan de forma generalizada– son ridículamente bajas. Parece más que probable que en los inicios del siglo XIV residieran en España al menos unos 25.000.000 de personas, quizá 30. Y también probablemente una quinta parte, e incluso una cuarta, debía ser judía –una clara minoría, dotada de una influencia absolutamente desproporcionada–. Su poder había alcanzado un grado tan alto que ni siquiera se les podían aplicar las leyes dictadas contra la blasfemia. Y era tan evidente que estaban por encima de la ley, que los cátaros de León solían circuncidarse con el fin de enseñar libremente, en calidad de judíos, la herejía por la que, como cristianos, habrían sido castigados[5].

Todo el capital y el comercio de la nación se encontraba en sus manos, por lo que eran prácticamente los únicos banqueros y prestamistas en una época en la que la usura estaba prohibida por la Iglesia. En Aragón prestaban generalmente al 20%; en Castilla, al 33 y un tercio por ciento. Durante el hambre de 1326 la alhama judía de Cuenca se negó a prestar dinero y trigo para la siembra a menos que se pagara un interés del 40%; la miseria que sufría la población obligó al concejo de la ciudad a aceptar dicho interés. En 1401 Carlos III de Navarra pagó un 35% por un préstamo de 2.000 florines; y en 1402 su esposa, la reina Leonor, pagó a su médico judío cuatro florines mensuales por un préstamo de 70, entregándole en prenda su vajilla de plata.

Al cabo de 21 meses, como el interés sobre los 70 florines ascendía a la suma de 84, la reina protestó enérgicamente y el judío se conformó con el pago de tan sólo 30 florines. El ciudadano, gravado con fuertes impuestos; el campesino sin dinero para comprar semillas que sembrar; el burgués chantajeado por algún noble sin escrúpulos... todos, en su desesperación, acudían a los judíos para acabar convirtiéndose económicamente en sus esclavos.

Poco a poco también el gobierno pasó a manos de los judíos. Aunque el pueblo llano, comido de deudas, los odiaba cordialmente, los reyes y grandes propietarios se dedicaban a protegerlos por si en algún momento necesitaban de sus servicios. Siempre que los judíos concedían un préstamo solicitaban algo en prenda; y, con frecuencia, alguna concesión de tipo político. Por ejemplo, un judío pedía al rey que le «arrendara» los impuestos de determinada ciudad o distrito; o bien el rey, en una urgente necesidad de fondos, ofrecía aquel privilegio al mejor postor, que era normalmente un judío. El beneficio de aquella cesión de impuestos dependía de la cantidad que los recaudadores consiguieran obtener de la población. Enrique, el hermano de Isabel, llevó tan lejos esta odiosa política que concedió a dos recaudadores de impuestos judíos el poder sobre la vida y la muerte de los ciudadanos a quienes se encargaban de explotar. En vano intentaba la Iglesia evitar que los judíos ocuparan cargos públicos. Los servicios que éstos rendían a los monarcas como prestamistas, administradores, médicos o científicos llegaron a convertirlos en indispensables. La gente protestaba; los reyes prometían remedio, pero rara vez lo ofrecían.

Confiados y seguros, los judíos vivían con toda la ostentación típicamente oriental de que era capaz su fastuosa naturaleza. No se molestaban en ocultar el desdén que sentían hacia el resto de las razas que consideraban inferiores y que les pagaban tributo; vestían con lujo, vivían en casas espléndidas y derrochaban dinero. En una ocasión Alfonso V de Portugal dijo al rabí Ibn Yachia: «¿Por qué no hacéis que vuestro pueblo deje de mostrar una magnificencia que los cristianos relacionan inmediatamente con los robos cometidos a sus expensas? Pero ¡no necesitáis contestarme! Soy consciente de que solamente una masacre puede curarle de su fatal orgullo».

A mediados del siglo XIV y bajo el reinado de Pedro el Cruel, la historia de los judíos de Castilla inicia una nueva etapa. Entre el pueblo llano se extendió la creencia de que Don Pedro, un hombre odiado de forma

generalizada, era un judío a quien la reina Doña María había puesto en la cuna real, desplazando de ella a su legítima heredera, pues su esposo amenazó con matarla si no le daba un hijo varón. El Papa Urbano I lo denunció como enemigo de la Iglesia, «juguete de judíos y moros, propagador de la infidelidad y asesino de cristianos». Concedió a los judíos el control absoluto de su gobierno. Ellos fueron quienes financiaron la guerra mantenida con su hermano bastardo, Enrique de Trastamara, tatarabuelo de Isabel. También los moros encontraron un amigo en Don Pedro, y en 1368 un ejército compuesto por 87.000 musulmanes salió de Granada en su ayuda. Cuando Enrique lo asesinó –después de llamarlo «el fi de puta judío»–, fue un día aciago para moros y judíos.

Como si sus riquezas y su afán de ostentación no se fueran a convertir, más pronto o más tarde, en causa suficiente para un nuevo y triste capítulo de su historia, de repente se abatió sobre los israelitas una desgracia tan terrible como nadie se habría atrevido jamás a predecir. Todos los hombres fueron víctimas de ella, pero los judíos con más intensidad que el resto.

La Muerte Negra, que acabó en dos años con al menos la mitad de la población europea, fue probablemente la mayor catástrofe acaecida a la Cristiandad. Y los judíos la sufrieron doblemente; apenas acababan de enterrar a sus muertos cuando el populacho, medio enloquecido de miedo y de pena, resucitó el antiguo grito de «¡Abajo los judíos! ¡Ellos son los culpables! ¡Los judíos envenenaron las fuentes!».

De inmediato, en toda Europa los judíos fueron pasados por la espada. El Papa Clemente IV, valiéndose de ruegos y amenazas de excomunión, intentó en vano detener a los fanáticos, particularmente a los de Alemania. Siguiendo el ejemplo –como dijo él mismo– de Calisto II, Eugenio III, Alejandro III, Clemente III, Celestino III, Inocencio III, Gregorio IX, Nicolás III, Honorio IV y Nicolás IV, denunció los rumores que culpaban a los judíos de aquella calamidad acusándolos de simples mentiras y señaló certeramente que la plaga había actuado con mayor virulencia precisamente en aquellas zonas donde no vivían los judíos. Pero las masacres continuaron[6].

En Castilla los judíos lograron escapar de una persecución en masa hasta que el archidiácono de Écija, Ferrán Martínez, pronunció cierto sermón contra ellos. En junio de 1391 se produjo en Sevilla un levantamiento general; la muchedumbre invadió la judería, asesinó a 4.000 habitantes y obligó a los supervivientes a aceptar el bautismo. La furia se extendió rápidamente a otras ciudades. Se ha calculado el número total de víctimas en

unas 50.000; probablemente, como señala Lea, se trata de una cifra exagerada[7].

Estas masacres originaron una nueva clase de ciudadanos: los conversos, pronto conocidos burlonamente como «marranos». 35.000 de ellos se convirtieron gracias a la elocuencia de San Vicente Ferrer y en Toledo llegaron a bautizarse 4.000 en un solo día. El temor a atrocidades mayores consiguió lo que no habían logrado hasta entonces ni sus sermones ni sus milagros. En tiempos de Isabel la población judía había descendido de unos 5.000.000 a alrededor de 200.000.

¿Qué había pasado con los restantes 4.800.000? Si la Muerte Negra acabó con, digamos, unos 2.000.000, por lo menos los otros dos millones y medio se habían convertido en cristianos nuevos. Algunas de esas conversiones fueron sinceras; pero muchas otras estaban causadas por el miedo a la persecución o por interés propio. «Su conversión, no obstante, era sólo externa o aparente; en el fondo de su corazón seguían fielmente adheridos a su ancestral religión. Aunque externamente parecían cristianos, practicaban en secreto los ritos de la fe judía»[8]. Con la inteligencia inherente a su raza, sabían que como judíos reconocidos serían segregados, obligados a llevar un distintivo representativo de su inferioridad y a pagar un impuesto extraordinario; y que se les prohibiría entablar relaciones sociales o comerciales con los cristianos u ocupar cargos eclesiásticos o políticos. Pero como cristianos convencidos, que asistían a la Misa de los domingos (aunque luego en secreto no faltaran tampoco los sábados a la sinagoga), podrían acceder a cargos importantes, seguir cualquier carrera para la que los capacitaran sus habilidades naturales e incluso contraer matrimonio con miembros de las nobles –y a menudo necesitadas– familias españolas.

En tiempos de Isabel y Fernando, un gran número de casas aristocráticas de la Península tenían algún familiar judío. La limpieza de sangre era una característica de la que muchos se envanecían, pero que en realidad no todos poseían. Los Luna, Mendoza, Guzmán, Villahermosa... todos tenían algo de la raza hebrea. Ciertas tradiciones judías han llegado a incluir entre ellos a la abuela materna del rey Fernando; pero, como han demostrado Zurita y Mariana con toda evidencia, dicha pretensión se basa en un malentendido.

Sin embargo, lo que no puede ponerse en duda es el hecho de que los conversos y sus familias controlaban los grandes negocios, el gobierno, los impuestos y todo lo que existía de valor, tal y como siempre habían hecho sus antecesores judíos. De manera que las masacres no hicieron sino sustituir un

problema por otro mucho más complejo. Porque, como conversos, ahora los judíos eran capaces de infligir a la Cristiandad un daño todavía mayor, utilizando su influencia sobre los cristianos viejos, con quienes se habían mezclado.

Cuando Isabel subió al trono, en España la Iglesia Católica se encontraba dirigida y explotada por los judíos hasta límites insospechados. Como cristianos ahora podían llegar incluso a ser sacerdotes u ocupar otros cargos importantes. El judío converso deseoso de demostrar su fidelidad a la nueva religión solía consagrar a alguno de sus hijos al servicio de la Iglesia. Y, al igual que lo hacían en otros campos, también en la Iglesia sobresalían por encima de los demás; accedieron tan rápidamente a la jerarquía eclesiástica que en tiempos de Isabel el número de obispos descendientes de judíos era impresionante. Todas las iglesias, capítulos y monasterios guardaban conexión con judíos influyentes; y en algunas diócesis eran ellos quienes se encargaban de recaudar las rentas eclesiásticas.

Por supuesto, sería injusto atribuirles a ellos, como hicieron sus enemigos, toda la corrupción existente en el seno de la Iglesia. También en otros países donde la población judía era escasa se había quebrado la disciplina eclesiástica; la Iglesia se vio obligada a rebajar el nivel medio de su sacerdocio después de la Muerte Negra; y los 75 años de exilio de los Papas en Aviñón, en calidad de prisioneros de los reyes de Francia, hizo que toda la estructura se viera paralizada. Pero en España existía además una causa adicional de relajación e inmoralidad, de cinismo e hipocresía, que residía sobre todo en la existencia de un gran número de sacerdotes que no creían en la doctrina que enseñaban.

Así, no es difícil entender la indignación de los católicos contra los sacerdotes que se burlaban abiertamente de los Sacramentos que aparentaban administrar. «Nadie puede decir cuántos sacerdotes había como Andrés Gomalz, párroco de San Martín de Talavera, quien, en el juicio celebrado en Toledo en 1468, confesó que había continuado siendo judío durante 14 años, que no tenía “intención” de celebrar Misa cuando aparentaba hacerlo y que no garantizaba la absolución a cuantos penitentes se habían confesado con él»[9].

Y también los había como Fray García de Tapate, prior del monasterio de jerónimos de Toledo, quien, al hacer la elevación en la Misa, en lugar de pronunciar las palabras de la consagración solía decir: «Arriba, Periquito, que todo el pueblo te vea»; y que acostumbraba a volverse de espaldas a sus

penitentes cuando fingía darles la absolución.

Otra ironía del destino fue el que los nuevos cristianos se convirtieran en los más despiadados perseguidores de los desgraciados judíos que, aun a riesgo de perder la vida, continuaban siendo fieles a las leyes de Moisés. Las Cortes de 1495, dirigidas por ambiciosos conversos, aprobaron nuevas y crueles leyes en contra de los habitantes de las juderías. Se declararon nulos todos los depósitos de los cristianos que obraban en manos de judíos; las deudas contraídas con ellos se redujeron a la mitad de su valor; y se les obligó a llevar pegados a la ropa unos distintivos de color rojo en forma de círculo, excepto cuando viajaban. En 1412 una ordenanza de la reina Catalina les prohibió afeitarse o cortarse el pelo en redondo, cambiar de domicilio, trabajar como campesinos o recaudadores de impuestos, médicos, cirujanos, boticarios, buhoneros, herreros, peleteros, carpinteros, sastres, barberos o albañiles; llevar armas; arrendar a cristianos; y comer o bañarse en compañía de cristianos. «Desde los primeros momentos», señala Lea, «las heridas más graves sufridas por el judaísmo procedían de sus propios hijos apóstatas, cuya experiencia les había enseñado sus puntos más débiles y cuya necesidad de auto-justificación les inducía a atacarlos sin ninguna misericordia». Los judíos conversos habían incitado a las muchedumbres de 1391. Se encontrarán conversos incluso en puestos elevados del Consejo de la Inquisición, dirigiendo las actividades de ésta. En ocasiones, los judíos se vengaban de los nuevos cristianos aportando falsos testimonios contra ellos ante la Inquisición y haciéndolos quemar en la hoguera acusados de herejía. Isabel trató con el máximo rigor a estos falsos testigos. Concretamente, en una ocasión ordenó ejecutar a ocho de ellos después de haberles torturado el cuerpo con unas tenazas al rojo vivo.

Los cristianos viejos odiaban a los conversos aún más que a los judíos. Bernáldez manifiesta la aversión sentida hacia ellos en un pasaje memorable, fiel reflejo sin duda de la opinión pública contemporánea[10]:

«Los que pueden pasar sin bautizar a sus hijos, no los bautizan, y los que los bautizan los lavan en cuanto regresan a casa... Antes de la Inquisición, todos sabemos que las costumbres de la gente del pueblo eran, ni más ni menos, las de los malolientes judíos, a causa de las continuas relaciones con ellos; y así, son como ellos, *glotones y comilones*, que nunca han perdido la costumbre judía de comer ajos y cebollas fritas en aceite, en vez de usar manteca o sebo, para tomar algo de cerdo; y el aceite, como alimento, hace oler mal al aliento, y así, en sus casas y portales huelen ofensivamente a

causa de esos guisos, y huelen los judíos a causa de su alimento y de no haber sido bautizados. Y, aunque algunos se bauticen, la virtud del bautismo se destruye en ellos por su incredulidad y por judaizarse, y huelen como judíos. No comen puerco, a menos que se les obligue a hacerlo; comen carne en Cuaresma; en las vigilias de las fiestas y en los días de témporas guardan el Paso y el Sábado tan bien como pueden; envían aceite a las sinagogas para las lámparas, y tienen judíos para que les prediquen secretamente en sus casas, especialmente muy secretamente a las mujeres, y tienen rabinos para matar en la forma que sus creencias prescriben a sus bestias y aves. Comen pan sin fermentar durante las fiestas judías, y viandas preparadas especialmente. Y siguen las ceremonias judaicas secretamente.

»Así los hombres como las mujeres siempre se excusaban de recibir los Sacramentos de la Santa Iglesia de su grado, salvo por fuerza de las constituciones de la Iglesia. Nunca confesaban la verdad; y acaeció a confesar con persona de esta generación cortarle un poquito de la ropa diciendo: pues nunca pecaste, quiero que me quede vuestra ropa por reliquia para sanar los enfermos. En Sevilla fué un tiempo que se mandó que no se pesase carne el sábado en la noche, e mandáronla pesar los domingos por la mañana. No sin causa les llamó nuestro Redentor "generatio prava et adultera". No creían dar a Dios galardón por virginidad y castidad. Todo su hecho era crecer e multiplicarse. E en tiempo de la empinación de esta herética pravedad de los gentiles-hombres e ellos, e de los mercaderes, muchos monasterios eran violados, e muchas monjas profesas adulteradas y escarnecidas, de ellas por dádivas, de ellas por engaños de alcahuetas, no creyendo ni temiendo la descomunión; mas antes lo hacían por injuriar a Jesuchristo, y a la Iglesia. Y comunmente por la mayor parte eran gentes logreras, e de muchas artes y engaños, porque todos vivían de oficios holgados y en comprar y vender no tenían conciencia para con los cristianos. Nunca quisieron tomar oficio de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus fijos salvo oficios de poblados, y de estar asentados ganando de comer con poco trabajo. Muchos de ellos en estos Reynos en pocos tiempos allegaron muy grandes caudales e haciendas, porque de logros e usuras no hacían conciencia, diciendo que lo ganaban con sus enemigos, atándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel, robar a Egipto. De todo lo sobre dicho fueron certificados el Rey y la Reyna estando en Sevilla»[11].

Isabel probablemente compartía estas opiniones, al menos hasta cierto punto; así que no actuaba contra sus propias convicciones cuando, a

principios del otoño de 1480, comenzó a ceder a la irresistible presión ejercida por el pueblo. El catecismo de Mendoza había fracasado sin conseguir el milagro esperado y provocando únicamente nuevas burlas y blasfemias de parte de los conversos; y hasta el propio Cardenal se vio obligado a aceptar que no quedaba más camino que el empleo de la fuerza.

Finalmente, un frío día de septiembre la reina abrió uno de los cajones de madera primorosamente labrada del bargueño donde guardaba sus documentos de Estado y sacó de él uno que, de forma absolutamente secreta, entró en él a finales de 1478. Se trataba de un pergamino con un pesado sello del que colgaban varias cintas de seda de colores: era una bula dictada en Roma el 1 de noviembre de 1478 por el Papa Sixto IV. A partir de dicho texto es posible formarse una idea bastante aproximada de cómo la embajada española enviada a Roma había presentado la situación ante el Santo Padre. Después del acostumbrado preámbulo, el Papa escribió lo siguiente:

«La profunda fe y devoción manifestados por Vos a Nós y a la Iglesia Romana, piden que, tanto como podamos en el deseo de Dios, accedamos a vuestras súplicas, particularmente en las que hacen relación a la exaltación de la fe católica y salvación de las almas. Vemos en la carta que a Nós habéis escrito recientemente, que en varias ciudades y regiones de los reinos españoles, muchos de aquellos que por su propia voluntad nacieron de nuevo en Cristo por las sagradas aguas del Bautismo, mientras exteriormente se comportan como cristianos, adoptan en secreto o vuelven a las observancias religiosas y costumbres de los judíos, y viven conforme a los principios y ordenanzas de la superstición y falsedad judaica, renegando las verdades de la fe ortodoxa y creyendo en sus doctrinas, e incurriendo sin vacilación ni temor en las censuras y penas decretadas contra los seguidores de doctrinas heréticas, de acuerdo con las Constituciones del Papa Bonifacio VIII, nuestro predecesor de feliz memoria. No solamente ellos persisten en su ceguera, sino que sus hijos y asociados se infeccionan de tal perfidia, y su número crece así no poco. Por los crímenes de estos hombres y, se puede creer piadosamente, por la indulgencia de la Santa Sede y de los prelados, cuyo deber es velar en estas materias, con la permisión de Dios, la guerra, los homicidios y otras desgracias oprimen estas regiones, en ofensa de la Divina Majestad, desprecio de la fe antes citada, peligro de las almas y escándalo de muchos. Por esto Vos, Nos habéis implorado humildemente nuestra ayuda apostólica para extirpar raíces y ramas de esta secta herética en vuestros reinos...

»Nos regocijamos en el Señor de vuestro loable celo por la fe y la

salvación de las almas, y tenemos la esperanza de que haréis todo esfuerzo para, no sólo extirpar de vuestros reinos esta perfidia, sino para sujetar a vuestro mando el reino de Granada y los territorios que le rodean. Confiamos en que conseguiréis, con la ayuda de la Divina Misericordia, la conversión a la verdadera fe de los infieles que viven en esos territorios. Esto, que vuestros predecesores, por varios obstáculos, creyeron imposible realizar, conseguiréis Vos realizarlo para prosperidad de la misma verdadera fe, la salvación de las almas y vuestra mayor gloria, y para asegurar la eterna felicidad por la que tanto rogáis. Deseamos acceder a vuestras súplicas y buscar remedios eficaces a los males que mencionáis, y condescendiendo a vuestras súplicas, accedemos de buen grado a que nombréis tres o, por lo menos, dos obispos o arzobispos, u otros hombres seguros, que sean sacerdotes seculares o religiosos, de Ordenes mendicantes o no mendicantes, sobre cuarenta años de edad, de buena conciencia y vida ejemplar, maestros o licenciados en Teología, o doctores en Derecho canónico, o licenciados cuidadosamente examinados, temerosos de Dios, a quienes Vos consideréis dignos de ser escogidos para el tiempo señalado, en cada ciudad y diócesis de dichos reinos, de acuerdo con las necesidades de los lugares... Además, a estos hombres así designados concedemos, respecto a los acusados de estos crímenes y a todos los que les ayuden e induzcan, la misma autoridad judicial, derechos peculiares y jurisdicción, como las leyes y costumbres conceden a los Inquisidores y ordinarios de la herética pravedad»[12].

El texto deja bien claro que el representante de Isabel en Roma había presentado la Inquisición ante el Papa como una necesaria medida de guerra en el transcurso de una cruzada; una medida temporal «por el tiempo señalado» que debía ser puesta en práctica en colaboración con los obispos, de acuerdo con el procedimiento que la experiencia demostraba imprescindible con el fin de evitar los abusos. Cuando la solicitud real se presentó ante el Papa, la única característica que parecía novedosa era el ruego de que el Santo Padre permitiera a los soberanos nombrar ellos mismos a los inquisidores. Algo inusual, pero que exigían las particulares condiciones habidas en España. Ni por un momento pudo imaginar Sixto IV que este tribunal español viviría durante los tres siglos siguientes.

Al estallar el pánico motivado por la caída de Otranto –26 de septiembre de 1480–, los reyes publicaron la bula como parte de un edicto que establecía la Inquisición en Castilla. El texto de dicho documento muestra que su propósito no era únicamente el de castigar o perseguir a los herejes a causa de

una mera intolerancia; en parte se debía a la necesidad de evitar una repetición de las espantosas masacres de conversos. El propósito del nuevo tribunal, señalaba el edicto, no era solamente el de castigar a los judaizantes que intentaban apartar a los cristianos más débiles de la auténtica fe, sino también el de «proteger a los fieles cristianos» que de hecho se contaban entre los conversos «de injustas sospechas y persecuciones». Se nombraron dos inquisidores: Fray Juan de San Martín, bachiller en Teología, y Fray Miguel de Morillo, doctor en Teología. El claro lenguaje utilizado en el edicto les hizo comprender enseguida que no debían rendir cuentas de su actuación ante el Papa, sino ante la Corona. «Os ordenamos», decía el edicto, «aceptar este cargo». Si no cumplían convenientemente aquellas órdenes reales, se les castigaría con la confiscación de sus bienes y la pérdida de su ciudadanía; y en cualquier momento podían ser destituidos por el rey o por la reina[13].

Probablemente en aquella época Isabel y Fernando ignoraban que, en realidad, su embajador en Roma había engañado al Papa haciendo que se les concedieran una serie de poderes que podían ser empleados para gloria del Estado y descrédito de la Iglesia. Isabel, desde luego, despreciaba cualquier tipo de engaño; y es significativo que su nombre aparezca con mucha menor frecuencia que el del rey en la correspondencia mantenida con Sixto. «Fernando contribuyó a que la labor de declarar si existían errores sobre la fe –labor que la Iglesia pretendía realizar y que el Papa no podía ni rehusar ni evadir– sirviese también para sus fines políticos de perseguir la alta traición, entonces sinónimo de judaísmo; mientras que la Iglesia no podía vigilar en modo alguno las terribles atribuciones concedidas por los tribunales del reino»[]. En conclusión: tal y como Fernando arregló el asunto, la Inquisición sólo era religiosa en cuanto a la forma; en esencia, y en lo concerniente a su propósito, se trataba de un instrumento del nuevo cesarismo, gradualmente empujado por los acontecimientos a servirse de él. Sus jueces serían monjes dominicos; pero monjes siervos del Estado, y no de la Iglesia.

Es muy posible que Fernando, al igual que hiciera con Sixto, condujera a Isabel a aguas más profundas de las que ella imaginaba. La reina, no obstante, jamás rehuyó la parte de responsabilidad que le tocaba en el Santo Oficio. Y no existe ninguna evidencia capaz de sustentar la teoría mantenida por muchos de sus biógrafos, quienes, deseosos de conciliar su naturaleza amable y recta con la severidad mostrada en relación con los conversos, han atribuido la larga demora en el establecimiento de la Inquisición a lo que hoy

denominaríamos motivos «humanitarios». Sus bienintencionados esfuerzos vienen dados por el hecho de que no logran entender las peligrosas condiciones en que la reina se desenvolvía: la psicología luchadora de España; el desafío de los judíos secretos, aliados de una nación dentro de la nueva nación; y la intensidad del desagrado general que se sentía hacia ellos y que en parte la reina compartía. Después de todo, Isabel era hija de aquella inflexible reina que había perseguido a Don Álvaro de Luna, amigo de judíos y conversos, hasta lograr su ruina. Era también la misma jovencita que huyó, disgustada, de la inmoralidad reinante en la Corte de Enrique, donde los conversos eran numerosos; la misma que tembló espantada ante la sola idea de verse abrazada por el libertino Don Pedro Girón; la misma que enfermó al oír que se acusaba a otro converso, Juan Pacheco, de haber envenenado a su hermano Alfonso. Y por sus venas corría la sangre de los Plantagenet, cuya crueldad era tal que todos los consideraban auténticos demonios; y de Guillermo el Conquistador, de quien se cuenta que en una ocasión, como su mujer le recordara demasiado a menudo su condición de bastardo, la arrastró, cogida por los cabellos, hasta la grupa de su caballo para enseñarle cuál era el deber de una esposa.

Ya antes de casarse, Isabel había decidido asestar a la reconquista el golpe definitivo y completar la rehabilitación de España; en su camino tan sólo se interponían los moros y los conversos. Y aquella mujer ya madura, que ordenó con absoluta calma las ejecuciones de tan gran número de ladrones y asesinos como existían en Sevilla –ciudad gobernada por judíos–, difícilmente dudaría en hacer lo mismo con los culpables de un delito que ella misma consideraba aun más grave que el robo o el crimen: la herejía. Para muchas personas de nuestro siglo XX la palabra «herejía» alude simplemente a una forma de pensamiento independiente, a una diferencia de opinión. Y tendemos a olvidar que los hombres de la Edad Media casi siempre la relacionaban con un grupo determinado, cuyos principios y actividades aparecían como antisociales. En una sociedad predominantemente cristiana, como lo era por entonces la europea, la herejía pasaba por algo monstruoso y diabólico. La gente pensaba de los herejes lo mismo que los miembros de nuestra respetable clase media de hoy en día piensa de los anarquistas militantes. Incluso una mujer tan caritativa y bondadosa como era Santa Teresa de Ávila consideraba la herejía el peor de los pecados. Comparando el alma humana con un espejo, escribió: «Cuando un alma está en pecado mortal, el espejo se nubla con un vapor espeso y muy oscuro, y así Nuestro

Señor no está visible ni presente, aunque Él siempre lo está en la conservación del ser; en los herejes el espejo está como roto en piezas, y esto es peor que estar oscurecido»[15]. Isabel probablemente estaría de acuerdo con esta afirmación, lógica conclusión a partir de las premisas que contenían las enseñanzas de Cristo recogidas en su Nuevo Testamento, iluminado a mano por la propia reina.

En la relación de los conversos con sus tradicionales enemigos, los sensuales musulmanes, los cristianos españoles –incluso en nuestros días– les han atribuido una serie de vicios contra los que las comunidades cristianas han reaccionado siempre con extrema severidad. Un historiador español contemporáneo ha escrito que «estas costumbres indignas, siempre existentes, tienen épocas de recrudecimiento, como en el siglo XV, por el contacto con los moros, haciendo necesario la cédula de la Reina Católica y el terrible castigo de la hoguera»[16]. Un conocido tratado escrito por un judío converso durante los primeros años de la Inquisición llegó a sostener la ridícula afirmación de que «los marranos inventaron la sodomía». Dada la situación, al cristiano español le era prácticamente imposible mostrarse justo con el converso; no veía en él más que al aliado del ancestral enemigo. Y debemos hacer notar que, de vez en cuando, las hazañas llevadas a cabo por conversos y judíos proporcionaban cierto colorido a los prejuicios populares. Tras las masacres de 1473 los conversos cordobeses habían intentado comprar Gibraltar al rey Enrique. Entonces estaba muy extendida la creencia de que trataban de usar dicha zona como base de operaciones para reagrupar las tropas de moros traídas desde Africa con el fin de reconquistar toda España.

Otra posible razón que explicaría el retraso de Isabel es el simple hecho de que no se sentía lo suficientemente fuerte como para dar aquel paso hasta no ver firmada la paz con Portugal y convocadas las Cortes de Toledo. Y también se puede deducir que probablemente los conversos, que se hallaban poderosamente atrincherados en la Corte, no vieron alzarse la regia mano contra ellos sin poner todo su empeño en evitar la herida inminente. La amiga más íntima de la reina, Beatriz de Bobadilla, estaba casada con un converso. El confesor de Isabel era descendiente de judíos. Y prácticamente todos sus consejeros privados y sus secretarios tenían antepasados judíos por uno u otro lado –o por ambos–. El «escribano de ración» de Fernando, una especie de tesorero, era un sagaz hombre de leyes llamado Luis de Santángel, miembro de una gran familia extendida por todo Aragón y Castilla. Descendía del rabí

judío Azarías Zinello; uno de sus tíos, Pedro Martín, fue obispo de Mallorca; y otros parientes suyos eran recaudadores de impuestos o bien trabajaban en las salinas reales. En realidad, el gobierno de Fernando estaba virtualmente en manos de conversos. Su «maestre racional» o jefe del Tesoro, Sancho de Paternoy; sus amigos y consejeros, Jaime de la Caballería y Juan de Cabrera; su copero Guillén Sánchez; su mayordomo Francisco Sánchez; su tesorero, Gabriel Sánchez... todos pertenecían a la raza de Abraham. Hubiera sido muy extraño que estos poderosos y astutos políticos no agotaran todos sus esfuerzos para disuadir a los reyes de dar el paso que estaban considerando.

XV
LA CONSPIRACIÓN DE LOS JUDÍOS
EL CASTIGO DE SUS CABECILLAS
ESPAÑA BARRIDA POR LA PESTE

Cuando a finales de octubre Morillo y San Martín llegaron a Sevilla, presentaron sus credenciales al Capítulo y fueron escoltados por el consejo municipal desde la casa capitular hasta el Ayuntamiento. Los ricos conversos que controlaban la ciudad contemplaron su llegada con una indiferencia entre hosca y escéptica; y aunque mostraban una aparente cortesía en sus relaciones con los enviados de los reyes, se las ingeniaron para colocar más de un obstáculo en su camino. Así pues, el 27 de diciembre Fernando e Isabel se vieron obligados a publicar una severa «cédula» por la cual ordenaban a todos los funcionarios que les prestaran cuanta ayuda les fuera posible. Entretanto se procedía a la organización del tribunal con el Doctor Juan Ruiz de Medina como asesor y Juan del Barco, uno de los capellanes de la reina, como «fiscal promotor». El 13 de mayo se unieron a ellos Diego de Merlo, «asistente» de Sevilla, y el licenciado Fernán Yáñez de Lobón, ambos como depositarios de los bienes confiscados. Es evidente que ya desde un principio los reyes contaban con la Inquisición para que les suministrara una serie de fondos destinados a la guerra contra los moros de Granada.

Mientras tanto, los inquisidores se dedicaban a tomar declaraciones efectuadas en secreto y a realizar unos cuantos arrestos. Los conversos, ahora profundamente preocupados, comenzaron a huir de Sevilla, igual que habían hecho los sevillanos en 1477, obligados a ello por las audiencias de la reina Isabel. Muchos se refugiaron en los estados propiedad de grandes nobles, ofreciéndoles dinero a cambio de su protección; y éstos, como de costumbre, aceptaron el trato. Cuando Morillo y San Martín se enteraron de la situación, lanzaron una proclama de fecha 2 de enero de 1481 por la que ordenaban al Marqués de Cádiz y a otros grandes registrar todos sus territorios, apresando a los extranjeros y entregándolos en el plazo de quince días en la prisión inquisitorial; también les ordenaban embargar sus propiedades, inventariarlas y confiarlas a personas de garantía que respondieran de ellas ante los reyes. La desobediencia a dicha proclama implicaba la excomunión de los nobles, la

pérdida de su título y sus propiedades, la persecución inquisitorial y la libertad de sus vasallos, una vez descargados de la obligación de pagar impuestos y de su juramento de fidelidad[1].

Probablemente el Marqués de Cádiz leería con cierto asombro este pronunciamiento. Tan sólo unos cinco años antes habría cogido el documento para hacerlo pedazos y dejar en el ridículo más absoluto a aquellos simples frailes, que se atrevían a utilizar semejante tono con hombres acostumbrados a dirigirse a los reyes en términos de igualdad. Cinco años antes los dos frailes, por su parte, jamás habrían osado enviar tal manifiesto a Don Rodrigo Ponce de León. Pero los tiempos habían cambiado.

El Marqués, a pesar de estar casado con una hija del converso Juan Pacheco, apresó a los cristianos nuevos y los envió a Sevilla. Cuando el convento de San Pablo estuvo a rebosar, repleto de prisioneros, los inquisidores instalaron su nuevo cuartel general al otro lado del río, en la gran fortaleza de Triana. Allí, en unos oscuros y húmedos calabozos por debajo del nivel del río, se encontraban algunos de los sevillanos y sevillanas más ricos e influyentes de la ciudad. En sus orígenes, la Inquisición española emprendió una de las pocas persecuciones de la Historia en que las víctimas eran principalmente millonarios; y una persecución, además, aprobada por la opinión pública.

Enseguida se iniciaron los juicios.

Desde el momento en que no quedó ninguna duda de que la actuación de la reina iba en serio, algunos de los más poderosos conversos se concentraron en la iglesia de San Salvador –una iglesia católica– para discutir una serie de medidas destinadas a asegurar su propia protección. Priores, sacerdotes católicos, magistrados, funcionarios del gobierno... todos ellos conversos y enemigos secretos de la Iglesia, se hallaban presentes. Entre otros, tres de los «veinticuatro» que dirigían la ciudad; el mayordomo de la iglesia; el alcaide de Triana; y muchos otros acaudalados y poderosos conversos. Diego de Susán, un rabí sevillano de gran influencia, cuya fortuna se calculaba en unos diez millones de maravedíes, pronunció un enardecido discurso en el que les incitaba a resistir por la fuerza a la Inquisición. «Nosotros, ¿no somos los principales desta cibdad en tener, e bien quistos del pueblo? Fagamos gente; e si nos viniesen a prender, con la gente e con el pueblo meteremos a bollicio las cosas; casi los mataremos e nos vengaremos de nuestros enemigos». Todos aplaudieron este llamamiento a la lucha y se organizaron a las órdenes de varios caballeros: unos reunieron tropas, otros dinero y algunos más

compraron armas. La propuesta de Susán fue aceptada de forma generalizada y se hicieron los preparativos para el levantamiento[2].

Para su desgracia, Diego de Susán tenía una hija tan hermosa que en Sevilla, ciudad acostumbrada a las bellas mujeres, se la conocía con el nombre de «la fermosa fembra». Ella fue quien traicionó a su padre, revelando a un caballero cristiano, que era su amante, la conspiración secreta. En tan sólo veinticuatro horas los inquisidores estaban al corriente de toda la historia.

Los conversos, en realidad, les habían hecho el juego. Incluso en el caso de que la conspiración hubiera tenido éxito, probablemente se habría producido la acostumbrada matanza en represalia. Dada la situación, los hechos parecían confirmar la convicción de la reina Isabel de que los conversos se consideraban a sí mismos por encima de la ley y fuera del alcance de la justicia ordinaria. Diego de Merlo procedió a arrestar a los hombres más notables de Sevilla. Uno de los conspiradores apresados fue Pedro Fernández Venedera, mayordomo de la catedral, en cuya casa se encontraron ocultas las lanzas suficientes para armar a un centenar de hombres. Susán y sus hombres fueron juzgados ante un tribunal de letrados –la tradicional «consulta de fe» medieval–. A los conspiradores que confesaron se les impusieron las penas correspondientes, de acuerdo con la gravedad de su delito. Y para seis de los cabecillas se dictó la condena de ser quemados vivos. La sentencia nos puede parecer una demostración de barbarie; pero debemos recordar que en otras naciones, donde no existía la Inquisición, todo el que tomara parte en una conspiración contra la autoridad del rey era acusado de alta traición y cruelmente ejecutado –en Inglaterra, concretamente, se les ahorcaba; y en Francia se les hervía vivos–.

El primer auto de fe llevado a cabo en Castilla tuvo lugar el 6 de febrero de 1481. El cielo estaba encapotado, sobre la ciudad se había abatido un sentimiento de desesperanza y tan sólo unos pocos curiosos seguían al cortejo; se había declarado nuevamente la peste y la gente temía contagiarse. Los funcionarios civiles y los frailes caminaron de dos en dos desde la fortaleza de Triana y, atravesando el Guadalquivir, llegaron hasta la plaza del mercado; les seguían los conspiradores, custodiados por varios soldados. En la catedral se celebró una Misa y, a continuación, Fray Alonso de Hojeda[3], quien por fin veía recompensados sus muchos años de esfuerzo, pronunció un sermón. Los judíos arrepentidos confesaron sus culpas, recibieron la penitencia y se reconciliaron con la Iglesia. La asamblea abandonó la

catedral; el auto de fe había concluido.

Ya fuera de la iglesia, los seis condenados fueron entregados a los funcionarios civiles de Sevilla, quienes los condujeron hasta el Campo de Tablada, al otro lado de las murallas. Allí se les ató a unas estacas, a su alrededor se apilaron los leños y el verdugo se acercó a ellos, mientras los dominicos hacían un último y apasionado llamamiento a quienes se obstinaban en no arrepentirse y en rechazar la reconciliación. Se encendieron las antorchas, prendieron fuego a los leños y las llamas lamieron los pies de los condenados, mientras el humo los rodeaba. Gemidos, olor a carne y a cabellos quemados, gritos... Silencio mortal.

Pocos días después, otros tres prisioneros fueron condenados a la hoguera; entre ellos se encontraba Diego de Susán, quien, de acuerdo con el testimonio de Bernáldez, que vivía por aquellas fechas en Sevilla, «murió como un buen cristiano». Si esto es cierto, su ejecución se debió más a causas políticas –alta traición– que a la sentencia de herejía; en efecto, en esta época la Inquisición española jamás ejecutaba a los condenados si éstos confesaban, aunque fuera en el mismo momento de verse atados a la estaca. Más tarde, a estos herejes «relapsos» se les estrangulaba antes de quemarlos.

«La fermosa fembra», por su parte, se encontró de repente en la más absoluta ruina, pues todos los bienes de su padre fueron confiscados; aparte de granjearse el odio de los judíos, quienes la acusaban de parricida. Pero el obispo de Tiberías se hizo cargo de ella y consiguió que se la admitiera en un convento. Con el tiempo, su carácter voluptuoso la impulsó a abandonar el claustro para entregarse a una vida vergonzosa. Los años acabaron marchitando su extraordinaria belleza y murió pobre, después de rogar que su calavera, para ejemplo de otros y castigo de sus propios pecados, fuera colocada en la calle del Ataúd, encima de la puerta de la casa donde había ejercido su profesión[4].

El pánico hizo que los conversos se dispersaran en todas direcciones. Pero los inquisidores habían apostado guardias en cada una de las puertas y muchos de ellos fueron capturados. En uno de los primeros autos de fe celebrados en Sevilla, 700 conversos confesaron, se reconciliaron con la Iglesia y marcharon como penitentes en una impresionante procesión[5]. Miles de ellos, sin embargo, se refugiaron en los castillos de los nobles o bien en Portugal; e incluso en Italia.

La peste había adquirido mayor virulencia y hacía estragos sin distinguir entre judíos, conversos o cristianos. Se trataba de la misma peste que asoló

Europa de forma periódica en el siglo XV y a principios del XVI; quizá una forma menos mortífera que la Muerte Negra y muy similar a la que –rara vez– aparece en nuestros días, conocida como peste bubónica. El primer síntoma consistía en una mancha negra localizada bajo la axila o en la palma de la mano. A esto seguían dolores de cabeza, vértigos, convulsiones, sordera, todo tipo de dolores, inflamación de glándulas, aparición de bubones y expectoraciones sanguinolentas. La víctima solía tardar unos diez días en morir.

Ante la primera manifestación de aquella enfermedad en cualquier ciudad de que se tratara, todo el que podía salía de allí a toda prisa. Los que se quedaban formaban inmensas hogueras en las plazas públicas y en otros espacios abiertos con el fin de purificar el aire –al menos así lo creían ellos– y evitar que la infección se propagara. Se celebraban numerosas procesiones en las que hombres y mujeres hacían pública penitencia por sus pecados. A finales de siglo se construyeron en las principales ciudades hospitales donde se aislaba a los enfermos, asistidos por médicos voluntarios; pero en 1481 los afectados por la peste dependían enteramente de la caridad de sus amigos. Los muertos eran enterrados por los monjes o por miembros de sociedades que algunas personas piadosas habían fundado para cumplir dicha misión.

«Este año de 1481», escribió el cura de Los Palacios, «no fué propicio a natural humana en esta Andalucía, mas muy al contrario, e de gran pestilencia e muy general». Tan sólo en Sevilla murieron aquel verano 15.000 personas a causa de la epidemia. Eran tantos los funerales, que la Inquisición, comparativamente, debía parecer un asunto trivial, como lo eran las muertes y eventuales decapitaciones de delincuentes. La hermosa Sevilla, aquella tierra de placeres semi-oriental, parecía un cementerio desierto. De las blancas casitas, hechas para albergar canciones de amor y el sonido de instrumentos musicales, salían los gemidos de los enfermos; las mujeres no se reían en los balcones, las flores de alegres colores se marchitaban sin que nadie las cortara y las naranjas se arrugaban en los árboles. Todos los días pasaban tristes y silenciosas procesiones de penitentes con negras caperuzas, espantosas personificaciones de la muerte que acechaba las tortuosas calles; las literas que llevaban contenían los cadáveres a quienes nadie, ni siquiera sus más allegados, enterraría jamás.

Los conversos suplicaron a Diego de Merlo que les permitiera salir de la ciudad hasta que la peste remitiera. El fraile accedió caritativamente, concediéndoles una serie de pases que les autorizaban a abandonar Sevilla a

condición de llevarse únicamente los efectos personales más imprescindibles. Más de 8.000 conversos, montando sus caballos, huyeron rápidamente a Mairena, Marchena, Los Palacios...; otros siguieron hasta Portugal; algunos a Roma para exponer sus quejas al Papa. Y muchos otros fueron acogidos por la hospitalidad del Marqués de Cádiz y del Duque de Medina Sidonia.

Los inquisidores, con el fin de evitar el contagio, trasladaron su cuartel general de Triana a Aracena[6]. Allí fue donde entregaron a 23 hombres y mujeres, acusados de judaizantes, al brazo secular, para que el propio Estado se encargara de quemarlos. También quemaron las efigies de muchos conversos que habían huido de la ciudad y exhumaron de los cementerios los huesos de varios herejes condenados. Cuando la peste comenzó a dar las últimas boqueadas regresaron a Sevilla.

Aquel verano se anunció públicamente un período de gracia. En los primeros años de la Inquisición dicho período de gracia se solía conceder al principio de su actuación –en este caso, quizá la conspiración de Susán impidió que se proclamara antes–. Así, declararon que, durante dos meses, cualquier hereje que se adelantara a confesar sería perdonado y reconciliado, se le impondría una penitencia y sería tratado con misericordia, siempre a condición de decir cuanto supiera de otros apóstatas o judaizantes. Cientos de conversos se precipitaron a confesar. Aterrados, traicionaron a amigos y parientes e incluso a padres, hermanos e hijos. Cuando se dieron cuenta de lo que habían hecho ya era demasiado tarde para echarse atrás. Después de confesar, si no lograban convencer a la Inquisición de la sinceridad de su conversión, corrían el riesgo de ser declarados «relapsos» y condenados a la hoguera. En tan sólo un único auto de fe 1.500 penitentes obtuvieron la reconciliación; todos ellos, ataviados con túnicas amarillas y una cruz color púrpura sobre ellas, caminaron descalzos hasta la iglesia, donde manifestaron públicamente su arrepentimiento y aceptaron la penitencia impuesta.

Hasta los inquisidores se quedaron atónitos al descubrir durante aquel período de gracia la enorme extensión de las ramificaciones del mal que intentaban suprimir; los nombres obtenidos en las declaraciones pertenecían a sospechosos de Toledo y de Córdoba e incluso de lugares tan lejanos como Burgos. Informaron a los reyes de que evidentemente los conversos eran prácticamente todos judíos ocultos, dedicados a socavar en secreto la religión cristiana que decían profesar; y solicitaron por ello la extensión del Santo Oficio a otras ciudades donde existía una poderosa influencia por parte de los judíos. En Córdoba los inquisidores –cuatro concretamente– comenzaron sus

investigaciones en 1482. En 1483 se celebró el primer auto de fe; y el 28 de febrero de 1484 Pedro Fernández de Alcaudete, tesorero de la catedral cordobesa, fue condenado a la hoguera; en el momento de su arresto por sospechoso de judaizante, sus criados asesinaron a un alguacil de la Inquisición[7].

En Toledo la Inquisición no se estableció hasta 1485, quizá porque el arzobispo Carrillo ya se había encargado de nombrar un inquisidor diocesano para la ciudad. En su lugar, los primeros juicios se celebraron en Ciudad Real a finales de 1483, después de anunciar un período de gracia. En el auto de fe inicial, que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1483, los penitentes que se acogieron al período de gracia fueron reconciliados. El 6 de febrero de 1484 cuatro personas murieron en la hoguera; y un poco más tarde, en aquel mismo mes, se condenó a otras treinta. Cuando en 1486 el tribunal se trasladó a Toledo, los conversos planearon un levantamiento para asesinar a los inquisidores y a los principales ciudadanos cristianos; proyectaban apoderarse de la ciudad entera en la fiesta del Corpus Christi[8]. La conspiración fue descubierta y sus seis cabecillas ahorcados.

Cuando en noviembre de 1484, cuatro años después de que Isabel estableciera en Sevilla el Santo Oficio, se celebró una asamblea de la Inquisición, tan sólo se hallaban representadas cuatro ciudades: Sevilla, Córdoba, Jaén y Ciudad Real. Al parecer, en Segovia el tribunal se estableció un poco más tarde y a pesar de las enérgicas protestas de su obispo, Juan Arias de Ávila, el mismo que saliera al encuentro de Isabel a las puertas de la ciudad un caluroso día de 1476. Una de las primeras decisiones de los inquisidores segovianos fue la de condenar como herejes y judaizantes a los padres y abuelos del Obispo, quien abandonó la ciudad y protestó furiosamente ante Isabel por aquel hecho. Cuando la reina se negó a interferir en los asuntos del tribunal, el Obispo, previendo que los huesos de sus antepasados serían quemados públicamente, acudió una noche al cementerio de La Merced, desenterró sus restos y los escondió donde nadie pudiera hallarlos; luego viajó hasta Roma para acogerse a la protección del Papa Sixto. Isabel se apresuró a escribir a sus embajadores en Roma, advirtiéndoles lo que tenían que replicar tanto al Papa como a las quejas formuladas por el Obispo. Éste había cavado las tumbas de sus antepasados –manifestó la reina– para ocultar el hecho de que sus restos estaban enterrados de acuerdo con las costumbres judías, a pesar de que se declaraban cristianos. También afirmaba que su actuación se debía únicamente a su celo por la fe; y

denunciaba a quienes comentaban que su único propósito consistía en llenarse los bolsillos por medio de las confiscaciones de los bienes de los judíos. Parte de dichos bienes, de hecho, se empleaban en la educación de los hijos de los condenados y en proporcionarles las dotes correspondientes para el matrimonio.

Nadie ha escrito nunca la auténtica Historia de la Inquisición. Desgraciadamente, hasta hace bien poco muchos de los relatos se han basado únicamente en un estudio realizado por Llorente, empleado del Santo Oficio en España, que fue destituido de su cargo acusado de desfalco e intentó vengarse, destruyendo una serie de informes que contradecían sus afirmaciones y utilizando el resto como base de un estudio un tanto histérico y bastante exagerado. Un prejuicio sectario aprovechó las salvajes figuras que Llorente se había encargado de elaborar y construyó en torno a ellas una monstruosa leyenda de fanatismo[9]. Los informes del Santo Oficio hallados hoy en día, e independientemente del lugar donde se han encontrado, obligan a una drástica revisión de la leyenda. En todo el reinado de Isabel la cifra de personas quemadas en la hoguera en España se aproxima a las 2.000[10]. Los estudios contemporáneos son escasos y pobres. Las medidas reales contaban sin duda con la aprobación de la opinión pública y los cronistas parecen considerar todo este asunto como una cosa absolutamente normal, despachándolo brevemente en unas pocas páginas. Bernáldez, capellán del segundo Inquisidor General, señala que entre 1481 y 1488 fueron sentenciadas a la hoguera en Sevilla 700 personas, oriundas de todas partes de Andalucía; y más de 5.000 condenadas a cadena perpetua; aunque a estos últimos se les concedió la libertad a los cinco años de estar en prisión y se les obligó a llevar un «sambenito». Entre los quemados en la hoguera se contaban tres sacerdotes, tres o cuatro frailes y un doctor en Teología, fraile de la Trinidad, llamado Savariego, «gran predicador, gran falsificador y un hereje impostor que se negaba a predicar sobre la Pasión el día de Viernes Santo y se atiborraba de carne». El cura de Los Palacios no tenía ningún motivo para disminuir el número de ejecuciones llevadas a cabo por la Inquisición, puesto que estaba absolutamente de acuerdo con ellas.

Pulgar, secretario converso de Isabel, dice que en su época más de 15.000 personas aceptaron la penitencia y se reconciliaron; mientras que otros, «culpables e inconfesos», fueron ejecutados. «Y de éstos fueron quemados en distintas fechas y ciudades cerca de 2.000 hombres y mujeres». Los hijos de los judaizantes fueron excluidos de los cargos públicos y se les prohibió

heredar los bienes de los culpables. Incluso las propiedades de herejes muertos mucho tiempo atrás fueron también confiscadas. Las sumas logradas de esta manera, así como las multas recaudadas entre los reconciliados, suponían una cifra considerable y los reyes ordenaron –escribe Pulgar–«que no se les diera otro destino sino el de la guerra contra los moros y en otras cosas que contribuyeran al enaltecimiento de la fe católica». En esta última categoría la reina naturalmente incluía aquella suma procedente de las confiscaciones cuyo destino mencionaba en la carta enviada a su embajador en Roma.

Cuatro mil familias, entre Sevilla y Córdoba, emigraron de la región andaluza, lo que supuso un serio perjuicio para el futuro de las rentas de Isabel; «pero como tenía en poco la disminución de sus rentas y en mucho la limpieza de sus tierras, declaró que sobre cualquier otro interés se hallaba el de librar a la nación de cualquier herejía, lo cual entendía como mejor para el servicio de Dios y para el suyo propio».

El asombro de Isabel habría sido extraordinario si algún ángel en misión profética hubiera levantado una esquina de la cortina del futuro para enseñarle las denuncias modernas –sinceras o fariseas– relacionadas con el tribunal que ella consideraba tan necesario y beneficioso. En tal caso, se le habría brindado la ocasión de leer que la Inquisición fue culpable de prácticamente todos los males imaginables acaecidos en España, excluyendo quizá los fríos inviernos y los abrasadores veranos; que hizo morir la auténtica religión, silenció la literatura y el arte, mantuvo a la gente en la ignorancia y crueldad y paralizó el comercio y la industria. Sus ojos verdeazules sin duda hubieran brillado de indignación... Y no sin motivo. Porque la vida intelectual española jamás mostró tanta fuerza como en el siglo siguiente al establecimiento de la Inquisición. La época más brillante en el campo de la literatura, el período en que vivieron los más grandes escritores (Cervantes, Lope de Vega y Calderón) coincide curiosamente con los momentos de mayor poder del Santo Oficio. Fue por estas fechas cuando se fundaron magníficas escuelas y universidades; cuando los estudiantes extranjeros acudían en tropel a España, donde eran recibidos entre honores; cuando se produjeron los más notables adelantos en medicina y en las restantes ciencias. Y también en el campo económico y en el político existió un desarrollo paralelo. Jamás las industrias y el comercio español gozaron de tanta prosperidad; y nunca se mantuvo el orden en el interior y el prestigio en el extranjero como en el siglo XVI, cuando España se convirtió en la cabeza

de un nuevo imperio que extendía su sombra sobre Europa entera y sobre las Américas. Sería completamente absurdo atribuir todos estos logros a la Inquisición. Pero lo que sí es cierto es que la Inquisición nunca intentó evitar que llegaran a producirse; y que hizo posible la unidad política que capacitaba a la nueva nación para aprovecharse de las ventajas de un mundo en plena transformación.

Queda fuera de toda duda el hecho de que la Inquisición completó la reforma de la Iglesia española. Y que, al mismo tiempo, acometió otras empresas mucho menos dignas de admiración. Encarceló a San Ignacio y entorpeció constantemente su labor. Durante mucho tiempo amenazó con prohibir la publicación de la autobiografía de Santa Teresa. Y molestó a otros santos y escritores valiéndose de distintos medios. Perpetuó el absolutismo y la pesada burocracia española mucho después de que ambos hubieran dejado de ser necesarios. Y acabó siendo uno de los instrumentos empleados por los enemigos de la Compañía de Jesús para lanzar calumnias contra ella y lograr su supresión, especialmente en Portugal.

Pero, en el momento del triunfo, la reina no podía adivinar nada de esto. Nunca, ni entonces ni más tarde, manifestó el menor arrepentimiento en relación con aquel instrumento, a quien atribuyó tan grandes poderes. Por el contrario, a menudo aludía a él con orgullo; y pocos años después podemos encontrar a su embajador en Inglaterra sugiriendo a Enrique VII: «Es una lástima que, mientras España se encuentra purgada de herejes, Inglaterra y Flandes aún continúen infectadas». A lo cual Enrique VII, colocando ambas manos sobre el pecho, respondió que «juraba perseguir sin piedad a cualquier judío o hereje blasfemo a quien la reina hubiera expulsado de sus dominios»[11]. Promesa que jamás mantuvo; y la Inquisición no consiguió prosperar ni en Inglaterra ni en otras muchas zonas de Europa. Aparte del primer tribunal establecido para luchar contra los cátaros y el esporádico funcionamiento de la Inquisición romana, dicha institución fue casi exclusivamente española[12].

XVI
MUERTE DE MAHOMED II
EL PAPA CENSURA A LA INQUISICIÓN
LOS MOROS EMPRENDEN EL ATAQUE

Isabel y Fernando poco –o nada– pudieron ver de los primeros años de actuación del Santo Oficio, puesto que no se hallaban en Andalucía. Una vez arreglados los asuntos que les habían llevado hasta allí, creyeron necesario partir hacia Aragón: en primer lugar, para que el príncipe Don Juan fuera oficialmente reconocido como heredero del reino; y, por otra parte, porque querían acelerar la salida de la gran armada enviada contra los turcos. Dejaron Córdoba en la época en que la peste comenzó a asolar Andalucía. El rey cabalgó hacia el Este para visitar los dominios de su padre. E Isabel y el príncipe se dirigieron al norte, a Valladolid, quizá porque a aquel delicado jovencito le sería más difícil contagiarse de la peste en las secas colinas de Castilla la Vieja. Llegaron allí en febrero, por las mismas fechas en que Susán era quemado en la hoguera.

Al cabo de un mes, la reina y su hijo iniciaron un viaje a caballo de unas 3.000 millas hacia el Este a través de áridas llanuras y montañas desoladas. A su llegada –el 16 de abril–, fueron recibidos ceremoniosamente por la población de Calatayud, donde el rey Fernando había convocado ya a las Cortes. El lunes 30 de abril los representantes se reunieron en la iglesia de San Pedro de los Francos. Gran parte de las discusiones giraron en torno a las atrocidades cometidas en Italia por los turcos; ya se habían dado cuenta en todas partes de la gravedad del peligro que corría España. Y los catalanes, por su parte, siempre tan independientes con respecto a sus soberanos, hicieron públicas algunas de sus quejas. Hasta el 19 de mayo no prestaron al príncipe Don Juan su solemne juramento de fidelidad, exigiendo como contrapartida el de los reyes de respetar sus privilegios –juramento que el príncipe debía renovar cuando cumpliera los catorce años–. Entonces el rey Fernando salió hacia Barcelona para presidir las Cortes allí reunidas, mientras la reina Isabel quedaba en calidad de gobernadora hasta que se disolvieran las Cortes de Calatayud[1]. Era la primera vez en la historia de Aragón en que el gobierno estaba en manos de una mujer, aunque fuera de forma temporal. Este

precedente provocó entre los más rigoristas algún murmullo y mucho menear de cabezas; pero el comportamiento de la reina y su espíritu de mando, como de costumbre, la hicieron salir airosa de la situación.

Entretanto quedaban algunos detalles de última hora que convenía solucionar antes de que la flota se embarcara en su misión contra los bárbaros. En el mes de mayo se reunieron en el puerto de Laredo cincuenta naves perfectamente equipadas a las órdenes de Don Francisco Enríquez, hijo del Almirante de Castilla; y los refuerzos conseguidos en Galicia y Andalucía hicieron aumentar su número hasta setenta. El 22 de junio, un día fresco pero soleado, se celebró la Santa Misa en el puerto; se bendijeron las banderas y los estandartes; las imponentes y oscuras galeras, con sus elevadas popas, levaron anclas; las velas se hincharon; y, bajo la cruz de las Cruzadas y los colores de Santiago y de los reyes, la armada se hizo a la mar majestuosamente.

El 2 de octubre los barcos, después de reunirse con la flota portuguesa, llegaron a Otranto. Por entonces el daño ya se había evitado, en parte gracias a la reconquista de la ciudad llevada a cabo por el joven Duque de Calabria; pero principalmente como consecuencia de la inesperada muerte de Mahomed II.

Isabel se enteró de la noticia cuando se hallaba de camino a Zaragoza, adonde acudía desde Calatayud para asistir a otras Cortes. La ciudad se encontraba al borde del delirio, llena de júbilo por la noticia. La satisfacción popular, que compartían tanto Isabel como Fernando, ha sido recogida sin disimulos por el fiel Bernáldez[2]:

«Día de Santa Cruz año de 1481 murió e descindió al infierno el Gran Turco Emperador de Constantinopla, llamado Mahometo Otomano, que más de treinta años había hecho la guerra muy cruelmente a los cristianos de Grecia y sus comarcas... Toda la Cristiandad se alegró de su muerte, porque nadie puede imaginar el gran terror que aquel bárbaro Príncipe había producido en el corazón de los cristianos, a causa de las tierras que había conquistado y las que amenazaba cada día... Los Reyes hicieron grandes procesiones por la ciudad y sacrificios, y otras muchas devociones y limosnas, para celebrar que Dios quisiera librar al mundo de tan poderoso enemigo».

Por aquellas mismas fechas se conoció también la muerte del rey Alfonso V de Portugal. Isabel y Fernando ordenaron que se celebrara una Misa solemne de réquiem por su antiguo enemigo y rezaron por el descanso de su

alma. Las luchas entre las naciones cristianas no dejaban tras ellas tantos resentimientos como las entabladas contra los musulmanes.

Antes de que la Corte abandonara Zaragoza para continuar su triunfal avance, diez de los más destacados judíos de la ciudad salieron al encuentro de los reyes para suplicarles que aceptaran un regalo. Bernáldez nos proporciona una detallada descripción: doce terneras, doce corderos de excelente lana suntuosamente revestidos con cintas y brocados dorados y, tras ellos, una enorme vasija de plata de original diseño y primorosamente trabajada, cuyos pies de plata sujetaban doce judíos, mientras un decimotercero sostenía sobre ella una copa repleta de monedas de oro y un decimocuarto llevaba una hermosa jarra llena de plata. «Y el Rey y la Reina estaban entusiasmados y dieron las gracias».

Desde Zaragoza, el cortejo real cabalgó 160 millas hasta llegar a Barcelona; y de allí 200 millas hasta Valencia. En cada ciudad que atravesaban, los principales nobles, prelados y miembros del pueblo llano homenajeaban tanto a los reyes como al joven príncipe. En Valencia los festejos se prolongaron durante quince días. A finales de año la Corte abandonó Aragón para iniciar un largo viaje de regreso hasta Castilla. La reina y el príncipe llegaron a Medina del Campo a primeros de enero.

En diez meses Isabel había recorrido a caballo unas 2.000 millas y asistido a tres convocatorias distintas de Cortes; aparte de contemplar cómo los reinos de Castilla y Aragón cimentaban una estrecha relación amistosa a través de los juramentos prestados al príncipe Don Juan. También, y por cuarta vez, se encontraba de nuevo encinta. Su hijo nacería en el verano de 1482.

Al llegar a Medina, Isabel recibió de inmediato los informes del Almirante y del Conde de Haro, a quienes había dejado en calidad de regentes a cargo de la situación de sus reinos. En todas partes se había conseguido restablecer la paz civil... los criminales sumaban una cifra notablemente baja... la peste había asolado las ciudades de Sevilla y Córdoba... en el Sur se habían producido grandes lluvias... las cosechas eran excelentes y la siembra abundante... corría el rumor de que los moros de Granada hacían preparativos para la guerra... los inquisidores sevillanos habían logrado reconciliar a varios miles de arrepentidos... y cerca de un centenar de conversos, procedentes de distintas localidades andaluzas, habían sido quemados en la hoguera.

Morillo y San Martín tomaron las órdenes reales demasiado al pie de la

letra, actuando con un celo que hasta a los cristianos les parecía más vengativo que justo; y probablemente estaban llegando más lejos de lo que tanto el Papa como los propios reyes pretendían. Convencidos de que se enfrentaban a un asesino astuto e invisible, cuyo instrumento eran las palabras en lugar del acero o el veneno, los frailes y sus subordinados acudieron a la tortura para lograr pruebas y se dedicaron a perseguir a los ricos y poderosos con tanto rigor como a los desheredados. Su psicología sonará familiar a cualquiera que conozca las excentricidades llevadas a cabo por las masas en el transcurso de la Gran Guerra. En Boston se aireó públicamente la correspondencia amorosa de un director de orquesta alemán porque se extendió la injusta sospecha de que se trataba de un espía. La imaginación popular, absolutamente desbordada, alcanzó el histerismo en Connecticut cuando un gobernador senil informó en uno de sus discursos que los alemanes se dedicaban a recoger y almacenar armas en dicho Estado. Cerca de Hartford un alemán completamente inofensivo había puesto los cimientos de un nuevo gallinero; ¡ah!, sin duda se trataba de una base de operaciones desde la que los alemanes intentarían bombardear el Capitolio. Cuando llegó un vagón cargado con alambre para su gallinero, todo el mundo parecía convencido de que estaba instalando una estación de radio para suministrar información a los berlineses y causar con ello la muerte de los soldados norteamericanos. Fue prácticamente un milagro que aquel pobre diablo no acabara linchado por la gente –de hecho, había más de uno deseoso de hacerlo, pero afortunadamente ningún líder se atrevió a dar el primer paso–. No obstante, el negocio del pobre hombre terminó en la ruina; lo arrestaron basándose en un tecnicismo cualquiera y pasó en la cárcel varios meses, hasta que logró probar con toda evidencia que era inocente; entretanto, su mujer y sus cuatro hijos permanecían en el abandono más total.

El recuerdo de incidentes de este tipo –muy frecuentes en la América de 1918– nos ayudará a formarnos una idea del escenario español en el año 1481 y a darnos cuenta de que los castellanos y andaluces contemporáneos de Isabel no eran los monstruos que a menudo se nos han descrito, sino simples seres humanos, iguales que cualquiera de nosotros. Y, por eso, cualquier cristiano que actuara o se vistiera como un judío o siguiera las costumbres judías, incluso las más insignificantes, se convertía inmediatamente en sospechoso. La Inquisición, por supuesto, no molestaba para nada a los judíos declarados. Pero si algún cristiano descendiente de judíos compraba su comida diaria en el comercio de un rabí, o desangraba la carne de acuerdo

con el rito judío, o les ponía a sus hijos nombres hebreos, o vestía sus mejores galas los sábados en lugar de los domingos, era más que probable que sus vecinos acabaran denunciándolo y arrastrándolo ante los inquisidores para que lo asediaran a preguntas con la esperanza de que terminara traicionándose a sí mismo, si es que verdaderamente se trataba de un hereje. A muchos de los acusados se les concedía finalmente la libertad; a otros, que confesaban seguir siendo judíos ocultos y que intentaban atraer a la gente para que adoptara las costumbres judías en lugar de las cristianas, se les imponían distintas penitencias; y los convictos que se negaban a confesar o que, después de haber sido reconciliados, reincidían nuevamente en la herejía, eran entregados a la hoguera. Los sábados, agentes del Santo Oficio observaban los tejados de determinados barrios sevillanos donde vivían conversos y comprobaban qué chimeneas despedían humo y cuáles no. Por supuesto, los buenos cristianos se encontrarían cocinando como cualquier otro día. Pero los judíos ocultos observarían escrupulosamente el sabbath.

Varios centenares de cristianos nuevos, que habían huido de Sevilla durante el otoño e invierno de aquel año para evitar ser arrestados, acudieron a Roma: un refugio siempre seguro para los judíos perseguidos; y se presentaron ante el Papa Sixto entre lágrimas y lamentos.

Exactamente por aquella misma época, en que los reyes se encontraban aún en Aragón, ambos comprendieron que las actividades de los conversos de Zaragoza y de otras ciudades situadas al Este de la nación justificaban la extensión del Santo Oficio a todos los territorios comprendidos bajo la Corona de Aragón; por lo que solicitaron del Papa el permiso correspondiente para nombrar nuevos inquisidores en dicho reino. Después de consultar con varios conversos, Sixto llegó a la conclusión de que la Inquisición sevillana –conocida con los calificativos de anormal y no canónica– no era en absoluto el tribunal que él mismo había pretendido que fuera; que se dedicaba a perseguir indistintamente culpables e inocentes; y que ignoraba por completo las normas del Derecho canónico con las que se intentaba salvaguardar los derechos de los acusados. Morillo y San Martín no habían hecho caso de la orden del Papa en lo referente a la cooperación con los ordinarios diocesanos. Y todavía había más: y es que Sixto pensaba que en 1478 el embajador español en Roma le había engañado descaradamente.

El 29 de enero de 1482 envió un breve a los soberanos por el que les prohibía terminantemente nombrar inquisidores para el reino aragonés y ordenaba una inmediata reforma del tribunal sevillano, para que se adaptara a

los términos de la bula de 1478. Aunque había estado pensando en destituir a Morillo y a San Martín de sus cargos, sólo en consideración a Isabel y Fernando les dejaba conservar por el momento su autoridad al respecto, con la condición de que los abusos cesaran al instante. La indignación del Papa se mostraba claramente en el breve, aun a pesar de la protocolaria cortesía de la curia romana:

«A nuestros muy queridos hijos en Cristo, salud y bendición apostólica. Nunca hemos dudado que vuestra primera petición a Nós para nombrar Inquisidores de la herética pravedad de los reinos de Castilla y León era motivada por celo de la fe católica y la sincera intención para llegar a conocer, por los diligentes esfuerzos de aquellos Inquisidores, quiénes, de los que externamente se decían cristianos, no vacilaban en seguir de hecho las enseñanzas de las leyes y supersticiones judías. En el tiempo que vuestra súplica fué hecha, nuestro propio celo por la fe Nós hizo dar la orden de que se Nós mostrase con prueba su necesidad. Sin embargo, a través de estos hombres que en vuestro nombre pedían el despacho de estos documentos, la explicación que se nos dió era vaga e insuficiente, y no tan completa y clara como se necesitara, habiendo en los citados documentos mucho que está en contradicción con los decretos y costumbres de los Santos Padres, nuestros predecesores. Esto nos ha traído muchas quejas contra Nós, por haber autorizado tales documentos, y contra Vuestras Altezas, y contra nuestros amados hijos Michael de Morillo, doctor en Teología, y Juan de San Martín, licenciado en Teología, a quienes, con el pretexto de los antes mencionados documentos, habéis nombrado Inquisidores en vuestra ciudad de Sevilla. Las acusaciones nos dicen que su acción apresurada, y la no observancia de los procedimientos legales, han traído la injusta prisión y las torturas severas de muchas personas inocentes que han sido condenadas como herejes injustamente, despojadas de sus posesiones y condenadas a graves penas...».

Muchos de los fugitivos, continuaba el Santo Padre, «se declaran cristianos y verdaderos católicos». Han huido a la Santa Sede, «refugio de todos los oprimidos», y acudido a él «con grandes sollozos». Después de discutir la situación con los cardenales, muchos de ellos creen necesaria la destitución de Morillo y San Martín. Sin embargo, y para no poner en un aprieto a los soberanos mediante una condena pública de sus nombramientos, el Papa desea que ambos frailes conserven su cargo, con la expresa condición de que en el futuro observen las normas del Derecho canónico, «teniendo presente que si se conducen en otra forma que por el celo de la fe y la

salvación de las almas, o menos justamente que debieran» serán inmediatamente sustituidos por otras personas. Sixto concluye exhortando encarecidamente a los reyes para que le aseguren su futura obediencia a dichas estipulaciones, «como corresponde a todo Rey Católico», de manera que desde aquel momento «merezcan ser alabados ante Dios y ante los hombres»[3].

Isabel emprendió una investigación y, al descubrir que algunas de las quejas formuladas contra Morillo y San Martín eran más que fundadas, les instó a que procedieran siempre de acuerdo con las leyes canónicas. Pero, ya antes de recibir la mencionada reprimenda de parte del Papa, la Inquisición había pasado a un segundo plano entre los asuntos que preocupaban a Castilla; y ello debido a una serie de acontecimientos repentinos y dramáticos: la guerra contra Granada, esperada durante tanto tiempo, por fin se había iniciado.

Durante aquellos tres años de tregua no habían dejado de producirse en la frontera razzias esporádicas y matanzas de escasa importancia. Al aproximarse el término del plazo del tratado, Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, decidió por su cuenta y riesgo organizar una incursión cuyas consecuencias llegaron más allá de lo habitual. Una hermosa mañana del mes de octubre, dirigió el ataque de sus jinetes contra Villaluenga y quemó absolutamente todas sus casas; arrasó varios pueblos de la sierra; hizo noche al pie de las mismísimas murallas de Ronda para destrozar luego la torre del Mercadillo; y, después de devastar los campos de trigo e incendiar otros tantos huertos, regresó a su castillo pletórico de satisfacción, considerando que había logrado desquitarse –al menos en parte– de las atrocidades cometidas por Muley Aboul Hassan en tierras andaluzas[4]. El acontecimiento pasó por tener unas consecuencias meramente locales. Los términos del tratado que acordaba la tregua siempre habían dejado el campo libre a razzias de este tipo. Pero en el ambiente se respiraba un futuro más siniestro; y 1481 –año decisivo– muy pronto se encargaría de demostrarlo.

Ese año las lluvias llegaron a Castilla y a Andalucía antes de lo habitual. Y parecían no tener fin. Sevilla, castigada por las hogueras de la Inquisición y diezmada por la peste, cuya virulencia fue en aumento a partir del mes de agosto, se veía ahora implacablemente acosada por los elementos. En efecto, en el mes de diciembre se desbordó el río Guadalquivir inundando el Copero y otros barrios, y amenazando de forma tan espantosa las numerosas casitas de la ciudad que durante tres días con sus noches cristianos, judíos y

conversos esperaban aterrados la llegada de la muerte en medio de aquellas turbias aguas.

El día de Navidad un terrible aguacero echó a perder las cosechas de todos los huertos andaluces; y en las montañas que separaban la España cristiana de Granada una espantosa tormenta asoló la zona durante tres días y tres noches. Protegido por esta tormenta, que obligó a hombres y bestias a hallar refugio bajo el primer techo que pudieron encontrar, Muley Abul Hassan dio inicio a la guerra, consiguiendo lo que todos pensaban era una empresa imposible: la conquista de Zahara.

Dicha fortaleza, situada a cincuenta millas al sudeste de Sevilla, era por una parte el más importante puesto fronterizo de los cristianos para la defensa de Andalucía; y además suponía una constante amenaza para Ronda, en poder de los moros, unas pocas millas más al Este. Aquel castillo amurallado se encontraba en la cima de una montaña rocosa tan alta que ni siquiera los pájaros se aventuraban hasta allí y las nubes quedaban por debajo de ella, ocultando sus escarpadas laderas. Hasta las mismas calles y gran parte de las casas se hallaban excavadas en la roca. Existía una única puerta en la zona oeste rodeada de sólidos baluartes y macizas torres y solamente se podía acceder a ella a través de un camino serpenteante y escalonado, tan empinado que en algunas zonas parecía una escalera de granito. El lugar se consideraba inexpugnable, hasta el punto de que en todas partes de España a las mujeres de incuestionable virtud se las conocía con el nombre de «zaharenas». De ahí que el alcalde mantuviera baja la guardia y la fortaleza contara tan sólo con una pequeña guarnición. Un cristiano renegado informó de todos estos datos a Muley Abul Hassan.

La noche siguiente al día de Navidad, mientras Zahara confiaba en su propia seguridad bajo el estruendo de una furiosa tormenta, Muley seleccionó a unos cuantos moros de Ronda y los condujo hasta lo alto de la montaña; una vez allí, adosaron unas escalas a las húmedas murallas del castillo y se introdujeron en la ciudad dormida. No había ni un solo centinela y los moros, blandiendo sus cimitarras, ocuparon las calles antes de que se diera la voz de alarma. Al grito de «¡El Moro! ¡El Moro!», los soñolientos españoles despertaron bruscamente y desenvainaron sus espadas. Pero ya era demasiado tarde... Algunos cayeron destrozados por las armas del siniestro enemigo; otros, llevados por el pánico, se lanzaron al vacío por encima de las murallas. Al amanecer reunieron a mujeres, ancianos y niños (unos doscientos en total), medio desnudos, en la plaza; y allí, bajo una lluvia gélida, Muley les

comunicó que les llevarían a Granada como esclavos. Según Washington Irving, los moros les hicieron atravesar, como si fueran un rebaño, montañas y llanuras. Los que se derrumbaban en el camino eran despachados inmediatamente con la lanza o la cimitarra; el resto cruzó a empujones las puertas de Granada para ser vendidos allí. Mientras tanto, Muley cabalgó hasta la Alhambra para recibir las felicitaciones correspondientes por su hazaña y enviar alfaquíes a Africa con el fin de que informaran a los reyes bárbaros que la guerra había comenzado y solicitar su ayuda. Por su parte, Lucio Marineo, contemporáneo de aquellos hechos, afirma que los moros asesinaron a todas las mujeres y los niños[5].

Isabel y Fernando, que se encontraban a trescientas millas al norte de Zahara, no se enteraron del desastre hasta que, una semana más tarde, llegó a Medina del Campo un mensajero; los reyes estaban oyendo Misa. La noticia no les cogió de sorpresa; esperaban que se produjera algún hecho de este tipo, pero desde el punto de vista militar nada podían hacer hasta la llegada de la primavera. Mientras tanto, enviaron órdenes a los gobernadores de todos los puestos fronterizos para que reforzaran sus guarniciones y mantuvieran una estrecha vigilancia.

En la vida de Isabel se había presentado una nueva e importante inquietud y la reina era consciente de que ante ella se extendía una misión larga y penosa. Se propuso conquistar un reino rico y fértil que albergaba a unos tres millones de moros y abarcaba desde Sevilla hasta el Mediterráneo en la zona occidental y por el Este hasta Murcia, comprendiendo montañas de difícil acceso unidas por cálidos y ricos valles. En el centro de este reino, a más de media milla sobre el nivel del mar, se hallaba Granada, ciudad bien amurallada, a los pies de Sierra Nevada, mirando hacia el Oeste a la Vega de Granada, formada por el río Genil, y protegida por la sierra, cuyos picos Veleta y Mulhacén, en el Sudeste, alcanzan unos 11.000 pies de altura, por lo que esta zona no presentaba demasiado riesgo. Alrededor de la ciudad, formando un inmenso círculo, hay una multitud de pequeñas ciudades montañosas fortificadas, muchas de las cuales se consideran inexpugnables. Poner sitio a Granada llevaría meses, años incluso; y ningún invasor resistiría mucho tiempo estar cerca de la ciudad, contemplando los rojos techos de la Alhambra, con tantas poderosas guarniciones delante de él, siempre dispuestas a atacar y a cortar sus comunicaciones; antes debería abatir, unas tras otras, cada una de aquellas fortaleza subsidiarias. Del lado del mar, Granada se encontraba amurallada por las mismas montañas, y en el Sudoeste

estaban emplazados los puertos moros de Málaga y Vélez Málaga; en el Sudeste, Almería; al Oeste, Illora y Loja, Alhama, Ronda, Benamejí y Antequera; en el Norte, Moclín, Baza y Guadix; al Este, más montañas; y por todas partes, montañas, a cuyos pies crecían viñedos y jardines y en cuyas cumbres se divisaba la nieve. La seguridad de la ciudad árabe era semejante a la del rey del tablero de ajedrez, bien protegido por alfiles, torres y caballos; o a la de un castillo legendario, con sus fosos defendidos por campeones invencibles.

Con la ayuda de Dios, Isabel se proponía realizar lo que había sido el sueño de todos los buenos monarcas castellanos, lo que su propio padre había intentado hacer y lo que otros débiles de espíritu, como su hermano, dejaron caer en el olvido. Fernando se encargaría de dirigir a las huestes cristianas y ella, con sus espléndidos treinta años, se ocuparía del dinero, de la organización, de la compra de municiones, de la atención médica a los heridos en el campo y de la campaña de propaganda. Las tareas que la reina llevara a cabo durante la guerra con Portugal no fueron sino un entrenamiento para esa Cruzada. Independientemente del coste o el tiempo necesarios, estaba completamente decidida a conquistar Granada. Igual que los argonautas al desembarcar ante Ilión, Isabel sólo veía el brillo de la victoria. Y no había ningún adivino llamado Calcas para predecir los diez años sangrientos que separaban sus deseos de la realidad.

XVII
LA GUERRA
ALHAMA
LOJA
MÁLAGA
EL DESASTRE

El joven y atractivo Fernando, calvo a sus treinta años y absolutamente seguro de sí mismo, acudió a la guerra contra los moros con el mismo espíritu despreocupado con que galopara en los torneos celebrados durante los festejos valencianos, como si se tratara de partir una cuantas lanzas en honor de su dama; aquello era un buen lance de caballería y, con la ayuda de Dios, lo ganaría. A pesar de su firmeza, su carácter carecía de la transparencia y dureza diamantinas del de su reina. Y las diferencias de educación y herencia les hacían mantener algunos puntos de vistas contrapuestos.

Cuando la reina se sentaba a estudiar un mapa, veía en él los reinos de sus padres reconstruidos, Granada arrebatada a los moros y la fe triunfando en todas partes. Fernando, a su vez, contemplaba a Aragón despojado por Luis XI de dos de sus provincias; al Este, Sicilia, fatalmente implicada en el destino de una Italia cuyos pequeños reinos se hallaban en constante discordia; y al Norte, una Francia unida y en clara expansión. Más allá, la silueta borrosa y casi insignificante de Inglaterra a quien se podría, no obstante, persuadir para que causara algunas molestias al rey de Francia y evitar así que éste le creara a España más problemas; y en Alemania, Maximiliano de Habsburgo, un hombre de gruesos labios, parsimonioso y de escasa inteligencia, podía convertirse tanto en un aliado como en enemigo. Todas estas fuerzas políticas luchaban entre sí disputándose una u otra cosa, enmarcadas en el Oeste por un océano desconocido y en el Este por la siniestra oscuridad de una África pagana que albergaba millones de musulmanes enemigos; al Norte la gélida Escandinavia no era para ellos más que un nombre; y África, un desierto infinito de sol y misterio, cuyas lindes –las conocidas al menos– hormigueaban de enemigos musulmanes que sembraban el terror en el Mediterráneo.

Aquí, en Europa, como herederos de la cultura romana, había unos pocos

millones de almas más o menos cristianas enzarzadas las unas con las otras en constantes luchas, mientras el calor y el frío, la oscuridad y el mal, las cercaban por doquier. El único estímulo que consiguió evitar que todas ellas fueran aniquiladas y borradas del mapa provenía de la fe y de la Iglesia. Fernando comenzaba a imaginar entonces una Italia unida; una Inglaterra fortalecida, para que fuera posible establecer un equilibrio de poder con respecto a Francia; una Alemania vinculada a España a través de una serie de alianzas matrimoniales; y todos ellos unidos por la paternidad espiritual del Papa y por la intención de defender y perpetuar la civilización cristiana en contra de los bárbaros procedentes de Asia o África. En 1482, Fernando, con una extraordinaria visión de futuro, proyectaba construir una Europa cuyos límites geográficos eran muy similares a los de 1914. Si hubiera podido seguir su plan, probablemente habría dejado el mapa en la misma situación que lo hiciera Napoleón; pero la muerte destrozó una y otra vez su ideal.

En resumen: Fernando, como heredero de la política de Aragón y Sicilia, dirigía su mirada de un modo natural hacia el escenario europeo; e Isabel, heredera de las miserias de Castilla, ponía inevitablemente sus ojos en judíos y conversos, en los moros que dominaban el Sur, en sus problemas internos, en Portugal y en el mar de Occidente. Cada uno veía lo que le convenía y compartía en gran medida el punto de vista del otro. El carácter de Fernando era, sin embargo, más flexible; y transigía con más facilidad.

Si le hubieran dejado solo, seguramente habría seguido el ejemplo de muchos de sus antepasados, embarcándose en una valerosa guerra típicamente medieval contra los moros, venciéndolos y firmando con ellos una paz cuyos términos habrían sido sin duda los más favorables; y luego habría intentado sacar algún provecho luchando contra Francia. Y después quizá, tras dejar pasar algún tiempo y en el momento más oportuno, habría derrotado nuevamente a los moros para gozar de los beneficios de la victoria. A Fernando le agradaba emprender siempre asuntos pequeños cuya ganancia fuera segura; como un hábil y precavido jugador, prefería guardar algún as en la manga. Incluso cuando se trataba de la derrota del enemigo, solía proponer una serie de condiciones favorables antes que arriesgarse a perderlo todo por sacar algún beneficio mayor. Siempre estaba dispuesto a aprender humildemente de la experiencia ajena y fue indudablemente el rey más grande y más inteligente de su época. Pero, a pesar de su prudencia y habilidad, carecía de algo que la experiencia no puede dar a nadie: el genio. Y esto era precisamente lo que no le faltaba a Isabel. La reina contribuía a los

éxitos de Fernando con su intuición, que rebasaba cualquier cálculo; un sexto sentido que le hace posible a uno arriesgarse cuando todo parece perdido... y ganar. Por eso, hubiera sido muy raro que esposos semejantes no llegaran a enfrentarse nunca.

Los reyes se encontraban en Medina, proyectando una campaña para la primavera con intención de vengarse de Muley, cuando una nueva hazaña del fogoso Marqués de Cádiz les obligó a tomar medidas más serias. A sus treinta años largos, este espíritu «magnífico» se había convertido en el héroe popular de Andalucía, y las románticas damas le comparaban con el Cid de inmortal memoria. Bernáldez, que le conocía muy bien, dice que era casto, sobrio, amante de la justicia y «enemigo de todo adulador, mentiroso, traidor u holgazán». Todas las mañanas oía Misa arrodillado desde el principio hasta el final. Las mujeres moras que caían en sus manos recibían un trato caballeroso y su honor era respetado escrupulosamente. Como Leonardo da Vinci, era un apasionado de la geometría, especialmente aplicada a la construcción de fortalezas, y le encantaba la música; aunque el concienzudo Bernáldez añade que prefería el ruido de trompetas y tambores, clarines y cañones.

Para Don Rodrigo la pérdida de Zahara, a unas pocas millas de su fortaleza de Jerez y de su ciudad de Cádiz, constituía prácticamente un insulto personal; y como su reconquista, al menos por el momento, era una cuestión implanteable, se dedicó a buscar, mientras acariciaba su rizada barba roja, otro lugar donde hacer pagar con creces la injuria de Muley. El vivir siempre en medio de los peligros de la frontera obligaba al Marqués a contar con un buen número de espías –entre los que había más de un mudéjar (moros convertidos al cristianismo)– que le avisaban de las incursiones de los musulmanes y de las razzias cometidas contra los castillos. Poco después de las Navidades, uno de estos espías visitó el castillo de Don Rodrigo, en Marchena, para proporcionarle algunas noticias de sumo interés. Alhama, ciudad importante y rica, situada sobre una montaña rocosa convenientemente fortificada cuyo acceso era escarpado y peligroso, estaba dotada de escasa vigilancia y podía ser tomada por sorpresa con facilidad. No se hallaba, como Zahara, en la frontera, sino a unas veinte millas de los puestos fronterizos de Granada; a doce leguas de la capital, formaba parte del anillo de fortificaciones antes mencionado. Solamente un loco hubiera intentado conquistar Alhama, pero precisamente por esta razón la ciudad se podía tomar por sorpresa. Además, Alhama dominaba el camino de Granada

a Málaga y buena parte de la vega.

El Marqués envió a uno de sus soldados veteranos, Ortega de Prado, un excelente escalador, para explorar el terreno. Una noche sin luna Ortega escaló las murallas de Alhama y, oyendo a los soldados marcar el paso de un lado a otro, concluyó que la ciudad estaba bien vigilada. Pero cuando alcanzó las almenas del castillo pudo comprobar que no había en ellas ni un solo centinela. Utilizando unas cuantas escalas, pensó, no sería difícil salvar la altura de las murallas que nacían de la roca y, desde el castillo, mandar a un destacamento para que se introdujera en la ciudad. Así pues, descendió nuevamente sin ser visto e informó al Marqués con todo detalle.

El Marqués no se atrevió a hacer realidad su plan hasta no enviar un mensaje a los reyes, que se encontraban a doscientas millas de distancia, en el que les describía pormenorizadamente la situación y solicitaba su permiso para atacar. Los reyes consideraron que el proyecto era factible, además de que acrecentaría el espíritu marcial en Andalucía y estimularía las levas para la campaña de primavera. Así pues, dieron su consentimiento.

El Marqués confió el asunto a Diego de Merlo, principal magistrado de Sevilla; a Sancho de Ávila, gobernador de Carmona; y al Adelantado de Andalucía. Éstos reunieron en Marchena 2.400 jinetes y 3.000 soldados de a pie, que ignoraban por completo su destino. Marchando solamente de noche, atravesaron Antequera, dejaron todos sus pertrechos junto al río Yeguas y se internaron en los estrechos desfiladeros de la sierra de Alzarifa. Durante la medianoche del tercer día llegaron a un valle bien fortificado, a milla y media de Alhama. Fue entonces cuando el Marqués les explicó lo que debían hacer y pidió voluntarios, «hombres que se atrevan a morir con honor antes que tolerar caer en la vergüenza», para escalar las murallas del castillo. Se eligieron 30 escaladores, los más valientes y duros. Ortega les mostró cómo debían lanzar las escalas sobre las murallas. Era la última noche del mes de febrero, dos horas antes del amanecer.

Los treinta hombres salvaron aquella distancia, apuñalaron a un centinela y llegaron al cuerpo de guardia sin ser descubiertos. Después de matar a los centinelas, que estaban durmiendo, se lanzaron a las calles y, antes de que la ciudad se despertara, ya habían caído sobre la guardia que custodiaba las puertas. Mientras tanto, los cristianos, a cuyos oídos llegaba el ruido del tumulto en medio de la oscuridad, se acercaron a las murallas entre gritos y sonar de trompetas con el fin de confundir a la guarnición del castillo. Por fin Ortega de Prado, saltando por encima de un cúmulo de cadáveres, se las

arregló para abrir las puertas a los cristianos, que se desparramaron por la ciudad.

Al alba, los habitantes de Alhama, viendo cuán escasas eran las fuerzas cristianas que habían tomado la ciudad, consiguieron sitiarlas con la esperanza de recibir de Granada ayuda inmediata. Levantaron barricadas en las calles y abrieron fuego contra el enemigo con arcos, flechas y espingardas. Su artillería dominaba la puerta del castillo, hacia la parte de la ciudad. Los cristianos se encontraban, pues, en grave peligro. Si las tropas moras de Granada llegaban antes de conseguir limpiar las calles de defensores, estarían perdidos. El grueso del ejército, al otro lado de las murallas, se lanzó a las escalas y comenzó a trepar; los moros los repelían valientemente, con el arrojo que les proporcionaba el hecho de estar defendiendo sus propios hogares.

El Marqués, ante la imposibilidad de salir del castillo por la puerta, ordenó abrir una brecha en la muralla y, colocándose al frente de sus tropas, las condujo a través de las calles. De tejado en tejado, de casa en casa, de calle en calle, mantuvieron una lucha desesperada durante todo un día, consiguiendo hacer retroceder a los sarracenos, hasta que los últimos supervivientes moros se refugiaron en una mezquita, desde donde dispararon sus arcos y arcabuces. Entonces el Marqués ordenó incendiar la mezquita. Los moros, aterrados, salieron de ella a toda prisa y fueron asesinados o capturados. Aquel día cayeron muertos 800 moros y se hicieron 3.000 prisioneros, que fueron distribuidos como esclavos entre los vencedores. En los calabozos situados bajo el castillo los soldados hallaron muchos cristianos encadenados, a quienes enseguida se puso en libertad.

Entonces los andaluces se tomaron un descanso para proceder a inspeccionar el inmenso botín. Alhama, situada en el centro de una zona agrícolamente muy próspera, era una ciudad con rico comercio y artesanía de tejidos de oro y plata, sedas y lujosos paños, trigo, aceite y miel, caballos y asnos. Los vencedores se quedaron en Alhama desde un jueves, día de la conquista, hasta el martes siguiente; durante ese tiempo se dedicaron a distribuir el botín y a disfrutar de él, amén de darse el inmenso placer de colgar de la torre más alta a un cristiano, famoso renegado, que había traicionado a un considerable número de cristianos arrojándolos en brazos de los moros. La mañana del martes apareció de repente ante las mismas murallas de Alhama Muley Abul Hassan con 3.000 jinetes y 50.000 soldados de infantería[1]. Un antiguo romance nos muestra a los moros sollozando por

la pérdida de Alhama, la niña de sus ojos y la llave de Granada, y gimiendo desconsoladamente: «¡Ay de mí, Alhama!». Pero la prontitud con que Muley reunió sus tropas y las puso en camino para perseguir a los cristianos nos obligan a deducir que no perdieron mucho tiempo en inútiles lamentaciones.

La situación del Marqués y de sus tropas parecía desesperada. Aunque inmediatamente despachó a unos cuantos mensajeros al Norte para pedir ayuda a los reyes, y a otros tantos a Sevilla y a todos los nobles que vivían en las cercanías, el único socorro que podría llegar con tiempo eran las escasas fuerzas de un antiguo amigo suyo, Don Alonso de Aguilar. Con toda seguridad, Don Alonso hubiera corrido en auxilio del Marqués para lanzarse al mismo corazón de Alhama y luchar junto a él hasta el último aliento de vida. Pero era demasiado tarde. Estrechamente acosado por la caballería de Muley, Don Alonso tuvo que retirarse hacia la sierra.

El ánimo de Muley al llegar a Alhama era el de un auténtico salvaje. Al acercarse a la ciudad pudo contemplar cómo los cuerpos de los moros asesinados durante el ataque nocturno, que los cristianos habían lanzado por encima de las murallas, estaban siendo devorados por unos cuantos perros salvajes. Muley, furioso, ordenó un ataque inmediato.

Oleadas y más oleadas de moros, provistos de escalas, comenzaron a trepar por las rocas; subían sin reparar en las piedras, los dardos y el aceite hirviendo que lanzaban los cristianos desde las almenas; los que llegaban a la cima acababan hechos pedazos por las armas del enemigo, que tiraba sus escalas y luego arrojaba sus cadáveres; éstos caían como moscas e iban aumentando el volumen de los inmóviles montones apilados al pie de la fortificación. Muley se había dedicado a derramar sangre, como si de agua se tratara, para nada. Y se puso a maldecir la prisa con que había salido, que le impidió proveerse de la artillería necesaria. Estaba claro que la fortaleza no se podría tomar al asalto.

Pero tenía un plan mejor. «Alhama la seca» no tenía fuentes ni pozos y el suministro de agua dependía del río que corría junto a sus murallas. Si Muley conseguía desviar el curso del agua, los cristianos acabarían muriendo de sed. Así pues, ordenó a sus hombres instalar una serie de vallas en el lecho del río. El Marqués se dio cuenta enseguida del peligro que le aguardaba. Blandiendo la espada, descendió al frente de sus mejores jinetes y atravesó el estrecho pasillo que se extendía desde la fortaleza hasta el caudal de agua; y, vadeando la fría corriente, que le cubría hasta las rodillas, entabló la lucha cuerpo a cuerpo contra los musulmanes. Por fin, cuando los cadáveres de moros y

cristianos habían llegado a atascar el río y la corriente de agua aparecía completamente roja, la abrumadora superioridad numérica de los sarracenos obligó a los cristianos a retroceder lentamente, aunque sin dejar de pelear. Todo el caudal del río, excepto un tenue hililllo, estaba desviado de su lecho original.

De ahí que, aunque fuera para obtener sólo unas cuantas gotas de agua, Don Rodrigo y sus hombres tenían que pasar bajo el fuego de los arqueros y pelear cada uno de sus pasos hasta alcanzar aquel hilillo de agua. Cada gota les costaba otra de preciosa sangre. Y así fue como se produjo el mayor y más gravoso número de pérdidas entre las tropas cristianas. El agua que obtenían, por otra parte, no satisfacía en absoluto sus necesidades. Pasadas tres semanas, se vieron obligados a negar el agua a todos los prisioneros, algunos de los cuales murieron enloquecidos de sed, y a racionar hasta la última gota a soldados y caballos. Los mensajeros se deslizaban de noche entre las huestes moras para hacer llegar a Sevilla sus desesperadas súplicas de socorro. Pero no obtenían ninguna respuesta.

Isabel y Fernando estaban a unas 300 millas de distancia cuando se enteraron de estos sucesos. Rápidamente, el rey dio instrucciones a todos los nobles andaluces para que acudieran en auxilio del heroico Marqués; y, despidiéndose de Isabel aquel mismo día, montó su caballo y se dirigió al Sur cabalgando día y noche.

Mientras tanto, la Marquesa de Cádiz, desesperada y tras comprobar que no existía ni una sola tropa en las cercanías para enviarla a liberar al Marqués, no sabía a quién acudir. El noble más cercano que disponía de algunas fuerzas era el Duque de Medina Sidonia. Pero el Duque y el Marqués eran enemigos mortales. Ninguno de los dos había vuelto a Sevilla desde que la reina los desterrara de allí.

No era momento de pararse en «puntillos de honra». La Marquesa, a pesar de su orgullo, tenía en más la vida de su esposo que el particular sentido del honor andaluz, por lo que suplicó al Duque que enviara unos cuantos hombres a rescatar a Don Rodrigo.

Inmediatamente, el Duque contestó que sería un honor y un auténtico placer satisfacer los deseos de dama tan noble y digna de estima y rescatar a un caballero y guerrero cristiano tan valeroso como el Marqués. Y que él mismo en persona se pondría al mando de la tropa. Ordenó a toda prisa la movilización de cuantos hombres pudieran conseguirse en las guarniciones de las muchas ciudades que había en sus dominios, ofreciendo pagas

considerables a todos los voluntarios que se les unieran con caballos, armas y alimentos. Entre los caballeros que se presentaron se encontraban Don Alonso de Aguilar y su hermano Gonzalo de Córdoba. En un plazo de tiempo increíblemente corto, el Duque, con unos 5.000 jinetes y una gran fuerza de infantería, había emprendido la marcha[2].

Entretanto el rey Fernando, a todo galope, se dirigía al Sur acompañado de Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque, y otros grandes señores, para ponerse al frente del ejército que se estaba reuniendo. A unas quince millas de Córdoba tomó dirección Este: su plan consistía en encontrarse con sus tropas, ya de camino hacia Alhama. Don Beltrán no estaba de acuerdo con aquella decisión. Había un montón de valerosos cabecillas dispuestos a conducir a los voluntarios hasta Alhama; no era necesario que el rey en persona se arriesgara a entrar en un territorio enemigo repleto de peligros. En Castilla era una tradición el que los soberanos nunca se adentraran en zona de moros sin estar cubiertos por un poderoso ejército.

El rey replicó: «Duque, si yo partiera de la villa de Medina con propósito de socorrer aquellos caballeros, vos dábades buen consejo; pero habiendo partido con intención determinada de los socorrer por mi persona, y estando en el fin del camino, cosa sería por cierto contra mi condición mudar el primero consejo, no habiendo para ello nuevo impedimento; e por tanto con las gentes desta tierra, que están juntos sin esperar la gente de Castilla que habemos llamado, entiendo con la ayuda de Dios continuar mi camino»[3]. Y a continuación picó espuelas. Deseoso de ser él mismo quien lograra liberar al Marqués, envió un veloz mensajero al Duque suplicándole que le esperara. Pero éste contestó que, si lo hacía, sería demasiado tarde. Así que el rey tuvo que detenerse en Antequera hasta recibir alguna noticia.

Muley debía atacar rápidamente Alhama o bien enfrentarse a las huestes cristianas que se aproximaban; y como los moros generalmente preferían librar una guerra de «guerrillas», para la cual estaban mucho mejor entrenados que los cristianos, Muley se decidió por la primera alternativa. Sus escaladores, a cubierto por una maniobra fingida efectuada en el lado opuesto de la ciudad, consiguieron trepar por un precipicio tan escarpado que siempre se había considerado a salvo de cualquier escala; y arrojaron las suyas por encima de las almenas sin que nadie los viera. Setenta hombres se introdujeron en la ciudad y corrieron a abrir la puerta, dejando tras ellos un reguero de cristianos heridos o muertos. Una vez en la puerta, los sarracenos aguantaron a pie firme mientras otros tantos hacían desesperados esfuerzos

para dejar entrar a su ejército. Pero, rodeados por los cristianos, fueron cayendo uno tras otro. Luego arrojaron sus cabezas, turbantes incluidos, por encima de las murallas; y, rodando por la ladera de la montaña, fueron a caer a los pies de sus compañeros.

Aquel mismo día Muley levantó su campamento y emprendió la marcha hacia la sierra.

El Marqués y sus amigos se estaban preguntando qué podría significar dicha maniobra cuando, en medio de la hendidura de una montaña, vieron surgir al Oeste las banderas del Duque de Medina Sidonia. Con gran estruendo de trompetas, chirimías, flautines, sacabuches y tambores, que tanto le gustaba llevar cuando hacía la guerra, el Duque entró por la puerta de Alhama, con los pendones ondeando al viento en homenaje a los valientes defensores.

El Marqués, con lágrimas en los ojos, avanzó para encontrarse con su viejo enemigo, a quien años atrás había jurado matar. Sin pronunciar palabra, estrechó fuertemente su mano. El canoso Duque lo abrazó mientras los soldados, que conocían la vieja rivalidad entre ambos, prorrumpían enloquecidos de alegría en una estruendosa ovación. Más de un endurecido veterano, testigo de esta reconciliación, con las manos aún húmedas de sangre mora, notó sus ojos empañados por la emoción. La época de la caballería todavía no había muerto.

La Marquesa de Cádiz había enviado a su mayordomo en el ejército del Duque, provisto de alimentos. El Marqués ordenó que se colocaran algunas mesas en medio de la plaza, bajo las tiendas, y allí ofreció una cena en honor de su libertador y del resto de los caballeros.

El suceso arrojó una luz esperanzadora sobre la sabia política de Isabel al intentar reconciliar a los nobles recalcitrantes. El Marqués y el Duque, amigos y hermanos desde aquel momento, se contaban entre los generales más capacitados para dirigir la guerra. Otros nobles a quienes la reina había conseguido domar, movidos por el respeto que Isabel les inspiraba, ponían ahora a su servicio sus armas y sus vidas. Unidos bajo una misma bandera se hallaban algunos que probablemente habrían acabado ejecutados por un régimen menos firme que el de Isabel: Don Beltrán, que se había granjeado el odio de la reina a causa de sus múltiples escándalos; el Duque y el Marqués, quienes durante tres años impidieron la paz en Sevilla; Don Alonso de Aguilar y el Conde de Cabra, protagonistas de una situación muy semejante en Córdoba; su enemigo el joven Marqués de Villena... todos luchaban ahora

lealmente contra el enemigo común en lugar de enfrentarse los unos con los otros y atacar a la Corona y al pueblo. De los grandes alborotadores de tiempos de Enrique sólo faltaba uno: el arzobispo de Toledo, que tenía una cita en Alcalá con un Soberano ineludible. Cansado de adivinar su porvenir a través de las fantasías de la alquimia y la astrología, el quebrantado anciano murió aquel mismo año, consolado por los Sacramentos de una fe a la cual había servido unas veces tan bien y otras tan desafortunadamente.

El rey, entretanto, había regresado a Córdoba a finales de marzo y pocos días más tarde Isabel, al mando del ejército de Castilla la Vieja, se reunió con él. Se celebró entonces un consejo de guerra para decidir si Alhama, asolada y rodeada de enemigos, pero muy cerca de Granada, debía ser retenida en manos de los cristianos o bien destrozada en su totalidad y luego abandonada. Los guerreros de la frontera menearon la cabeza: el coste de mantenimiento de la fortaleza resultaría prohibitivo.

Como de costumbre, el rey Fernando se volvió hacia la reina y le dirigió una mirada con la que venía a preguntarle: «¿Y vos, qué opináis?».

«Mantendremos nuestro dominio sobre Alhama cueste lo que cueste», contestó Isabel sin un momento de duda. «¿Acaso vamos a abandonar ahora el primer lugar que hemos conquistado? No deberíamos ni tan siquiera permitir que esa idea pasara por nuestra imaginación. Con ello lograríamos envalentonar al enemigo y desmoralizar a nuestras gentes. ¿Que va a costar mucho trabajo, mucho dinero y mucha sangre el conservarla? ¿Es que alguien ha dudado, desde el inicio de esta guerra, que ganarla nos va a costar un trabajo agotador, mucho dinero y mucha sangre derramada? Dejemos de hablar de Alhama, excepto para mantener a salvo sus sagradas murallas de cualquier enemigo, como fortaleza que nos ha sido concedida por Dios en el mismo corazón de una nación enemiga; y pensemos solamente en cómo extender nuestra gloriosa conquista».

Por supuesto, prevaleció el consejo de la reina. Se decidió que el rey atacara Loja, la ciudad mora más próxima a Alhama, tan pronto como se ultimaran todos los preparativos. Después de enviar a Alhama una poderosa guarnición con provisiones para tres meses, acudió a todas las ciudades y fortalezas de Andalucía y Extremadura, a los jefes de las Órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, e incluso a Salamanca, Toro y Valladolid (en Castilla la Vieja) para que les suministrasen el pan, el vino y el ganado necesarios, la mitad en junio y la otra mitad en julio; y para que enviaran también soldados de caballería y de infantería de acuerdo con la proporción

que se había determinado para cada una de ellas, y todas las lombardas y artillería que pudieran reunir, además de pólvora y balas. Al estrecho de Gibraltar se envió a la armada, ya de vuelta de Italia después de la retirada de los turcos, para que detuviera la llegada de refuerzos de la costa africana con destino a Granada.

Isabel ya no podía seguir yendo de un campamento a otro, montando la mula que últimamente había sustituido a su caballo blanco. Pero continuaba despachando diariamente una enorme cantidad de asuntos oficiales y tomando el pulso hasta el último momento a cada una de las provincias españolas. Había pasado la mitad del verano cuando su cuarto hijo vio la luz en el palacio de Córdoba, donde el esplendor de los reyes moros rivalizara tiempo atrás con el de los califas de Bagdad. Fue otra niña rubia, a quien se le puso el nombre de María en conmemoración de la Santísima Virgen. El príncipe Juan, de apenas cuatro años, y la princesa Juana, que aún no había cumplido los tres, acudieron junto al lecho de la reina para ver a la nueva infanta. Su hermana Isabel, una alta y espléndida jovencita de once años, permanecía como rehén en Portugal.

Era el mes de junio cuando el rey Fernando, cubierto con su armadura toledana adornada con incrustaciones de oro y plata, salió de Córdoba con su nuevo ejército. Después de dejar en Écija una parte considerable de sus hombres (entre los que se incluían los reclutas más jóvenes), el rey se internó en territorio enemigo a la cabeza de 5.000 jinetes y 800 soldados de infantería. Diego de Merlo, el asistente de Sevilla, aseguró a Fernando que incluso en el caso de que Muley llegara al campo de batalla con 80.000 hombres, las espadas de los caballeros cristianos no dejarían con vida ni a uno solo de ellos. Un único guerrero cristiano equivalía a una docena de aquellos mequetrefes con turbantes, montados en sus ponies montañeses.

El Marqués de Cádiz, acostumbrado a la lucha contra los moros desde que cumpliera los catorce años, no se mostraba tan confiado. Creía que el ejército del rey era demasiado pequeño para introducirse en terreno hostil, sobre todo hasta un punto tan lejano como Loja. Pero Fernando, que era tan prudente para dar cualquier consejo, manifestaba una enorme impetuosidad en el momento de actuar; así que estuvo de acuerdo con la opinión de Merlo. Seguro de que su causa era justa y confiando en el espíritu que animaba a su ejército, pretendía despachar rápidamente a los infieles para volver a su ambicioso juego de política europea.

Al aproximarse a Loja, descubrieron que su marcha se veía impedida por

colinas y arroyos y por el abundante caudal del río Genil; hasta el punto de que resultaba difícil encontrar un lugar donde acampar. El rey se vio obligado a diseminar todas sus tropas, colocando a cada una de ellas en distintas zonas elevadas separadas por barrancos. Se trataba de una posición francamente mala: la caballería carecía del espacio suficiente para moverse libremente en el momento de la pelea y la artillería ni siquiera dominaba las murallas de la ciudad. El hermano del rey, el Duque de Villahermosa, a quien Marineo considera el mejor capitán de su tiempo, advirtió que los moros, por el contrario, podían dominar el campo con su artillería y sus arqueros si situaban a éstos en una colina cercana, el Santo Albohacén. Y, en lugar de emprender la retirada, el rey decidió ocupar dicha posición. El Marqués de Cádiz consiguió tomarla por sorpresa, barrer la zona de sarracenos e instalar en ella veinte de sus cañones.

Pero Alí Atar, gobernador de Loja, también había aprendido algunas nociones de estrategia a lo largo de sus setenta años de existencia. Mientras esperaba que le llegaran algunos refuerzos de parte de Muley, una noche tendió una emboscada cerca de Albohacén y al alba simuló un ataque en el lado opuesto. Cuando el Marqués y sus caballeros se lanzaron contra ellos, los moros emprendieron la huida, obligando a los otros a perseguirles. Entretanto, los que estaban emboscados ocuparon las alturas. Los cristianos, al darse cuenta del engaño, volvieron grupas, entablando en su regreso una lucha desesperada contra el violento enemigo. Consiguieron tomar nuevamente la colina, pero a costa de las vidas de muchos de los más valientes caballeros con que contaban.

Al igual que ocurriera en la guerra de sucesión, el rey había comenzado con escasa fortuna. Admitiendo que el Marqués se hallaba en lo cierto, Fernando, con pesar –puesto que era muy orgulloso–, consintió en levantar el sitio y retroceder hacia Riofrío para reunirse con las tropas procedentes de Córdoba. El Marqués debería levantar el campamento de Albohacén mientras las tropas, desde una posición inferior, cubrían su retirada. Pero, cuando se estaban desmontando las tiendas, los moros salieron precipitadamente de Loja para atacarles. Los cristianos situados en la posición menos elevada huyeron aterrados.

Fernando los alcanzó de inmediato, conminándoles en vano a que no abandonaran su puesto. Así que se enfrentó al enemigo con un puñado de hombres, con tal furia que consiguió dispersar a uno de los escuadrones enemigos; algunos moros prefirieron incluso lanzarse al río. El brazo del rey,

protegido con la cota de malla, se levantaba para ser descargado luego, una y otra vez, sobre la masa de enemigos; su lanza abatía sin cesar a un moro tras otro. Pero los refuerzos enemigos acabaron rodeándolo y, en cuestión de minutos, se encontró abrumado por ellos.

El Marqués de Cádiz, percatándose del peligro que corría el rey, reunió setenta caballeros y galopó en su auxilio. Llegó en el momento justo en que Fernando hundía su lanza en el cuerpo de un moro que intentaba herir a su caballo. El moro cayó hacia adelante, de manera que al rey le resultaba imposible sacar su lanza del cadáver ni tampoco desenvainar su espada, tal era el espeso enjambre de cuerpos sudorosos, sangre y acero que le rodeaba. Un moro gigantesco alzó su cimitarra con la intención de acabar con el rey; en ese instante, la lanza del Marqués le atravesó el brazo, haciéndole desplomarse. Con ayuda de los setenta jinetes, Fernando logró abrirse camino hasta reunirse con su ejército, en franca retirada. Durante todo el día, el rey, el Marqués y la flor de la caballería andaluza lucharon sin cuartel mezclados con sus soldados de a pie y con la artillería, hasta que por fin se consiguió levantar el campamento. Abandonando algunos de sus cañones, los cristianos se dirigieron lentamente hacia Riofrío, perseguidos de cerca por Ali Atar. Fernando, apesadumbrado y silencioso, regresó a Córdoba.

Allí, junto al lecho de la pálida reina, le explicó todo lo sucedido. Si la reina tuvo alguna palabra de crítica para «mi señor el rey», lo cierto es que ningún cronista nos la ha revelado. Pero lo que sí es seguro es que Isabel comprendió de inmediato la moraleja: que era una auténtica locura atacar plazas como Loja sin la ayuda de cañones más grandes y de proyectiles más pesados. Así que debían sacar el dinero de donde pudieran para comprar esos cañones. Por eso les pareció una suerte que la Inquisición comenzara a suministrarles los fondos correspondientes a la venta de los bienes de algunos conversos condenados.

Mientras tanto, y con el fin de mantener alto el ánimo de sus tropas, el rey las condujo hasta la vega de Granada para cortar al enemigo los suministros de provisiones, devastando campos y pueblos. Muley Abul Hassan inició las represalias organizando una importante razzia en la zona sur de Andalucía.

El primer año de guerra, pues, había resultado un auténtico desastre para los cristianos: Zahara y Loja consiguieron oscurecer la victoria sobre Alhama.

Mientras esperaban la llegada de nuevos fondos para continuar la guerra,

esta vez a gran escala, los reyes viajaron hasta Logroño con la intención de hacer fracasar los planes de Luis XI de hacerse con algunas fortalezas en el territorio de Navarra; y desde allí enviaron varios hombres a Francia, Alemania e Italia en busca de cañones y municiones de guerra. Aquel invierno Isabel inició sus estudios de latín, que le permitiría entenderse con los diplomáticos extranjeros. En tan sólo un año la reina era capaz de hablarlo y escribirlo correctamente, si no con elegancia[4]. Pasadas las Navidades, fue hasta Madrid para entretenerse cazando lobos y jabalíes en los bosques cercanos. La primavera la halló completamente restablecida de salud y preparada para una segunda campaña contra los moros.

Aquel año demostró ser eficaz en cuanto a reorganización y nuevos preparativos, aparte de llevarse a cabo una continua propaganda entre los perezosos habitantes del Norte de la nación. El Papa autorizó que se predicara una cruzada de acuerdo con las condiciones habituales y empezaron a afluir guerreros cristianos procedentes de Francia, Alemania, Polonia, Inglaterra e Irlanda. Sixto permitió también que se tomaran 100.000 ducados de oro de las rentas eclesiásticas de Aragón y Castilla. El segundo año se iniciaba lleno de grandes esperanzas.

En el mes de marzo, justo antes de que los reyes regresaran a Córdoba para emprender la campaña de primavera, los grandes señores del Sur reunieron en Antequera unos 3.000 jinetes, seleccionados de entre la flor y nata de Andalucía, y 1.000 soldados de infantería. Todos estaban ansiosos de asestar un golpe importante a los infieles; la única pregunta que se planteaban era: ¿dónde? El Marqués de Cádiz deseaba atacar Almojía, de la que uno de sus espías moros le había dicho que contaba con una débil defensa. Pero Cárdenas, el Maestre de Santiago, también disponía entre sus filas de algunos moros renegados que le habían comunicado que una razzia llevada a cabo por sorpresa contra la Axarquía de Málaga, un tortuoso valle rico en viñedos y rebaños y situado entre las colinas al norte de la ciudad, les proporcionaría un botín considerable con un riesgo mínimo. Los nobles encontraron más atractivo el plan del Maestre que el del Marqués. ¿Por qué no devastar la Axarquía, se preguntaban, para luego tomar al asalto la poderosa ciudad de Málaga?

Evidentemente, las noticias de aquel plan salieron de las fronteras de Antequera, e incluso más allá de los límites del campamento; porque cuando, un jueves por la mañana, los 4.000 cristianos se pusieron en camino, seguía su marcha un largo cortejo de buitres humanos que parecían haber emergido

de la noche como por ensalmo: «no se trataba de los habituales desgraciados que suelen revolotear por encima de los ejércitos para saquear y despojar a los muertos, sino sobre todo y esencialmente de mercaderes sevillanos y cordobeses y de otras ciudades de abundante comercio. Cabalgaban sobre lustrosas mulas e iban vestidos con hermosos trajes; de sus ceñidores colgaban bolsas de cuero repletas de doblones y otras monedas de oro. A sus oídos había llegado la noticia de los botines conseguidos por los soldados durante la captura de Alhama y ahora viajaban provistos de monedas para comprar joyas y piedras preciosas, vajillas de oro y plata, ricas sedas y paños; todo cuanto pudiera surgir del saqueo de Málaga. Los orgullosos caballeros miraban con desdén a estos hijos del comercio, pero permitían que les acompañaran porque suponían un beneficio para sus tropas, quienes de otra manera se verían impedidas para moverse libremente a causa de la sobrecarga del botín»[5].

Marcharon durante toda la mañana y la tarde saqueando e incendiando cuantas aldeas encontraban en su camino; pero curiosamente no toparon con un solo enemigo ni consiguieron hacerse con rebaños ni botín alguno. Al llegar la noche, se hallaron diseminados en medio de un auténtico laberinto de barrancos, flanqueados a ambos lados por enormes rocas. El silencio era completamente inusual: no se oía aullar a los lobos ni el trino de los pájaros. Los cruzados, fatigados, pararon la marcha para tumbarse en el suelo a dormir un poco... todos menos el Marqués de Cádiz, quien, al mando de la retaguardia, no lograba apartar de sí cierta premonición de desastre inminente, por lo que decidió permanecer vigilante toda la noche. De pronto, a eso de la medianoche, oyó sobre su cabeza un grito terrorífico que rompió el oscuro silencio. Enseguida le siguió otro más al otro lado del valle, y otro, y otro más... hasta que los ecos se empezaron a confundir entre sí y un estruendoso griterío ululante, como si proviniera de todos los diablos del infierno, hizo despertar y ponerse en pie a los cristianos dormidos. De en medio de la oscuridad surgió una auténtica lluvia de flechas. Los invasores no podían atacar al enemigo porque no lo veían. En los acantilados y en los promontorios empezaron a brillar diez mil hogueras[6]. Los sarracenos, entre gritos de triunfo, comenzaron a descender desde lo alto para caer sobre los cristianos, especialmente sobre la vanguardia, al mando del Maestre de Santiago. El Marqués de Cádiz intentó en vano conducir a sus tropas en medio de la oscuridad en auxilio de Cárdenas. Antes del alba los cristianos huían en todas direcciones por en medio de barrancos, acosados, invadidos

por el pánico y hechos pedazos por un enemigo invisible.

La victoria sarracena la consiguió, dice Bernáldez, una escasa cantidad de moros: no más de 500 «peones» y quizá unos cincuenta jinetes, «e parece que nuestro Señor lo consintió, porque es cierto que la mayor parte de la gente iba con intención de robar y mercadear; mas que no de servir a Dios, como fue probado e confesado por muchos dellos mismos». Bernáldez admite que algunos buenos cristianos iban con la única intención de luchar por el triunfo de la fe, «pero muchos de ellos no codiciaban más que sedas y buenos caballos»[7]. Los impecables mercaderes de Sevilla y de Córdoba fueron capturados y se pidieron por ellos importantes sumas en concepto de rescate. Los caballeros cristianos, sin embargo, hallaron la muerte en medio de aquellos desolados barrancos, derribados por el suelo como hojas de otoño.

El Marqués y sus compañeros, en medio de las tinieblas, se retiraron sin abandonar la lucha, hasta que las primeras luces del alba dejaron ver el terrible escenario de la carnicería y los moros, por su parte, abandonaron agotados la batalla. Mientras Don Rodrigo cabalgaba en medio de los cadáveres de sus propios amigos, que yacían en lo que todavía hoy se conoce como la Cuesta de la Matanza, sólo consiguió descubrir con vida, aquí y allá, a unos pocos cruzados. Los cuerpos de dos de sus hermanos, Don Diego y Don Lope, estaban en el suelo, rodeados de un círculo de cadáveres sarracenos. Y sus sobrinos, Don Lorenzo y Don Manuel, caídos boca abajo. Su tercer hermano, Don Beltrán, el preferido del Marqués, todavía permanecía sentado sobre su montura; pero cuando se dirigía a reunirse con Don Rodrigo una inmensa roca rodó por la ladera del monte y se estrelló contra su cabeza. Don Beltrán comenzó a tambalearse y el caballo, asustado, atravesó enloquecido el arroyo. El Marqués empezó a gritar, angustiado. Uno de sus guías moros le trajo rápidamente una montura de refresco y le suplicó que huyera inmediatamente y salvara la vida. Por encima de sus cabezas silbaban de nuevo las flechas. En las montañas los moros gritaban: «¡El Zagal! ¡El Zagal!». Evidentemente, en ese momento había llegado de Granada el hermano de Muley Abul Hassan, Boabdil, conocido como «El Zagal». El Marqués, que parecía hipnotizado, montó su caballo y siguió a su fiel Luis.

De todo el ejército cristiano tan sólo unos pocos lograron regresar a Antequera. Muchos murieron de hambre o desangrados. Algunos vagabundearon durante días de aquí para allá, alimentándose de raíces y hierbas, hasta ser capturados por campesinos moros o por mujeres

malagueñas. 250 caballeros, demasiado débiles para oponer resistencia alguna, fueron atrapados y encerrados en los calabozos de Málaga; luego se pidió por ellos un fuerte rescate. Y 500 soldados de a pie, miembros del pueblo llano, por quienes nadie podía pagar dicha suma, fueron vendidos como esclavos. Los moros pasaron varios días recogiendo del campo de batalla las mejores armaduras y las lanzas de los muertos.

El Marqués de Cádiz se encerró en su castillo y allí permaneció mucho tiempo, en medio de un horrible mutismo; hasta que la reina le suplicó que se reuniera en Córdoba con ella para hacerle un detallado relato de la derrota. Angustiada, le oyó hablar largo rato, mientras el Marqués le hacía recrear en su imaginación un minucioso cuadro del horror y la desolación reinantes. No había una sola de las nobles familias andaluzas que no hubiera perdido a un héroe en aquella batalla. Al Conde de Cifuentes, portaestandarte de Isabel, y a su hermano les hicieron atravesar las puertas de Granada en triunfo, en señal de victoria para los moros –eso era lo que los espías del Marqués le habían contado–. «Toda Andalucía estaba en gran tristeza», escribe Bernáldez, «y no había un ojo que no llorara, así como en gran parte de Castilla».

Después de la partida de Don Rodrigo, Isabel entró en su oratorio y permaneció arrodillada y en silencio un buen rato, rezando.

XVIII
EL CONFLICTO ENTRE MOROS Y CRISTIANOS
BOABDIL
RELACIONES CON FRANCIA
TARRAGONA

Se ha dicho de Isabel que era una mística que se las ingenió para llevar la vida de una contemplativa en medio de sus absorbentes ocupaciones familiares y de una carrera pública asombrosamente activa; en su misticismo no había, sin embargo, nada del soñoliento quietismo oriental que se niega a escuchar las llamadas de la realidad y se refugia en una pasividad subjetivista. Como todos los grandes místicos occidentales –como Santa Teresa, Santa Catalina de Siena o San Ignacio de Loyola–, Isabel era profundamente consciente de los problemas de su tiempo y de sus deberes con respecto a ellos; y, también como estos místicos, la reina encontraba en la oración la fuerza motriz para emprender grandes y heroicas acciones. Cuando surgían los problemas graves, se echaba humildemente a los pies del Señor; pero, después de acudir a Él, llena de confianza, se entregaba a la parte que le correspondía con tal energía que hubiera sido motivo de admiración para aquellos «cabezas redondas» cuyo lema era: «Confía en Dios y ten seca tu pólvora».

Si alguna vez, mientras cabalgaba de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, reclutando nuevas levas y alzando la quebrantada moral de su gente, le hubiera asaltado la idea de la existencia de un demoledor e irresistible Destino, probablemente se habría burlado de ella. La habría despreciado, como despreciaba a los astrólogos y a los que adivinaban el futuro, así como a toda manifestación de esa desconfianza, típicamente oriental, propia de la voluntad humana, que no es en definitiva sino una forma de desesperación. Profundamente imbuida de las conclusiones, si no de todos los razonamientos, de la filosofía de Santo Tomás, no podía por menos que ver una forma indirecta de ateísmo en ese Destino que se extendía como una sombra sobre las creencias del Islam. Y seguramente, si hubiera oído hablar de la teología calvinista o del determinismo de Thomas Hardy, los habría considerado como una reaparición del viejo maniqueísmo. Creía en la

Voluntad de Dios, sí, y en que esa Voluntad era Todopoderosa; pero Dios era un Padre universal que amaba tanto a sus criaturas que, en su omnipotencia, podía concederles y les había concedido la capacidad de ser libres; y a aquellos que le buscaban con sincero corazón Él les otorgaba en ocasiones el poder de hacer hasta lo imposible. Isabel se movía a través del laberinto de problemas planteados acerca de la Voluntad de Dios, que tanto han desconcertado a los filósofos, con la misma decisión con que el Doctor Johnson rebatía a Berkeley mediante el procedimiento de mover una piedra. Si alguien le hubiera pedido una prueba de que Dios realmente escucha las oraciones de los hombres, probablemente le habría respondido: «A las mías sí que contesta».

Su guerra no era un simple conflicto entre reyes y hombres; se trataba de una lucha a muerte entablada por dos filosofías, dos concepciones distintas del destino del hombre; la desesperanza contra la esperanza, las estrellas contra los santos, las fuerzas centrífugas del islamismo contra las tendencias unificadoras y en favor de la armonía de la Cristiandad Católica. Como todas las cruzadas, la de Isabel constituye un auténtico enigma para quienes han resuelto no ver más que impulsos económicos en el desarrollo de la Historia. ¿Por qué un inglés o un francés, poseedor de bienes considerables, dejaba mujer e hijos para derramar su sangre en Ascalón o en Andalucía, en pro de un beneficio económico que nunca llegará a ver, del que probablemente jamás sabrá nada y del cual, más probablemente aún, no recibirá parte ninguna? La codicia, aunque también desempeñaba su papel en estas famosas guerras, no las explica del todo. Ni tampoco las diferencias de raza. Durante los períodos de tolerancia se produjo en la península un incalculable número de matrimonios mixtos. En el año 1311 los embajadores de Jaime II de Aragón le dijeron al Papa Clemente que de los 200.000 habitantes de la ciudad de Granada no eran más que 500 los que contaban con antepasados exclusivamente moros. Había sarracenos más rubios que los propios castellanos; y había castellanos más morenos que los árabes. Tampoco el clima podía considerarse causa de la animosidad existente entre Granada y el resto de la Península. Si el cálido aire del Sur constituía el principal ingrediente de una cultura que inmediatamente nos sugiere una fruta madura sobre un telón de fondo formado por un muro rebosante de flores e iluminado por el resplandor de la luna; de una exótica cultura oriental que halagaba todo lo relacionado con los sentidos y las pasiones, como si los placeres que ambos proporcionan fueran la única finalidad de esta vida; entonces los

italianos deberían parecerse a los moros mucho más que los españoles. Si la superstición, ampliamente extendida entre el pueblo, de que los territorios fríos e inhóspitos producen personas enérgicas y autoritarias contiene un solo ápice de verdad, los irlandeses e ingleses que habitan bellas y fértiles islas deberían tener un carácter demasiado pacífico para emprender una guerra; los italianos de tiempos de Julio César, según esta teoría, deberían haber sido tan fáciles de conquistar como los de la época de Atila o los del Renacimiento; los canadienses de origen francés dominarían el hemisferio occidental; y los esquimales serían los dueños de la Tierra.

El hecho es que el clima es algo insignificante en la vida de las personas comparado con la fuerza dinámica de las ideas. El castellano no poseía más energías que el árabe, pero dichas energías sí que estaban más disciplinadas en el primero. Su religión, aunque en ocasiones y en la práctica fuera algo falso, le recordaba constantemente que incluso los placeres legítimos y las satisfacciones no eran más que medios para un fin; y la propia vida, una «jornada» o una peregrinación, en lugar de una finalidad en sí misma. Incluso en los peores momentos, generalmente distinguía entre perversión y pasión; y en sus delitos desdeñaba la tolerancia y la hipocresía. Su vida entera se hallaba coordinada y determinada por la convicción de la supremacía de la voluntad humana, querida por Dios. Y si esta intensa preocupación por mantener viva dicha verdad degeneró a veces en fanatismo y crueldad, originó por otra parte una larga y radiante procesión de santos y héroes.

A pesar de todos sus conocimientos matemáticos, de horticultura y arquitectura, los árabes continuaban siendo un pueblo bárbaro. Si su desmedida afición a exhibirse y la brutalidad de sus principios éticos no fueran evidencia suficiente para confirmar este hecho, podríamos encontrar una prueba más de él en su actitud hacia las mujeres. En las naciones realmente civilizadas existe un equilibrio entre hombres y mujeres, una igualdad espiritual entre los cónyuges o entre quienes, perteneciendo a distinto sexo, deben convivir juntos. Una nación en la que las mujeres dominen a los hombres se puede considerar decadente. Y una nación en la que las mujeres se convierten en esclavas y propiedad de los hombres es una nación bárbara. De hecho, todas las naciones que aceptaron la cultura islámica acabaron degradando a las mujeres. El Corán apenas les concede la categoría de seres humanos; clasifica al género humano en doce tipos distintos, entre los cuales el decimoprimero incluye a ladrones, hechiceros, piratas y borrachos; y en el decimosegundo e inferior a todos los restantes, a

las mujeres. A duras penas podemos imaginar a las mujeres granadinas contribuyendo a la vida en común de la manera en que lo hicieron algunas notables mujeres de la Cristiandad: Doña Lucía de Medrano, que enseñaba griego y latín en la Universidad de Salamanca; Doña Francisca de Lebrija, que ocupó en la Universidad de Alcalá la cátedra de retórica que perteneciera a su padre; Santa Catalina de Siena, autora del final del exilio de los Papas en Aviñón; o la propia reina Isabel.

Si la degradación femenina en las sociedades musulmanas era consecuencia natural de su barbarie, o bien resultado directo del dogma del Profeta acerca de la poligamia, es una cuestión que no vamos a discutir aquí; pero lo cierto es que la práctica de la poligamia había traído consigo una enorme desorganización en los asuntos tanto públicos como privados del enemigo de Isabel, Muley Abul Hassan, rey de Granada. Su mayor desgracia consistió en que dos de sus más hermosas esposas resultaron ser, además, mujeres inteligentes y ambiciosas. Durante algunos años su favorita había sido una cristiana cautiva, Isabel de Solís, hija del gobernador de Martos y mujer de tan probada belleza que los moros la llamaban Zoraya, es decir, «estrella de la mañana»; y su hijo, Abu Abdallah Boabdil –conocido también como Boabdil «El Chico» para distinguirlo de su tío, Boabdil «El Zagal»– era el heredero del trono de Granada, a pesar de la profecía de un astrólogo que predecía que Boabdil sería causa de la ruina del reino granadino. Por desgracia para el príncipe, su regio padre, ya mayor, concibió una fuerte pasión por una nueva y joven esposa, Ayesha. Zoraya, claro está, se vio comida por los celos. Y temiendo que su rival pudiera tener un hijo que le arrebatara su herencia a Boabdil, incitó al clan de los zegríes contra Ayesha[1]. Entonces los Abencerrajes se levantaron en armas en defensa de ésta. Durante la guerra civil que siguió a estos hechos, Zoraya y Boabdil, presos en La Alhambra, se las arreglaron para escapar una noche de la Torre de Comares y huir hasta Guadix. Después del fracaso de Muley en la reconquista de Alhama, el pueblo le cerró las puertas y proclamó rey a Boabdil. «El Chico» regresó en triunfo a la capital.

Muley Abul Hassan se retiró a Baza para reflexionar. Una oscura noche regresó a Granada en compañía de 500 hombres escogidos, escaló sus murallas y, esperando que los granadinos se unieran a su causa tan pronto como se enteraran de su presencia, comenzó a eliminar a todos los centinelas. Pero la fortuna todavía sonreía a Boabdil: el pueblo se lanzó contra Muley, que se vio obligado a huir a Málaga. Todo su reino, excepto Granada,

permaneció fiel a Muley. Pero las rivalidades nacidas en el seno de su harén habían provocado una grieta muy favorable para Isabel y Fernando.

Boabdil, hombre magnánimo y amable, pero tremendamente indolente, se había casado con Morayma, hija del mismo Ali Atar que consiguiera humillar a Fernando en Loja; y sus enemigos no se cansaban de decir que le gustaba más entretenerse con ella junto a las frescas fuentes de la Alhambra que las masculinas hazañas propias del campo de batalla. Cuando estos rumores llegaron a oídos de su suegro, en Loja, el anciano guerrero se dirigió a Granada para proporcionar a Boabdil algunos oportunos consejos. Había llegado el momento de que se distinguiera en la acción. Su padre Muley logró acrecentar su éxito a raíz de una victoriosa razzia llevada a cabo en Andalucía; y algún día los versátiles árabes de Granada podrían volverse contra Boabdil para arrojarlo a los perros, a menos que se pusiera en movimiento. ¿Y por qué no dirigir una expedición contra la ciudad cristiana de Lucena? La vigilancia era escasa y el botín enorme.

A Boabdil le pareció tan bien la sugerencia que en abril de 1484 abandonó Granada con 9.000 soldados de a pie y 700 jinetes; arrasó cuantas aldeas cristianas encontró en su camino y llegó a Lucena.

Cuando se estaba acercando a la ciudad, en las montañas de alrededor comenzaron a brillar las hogueras encendidas por los cristianos. El Conde de Cabra salió en su persecución con tan sólo 250 jinetes y 1.200 soldados de infantería. Después de introducirse en Lucena, ayudó a defender la plaza contra los repetidos ataques de Boabdil y Ali Atar; y cuando los moros, comprendiendo que no había otra manera de tomar la ciudad que por sorpresa, iniciaron la retirada hacia la frontera, el Conde les fue pisando los talones.

Al acercarse al valle donde los moros se estaban reagrupando en cinco batallones, el Conde dijo a sus hombres: «No temáis a causa del número; Dios a menudo da la victoria a los que son pocos frente a muchos»[2].

Desde las colinas comenzó a bajar una espesa niebla que impedía determinar el número de cristianos. El enemigo empezó a retroceder. Boabdil fue capturado mientras luchaba valientemente, intentando cubrir a sus tropas cuando estas atravesaban el lecho del río.

El estar en posesión de Boabdil proporcionó a Fernando una excelente oportunidad para emplear la astucia y habilidad que le dieron fama sobre cualquier otro monarca de su época. Si su desconocimiento del latín mantuvo fuera de su alcance la máxima romana de la habilidad política, *divide et*

impera, el rey entendía bien ese principio. Inmediatamente se dio cuenta –igual que Isabel– de que Boabdil les resultaría mucho menos útil allí, en calidad de prisionero, que en Granada, donde sería causa de división entre los sarracenos. Además Fernando se proponía reforzar sus pretensiones sobre Granada enviando al cautivo de regreso después de hacerle jurar vasallaje. Algunos de los consejeros reales pensaban que Boabdil no era un hombre de palabra; pero el Cardenal Mendoza, «el tercer rey de España», dijo que él, en el lugar de Fernando, no sólo enviaría a Boabdil de vuelta a Granada, sino que le llenaría los bolsillos de dinero.

El rey, no obstante, no tenía intención de gastar en Boabdil el dinero que necesitaba para sus cañones. Además, no fue necesario. Muley Abul Hassan ofreció un rescate por el príncipe y les confió que en realidad poco le importaba si se lo devolvían vivo o muerto. Pero Zoraya, la madre de Boabdil, propuso unas condiciones mucho más atractivas:

Si Fernando reconocía a Boabdil como rey de Granada, Boabdil aceptaría acceder al trono como vasallo de Castilla. En ese momento pagaría la suma del rescate y en adelante un tributo anual. Pondría en libertad a 400 cristianos cautivos que elegirían los propios reyes; y harían eso mismo, una vez al año durante cinco, con otros setenta cristianos. Prestaría su ayuda militar a Castilla y asistiría a las Cortes cuando se le requiriera para ello. Su hijo, y los hijos de otros doce nobles sarracenos, serían entregados como rehenes.

Antes de acceder a dichas condiciones, Fernando asoló la vega de Granada hasta las mismas puertas de la ciudad y ante los atónitos ojos de Muley y de miles de moros a quienes la guerra civil había convertido en seres inofensivos. Sólo después firmó el acuerdo. El desgraciado Boabdil, y cincuenta moros más que su madre había enviado en su busca, fueron recibidos en Córdoba con todos los honores. Estaban presentes todos los nobles de Castilla y Andalucía. Los reyes y el Cardenal Mendoza ofrecieron a los sarracenos regios regalos: caballos de pura sangre, armaduras repujadas y bolsas llenas de dinero con que sufragar los gastos que se ocasionaran durante su estancia como huéspedes de la Corte. Isabel tendió graciosamente su mano a Boabdil, pero el rey le hizo levantarse y lo saludó como hubiera hecho con cualquier otro monarca. Los tristes ojos de los moros se encendieron de gratitud.

El hijo de Boabdil y el resto de los rehenes llegaron en agosto. El dos de septiembre el prisionero, aclamado por la multitud cordobesa, partió hacia Granada seguido por un ilustre cortejo de nobles cristianos y acompañado por

el rey Fernando, que cabalgaba junto a él. Boabdil tenía un rostro alargado, sensitivo, casi ascético, en el que sus hundidas mejillas se contradecían con sus labios sensuales; sus ojos eran bovinos; sus cabellos, que caían hasta los hombros, y su barba cuidadosamente arreglada, con una hendidura en medio, habían heredado el color de los de su madre, Zoraya, «la estrella de la mañana». En conjunto ofrecía un aspecto tan inofensivo, tan pacífico, tan patéticamente abrumado, que la emotiva muchedumbre sintió lástima de él; y muchos derramaron algunas lágrimas, sobre todo en el momento en que se despidió de un niño moro a quien dejaba allí en calidad de rehén.

Fernando lo escoltó hasta que se encontraron con unos cuantos caballeros moros enviados por Zoraya. Los informes que traían acerca del estado de Granada no eran demasiado optimistas. De hecho, Boabdil esperó hasta que se hizo de noche y entró sin que nadie le viera por una puerta trasera del Albaicín, el barrio donde Zoraya tenía su corte en clara oposición a la de Muley, en la Alhambra. Al día siguiente, cuando se hizo público el regreso del rey cautivo, ambas facciones desenvainaron sus armas y la ciudad se inundó de sangre. Boabdil huyó a Almería.

Muley, repentinamente ascendido por la variable opinión pública, creyó que era el momento oportuno para otra nueva razzia en Andalucía y confió dicha misión a Bexir, alcalde de Málaga. El veterano soldado reunió varias tropas procedentes de distintos lugares en Ronda, ciudad de la serranía alzada sobre una elevada roca que rodea el río Verde. Ronda había sido ya punto de partida de más de una incursión de este tipo. Ninguna ciudad de la frontera proporcionaba tantos quebraderos de cabeza a los campesinos del Sur. Estaba repleta de botines arrebatados a los cristianos y las mazmorras del macizo alcázar rebosaban prisioneros. Sus habitantes tenían fama de ser especialmente agresivos y aficionados a la guerra; y albergaba tantos judíos que se la conocía como «la ciudad de los judíos»[3]. Su alcaide era el árabe Hamet el Zegrí, el terror de la región.

Las huestes sarracenas, una fuerza compuesta por 19.000 hombres, emprendieron la marcha hacia Utrera. Pero los caballeros cristianos salieron a su encuentro y el 17 de septiembre, a orillas del río Lopera y tras una tremenda carnicería, lograron derrotarlos. Entre el botín se encontraron muchos caballos y hermosos fragmentos de armaduras que los infieles habían obtenido en las montañas malagueñas. El Marqués de Cádiz mató a un moro cuya cabalgadura le resultó extrañamente familiar; cuando le trajeron el animal, inmediatamente reconoció la montura de su difunto hermano Don

Beltrán.

«¡Ay de mí, mi hermano!», se lamentó el Marqués.

Fernando e Isabel tuvieron noticias de aquel triunfo en Vitoria, adonde se habían trasladado desde Guadalupe en el mes de septiembre. Ordenaron que se celebrara un «Te Deum» en todas las iglesias, y procesiones y festejos para conmemorar la victoria. Fernando envió al Marqués de Cádiz las regias ropas que vestía el mismo día en que se enteró de tan gratas nuevas y le otorgó a él y a sus herederos el privilegio de vestirlas en cada aniversario del suceso. Isabel, por su parte, mandó su tocado a la esposa de Don Luis Fernández Portocarrero, quien se había distinguido especialmente en la batalla.

Ya de vuelta en Córdoba, los soberanos ofrecieron una memorable recepción en honor del Conde de Cabra, autor de la captura de Boabdil. Se observó cuidadosamente cada uno de los «puntillos de honra» del tradicional protocolo castellano; Isabel ya había presenciado suficientes muestras de informalidad y descuido en la Corte de Enrique. La reina era consciente de la afición de los castellanos, probablemente motivada por su largo contacto con los moros, hacia el esplendor propio de los bárbaros y las ceremonias; y, a pesar de haber publicado un edicto contra los extravagantes funerales que se celebraban en su época, nunca dudó en explotar aquel defecto nacional, utilizándolo como instrumento para restablecer el prestigio real. Su política consistía en moderar la concesión de grandes honores para que así éstos se convirtieran en una nota muy especial de distinción. Se había dado cuenta de que muchos hombres, a quienes no se podía comprar con dinero, se hubieran dejado matar sin embargo por una cinta de seda o una sonrisa de parte de la reina. Repartía tierras y dinero con tanta prudencia que sus enemigos, olvidando cuán escasos eran sus bienes y urgentes sus necesidades, atribuían este hecho a su tacañería; pero, por el contrario, cuando hacía regalos, eran tan espléndidos y generosos como correspondía a una mujer que despreciaba toda mediocridad.

Cuando el Conde de Cabra llegó ante las puertas de Córdoba, le estaban esperando para recibirle el Cardenal de España, ataviado con ricos ropajes color púrpura; el hermano del rey, Duque de Villahermosa; y un enorme cortejo de personas principales envueltas en terciopelos, sedas y tejidos de oro. Acompañados por música militar, atravesaron la vieja ciudad que tanto amor inspiró a Pompeyo y que César acabó destruyendo; y así llegaron hasta el palacio, donde los reyes aguardaban sentados sobre un alto estrado adornado con vestiduras doradas. Los soberanos se levantaron. Fernando

descendió cinco escalones para reunirse con el héroe, que se arrodilló ante él y besó su mano. El rey le hizo levantarse y lo abrazó. Isabel, por su parte, avanzó dos escalones y ofreció su mano al Conde para que la besara.

Trajeron varios almohadones y se rogó al Conde que tomara asiento (raro privilegio cuando se estaba en presencia de algún soberano de Castilla), mientras los reyes ocupaban nuevamente sus respectivos tronos. Al lado del Conde y cerca del rey estaban el Duque de Nájera, el obispo de Palencia, Don Alonso de Aguilar y Don Gutierre de Cárdenas. A la izquierda de la reina, el Cardenal Mendoza, el Duque de Villahermosa, el Conde de Monterrey y los obispos de Jaén y Cuenca.

En aquel momento, una música procedente de instrumentos invisibles invadió la sala de audiencias y entraron veinte damas de la reina ataviadas con magníficos vestidos multicolores; después de responder con una reverencia al saludo de otros tantos caballeros, que inclinaron sus cabezas manteniendo una mano sobre el pecho, unos y otros iniciaron un baile de majestuosa gravedad. Una vez acabada la danza, los reyes se retiraron a comer, mientras el Conde, tras haber sido graciosamente despedido, se dirigía al palacio del Cardenal Mendoza, donde se iba a celebrar un banquete en honor del ilustre invitado. Una semana más tarde, los reyes en persona honraron al Conde con una cena; y en aquella ocasión la reina bailó con el rey y la esbelta infanta Isabel lo hizo con el Conde de Cabra. Después el Conde cenó en la misma mesa que los reyes y la princesa. La cena y la celebración se prolongaron hasta la una de la madrugada.

Cuando se hallaba en la Corte, Isabel dosificaba sus sonrisas tan concienzudamente como lo hacía en la distribución de dinero o de cargos públicos. Una vez que recibió a unos caballeros portugueses, un paisano de éstos se mantuvo todo el rato detrás de ella para explicarle el grado exacto de condescendencia que la reina debía manifestar hacia ellos de acuerdo con sus rangos respectivos.

El año que empezara con tan poca fortuna estaba concluyendo entre festejos y triunfos. Y su final fue tan glorioso como inesperado. El día 29 de octubre el Marqués de Cádiz reconquistó Zahara gracias a un nuevo ataque por sorpresa efectuado a pleno día y sin perder en él un solo hombre. Arriesgando su propia vida, Don Rodrigo escaló las murallas por una zona solitaria y a mediodía, es decir, cuando nadie hubiera esperado jamás un ataque semejante. Los moros se despertaron de la siesta para encontrarse dentro de sus propias puertas a un enemigo cuyo nombre y saqueos se

estaban convirtiendo en algo legendario. Al ver el ejército que se hallaba al otro lado de las murallas, se rindieron. Entonces se les permitió abandonar pacíficamente la ciudad.

Así acabó el tercer año de la cruzada. Hasta entonces, la guerra se había desarrollado a la manera tradicional, con incursiones y saqueos. Pero entretanto Isabel estuvo almacenando gran cantidad de pólvora en varios arsenales distribuidos a lo largo de la frontera; ordenó guardar allí también grandes bolas de piedra fabricadas en Constantina; y, en definitiva, se hallaba planeando un nuevo tipo de guerra, una guerra moderna, para 1485.

Todo se desarrollaba de acuerdo con lo previsto cuando la muerte de Luis XI hizo peligrar el equilibrio europeo.

Durante algún tiempo, Luis estuvo interfiriendo en los asuntos de Navarra, donde su hermana actuaba en calidad de regente en nombre del joven Francisco Febo. En todas las cancillerías europeas se rumoreaba que Luis estaba arreglando el matrimonio de Febo ni más ni menos que con Doña Juana la Beltraneja, quien por entonces residía en la Corte de Portugal. Estas noticias eran las peores que podía haber recibido la reina Isabel. Hacía mucho tiempo que no se sabía nada de Juana, y la maniobra de Luis parecía disimular la amenaza de resucitar nuevamente las pretensiones de La Beltraneja y reclamar sus derechos al trono de Castilla en favor de la casa francesa que reinaba en Navarra.

Los monarcas españoles intentaron evitar la jugada ofreciendo al príncipe Febo a su propia hija Juana, que contaba por entonces tres años de edad. Pero Febo murió y le sucedió como heredera de Navarra su hermana Catalina. Así pues, Isabel y Fernando propusieron que se concertara el matrimonio entre dicha princesa, de trece años, y su hijo el príncipe Juan, de cuatro. La regente Doña Magdalena rechazó la propuesta tomando como excusa la diferencia de edad entre ambos. Como dicha diferencia pasaba por lo general a un segundo plano en los acuerdos reales de este tipo, Isabel sospechó de inmediato que cabía esperar nuevas y más peligrosas intrigas por parte de Luis. Fue en estas circunstancias cuando al rey Luis le llegó la hora de la muerte. San Francisco de Paula, que le administró los últimos sacramentos, le convenció para que devolviera al rey Fernando el Rosellón y la Cerdaña.

Una de las primeras acciones llevadas a cabo por el sucesor de Luis, su hijo Carlos VIII, fue la de negarse a cumplir la promesa realizada por su padre en el lecho de muerte. Se trataba de un joven afable, pero orgulloso, con un toque de megalomanía; y, al menos en aquella época, se hallaba

absolutamente dominado por su tía, la regente Ana de Beaulieu. Fernando creyó ver en la debilidad demostrada por el joven rey la oportunidad de recuperar por la fuerza sus provincias robadas. Para ello sería necesario suspender las operaciones contra Granada durante un año. Bueno; ¿y qué? Quizá no se presentara una nueva ocasión como aquélla y las tropas y artillería reunidas para emplearlas en 1485 contra los moros podían ser utilizadas de modo providencial en una repentina y victoriosa campaña en el Norte.

Isabel se negó siquiera a discutir tal posibilidad. ¿Echarse atrás ahora y perder los frutos de tres años de trabajo y sangre? ¿Envalentonar a los moros y descorazonar a los castellanos, y hacerse con ello merecedores del desdén de la Cristiandad entera y de las burlas de los infieles? Nunca. Al menos mientras a ella le quedara un soplo de aliento.

Fernando argumentó que la guerra contra Francia era una causa eminentemente justa.

«Señor, es cierto que vuestra guerra es justa», contestó Isabel, con la dulzura y la inflexible calma que adoptaba en tales ocasiones y que la hacían tan impenetrable como un escudo; «pero mi guerra no sólo es justa, sino santa también».

El rey continuó defendiendo acaloradamente su postura. La guerra contra los moros era una guerra extranjera, mientras que la que se entablara con Francia estaría destinada a recuperar lo que le pertenecía. El suspender la guerra contra el infiel no suponía ninguna deshonra, pero él sí que incurriría en un gran deshonor si llegara a permitir que se le despojara por la fuerza de las tierras de su padre sin mover un solo dedo para recobrarlas. Para todo había momentos oportunos, pero quizá nunca más surgiera una ocasión como aquella: el rey de Francia no era más que un niño y su gobierno pecaba de debilidad. Cuanto más demorara Fernando la acción, más firme sería la posición de Carlos en el Rosellón y la Cerdaña, más seguro su título; y los habitantes de aquellas provincias, viendo que pasaba el tiempo sin que nadie hiciera nada por que recobraran su primitiva situación, perderían toda esperanza y acabarían reconciliándose con el gobierno de Francia. Los caballeros y ciudadanos de ambas regiones no cesaban de suplicar a Fernando que acudiera en su rescate. ¿Y cómo iba a negarse a hacerlo ahora que se presentaba una oportunidad tan providencial?[4].

Pero ninguno de sus razonamientos consiguieron arrancar a la reina de su determinación de continuar la guerra contra los moros. Ella tenía su propia

lógica, que evidentemente no era la de Fernando.

Cuando el 12 de enero la regia pareja salió de Vitoria en dirección a Tarragona, Fernando había decidido solicitar algunas tropas de las Cortes de Aragón para iniciar la guerra contra Francia sin la ayuda de Isabel. El día 19 llegaron a Tarragona. Las Cortes llevaban reunidas desde el día 15, pero la ausencia del rey obligó a prorrogarlas. Las sesiones no se iniciaron hasta el 12 de febrero y se prolongaron un tiempo considerable, porque los catalanes, para quienes la rebelión constituía, más que una tradición, un auténtico placer, se negaron a enviar sus representantes aduciendo que la celebración de las Cortes en su territorio violaba su Constitución. Cuando por fin los catalanes decidieron asistir, Barcelona y Valencia continuaron manteniendo una postura recalcitrante. Pasó el tiempo y nada se hacía por solucionar el conflicto. Fernando, anhelando conseguir el dinero y las tropas necesarias para su guerra contra Francia, libró algunas batallas parlamentarias contra catalanes y valencianos mientras sus esperanzas disminuían paulatinamente. Una última llamada dirigida a Isabel resultó infructuosa. La reina contestó que él había prometido concluir con éxito la guerra contra los moros y que estaba obligado a mantener su palabra. Fernando se negó otra vez.

Así pues, la reina dejó Tarragona y salió hacia Córdoba, a 400 millas de distancia, en compañía del Cardenal Mendoza y de otros Grandes de Castilla. Llegó a Toledo por Pascua, permaneció allí tres días y emprendió luego un viaje por Andalucía con el fin de reclutar nuevas tropas; para ello se detuvo en Úbeda, Baeza, Andújar y Jaén; y regresó a Córdoba en abril.

Los andaluces, movidos por la sinceridad de Isabel, respondieron maravillosamente. La reina consiguió reunir en Antequera un formidable ejército compuesto por 6.000 jinetes y 12.000 soldados de a pie; contaba además con más artillería de la que jamás había dispuesto otro ejército español, y ello gracias a los maestros e ingenieros que habían llegado aquella primavera desde Alemania y Francia. «La Reina ordenó que trajeran un gran número de carros, vigas, hierros y piedras, necesarias para las lombardas y otras piezas de artillería».

El ejército disponía también de algunos médicos que atenderían gratuitamente a enfermos y heridos. Y de seis grandes tiendas equipadas por Isabel con lechos, medicinas y vendas, que despertaron un enorme asombro entre las tropas y recibieron el nombre de «Hospital de Isabel». Se trataba del primer hospital militar organizado de la Historia. Las enfermeras de Isabel se anticiparon a la Cruz Roja en más de trescientos años.

Don Alonso de Aguilar mandaba la vanguardia del ejército de Isabel; el Marqués de Cádiz, junto con el Maestre de Santiago y Gonzalo de Córdoba (quien en aquella ocasión recibió su primer mando de importancia), dirigían el segundo batallón; el tercero seguía las órdenes del Duque de Medina Sidonia y del Conde de Cabra; y la retaguardia agrupaba a los caballeros de Alcántara y a los jinetes andaluces de Jerez y Carmona.

Montada sobre su caballo de guerra, Isabel contempló a sus huestes (su propio ejército), que por la puerta de Antequera se dirigían a las llanuras. Durante cuarenta días atravesaron fértiles valles y ricas mesetas, incendiando aldeas y destrozando las cosechas. Luego siguieron por la costa de Málaga y derrotaron a los moros que salieron a su encuentro, pero no lograron tomar la ciudad por sorpresa. Tal vez la reina no estuviera dispuesta a que otro que no fuera Fernando se alzara con la gloria. Después de concluir un circuito que comprendía Coín, Casaraboncla, Almería, Cártama, Gatero y Alhaurín, el ejército regresó a Antequera cargado de botines.

Fernando seguía en Tarragona bregando con los tercos catalanes para que le proveyeran de fondos con los que reunir un ejército. No hay duda que, de haberlo logrado, habría entablado la guerra sin la ayuda de Isabel; pero los aragoneses, sobrecargados de impuestos durante mucho tiempo para sufragar los gastos de las guerras del padre de Fernando y celosos de salvaguardar sus constituciones democráticas, aguantaron firmes hasta el final. El rey ordenó la prórroga de las Cortes de Valencia el 1 de mayo y las de Aragón el 13. Ante su negativa a proporcionarle tropas adicionales, Fernando dejó a su hijo natural, Don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, que contaba solamente 16 años, para que presidiera las Cortes. Por fin había tomado una decisión humillante, pero necesaria: comunicó a Isabel que emprendía viaje hacia el Sur para ponerse, como de costumbre, al mando del ejército castellano.

El rey salió de Tarragona el 30 de mayo y llegó a Córdoba en junio; el día 11 de junio apareció ante Illora, al frente del ejército de Isabel. En nueve días destrozó cuanto halló a su paso hasta entrar en la ciudad; luego asoló toda la región, se presentó ante las mismas puertas de Granada y regresó a Córdoba. En verano emprendió una nueva campaña y en septiembre se abrió paso hasta la poderosa fortaleza de Setenil. La nueva artillería de Isabel estaba funcionando a la perfección. El Marqués de Cádiz, exultante, exclamaba una y otra vez que las fortificaciones de los moros estaban hechas para aguantar el ataque de los cañones antiguos, de las ballestas y arietes que

Fernando había empleado en 1484; pero que no serían capaces de resistir las nuevas lombardas. Isabel estaba encantada con el éxito de su política, tanto con la de guerra como con la utilizada con respecto a su marido. Cuando Fernando regresó a Córdoba, le recibió afectuosamente y juntos se trasladaron a Sevilla a pasar el invierno.

Si Fernando admitió alguna vez que se había equivocado, o si Isabel le dijo que «ya te lo había dicho yo», es algo que los historiadores no comentan. Pero quizá una carta sin fecha, escrita por la propia mano del rey y cuyo original se conserva en Madrid entre la colección de autógrafos de Fernando, pudo haber sido escrita durante aquella tormentosa primavera en que Isabel marchó a Toledo mientras su esposo intentaba en vano imponer su voluntad a los representantes aragoneses:

«Mi señora:

»Ahora por fin queda claro cuál de nosotros dos ama más. A juzgar por lo que habéis ordenado que se me escriba, creo que podéis estar contenta, mientras yo no consigo conciliar el sueño porque viene un mensajero detrás de otro sin traerme noticias vuestras. La razón por la que no me escribís no está en que no tengáis papel a mano ni en que no sepáis cómo escribir, sino en que no me amáis y sois además orgullosa. Ahora estáis viviendo en Toledo y yo en estos pequeños pueblos. ¡Bien!, algún día volveréis a tomarme afecto. Si no es así, moriré, y vos seréis la culpable.

»Escribidme y hacedme saber cómo estáis. No tengo nada que deciros acerca de los asuntos que me retienen aquí, excepto lo que Silva os comunicará y lo que Fernando Pulgar ya os ha contado. Os ruego que creáis a Silva. Escribidme.

»No olvidéis hablarme de la Princesa. Por el amor de Dios, recordadme a ella. Su padre, que besa vuestras manos y es vuestro siervo

EL REY»[5].

XIX
EL PAPA SIXTO IV CENSURA LA ACTUACIÓN DE LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA
LA REFORMA DE TORQUEMADA

Como San Pedro, el Papa Sixto IV era un pescador, hijo de pescadores, que, desde la oscuridad más absoluta, había logrado la tiara solamente por méritos propios. A causa de su nepotismo y de sus relaciones con la Inquisición española, los historiadores, siguiendo la tradición inglesa del siglo XVII, nos lo han presentado como un hombre cruel y sin principios, tiránico y avaro –en resumen, con un conjunto de características claramente anti-cristianas–. Para descubrir qué es lo que hay de verdad en dicha descripción, debemos dejar a un lado todos los resúmenes parciales, distorsionados y falsificados de la correspondencia que mantuvo con Isabel y acudir a los textos originales[1]. Su lectura resulta extremadamente ardua, porque una simple oración, a pesar de estar impecablemente construida, en ocasiones se desarrolla a través de páginas y más páginas del típico y flexible latín renacentista, de tan hermosa cadencia. Pero de este testimonio de primera mano –si es que uno se toma la molestia de traducirlo– surge una personalidad muy definida.

El primer desacuerdo importante originado entre el Papa y la reina Isabel –tomando en este caso como principal testimonio la crónica de Pulgar– tiene lugar a principios de 1482, cuando Sixto decide conceder la sede vacante de Cuenca a su sobrino, Rafael Sasoni, Cardenal de San Jorge. La reina Isabel, por su parte, proyectaba solicitar que el nombramiento recayera sobre su propio capellán, Alonso de Burgos. Se dirigió entonces al Papa, recordándole que, en el pasado, Roma había permitido a los monarcas castellanos, como un privilegio especial, el poder realizar nombramientos eclesiásticos, «considerando que los Reyes sus progenitores con grandes trabajos e derramamiento de su sangre como christianísimos príncipes, habían ganado la tierra de los moros»[2]; y además, como muchos de los beneficios incluían plazas fortificadas de gran importancia estratégica en la frontera con el infiel, se hacía necesario encomendarlos a hombres de confianza que estuvieran familiarizados con la situación[3].

A ello Sixto contestó, siempre de acuerdo con el testimonio de Pulgar, que en el nombramiento de cargos espirituales él no estaba obligado a tener en cuenta los deseos de ningún príncipe de la tierra, excepto en el caso de considerarlo aconsejable para un mejor servicio de Dios y del bien de la Iglesia[4].

El embajador de Isabel se apresuró a asegurar al Papa que la reina no deseaba poner ningún límite a su autoridad; pero «que era cosa razonable considerar las cosas suso alegadas»[5].

Sixto se negó a modificar su decisión. Entonces Fernando e Isabel ordenaron a todos sus súbditos que se encontraban en Roma que abandonaran la ciudad, so pena de que sus propiedades en España fueran confiscadas por el Estado, y amenazaron con convocar una reunión de todos los príncipes de la Cristiandad para tratar «de estos y otros asuntos». Los españoles de Roma obedecieron la orden[6].

Sixto no deseaba que dicho consejo se celebrara, porque siempre existía la posibilidad de que acabara en un cisma. Por eso, encomendó a Domingo Centurión, un hombre de leyes, la misión de visitar la Corte de Medina del Campo para intentar llegar a un acuerdo. Pero los reyes contestaron a su enviado que «el Papa se había más duramente en sus cosas, que en las de ningún otro Príncipe de la Cristiandad... e que habida esta consideración ellos entendían buscar los remedios que según derecho debían e podían»[7]; y le ordenaron que abandonara la nación, aunque tuvieron la precaución de añadir que, por supuesto, cualquier mensajero del Sumo Pontífice recibiría un salvoconducto y garantías de inmunidad. Pero Domingo Centurión, en lugar de retirarse del campo, redactó una respuesta conciliadora que «templó la indignación que el Rey e la Reyna habían concebido»[8].

Mientras tanto, Centurión halló un poderoso intercesor en el Cardenal Mendoza, quien suplicó a Fernando e Isabel que, en favor de la unidad de la Cristiandad, hicieran las paces con el Papa. El Cardenal escribió también al Santo Padre y su carta fue de tal eficacia que Sixto accedió a revocar el nombramiento de Sasoni para la sede de Cuenca y reconocer al candidato de Isabel[9].

Desde aquel momento la reina nombró siempre a los obispos de sus dominios; y se ha dicho de forma generalizada que nombró a «homes de buena vida, e doctos, e predicadores de buenas doctrinas, de quien todos tomasen exemplo de vivir»[10]. A menudo obligó a aceptar obispados a hombres humildes y desprendidos, cuya única voluntad era la de permanecer

en sus monasterios. Pero, desde el punto de vista católico, en dicha controversia, e independientemente de las exigencias políticas de España en aquel momento, era el Papa quien tenía la razón e Isabel la equivocada. El privilegio que la reina solicitaba se había convertido en un abuso en manos de otros gobernantes, causando graves perjuicios a la Iglesia; mientras que Sixto luchaba por mantener un principio que tanto le costó lograr a Gregorio VII y por el que Santo Tomás Moro se topó con la muerte: un principio ahora universalmente aceptado en la Iglesia Católica. Era una desgracia que, en este caso, el nepotismo se mezclara con la defensa que de dicho principio hacía el Papa.

En aquel mismo año de 1482 se inició una controversia de mucho más alcance con la bula papal de 29 de enero, en la que se amenazaba con destituir a los inquisidores si los reyes no les instaban a adecuar su actuación al Derecho canónico. Probablemente los reyes, a través de su embajador en Roma, explicaron los abusos cometidos por Morillo y San Martín escudándose en el hecho de que los casos de herejía eran tan numerosos que los dos hombres solos no podían dedicar una atención adecuada a todos ellos; por lo que, el 11 de febrero de 1482, Sixto nombró ocho inquisidores para Castilla y León, manifestando que le habían sido recomendados por los propios soberanos «por su pureza de vida, amor y celo hacia la religión, gentileza de costumbres, gran sabiduría y otras virtudes»[11]. El séptimo de los hombres nombrados para el cargo era *Thomas de Turrecremata, baccalaureus:* Tomás de Torquemada, prior del convento dominico de Santa Cruz, en Segovia.

Al parecer, algunos de los recién nombrados –incluido Torquemada, de quien sabemos que con anterioridad había rechazado un obispado– no estaban en absoluto deseosos de emprender las arduas y peligrosas tareas propias de un inquisidor, pues el Papa consideró necesario ordenarles, «en remisión de sus pecados y por amor de Dios», que apartaran de su ánimo todo temor y aceptaran el cargo «con espíritu de fortaleza», movidos por la conveniencia del asunto «y en esperanza de eternas recompensas... para que las raíces de la perversidad desaparezcan por vuestro cuidado y solicitud, y las viñas del Señor, cuando las zorras sean expulsadas, produzcan abundantes frutos»[12] –haciendo con ello referencia a un versículo del *Cantar de los Cantares:* «Cazadnos las raposas que están asolando nuestras viñas, porque ya han florecido»[13]–.

Sixto mencionaba otra vez las quejas recibidas contra Morillo y San

Martín y reiteraba enfáticamente que los documentos en que se autorizaban sus nombramientos contenían muchos elementos contrarios a la opinión de los Padres de la Iglesia y a la observancia de la misma; ello se debía a las explicaciones proporcionadas por el embajador «de modo confuso» sobre la situación española. Los inquisidores habían actuado en Sevilla injusta e indiscriminadamente, decía, y sin observar el procedimiento legal correcto. Ordenaba a los ocho nuevos inquisidores que se comportaran «con prudencia y cautela» y dentro de las reglas prescritas por las leyes.

En este documento se advierte un claro cambio de política. Antes Sixto había permitido a Fernando e Isabel que nombraran ellos mismos a los inquisidores. Ahora, aunque había aceptado los nombres propuestos por los reyes, era él quien llevaba a cabo los nombramientos y se reservaba para sí o para sus sucesores el derecho de revocarlos. Su desconfianza hacia el César se hacía cada vez más patente.

Dos meses más tarde, el 17 de abril de 1482, el Papa permitió a Fernando que estableciera la Inquisición en Aragón; pero en octubre suspendió su permiso, sin duda al recibir nuevas y aún más enérgicas quejas por parte de los conversos refugiados en Roma; o quizá para castigar la impaciencia del rey. Porque el 13 de mayo, estando la Corte en Córdoba, Fernando dirigió a Su Santidad una carta protestando enérgicamente contra las cartas de perdón que Sixto continuaba otorgando a los fugitivos de Roma. Algunos de los cristianos nuevos habían vuelto a España con dichas cartas, no hallando más que sus propiedades confiscadas y sus propias vidas en peligro. Fernando solicitaba del Papa que revocara las concesiones realizadas, aduciendo que se habían obtenido mediante la «importuna y astuta capacidad de persuasión» de los conversos, a quienes no tenía la menor intención de honrar; y firmaba «el humilde y devoto hijo de Vuestra Santidad, que besa vuestros sagrados pies y manos, el Rey de Castilla y Aragón»[14].

En septiembre del mismo año la reina Isabel escribió al Papa, independientemente de Fernando; y más tarde, probablemente en el mes de diciembre, le envió una carta autógrafa en la que reafirmaba su filial obediencia y devoción al Papa, al tiempo que se quejaba de que los conversos de Roma, con su acostumbrada duplicidad, le habían engañado con sus «conversiones» y con lo que habían contado sobre la situación de España; y sugería que se podría hallar un remedio para tales abusos en la creación de un tribunal de apelación, no en Roma sino en España, donde los jueces estaban familiarizados con las peculiares condiciones locales. No se ha hallado nunca

el texto de dicho comunicado, pero su tenor es fácilmente deducible a partir de la respuesta del Papa Sixto, fechada el 23 de febrero de 1483, a «la carta escrita de vuestras propias manos». El Cardenal Borgia, su Vicecanciller –decía la carta–, le había leído la misiva hacía ya algún tiempo, pero su mala salud le impidió contestar antes. Tras aprobar el nombramiento del Cardenal Mendoza para la sede de Toledo como sucesor de Carrillo, continuaba así:

«Vuestra carta está llena de vuestra piedad y singular devoción hacia Dios. Nos alegramos sinceramente, hija bien amada de nuestro corazón, de que Vuestra Alteza emplee tanto trabajo y diligencia en estos asuntos que tanto nos preocupan» –evidentemente, y a partir del contexto, se refería a la justicia y a la misericordia–. Pero el Papa aseguraba a la reina que no miraba con antipatía la actitud de Isabel hacia los judaizantes y que ni mucho menos se había dejado engañar. «Hemos procurado siempre buscar remedios adecuados contra la malvada locura de estas gentes, como contra una enfermedad peligrosa», escribía; y, un poco más adelante, se refería a ellos como «gente traidora y perversa». Aprobaba la Inquisición tal y como se hallaba ahora e incluso aprobaba su extensión a otros lugares a condición de que los inquisidores no actuaran con crueldad ni contra los preceptos del Derecho canónico.

Evidentemente, Isabel debía de haberle escrito que estaba haciendo todo lo posible para que se cumplieran los deseos del Papa, pues éste le contestaba: «Es grato para Nos que os conforméis con nuestro deseo, para castigar las ofensas contra la Divina Majestad con tal cuidado y devoción. Realmente, muy querida hija, vemos que vuestra persona está adornada de muchas virtudes reales, gracias a la magnificencia divina, y alabamos vuestra devoción a Dios y vuestro constante amor por la fe ortodoxa».

La reina parecía temer que Sixto creyera que, al castigar «a aquellos infieles que, pretendiendo el nombre de cristianos, blasfemaban y crucificaban a Cristo con traición de judíos», actuara más «por ambición y por el deseo de bienes temporales que por el celo de la fe y por la verdad católica o el temor de Dios»; motivo por el que el Papa añadía: «estad segura de que jamás hemos tenido tal sospecha»[15]. «Porque si no faltan quienes, para cubrir sus propios crímenes, murmuran de Vos, nada de esta suerte podrá persuadirnos de que habéis obrado mal, ni tampoco nuestro amado hijo, antes nombrado, vuestro ilustre esposo. Vuestra sinceridad y devoción nos son bien conocidas. No creemos a cualquiera. Si prestamos oídos a las quejas de otros, no por eso asentimos necesariamente a ellas»[16].

El Papa prometía discutir con los Cardenales la petición de Isabel con respecto al tribunal de apelación para España; «y de acuerdo con su consejo, en tanto como podamos ante Dios, accederemos a vuestro deseo. Mientras tanto, muy querida hija, estad de buen ánimo, y no ceséis en obra tan pía, tan agradable a Dios y a nosotros, con vuestra usual devoción y diligencia; y estad segura de que no se negará nada a Vuestra Alteza que podamos concederos».

El Papa dejaba muy claro, sin embargo, que aunque no culpaba concretamente a los reyes de los abusos cometidos en Sevilla, estaba muy lejos de creer a pies juntillas que todas las quejas de los cristianos nuevos carecían de fundamento o eran absolutamente hipócritas. «Hemos visto, no sin asombro, cómo actuaban, no por deseo vuestro ni por el del antes mencionado nuestro amado hijo, vuestros oficiales que, habiendo dejado a un lado todo temor de Dios, no vacilaban en emplear la guadaña en una cosecha indigna, menospreciando nuestras instrucciones y los mandatos apostólicos... sin detenerse ni retroceder por temor a nuestras censuras; esto, como es ofensivo a Nos y extraño a vuestra situación y costumbres, por el respeto debido a Nos y a la Silla Apostólica, y por vuestra propia salud, lo decimos a Vuestra Serenidad. Por eso os recomendamos vivamente y requerimos que evitéis cuidadosamente censuras de esta clase, que deben temer los fieles, ni que sufráis que se inflijan ofensas a Nos ni a la Santa Sede; y así proveáis cuidadosamente para que la libertad y privilegios apostólicos, que vuestros ilustres progenitores defendían y aumentaban con tanto celo, no aparezcan menospreciados o disminuidos en el tiempo de Vuestra Alteza. Para esto el Señor, en cuyas manos está el poder de los Reyes, dirigirá vuestros deseos, y os ayudará en favor de la Sede Apostólica; Él hará que vuestra posteridad y vuestros asuntos florezcan, y que todo suceda con bien a Vuestra Alteza, marchando por el camino recto, de acuerdo con vuestro deseo».

Con estas solemnes palabras concluía el Papa su carta. De hecho, discutió el asunto con los Cardenales y decidió dar el visto bueno a la sugerencia de la reina. El 25 de mayo de 1483 promulgó una bula en la que decía que «aunque es único y peculiar privilegio de la Sede Romana, que Nos presidimos, no por nuestros méritos, sino por providencia del Señor, recibir las quejas y apelaciones en los que están gravemente oprimidos, y tomarlos en el pecho de nuestra misericordia», no obstante, en ese caso en particular, era su voluntad el nombrar un juez para Castilla y León, el sabio Iñigo Manrique, arzobispo de Sevilla, con autoridad para recibir todo tipo de apelaciones,

incluyendo las que aún estuvieran pendientes ante la Curia Romana, y extender su protección a quienes acudieran a él.

Sixto no permitió que Fernando e Isabel nombraran a Manrique, sino que lo hizo él directamente y le notificó personalmente el nombramiento el mismo día en que éste se produjo mediante un breve despacho; además, suplicaba al Arzobispo que aceptara aquel peso. El cargo resultaría gravoso y agotador, decía Sixto, pero el mérito conseguido sería por ello aún mayor a ojos de Dios y de la Santa Sede.

Aquel mismo día, el Papa destituyó de su cargo a Cristóbal de Gálvez, inquisidor de Valencia, quien –decía Sixto– se había comportado de modo impío e imprudente. El Papa comunicó su decisión a los soberanos y a Manrique y solicitó del Arzobispo que colaborara con la Corona para que la violenta actitud de Gálvez cesara de inmediato.

El nuevo tribunal de apelación no obtuvo ningún éxito, a causa tal vez de la avanzada edad del Arzobispo y de la magnitud de su misión; o quizá debido a las interferencias del rey Fernando. Desde Sevilla continuaban llegando a Roma conversos fugitivos que solicitaban la protección del Papa, asegurando que el tribunal de apelación actuaba con tal severidad que no se atrevían a acudir a él.

Aunque Sixto seguía recibiéndolos con amabilidad, su salud comenzaba a flaquear y el Papa se veía agobiado por multitud de problemas. En 1482 su sobrino Girolamo Riario se había unido a los venecianos en la guerra de éstos contra Nápoles y Ferrara y las tropas papales, al mando de Roberto Malatesta, derrotaron a los napolitanos cerca de Nettuna. El Papa firmó la paz para evitar que Venecia se convirtiera en una potencia demasiado fuerte en perjuicio de la futura seguridad italiana. Los venecianos, en venganza, amenazaron en 1483 con volver a los turcos contra Italia. Su embajador abandonó Roma en febrero de 1483. Sixto anunció entonces un interdicto contra Venecia y Luis XI expulsó de París a los embajadores venecianos. En consecuencia, Venecia amenazó con convocar un concilio general para deponer al Papa. Éste contestó que estaba deseando celebrar un concilio general, siempre y cuando se reuniera en Roma, en el Laterano.

Durante todo este tiempo el Papa no dejaba de vigilar de cerca los progresos del nuevo tribunal de apelación sevillano. Probablemente Morillo fue destituido de su cargo, pues cuando en 1483 se reunió una asamblea de la Inquisición el autoritario funcionario había desaparecido de la escena. Y en el mes de agosto de 1483 el Papa publicó una proclama de importancia histórica

que acababa definitivamente con aquella Inquisición «anormal y anti-canónica». En una bula de diez páginas dirigida no a los soberanos, sino *ad futuram rei memoriam*, revisaba por extenso la Inquisición española, resumía sus bulas anteriores y recordaba las razones por las que nombrara a Manrique y se manifestaba absolutamente descontento con el experimento. Los casos presentados ante el Arzobispo o ante sus subalternos habían sufrido largas e injustas demoras con el pretexto de que era el propio Arzobispo quien debía atenderlos; pero los funcionarios reales habían desdeñado su autoridad. En el futuro, decía el Papa, «deseamos que el Arzobispo no actúe por sí solamente, sino a través de la jurisdicción oficial de sus ordinarios, con los inquisidores», acelerando la tramitación de las apelaciones. Las quejas procedentes de Sevilla indicaban que el rigor de la Inquisición «excedía la moderación de la ley». A los acusados se les negaba el libre acceso al tribunal de apelación y muchos conversos, de uno y otro sexo, que estaban en posesión de cartas de perdón firmadas por el Papa temían presentarlas ante el tribunal al enterarse de que los funcionarios seculares habían quemado sus efigies.

Después de consultar con los Cardenales más sabios, el Papa decidió que se reabrieran todos aquellos expedientes, que se oyeran las declaraciones y se juzgara con rapidez y justicia. «Y como la vergüenza de la penitencia pública ha llevado a muchos a tal estado de desesperación que prefieren morir en pecado a vivir en desgracia, resolvemos que tales personas deben ser consoladas, y los corderos descarriados conducidos por la clemencia de la Sede Apostólica al rebaño del verdadero pastor, Nuestro Señor Jesucristo». Por eso ordenaba que se garantizara la absoluta libertad de apelación a todo el mundo, y que todos los penitentes, herejes o judaizantes, fueran recibidos y absueltos y se les aplicara la penitencia en secreto y con discreción. Incluso a los herejes declarados, o a aquellos cuyas efigies se iban a quemar, o a cualquier otro que fuera a ser castigado, se le debía ofrecer plena libertad para apelar; y cuando se le absolviera y hubiera cumplido su penitencia, se le había de considerar completamente rehabilitado, sin que nadie le volviera a molestar. Los conversos cuyas apelaciones estuvieran aún pendientes ante la Curia Romana no serían perseguidos bajo ningún pretexto. «Deben ser considerados y tratados como verdaderos católicos».

Anticipándose a las palabras que Shakespeare, un siglo más tarde, pusiera en boca de Porcia[17], Sixto concluía así:

«Aunque la naturaleza humana esté sobrepasada en todo por la naturaleza

divina, es solamente la misericordia lo que nos hace semejantes a Dios en todo lo que la naturaleza humana es capaz..., por eso pedimos y exhortamos a los dichos Reyes, en el corazón de Nuestro Señor Jesucristo, para que, imitándole a Él, que siempre está dispuesto a la misericordia y al perdón, perdonen a los ciudadanos de Sevilla y a los naturales de aquella diócesis que reconozcan su error e imploren misericordia; así, que si ellos –los penitentes– quieren vivir, según prometen, de acuerdo con la fe ortodoxa, deben obtener de Sus Altezas el perdón que obtienen de Dios..., y quedar libres, con sus bienes y familias, viviendo sanos y salvos tan libremente como antes de que fueran acusados de los crímenes de herejía y apostasía». Quien se oponga a los deseos del Papa se verá amenazado por la ira de Dios y las más severas penas y censuras por parte de la Iglesia[18].

Once días después, el 13 de agosto de 1483, Sixto envió un breve suspendiendo la aplicación de la bula de 2 de agosto; explicaba que algunos a quienes había mostrado dicha bula formularon nuevas objeciones que el Papa deseaba considerar con más calma. En este aspecto los historiadores se han comportado de un modo injusto con Sixto, puesto que ninguno proporciona una versión inglesa del documento a partir de la cual el lector pueda formarse su propia opinión sobre lo que el Papa decía realmente en él. Lea se burla de quienes aseguran que «el Papado deseaba mitigar la severidad de la Inquisición española», pero no dice una sola palabra de las enérgicas quejas, evidentemente sinceras, formuladas por Sixto y otros Papas, que rebaten claramente su opinión. Llorente, por su parte, comete el error de afirmar que Sixto «revocó» la bula de fecha 2 de agosto –como si una suspensión, ordenada con el fin de reconsiderar la situación y tal vez enmendarla, fuera lo mismo que una revocación–. El historiador judío Graetz, cuyo trabajo, plagado de prejuicios, ha conseguido envenenar todo el ámbito judío, nos informa de que Sixto «retiraba la bula», aduciendo que «había sido publicada movidos por un odio inmenso». Bergenroth afirma que Sixto suspendió su bula al día siguiente, ¡como si hubiera cambiado de opinión caprichosamente de un día para otro! El aún más famoso Sabatini informa a su numeroso público que «el breve» (sic) de 2 de agosto «al parecer ni siquiera llegó a ser despachado». Claro que fue despachado, pues sabemos que el obispo portugués de Évora sí que la recibió, publicándola el 7 de enero de 1484 –cinco meses después de la suspensión temporal ordenada el 13 de agosto–; lo cual muestra de modo irrefutable que, tras una minuciosa reflexión, Sixto permitió que su primer texto guardara la forma original[19]. Y poco tiempo

después el mismo Obispo aludió a la bula de 2 de agosto al censurar la severidad con que actuaban los inquisidores de su diócesis. Puesto que Lea y Sabatini han tenido acceso a los documentos publicados en 1889 por la Real Academia de la Historia de Madrid –ellos mismos así lo afirman–, la falsa interpretación de las palabras de Sixto no puede atribuirse exclusivamente a ignorancia. Tras todos los esfuerzos realizados por pintar la figura del Papa de la forma más negra posible, el hecho es que Sixto, después de la súplica de misericordia efectuada el 2 de agosto, continuó recibiendo apelaciones y otorgando cartas de indulgencia, siguiendo el mismo espíritu que animaba la bula de dicha fecha. Y hay que recordar también que sus sucesores, los Papas Inocencio VIII y Alejandro VI, insistieron en que se observaran cuidadosamente los misericordiosos principios establecidos por Sixto en este documento. Como más adelante se podrá comprobar, nuestros argumentos se ven reforzados por el propio Torquemada.

La controversia entre la Santa Sede y la Inquisición española había llegado por entonces a su punto culminante. Sixto creía haber adoptado la única postura posible por parte de la Cabeza de la Iglesia cuando ante ésta se había presentado una situación semejante. Pero Isabel y Fernando seguían pensando que el Papa no acababa de entender la gravedad del problema judío en España, y que su política, de seguir adelante, terminaría arrojando a la Inquisición en manos de los obispos españoles, muchos de los cuales eran descendientes de judíos y cuyas simpatías, aun cuando su fe fuera firme, jugarían un papel fatídico en la destrucción del Santo Oficio. De hecho, esto era precisamente lo que había ocurrido en el pasado, y el propio Sixto reconocía la dificultad de hacer cumplir la petición formulada a principios de 1483, a saber: que los obispos y ordinarios descendientes de judíos se abstuvieran de participar de cualquier modo en la Inquisición.

El resultado de todo esto fue una fórmula de compromiso. Probablemente la reina Isabel arguyó que los abusos podían acabar mediante la total reorganización del Santo Oficio bajo una única persona responsable de él; y, siguiendo la sugerencia del Cardenal Mendoza, recomendó al Papa a Fray Tomás de Torquemada, prior del convento dominico de Santa Cruz, en Segovia, cuya idoneidad fue ampliamente demostrada durante el año y medio transcurrido desde el famoso nombramiento de aquellos ocho inquisidores. En octubre de 1483 Sixto le nombró Inquisidor General de Castilla y León y, unos días más tarde, añadió a su jurisdicción los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia. En virtud de su cargo, el prior pasó a ser miembro de «nuestro

Consejo» y confesor de Sus Majestades.

Pocos hombres en la Historia han sido más cruelmente caricaturizados por la ignorancia y la malicia que este humilde hombre de oración, dotado de vastos y terribles poderes, los cuales recayeron sobre él contra su voluntad. La investigación de las fuentes contemporáneas no desvela ningún hecho en apoyo de la monstruosa leyenda que acerca de su persona han edificado los prejuicios sectarios y racionalistas. No resulta difícil remontarse al origen de esta leyenda. Los propagandistas deseosos de desacreditar a España y a la Iglesia comenzaron por juzgar a la Inquisición basándose en pruebas falsas o parciales y en parámetros de una época completamente distinta; y acabaron sentenciándola como un producto enteramente diabólico. A partir de esta premisa, argumentaron de forma lógica que cualquier persona vinculada a ella era necesariamente perversa. Así pues, el Inquisidor General se convertía en un nuevo Nerón, monstruo de iniquidad. Un razonamiento similar que se formulara en el año 2300 –aceptando en favor de dicho argumento, claro está, que la pena capital tendría que haber sido abolida antes de esta fecha– tildaría de hipócritas y de canallas sedientos de sangre a cuantos jueces hubieran pronunciado una sentencia de muerte en nuestros tiempos. Esto, ni más ni menos, es lo que los historiadores han hecho con Torquemada. Pero, cuando uno sigue hacia atrás el hilo de la leyenda hasta el siglo XV, ésta se va deshaciendo gradualmente y se ve sustituida por la imagen de un hombre agradable, amable, trabajador, hábil y modesto, cuya principal ambición consistió en imitar a Jesucristo.

El hombre moderno que, ante esta irrefutable afirmación sobre Torquemada, permanezca boquiabierto e incrédulo, es que probablemente se ha dejado cautivar por la difundida, pero anti-histórica falacia, que contempla exclusivamente uno de los aspectos –concretamente el misericordioso– del complejo carácter del Redentor. Pero para Torquemada Cristo no era un remoto personaje histórico, sino un Dios vivo y omnipresente. Tenía el místico concepto de la Crucifixión que es, por lo menos, tan antiguo como San Agustín y tan moderno como cierto impresionante soneto de E. A. Robinson: que la Pasión de Cristo seguirá perpetuándose en este mundo mientras queden en él Césares ambiciosos, muchedumbres inconstantes, Caifases y Anases, Pedros que le nieguen y Judas que le traicionen.

Durante los muchos años pasados en su pobre celda de Segovia, el fraile dominico había meditado esta idea numerosas veces; y, aunque el Cristo a quien él dirigía diariamente sus plegarias era infinitamente misericordioso, no

sólo perdonó a la mujer adúltera o predicó el Sermón de la Montaña, ni era solamente el consolador divino que curaba a los enfermos; sino que predijo también la terrible destrucción de Jerusalén y el castigo del pueblo judío por haberle rechazado; dijo que más le valía a uno no haber nacido antes que escandalizar a uno de sus pequeños; habló de la realidad del Infierno y del día del Juicio; y expulsó a los mercaderes del Templo aquel memorable día del Domingo de Ramos, cuando recordó solemnemente que «la piedra que rechazaron los constructores, ésta ha llegado a ser piedra angular» (*Mt* 21, 42); concluyendo con esta sorprendente predicción: «Por esto os digo que os será quitado el Reino de Dios y será dado a un pueblo que rinda sus frutos. Y quien caiga sobre esta piedra quedará destrozado, y sobre quien ella caiga, lo aplastará» (*Mt* 21, 43-44).

Fray Tomás, como la reina Isabel y como muchos otros católicos devotos, había meditado a menudo estas palabras; y en el mismo Evangelio había leído que cinco días más tarde la muchedumbre judía, engañada por sus dirigentes, gritaba: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (*Mt* 27, 25). Ante la mirada del fraile, más allá de las murallas del monasterio, se extendía la ciudad de Segovia, donde en 1468 Don Juan de Arias Dávila ordenó la ejecución de 17 judíos acusados del asesinato de un muchacho cristiano el día de Viernes Santo; una ciudad en la que Pacheco, hombre carente de escrúpulos, incitara a la masacre de 1474; y en la que todos los días los judíos influyentes y los conversos continuaban rechazando al Crucificado, mofándose de Él, blasfemando abiertamente y luchando por frustrar la misión de Cristo en el mundo mediante su constante explotación de la Iglesia y el Estado. Le parecía algo completamente razonable y justo que, en aquellas circunstancias, una mano lo suficientemente fuerte interviniera para evitar la total destrucción de la cultura cristiana por parte de sus enemigos. Quizá ésta era la idea que dominaba su mente. Y es especialmente importante tener en cuenta este dato, puesto que constituye también la clave de la psicología de la reina Isabel, máxima responsable de que Torquemada se convirtiera en un personaje histórico.

Se ha discutido ampliamente la posibilidad de que Torquemada tuviera en sus venas sangre judía. Pulgar, que era cristiano nuevo, así lo afirma. Zurita, sin embargo, rechaza esta afirmación, diciendo que Torquemada «era varón de santa vida y de limpio y noble linaje»[20]. Había nacido en Valladolid en 1420 y era sobrino del ilustre Cardenal Torquemada. Así pues, cuando se le nombró Inquisidor General el fraile contaba 63 años de edad.

Durante veinte años, Torquemada se había encargado de dirigir tranquilamente un monasterio ejemplar, ofreciendo a sus monjes una humilde vida de estudio que imitar. Era estricto con los demás, pero se exigía tremendamente a sí mismo: jamás comía carne, dormía sobre una tabla desnuda y nunca llevaba ropas de lino que le protegieran la piel. Era trabajador y perseverante. Ante las lisonjas y sobornos se mostraba incorruptible, lo que le hacía inmune a las habituales armas empleadas por los judíos declarados o secretos. Ni tampoco la violencia que éstos utilizaban como último recurso cuando les fallaban los restantes podía hacerle abandonar su deber, pues no tenía miedo a nada. El malévolo párrafo que Lea dedica a describir su carácter dice, entre otras cosas, que iba siempre rodeado de un séquito compuesto por 250 amigos íntimos del Santo Oficio, convenientemente armados, y por 50 jinetes; y que hasta tal punto temía ser asesinado que guardaba en su escritorio un cuerno de unicornio, el cual se suponía dotado de poderes misteriosos para descubrir venenos y neutralizar su efecto. De este modo Lea añade el toque de superstición necesario para completar la manida caricatura de un fraile medieval. Pero es evidente que Lea no hace más que seguir al vengativo Llorente, quien a su vez recoge estos detalles de Páramo. Sin embargo, faltan en su apoyo las pruebas contemporáneas –aunque lo que sí parece probable es que la reina Isabel insistiera al prior para que se rodeara de la guardia adecuada con el fin de evitar ser asesinado–.

Los cronistas de su tiempo –que son lo suficientemente sinceros como para manifestar claramente los defectos de los grandes hombres– rinden unánime tributo a su carácter eminente, a su eficacia administrativa y a la confianza que inspiraba en los reyes. Dos Papas, Sixto IV y Alejandro VI, elogiaron su celo y su inmensa sabiduría. No se puede negar que Torquemada mostraba una gran severidad hacia quienes consideraba culpables. Pero tampoco es cierto que disfrutara infligiendo tormentos por el mero hecho de hacer sufrir a los demás; no era, ni mucho menos, un fanático como Savonarola. El fanático es un hombre en quien alguna idea –verdadera o falsa– ha hecho desaparecer parte de la realidad. Pero Torquemada veía con claridad el mundo que lo rodeaba y sabía perfectamente lo que hacía. Y el dinero significaba tan poco para él que gastó en varias obras caritativas y de religión todas las grandes sumas procedentes de las confiscaciones que le regalaron los reyes: construyó el hermoso monasterio de Santo Tomás de Aquino en Ávila, amplió el de Santa Cruz en Segovia y erigió algunos

hermosos edificios en Torquemada, su ciudad natal.

La elección de Torquemada, como admite el propio Lea, «acredita la sabiduría de los soberanos»[21]. El fraile dio inicio con serenidad, pero enérgicamente, a la reforma y reorganización del Santo Oficio. Destituyó de su cargo a los inquisidores injustos o cuyo carácter les incapacitara para aquel trabajo y nombró a otros de su plena confianza. En general, suavizó los procedimientos del tribunal y parece ser que luchó por todos los medios para evitar los errores y abusos cometidos por los primeros inquisidores. Prohibió a éstos y a otras personas relacionadas con el Santo Oficio que aceptaran regalos, bajo pena de excomunión, destitución, restitución de lo recibido y multa del doble del importe del regalo –y era un hombre cuyas órdenes no podían dejar de cumplirse–. Insistió en que las cárceles se mantuvieran limpias y bien ventiladas, de modo que las prisiones de la Inquisición eran mucho mejores que cualquiera de las que disponían las autoridades civiles de toda Europa. Se empeñó en que se garantizaran los derechos legales de los acusados; éstos podían pedir consejo y dar la lista de sus enemigos, cuyo testimonio sería entonces considerado nulo. Se empleaba la tortura, sí, pero con moderación, y solamente en el caso de que hubieran fracasado todos los demás medios de obtener una confesión de alguien cuya culpabilidad fuera lo suficientemente clara. Cuando se trataba de un delito cometido en secreto, se autorizaba la absolución en privado.

La Inquisición, con el fin de suministrar fondos para la guerra contra los moros, empleó una serie de medidas que ofenden nuestras actuales nociones de equidad. Si el acusado no comparecía en la fecha fijada, su efigie quizá fuera quemada en la hoguera, sus bienes confiscados y sus hijos no sólo deshonrados, sino también privados de la herencia. El muerto de quien se supiera que había fallecido siendo aún hereje sería exhumado y quemado después y todas sus propiedades confiscadas, incluso en el caso de que sus hijos fueran ortodoxos, lo cual habitualmente no solía suceder. No obstante, Torquemada decretó que, si un hombre ejecutado como hereje dejaba hijos menores de edad, éstos conservarían parte de las propiedades de su padre y su educación sería encomendada a personas de confianza. La reina Isabel estaba particularmente interesada en este aspecto y en muchas ocasiones atendió ella misma las necesidades de los hijos de los difuntos.

Si recordamos que la herejía era considerada por entonces como un delito equiparable a la alta traición, y que ésta se castigaba en Europa no sólo con la más horrible clase de muerte, sino también con la confiscación de los bienes

del culpable, en comparación la actitud de los soberanos españoles y del Santo Oficio demuestra ser bastante moderada. Comparemos los informes de algún juicio celebrado por la Inquisición en tiempos de Torquemada y algunos juicios por alta traición de la Inglaterra de Enrique VII, Enrique VIII o de la reina Isabel. En todos los casos la balanza se inclina en favor de la Inquisición[22].

Al parecer, la correspondencia real en relación con los asuntos del Santo Oficio fue mantenida principalmente por el rey Fernando. Apenas existen dudas de que Fernando utilizó la Inquisición como una fuente de dinero destinado a financiar la cruzada contra los moros. De acuerdo con un memorial dirigido a Carlos V en 1524 por el Licenciado Tristán de León, de las confiscaciones de los herejes condenados durante el período de guerra se obtuvo la enorme suma de 10.000 ducados. Pero los esfuerzos de Fernando por mitigar la severidad de los inquisidores y evitar sus demoras parecen sinceros, aun cuando estas interferencias le acarrearan pérdida de dinero. Las cartas que les dirigió, en las que les instaba a actuar con justicia y clemencia, no pueden haber sido fruto de la hipocresía, puesto que se consideraban confidenciales y han permanecido ocultas durante siglos. La escrupulosa atención dedicada a las apelaciones más insignificantes, incluso a las formuladas por condenados absolutamente desconocidos de lugares remotos, y sus muchas órdenes revocando confiscaciones y concediendo limosnas a los hijos de los acusados manifiestan claramente su deseo de mostrarse justo y misericordioso; hasta el punto de que Lea, enemigo del Santo Oficio, le colma repetidamente de alabanzas.

Muchas de las víctimas de Torquemada habrían sido enviadas sin duda a la muerte por los tribunales civiles aun cuando no hubiera existido la Inquisición. Porque éste amplió la competencia de su tribunal incluyendo en ella numerosos delitos que sólo «implícitamente» podían considerarse como herejía. Así pues, la Inquisición castigaba también a bígamos, blasfemos, ladrones de iglesias, sacerdotes que contraían matrimonio con mujeres ocultándoles su verdadero estado, sacerdotes que seducían a mujeres induciéndolas después a no confesar su pecado, usureros, empleados de la Inquisición que violaban a las mujeres presas, fabricantes de filtros amorosos, supuestos santos y místicos y «todos aquellos que especularan con la credulidad del pueblo»[23].

Si, como señala De Maistre, las instituciones deben ser juzgadas no solamente por los males que han provocado, sino también por los que han

logrado evitar, el veredicto de la Historia sobre la Inquisición española ha de ser el de que, a la larga, demostró ser un organismo en favor de la vida, en el sentido de que impidió muchas más muertes de las que causó. España no sólo se vio libre de terribles guerras de religión, que costaron centenares y millares de vidas en los países donde el protestantismo intentaba ganar terreno, sino que además escapó casi por completo a la terrorífica caza de brujas, causa de la muerte de 100.000 personas en Alemania y de 30.000 en Gran Bretaña[24]. Mientras esta demencial actividad conseguía barrer toda la Europa protestante, tampoco España resultó inmune a este curioso e irresistible impulso de persecución; pero los inquisidores reclamaron su derecho a juzgar la brujería y la nigromancia y, tras una investigación, anunciaron que todo aquel asunto no era más que una alucinación. Aquí y allá se azotó o se impuso alguna penitencia a unos cuantos aficionados a la magia negra, pero se perdieron muy pocas vidas por este motivo[25].

Si es cierta la estimación de Vacandard (que calcula que en tiempos de la primitiva Inquisición, creada contra los cátaros, una décima parte de los acusados fueron ejecutados), los tribunales de Torquemada revelarían en comparación un comportamiento mucho más misericordioso. En efecto, durante la época en que Torquemada actuó como Inquisidor General fueron juzgadas más de 100.000 personas, pero solamente un 1% –cerca de 1.000 personas– fue ejecutado. En otras palabras: la Inquisición de Torquemada resultó bastante menos «mortífera» que el tribunal del siglo XIII.

Nada más ocupar su cargo, el prior de Santa Cruz anunció un período de gracia, plazo durante el cual miles de judaizantes confesaron y se reconciliaron. Después formó un Tribunal Supremo, organizó cuatro tribunales inferiores en Sevilla, Córdoba, Jaén y Ciudad Real y en 1484 convocó un sínodo general de los inquisidores de Sevilla, celebrado en presencia de la reina, para convencerles de la necesidad de justicia y uniformidad en su actuación. Algunas de las instrucciones dictadas por la asamblea –concretamente los números 3, 8, 10, 23 y 24– van claramente dirigidas a poner en práctica las peticiones de misericordia formuladas por el Papa en su bula de 2 de agosto de 1483. Y en diciembre de ese mismo año el Inquisidor General publicó otras catorce instrucciones que, por alguna extraña razón –quizá porque Llorente olvidó referirse a ellas–, no han conseguido captar la atención de la mayoría de los historiadores de la Inquisición. Uno de sus párrafos, sobre todo, arroja nuevas luces sobre dos o tres controversias de importancia primordial y demuestra sin ninguna duda la

falsedad de la siguiente afirmación de Lea: que los Papas «no intentaban mitigar la severidad de la Inquisición española». Por el contrario, este párrafo indica claramente que Torquemada, al someterse a la suprema autoridad de la Santa Sede, había comprobado en sus funciones de juez español que las misericordiosas normas dictadas por el Papa Sixto con frecuencia suponían un obstáculo más que añadir a su ya difícil misión. Y demuestra también que Sixto no sólo mantuvo la vigencia de su bula de 2 de agosto de 1483, sino que con ella sentaba un precedente seguido más tarde por Inocencio VIII. Asimismo, dicho párrafo prueba que, a pesar de que Isabel y Fernando llegaron hasta el punto de preparar una orden prohibiendo en Castilla el uso de las cartas papales de indulgencia, se abstuvieron de publicarla mientras estuviera pendiente su apelación ante Inocencio.

«Como en tiempo del Papa Sixto IV, de grata memoria», escribe Fray Tomás, «emanaron de la curia romana ciertas órdenes y bulas y reglas excesivas sobre las penas, *con detrimento de la Inquisición y sus ministros*, Sus Altezas dispusieron que las cartas y provisiones se lean con las dadas para todo el reino, para evitar, en cuanto sea justo, que se cumplan si algunas personas apelan y desean no se les aplique, *hasta que el Papa pueda ser consultado* e informado de la verdad por orden de Sus Altezas, porque no cabe pensar que la intención del Santo Padre pudiera ser causa de estorbos en los asuntos de la fe católica; *pero las dichas órdenes de Sus Altezas no se publicarán hasta que se vea si el Papa Inocencio VIII, recién electo, otorga algunas bulas u órdenes en lugar de las que salieron de su Corte en detrimento de la Santa Inquisición*»[26].

No puede existir un testimonio más convincente de la delicada situación de Torquemada; de su tentación y la de sus soberanos de sacrificar los intereses de la Iglesia en pro de la supremacía real; de las limitaciones impuestas por los Papas al Santo Oficio; y de la impaciencia y el orgullo de los reyes; ningún testimonio es tan convincente, repetimos, como la queja formulada por el Inquisidor General de que la curia romana había dictado unas reglas excesivamente misericordiosas «en detrimento de la Inquisición». La decisión de Inocencio fue adversa para Torquemada y para los reyes, pero tanto el uno como los otros se vieron obligados a aceptarla.

Un mes más tarde, Torquemada publicó catorce instrucciones adicionales que, como las primeras, se referían principalmente a la regulación de la imposición de multas y a las confiscaciones; y estaban encaminadas a evitar la negligencia, la corrupción o el excesivo rigor de los inquisidores. En ellas

les ordena que envíen una completa información sobre todos los asuntos del Santo Oficio, o bien «a nuestro señor el Rey, o bien a mí». Las confiscaciones, señala, van dirigidas a pagar los gastos de la guerra y de otras obras pías, y a abonar los salarios de los inquisidores y de otros ministros contratados por la Santa Inquisición. Los acusados que se hallen enfermos o cuenten con alguna buena excusa cuando sean citados ante la Inquisición deben ser tratados con indulgencia, incluso en el caso de que comparezcan una vez expirado el período de gracia...

Cuando a principios de 1484 los reyes acudieron a Tarazona para presidir las cortes aragonesas, se llevaron con ellos a Torquemada con el fin de iniciar las gestiones necesarias para restablecer la Inquisición en el reino; y como la oposición en este caso era aún mayor que la de Sevilla, tomaron primero la precaución de solicitar de todos los delegados la promesa de aceptar la jurisdicción del Santo Oficio. El 4 de mayo Torquemada nombró inquisidores de Aragón a un dominico, Fray Gaspar Juglar, y al Maestre Pedro Arbués, de Epila, miembro de la Orden de Canónigos Regulares vinculado a la iglesia metropolitana de Zaragoza[27]. Al parecer fue el propio Inquisidor General el encargado de celebrar en la catedral el primer auto de fe, en el que se impuso la penitencia correspondiente a cuatro personas, luego reconciliadas. No se produjo ninguna ejecución[28].

No obstante, a los penitentes se les multó convenientemente; y los cristianos nuevos que, protegidos por su poder y sus numerosas riquezas, asistían abiertamente a las sinagogas y se burlaban de la religión cristiana, se dieron cuenta de que los reyes contaban con ellos para recolectar una buena cantidad de dinero. Así pues, comenzaron a organizarse con el fin de evitar las tan temidas confiscaciones. La mayor parte del poder político de Zaragoza y de Aragón entero estaba en sus manos. El gobernador de Aragón era un converso; y lo mismo sucedía con muchos de los miembros de las Cortes y con jueces y letrados. De hecho, Aragón estaba dirigido por una plutocracia judía que operaba a través de judíos secretos, los cuales simulaban profesar la fe cristiana.

Con semejante influencia no les resultó muy difícil organizar una formidable protesta contra la Inquisición, basándose en que el confiscar las propiedades a los acusados de herejía o el perseguirlos sin proporcionar los nombres de los testigos era absolutamente contrario a sus fueros. Se trataba de una operación perfectamente calculada para hacer una llamada al orgullo nacional y a la independencia de los aragoneses. En señal de protesta, se

celebró un encuentro de los cuatro estados del reino y dos monjes fueron enviados a Córdoba, donde los monarcas se hallaban ya de regreso, para solicitar la supresión del Santo Oficio[29].

Como nada se consiguiera con todo esto, los judíos recurrieron a un arma que en España casi siempre les resultó útil. Reunieron fuertes sumas de dinero para sobornar a los funcionarios de la Corte con la intención de que influyeran en la decisión de los reyes. Al parecer, llegaron incluso a intentar sobornar a los mismos reyes. «Les ofrecieron grandes sumas de dinero», dice Zurita, «y (prometieron) prestarles cierto servicio si renunciaban a las confiscaciones; *y especialmente trataron de convencer a la Reina, diciendo que era ella quien otorgaba más favor a la Inquisición*»[30]. Pero la reina ya había tomado una decisión y nada ni nadie lograría persuadirla de que la cambiara; y mucho menos sobornarla.

Es extraño que, una vez fracasada la táctica del soborno, a los judíos no les desanimara la posibilidad de un final parecido al que tuvo la conspiración de Susán en Sevilla por recurrir a la violencia. Quizá su autoridad política, mucho mayor que en Andalucía, les convenció de que podrían desafiar a la doble Corona de los monarcas. Un gran grupo de judíos que externamente practicaba el cristianismo celebró un encuentro en el Mercado, en la residencia de Luis de Santángel, cabeza de una numerosa familia de banqueros, prestamistas, letrados y recaudadores de impuestos que descendían del converso rabí Azarías Ginello. Entre ellos, y al lado de Santángel, se hallaban Sancho de Paternoy, maestro de ración de Aragón, que tenía reservado un sitio en la sinagoga de Zaragoza, a pesar de que simulaba ser católico; Juan Pedro Sánchez, hermano del tesorero del rey Fernando; Alfonso de la Caballería, vicecanciller de Aragón; Pedro de Almazán, Mateo Ram, Juan de la Abadía y otros muchos –todos ellos hombres de enorme influencia–. Fue entonces cuando, como advertencia dirigida a los soberanos, decidieron asesinar a los inquisidores. Don Blasco de Alagón se encargó de reunir la suma de 10.000 reales para recompensa de los asesinos. Y Juan de la Abadía asumió la dirección de aquel negocio y contrató a unos cuantos forajidos.

Los conspiradores enviaron una carta a Gabriel Sánchez, tesorero aragonés del rey Fernando, por entonces en Córdoba, comunicándole todo el plan. Éste contestó dando su aprobación al asunto y prediciendo que aquel crimen acabaría con la Inquisición aragonesa.

El plan original consistía en matar a Pedro Arbués de Epila, al asesor

Martín de la Raga y al nuevo inquisidor Micer Pedro Francés –Juglar murió al poco tiempo de su nombramiento, envenenado, según se dice, por las rosquillas que le regalaron algunos judíos secretos[31]–. Pero al parecer los planes se fueron centrando gradualmente en la persona de Pedro Arbués.

Todos los comentaristas están de acuerdo en que se trataba de un hombre santo e instruido, amante de la vida retirada, que aceptó el cargo de inquisidor con bastante desagrado y obedeciendo las órdenes de los monarcas; no le gustaba ejercer la autoridad y además era consciente de los peligros de su misión. Sus actividades se centraron principalmente en la obtención de pruebas contra los judaizantes. Se trataba de un predicador elocuente: el mismo que pronunciara el sermón del segundo auto de fe, celebrado el 3 de junio de 1484. También se ha dicho de él que poseía el don de profecía.

Los conspiradores estuvieron varios meses preparando el plan para asesinarlo; en este plazo de tiempo, y teniendo en cuenta el enorme número de cómplices de uno y otro sexo, el secreto se guardó con notable éxito. Los asesinos se reunieron en tres ocasiones distintas y en diferentes iglesias para acabar con los inquisidores, pero las víctimas escaparon otras tantas veces. También planearon arrojar al río al asesor Martín de la Raga, pero le salvó el que en aquel momento le acompañaran dos caballeros más.

La noche del 14 de septiembre de 1485 los asesinos vigilaron todos los movimientos de Pedro Arbués, primero en su vivienda y luego en la iglesia donde solía rezar; pero el fraile logró evitarlos. A la noche siguiente se escondieron en la iglesia; y entre los pilares, amparados por la oscuridad, aguardaron su llegada.

A medianoche, una borrosa figura blanca atravesó la puerta del claustro. Era el inquisidor Arbués, que llevaba en una mano una corta lanza –evidentemente, el fraile había descubierto desde sus habitaciones las intenciones de los emboscados– y en la otra una linterna. Tras dirigirse al lugar situado junto al púlpito de la derecha del altar, apoyó la linterna y la lanza contra un pilar y, arrodillado ante el Santísimo Sacramento, pronto se halló abstraído en su oración, recitando el oficio de Maitines. Los asesinos se deslizaron lentamente por las oscuras naves laterales hasta el vacilante círculo de luz en medio del cual se encontraba, arrodillado y vestido con su hábito blanco, Pedro Arbués.

«¡Aquí está! ¡A por él!», susurró de la Abadía al judío francés Vidau Durango.

Acercándose furtivamente al sacerdote desde el coro, Durango se

abalanzó sobre él y le apuñaló en la parte posterior del cuello. El resto de los rufianes se acercaron también y Esperaindeu atravesó dos veces con su espada el cuerpo del hombre arrodillado. Pedro Arbués gritó: «Quiera Nuestro Señor Jesucristo que yo muera por su Santa Fe»[32]. Y se desplomó en el suelo, mientras sus asesinos huían.

Cuando los clérigos de la iglesia entraron precipitadamente en ella, provistos de linternas, el herido continuaba repitiendo las mismas palabras, dice Zurita, «y otras en honor de Nuestra Señora, cuyas horas había estado recitando».

Antes del alba las calles se hallaban abarrotadas de hombres enfurecidos que gritaban: «¡Los conversos a la hoguera!». Y probablemente a esto hubiera seguido la consabida masacre de no ser por Don Alonso de Aguilar, el hijo natural del rey Fernando, que, montando su caballo, se internó en medio de la muchedumbre y aseguró al pueblo que se haría justicia.

Pedro Arbués murió en el transcurso de la noche siguiente. Durante las veinte horas posteriores al asalto de que fuera víctima, no pronunció una sola palabra en contra de sus asesinos, «sino que glorificó sin cesar a Nuestro Señor hasta que su alma le abandonó». Le enterraron el sábado siguiente[33] en la catedral, cerca del mismo lugar donde le llegó la muerte. Mientras lo introducían en el sepulcro a la vista de una inmensa multitud, parte de su sangre, caída profusamente sobre las losas, donde se había secado, se licuó de repente y comenzó a borbotear. Ante este hecho señala Zurita: «Juan de Anchias y Amic de Bages y otros notarios que se hallaban presentes dieron testimonio de ello en documentos públicos». Lea, sin embargo, suprime el hecho, de indudable importancia, de que estos informes fueron elaborados por personas de considerable inteligencia y aborda el asunto del milagro con su característica ironía.

Desde el día de su muerte, en Zaragoza a Pedro Arbués se le veneró como mártir. Se dice que la noche del asalto la santa campana de Villela tocó una cuarta vez sin que la moviera mano humana. En 1490 el gobierno civil de la ciudad ordenó que varias velas se mantuvieran encendidas día y noche ante su tumba; y los reyes mandaron construir en el lugar del martirio una inmensa estatua con la siguiente inscripción: «Feliz Zaragoza, alégrate de que quien está aquí enterrado está en la gloria de los mártires». El 29 de junio de 1867 fue canonizado por el Papa Pío IX. Aún hoy son miles las personas que rezan junto a su sepulcro, que curiosamente se halla situado en el mismo lugar donde Santiago Apóstol predicó el Evangelio en España por primera vez.

Lejos de proporcionar a los judíos los efectos que estos esperaban, el asesinato de Pedro Arbués desató las manos de la Inquisición en el reino de Aragón. Tan pronto como los reyes se enteraron de lo ocurrido, enviaron orden a Torquemada de capturar y castigar a todos los implicados en el crimen. Multitud de fugitivos, incluidas familias enteras de prominentes judíos, huyeron a Francia y a otras naciones. No obstante, los principales culpables fueron atrapados antes de cruzar la frontera y ejecutados uno tras otro en el transcurso de los tres años siguientes. El 30 de junio de 1486 a Vidau Durango le cortaron las manos y luego las colgaron en la puerta de la Casa de Diputados; después lo decapitaron y descuartizaron. Juan de Esperaindeu sufrió un final semejante. Y en enero de 1487, la víspera de su ejecución, Juan de la Abadía se suicidó rompiendo una lámpara de cristal y tragándose los pedazos. Arrastraron su cadáver por las calles y luego lo decapitaron. A Mateo Ram, uno de los organizadores del asesinato, le cortaron las manos y después lo quemaron[34].

El Santo Oficio, con la opinión pública ahora claramente de su parte, emprendió una enérgica persecución contra los poderosos cristianos nuevos que habían estado insultando y ridiculizando abiertamente la religión cristiana. Con una serie de inexorables juicios, en los cuales fracasó cualquier intento de soborno o de corrupción, Torquemada echó gradualmente por tierra el poder de la plutocracia judía de Aragón y volcó los beneficios de las numerosas confiscaciones en el tesoro de la cruzada contra los moros, para lo cual contó con el total apoyo del rey Fernando y de la reina Isabel.

XX
REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO
DERROTA DE LOS CRISTIANOS CERCA DE MOCLÍN
VICTORIAS EN RONDA, CAMBIL Y ALBAHAR

En la primavera de 1485 Córdoba era una hermosa ciudad, aunque muy diferente de la capital de los califas. De ella habían desaparecido las mezquitas, con sus minaretes de oro bruñido; los palacios de mármol cuyos frescos vestíbulos se hallaban cubiertos de mosaicos; las fuentes, los arabescos, las cornisas de oro repujado, los cofres con incrustaciones de plata y malaquita, los muebles de marfil y madreperla... Había desaparecido la palmera que el primer Omníada trajera desde Siria para plantarla en su jardín con el fin de evocar su antigua morada de Damasco... Había desaparecido la época en que un hombre, a la caída del sol, podía recorrer diez millas en línea recta bajo las lámparas de la ciudad... El califa y su renta anual de veinte millones de monedas de oro, sus 10.000 artesanos de la seda, sus 13.000 telares, sus esposas, sus concubinas, sus eunucos y sus esclavos procedentes de múltiples ciudades... Todo lo había sepultado el polvo de la historia. El tiempo había hecho desvanecerse el cálido atardecer del Islam para restaurar el vigor occidental de Roma. El sonido de las trompetas retumbaba de nuevo contra las murallas, como en los días en que Julio César dominaba la ciudad, y los campos junto al río se hallaban salpicados de tiendas multicolores y de los pendones de un centenar de ciudades. Y donde antaño se alzara el Templo de Jano, la mezquita bizantina mandada construir por Abb-er-Ramán era ahora utilizada como iglesia cristiana.

En ella precisamente, una mañana de abril, en medio de la profusión de pórfido, jaspe y lapislázuli, la reina Isabel asistió a Misa arrodillada y oró por la victoria. A su alrededor no había más que mosaicos de exquisito diseño. El pavimento del santuario era de plata, el púlpito de ébano con incrustaciones de oro y piedras preciosas y por todas partes se veían linternas –miles de linternas– labradas con filigranas de incalculable valor que parecían encajes. Había algo de bárbaro en la increíble acumulación de riquezas y botines que atiborraban aquel desconcertante escenario; algo que hacía suspirar por la belleza, mucho más espiritual, de la catedral de Sevilla.

La reina Isabel prefería con mucho la sencillez de su propia capilla, donde solía oír Misa. El altar estaba cubierto de brocados y sedas tachonadas de piedras preciosas y perlas de gran valor; delante de él, sobre las sedosas alfombras de variados colores que cubrían el suelo, se alzaban unos candelabros de plata maciza ricamente trabajados. Todos los ornamentos eran de oro y plata y las vestiduras de seda y raso; porque la reina, como la mujer del pomo de alabastro del Evangelio, pensaba que todo es poco para el Señor. Sin embargo, no había nada ostentoso ni llamativo; todo era sencillo, armonioso, regiamente severo... Incluso los asientos, cuidadosamente colocados de acuerdo con el protocolo, reflejaban una mente ordenada. En primera línea, a la derecha, se sentaban los cardenales; después, y sucesivamente, los arzobispos, los embajadores y los obispos. A la izquierda, los condestables, almirantes, duques, marqueses, condes y otros caballeros[1].

Isabel asistía a Misa con tanta atención que, si alguno de los sacerdotes o de los coristas que cantaban los salmos de la hermosa liturgia se equivocaba en la pronunciación de una palabra latina u omitía una sola sílaba, nunca dejaba de mencionarlo; y más tarde corregía y enseñaba al negligente, al igual que un maestro que regaña a su alumno[2].

La reina contaba por entonces 34 años; su aspecto era sereno y pensativo, un tanto decidido y siempre atractivo, como el día de su coronación. Sus vestidos solían seguir la última moda. Las damas de rango llevaban normalmente largos trajes de gracioso corte. El vestido, con un ceñido corpiño y un cinturón acabado en una lazada, caía hasta el suelo, dejando ver solamente las puntas cuadradas de sus zapatos. Sobre él, un manto le cruzaba el cuerpo desde la izquierda hasta debajo del brazo derecho, cayendo a ambos lados en grandes pliegues. Era también costumbre llevar un velo y, encima de éste, una cofia, sujeta bajo la barbilla, que acababa sobre el pecho drapeada en pliegues horizontales[3]. La reina llevaba pocas joyas, excepto cuando asistía a ceremonias de Estado.

Después de la Misa, y mientras desayunaba con el rey, Isabel abría su voluminosa correspondencia. Después cruzaban la ciudad a caballo para inspeccionar el campamento. Hasta a un hombre ciego le habría resultado fácil encontrarlo sólo con guiarse por el ruido, pues las pesadas lombardas traídas desde Italia descargaban sus grandes proyectiles de piedra sobre la orilla del río; y aquel estruendo resonaba en los oídos de la reina como una música victoriosa.

La reorganización del ejército estaba prácticamente completada. Aquel invierno, Isabel contrató a Don Francisco Ramírez, un famoso ingeniero madrileño conocido como «El Artillero»; y fue sobre todo gracias a su habilidad por lo que, al iniciarse la campaña de 1485, el ejército castellano contaba con expertos herreros, fabricantes de pólvora y artilleros traídos de Francia, Alemania y Flandes, y podía presumir de disponer de la mejor artillería de toda Europa.

Los cañones no eran nuevos: ya habían sido utilizados anteriormente en Oriente. Eduardo I, antepasado de Isabel, lanzó proyectiles de 300 libras de peso durante el asedio de Stirling, dos siglos atrás, y en 1453 Mahomed II utilizó balas de cañón dos veces más pesadas en Constantinopla. «Bombardas, cañones, culebrinas, serpentinas, *et alios canones quoscumque*» eran familiares en las guerras del siglo XV; pero las más útiles de todas, las bombardas, continuaban siendo pesados artefactos transportados sobre carretas de bueyes y que difícilmente se podían apuntar hacia la derecha o la izquierda, hacia arriba o abajo. Se trataba de armas de procedencia italiana construidas con barras de hierro de doce pies de largo y dos pulgadas de ancho, unidas entre sí por clavos de hierro. El peso de las municiones –el ejército de Isabel lanzaba balas de mármol de unas 165 libras– impedía la rápida ignición de la pólvora, de manera que los artilleros se daban por satisfechos cuando dos bombardas juntas disparaban en un día 140 tiros. Cada bombarda, transportada por bueyes o mulas, iba seguida de un vagón cargado con bolas de mármol de unas 14 pulgadas de diámetro. Isabel había ordenado construir también algunos proyectiles de hierro para piezas de menor calibre: robadoquines, cerbatanas, pasavolantes y buzanas. Con el fin de proveer de suministros a la artillería, se instalaron arsenales en muchos lugares situados a lo largo de la frontera entre Córdoba y Sevilla.

Previendo la dificultad del empleo de cañones en las zonas montañosas, Isabel envió junto con el ejército a 2.000 zapadores para abrir caminos, facilitar los movimientos de la artillería y construir obras de circunvalación. Bajo las órdenes de la reina, allanaron valles, tendieron puentes de madera de alcornoque sobre las corrientes de los ríos, levantaron diques y desviaron el curso de los torrentes de montaña que pudieran destrozar caminos y puentes.

En 1485 Fernando e Isabel comenzaron a traer tropas de Suiza. «Son hombres guerreros que combaten a pie y nunca vuelven su espalda al enemigo. Y por esta razón llevan armas defensivas solamente delante y no en otras partes del cuerpo. Esta gente sirve en el exterior a sueldo, y toman parte

en las guerras que creen justas. Son buenos cristianos y piadosos»[4]. Con el empleo de dichos montañeros, los soberanos españoles no hacían más que copiar una hoja del libro de notas de Luis XI. Los inmortales «tercios» españoles se formaron a partir del modelo suizo; e incluso, como señala Maquiavelo, sobrepasaron dicho modelo, porque además de amantes de la guerra eran despiertos, frugales y sobrios.

En las guerras medievales eran las clases privilegiadas –es decir, los hombres que provocaban la lucha y quienes mayores beneficios sacaban de ella– las que ocupaban los puestos de más riesgo y derramaban su sangre con más generosidad. La mayor parte de los campesinos y artesanos permanecían en sus tierras y en sus talleres; cuando prestaban servicio, lo hacían por unos cuantos días al año o por un período de tiempo limitado. La infantería se consideraba un brazo auxiliar encargado de realizar tareas menores como cavar trincheras, guardar a los caballos o ayudar a los jinetes. Los ejércitos permanentes eran algo completamente desconocido, excepto para algunos mercenarios (como los «condottieri» italianos); y las guarniciones generalmente temporales. Pero todo aquello iba cambiando rápidamente. Una mezcla compuesta de sulfuro, carbón de leña y salitre haría posible una guerra en la que el pueblo llano tendría el privilegio de arriesgar su vida durante años a cambio de una pequeña paga; y ello en provecho de otros hombres que aguardarían en sus casas, sanos y salvos, acumulando el botín.

El ejército cuya salida de Córdoba contemplaba Isabel el 5 de abril de 1485 constituía una organización enormemente eficaz, compuesta de 29.000 hombres, incluyendo jinetes, sobre cuyas filas ondeaban los pendones de todas las nobles casas castellanas y andaluzas. Don Beltrán de la Cueva, que ya no era precisamente el joven y atractivo caballero que defendiera la belleza de la reina Juana en el pasaje de armas, se encontraba entre los señores que salían a la guerra aquel día.

El rey tomó por sorpresa, rápida y sucesivamente, Benamejí, Coín y Cártama. Cuando Benamejí, que había declarado su lealtad a los moros, fue reconquistada, pasaron a espada a 108 de sus habitantes y los colgaron de las almenas como escarmiento. Coín fue completamente destruida, pues se trataba de una plaza demasiado grande para dejar en ella una guarnición. En total arrasaron setenta ciudades moras.

Fernando tenía intención de marchar sobre Málaga, pero cuando el Marqués de Cádiz le informó de que Ronda, «la ciudad judía», contaba con escasos defensores –pues habían enviado algunas tropas en ayuda de

Málaga–, cambió repentinamente de plan y marchó contra ella, proporcionando a los moros la primera demostración del poder de su nueva artillería. Proyectiles de estopa, empapados en pez, aceite o pólvora, cayeron sobre sus tejados, prendiéndoles fuego; por la noche la ciudad parecía un inmenso horno. Al día siguiente el pueblo se rindió y se les permitió abandonar la ciudad con sus pertenencias para ir a Berbería o a cualquier otro lugar. A aquellos que prefirieron permanecer en España el rey les concedió algunas tierras; y, tanto a los moros como a los judíos, libertad para trabajar.

Cuando se abrieron las mazmorras de Ronda, de ellas salieron cientos de prisioneros cristianos en un estado lamentable. Algunos estaban prácticamente desnudos, cubiertos solamente por unos harapos repugnantes; las cadenas de sus tobillos producían un ruido metálico, sus cabellos estaban enmarañados y las barbas les llegaban hasta el pecho. Les proporcionaron ropa y alimento y los enviaron a Córdoba.

Isabel aguardaba su llegada en las escaleras de la catedral. Unos cuantos cayeron de rodillas delante de ella mientras los sollozos de la reina se unían a los suyos. Ordenó que les dieran comida, vestido y dinero. Sus manos demacradas se alzaron para bendecirla, mientras los hombres gritaban con voz débil: «¡Viva la reina!».

Aunque no se encontraba bien de salud, aparte de nerviosa y encinta por quinta vez, la reina viajó hasta Baena en compañía del Cardenal Mendoza y del príncipe Don Juan, para hallarse cerca del escenario de los importantes acontecimientos que ahora parecían inminentes.

El Conde de Cabra había solicitado permiso para tomar por sorpresa Moclín, una fortaleza que dominaba el acceso a Granada por el Norte. Y el rey, tras celebrar un consejo de guerra, le proporcionó una gran fuerza de caballería. Le seguiría el Maestre de Calatrava con 10.000 hombres, mientras el rey, haciendo una maniobra fingida en otra dirección, volvía repentinamente para sitiar la ciudad.

La reina Isabel se hallaba en la torre del castillo de Baena, aguardando noticias de la victoria. Con ella estaban el príncipe Don Juan, las tres princesas y el Cardenal Mendoza. De repente, descendiendo por la ladera de una montaña situada en frente, vieron varios hombres a caballo procedentes de Moclín. ¡Al fin había noticias! Pero, cuando los correos cruzaron la ciudad, no les siguió más que un lúgubre silencio. Entonces comenzaron a surgir de todas las calles lamentos femeninos: eran las mujeres que, abatidas, lloraban la pérdida de maridos o seres queridos. La reina, a pesar de hallarse

en la torre, comprendió lo sucedido mucho antes de que aquellos polvorientos jinetes fueran llevados a su presencia. En su paso a través de las montañas, el Conde había sufrido una emboscada de El Zagal, que lo derrotó tras una terrible carnicería.

Una vez retirados los mensajeros, Isabel se sentó en medio de un pesado silencio: un silencio parecido a los que la acompañaban a ella y a su madre en Arévalo mientras veían transcurrir los días enterradas en vida. Fue quizá la única vez durante aquella larga guerra en la que se quebró su confianza en la victoria. Pero el Gran Cardenal de España la consoló y animó, hasta que la reina consiguió desterrar la tentación de desesperar y reunió todas sus energías para un nuevo esfuerzo.

Al poco tiempo llegaron algunas misivas del rey. Se había enterado de la derrota del Conde a tres leguas de Moclín. La pregunta era la siguiente: ¿debía retirarse, tal y como parecía indicar la prudencia; o avanzar rápidamente y jugárselo todo en un ataque desesperado?

Isabel convocó un consejo de guerra. En él se hallaban presentes el Cardenal y, entre otros, el obispo de Jaén, Don García Osorio. A lo largo de la discusión el Obispo les hizo una valiosa sugerencia:

Entre Moclín y Jaén, a ambos lados de un profundo y rocoso valle, se alzaban dos castillos, Cambil y Alhábar, unidos por un elevado puente que cruzaba el río Frío. Incluso en el caso de que el rey tomara Moclín, siempre tendría a sus espaldas aquellos dos gigantes que dominaban la zona cristiana por el Norte. Pero, si capturaba antes dichas plazas, más fáciles de tomar por sorpresa que Moclín, en el transcurso de la próxima estación podría avanzar hasta ella y, desde allí, hacia Loja y Granada.

La reina y el Cardenal consideraron el plan excelente. Un mensajero llevó la decisión al campamento y Fernando la acató de inmediato. Envió al Marqués de Cádiz con 2.000 jinetes para cortar las comunicaciones de ambos castillos con la zona que los rodeaba. Él mismo, acompañado del resto del ejército y de la artillería, le siguió después. La reina Isabel y el Cardenal se trasladaron a Jaén para estar más cerca del campo de operaciones.

Todo marchaba perfectamente hasta que el rey instaló su campamento en las alturas cercanas a Cambil y Alhábar. Entonces realizó un alarmante descubrimiento: le resultaría imposible transportar sus pesados cañones por el estrecho y escarpado sendero que cruzaba las montañas entre precipicios y despeñaderos.

Aquel nuevo incidente hizo que la reina reuniera toda su sorprendente

energía de un modo de sobra conocido por los ex-lugartenientes de la invencible doña Isabel de la pasada guerra portuguesa. A pesar de que no le faltaban más que tres meses para dar a luz, insistió en trasladarse a caballo hasta los rocosos precipicios cercanos a Jaén con el fin de inspeccionar el terreno. Observó atentamente la montaña que obstaculizaba el paso de sus nuevos cañones. Y decidió que la montaña debía ser eliminada.

Seiscientos zapadores, «por orden y solicitud de la Reina»[5], comenzaron a cavar y a abrir un nuevo camino en la ladera de la montaña, tan empinada que «un pájaro se mantendría en ella con dificultad». Trabajaron día y noche, allanando valles, destrozando rocas, talando árboles e incluso aplanando toda una colina. El obispo de Jaén, que conocía la zona a la perfección, vigilaba las obras; y a veces incluso tomaba el pico y la azada para animar a sus hombres, mientras la reina lo observaba todo, silenciosa y decidida. Cuando se acabó el dinero, el propio Cardenal se encargó de pagar a los obreros. En tan sólo doce días construyeron un camino transitable de nueve millas de extensión; y, una mañana, los moros, que tanto se habían mofado del desengaño de los cristianos, pudieron ver cómo las negras y pesadas bombardas, transportadas por enormes bueyes, asomaban lentamente por el desfiladero de la montaña.

Tan pronto como la artillería alcanzó una posición elevada en las laderas de las montañas cercanas, Ramírez comenzó a bombardear las torres y murallas. No pasó mucho tiempo antes de que los moros se rindieran y se les permitiera partir hacia Granada.

Era el mes de septiembre. La Corte regresó a Córdoba con la intención de pasar allí el invierno. El alumbramiento de la reina se esperaba para diciembre.

Desde el 11 de noviembre hasta las Navidades llovió prácticamente sin parar. El Guadalquivir inundó los arsenales sevillanos y gran parte del barrio de Triana, desbordándose sobre el monasterio de las Cuevas, de donde los monjes se vieron obligados a escapar en barcas. Toda Sevilla se hallaba rodeada por el agua y sin alimentos durante tres días. Como se temía que en Córdoba ocurriera algo semejante, la reina, agotada y a punto de dar a luz, se preparó, a instancias del rey y de su médico, para viajar hacia el Norte.

Por aquellas fechas, ojeando rápidamente su voluminosa correspondencia, abrió una carta procedente de Rota que llevaba el sello de Don Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli; hijo de Don Gastón de la Cerda, muerto a los 40 años «vencido del amor de las mujeres»[6], era, después

quizá del Duque de Medina Sidonia y del Marqués de Cádiz, el hombre más rico de Andalucía, con una renta superior incluso a la de la Corona.

El Duque contaba –aunque no conservamos su carta, sí disponemos de un resumen de la misma en una misiva posterior– que durante los dos últimos años había albergado en su palacio de Sanlúcar, en la costa sur, a un tal Cristóbal Colón, «que había venido de Portugal, y deseaba ir ante el Rey de Francia para emprender la búsqueda de las Indias, bajo la protección de aquel Rey y con su ayuda. Yo mismo me ofrecí enviarle con tres carabelas desde el puerto, puesto que él no deseaba nada más»[7]. Sin embargo, como creía que aquella empresa se hallaba bajo la jurisdicción de la reina, Don Luis pensaba que debía escribirle para recibir instrucciones. El proyecto de Cristóbal Colón de alcanzar ciertas islas orientales navegando hacia Occidente le parecía bastante razonable; y, en caso de lograr el éxito, deseaba que el triunfo quedara en sus manos antes que en las del Rey de Francia.

Isabel, emparentada con la casa real portuguesa, cuya empresa había desvanecido el silencio y los temores en torno al océano occidental, se habría interesado profundamente en ello de no ser por la guerra contra los moros, por entonces en una fase crítica. Incluso en aquellas circunstancias podría haber permitido que el Duque enviara a Colón con unas pocas galeras o carabelas bien equipadas, puesto que estaba en situación de afrontar aquel gasto. Pero la reina no había pasado en balde años y años esforzándose por doblegar la arrogancia de los grandes nobles para proporcionarles ahora determinados privilegios reales y un poder mayor[8]. Los edictos reales que prohibían a los individuos españoles navegar en viaje de descubrimiento sin permiso real colocaba en sus manos el control de la situación. Podía investigar los argumentos de Colón y, si le parecían razonables, hallar el modo de ponerlos en práctica más tarde. Así que escribió a Don Luis una respuesta cuyos términos eran en esencia los siguientes:

«Enviad a Córdoba a Cristóbal Colón y a nuestro regreso oiremos lo que tenga que decir».

El Cardenal invitó a la familia real a pasar el invierno en su palacio de Alcalá de Henares. Se trasladaron hasta allí desde Córdoba; y el 15 de diciembre, en la antigua residencia de Carrillo, la reina trajo al mundo a su quinto y último hijo. Era una niña a quien llamaron Catalina, y a quien la Historia conocería como Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VIII.

XXI
PRIMERA APARICIÓN DE COLÓN EN LA CORTE
SUS PROYECTOS Y PROPUESTAS
LA CRUZADA CONTRA EL ISLAM

Era un cálido día de enero del año 1486. Un hombre de treinta años más que cumplidos, cuyo cabello prematuramente gris añadía un toque de nobleza a su solemne y severo aspecto, cruzaba, montado sobre una mula, la puerta occidental de Córdoba. El sol brillaba después de una época de lluvias prolongadas y el aroma de las flores recién brotadas perfumaba el ambiente. Las casas encaladas y las torres doradas centelleaban, como en una ciudad de alabastro y oro. Las estrechas y tortuosas calles –imaginemos la escena– estaban llenas de gente: plateros y artesanos del cuero cuyos rostros revelaban su origen morisco, tejedores de seda, granjeros procedentes del campo en mulas o en carros tirados por bueyes, una dama montando su pequeña mula de color semejante al de los ratones, un franciscano con su capucha marrón, un pelotón de soldados con jubones de cuero y los arcabuces sobre los hombros; un caballero en su negra cabalgadura, con brillantes yelmo y armadura y una capa color escarlata bordada en oro a la espalda; un mendigo, un ladrón, un dominico de blanco hábito en su mula seguido por dos servidores de la Inquisición, armados hasta los dientes; un judío de luenga barba... Pero el hombre de cabellos grises avanzaba sin mirar a derecha ni izquierda, hasta que, en la calle siguiente, llegó ante la catedral, con sus diecinueve puertas de cobre pulido. Sin apenas dirigirle una mirada, giró su mula hacia la izquierda y siguió caminando un poco hasta llegar al Alcázar, donde desmontó, ató la mula a un poste y, entrando en el palacio con la misma ruda decisión, preguntó por Sus Majestades, los reyes de Castilla.

Los guardianes, mirando con recelo el traje algo gastado del desconocido, y oyendo con desprecio el pésimo español que pronunciaba con voz baja y nerviosa, estaban a punto de echarle de allí cuando el extranjero sacó una carta dirigida a Sus Altezas Serenísimas por el Duque de Medinaceli. Aquello cambiaba completamente las cosas. Le condujeron hasta Don Alonso de Quintanilla, el Tesorero Real, a quien explicó que traía un plan que comunicar a Sus Majestades, plan que les proporcionaría grandes beneficios

tanto a ellos como a la Cristiandad entera, y que solamente expondría ante los reyes, y ante ninguna otra persona.

En ese caso –contestó Don Alonso, ligeramente divertido–, el visitante debía esperar a que Sus Altezas regresaran a Córdoba para la campaña de primavera. Mientras tanto, y sabiendo, por la carta que dirigieran al Duque de Medinaceli, que los reyes deseaban entrevistarse con él, el Tesorero estaría encantado de proporcionarle alojamiento en calidad de huésped de Sus Majestades.

Cristóforo Colombo (o, como generalmente se le conocería en España, Cristóbal Colón –Colom o Colomo–) debía esperar en la Corte unos tres meses mantenido a costa del erario público, a pesar de lo cual su impaciencia y su lúgubre retraimiento crecían de día en día.

Ya estaba avanzada la primavera cuando regresó la Corte, pues varios asuntos de importancia alargaron la estancia de Sus Majestades en el Norte. Después de que la reina asistiera a Misa por primera vez tras el alumbramiento, se trasladaron a Madrid, para agradecer al capítulo de la ciudad el dinero con que había contribuido a los gastos de la guerra, y con el fin de suplicar al deán y al capítulo que predicaran la cruzada con el máximo fervor. De vuelta en Alcalá de Henares, viajaron a Segovia y a Medina del Campo dando un rodeo de unas cien millas para pasar por Béjar y consolar al Duque de Alba, que acababa de enviudar. Luego viajaron por Guadalupe hasta Córdoba, ciudad a la que llegaron el 28 de abril[1].

Mientras tanto, parece ser que Cristóbal Colón trabó relaciones con una joven llamada Beatriz Enríquez de Arana, hija de una familia pobre, e hizo algunas amistades influyentes. Hombre dotado de la apostura de un senador romano, de corteses modales imitados de sus nobles mecenas y de la adaptabilidad propia de un buen actor, al parecer se hizo rápidamente con los principales consejeros de Isabel y de Fernando. Alonso de Quintanilla le presentó al Cardenal Mendoza; al dominico Fray Diego de Deza, preceptor del príncipe Don Juan y que más tarde se convertiría en arzobispo de Sevilla, y, a pesar de sus antepasados judíos, en segundo Inquisidor General de España; a Fray Hernando de Talavera, prior de El Pardo; a Juan Cabrero, converso aragonés camarero del rey; a Beatriz de Bobadilla, la amiga de la infancia de la reina, y a su esposo; a Doña Juana de la Torre, nodriza del príncipe Don Juan; y a otros muchos nobles. Todos estos personajes recibieron a Colón con gran amabilidad, estuvieron de acuerdo con él en cuanto a lo razonable de su proyecto y le prometieron ayudarle a lograr el

permiso real para emprender su viaje de descubrimiento. Otros de los que desde el principio le alentaron a ello fueron Gabriel Sánchez, Tesorero Real de Aragón; Gaspar Gricio, secretario de Castilla; el secretario aragonés del rey, Juan de Coloma; y, más tarde, el rico banquero Luis de Santángel, en cuya casa, hacía solamente un año, los conspiradores habían planeado el asesinato de Pedro de Arbués. Santángel era entonces escribano de ración del rey y, por aquellas fechas, un hombre con más poder aún que el de la Inquisición, pues aunque sus familiares y muchos de sus amigos habían sido ajusticiados en Aragón, él, sin embargo, permaneció leal al rey –quien, al parecer, le protegió del celo de los oficiales de Torquemada[2]–. Se trataba de un hombre de Estado y de un financiero de enormes dotes; además, el rey probablemente había recibido de él algún dinero prestado. En fin, y en su conjunto, a Colón le ayudaron desde el primer momento los personajes españoles más influyentes de la época.

¿Quién era Colón y cuáles sus intenciones? Lo que en distintas ocasiones Colón reveló de sí mismo resulta contradictorio y no aclara en absoluto los misterios acerca de su origen y de sus primeros años de vida. Natural de Liguria, de uno de los pequeños pueblos cercanos a Génova, y nacido probablemente el mismo año que la reina Isabel, es decir, en 1451[3], era hijo de un cardador de lana, Domenico Colombo, y de su esposa Susanna Fontanarosa. Parece ser que Cristóbal Colón fue tejedor en Savona, lugar de nacimiento de su padre, hasta 1472[4]. En este año realizó un viaje a Chios y en 1476 se embarcó en Génova en un buque mercante rumbo a Inglaterra; pero el barco fue atacado y destrozado en San Vicente, por lo que tuvo que buscar refugio en Lisboa. Allí contrajo matrimonio con Felipa Moñiz Parestrello y en 1480 nació su hijo Diego. Después de un viaje a Guinea, su suegra le entregó unos documentos de su marido, Parestrello, que fueron los que le indujeron a convertirse en descubridor, por lo que solicitó la ayuda de Don Juan, rey de Portugal. Un consejo formado por dos obispos y dos doctores –uno de ellos era «ese judío José» del que más tarde Colón despotricaría a causa de su informe desfavorable– falló en contra de su proyecto y calificó a Colón de visionario. No obstante, Don Juan siguió manteniendo cierto interés en sus planes hasta 1488, fecha en que le invitó a regresar a Portugal en una carta que sólo ha servido para aumentar los misterios en torno a los primeros años de la vida de Colón, pues en ella se insinúa que se trataba de un hombre que había huido de la ley, bien a causa de ciertas deudas, bien por algún crimen o mala conducta. «Como podéis

tener algún temor de nuestra justicia por algunas cosas de las que sois responsable», escribía el rey, «por éstas os garantizamos que ni a vuestra llegada, ni durante vuestra estancia, ni en el tiempo de vuestra marcha seréis detenido, acusado ni perseguido por ninguna causa, sea civil o criminal, o de cualquier otra naturaleza». Esto no hace más que arrojar una débil luz sobre las causas de la huida de Colón de Portugal en compañía de su hijo Diego. La creencia generalizada de que por entonces su mujer estaba ya muerta parece contradecirse con lo que él mismo escribiera años más tarde: «Cuando vine de tan gran distancia a servir a estos Príncipes, abandoné a mi esposa y a mis hijos, a los que, por esta causa, no he vuelto a ver»[5].

Fueran cuales fueran las razones del abandono de su familia, Colón se embarcó hacia España; o tal vez tomara un barco con destino a Huelva, donde vivía su cuñado, para luego trasladarse desde allí a Francia. Una tormenta hizo embarrancar la carabela a la altura de Palos. Colón y su hijo pidieron entonces alimento y albergue en el monasterio franciscano de La Rábida. Fray Antonio Marchena, un fraile experto en astronomía y cosmografía, le oyó explicar su proyecto y pronto se entusiasmó con él. Y lo mismo le ocurrió a Fray Juan Pérez, prior del monasterio y ex-confesor de la reina Isabel. Los frailes persuadieron a Colón para no marchar a Francia y proporcionar a España la oportunidad de apuntarse la gloria de sus descubrimientos. Le sugirieron que acudiera al Duque de Medina Sidonia o al de Medinaceli, pues cualquiera de ellos podría equipar tres navíos y proveerle del dinero necesario. El primero no quiso escucharle; pero el segundo le envió a la Corte.

Cuando el 28 de abril los reyes regresaron a Córdoba, no oyeron más que informes favorables acerca de aquel extranjero que deseaba navegar hacia Occidente para alcanzar el Oriente. Fue probablemente a principios de mayo cuando le recibieron en el amplio vestíbulo del Alcázar. Le rogaron que expusiera su proyecto y, mientras él hablaba con su expresiva y fuerte voz, cuyas cadencias se hacían casi rítmicas a medida que se iba entusiasmando, ellos le estudiaban atentamente. Era bastante alto y robusto, de pelo rubio canoso, y su rostro alargado enrojecía mientras hablaba. Sus ojos brillantes resplandecían como los de un visionario, y la nariz, curvada como el pico del águila, revelaba un temperamento dominante y ambicioso. El Padre Bernáldez, de quien sería huésped unos años más tarde, lo describió como «hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro de la arte de la Cosmografía, e del repartir del mundo, el qual sintió, por lo que en

Ptolomeo leyó, y por otros libros y su delgadez, cómo y en qué manera el mundo este en que nacemos y andamos está fijo entre la esfera de los cielos, que no llega por ninguna parte a los cielos, ni a otra cosa de firmeza a que se arrime, salvo tierra e agua, abrazados en redondez, entre la vaquidad de los cielos; y sintió por qué vía se hallaba tierra de mucho oro, y sintió cómo este mundo y firmamento de tierra y agua, es todo andable en derredor por tierra y por agua, según cuenta Juan de Mandavilla; quien tuviese tales navíos y quien quisiese guardar por mar y por tierra por cierto él podría ir y trasponer por el poniente, de en derecho de San Vicente, y volver por Jerusalén, y en Roma y en Sevilla»[6]. Colón puso el énfasis en el oro para halagar al rey, quien siempre tenía necesidad de él, pero probablemente miraba a la reina al mencionar los usos que de dicho oro podrían hacerse: la cruzada contra los moros, y quizá incluso una cruzada para recuperar el Santo Sepulcro; y, por supuesto, las almas de los habitantes de las Indias, que debían ser convertidas al cristianismo.

A la reina le agradó Colón desde el primer momento. Tenía un espíritu poético lo suficientemente desarrollado como para percibir lo que no pudo haber escapado al Cardenal Mendoza: que el italiano era esencialmente un poeta, un hombre de exacerbada imaginación; quizá incluso un tanto mentiroso. Su Eminencia, que en su juventud había traducido al español la *Odisea* y la *Eneida* porque su padre, poeta también, se lamentaba de no poder leerlas, sabía mejor que nadie que hay más realismo en las ilusiones de un poeta que en la facilona sabiduría del mundo. Y de todas las personas, la reina era prácticamente la única que no pensaría mal de un hombre deseoso de intentar lo imposible.

¿Tenía Colón antepasados judíos? Algunas veces se le llamaba Colom; y en un auto de fe de Tarragona a ciertas personas apellidadas Colom se les obligó a llevar sanbenitos después de haber confesado que practicaban en secreto ritos judíos. En todo caso, si los tenía, no diría nada acerca de ellos, claro está. ¿Es que aquello supondría alguna diferencia? La reina estaba constantemente rodeada de judíos en los que confiaba, pues creía en la sinceridad de su conversión al cristianismo –de hecho, en muchas ocasiones se trataba de cristianos intachables–. El tiempo demostraría si las frecuentes manifestaciones de fe en Cristo pronunciadas por aquel hombre procedían realmente del corazón o bien de los labios de un actor consumado. Isabel no era tonta, como en ocasiones han «descubierto» quienes pretenden que Colón fingía ser piadoso. Es significativo que entre los que recomendaron a Colón

se encontraba gran número de los conversos más importantes: Santángel, Sánchez, Cabrera, de Deza... Pero, por otra parte, contaba aún con más defensores entre los cristianos viejos de la Corte. De hecho, nadie ha aportado nunca prueba alguna de que Colón tuviera sangre judía. Dicha teoría se ha deducido a partir de una serie de características que se suponen exclusivamente judías, como si no pudieran hallarse en ninguna otra raza. A falta de otras pruebas, la posteridad debe aceptar la propia palabra de Colón, confirmada por la evidencia, en el sentido de que era un italiano con antepasados cristianos[7].

Por lo que se refiere al proyecto de Colón, Isabel no necesitaba que nadie la convenciera de que el mundo era redondo, como tampoco lo necesitaron Fray Juan Pérez, Luis de Santángel o el Cardenal Mendoza. Se trataba de un hecho aceptado por la mayoría de las personas medianamente instruidas. Aristóteles dedujo su forma esférica a partir de la sombra proyectada por la tierra durante los eclipses lunares; y hacía mucho tiempo que en las universidades españolas, y gracias al Islam, se conocía a Aristóteles. Colón había leído la opinión aristotélica en la *Imago mundi* del Cardenal Pierre d'Ailly. Heraclito, discípulo de Platón, descubrió la rotación de la tierra sobre su propio eje. Aristarco, dos siglos y medio antes de Cristo, formuló la teoría heliocéntrica, lo que le valió la calificación de blasfemo por parte del estoico Cleantes, quien escribió un tratado en el que pedía que se le silenciara. Eratóstenes midió el ángulo de oblicuidad de la elíptica y realizó una correcta estimación de la circunferencia de la tierra. Y, en vida de Isabel, el erudito Eneas Silvio Piccolomini, más tarde Papa con el nombre de Pío II, había escrito: «Casi todos están de acuerdo en que la tierra es redonda»[8].

Sin embargo, también se creía de forma generalizada que la tierra era más grande de lo que es en realidad. La extensión del océano entre España y las zonas de Cipango y Catay descritas por Marco Polo; el hecho de poder cruzar este océano permaneciendo con vida y en un tiempo razonable; qué tormentas, vientos, remolinos u otros peligros podían hallarse... éstas eran las preguntas que se formulaban. Pero existían además consideraciones de orden más práctico. Cuando se necesitaban los barcos para bloquear a los moros en el Mediterráneo y se solicitaba desesperadamente dinero con el fin de pagar a las tropas y adquirir cañones y municiones, parecía algo absurdo gastar 2.000.000 de maravedíes en un proyecto que, después de todo, no era más que hipotético. En cualquier otro momento, la reina Isabel, siguiendo la misma infalible intuición que le hizo calibrar la auténtica valía del Marqués

de Cádiz o de Gonzalo de Córdoba, habría apostado sin duda por Colón. Pero no se trataba de una mujer acostumbrada a atacar varios proyectos a un mismo tiempo.

El rey, mucho más calculador, tampoco podría dejar de ver la necesidad de postergar cualquier decisión hasta que Colón no estuviera convenientemente alejado de su protector el Duque. Además, admitió con absoluta franqueza su desconocimiento de cualquier noción de cosmografía y manifestó que le agradaría oír la opinión de algunos expertos. Colón había dicho que la tierra constituía tan sólo la séptima parte de la superficie total de agua: ¿cómo podía probar dicha afirmación? Fernando sugirió trasladar su proyecto a una comisión que entendiera del asunto. Con la aprobación de la reina, designó para ello al confesor de su esposa, Fray Hernando de Talavera, presidente de la Junta; así que Colón se vio en manos de este amable teólogo.

El recuerdo de las palabras de Colón se halló muy pronto amortiguado en los oídos reales por el ruido de las trompetas y los relinchos de los caballos. Fue ese mismo año cuando los reinos cristianos pusieron todo su empeño en acabar con la guerra. Un ejército de 52.000 hombres, perfectamente armado y equipado, se reunió en el valle del Guadalquivir; el campamento era una auténtica ciudad de pabellones de seda levantados bajo los pendones y emblemas heráldicos de todas partes de la Cristiandad. Soldados procedentes de cada una de las naciones occidentales habían acudido a luchar bajo el estandarte plateado de la Santa Cruz que el Papa Sixto IV regalara a los reyes. De Francia llegaron Gastón de León y otros caballeros. Lord Scales (Earl de Rivers), cuya hacha de combate había contribuido el año anterior en Bosworth Field a instalar a su cuñado, Enrique VII, en el trono de Inglaterra, venía acompañado de cien arqueros ingleses armados con arcos y flechas y doscientos alabarderos provistos de lanzas y hachas. Participaban también en la campaña algunos irlandeses. En marzo del año siguiente el rey Fernando otorgó un «pasaporte y recomendación» –el documento se halla en el archivo de Simancas– a Ubertus Stantum (Staunton), un irlandés que se distinguió por su valor luchando contra los moros en Loja y, en una ocasión anterior, en Tánger[9].

Cuando se trataba de una cuestión de orgullo, el rey Fernando se mostraba sumamente tenaz. Así como había regresado a Toro para lavar el estigma de su primera derrota, así ahora volvía al escenario de su humillación en Loja, «el ojo derecho de Granada», donde halló a los moros de todas las facciones aliados contra él. Muley había muerto y su cuerpo fue llevado a

Granada sobre una mula, como el de un labrador cualquiera. Su hermano El Zagal y su hijo Boabdil, alarmados por los preparativos que se realizaban en Córdoba, hicieron las paces y se dividieron el reino entre ambos. Boabdil condujo un ejército para hacerse cargo de Loja, con la evidente esperanza de evitar un asedio inminente, y envió a Fernando un mensaje en el que le comunicaba que estaba al mando de dicha ciudad como leal vasallo de los reyes de Castilla. Fernando le contestó que Boabdil había perdido dicho privilegio al aliarse con El Zagal.

El ejército cristiano inició la marcha sobre Loja. En vanguardia iba el Marqués de Cádiz con 17.000 hombres, dispuestos a tomar por sorpresa las alturas de Albohacén. Y se entabló una larga y sangrienta batalla. Cuando los cristianos consiguieron plantar sus banderas en lo alto, Boabdil hizo una salida con El Zegrí y lo mejor de la caballería de Granada para atacarlos por tres flancos distintos. Al llegar el rey Fernando con el grueso del ejército, el Marqués se hallaba en un serio apuro; mientras tanto, Lord Scales proporcionaba a los españoles una exhibición de las tácticas inglesas. Desmontando de su cabalgadura, señala Bernáldez, «e una hacha de armas en las manos y con una cuadrilla de los suyos, así mismo armados de blanco con sus hachas, se lanzó delante de todos en los moros, y con viril y esforzado corazón, dando golpes en unos y otros, matando y derribando, que ni le faltó corazón ni fuerza; e como esto vieron los castellanos montañeses, ya dicho, no menos ficieron al momento siguiendo tras los ingleses, y dieron tal prisa a los moros que les hicieron volver las espaldas a huir». Scales se abrió camino hasta uno de los suburbios de Loja; mientras ascendía por una escala, un moro situado en la muralla dejó caer una inmensa piedra que fue a estrellarse en el rostro del inglés, rompiéndole varios dientes y matando a tres de sus hombres. El golpe lo dejó aturdido, pero cuando logró recobrarse se negó a abandonar el campo.

Desde lo alto de Albohacén la artillería del rey causó tales incendios y destrucción en la ciudad, y con tanto éxito, que los moros se rindieron al cabo de una semana. El 28 de mayo Fernando entraba en Loja. Cuando la cruz de plata apareció en la torre más alta, con la bandera de Santiago y la de Isabel y Fernando, el ejército entero gritó a un tiempo: «¡Castilla! ¡Castilla!». Y, de rodillas, entonó el *Te Deum*. Luego los obispos consagraron las mezquitas como iglesias cristianas. Gonzalo quedó al mando de la guarnición y el ejército continuó su avance.

En Córdoba, la reina, al recibir tan excelentes noticias, anduvo descalza

hasta la catedral para oír Misa y dar gracias a Dios Todopoderoso. Y cuando llegó una nueva misiva del rey, en la que le suplicaba que visitara el campamento, pues deseaba consultar con ella y porque su presencia sería beneficiosa para la moral del ejército, ella se apresuró a complacerle. Por aquellas fechas el rey se había trasladado a Illora, cuyas pesadas murallas bombardeó durante cuatro días con ayuda de las bombardas y que acabó ocupando el jueves 8 de junio. El viernes el ejército marchó hacia Moclín, donde la reina se reunió con él.

El Marqués de Cádiz, el Duque del Infantado y muchos otros excelentes caballeros salieron a recibir a la reina y a la princesa Isabel en la Roca de los Amantes, desde donde las escoltaron hasta el campamento. Mientras se aproximaban, contemplaron a todo el ejército formado en orden de combate en una explanada situada a la derecha del camino, a unas cuatro millas del campamento. La reina pasó revista a 5.000 caballeros cristianos; a su paso, cada batallón la saludaba inclinando su estandarte. Las banderas de cien ciudades, comenzando por la de Sevilla, ondeaban al sol; y las rítmicas ondulaciones de los brillantes yelmos, de las grises armaduras, de la seda y el oro, formaban un océano de gloria, como el infinito espectáculo de un sueño.

Al final del desfile venían el rey y los grandes señores de Castilla. La reina Isabel, que montaba una mula color castaño ensillada de plata, hizo tres reverencias ante Su Majestad; y el rey contestó del mismo modo. Ella se quitó el sombrero, descubriendo sobre su pelo castaño una cofia de seda que dejaba ver sus mejillas. El rey la abrazó y la besó en el rostro. Luego se dirigió hacia la infanta Isabel, la abrazó, la besó en la boca y le dio su bendición[10]. El último noble que acudió a presentarle sus respetos fue Lord Scales. Su magnificencia dejó a todos maravillados. Hizo una profunda reverencia ante la reina y luego ante el rey, mientras su inmenso caballo corveteaba y hacía cabriolas.

Entonces la reina, que había oído hablar del valor demostrado en Loja por el inglés, le dio las gracias con aquella sonrisa que hacía que por ella los hombres afrontaran la muerte con alegría y le expresó su pesar por la pérdida de sus dientes.

«Es cosa que no tiene importancia», dijo Scales, «perder unos dientes en el servicio de Aquel que me los dio. Nuestro Señor, que ha construido esta casa, sólo ha abierto una ventana en ella para ver más fácilmente lo que pasa dentro»[11].

La reina estaba entusiasmada con él. Al día siguiente le envió doce

magníficos caballos andaluces, dos lechos con colchas de brocado de oro y algunas ropas y tiendas para sus hombres. Ésta fue la última aparición de Lord Scales en las crónicas de la guerra contra los moros. Un año más tarde era asesinado en Francia.

Una vez concluidas las ceremonias, los cruzados iniciaron el sitio de Moclín. Contaban con dos mil cañones de diferentes tamaños y grandes cantidades de municiones, aparte de las reservas almacenadas en los depósitos de Medina del Campo, Madrid y Fuenterrabía y en muchos arsenales dispuestos a lo largo de la frontera. Durante todo el día dejaron caer sobre la ciudad un fuego de piedras al rojo y proyectiles de hierro. Los moros estaban aterrados; y cuando una de sus torres, utilizada como almacén de pólvora, estalló y dispersó por toda la ciudad los cuerpos destrozados de sus defensores, se rindieron.

La presencia de la reina prestó una solemnidad nueva a la entrada de los cristianos en Moclín. Se formó una gran procesión: primero, el estandarte de la Cruz; luego, las banderas multicolores del ejército; más tarde, el rey y la reina, con el coro de la capilla real entonando el *Te Deum laudamus*, seguidos por un largo cortejo de caballeros. Cuando el coro hizo una pausa en sus cánticos, los reyes oyeron un débil eco de voces que parecían surgir de debajo de la tierra cantando como en un éxtasis «*Benedictus qui venit in nomine Domini*». Todos se detuvieron para escuchar maravillados. Pronto adivinaron lo que sucedía: bajo las calles se hallaban las mazmorras donde permanecían cautivos los cristianos.

Los desafortunados prisioneros fueron liberados y, aún cegados a causa de la luz, a la que se habían desacostumbrado, cantaban y lloraban con gemidos histéricos. La reina se sintió sumamente conmovida a la vista de sus cuerpos extenuados y medio desnudos y de sus enmarañados cabellos y barbas. Cuando se arrodillaron a sus pies, ella les dirigió palabras consoladoras y ordenó que se les proporcionaran alimento, ropas y dinero.

Haciéndose cargo de los prisioneros y de los heridos y dirigiendo la inmensa línea de comunicaciones, Isabel siguió a su victorioso ejército a través de la vega hasta un lugar situado a seis millas de las murallas de Granada. Después de una lucha enconada tomaron Pinos Puente y luego regresaron a Córdoba. Nada podía completar mejor aquel año de triunfo que las noticias de una guerra civil en Granada entre Boabdil y su tío, El Zagal, a quien el primero había acusado públicamente de envenenar a Muley Abul Hassan.

Pero desgraciadamente Granada no era más que una pequeña porción del gran campo de batalla de un Islam cuyo aún invencido imperio se extendía desde Gibraltar hasta Catay; y en Oriente, en represalia por los éxitos de Isabel y Fernando, comenzaba a alzarse una nueva amenaza para toda la Cristiandad. En 1484 el ejército de Bayaceto II invadió Moldavia y conquistó las fortalezas estratégicas de Kilia y Akjevman, mientras la armada turca, poderosamente reforzada, cruzaba el Mediterráneo. Y en 1486 las naciones mahometanas, alarmadas por los avances de los cristianos en España, se apresuraron a terminar con sus riñas para proyectar una nueva ofensiva en todos los sectores. Incluso el Sultán de Egipto olvidó su disputa con Bayaceto para organizar una liga contra la nueva nación española. Acordaron que mientras Bayaceto lanzaba una enorme flota contra el reino siciliano de Fernando, el Sultán enviaría a España un inmenso ejército procedente de Africa para reforzar a los moros granadinos. Se trataba de la crisis de mayor envergadura desde que cayera Otranto en 1480.

El Papa Inocencio VIII, un hombre amable y caritativo de 54 años, de ojos claros y salud muy delicada, completamente dominado por el enérgico Giuliano della Rovere[12], sobrino de Sixto IV, carecía de dinero. Se había visto involucrado en la guerra de los barones contra Ferrante de Nápoles y Lorenzo de Medici; y el hijo de Ferrante, Alfonso de Calabria, invadió el territorio papal hasta las mismas puertas de Roma. Inocencio pidió ayuda al emperador, pero fueron Isabel y Fernando quienes consiguieron salvarlo mediante las negociaciones de paz llevadas a cabo con su primo Ferrante, cosa que el Papa les agradeció el 10 de febrero de 1486. Libre de aquellas preocupaciones, Inocencio dirigió entonces su atención hacia la Guerra Turca, comunicó a Fernando el plan tramado contra Sicilia y le exhortó a que protegiera sus posesiones. En mayo de 1486 el Papa promulgó una bula convocando a toda la Cristiandad a la Cruzada contra el Islam. Pero, en general, la llamada cayó en oídos que el egoísmo había vuelto completamente sordos.

XXII
EUROPA EN PELIGRO
EL SITIO DE MÁLAGA
RENDICIÓN
UN ERROR DEL REY

Cuando la reina Isabel tuvo conocimiento de la nueva ofensiva mahometana, el rey estaba planeando iniciar la campaña de 1487 mediante la toma por sorpresa de Baza; pero las noticias procedentes de Africa hacían necesario un cambio de planes. Isabel sugirió que Fernando aislara Granada de Africa descendiendo hasta la costa mediterránea y atacando los tres puertos fortificados (Vélez Málaga, Málaga y Almería), que constituían los puntos más avanzados del reino moro en el Sur. El mayor de ellos era Málaga, «la mano y boca de Granada», porque a través de su puerto, y a pesar del bloqueo de los cristianos, pasaban constantemente refuerzos de hombres, tropas y municiones procedentes de Africa. Pero como sería realmente dificultoso capturar y dominar Málaga mientras Vélez continuara en manos de los moros, el rey decidió atacar en primer lugar esta última plaza.

Un ejército de 70.000 cruzados –20.000 jinetes y 50.000 soldados de a pie– salió de Córdoba la madrugada del Domingo de Ramos de 1487. La noche anterior un terremoto sacudió la ciudad, dañando principalmente el antiguo Alcázar moro, lo que se consideró como un buen presagio. Isabel se quedó en Córdoba a la espera de noticias. Diariamente llegaban cartas, afectuosas y sinceras, de parte del rey.

El ejército atravesó la llanura como una enorme y brillante serpiente y desapareció tras las colinas del Sur. La reina había enviado una avanzadilla de 4.000 zapadores para allanar los caminos, que en muchos tramos no eran más que sendas de mulas que se alzaban desde abismos y barrancos hasta lo alto de vertiginosos precipicios. Las tropas pasaban lentamente, pagando cada milla con sangre, pues los moros no cesaban de acosarlos desde las montañas. Pero por fin dejaron atrás las nieves y gritaron de gozo al contemplar el azulado espejo del Mediterráneo.

El rey estableció su campamento en la ladera de una montaña que

dominaba a la ciudad, cerca de la poderosa fortaleza de Bentomiz. Era una posición peligrosa y la artillería se encontraba a varias millas de distancia, en los desfiladeros de las montañas; pero el rey confiaba en que la ciudad no recibiera ayuda alguna de Almería o Granada antes de conseguir derribar sus murallas con los nuevos cañones.

De repente, mientras estaba comiendo, oyó gritos en la ladera de la colina y se asomó para descubrir cómo sus tropas huían acosadas por un importante contingente de moros. Armado exclusivamente con su coraza, Fernando tomó una lanza y salió corriendo de su tienda mientras gritaba: «¡Aquí yo, Fernando! ¡Volved, castellanos, y luchad conmigo!». Y se precipitó en medio del enjambre de sarracenos. El mozo de cuadra que le seguía fue derribado por un moro a quien el rey no tardó en atravesar con la lanza. Pero el enemigo lo rodeó vociferando y de seguro habría acabado con él de no ser por el Marqués de Cádiz, quien, acompañado de Garcilaso de la Vega, lo arrastró hasta un lugar seguro.

Pasaron varios días antes de que Isabel se enterara del riesgo corrido por su esposo. La lectura de las cartas remitidas desde el campamento la hizo temblar; y acudió a la catedral para dar gracias. Más tarde entregaría a Vélez Málaga un escudo de armas en el que aparecían el rey luchando con su lanza, el mozo de armas tendido a su lado y los moros huyendo.

Entretanto, un peligro aún mayor se cernía sobre Fernando y sobre todo su ejército. El Zagal, ante la proximidad de los cruzados, reunió algunos refuerzos en Baza, Guadix y Almería y, dejando en Granada una guarnición lo suficientemente fuerte, se dirigió a liberar Vélez con un disciplinado ejército de 30.000 hombres, pobremente armados pero expertos guerreros. Viajaba de noche, como un lobo silencioso, atravesando las montañas situadas entre Granada y Bentomiz. Antes del alba los cruzados divisaron sus señales de fuego en la cima de las montañas y las llamas que se alzaban en respuesta desde las torres de Vélez. Se hallaban en una situación bastante precaria.

El rey ordenó establecer una estricta vigilancia día y noche. Ni siquiera se desnudaba, apenas dormía y estaba constantemente en el campamento, observando sin reposo hasta los más mínimos detalles. Mientras tanto, envió un veloz correo a la reina para rogarle le ayudara con cuantos refuerzos fuera capaz de reunir.

Y, de hecho, necesitaba más ayuda de la que creía, porque El Zagal se hallaba ideando un plan para exterminar a todo el ejército cristiano en el

transcurso de la primera noche que pudiera. Redactó una nota para el alcaide de Vélez en la que le ordenaba que encendiera una hoguera en cuanto viera otra igual sobre Bentomiz y luego mandara a todos sus hombres sobre el enemigo, mientras los moros de Granada atacaban a su vez desde arriba. El rey árabe le entregó la nota a un veloz mensajero para que atravesara el campamento cristiano aquella misma noche.

Isabel no disponía de tropas que enviar a su esposo. Contaba por entonces 36 años y comenzaba a revelar los efectos de la sobrecarga de trabajo y de las privaciones. Pero, como en los días posteriores al desastre de Toro, ocurrido veinte años atrás, cuando despertó las iras de los castellanos contra los portugueses, el reto de lo imposible hizo saltar de nuevo sus asombrosas reservas de energía y habilidad. Pasó noches y días sobre su montura recorriendo ciudades y castillos, ordenando refuerzos y pensando incluso en las medicinas y en las enfermeras; y, como último recurso, llamando a las armas a todos los hombres andaluces de menos de 70 años. Los viejos veteranos de la antigua guerra fronteriza, fascinados por la voz y por el rostro de la reina, olvidaron su reumatismo, tomaron sus espadas y sus lanzas y se reunieron en el campamento de Córdoba, donde Isabel se apresuró a organizarlos. A su llamada acudió también el fiel Cardenal Mendoza, cada vez más anciano y enfermo, hasta el punto de que era incapaz de seguir el rápido paso de la reina. Pero no dejó de ofrecer fuertes sumas de dinero a quienes, tomando las armas, se unieran a él, quien, una vez más, vistió su armadura y montó sobre su caballo para hacerse cargo de aquel ejército de salvamento.

Pero era demasiado tarde. Antes de que pudieran llegar al campo de batalla, ya se había iniciado el ataque desde lo alto de Bentomiz. Afortunadamente, el mensajero de El Zagal fue capturado a su paso por el campamento cristiano y Fernando tenía a su ejército aguardando en silencio en medio de la noche. Cuando se encendió el fuego en lo alto de Bentomiz, no hubo respuesta alguna por parte de Vélez. Sin embargo, El Zagal confiaba tanto en su propia victoria que atacó en el momento previsto. Fue rechazado en medio de una horrible carnicería y los moros, presas del pánico, se dispersaron y huyeron entre las tinieblas.

Al día siguiente, atravesando los desfiladeros de las montañas, llegaba la artillería de Isabel. No se necesitaba otra cosa que añadir a la desalentada población de Vélez más que las noticias de que Granada se había negado a readmitir al recién derrotado El Zagal, con lo cual se esfumaba la esperanza

de cualquier expedición que acudiera a liberarlos. Cuando Fernando, ansioso de avanzar contra Málaga, les ofreció una serie de condiciones bastante ventajosas, aceptaron de inmediato. Se les permitió abandonar la ciudad con todas sus pertenencias, excepto las armas, y vivir en cualquier lugar de España que no estuviera cerca del mar. 120 prisioneros cristianos fueron liberados y enviados a la reina a Córdoba.

La rendición de Vélez pronto fue seguida por las de Bentomiz, Comares y las poderosas fortalezas de la Axarquía. Los cruzados atravesaron las montañas en dirección Oeste hasta que la mañana del 7 de mayo divisaron a sus pies la hermosa y rica ciudad de Málaga, situada en una curva de la costa entre dos importantes fortalezas. Sus grandes murallas se alzaban desde el agua hasta acabar en castillos y poderosas torres entre las cuales se extendían fabulosos jardines semejantes a los de Babilonia, con majestuosos cedros y palmeras cuyas sombras refrescaban fuentes y patios, naranjales y campos de granados; y, más allá de las murallas, abrigados viñedos y frondosos huertos.

La guarnición se hallaba compuesta principalmente de gomares, valerosos y expertos guerreros de Berbería, mandados por el mismo Hamed el Zegrí que fuera alcalde de Ronda, un hombre astuto y cargado de recursos. «El corazón de el Zegrí estaba endurecido como el del faraón», escribió Bernáldez, «y hacía endurecerse a los corazones de sus gentes con vanas esperanzas».

El Marqués de Cádiz, como de costumbre, solicitó para sí el puesto de mayor peligro y plantó su campamento en la ladera de una colina situada frente al castillo de Gibralfaro, desde donde las murallas de la ciudad eran más accesibles.

El sitio se prolongó sin éxito durante varios días. Las murallas de Málaga eran antiguas, pero poderosas, y los moros, que ya se habían acostumbrado a las pesadas bombardas, aprendieron rápidamente a reparar las brechas. Un día, el Marqués intentó tomar por sorpresa las murallas cercanas a Gibralfaro. Y al siguiente los moros efectuaron una salida, atacaron su campamento y fueron rechazados después de una desesperada lucha cuerpo a cuerpo.

Una epidemia que había asolado los pueblos de las cercanías se extendió por el campamento cristiano, causando más bajas entre los soldados que los propios moros. A esto había que añadir que las provisiones se estaban acabando y sobre ellos se cernía la amenaza del hambre. Sin embargo, un día apareció en la costa una gran flota castellana de carabelas y galeras provista de alimento, municiones y siete enormes bombardas que fueron instaladas en

el campamento del Marqués y a las que los artilleros bautizaron con el nombre de «las siete hermanas de Jiménez». Pero la moral del ejército cristiano continuaba bastante baja, mientras los defensores de la ciudad intentaban cobrar ánimos merced a las historias contadas por los renegados y las cantineras. Se decía que a los sitiadores se les estaba agotando la pólvora y que la reina había escrito al rey aconsejándole que levantara el asedio.

Tan pronto como Fernando oyó aquellos rumores, se dirigió a la reina para suplicarle que visitara el campamento. Ella se puso en marcha de inmediato, acompañada de la infanta Isabel, del Cardenal y de Fray Hernando de Talavera. Al llegar, solicitó que el ruido de las baterías cesara durante un día; y se llevó a cabo una nueva propuesta de rendición.

Los moros interpretaron aquel alto el fuego como la confirmación de cuanto habían oído acerca de la falta de pólvora en el campamento cristiano. Su júbilo era inmenso y aún les animaron más las predicciones realizadas por los *derviches*. Uno de ellos, un ermitaño de origen tunecino llamado Ibraim Algervi, que llevaba mucho tiempo dando vueltas a los problemas de Granada, anunció que Alá había enviado a un ángel para revelarle cómo salvar Málaga de los perros cristianos. Para ello solicitó voluntarios; y cuatrocientos guerreros, enardecidos por su elocuencia, aceptaron seguirle dondequiera que fuese. Marchando de noche y dando un rodeo por la cima de una montaña que dominaba el campamento cristiano por una zona bastante alejada de éste, se precipitaron repentinamente sobre el ejército invasor e intentaron abrirse paso hasta la ciudad. Mientras los cristianos se abalanzaban por sus armas y los hacían pedazos, el «santón» Ibraim se arrodilló en medio de las rocas para rezar; y allí lo encontraron los cristianos al amanecer. Llevado prisionero ante el Marqués de Cádiz, declaró que era un profeta a quien Alá había revelado cómo y cuándo conquistar Málaga; pero que no comunicaría aquel secreto más que a los reyes de Castilla en persona. El Marqués ordenó que lo llevaran ante Sus Majestades. Podía o no disponer de alguna información importante; pero, en cualquier caso, no existía inconveniente para interrogarle.

El rey estaba durmiendo la siesta, así que la reina decidió esperar para entrevistar al prisionero los dos juntos; de ahí que Ibraim fuera conducido a una tienda cercana donde Doña Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya, estaba disputando una partida de ajedrez con Don Álvaro de Portugal. El derviche creyó que estos dos personajes eran los reyes. Pidió un vaso de agua y, mientras los guardas acudían a buscarlo, Ibraim extrajo su cimitarra de

debajo del albornoz y se abalanzó sobre ellos. Don Alvaro cayó al suelo desmayado con una tremenda cuchillada en la cabeza; los guardas lograron proteger a la Marquesa y luego la emprendieron con el derviche. Los pedazos que de él quedaron fueron arrojados con una catapulta por encima de las murallas de Málaga. Los defensores de la ciudad se vengaron descuartizando a un noble cristiano que mantenían prisionero y enviando su cadáver, amarrado a lomos de una mula, al campamento castellano.

La presencia de la reina, sin embargo, transformó por completo la situación del asedio. En el campamento español era prácticamente artículo de fe que la victoria la seguía dondequiera que fuese. Había algo en su atractiva figura, cubierta con la armadura y montando su caballo de guerra, y en la dulzura de su rostro que inspiraba valor y esperanzas. Cuando las tropas desfilaron ante ella, lanzaron un atronador grito de bienvenida que se pudo oír en las murallas de la ciudad. La reina visitó el campamento del Marqués, oyó el rugido de «las siete hermanas de Jiménez» que fueron disparados en su honor y contempló los enormes bloques de piedra que se estrellaban contra las torres y mezquitas malagueñas. Inspeccionó el inmenso hospital formado por varias tiendas, visitó a los enfermos y vendó a algunos heridos con sus propias manos. Su influencia se extendía a todo el ejército. Estando ella presente, no se oían maldiciones ni peleas. Varios frailes y sacerdotes decían Misa todas las mañanas, como si se tratara de una gran ciudad, y predicaban a través de todo el campamento, cuenta Bernáldez, «tanto a los sanos como a los enfermos». El coro de las capillas del rey y de la reina cantaba diariamente en Misa y en Vísperas y marchaba en solemnes procesiones. Por encima de la extensa ciudad de seda y lino resplandecía la cruz de plata, regalo del Papa Sixto, y en su presencia los sacerdotes daban la absolución a todos los cruzados que fueran a morir en la santa lucha por la Fe. El campamento era como una inmensa ciudad formada por hongos. Había incluso campanas que daban las horas: eran cuarenta, de plata, con variados tonos musicales, que repicaban gozosamente día y noche. El continuo sonido de las campanas –prohibido por el Corán– y la vista de la cruz, añade Bernáldez, molestaban profundamente a los moros, que comentaban en son de mofa: «¿Cómo no tienes las vacas, y traes los cencerros?»[1].

En tan sólo unos pocos días la reina transformó el campamento; y, como de costumbre, también en esta ocasión la acompañó la suerte. Al cabo de algún tiempo, llegó hasta allí una gran flota con refuerzos adicionales. El Duque de Medina Sidonia, desde el otro lado de las montañas, acudió con un

gran ejército de apoyo, reunido a sus expensas, que hacía aumentar a cerca de 80.000 el número de cristianos. «...Ya la gente estaba enojada en dos meses y medio que estaban en el cerco, y aun más», dice Bernáldez. Pero fueron otra vez el clero y las iglesias del país quienes salieron al paso con nuevos subsidios, mientras que el Duque de Medina Sidonia contribuyó con 20.000 doblones de oro.

Fernando estaba ahora más decidido que nunca a abrirse paso hasta la ciudad. Pero como la reina le suplicó que se ahorrara todo derramamiento de sangre innecesario, ordenó que cesara el fuego y prometió a los malagueños que, si se rendían, conservarían sus vidas, sus bienes y su libertad; aunque también les prometió una terrible venganza si le obligaban a hacer uso de la fuerza. Hamed el Zegrí, confiando en las afirmaciones de un astrólogo que aseguraba poseer una milagrosa bandera blanca bajo la cual –decía– Alá había prometido la victoria a los sarracenos, se negó a rendirse.

«Las siete hermanas de Jiménez» volvieron a tronar de nuevo, mientras Ramírez minaba una de las torres de Málaga y la volaba con pólvora. Los habitantes, aterrados y obligados a alimentarse de perros y gatos después de haber dado buena cuenta de sus últimos caballos, suplicaron a el Zegrí que firmara la paz; pero éste se retiró con sus «gomares» a Gibralfaro y juró que moriría luchando. Aconsejado por el astrólogo y bajo la bandera blanca, hizo una salida contra los campamentos de las Órdenes de Santiago y Alcántara. Sus moros lucharon con frenética desesperación. Y no huyeron hacia la ciudad hasta que su profeta fue derribado y la bandera desapareció en medio del polvo. En Málaga sólo hallaron las maldiciones proferidas por los familiares de los compañeros muertos.

Alí Dordux, un rico comerciante de Málaga, envió entonces algunos mensajeros para conocer las condiciones del rey. Éste no quiso recibirlos, pues estaba aún demasiado enojado a causa de la negativa a aceptar su propuesta anterior. «Dadlos al diablo», dijo. Y ordenó que sus cañones más grandes continuaran disparando contra las murallas[2].

Nada podía revestir mayor humildad que la siguiente misiva, procedente de aquella población extenuada. Comenzaba así:

«Alabado Dios Poderoso. Nuestros Señores Reyes, el Rey y la Reyna, mayores que todos los Reyes, e que todos los Príncipes, ensálcelos Dios; encomendándose en la grandeza de vuestro estado, e besando la tierra debajo de vuestros pies, vuestros servidores y esclavos los de Málaga grandes y pequeños... bien conocemos nuestro yerro y nos ponemos en vuestras

manos».

Fernando les contestó que, de haberse rendido la primera vez, les habría concedido términos bastante generosos; pero, puesto que le habían obligado a gastar tanta sangre y dinero, ahora deberían someterse a su justicia. Por lo que no hacía promesa alguna.

Málaga se rindió antes que acabar muriendo de inanición y Fernando e Isabel entraron en la ciudad conquistada el 18 de agosto, después de un asedio de tres meses y once días. Seiscientos prisioneros cristianos, liberados de las mazmorras, se postraron ante sus salvadores y «daban loores a Dios e lloraban con ellos con alegría; los quales salieron tan flacos y amarillos con la gran hambre que querían perecer todos»[3]. Muchos pertenecían a nobles familias cristianas. Algunos llevaban encerrados en las mazmorras diez, quince e incluso veinte años.

Alí Dordux, que se había encargado de las negociaciones en nombre de la ciudad, recibió el perdón real para él, su familia y las de 40 amigos más. Pero el resto de los malagueños encontraron la justicia del rey mucho más amarga. Todos los «gomares» del castillo fueron condenados a muerte, a excepción del caballero Ibraim Zenete, quien durante el ataque dirigido contra el campamento de la Orden de Santiago perdonó la vida a varios jóvenes cristianos «porque no tenían barba». Doce cristianos renegados fueron ejecutados haciendo uso de un método empleado por los moros: se les ató a unas estacas y allí sirvieron de blanco a unos cuantos jinetes que galopaban contra ellos provistos de unas cañas puntiagudas, hasta que las numerosas heridas infligidas les provocaban la muerte. Algunos moros convertidos al cristianismo que habían vuelto a practicar su antigua fe fueron quemados en la hoguera acusados de herejes relapsos. Los moros que se rindieron, confiados en la célebre misericordia de Isabel, quedaron profundamente desilusionados, pues sus súplicas ante el rey no encontraron más que inflexibles negativas. Había prometido darles una lección y lo haría. Dicha actitud serviría de ejemplo para Granada.

El rey solamente cedió en este punto: en lugar de hacer pasar a toda la población por la espada, decidió liberar a todos los habitantes que le pagaran treinta doblas de oro. Aceptaría como parte de dicho pago su oro, su plata y sus joyas; el resto debía sufragarse antes de ocho meses. Si en dicho plazo el dinero no se había abonado, todos serían considerados esclavos. Los moros se vieron obligados a aceptar sus condiciones. Cada familia cristiana recibió a uno de ellos, comprometiéndose a alimentarlo y mantenerlo en calidad de

sirviente. Pasados los ocho meses, 11.000 moros, incapaces de hacer frente al precio del rescate, fueron vendidos como esclavos.

Cuatrocientos cincuenta moros judíos, la mayoría mujeres, fueron rescatados por Abraham Señor, un judío millonario y jefe de los rabinos de Castilla, que había ayudado a Isabel y a Fernando concediéndoles una serie de préstamos siempre que los reyes tuvieron que recurrir al antiguo y odioso sistema de enajenar algunos impuestos; él, en compensación, inventó un eficaz sistema de tributación que hizo posible la financiación de aquella larga guerra.

Finalizada la campaña, los reyes se trasladaron a Zaragoza para asistir a la reunión de las Cortes aragonesas. Las victorias logradas aquel año habían reanimado el entusiasmo guerrero en toda España; y cuando, en la Casa de la Diputación situada a orillas del Ebro, se dirigieron a los representantes aragoneses, éstos les concedieron una gran suma para continuar la guerra, aclamaron al príncipe Don Juan, de nueve años de edad, como su futuro soberano, y se arrodillaron para prestar juramento de fidelidad ante el pálido y rubio muchacho, que contemplaba con grave benevolencia a la multitud que le ovacionaba. Quizá Isabel se acordaría entonces de su hermano Alfonso, el rey-niño de Ávila, cuyos restos reposaban desde hacía veinte años junto a los de su padre, en la Cartuja de Miraflores.

Desde Zaragoza los reyes se trasladaron a Valencia, donde el rey realizó algunas reformas en la administración de justicia. Luego recorrieron la costa oriental hasta llegar a Murcia, ciudad en la que se reunió el ejército para la campaña de 1488.

Fue una campaña desafortunada, y la culpa recayó en parte del lado de Fernando. Aprovechándose tal vez de la admiración de la reina y de su alegría por haber contemplado cómo su marido escapaba de la muerte, envió algunas tropas –de las que no le convenía prescindir– en ayuda del Duque de Bretaña, regente del joven Carlos VIII. Una rebelión contra la Corona francesa suponía la oportunidad, demasiado buena como para dejarla escapar, de intentar recobrar el Rosellón y la Cerdaña. La reina Isabel accedió a ello con bastantes reservas; y los resultados justificaron plenamente sus dudas. El 27 de julio de 1488 más de mil soldados españoles fueron asesinados o capturados tras la derrota de los rebeldes franceses en St. Aubin de Cornier.

Fernando no podía haber elegido peor momento para cometer semejante error. Pues fue precisamente en la primavera de aquel mismo año 1488 cuando la nueva ofensiva turca, cuya amenaza, esperada durante tanto tiempo

y tan cuidadosamente preparada, llenó de terror a la Cristiandad entera. Una flota turca compuesta de 55 galeras, todas ellas trirremes, salió del Helesponto el 16 de mayo; llevaba consigo enormes convoyes de transportes tirados por caballos, artillería pesada, municiones y un ejército de 100.000 hombres[4]. Su objetivo era el reino de Sicilia, propiedad de Fernando. Los espías del rey español en Constantinopla le informaron que los musulmanes tenían la intención de usar Sicilia como base a la cual transportar hombres, alimentos y municiones desde la costa bereber para conquistar Italia y lanzarse sobre Europa[5]. Pero antes debían conquistar la isla de Malta, a 58 millas de Sicilia y 180 de Africa. La seguridad de Europa dependía de la defensa de Sicilia, y la seguridad de Sicilia dependía de la defensa de Malta. Fernando envió cincuenta carabelas para reforzar su flota siciliana y ayudar a Pierre d'Abusson, el heroico Gran Maestre de los Caballeros de San Juan que en 1480 había dirigido la defensa de Rodas. Entretanto, las defensas de Sicilia, Malta y Gozzo eran ampliamente reforzadas; y Fernando dividió al enemigo mediante el envío de una flota que saqueara las ricas ciudades de la costa de Trípoli. El fracaso del ataque turco se debió a que la Cristiandad, gracias sobre todo a los esfuerzos del Papa Inocencio y del rey Fernando, se hallaba suficientemente preparada. El 14 de julio el Papa felicitó a Fernando por las victorias obtenidas en España, por las que –dijo– toda la Cristiandad y el mundo entero estaban en deuda con él; y el Santo Padre esperaba que continuara vigilante en la defensa de Sicilia, de la que tantas cosas importantes dependían[6].

La jugada francesa de Fernando, sin embargo, y el gran esfuerzo realizado en defensa de Sicilia, mermó sus reservas en la campaña de 1488 contra los moros. El 5 de junio salió de Murcia con tan sólo 19.000 hombres, entre los que se contaban 5.000 jinetes. Vera, Vélez el Rubio y Vélez el Blanco, todas ellas plazas pequeñas, se rindieron sin oponer resistencia y el rey marchó entonces hacia Almería, junto al mar. La ciudad se defendió con valentía. Fernando, carente de la fuerza necesaria para tomarla por sorpresa, se retiró con sus hombres hacia Baza, cuyas murallas eran poderosas y donde se encontraba El Zagal con una importante guarnición.

El rey, escarmentado, después de dejar una guardia fronteriza al mando de Luis Fernández Portocarrero, dispersó al resto de su ejército y se dirigió a la Cruz de Caravaca, en las colinas de Murcia, para hacer penitencia por sus pecados y pedir la victoria a Dios. Allí, en medio del polvo, se arrodilló ante el célebre santuario en el que tantos milagros se habían realizado y, como

David, inclinó la cabeza y se golpeó el pecho.

El Zagal no vio en la retirada de Fernando sino la confirmación de que a éste se le habían agotado tanto el dinero como las reservas de hombres y de que la reconquista cristiana no podía continuar, por lo que emprendió la ofensiva a lo largo de toda la frontera. Su caballería se abalanzó sobre las ciudades cristianas, les robó el ganado y pasó por la espada a hombres, mujeres y niños. Desde Almería, Tavernas y Purchena los sarracenos entraron a sangre y fuego en Murcia, en el Este; y en el frente occidental muchos de los que se habían sometido a Castilla regresaron a sus antiguas lealtades y comenzaron a asesinar cristianos.

El año además acabó entre inundaciones, tormentas y epidemias de peste, como si Dios y la naturaleza se hubieran vuelto contra el rey Fernando y contra su pueblo. A lo largo de toda la costa española se podían contemplar los restos de los naufragios; el viento hizo volar los tejados de las casas; por el suelo rodaron las piedras de algunas torres; el Guadalquivir rodeó a Sevilla con un furioso abrazo y sus aguas amarillentas azotaron los edificios más bajos, hasta el punto de que los habitantes de la ciudad temieron una destrucción total. Aquel año murió en Córdoba a causa de la peste más gente que en el fatídico 1481[7].

La reina Isabel pasó todo el invierno en ayuno y oración, recolectando dinero, reclutando tropas en distritos lejanos donde no se hubieran producido antes levas de importancia, comprando alimentos, armamento y municiones y discutiendo con el rey la estrategia de la campaña siguiente. En primavera habían reunido 13.000 caballos y 40.000 soldados de infantería. Isabel se trasladó a Jaén con el Cardenal y el príncipe Don Juan para estar cerca del campo de batalla; mientras tanto, Fernando avanzaba contra Baza, el más poderoso puesto fronterizo que le quedaba a Granada y llave de Guadix y Almería. Cuando Baza cayera, se abriría el camino para el ataque final contra la capital.

Baza era una ciudad tremendamente fuerte: había sido construida en una llanura protegida en retaguardia por fortalezas que se alzaban en los precipicios de una montaña y al frente por macizas murallas y torres; la flanqueaban unas cuantas villas fortificadas, separadas las unas de las otras mediante jardines y huertos. Su alcaide era Cid Hiaya, un astuto estratega. Gracias a las contribuciones de todas las ciudades de la llanura, su guarnición se hallaba aumentada en más de 20.000 hombres, cada uno de los cuales –según sus propias estimaciones– valía por cinco de los sitiadores cristianos.

Contaba con las provisiones y municiones necesarias para un asedio de 15 meses. Cuando Cid Hiaya vio cómo Fernando establecía su campamento en los jardines de las villas circundantes, envió a su caballería ligera para atacarle. Los cristianos, desconcertados en medio de aquel laberinto de árboles y canales de riego, lucharon durante doce horas en evidente desventaja; se produjo una enorme carnicería en ambos bandos, hasta que los moros, disputando cada centímetro de terreno, acabaron retirándose en la oscuridad.

Después de celebrar un consejo de guerra, el rey decidió abandonar tan peligrosa posición. Se trataba de una operación sumamente complicada, que consiguió llevar a cabo valiéndose de una estratagema. Mientras la retaguardia del campamento se retiraba, se dejaron levantadas a modo de camuflaje las tiendas más próximas a las murallas; y cuando, a la caída del sol, comenzaron a desmontarse, la mayoría de los cristianos ya se hallaba en marcha.

El nuevo campamento era más seguro, pero estaba demasiado alejado de la ciudad.

El rey convocó un nuevo consejo de guerra. El Marqués de Cádiz sugirió levantar el sitio, arrasar todo el territorio y esperar al año siguiente, en que Baza, una vez agotadas sus reservas, podría ser conquistada con menos pérdidas de vidas. Las comunicaciones eran difíciles, las raciones del ejército escasas; no había suficiente artillería y los soldados, aparte de las heridas infligidas en la batalla librada en los jardines, sufrían de fiebres.

El rey decidió retirarse y ordenó a sus generales que explicaran que lo hacía así para evitar a sus hombres mayores sufrimientos. La reacción que siguió a dicho anuncio fue extraordinaria: un sonido semejante al del viento sobre un campo de trigo se extendió por todo el ejército. Eran vítores lanzados no a causa de la alegría provocada por la decisión del rey, sino de gratitud hacia su consideración; y los cruzados gritaron: «¡Dejadnos combatir hasta conquistar la ciudad!».

El corazón de Fernando se llenó de emoción, pero, como continuara albergando ciertas dudas y escrúpulos, escribió a la reina a Jaén para pedirle consejo.

La respuesta de la reina fue típica de ella: Baza debía ser conquistada a toda costa. Otra retirada resultaría fatal para el ánimo de la gente y para el éxito definitivo. Si el rey y el ejército continuaban el asedio, ella, por su parte, y con la ayuda de Dios, se comprometía a suministrarles dinero,

alimento, municiones y hombres... todo cuanto fuera necesario hasta la caída de la ciudad. Isabel no tenía la menor idea de cómo cumplir su promesa, pero sabía que podría hacerlo. Lo más urgente era el dinero, así que empeñó su oro y su plata, toda la preciosa herencia de sus antepasados; y luego envió a Valencia y a Barcelona rápidos mensajeros con sus joyas para que las ofrecieran a varios prestamistas judíos: su collar de perlas, sus rubíes e incluso la rica corona de San Fernando.

El dinero así obtenido salvó la cruzada. El valle situado ante Baza se convirtió aquel invierno en un enorme mercado militar por el que deambulaban no sólo las tropas, sino caravanas enteras de mercaderes, herreros trabajando en sus fraguas, hábiles artesanos y expertos armeros toledanos que batían el acero, talabarteros y guarnicioneros de Córdoba, fabricantes de tiendas, médicos y enfermeras ocupándose de los heridos y enfermos en las tiendas del hospital, emisarios portadores de despachos procedentes de todas partes de Europa.

Bajo la dirección de la reina, seiscientos peones abrieron en la ladera de la montaña un nuevo camino que permitiera el paso a las bombardas, aún más pesadas, traídas de Venecia. De Inglaterra se importaron provisiones de trigo[8], pues aquel año la cosecha andaluza había sido escasa[9]. A lo largo de la sierra se estableció una gran línea de convoyes. Cuando las lluvias destrozaron la senda por la que las mulas transportaban las provisiones al campamento, la reina mandó abrir otra nueva, paralela a la primera; una vez reparada ésta, se inició un nuevo sistema de tráfico: las mulas se dirigían a Baza por una de las rutas trazadas y regresaban por la otra. Se ha estimado que circularon en una y otra dirección 14.000 bestias de carga.

Entre los extranjeros que aquel verano llegaron a Baza montando sus mulas se hallaban tres hombres vestidos con el hábito franciscano. Dos de ellos venían del Este: habían viajado desde Jerusalén para presentar ante los reyes una amenaza formulada por el Gran Turco Bayaceto II.

El tercero procedía de Occidente: su aspecto era solitario y misterioso; perdido en sus cavilaciones, no miraba ni a derecha ni a izquierda. Quizá la reina, en su traslado hacia el campamento en compañía de sus asistentes, pasó junto a él envolviéndolo en una gran nube de polvo. Y quizá él la contempló pasar con su entrecejo fruncido, mientras se apartaba a un lado del camino. Y si Isabel se hubiera fijado en él, probablemente se habría dado cuenta de que el sombrío y alargado rostro enmarcado por la tela de saco era el del aventurero Cristóbal Colón, el poeta de ojos grises que mencionara la

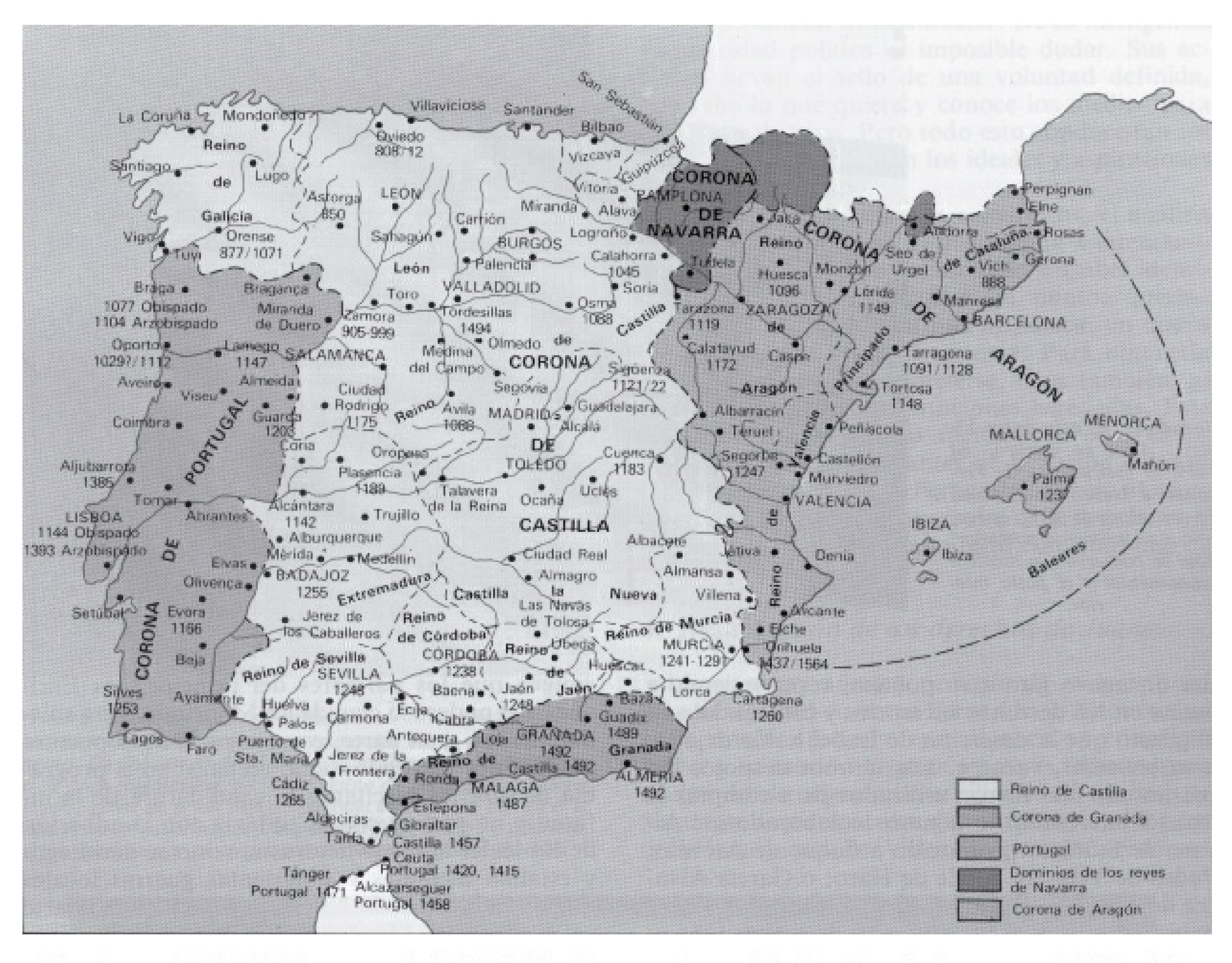
empresa de las islas occidentales y los palacios de Kubla Khan.

XXIII
LOS TRES FRAILES
EL REGRESO AL SUR
EL SITIO Y LA CAPITULACIÓN DE GRANADA

El empeño de las joyas de Isabel supuso un viraje decisivo para la cruzada, y la caída de Baza marcó el inicio de su tercera y última fase. La primera había sido una antigua guerra feudal compuesta de incursiones y continuas alarmas. La segunda, una guerra sistemática de asedios, al estilo moderno, contra el círculo de fortalezas que protegían Granada. La última iba a ser una guerra de desgaste, intentando agotar las reservas de la capital árabe antes del ataque final contra sus murallas.

Isabel, rodeada de la magnificencia acostumbrada, llegó al campamento un día de noviembre: una tormenta había arrasado parte importante de él dejando a las tropas agotadas y descorazonadas. Cuando se estaba acercando a la ciudad, hasta los moros se apiñaron en las almenas para contemplar a la poderosa soberana a cuya belleza y bondad ellos mismos rendían tributo en sus canciones, a pesar de temerla como a cualquier otro enemigo. Multitud de cabezas silenciosas y cubiertas con turbantes asomaron en las mezquitas y en las torres, mientras el rey daba la bienvenida a la reina y al Cardenal y los gritos de los cruzados se elevaban sobre el sonido de tambores y trompetas, retumbando contra las murallas de Baza.

Al día siguiente, Cid Hiaya, comprendiendo que la llegada de la reina no significaba sino la continuación del asedio con redoblados vigor e inteligencia –tal era su reputación entre el enemigo–, comenzó a gestionar las condiciones de paz; el 4 de diciembre, festividad de Santa Bárbara, Baza se rindió.



España en el siglo XV. Por cortesía de Ed. Rialp. *Historia General de España y América*, tomo V. Pág 478.

Entretanto los reyes recibían en audiencia a los tres hombres de capuchas pardas procedentes de Oriente y Occidente. Los dos que venían de Jerusalén eran frailes franciscanos enviados por el Sultán de Egipto para advertirles que, si no cesaban en su lucha contra los musulmanes españoles, él pasaría por la espada a todos los cristianos residentes en Palestina y destruiría sus iglesias y la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Isabel recibió a los frailes con gran amabilidad, les concedió un donativo de mil ducados para su convento y les mandó regresar con un precioso bordado, obra de sus propias manos, para que fuera expuesto en la iglesia del Santo Sepulcro. También les encargó que comunicaran al Sultán que enviaría en breve un embajador para tratar en mayor profundidad la cuestión planteada. De este modo intentaba ganar algún tiempo; y, en el momento oportuno, envió a Pedro Mártir para firmar un tratado con él.

El tercer hombre de parda capucha había acudido a solicitar de nuevo dos

o tres barcos en los que navegar hacia el Oeste en dirección a las Indias. Desde entonces, Colón apareció a menudo ataviado con el hábito franciscano, pues al igual que Dante y otros grandes hombres de la Edad Media, era miembro de la Orden Terciaria de San Francisco. Las decepciones y el ridículo sufrido desarrollaron en su naturaleza una fuerte vena mística y había estado haciendo penitencia por las relaciones que desembocaron en el nacimiento de su hijo natural Fernando, venido al mundo en Córdoba el año 1488. La sugerencia de que su única intención era la de impresionar a la piadosa reina supone una crítica a sus conocidas habilidades histriónicas; y, si de hecho estaba actuando, se puede decir que exageró su papel durante toda la vida. No existen dudas acerca de su convicción de ser un elegido por Dios para unir el mundo occidental con el oriental. Pero, por supuesto, Colón no sospechaba siquiera la existencia del continente americano; creía que desde Gibraltar hasta la fabulosa ciudad de Kinsai, en China, se extendía una gran masa de agua salpicada de islas.

La Junta reunida en 1486 por el prior del Prado, Fray Hernando de Talavera, para estudiar sus proyectos había informado en contra de ellos después de varias entrevistas y aplazamientos. De ahí que se hayan hecho caer sobre Talavera gran número de insultos injustificados. El propio Colón reconocería más tarde que había tenido en el prior a uno de sus primeros y más valiosos defensores. El resto de los miembros de la Junta eran «sabios e letrados e marineros». De acuerdo con el testimonio del Dr. Maldonado, el único cuyo nombre conocemos, todos de forma unánime consideraron impracticables las teorías del Almirante y aconsejaron al rey no tomarlas en cuenta, al menos mientras durara la guerra contra los moros. Pero es el mismo Colón quien merece más de un reproche por los resultados de este informe. Gracias a su hijo y biógrafo, Hernando Colón, sabemos que no les explicó el proyecto en su totalidad por temor a que le robaran sus ideas para usar secretamente de ellas, como pensaba que habían hecho los portugueses. Así pues, los encargados del asunto no contaban con todos los datos necesarios, y su falta de sinceridad debió de producir en ellos una impresión negativa.

A pesar de todo, los reyes no tenían ninguna intención de perder de vista a aquel experto navegante de marcada personalidad y le confiaron su propósito de reconsiderar el asunto tan pronto como terminara la guerra. Mientras tanto, le concedían una pensión mensual de unos 3.000 maravedíes. No se trataba precisamente de una suma cuantiosa[1], pero sí suficiente para

permitirle vivir sin necesidad de trabajar. Y la generosidad de Isabel con respecto a un excéntrico extranjero cualquiera, de cuya utilidad no estaba completamente convencida, puede quizá determinarse teniendo en cuenta que Antonio de Nebrija, un célebre gramático contemporáneo de Colón y profesor de la Universidad de Alcalá, percibía como salario mensual tan sólo 3.333 maravedíes. Cuando en 1489 la escasez de fondos sufrida por la reina le impidió continuar sufragando a Colón la mencionada pensión, ordenó a todos los posaderos que les proporcionaran a él y a sus dos hijos alimento y ropas. Pero Colón era impaciente. Como cualquier hombre dominado por una única idea, consideraba que todo lo demás era de importancia secundaria o menor. La veracidad de sus quejas posteriores manifestando que durante siete años –de 1485 a 1492– no recibió ayuda más que de Fray Antonio de Marchena (en otra ocasión se refiere a «dos frailes que siempre fueron constantes») y que solamente sufrió el rechazo y las burlas de todo el mundo, debe ser valorada a la luz de los hechos: dos años de su vida los pasó en el lujoso palacio del Duque de Medinaceli y a expensas de éste; durante los tres años siguientes recibió una pensión equivalente al salario cobrado por uno de los más famosos profesores universitarios de la época; y, de ahí en adelante, todos sus gastos corrieron a cargo de los propietarios de las posadas. Disfrutó siempre por parte de los reyes, del Cardenal y de muchos de los personajes más importantes de España del trato amable y alentador que podía esperarse de la aristocracia de una nación civilizada. Y, considerando que Castilla se encontraba en medio de una lucha a vida o muerte que duraba ya diez años, y que apenas se había recuperado de la anarquía del reinado de Enrique IV, el recibimiento que se le dispensó puede incluso calificarse de notable.

Colón, dotado de magníficas cualidades como eran su fuerza de voluntad y su resistencia al sufrimiento, adolecía de los defectos correspondientes a ambas virtudes: era incapaz de comprender o tolerar cualquier oposición. Su sensibilidad a las críticas llegó a convertirse en auténtica manía persecutoria. Durante toda su vida siempre hubo alguien a quien achacar la causa de sus desgracias (en vez de responsabilizarse él mismo de ellas) acusándolo de envidioso o ingrato. En una nota al margen del ejemplar que poseía de la *Imago mundi*, de Pierre d'Ailly, atribuye al «judío Josefo» –el físico y astrólogo Dr. Vecinho– el rechazo sufrido por parte del rey Don Juan de Portugal, quien envió al sabio a Guinea para medir la altura del sol con el fin de comprobar las teorías de Colón; y «Josefo» informó de modo adverso. En Castilla, donde todo el mundo le honraba, él consideraba que «todos» estaban

contra él. Pero inmediatamente después de que la Junta de Córdoba aconsejara a los monarcas que no se iniciase el viaje, Colón recibió una cálida invitación de los dominicos de la Universidad de Salamanca para que los visitara en calidad de huésped y poder discutir sus planes. Esta muestra de amabilidad se debió principalmente a Fray Diego de Deza, antiguo confesor de la reina y tutor del príncipe Don Juan; en aquella época, y gracias a la opinión que el rey tenía de su vida de piedad y de sus conocimientos, Fray Diego era obispo de Salamanca y profesor de teología en la Universidad.

Estudiantes de toda Europa acudían a aprender bajo la dirección de hombres como Deza y Nebrija. Todos los nobles de España enviaban a sus hijos; y a los pobres, si valían para ello, se les enseñaba de forma gratuita. La Universidad contaba con un número de alumnos mayor que el de Oxford o Cambridge hoy en día; en 1488 recibió a más de seis mil estudiantes. Y fue allí, como huésped del colegio dominico de San Esteban, donde Colón pasó varios meses manteniendo una serie de conversaciones informales con los monjes profesores de cosmografía y de otras ciencias. El famoso «consejo de Salamanca»[2], en el que muchos historiadores excesivamente sentimentales han imaginado a Colón como el hombre de ciencia que, lleno de desdén, se encargó de refutar los errores de monjes ignorantes y fanáticos que le acusaban de loco, no es más que un mito. No hubo tal «consejo de Salamanca». Se celebraron algunas conferencias en las que parece que fue Colón, y no los monjes, quien, en el transcurso de una discusión científica, y respondiendo a las cuestiones, mucho más prácticas, planteadas por los dominicos, citó a los Padres de la Iglesia. Sus referencias a las profecías de Isaías y el convencimiento de que Dios le había encargado directamente la misión de «abrir las puertas de los mares orientales» fueron probablemente recibidas por los corteses, pero escépticos movimientos de cejas que los sacerdotes católicos suelen dedicar a los relatos de visiones milagrosas y revelaciones divinas de los místicos no reconocidos; y con ello quizá, en lugar de ayudarle, le hicieron daño. Pero, en conjunto, la impresión producida por Colón fue favorable. Desde entonces los dominicos se pusieron del lado de sus defensores y el Obispo Diego de Deza nunca dejó de interceder por él ante los reyes.

Fue a consecuencia de los informes de Deza, y después de ciertas conferencias de los astrónomos y matemáticos dominicos celebradas en la granja de Valcuebo, propiedad del colegio de San Esteban, por lo que los reyes ordenaron que se reabriera el caso y el pago de un estipendio periódico

al inspirado aventurero.

Isabel debió de simpatizar con un hombre que, como ella, se negaba a desviarse del camino elegido y que no pagaba tributo a lo imposible. Lo que de poeta y artista había en ella –o quizá el hecho de ser mujer– la hicieron presentir de modo instintivo el destino de aquel soñador tan dado a las imágenes. Donde Fernando, el calculador hombre de negocios, no detectaba más que inconsecuencias y pequeñas contradicciones, la mente más intuitiva de Isabel se centraba en el hecho de que un hombre inteligente estuviera dispuesto a arriesgar su vida para desvelar un gran misterio que se hallaba más allá de los límites de los conocimientos contemporáneos. Pero, por el momento, teniendo en cuenta el propósito de bloquear Granada, no estaba dispuesta a alentar los sueños de nadie, aunque fueran muy hermosos, apartándose de su proyecto de una España unida y en orden. Así que nuevamente se veía obligada a darle largas; aunque, eso sí, con palabras amables y una sonrisa esperanzadora. Colón se echó el hábito color pardo sobre su cuerpo robusto y, en silencio, se marchó de Baza. Lo ocurrido en los dos años siguientes continúa siendo un misterio.

El ejército salió de Baza el 7 de diciembre para atacar Almería, en la costa sur. El rey mandaba el grueso de los hombres e Isabel le seguiría en retaguardia.

El invierno ya había llegado a las ásperas montañas cuando la reina emprendió un peligroso viaje a través de la zona más desolada y salvaje de la sierra. Rodeada de atrevidos caballeros embozados en sus capas, cabalgó por cumbres heladas y cubiertas de nubes y descendió hasta valles donde el sol no llegaba jamás. La conquista de Baza le había costado 20.000 vidas –17.000 de ellos murieron a causa de distintas enfermedades–. Algunos cientos más fallecieron en la marcha hacia el Mediterráneo, congelados durante aquellas crudas noches.

Almería se rindió sin necesidad de ponerle sitio. El Zagal, muy envejecido, salió a recibir a los monarcas cristianos. Cuando se arrodilló ante Fernando, éste le obligó a levantarse y lo abrazó. «Su aspecto hizo que mi alma se compadeciera de él», escribió Pedro Mártir, «porque, a pesar de ser un bárbaro sin ley, era también un Rey que había dado pruebas de heroísmo». A cambio de su lealtad, Fernando le concedió una importante suma de dinero, el título nominal de rey, el valle de Alhaurín y la mitad de las salinas de Maleha.

Los reyes pasaron las Navidades alegremente en las playas de Almería,

rodeadas de salinas; por las tardes se dedicaban a la caza del jabalí en los bosques cercanos.

Por primera vez desde que se iniciara la guerra, Isabel estaba convencida de que la victoria era ya una realidad. A principios de 1489 el esfuerzo realizado había bajado la moral de los españoles y «se murmuraba en contra del Rey». Pero la caída de Baza y Almería transformó las quejas en enorme regocijo. Ahora no quedaba sino marchar contra las murallas de Granada y derribarlas.

Y eso era lo que Fernando e Isabel estaban dispuestos a hacer; pero, tras discutir las distintas posibilidades que se les ofrecían con el Cardenal, el Marqués y otros consejeros más, llegaron a la conclusión de que el coste en vidas sería menor si en 1490 cortaban los suministros de Granada; así, en 1491 lograrían la victoria sin derramamiento de sangre. Era inútil pedir a Boabdil que se rindiera mientras contara con una importante ciudad fortificada y repleta de hombres y provisiones; e incluso en el caso de que estuviera dispuesto a reconocer a los soberanos de Castilla, sus subordinados no se lo permitirían, pues conservaban la esperanza de conseguir refuerzos procedentes de África. No obstante, el rey llevó a cabo la formalidad de solicitar la entrega de Granada, recordando a Boabdil que, después de haber sido capturado en Lucena, prometió rendir la capital si los cristianos tomaban Baza, Almería y Guadix. La negativa de Boabdil proporcionó a Fernando la oportunidad de denunciarle como pusilánime y traidor, infiel a su señor y, por lo tanto, indigno de misericordia y consideración.

A Isabel no le causó ninguna lástima abandonar asedios y campamentos para dedicarse a la pacífica empresa de concertar los matrimonios de sus hijos. Comprometida por sus padres a la edad de seis años, a la reina le parecía completamente natural que la felicidad de quienes habían nacido junto a las gradas de un trono se debiera subordinar al bien común. Probablemente, ni a ella ni a su esposo se les ocurrió jamás plantearse la legitimidad de utilizar a sus hijos como instrumentos para limitar el poder de Francia y fortalecer el de los españoles. Buscaban en el Este una alianza con Maximiliano, rey de los romanos, negociando el doble matrimonio del príncipe Juan y la princesa Juana con los hijos del emperador, Margarita y Felipe el Hermoso. En marzo de 1849, y para reforzar el tratado firmado con Inglaterra en contra de Francia, accedieron a entregar en matrimonio a su hija pequeña, Catalina, al príncipe Arturo de Gales cuando ambos tuvieran edad suficiente.

Una vez ratificado el tratado con Enrique VII, se celebraron en Medina del Campo grandes justas y varias corridas de toros. Roger Machado, rey de armas de Richmond, que acompañaba a los embajadores ingleses, escribiría más tarde: «Se habla mucho de los honores que en Inglaterra se tributan a los embajadores, pero seguramente no son nada al lado de los que se demuestran en el reino de Castilla». El enviado inglés, el Dr. Saloage, pronunció un largo discurso en latín, al que contestó el obispo de Ciudad Rodrigo; pero «el buen Obispo era ya anciano y no tenía un solo diente, por lo que sólo se le podía entender con dificultad»[3]. Machado describe minuciosamente a los reyes españoles. Fernando vestía «un rico traje de paño de oro, bordado enteramente en oro y ribeteado con una costosa orla de cibellina». Isabel llevaba «un rico vestido de idéntico paño de oro... y sobre éste una capa de terciopelo negro con grandes calados que dejaban ver la tela de oro de su vestido». Además, «cruzando su lado izquierdo» lucía «una capa corta de fina seda forrada de armiño, muy hermosa y brillante». Sus joyas –esto sucedía antes de que las empeñara para sufragar el sitio de Baza– eran magníficas; el collar, de oro y con rosas de pedrería; la cinta de su pecho, adornada con diamantes, rubíes y perlas. Y la bolsa de su ceñidor de cuero blanco, escribe el observador Machado, tenía «un gran rubí balasto del tamaño de un pelota de tenis entre cinco ricos diamantes y otras piedras preciosas grandes como habichuelas». Machado calcula que el atavío de la reina no debió costar menos de 200.000 coronas de oro. En 1490 los diamantes y rubíes estaban en poder de varios prestamistas de Valencia y Barcelona. Pero previamente habían servido para deslumbrar a los embajadores del monarca inglés, de modo que el tacaño Enrique VII ofreciera la mejor dote posible a Catalina, de quien ya se hablaba en España como «la princesa de Gales». Machado la describe, en brazos de Isabel y contemplando el torneo, como una niña de singular belleza.

Para arreglar el matrimonio de Catalina y conseguir una alianza favorable, Isabel y Fernando enviaron a Inglaterra a un doctor en Derecho civil y canónico, el Dr. Rodrigo Gondesalvi de Puebla, quien había ejercido como magistrado en Ecija; era un hombre cojo, parsimonioso, astuto, increíblemente presumido y bastante poco honrado; probablemente contaba con antepasados judíos, pues más tarde su hija fue arrestada por la Inquisición. Enrique VII lo recibió con todos los honores, lo colmó de lisonjas y se ganó su amistad. Puebla informó de que, estando invitado a la mesa del rey, fue testigo de cómo a la reina Isabel de York la atendían 32

damas de belleza angelical. Y, después de contemplar el sueño del pequeño príncipe Arturo, escribió que este era «grueso y rubio, aunque pequeño para su edad» (el niño tenía 20 meses). Aquel mismo año el bueno del doctor intentó concertar el matrimonio entre el caballeroso Jaime de Escocia y la hija ilegítima del rey Fernando, Juana. Sabedor de que Don Jaime no consentiría en casarse con una bastarda, Puebla le dijo que Juana era hija de un matrimonio morganático contraído por Fernando en secreto antes de hacerlo con Isabel. A Don Jaime no le pareció del todo mal la propuesta y cuando el Doctor, orgulloso de su habilidad, escribió a Fernando contándole lo que había hecho, no obtuvo más que una desdeñosa reprimenda. Era una mentira absurda, le dijo el rey, que no tardaría en ser descubierta.

En 1486 los soberanos habían ofrecido en matrimonio a la princesa Isabel, una graciosa jovencita de 19 años, rubia y de tez parecida a la de su madre, al joven Carlos VIII; pero la regente Ana de Bealieu, quien, como un medio para completar la unidad de Francia, planeaba su boda con Ana de Bretaña, no respondió al ofrecimiento. Al año siguiente los monarcas españoles reanudaron las negociaciones, ofreciendo a Ana una prórroga en la regencia y 400.000 coronas a cambio de su consentimiento. Ante la nueva negativa de Ana, Isabel y Fernando volvieron sus ojos a Portugal. El rey había visto en el matrimonio con un francés la ocasión de recuperar el Rosellón y la Cerdaña; pero la reina, fiel desde un principio a la tradición de Castilla, deseaba un acuerdo con Portugal. Y lo acabó consiguiendo con la ayuda de su tía Doña Beatriz y del partido castellano de Lisboa. En abril de 1490, antes del inicio de la campaña de primavera, la infanta se casó por poderes con Don Alfonso, heredero al trono de Portugal. Así pues, por primera vez desde hacía más de un cuarto de siglo, la reina Isabel se veía libre del temor de una nueva reaparición de La Beltraneja, que había abandonado el convento y vivía con todo lujo en la Corte de Lisboa, donde los portugueses continuaban defendiendo su legitimidad.

Toda la caballería de España se reunió en Sevilla para asistir a la boda y a los fastuosos festejos que se sucedieron. La ceremonia fue celebrada el 18 de abril, Domingo de Pascua, por el Cardenal Mendoza; el príncipe Don Alfonso estaba representado por Don Fernando de Silveira. La princesa iba acompañada de setenta damas de honor y un centenar de pajes. Las justas y torneos tuvieron lugar en un campo situado a orillas del Guadalquivir, resguardado del sol por enormes toldos de seda que lucían bordadas las divisas heráldicas y rodeado de galerías, confeccionadas con brocados de

seda y paños de oro, desde donde la reina, las princesas y las grandes damas españolas contemplaban los festejos. El rey rompió varias lanzas; su habilidad como jinete y su esbelta figura despertaron la admiración general. También salieron a la palestra el Marqués de Cádiz y el Duque de Medina Sidonia. Y todos los días se celebraban justas. Por las noches se acompañaba a las damas, montadas sobre mulas, desde las salas del banquete hasta sus domicilios, iluminándoles el camino; «y la dama que menos servicio, traía ocho o nueve antorchas»[4]. Una vez más era Sevilla la ciudad del amor y de la juventud. En los patios, llenos de rosas, y en las calles resonaban las voces y los instrumentos musicales; y las antorchas colocadas junto al río parecían miles de mariposas de luz[5]. Las fiestas concluyeron el 3 de mayo, día de la Santa Cruz.

Aquel mismo año, el 11 de noviembre, la princesa se trasladó a Portugal acompañada del Cardenal Mendoza y de un espléndido cortejo[6]. El matrimonio se celebró el 22 de noviembre en medio de una magnificencia aún mayor si cabe que la de Sevilla. Seis meses antes del acontecimiento, la Corte portuguesa había hecho venir numerosos artistas procedentes de Francia, Flandes e Inglaterra con el fin de preparar torneos y justas. La princesa despertó la admiración general; y la riqueza de sus trajes y joyas, cuyo valor los rumores cortesanos estimaban en unos 12.000 florines, convencieron a todos los observadores, tal y como Isabel pretendía, de la grandeza de la Corte castellana. Y, para colmo de bienes, la princesa, al igual que la reina Isabel y que todos sus hijos, fue dichosa en su matrimonio.

La reina de Castilla era feliz. Isabel quería mucho a sus hijas, pero sentía una especial predilección por el príncipe Juan. Éste poseía una hermosa cabellera rubia que le caía sobre los hombros, un rostro atractivo y unos ojos azules y pensativos; como estuvo delicado desde su nacimiento, tenía las piernas bastante delgadas. La reina le llamaba «mi ángel» y consideraba que, después de Dios, era por él por quien había pasado tantos sacrificios y trabajos: por él había ganado la guerra contra Portugal; hecho colgar a ladrones y asesinos; quemado herejes y entrado a sangre y fuego en las ciudades de Granada. Y deseaba para él precisamente la clase de educación que un buen rey debiera recibir.

El príncipe era un gran amante de la música y, aunque su débil voz de tenor resultaba bastante mediocre, le entusiasmaba cantar. El maestro de capilla solía hacerse acompañar a palacio de cinco muchachos dotados de buena voz para que cantaran con él. El príncipe tocaba con cierto arte el

órgano, el clavicordio y la flauta. La reina Isabel, para evitar que su hijo padeciera el mismo aislamiento que sufría Carlos VIII de Francia –pésimamente instruido–, eligió cuidadosamente como compañeros del príncipe a diez jóvenes, cinco de su misma edad y cinco mayores que él, que recibían en palacio el mismo trato que su hijo y competían con él en toda clase de juegos y deportes. Al observar que Juan sentía cierta inclinación hacia el ahorro, le incitó a ser generoso y magnánimo, recomendándole no abrir la mano a cortesanos, aprovechados y aduladores, pero sí a los súbditos leales y a los necesitados. En ocasiones su estado de salud le impedía llevar a cabo el riguroso entrenamiento en las artes marciales que todo rey estaba obligado a realizar, y recibía frecuentes cuidados por parte de los médicos. No obstante, aprendió a montar perfectamente, a cazar y a combatir en justas. Cuando su hermana Isabel contrajo matrimonio, él tenía doce años. Era capaz de manejar la espada tan bien como cualquiera de los restantes muchachos de palacio que contaban con su misma edad y, como todo buen caballero, dormía con su arma bajo la almohada.

Aquel año su padre le instó por primera vez a pisar el campo de batalla; y cuando el rey salió de Sevilla, cabalgando a la cabeza de la caballería y de sus hombres de armas, junto a él se pudo ver al príncipe, orgullosamente erguido dentro de su pequeña cota de malla.

Los cruzados –5.000 jinetes y 20.000 soldados de infantería– atravesaron los fértiles campos y los floridos huertos de los moros, incendiando y arrasando todo cuanto pudiera proporcionar al enemigo provisiones o alimento, hasta que a sus ojos se ofrecieron las rojas torres de Granada. Y allí, junto al gran canal moro y a las murallas, el rey armó caballero a Don Juan, Príncipe de Asturias. Sus padrinos fueron el Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Cádiz; y el príncipe, a su vez, armó caballeros a varios jóvenes más pertenecientes a nobles familias tocándoles en el hombro con su espada toledana.

Luego los cruzados reanudaron su asoladora marcha sobre la vega. Mientras volvían a Córdoba cargados con su botín, Boabdil, acompañado de un gran ejército, se dirigía rápidamente al puerto cristiano de Sobrena. Fernando salió inmediatamente de Córdoba en su persecución y Boabdil emprendió la retirada.

Los cristianos efectuaron una segunda expedición sobre la vega, destruyendo todo lo que había quedado a salvo de su anterior razzia. El Zagal, que era tan impopular en su reducido reino como lo fuera en Granada,

vendió a los conquistadores los castillos que le quedaban y cruzó el estrecho. El rey de Fez mandó apresarlo y castigarlo dejándole ciego.

Ahora tan sólo quedaba un enemigo en Granada; y Fernando e Isabel decidieron acabar la guerra en 1490. Nada excepto la falta de dinero –al menos aparentemente– podía impedir el éxito. Y resolvieron en parte el problema gravando a todos los judíos de sus reinos con un impuesto de guerra.

A medida que se acercaba la fecha señalada, toda Europa comenzó a involucrarse en la lucha y los voluntarios acudían de numerosos países para morir en ella. El 11 de abril de 1491 un numeroso ejército compuesto por 50.000 hombres salía de Córdoba para emprender la campaña final.

La reina se quedó con las infantas en Alcalá la Real. Mientras tanto, el rey y el Príncipe de Asturias se internaron con su ejército en la vega; enviaron a las Alpujarras varios destacamentos, que destruyeron nueve villas y reunieron un buen número de provisiones; y el día 26 se detuvieron en Ojos de Huéscar, a unas cuatro millas de Granada, donde comenzaron a montar un gran campamento de forma cuadrangular. En cuanto hubieron afirmado sus posiciones, la reina acudió a inspeccionar el lugar en compañía de las princesas; el Marqués de Cádiz –ahora Marqués-Duque– las recibió con grandes honores. La larga enfermedad que padeciera aquel invierno le había dejado las mejillas hundidas y la barba, de un fiero color rojizo doce años antes, cuando la reina le conoció, se estaba volviendo gris. Pero el Marqués la saludó con la misma solemnidad de siempre y le rogó que aceptara alojarse en su tienda, construida especialmente para aquella guerra santa: era la más elegante y sólida de todo el campamento, «e allí en aquella tienda del Duque de Cádiz, fue la Reyna Doña Isabel muy bien aposentada»[7]. Las princesas se acomodaron en otras tiendas, también propiedad del Duque.

Una noche de julio –el jueves 14, según cuenta Bernáldez con detalle–, la reina, que no lograba conciliar el sueño a causa del parpadeo de una de las velas de su suntuoso alojamiento, pidió a cierta dama que se llevara la luz a la tienda de al lado. Una vez cumplida la orden, Isabel se durmió. El campamento se hallaba en absoluto silencio, a no ser por los pasos de los centinelas y oficiales haciendo sus rondas. De pronto cambió el viento y la llama de la vela comenzó a golpear contra la tienda de seda. El fuego se extendió por toda la pared, de allí a otra tienda, y a otra, y a otra... En tan sólo unos momentos, alentado por un viento creciente, se produjo un terrible incendio que devoraba pabellones y tiendas de seda y brocados. Comenzaron

a oírse los gemidos de las mujeres y los gritos de los soldados. «¡Fuego!», «¡Traición!», «¡Los moros! ¡Los moros!», «¡Salvad a la Reina!». Un murmullo de asombro recorrió Granada, al tiempo que los moros subían a las murallas y contemplaban atónitos la columna de fuego y humo que se levantaba en medio de la vega.

La reina Isabel, alertada por los gritos y el olor a humo, entró corriendo en la tienda contigua para despertar al rey, que continuaba durmiendo plácidamente. Juntos rescataron al príncipe y a las infantas, quienes descansaban cerca de allí. Luego montaron sus caballos y recorrieron el campamento en llamas tratando de apaciguar el pánico de las tropas. Por entonces las barracas de madera que separaban las tiendas de la ciudad de Granada fueron también víctimas de las llamas y comenzaron a arder en medio del seco ambiente veraniego. Todo el campamento se vio pronto reducido a cenizas[8].

Su principal temor era el de que los moros hubieran provocado el incendio y estuvieran preparando un ataque por sorpresa. Pero, en previsión de aquella posibilidad, el Marqués de Cádiz colocó tres mil hombres en la llanura y los hizo aguardar allí hasta el amanecer. Si los moros pensaron en aprovechar la oportunidad, no pudieron hacerlo.

Al día siguiente, en cuanto se supo que todo el guardarropa de la reina Isabel había quedado destrozado, Gonzalo de Córdoba le envió el de su esposa. A sus cuarenta años, el Príncipe de la Juventud se había convertido en un valiente veterano, casto, magnánimo con los pobres y desvalidos y temido por sus enemigos; y el favor con que la reina lo distinguía iba a hacer de él el Gran Capitán de que habla la Historia.

«Vuestra casa», le dijo la reina dándole las gracias, «ha perdido más en este desastre que la mía».

«Señora», le contestó Don Gonzalo, «no es un desastre lo que nos proporciona a mí y a mi esposa el privilegio de servir a Vuestra Alteza».

El rey Fernando ordenó atacar las murallas de Granada con el fin de levantar la moral de su ejército y para evitar una excesiva euforia por parte de los moros al contemplar los restos carbonizados del campamento. La reacción de Isabel fue la típica en ella. «Dios ha permitido que esto suceda para probar nuestra fe», dijo. «Si permanecemos firmes Él nos dará la victoria». Y ordenó que el ejército se pusiera a montar de nuevo el campamento, esta vez de piedra y no de sedas ni brocados. Cavaron los cimientos, transportaron piedras de las colinas cercanas y día a día los árabes contemplaron, cada vez

más asombrados, los avances de la edificación. Todo el ejército, que comprendía 80.000 hombres gracias a las nuevas levas, participaba en las obras. Al cabo de tres meses, como si de un milagro se tratara, en medio de la llanura se alzaba una auténtica ciudad con sus torres, almenas y murallas. Las dos calles principales, construidas en forma de una gigantesca cruz, se extendían de Norte a Sur y de Este a Oeste con sus puertas correspondientes; en el centro se construyó una plaza lo suficientemente grande para albergar a todo el ejército. Y en la torre más alta se instaló la cruz de plata de la cruzada junto con las banderas de Santiago, Castilla y Aragón. «Llamemos a la ciudad Isabel en honor de la reina», propusieron soldados y caballeros. Pero ella misma insistió en bautizarla con el nombre de Santa Fe.

El rey había prohibido las arriesgadas escaramuzas en las que los moros, cuyas armas eran mucho más ligeras, solían llevar la ventaja. Pero cuando las tropas de caballería de los sarracenos fracasaron en su intento de provocar el ataque enemigo, comenzaron a cabalgar de uno en uno hasta las proximidades del campamento cristiano retando a los soldados a un combate cuerpo a cuerpo. Al principio los cristianos aceptaban; pero Fernando perdió de este modo algunos de sus mejores hombres y prohibió cualquier tipo de duelo. «Únicamente el hambre nos entregará la ciudad», comentó Isabel con el embajador francés.

Había en Granada un caballero llamado Tarfe, de estatura gigantesca e increíblemente fuerte y valeroso. Cierto día llegó cabalgando hasta los mismos límites del campamento cristiano y, alzándose sobre los estribos, lanzó una jabalina contra el cuartel real. El proyectil se quedó clavado en el suelo, oscilando a pocos pasos de la tienda de la reina. Llevaba una nota insultante: «Para la reina de Castilla».

Hernando Pérez del Pulgar –no el secretario de Isabel, sino otro conocido con el sobrenombre de «el de las Hazañas»– juró vengarse. Aquella noche, acompañado por quince hombres cuidadosamente elegidos, se acercó a caballo hasta una pequeña puerta de Granada custodiada por unos pocos guardias de a pie. Mientras sus compañeros los estrangulaban, Hernando se deslizó por las calles de la silenciosa ciudad, desmontó junto a la mezquita principal, se arrodilló para rezar y dedicar el templo a la Santísima Virgen y con la daga clavó un cartel en la puerta con las palabras «Ave María».

Luego huyó hacia la puerta por la que había entrado: la calle estaba llena de soldados moros que luchaban contra sus compañeros. Hernando derribó a unos cuantos, mató a otros pocos, logró abrirse paso hasta la puerta y se

reunió con sus amigos. Regresaron todos juntos a Santa Fe sin haber perdido un solo hombre.

Un sábado del mes de agosto la reina manifestó su deseo de contemplar Granada y el campamento desde un lugar elevado. El Marqués de Cádiz le proporcionó una escolta para mantenerla alejada de cualquier peligro. Un espléndido cortejo de caballeros abandonó el campamento acompañando a Sus Majestades, al príncipe y a las tres princesas, para dirigirse a Zubia, una aldea situada en la falda de la montaña desde la que se divisaba una hermosa vista. El Marqués de Villena y Don Alonso de Aguilar dispusieron a sus hombres en la ladera, sobre Zubia, mientras el Marqués de Cádiz formaba al ejército para el combate en la llanura. De este modo, la reina y sus hijos estaban prácticamente rodeados por un anillo de acero. Entraron en una casa de la villa y desde la terraza se deleitaron con la vista de las rojas torres, los techos de tejas de la Alhambra y las macizas murallas, tan extensas que ni un ejército entero sería capaz de rodearlas.

Los moros, sin embargo, pensaron que los cristianos les estaban presentando batalla; y como en las acciones de caballería solían superar al enemigo en velocidad, salieron en gran número a las órdenes del valiente Muza. La reina Isabel, temiendo que su curiosidad acarreara la muerte a los soldados cristianos, ordenó al Marqués de Cádiz no atacar ni aceptar duelo alguno. Los moros se acercaron y lanzaron algunas flechas contra las líneas cristianas. Varios se aproximaron lo suficiente para arrojar sus lanzas. Pero el ejército español continuó inmóvil y en silencio. Entonces los moros estallaron en carcajadas y comenzaron a mofarse de ellos.

Un gigante montado sobre un fogoso caballo negro se adelantó en solitario con la visera calada y una cimitarra de acero de Damasco en el costado; en la punta de la lanza flotaba su divisa. Era el coloso Tarfe, el mismo que insultara a la reina lanzando una jabalina contra su tienda. Un murmullo de enojo recorrió las filas cristianas; y el murmullo se convirtió en grito de rabia al observar que, atado a la cola de su caballo y arrastrado por el polvo, se hallaba el mismo cartel con la inscripción «Ave María» que Pulgar dejara clavado en la puerta de la mezquita.

Aquello era más de lo que los cristianos podían soportar. Un joven castellano llamado Garcilaso de la Vega se dirigió a Zubia al galope, cayó de rodillas a los pies del rey Fernando y le pidió permiso para vengar aquel insulto contra Nuestra Señora. El rey se lo concedió. Garcilaso volvió a montar su caballo, se caló la visera, empuñó la lanza y se dirigió a la llanura:

el galope de su montura hacía subir y bajar las cuatro plumas negras de su penacho. Tarfe lo vio acercarse y se dispuso a recibirle. Ambos se enfrentaron con un golpe tan fuerte que pudo oírse desde la ladera de la montaña. La reina, aterrada y sin aliento, se puso a rezar por su paladín.

El enorme peso del moro había empujado a Garcilaso hacia atrás, sacándolo casi de la silla; pero el joven consiguió recuperar el equilibrio y desenvainó su espada, mientras la cimitarra de Tarfe dibujaba un arco brillante a la luz del sol. Se acercaron una y otra vez: las espadas se alzaban y volvían a caer y ambos sufrieron numerosas heridas. Garcilaso, abrumado por el poderío del moro y por el peso de su propia armadura, parecía cada vez más cansado. Tarfe, consciente de su agotamiento, se levantó de repente y sus brazos de gorila arrojaron al otro de su silla. Los dos cayeron al suelo mientras sus monturas huían al galope. La reina Isabel vio al sarraceno poner su rodilla sobre el pecho de su paladín y alzar la daga para clavarla en la garganta del vencido. Un grito de desesperación se extendió por todo el ejército cristiano. Horrorizados y fascinados a un tiempo, observaron cómo el moro caía de espaldas en el suelo. Garcilaso se levantó lentamente y se quedó mirando a su enemigo. Estaba muerto. El joven había conservado en la mano su espada rota y, cuando Tarfe alzó el brazo, se la hundió en el corazón.

Montó en su caballo y regresó al galope con el «Ave María» izado en triunfo en la punta de su espada[9]. El ejército estalló en vítores.

Entonces Muza ordenó a sus hombres el ataque contra los cristianos que aguardaban al pie de la aldea. El Marqués de Cádiz, quien dadas las circunstancias se consideró libre para desobedecer los deseos de la reina, dio orden de defenderse. A los gritos de «¡Santiago! ¡Castilla!», la caballería cristiana se lanzó al ataque. La reina y las princesas se postraron de rodillas y comenzaron a rezar en voz alta. Después de un duro combate, los moros se dispersaron y huyeron hacia Granada, perseguidos por el enemigo hasta las mismas puertas de la ciudad. Aquel día, cuenta Bernáldez, no hubo ni un solo caballero cristiano cuya lanza no estuviera manchada con la sangre de los moros. De los españoles sólo unos pocos resultaron muertos, «e el Rey e la Reyna ovieron en este vencimiento mucho placer, y más porque fué la Reyna la causa de ello»[10].

Cuando el cortejo real se acercó al Marqués, que estaba reuniendo a sus hombres, para felicitarle, éste dijo:

«Señora, de Dios y de la buena ventura de Vuestra Alteza se cometió este desbarato».

«Duque», contestó la reina, «antes habemos sido servidos de vuestra buena dicha, por lo vos así haber cometido»[11].

Sin embargo, aquel triunfo pasó a la Historia como «la escaramuza de la reina». Para conmemorarlo, Isabel mandó construir en Zubia un monasterio dedicado a San Francisco, a quien había dirigido sus oraciones durante la batalla; e hizo que se plantara un laurel en el jardín del claustro.

Los moros no hicieron más salidas. Al llegar el otoño y con él la escasez de provisiones, Boabdil se plegó a las peticiones de aquellos –cada vez más numerosos– que deseaban la paz y solicitó entablar negociaciones.

El 28 de noviembre Gonzalo de Córdoba, que hablaba correctamente el árabe, firmó el tratado en la localidad de Churriana, pequeño pueblo próximo a Granada. A los moros se les concedió libertad para trabajar y la posesión de sus mezquitas. Sus leyes serían respetadas, pero los magistrados debían someterse a la autoridad de los reyes de Castilla. Se les permitió también conservar su lengua y costumbres. Quedaron garantizadas la posesión de sus bienes y el derecho a disponer de ellos como creyeran conveniente. Estarían exentos del pago de impuestos durante tres años; cumplido dicho plazo, deberían satisfacer los mismos que habían estado pagando a sus anteriores soberanos. Se les brindaba la posibilidad de permanecer allí, sin ser molestados, o bien emigrar. A quienes decidieran marchar a África se les proporcionarían barcos en los que poder viajar sin gasto alguno. Luego se pidieron prendas. A Boabdil se le concedió un pequeño territorio en las Alpujarras, sobre el cual se reconocía su soberanía. La guarnición de Granada debería recibir los honores de guerra. Y en el plazo de seis días habían de entregar todas las fortalezas y su artillería.

Tales fueron las magnánimas condiciones que Isabel y Fernando ofrecieron a los vencidos, quienes no dudaron demasiado en aceptarlas. Se fijó el 2 de enero de 1492 como fecha de la rendición oficial de la ciudad.

Al alba de aquel día, Boabdil, acompañado únicamente de cincuenta caballeros, salió de la ciudad con una dignidad casi patética. Isabel y Fernando lo recibieron en Armilla, a una milla de Granada. El Zogoybi, «El Desgraciado», parecía más noble en la derrota de lo que lo fuera nunca en su trono de la Alhambra y los corazones de todos se inundaron de piedad hacia él. Cuando se inclinó para besar la mano del rey, Fernando se lo impidió; de todos modos, Boabdil no dejó de besar el brazo de su vencedor. Luego, mientras le entregaba las llaves, dijo con voz firme:

«Tuyos somos, Rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos,

confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza»[12].

El rey puso las llaves en las manos de Isabel y ésta en las del príncipe Don Juan, quien se las entregó al Conde de Tendilla, recién nombrado gobernador de Granada.

Entretanto, el Cardenal Mendoza conducía hasta Granada a la vanguardia del ejército; con él iba Fray Hernando de Talavera, obispo de Ávila, quien tenía el privilegio de izar los estandartes. Al rato, en lo más alto de la Torre de la Vela comenzó a ondear la cruz de plata de la cruzada junto con el estandarte de Santiago, patrono de los guerreros españoles durante décadas[13]. «¡Santiago! ¡Santiago!», gritaron los soldados desde el interior de Granada y fuera de las murallas, mientras se arrodillaban en el suelo. Los reyes, el príncipe Don Juan y las infantas se arrodillaron también para agradecer a Dios la victoria. Luego aparecieron los estandartes de Isabel y Fernando y todo el ejército gritó como un solo hombre: «¡Castilla! ¡Castilla! ¡Por los invencibles soberanos Don Fernando y Doña Isabel!»[14].

El triunfo y la alegría hacían brillar los ojos de Isabel, aquel día más azules que nunca. Toda su lucha y sus sufrimientos, todas las penas y trabajos, toda la sangre derramada por sus antepasados, todas las heridas y las muertes de los miles de caballeros cristianos que tan tenazmente habían luchado para recobrar el sagrado suelo, toda la vergüenza y agonía padecidas por las mujeres y los niños cristianos mancillados en las mazmorras de los moros... toda la epopeya de la España cristiana tenía su final y su justificación en aquel momento glorioso. La fe de una sola mujer había triunfado.

Los soberanos no entraron en la ciudad hasta seis días más tarde: el 6 de enero, fiesta de la Epifanía, cruzaron la puerta con todos los honores en dirección a la mezquita principal, que Fray Hernando ya había consagrado como iglesia cristiana. Después de dar gracias en la Misa, se trasladaron a la Alhambra, atravesaron la Puerta de la Justicia, entraron en la sala de audiencias y tomaron asiento en los sitiales de los emires de Granada. Era la primera vez en 777 años que los cristianos ejercían de nuevo su autoridad en aquel lugar.

Cuando el heraldo de armas gritó: «¡Granada, Granada por los ilustres reyes de Castilla!», todos los grandes dignatarios de la nación se unieron a las aclamaciones. Allí estaba Fray Hernando, con su rostro de facciones judías, radiante por el triunfo de su regia penitente. Isabel le había ofrecido el arzobispado de Granada, y él, considerándose poco válido para el cargo, lo

había rehusado; pero la reina insistió y, como de costumbre, se salió con la suya. Allí estaban el Marqués de Cádiz y el Duque de Medina Sidonia; y el Maestre de Santiago, y Gonzalo de Córdoba, y tantos otros cuyas espadas, entregadas en otro tiempo a la guerra civil, el genio de la reina había logrado consagrar a la santa causa de la cruzada. Allí estaba el Cardenal Mendoza, el amigo más antiguo y más leal de todos; ¿quién podía decir cuánto le debía ella a su sabiduría? Incluso Fray Tomás de Torquemada, el Inquisidor General, se trasladó hasta Granada para presenciar un triunfo al que también él había contribuido.

No faltaba tampoco Luis de Santángel, el escribano de ración del rey, quien probablemente no sintió demasiado placer al encontrarse con Fray Tomás de Torquemada, porque en abril del año anterior el infatigable cazador de herejes había logrado por fin acorralar al rico conspirador, sometiéndolo a juicio a pesar de su amistad con el monarca. Hasta Lea ha elogiado la imparcialidad del rey, pues varios de sus consejeros «conversos» fueron castigados por la Inquisición. Pero resulta difícil no concluir que en este caso Fernando sí protegió a Santángel. De hecho, después de retractarse de sus errores, el poderoso letrado cumplió su penitencia participando en una procesión pública con el sambenito amarillo; sus familiares, sin embargo, menos afortunados que él, acabaron en la hoguera acusados del asesinato de Pedro Arbués. Es posible que su culpabilidad en el asunto no fuera tal y como la Historia nos la ha presentado: su primo, llamado también Luis de Santángel, huyó a Burdeos escapando de la Inquisición y quizá los historiadores hayan confundido a uno y otro.

En medio de la alborozada multitud, a cierta distancia, había un hombre alto y corpulento con el hábito franciscano: el rostro enjuto y melancólico de Cristóbal Colón asomaba por encima de las cabezas de los caballeros y observaba a los reyes como diciendo: «Ojalá acabara pronto tanta frivolidad y pudierais prestar atención a “mi” asunto»[15].

Boabdil «El Desgraciado» no estaba allí. Había salido ya hacia Purchena acompañado de su madre Zoraya y de sus esposas y criados. Al llegar a la entrada de las Alpujarras, se volvió para echar una última mirada a la ciudad de oro de sus antepasados: dos gruesas lágrimas asomaron a sus ojos oscuros. Su madre, Zoraya, que hasta aquel momento no había pronunciado palabra, le dijo entonces:

«Llorad como mujer lo que no habéis sabido defender como hombre»[16].

Boabdil cruzó la colina y desapareció en medio de las sombras.

XXIV
JÚBILO EN EUROPA
LOS SOBERANOS DECIDEN EQUIPAR LA EXPEDICIÓN DE COLÓN

Toda Europa celebró con inmenso júbilo la reconquista de Granada: ¿quién podía dejar de percibir la grandeza épica en la victoria final de todo un pueblo en lucha durante ocho siglos contra un enemigo extranjero? La gente consideraba aquel triunfo en el Oeste como una compensación por la pérdida de Constantinopla en Oriente. Algunos años después los musulmanes llegarían hasta las mismas puertas de Viena, en un momento en el que la unidad europea se resquebrajaba a causa de una nueva herejía; y el dominio de los mares se les arrebataría en Lepanto. Pero en Occidente la Cristiandad nunca más volvería a estar seriamente amenazada por los musulmanes. Desde el Mediterráneo hasta el Mar del Norte tronaron las cañones y las campanas tañeron con regocijo.

La carta en que el rey Fernando anunciaba la victoria al Papa Inocencio VIII llegó a Roma la noche del 1 de febrero, un mes después del acontecimiento. A la mañana siguiente, el Papa y todos los cardenales salieron del Vaticano en solemne procesión hasta la iglesia española de Santiago, donde se celebró una Misa en acción de gracias; después el Santo Padre dio su bendición. El Cardenal Rafael Riario deleitó a los enviados españoles con una representación dramática de la conquista de Granada y la triunfal entrada de los reyes. Y el Cardenal Borgia obsequió al pueblo romano con una exhibición del más popular festejo español: era la primera corrida de toros que se celebraba en la ciudad[1].

Cuando la noticia llegó a Inglaterra, el rey Enrique VII ordenó que todos los nobles y prelados de la Corte, junto con el Lord Mayor y los regidores de Londres, marcharan en procesión solemne hasta la iglesia de San Pablo. Allí el Lord Canciller les dirigió una alocución: «Muchos años han pasado sin que los cristianos ganaran nuevos territorios y países a los infieles ni lograran extender las fronteras de la Cristiandad. Esto es lo que han conseguido el valor y la devoción de Fernando e Isabel, soberanos de España, que para su honra inmortal han reconquistado de manos de los moros el rico y grande

reino de Granada y la populosa e importante ciudad del mismo nombre... por lo cual esta asamblea y todos los cristianos deben rendir loor y dar gracias a Dios y celebrar la noble hazaña del Rey de España, que no sólo se ha mostrado victorioso, sino también apostólico, al ganar nuevas provincias para la fe cristiana». Luego toda la asamblea celebró una procesión a través de Londres entonando el *Te Deum laudamus*[2].

Entretanto, la reina Isabel, por primera vez desde su infancia y en un marco maravilloso, disfrutaba de una temporada de descanso. Con sus hijos paseaba por las salas, repletas de columnas, de los califas difuntos y bajo las higueras, pistachos, cipreses, naranjos, laureles y rosales de los incomparables jardines de la Alhambra, que se extendían desde el palacio hasta el sombreado barranco de Los Molinos. Por todas partes había fuentes y estanques bajo arcos y soportales de verde follaje; por todas partes también, colores brillantes, delicadas fragancias y el canto de los pájaros. Los moros, más duchos que ningún otro pueblo en técnicas de regadío, habían convertido aquella seca «vega» en un paraíso terrenal; la reina estaba rodeada de acueductos, canales, bombas de agua y todo tipo de artilugios para hacer habitable un desierto. En cualquier rincón podían hallarse acacias, mirtos, acebos, tamarindos, rosas rojas, adelfas escarlatas, jazmines árabes y las flores de los granados, de un rojo color sangre; todo fruto imaginable, toda planta que se puede concebir; campos de dorada caña de azúcar y prados de pálido azafrán que le recordaban a la reina los de Arévalo. Todas las colinas cuya vista alcanzaba estaban sembradas de casitas de blancas paredes, naranjales y exuberantes jardines bordeados de cipreses; y al fondo, en la distancia, confundiéndose con el azul del cielo, los blancos picos de Sierra Nevada.

En este ambiente incomparable Isabel descansaba y, con cierta satisfacción, pasaba revista a sus reinos. Llevaba dieciocho años en el trono y el país que encontrara en bancarrota, anegado en sangre y enfermo de desesperación, se había convertido en un próspero y pacífico territorio. A pesar de las víctimas de la guerra, durante la década de lucha contra los moros la población experimentó un veloz crecimiento. Centenares de familias que emigraron a Francia y a Portugal en tiempos de anarquía habían regresado para disfrutar de la seguridad y la paz instauradas por la Santa Hermandad. Solamente en Castilla vivían de diez a doce millones de habitantes. Y con la conquista de Granada había que sumar otros dos millones más. También en Aragón aumentaba la población: después de las

reformas efectuadas por el rey Fernando, muchos mercaderes y granjeros se establecieron en su reino. A finales del siglo XV el número total de habitantes de Castilla, Aragón y sus dependencias más cercanas era de unos 20 millones. Y si es cierto que existían ciertas tensiones raciales y conflictos entre los distintos temperamentos –desde el indomable orgullo de los catalanes hasta los moros amantes del lujo–, ahora todos estaban unidos por la comunidad de leyes e intereses comerciales; y, excepto en el caso de moros y judíos, por la misma religión.

En 1474, cuando Isabel accedió al trono, las rentas de la Corona habían descendido a 885.000 reales. En 1482, después del rescate de las rentas enajenadas por Enrique, la cantidad era de 13 millones. Al finalizar la guerra contra los moros, la reina había contraído una deuda enorme y tenía una urgente necesidad de dinero. En tan sólo diez años, sin embargo, obtendría una renta de 26 millones de reales. Las de las villas y ciudades aumentaron también en idéntica proporción.

A todo esto había que añadir el que, después de la cruzada, España renació como una de las más importantes potencias europeas –un hecho que le interesaba al rey bastante más que a la reina–. Obviamente, Isabel tenía razones para estar contenta. Pero ni siquiera los jardines de la Alhambra se hallaban a resguardo de las preocupaciones de esta vida mortal. La reina continuaba cargando con todo el peso de la administración. Además, echaba de menos a la princesa Isabel, quien el otoño anterior se había trasladado a Portugal para contraer matrimonio con el príncipe heredero.

En julio, seis meses después de tanta dicha, el príncipe Alfonso falleció al caerse del caballo durante una jornada de caza y la joven viuda regresó pesarosa a España junto a su familia. Isabel no encontraba consuelo y, con sus ropas de luto, vagaba como una sombra entre los maravillosos azulejos de la Alhambra. Sus oraciones y su ayuno eran tan rigurosos que hasta su devota madre le suplicó que se moderara. La princesa tenía intención de entrar en un convento: estaba cansada de tantas Cortes, tronos y vanidades y anhelaba la paz. Pero los reyes no compartían ese anhelo.

Entra ahora en escena Cristóbal Colón. Tras una desaparición que había durado meses, aquel vendedor de sueños de ojos tristes y porte de senador romano se presentó de repente en Santa Fe, justo antes de la rendición de Granada; desde entonces se convirtió en la sombra de cualquiera que tuviera acceso a los soberanos. A través de Luis de Santángel, del obispo Diego de Deza, del Marqués de Moya y de otros amigos más, renovó las súplicas para

que Sus Majestades le concedieran una audiencia. La reina aún guardaba una impresión favorable de Colón; y, de no haber estado absorta en los detalles definitivos de la cruzada, probablemente habría accedido. El rey, por su parte, no se hallaba tan convencido de que Colón fuera un elegido de Dios para una misión singular y sugirió que, una vez más, una comisión estudiara el asunto. Lo cual no suponía más que un modo de posponer cualquier decisión hasta el momento oportuno, evitando al mismo tiempo la ruptura con Colón.

Carecemos de datos acerca de las conclusiones de dicha comisión, pero seguramente no resultaron favorables. La impaciencia de Colón y el tono engreído con que solía expresarse, incluso en su trato con los monarcas, debió de irritar a sus miembros. Por lo menos parte de ellos tenían más conocimientos científicos que él y algunas de sus hipótesis, bastante descabelladas –Colón basaba sus teorías en Sir John Mandeville[3], quien describía el Paraíso Terrenal como una montaña tan alta que casi llegaba hasta la luna–, hicieron dudar a otros tantos, en principio más predispuestos a fiarse de Colón. Seguramente lo que les enojó no fue el Colón científico, sino el Colón poeta. Cualquiera de los astrónomos dominicos que, al preguntar a aquel extranjero por qué estaba tan seguro de encontrar tierras viajando miles de leguas en dirección Oeste, recibiera respuestas como: «Estoy seguro de ello porque Nuestro Señor me ha dicho que las encontraré para propagar la nueva de Su Pasión y Muerte»; o bien: «Lo dijo San Agustín»; cualquier astrónomo, repetimos, sonreiría con cierto escepticismo; y no porque no creyera en la revelación divina, sino porque desconfiaba de la autenticidad de esta revelación en concreto. Además, podemos imaginar el tono empleado por Colón si atendemos a lo que escribía en una carta dirigida a los reyes. En ella se lee, por ejemplo, cómo una voz milagrosa le susurró una noche: «Dios hará que tu nombre sea repetido en modo maravilloso por toda la tierra, y te dará las llaves de las puertas del océano, que están cerradas con fuertes cadenas».

A la reina, que constantemente veía actuar la mano de Dios en su propia vida, no le costaría creer una cosa así; pero Fernando, mucho menos intuitivo que ella, necesitaba pruebas objetivas.

Dejando aparte estos pormenores, el hecho es que Colón abandonó la Corte muy enojado y decidió viajar a Francia; de modo que se puso en marcha hacia la costa. Afortunadamente, se detuvo una vez más en el monasterio franciscano de La Rábida, que dominaba el puerto de Palos. El Padre Juan Pérez, el bondadoso prior, se alegró mucho de verle: estaba

deseando hablar con él de cosmografía y oír las últimas noticias de la cruzada que mantenía en vilo a toda Europa. Se ha insinuado que quizá la amargura que sentía Colón le hizo explicar al prior sus planes con más franqueza de lo que lo hiciera en la Corte. En cualquier caso, el fraile le dijo que su marcha era ridícula: nadie sería capaz de pensar que la reina permitiera la pérdida de tanta gloria para Castilla. Mandó llamar a un prestigioso físico de Palos, García Fernández, y al astrónomo Antonio Marchena, quienes coincidieron con las hipótesis de Colón. Y enviaron a un marinero con una carta para la reina.

En ella Fray Juan aseguraba que las teorías de Colón eran perfectamente correctas; y que quienquiera que le apoyara ganaría gloria y riquezas, además del premio eterno reservado para los propagadores de la fe. Estaba convencido tanto de la sincera piedad de Colón como de sus audaces y acertadas teorías. La opinión de su anciano confesor, que venía a confirmar la suya propia, ejerció tal influencia sobre la reina que Isabel envió de vuelta al mensajero con 20.000 maravedíes en florines de oro para que Colón pudiera comprar una mula y ropa nueva; y le ordenó que regresara a la Corte. «Nuestro Señor ha oído las oraciones de su siervo», escribió Fray Juan Pérez, jubiloso. «La sabia y virtuosa Doña Isabel, tocada por la gracia de los cielos, ha oído favorablemente las palabras de este pobre monje. Y todo ha sido para bien».

Colón regresó a Santa Fe confiando en que tan sólo le faltaba firmar el contrato y reunir una tripulación. Cuando, ya anciano, recordara estos momentos, escribiría: «Todos los hombres desconfiaban, pero a la reina, mi señora, Dios concedió el espíritu de comprensión y gran valor, y la hizo heredera de todo como a una hija muy amada». Sin embargo, Isabel no estaba preparada para oír las condiciones que Colón pensaba proponerle.

En el Salón de Embajadores de la Alhambra, de pie ante el rey y la reina y sin abandonar sus aires de gran señor, el tejedor de Liguria puso en su conocimiento que no se trataba simplemente de proporcionarle tres barcos y dos millones de maravedíes. No quería nada para él... pero tenía dos hijos y la obligación de velar por su futuro. Si fracasaba, pagaría con su propia vida. Pero, si lograba el éxito, su hazaña sería tan gloriosa que el mundo entero aclamaría a los monarcas que le apoyaron; y, evidentemente, no sería justo que el hombre que les había alcanzado tanta gloria careciera de títulos y rentas proporcionales a sus obras. Como de costumbre, Colón se expresaba como si todos sus proyectos fueran ya una realidad, y se enojaba con

cualquiera que insistiera en considerarlos meras hipótesis improbables. Y, en aquella ocasión, Colón se dirigió a los soberanos como lo haría un monarca al tratar con un igual.

Solicitó ser nombrado Almirante de todos los mares y tierras que estaba a punto de descubrir: un título que conservaría él de por vida y luego sus herederos. Sería también virrey y gobernador de los continentes e islas que hallara. Contaría además con la décima parte de todas las mercancías –perlas, oro o cualquier otro producto de valor– que se encontraran, compraran o exportaran de las naciones descubiertas. En el caso de que entre dichas naciones y España surgiera alguna disputa por cuestiones mercantiles, él sería el único juez. Se reservaba el derecho de contribuir en una octava parte a los gastos de los barcos que comerciaran con los nuevos territorios; a cambio, recibiría la correspondiente octava parte de los beneficios –esta última proposición se debía a que Colón había intentado vencer las dudas de los soberanos ofreciéndoles una contribución de 250.000 maravedíes; un banquero italiano de Sevilla, Gerardi, prometió prestarle parte de dicha suma–.

La reina observaba al rey y éste, a su vez, miraba a Colón atónito y sin pronunciar palabra. Jamás en su vida había oído Fernando nada tan ridículo. ¡Cómo! ¿Concederle a un hombre títulos y recompensas por algo que no había hecho? ¿Virrey? ¿¡Almirante!? ¿En qué cabeza cabía convertir a un don nadie, a un extranjero, en el igual de su propio tío, el Almirante de Castilla? Era una suerte que su abuelo, Don Fadrique, no estuviera con vida para oír tales sugerencias: seguramente habría contestado de modo enérgico y tajante. Por lo general, a los descubridores españoles y portugueses se les recompensaba con pensiones y capitanías. El título de Almirante estaba reservado para quienes tenían sangre real o guardaban con los monarcas relación de parentesco. Era algo tan absurdo que el rey ni siquiera podía enfadarse.

También Isabel veía la dificultad de conceder tan alto título a un extranjero en la celosa Castilla. Ni andaluces ni castellanos le perdonaban del todo al rey Fernando que fuera aragonés. ¿Qué pensarían, pues, de nombrar Almirante a un cardador de lana italiano? Pero las pretensiones de Colón no lograron disminuir la confianza que la reina tenía depositada en él. Había algo sumamente atractivo en la increíble desfachatez de aquel individuo. Solamente un lunático o un gran hombre podía atreverse a hablar de aquella manera; y la cordura de Colón era más que evidente. Muchas mujeres sienten

cierta inclinación hacia los fanfarrones cuando su intuición les dice que detrás de su jactancia se esconde una auténtica inteligencia. Y tal vez Isabel era la más idónea para comprender a un hombre de enorme imaginación: un hombre que –igual que ella– se atrevía a emprender lo que los demás creían imposible. Por supuesto, la piedad de Colón no menguaba en nada su estima. Y quizá la reina encontrara gracioso que aquel monje medio poeta medio místico; aquella mezcla de Ulises y Amadís de Gaula, demostrara también tener algo de la codicia de los campesinos italianos. El instrumento elegido por la Providencia reclamaba su parte en los beneficios; y la quería por escrito porque no se fiaba de un contrato verbal. Pero don Fernando dominaba hábilmente el arte de regatear; y hasta Isabel, a pesar de su alma generosa y magnánima, era perfectamente capaz de negociar a su favor cuando creía que alguien intentaba aprovecharse de ella. Pero, a fin de cuentas, se veía obligada a reconocer que esta vez el rey tenía razón. Las pretensiones de Colón eran descabelladas.

El italiano hizo una profunda reverencia ante los monarcas y, una vez más –y esta vez para siempre–, se despidió de ellos. Salió de la Alhambra, montó en su mula, atravesó desolado la puerta de la ciudad y puso rumbo al Oeste. Estaba acabando el mes de enero de 1492.

Pero debió de despedirse antes de algunos de sus amigos de la Corte, porque no había hecho más que abandonar el palacio cuando tres personas –Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya; Alonso de Quintanilla; y Luis de Santángel– se presentaron rápidamente ante la reina y le pidieron que reconsiderara su decisión.

¿Qué razones tenía el poderoso converso para proteger de aquel modo a un visionario irascible? «Nadie podía sospechar que Santángel, un astuto político y hombre de enorme experiencia, se dedicara a apoyar vanas quimeras», escribe un judío contemporáneo. «Es difícil no concluir que estaba interesado en aquel proyecto por algún motivo que no podemos adivinar»[4]. En un intento de hallar respuesta a este misterio, se ha sugerido la hipótesis de que Colón hubiera prometido a Santángel grandes beneficios obtenidos gracias a los esclavos de las Indias[5]. Desde siempre, los judíos y conversos españoles habían estado relacionados con el comercio de esclavos. Existe una carta remitida por Colón a Santángel en la que se pueden hallar algunas pruebas circunstanciales en apoyo de dicha teoría. Todo cuanto sabemos es que en aquella ocasión el rico letrado se precipitó a interceder ante la reina y, según el biógrafo de Colón, el Padre Las Casas, le dirigió

estas palabras:

«Señora, el deseo que yo siempre he tenido de servir al Rey, mi señor, y a Vuestra Alteza, hasta morir si preciso fuera en vuestro real servicio, me lleva a comparecer ante Vuestra Alteza para hablar de un asunto que no me interesa personalmente, y que no está tampoco entre los que por mi cargo me competen. Pero por la confianza que siempre he tenido en la clemencia de Vuestra Alteza y en su real generosidad, y de que consideraréis la afección con que os hablo..., digo, señora, que, considerando muchas veces cómo Dios ha protegido generosa y constantemente a Vuestras Altezas, para acometer empresas sobre toda ponderación, me he maravillado mucho de que no hayáis aceptado la oferta de la empresa que Cristóbal Colón os ha propuesto, en la que, en caso de fracasar, tan poco había de perderse, y en la que, en caso de triunfar, tanto bien podría seguirse para la causa de Dios y provecho de la Iglesia, exaltación del estado de Vuestras Altezas y prosperidad de vuestros reinos».

Si los soberanos españoles dejaban escapar esta oportunidad –continuó diciendo– y otro monarca lo hacía en su lugar, la reina nunca dejaría de reprochárselo. Sus enemigos se burlarían de ella; su fama, su prestigio y el honor de sus reinos se resentirían enormemente; y sus descendientes y toda la posteridad la acusarían de haber actuado con excesiva prudencia. En su opinión, Colón era un «hombre sabio y prudente, que tenía razones muy profundas».

Indudablemente, Isabel se sintió tocada por la fuerza de los argumentos de Santángel, aunque no dejaría de preguntarse qué motivos ocultaba. La grandeza de alma con que Colón había perdido toda esperanza de ayuda por parte de España sin ceder un ápice en sus demandas la había hecho arrepentirse de no detenerle de algún modo: no cabía duda de que era un gran hombre. En lo relativo a los títulos, coincidía con Santángel en que, si fracasaba o perdía la vida, no obtendría ninguno; y, por otra parte, si conseguía nuevos reinos para España, merecería ser nombrado Almirante. Después de todo, la reina había concedido cargos de importancia a personas de baja cuna siempre que fueran merecedores de ellos. Quedaba pendiente la cuestión del dinero: las arcas castellanas estaban vacías.

Esta vez Isabel no se ofreció a empeñar sus joyas: de hecho, éstas se hallaban en prenda por deudas de guerra. Fue Santángel quien buscó una solución al problema. El converso sabía que la Santa Hermandad, de la cual él mismo era tesorero junto con Francisco Pinelo, contaba con fuertes

reservas procedentes de los impuestos establecidos para su mantenimiento; y, por orden de la reina, al arzobispo Talavera[6] se le adelantaron 1.140.000 maravedíes para que equipara la expedición de Colón. Al mismo tiempo, y con dinero de los mismos fondos, devolvió a Isaac Abravanel un préstamo de 1.500.000 maravedíes. En el transcurso de los dos años siguientes la Santa Hermandad fue recibiendo ambas sumas con intereses[7].

Todas las peticiones de Colón quedaron garantizadas gracias a las «Capitulaciones de Santa Fe», redactadas por el secretario Juan de Coloma, que los soberanos firmaron el 17 de abril de 1492. Resulta imposible saber con certeza si en el momento de la firma Fernando recordó que el Ordenamiento de Alcalá prohibía la concesión de privilegios a personas extranjeras y confiaba en que más tarde las Cortes declararan nulo el contrato.

A la ciudad de Palos, que había ofendido de algún modo a la Corona, se la obligó a proporcionar dos carabelas perfectamente equipadas y con provisiones para un viaje de dos meses de duración. Más tarde Sus Majestades accederían a sufragar los costes de un tercer barco. El Almirante Don Cristóbal Colón, Grande de Castilla, se trasladó a Palos para organizar la expedición.

Aquel año Isabel se quedó en Granada hasta Pentecostés. Gran parte del tiempo lo pasó estudiando ciertos informes remitidos por el Inquisidor General acerca de las actividades de los judíos. En concreto, examinó detenidamente los documentos relativos a un juicio entablado contra cinco judíos y seis conversos acusados de asesinato. Y, a finales de marzo, la reina tomó una importante decisión.

XXV
EL JUICIO DE BENITO GARCÍA
LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS
UN CRIMEN RITUAL

El 31 de marzo de 1492 Isabel y Fernando firmaban un documento que comenzaba así:

«Sabéis, o debéis saber, que desde que tuvimos noticia de que había en nuestros reinos algunos malos cristianos que judaizaban, o apostataban de nuestra Santa Fe católica, a causa de la gran comunicación que había entre judíos y cristianos, ordenamos a los dichos judíos, en Cortes que celebramos en la ciudad de Toledo en el pasado año de 1480, vivir aislados en todas las ciudades, villas y lugares de nuestros reinos..., señalándoles juderías y barrios separados donde pudieran vivir, esperando que con el aislamiento se remediaría el mal. Y además ordenamos establecer la Inquisición en nuestros reinos y señoríos, lo que sabéis se ha hecho desde hace doce años; y por ella han sido condenadas muchas personas culpables, como bien sabéis... Sin embargo, persiste y es notorio el daño que se sigue a los cristianos de las conversaciones y comunicaciones que tienen con los judíos, los cuales han demostrado que tratan siempre, por todos los medios y maneras posibles, de pervertir y apartar a los cristianos fieles de nuestra fe católica, y de atraerlos a su malvada opinión y creencias, instruyéndoles en las ceremonias y observancias de su ley, celebrando fiestas en las cuales les leen y enseñan lo que deben creer y observar con arreglo a su ley, haciendo que ellos y sus hijos se circunciden..., advirtiéndoles la proximidad de la fiesta de su Pascua..., dándoles de sus casas pan sin levadura y carne preparada con arreglo a sus ceremonias..., persuadiéndoles de que deben observar en todo lo posible la ley de Moisés, dándoles a entender que no hay otra ley verdadera sino aquélla; todo esto está probado por muchas confesiones y testimonios, no sólo por los mismos judíos, sino por aquéllos a quienes han pervertido y hecho mal, y todo resulta en detrimento y oprobio y gran daño de nuestra Santa Fe católica».

Aunque hacía mucho tiempo que estaban al tanto de la situación, los soberanos confiaban en que la expulsión de los judíos del territorio andaluz,

donde los daños eran más graves, fuera suficiente. Pero estaba más que demostrado que los delitos y ofensas de los judíos contra la Fe aumentaban de día en día; y nada conseguiría atajar el problema de raíz a no ser que se les obligara a salir del reino. «Porque cuando *algún crimen grave y detestable* se comete por algunos en algún colegio o universidad, es justo que el colegio o la universidad se disuelva o anule..., y que aquellos que pervierten la buena y honesta vida de las ciudades y villas, por la contaminación que puedan causar a otros, sean expulsados de entre el pueblo, por muchas causas que van en daño de la república. ¿Cómo no había de ser lo mismo para el crimen más peligroso y más contagioso de todos, como es éste? Por eso, después de consultar a muchos prelados y nobles y caballeros de nuestros reinos, y a otras personas de ciencia, y en nuestro Consejo habiendo deliberado mucho sobre el tema, hemos decidido ordenar a los mencionados judíos, hombres y mujeres, abandonar nuestros reinos y no volver más a ellos».

Todos, excepto aquellos que decidieran bautizarse, deberían salir del reino el 1 de julio y no regresar jamás; de otro modo, se les condenaría a muerte y se confiscarían sus bienes. Cualquiera que alojara o protegiera a los judíos después de la fecha citada sería desposeído de sus propiedades. Pero, hasta el momento del éxodo, todos los judíos contaban con la protección de los monarcas y nadie, bajo pena de muerte, debía atentar contra ellos o contra sus bienes. No se les permitía sacar de España ni oro, ni plata, ni moneda acuñada, «ni otras cosas prohibidas por las leyes de nuestros reinos, salvo mercancías no prohibidas ni selladas».

Durante más de cuatro siglos, los historiadores han condenado esta ley y a sus autores sin dignarse examinar las razones ni las circunstancias que llevaron a los reyes a tomar una decisión tan radical. En aquella época la opinión pública estaba claramente de su lado. Y todo el mundo creía que aquel edicto obedecía a una petición formulada por el joven príncipe Don Juan. De acuerdo con el relato del Libro Verde de Aragón, el físico judío del rey Fernando, el Maestre Ribas Altas, solía llevar al cuello una cadena de oro de la que colgaba una gran esfera dorada. Un día que el físico estaba en palacio, el príncipe abrió la esfera y halló dentro un pequeño pergamino: en él aparecía un dibujo de Cristo crucificado, y otro del físico, en una postura tan ofensivamente obscena que no se podía describir. El disgusto de Don Juan fue tan grande que cayó enfermo; y no se recobró hasta que su padre prometió expulsar a todos los judíos. Dicha historia ha sido desmentida de forma generalizada. Pero de hecho Isabel y Fernando permitieron que su

médico personal muriera quemado en la hoguera. Dato que conocemos gracias al informe del castigo infligido el año 1488 en Zaragoza a una tal Aldonza: dicho informe señala a esta mujer como madre del Doctor Ribas Altas, el físico del rey, quien había sido quemado a causa del dibujo que el príncipe Juan hallara en la esfera de oro; y que esto fue el motivo de la expulsión de los judíos[1]. Lea concluye que la ejecución del médico no podía guardar ninguna relación con el éxodo porque tuvo lugar algunos años antes del edicto de 1492[2]. Pero olvida –y ello a pesar de haberlo mencionado él mismo en la página anterior[3]– que Fernando e Isabel llevaban varios años reflexionando acerca de la expulsión de los judíos. En 1482, el segundo año de vida de la Inquisición, firmaron un edicto expulsándolos de Andalucía –aunque más tarde suspendieron su publicación–; y en 1486 Fernando ordenó su destierro del arzobispado de Zaragoza, donde fue quemado Ribas Altas. En este asunto, y mientras no se descubran nuevas pruebas, es imposible sacar una conclusión definitiva.

Independientemente de este hecho, y admitiendo que acerca de los judíos circulaban innumerables mentiras, constituye un grave error afirmar que eran totalmente inocentes de los delitos que se les atribuían. En junio de 1485, en el momento crítico en que la reina Isabel estuvo a punto de desfallecer al saber de la derrota del Conde de Cabra cerca de Moclín, los judíos de Toledo, tanto los declarados como los secretos, planearon apoderarse de la ciudad durante la procesión del Corpus Christi y asesinar a varios cristianos; pero la Inquisición se enteró del proyecto y los castigó[4]. El Viernes Santo de 1488, en Casar de Palomera, un rabí y algunos judíos más profanaron un crucifijo de madera y lo arrastraron por el suelo. El incidente provocó un motín popular en el que tres de los culpables fueron lapidados; y el Duque de Alba, por su parte, ordenó quemar al rabí[5].

Entre los cristianos españoles estaba profundamente arraigada la creencia de que, para demostrar su odio hacia Jesucristo y hacia sus enseñanzas, el día de Viernes Santo los judíos solían crucificar a un niño o bien blasfemar ante las imágenes del Redentor. De hecho, en tiempos de uno de los antepasados de Isabel las Cortes promulgaron una ley en la que se decía:

«Y porque hemos oído decir que en algunos lugares los judíos han hecho y hacen memoria de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en una forma escandalosa, robando niños y crucificándoles, o haciendo imágenes de cera y crucificándolas cuando no pueden obtener niños, ordenamos que si tales cosas vuelven a suceder en cualquier lugar de nuestros señoríos, si pueden

descubrirse, todos los que estén complicados deben ser detenidos y conducidos en presencia del Rey, y, cuando se descubra la verdad, ordenamos se les dé muerte ignominiosamente, tantos como sean»[6].

He aquí una variante de la vieja acusación de cometer «crímenes rituales» que ha perseguido a los judíos en todo tiempo y lugar. Digamos, no obstante, que no existe prueba alguna de que dicho tipo de crímenes –ni ninguna otra iniquidad de este tenor– haya formado parte jamás de cualquier ceremonia oficial de la religión judía. Varios Papas y otros tantos historiadores católicos han defendido a los judíos de estas acusaciones criminales. «Durante algunos años», escribió el Papa Pablo III en 1540, «algunos magistrados y oficiales, encarnizados y mortales enemigos de los judíos y cegados por el odio y la envidia, o, lo que es más probable, por la codicia, hicieron creer, con el fin de despojarles de sus bienes, que los judíos asesinaban niños pequeños y bebían su sangre».

Lo cual no significa, ni mucho menos, que determinados judíos o grupos de judíos no cometieran en ocasiones crímenes horribles y sangrientos; e incluso crímenes motivados por su odio hacia Cristo o hacia la Iglesia Católica. Y el historiador, lejos de estar obligado a justificar de modo absoluto a todos los judíos acusados de delitos criminales, es libre –y de hecho debe hacerlo– de examinar a fondo cada caso particular. A pesar de las simpatías personales que uno pueda albergar hacia los judíos, víctimas de tantas monstruosidades, ha de reconocerse que en muchas ocasiones ha sido su comportamiento lo que las ha provocado. Y la acusación, transformada en sanción legal en las Partidas de Alfonso X el Sabio, no puede ser desdeñada como un ejemplo de fanatismo o del afán propagandístico sin antes considerar que, en más de una ocasión, las Cortes españolas, con razón o sin ella, declararon a algunos judíos culpables de crímenes atroces. En 1468, en la ciudad de Segovia, el obispo Juan Arias de Ávila, hijo de judíos conversos, firmó la sentencia de muerte de diecisiete judíos acusados de crucificar a un niño cristiano.

Un caso similar, ocurrido en los años más difíciles de la guerra contra los moros –1487 o 1488–, proporcionó a Torquemada un motivo de peso para expulsar a los judíos; y fue uno de los factores principales –si no el principal– que impulsó a los reyes a tomar aquella decisión. Se trata del «grave y detestable crimen» a que aludían de forma indirecta en su edicto de 31 de marzo[7]. Cuatro meses antes, en noviembre de 1491, la nación entera había montado en cólera a raíz de la publicación de la sentencia. La quema de

varios de los acusados –dos judíos y seis conversos– no consiguió aplacar a la opinión pública; y la seria amenaza de una masacre tan horrible como la de 1391 debe incluirse entre los motivos de peso que llevaron a Fernando e Isabel a tomar la decisión[8].

En 1887, el informe completo de las pruebas ofrecidas en el juicio de uno de los acusados fue publicado en el Boletín de la Real Academia de Madrid por Fidel Fita, quien lo transcribió del manuscrito original[9]. Desde entonces resulta inmantenible la tesis de que aquel asunto no fue más que un mito popular o una muestra de la propaganda anti-judía puesta en circulación por el Inquisidor General para justificar el edicto de 31 de marzo. Sin embargo, esta fuente documental, de incalculable valor, es prácticamente desconocida fuera de España. Sabatini alude a ella ligeramente en *Torquemada and the Spanish Inquisition,* pero omite dos datos fundamentales. Y en los cuatro gruesos volúmenes de Lea acerca de la Inquisición española, el asunto se despacha desdeñosamente en un solo párrafo. Lea comenta que «en junio de 1490 un converso llamado Benito García... fue arrestado en Astorga acusado de guardar en su alforja una forma consagrada. El vicario episcopal, Dr. Pedro de Villada, *le torturó repetidamente* hasta obtener una confesión en la que se relacionaba a seis judíos y a otros cinco conversos con una conspiración para realizar ciertos conjuros empleando un corazón humano y una Hostia consagrada con el fin de causar la locura y muerte de todos los cristianos, la destrucción de la cristiandad y el triunfo del judaísmo. Tres de los judíos acusados estaban muertos, pero los demás fueron arrestados y juzgados por la Inquisición. Después de *torturar a los acusados durante un año, surgió la historia de la crucifixión en La Guardia de un niño cristiano* cuyo corazón fue arrancado para efectuar dichos conjuros. Resultaba tan evidente que aquella historia era fruto de la cámara de tortura que fue *imposible conciliar las discrepancias* de las confesiones de los acusados... Los inquisidores acabaron desistiendo de elaborar una versión consistente; y el 16 de noviembre de 1491 los acusados fueron ejecutados en Ávila[10].

De ser cierto esto –recordemos las palabras subrayadas y veamos si los informes las confirman o no–, existe una conclusión aplastantemente lógica que, al parecer, tanto Lea como muchos otros han dejado escapar. Si los inquisidores enviaron a ocho hombres a una muerte vergonzosa sin estar absolutamente convencidos de su culpabilidad, un veredicto honrado por parte de la Historia no podría dejar de hacer cómplices de una de las ejecuciones más brutales que se recuerdan no sólo a Torquemada y a sus

jueces, sino a los reyes Fernando e Isabel, al Cardenal Mendoza y a varios de los más ilustres profesores de la Universidad de Salamanca. Pero, antes de aventurar una opinión, examinemos –en la medida de lo posible– qué fue lo que ocurrió en realidad. Independientemente de nuestro veredicto, las pruebas conseguirán al menos esclarecer el auténtico comportamiento de la Inquisición mejor que cualquier afirmación a favor o en contra.

En junio de 1490 un cardador de lana llamado Benito García, un converso de unos sesenta años, se detuvo en una posada de Astorga. Varios borrachos le vaciaron las alforjas y encontraron en ellas lo que parecía ser una Hostia procedente de un altar católico. Llevaron a García ante el vicario, el Dr. Villada, que mandó torturarlo dos veces: una con el suplicio del agua y otra con la rueca. El informe que conservamos de su confesión, efectuada el domingo 6 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, no menciona nada acerca de una Hostia consagrada o de un asesinato; pero proporciona ciertos detalles sobre el judaísmo de algunos amigos de Benito. De joven, Benito se convirtió voluntariamente al cristianismo. Sin embargo, hacía unos cinco años que un judío secreto llamado Juan de Ocaña le incitaba a abandonar la religión, «diciéndole que no debía creer en Jesucristo ni en la Virgen María, y que sólo eran verdaderas las leyes de Moisés... y él lo había creído... y había obrado varias veces como judío», dejando de asistir a Misa, comiendo carne los viernes y otras cosas semejantes. En casa de Ca Franco y de su hijo Juce, dos judíos de Tembleque[11], había asistido a varias ceremonias judías. Desde entonces era un judío de corazón. Durante los últimos cinco años efectuó varias confesiones sacrílegas ante un cura de La Guardia y no volvió a recibir la Sagrada Comunión, creyendo que «era un engaño el “Corpus Christi” y que «cuando veía el “Corpus Christi” o veía que le llevaban a otra persona enferma, se mofaba de él y escupía»[12].

El 1 de julio de 1490, y a raíz de las revelaciones de Benito, Ca Franco y su hijo Juce, un muchacho de veinte años, fueron arrestados y trasladados a la prisión inquisitorial de Segovia, antigua casa de los Marqueses de Moya, quienes la habían donado al Santo Oficio[13]. El uso de lo que fuera residencia de Beatriz de Bobadilla, amiga personal de la reina, y de su esposo Cabrera, indica cuán escrupulosamente intentaba Torquemada evitar uno de los abusos cometidos por la Inquisición en el siglo XIII. Los prisioneros quedaban custodiados en los dos pisos inferiores, mientras que los inquisidores tenían arriba sus oficinas. A partir de este momento, Juce se convierte en el principal protagonista de este misterio, ya que de los informes

de los juicios de los ocho acusados el suyo es el único que se ha descubierto. Los fragmentos o partes de los otros, como es el caso de la confesión de Benito, sólo se conocen porque se mencionan en el de Juce.

En ese mes de julio el joven judío cayó enfermo y pensó que iba a morir. Los inquisidores enviaron a Antonio de Ávila, un físico que vivía en Segovia, para que lo examinara. Probablemente este Antonio era un judío converso, porque entendía el hebreo; y Juce le suplicó que pidiera a los inquisidores le enviaran «un judío a quien pudiera decir las cosas que dicen los judíos cuando desean morir». Se trataba de una oportunidad que los inquisidores no iban a dejar escapar. El 19 de julio de 1490 mandaron a un tal «rabí Abraham» para que consolara al joven prisionero. En realidad el rabí era un sabio maestro de teología, Fray Alonso Enríquez, otro judío converso cuyo nombre primitivo era Abraham Shesheth[14]. En el transcurso de la conversación, el «rabí» preguntó a Juce los motivos de su arresto. Juce le respondió con evasivas; y, en realidad, no sabía exactamente la causa, porque nadie había formulado contra él cargo alguno. Entonces el rabí comentó que, si Don Abraham Señor se enteraba del asunto, quizá podría sacarlo de allí; y que él mismo se encargaría de pedírselo. Don Abraham Señor no era otro que el principal rabí de Castilla, miembro de la sinagoga de Segovia y un hombre tan rico, poderoso y hábil que los reyes lo habían nombrado su factor general. La mención de aquel nombre animó a Juce a confiar al rabí que le habían arrestado por la «mita» (muerte) de un «nahar» (niño) asesinado igual que «otohays» (aquel hombre); y que deseaba que Don Abraham Señor lo supiera; pero él y nadie más, «por el amor del Creador». El rabí se despidió de él prometiendo volver.

Aquel mismo día, el físico Antonio de Ávila declaró ante notario y bajo juramento que, por casualidad, había oído a Juce comentarle al «rabí» que le habían arrestado por la muerte de un «nahar» asesinado del mismo modo que «otohays», es decir, Jesucristo, «porque así Le llamaban los judíos con ánimo de vituperarle». Según Antonio, Juce le contó que aquello sucedió once años antes. Hallamos aquí una discrepancia, pues todas las demás referencias a este crimen lo sitúan en 1488. Pero, como Fita sugiere razonablemente, Antonio pudo haber entendido mal; o quizá confundió las palabras hebreas «once» y «dos», que suenan bastante parecidas. El 26 de octubre de 1490 Fray Alonso ratificó bajo juramento la autenticidad de dicha conversación y añadió que, aunque a los ocho días volvió a visitar al prisionero, no pudo sacar de él nada nuevo. En aquella ocasión, comentó, Juce parecía estar

atemorizado por Don Antonio, el físico.

¿Qué había sucedido entretanto? Quizá llegaron a la sinagoga de Segovia algunas indiscreciones acerca de la sorprendente confesión de Juce; y quizá algún personaje influyente se las arregló para avisar al joven judío que no dijera nada más: tales son las conjeturas que se hace Fita. Pero cuando, más de un año después –el 16 de septiembre de 1491–, Juce hizo una declaración jurada describiendo su conversación con el rabí y ratificando la versión de Fray Alonso y de Antonio de Ávila, no parecía saber que había sido víctima de un engaño.

Mientras no se encuentre el informe del juicio de Benito, no podemos saber a ciencia cierta si en la confesión efectuada en Astorga éste se refirió al asesinato de un niño. Sin embargo, la conversación que Juce mantuvo con el rabí seguramente alertó a los inquisidores segovianos y les convenció de que se hallaban tras la pista de un grave asunto. Sin duda presentaron directamente las pruebas al Inquisidor General, que por entonces estaba en el convento segoviano de Santa Cruz, del que aún continuaba siendo prior. Éste consideró el caso tan importante que cuando los reyes, que el 20 de agosto se trasladaban de Córdoba a Granada, lo llamaron a la Corte, retrasó el viaje varios días para organizar la investigación.

El 27 de agosto de 1490 Torquemada puso a cargo del asunto a tres jueces de su máxima confianza: el Doctor Pedro de Villada, abad de San Millán y San Marcelo; Juan López de Cigales, canónigo de Cuenca; y Fray Fernando de Santo Domingo. Les ordenó que tomaran posesión de las personas y propiedades de Juce y Ca Franco; del rabí Mosén Abemanías, de Zamora; de los cuatro hermanos Franco, de La Guardia (cristianos nuevos que no estaban emparentados con Juce y Ca); y de Juan de Ocaña y Benito García, conversos ambos de La Guardia. «Y como al presente estamos ocupados en muchos arduos negocios», escribía el Inquisidor General, «no podemos actuar personalmente, pero confiamos en vuestra fidelidad, ciencia, experiencia y buena conciencia, que investigaréis cuidadosamente, sentenciaréis y entregaréis al brazo secular los que aparezcan culpables, y absolveréis libremente y daréis libertad a los que estén sin culpa». Es éste el típico lenguaje, reposado y juicioso, que Torquemada solía emplear. Con todo, el historiador judío Graetz pretende hacernos creer que se trataba de «un sacerdote cuyo corazón permanecía cerrado a cualquier sentimiento de clemencia; cuyos labios solamente exhalaban muerte y destrucción; y en el que se mezclaban la crueldad de la hiena y el veneno de una serpiente»[15].

Los «arduos negocios» mencionados por Torquemada eran probablemente la llamada recibida desde Granada. Sabemos también que por aquella época mantuvo una conversación con Don Abraham Señor para pedirle ciertas exenciones fiscales en beneficio de los habitantes de Torquemada, su ciudad natal. El gran rabí se negó a ello, aduciendo que ya había asignado a Diego de la Nuela las rentas obtenidas aquel año en Torquemada; pero que lo tendría en cuenta para el futuro. Es una pena que no dispongamos del informe completo de la conversación entre dos oponentes tan formidables, el rabí y el inquisidor, quienes intentarían disfrazar su mutua hostilidad con frases corteses.

Después de esto, el expediente de Juce muestra un lapso de dos meses, motivado tal vez por los esfuerzos de algunos judíos influyentes para anular el proceso. El siguiente examen a que los inquisidores sometieron a sus prisioneros está fechado el 27 de octubre de 1490. Juce les dijo que tres años antes, «más o menos», fue a La Guardia, en el arzobispado de Toledo, a casa del pastor Alonso Franco –uno de los cuatro hermanos– para comprar trigo con que hacer pan sin levadura para la Pascua. Alonso le preguntó por qué el pan no podía llevar levadura y Juce se lo explicó. Continuaron hablando de unas cosas y otras hasta que Alonso le hizo la extraordinaria confidencia de que un Viernes Santo él y sus hermanos habían crucificado a un niño «en la forma en que los judíos crucificaron a Jesucristo».

En todo este tiempo no existe dato alguno de que Juce fuera torturado. Cuando por fin, un año más tarde, *amenazaron* con torturarle, este hecho quedó registrado sin darle importancia y como algo natural; y los notarios anotaron fielmente las torturas sufridas por el resto de los prisioneros. La Inquisición española no parecía tener los mismos escrúpulos de sus predecesores del siglo XIII a la hora de mencionar los «tormentos» empleados para la obtención de pruebas. Por eso, cuando no se alude a ninguna tortura en un caso de este tipo, se puede asegurar que ésta no existió.

Después de otro inexplicable retraso, que los inquisidores quizá dedicaron a examinar a los Franco de La Guardia, Juce y los demás prisioneros fueron trasladados a Ávila. No consta el motivo de este traslado: tal vez la prisión de Segovia quedaba demasiado próxima a la poderosa sinagoga de la cual era miembro Abraham Señor. El ex-confesor de la reina, Hernando de Talavera, tuvo que dar su consentimiento: como Obispo de Avila, se necesitaba el trámite de su aprobación.

Seis meses y medio después del arresto de Benito –el viernes 17 de

diciembre de 1490–, Juce fue citado a juicio acusado formalmente por el fiscal promotor Guevara de asesino y judaizante. Guevara declaró que el joven judío había atraído a algunos cristianos a su religión, diciéndoles «que la ley de Jesucristo era falsa, y que no estaba impuesta ni establecida por Dios. *Y con mente depravada se asoció con otros en crucificar a un niño cristiano en un Viernes Santo, en manera semejante y con parecida crueldad a como sus antepasados habían crucificado a Nuestro Redentor Jesucristo,* burlándose de él y escupiendo sobre él, abofeteándole e hiriéndole para burlar nuestra fe católica y la Pasión de Nuestro Salvador». Finalmente, el fiscal promotor dijo que Juce estaba implicado, como autor principal, en el ultraje de una Hostia consagrada, con la intención de provocar la enfermedad y muerte de los cristianos y la desaparición de la religión cristiana; y para que de este modo los judíos se apoderaran de los bienes de todos los cristianos. Luego solicitó la pena de muerte: «Y juro ante Dios y ante Su Cruz, sobre la cual pongo mi mano derecha, que pido la pena contra el llamado Juce Franco, no maliciosamente, sino creyendo que cometió todos los delitos de que le acuso».

Según el notario Martín Pérez, Juce replicó: «Es la mayor falsedad del mundo». Y negó todos los cargos formulados por el fiscal.

Entonces los inquisidores le preguntaron si quería un defensor y él contestó que sí. Se designó para representarle al bachiller Sanz y a Juan de Pantigoso –las leyes de Torquemada indicaban que a cada prisionero se le permitiría tener dos letrados–. Cuatro días más tarde, el 22 de diciembre, Juce solicitó un tercer defensor: Martín Vázquez de Ávila. La petición fue atendida de inmediato. Aquel mismo día, ante el tribunal, Vázquez procedió a la lectura de la réplica redactada por el bachiller Sanz refutando las acusaciones del fiscal promotor. Se trataba de la enérgica y hábil defensa propia de un buen letrado. En primer lugar, negaba la competencia del tribunal de Ávila, ya que Juce pertenecía a la diócesis de Toledo. Afirmaba además que las acusaciones eran muy «generales, vagas y oscuras, porque en su acusación el fiscal no expresa ni indica el lugar, el año, el mes, el día, el tiempo, ni las personas sobre las que mi patrocinado cometió los crímenes de que se le acusa». Y Juce, al ser judío, no podía ser acusado de herejía o apostasía. Si los inquisidores admitían la acusación, sería en perjuicio de sus conciencias; y, en tal caso, Sanz apelaría su decisión. Por último, presentó una denegación completa de todos los cargos. Su cliente no era más que un muchacho, tan ignorante que ni siquiera conocía la ley de Moisés; y su

trabajo como zapatero le absorbía de tal modo que no le quedaban ganas de judaizar a ningún cristiano. Si cometió algún delito, lo hizo inconscientemente. Además, no había tenido nada que ver ni con la crucifixión de un niño ni con la profanación de una Hostia. El letrado solicitó para Juce la libertad, la restauración de su buen nombre y la devolución de sus bienes. Y acabó pidiendo una orden para que el fiscal presentara un documento con detalles, nombres y fechas.

El 22 de enero el fiscal replicó que, en un caso como aquél, no estaba obligado a mostrarse más explícito de lo que lo había hecho; y pidió la admisión y el examen de las pruebas. Los inquisidores ordenaron a ambas partes que presentaran sus respectivas evidencias en el plazo de treinta días.

Sanz se apuntó un buen tanto al negar la competencia del tribunal; y Torquemada, que era muy puntilloso, tuvo que solicitar del Cardenal Mendoza, por entonces en Guadalajara, el permiso para juzgar a Juce en Ávila en lugar de en Toledo. El 12 de febrero de 1491 el Cardenal redactó una carta por la que delegaba sus poderes como ordinario en los inquisidores de Ávila.

El 9 de abril Benito García fue trasladado a una habitación situada justamente debajo de la de Juce. Y, tal y como esperaban los inquisidores, los dos se pusieron a hablar a través de un agujero practicado en el suelo.

«Judío», dijo Benito, «¿me podrías dar una aguja?».

«Sólo una aguja de zapatero», contestó Juce. «¿Dónde estás?».

«En la prisión de arriba. Tu padre, Ca Franco, también está aquí».

«¡No puede ser!».

Benito dijo que él le había visto cuando los «padres» les carearon para comprobar si se conocían. Benito, que al parecer era un tipo bastante charlatán, dijo entre otras cosas que «se había hecho cardador en una hora maldita, y que el diablo lo había traído allí; y que un perro doctor le había dado en Astorga doscientos azotes, y el tormento del agua, y otra noche dos garrotes». Los azotes, como sabemos muy bien hoy en día, no eran una tortura, sino un castigo. El «garrote» consistía en retorcer una cuerda alrededor de los brazos y piernas del prisionero. De esta afirmación parece desprenderse que en Astorga Benito fue torturado dos veces. Y comentó con Juce que les había contado lo suficiente para que lo quemaran en la hoguera.

En aquel momento, Juce comenzó a tocar una guitarra.

«¡No toques!», le gritó Benito desde arriba. «Ten piedad de tu padre: los inquisidores le han dicho que poco a poco lograrán reunir pruebas suficientes

para quemarlo».

Benito oía a Juce rezar sus oraciones matutinas, que comenzaban así: «Helosay nesamd...»; y en cierta ocasión pidió al judío que orara al Creador para que les sacara de prisión, aunque no tenía demasiadas esperanzas: porque, sometido a tortura, había dicho «más de lo que sabía»; frase que puede significar «más de lo que era verdad» o «más de lo que quería decir».

El domingo siguiente Benito comentó que los inquisidores eran como dioses, a lo que Juce –según lo que él mismo contaría más tarde a los inquisidores– respondió: «No digas eso».

«Digo que son peores que anticristos», insistió Benito. Y añadió que el anticristo era él, porque, siendo judío, se convirtió al cristianismo; y que cuarenta años atrás, cuando se hizo cristiano, su padre lo maldijo. Luego pidió a Juce que le prestara un cuchillo para mutilarse y hacer desaparecer toda prueba de su circuncisión.

«No puedes hacer eso; morirías», dijo Juce.

«¡Al infierno con la muerte!»[16], replicó Benito. «Prefiero morir así que ser quemado».

Entonces comenzó a burlarse de la religión cristiana, diciendo que no era más que una idolatría; e hizo varias preguntas acerca del judaísmo que Juce contestó. «El prior de Santa Cruz es el mayor anticristo», declaró Benito. Aconsejó a Juce que, de verse libre algún día, acudiera a Pena, alcalde de La Guardia, quien ejercía cierta influencia sobre la reina y podría sacarlos a todos de la cárcel. Los doscientos latigazos recibidos en Astorga –dijo– se los dieron por haber golpeado a sus hijos cuando éstos acudieron a una iglesia católica. Y que la única recompensa que había obtenido por contribuir al pago de una nueva pila de agua bendita fue el tormento de agua en Astorga. Declaró también que «por los ojos que en su cara tenía, no confesaría ni diría nada más; porque, por lo que había visto, había perdido alma y cuerpo, y le dejaban preso a causa de sus propiedades y no por otras razones; y, si volvía a la libertad, se marcharía a Judea».

Tal fue el relato que Juce hizo ante los inquisidores cuando le visitaron aquel mismo día. El joven se cuidó mucho de no incriminarse a sí mismo ni a su padre, ni tampoco a ningún judío con vida. Pero selló el destino del converso Benito al decirles que un físico judío ya muerto, el maestre Juce Tazarte, le contó cómo él mismo había pedido a Benito que obtuviera una Hostia consagrada; y cómo Benito, después de robar las llaves de la iglesia de La Guardia, se apoderó de una Hostia y luego ocultó las llaves en el río.

Benito fue arrestado, pero se las arregló para salir en libertad después de pasar dos días en un calabozo. Tazarte, que además de médico también debía de ser hechicero, contó a Juce su proyecto de atar la Hostia a una cuerda con varios nudos y enviársela al rabí Pérez, un físico judío de Toledo.

Al día siguiente, el 10 de abril de 1491, el joven zapatero dijo a los inquisidores que, unos cuatro años antes, su hermano Moisés, ya fallecido, le confió el acuerdo a que habían llegado él, Tazarte, los cuatro Franco cristianos de La Guardia y Benito para emplear una Hostia consagrada en un hechizo destinado a evitar cualquier daño por parte de «la justicia de los cristianos». Moisés pidió a Juce que les ayudara, explicando que ya tenían la Hostia. Juce contestó que se iba de viaje a Murcia y que esas cosas no le interesaban. La conspiración acabó fracasando. Dos años más tarde, Moisés le comentó que había estado en La Guardia con Tazarte para organizar un segundo conjuro.

El 7 de mayo de 1491 Juce mandó llamar voluntariamente a los inquisidores diciendo que tenía más cosas que declarar. Ahora recordaba perfectamente que le había preguntado a Moisés dónde preparaban la conjuración sin que se enterara ninguna de las esposas de los conspiradores –todas ellas cristianas–. Moisés le contó que se reunían en unas cuevas situadas en el camino de Ocaña, entre Dosbarrios y La Guardia.

Al cabo de un mes, el 9 de junio, Juce declaró ante los inquisidores que hacía aproximadamente cuatro años, «un día diabólico», había ido a Tembleque para que el maestre Juce Tazarte le sangrara. Allí oyó decir a Moisés que Tazarte y los Franco de La Guardia habían realizado un hechizo con el corazón de un niño cristiano y una Hostia consagrada para causar la muerte de los inquisidores en caso de que intentaran actuar contra los conspiradores.

El 19 de julio de 1491, después de pasar unas pocas semanas más en prisión, de solicitar inmunidad para él y de que le fuera prometida a condición de decir «toda la verdad», Juce hizo una serie de revelaciones sumamente interesantes. Explicó que no había confesado antes porque todos los conspiradores juraron que, en caso de ser arrestados, dejarían pasar un año antes de admitir nada: exactamente el período de tiempo que Tazarte aseguraba que los inquisidores tardarían en morir si intentaban algo contra ellos. Como el arresto de Juce se produjo el 1 de julio de 1490, el plazo se había acabado; y había esperado unos cuantos días más, evidentemente para mayor seguridad.

Tras jurar de acuerdo con el rito judío, declaró que, hacía unos tres años, todos los prisioneros se hallaban reunidos en una cueva situada entre La Guardia y Dosbarrios y algo apartada del camino que unía ambos pueblos. Entonces Alonso Franco, uno de los «cristianos» de La Guardia, les mostró el corazón de un niño, que no parecía llevar mucho tiempo fuera del cuerpo, y una Hostia, según él, consagrada: uno y otra estaban guardados en una caja de madera. Tazarte tomó la Hostia y el corazón del niño y se fue hacia un rincón, donde expresó su propósito de efectuar un hechizo para que los inquisidores se volvieran locos y murieran un año después de intentar cualquier cosa contra ellos.

Los inquisidores le preguntaron por la procedencia del corazón, pero Juce contestó que la ignoraba. Alonso Franco, sin embargo, dijo que él y algunos hermanos suyos, tras crucificar a un niño cristiano, le habían arrancado el corazón. Algún tiempo después le dieron a Benito una Hostia consagrada, envuelta en un pergamino atado con seda color púrpura, para que se la entregara a un rabí de Zamora, Mosé Abemanías, junto con una carta en la que se decía que le enviaban una yarda de lienzo. Juce creía que Benito viajó primero a Santiago y luego a Astorga, donde fue arrestado.

Por la tarde Juce ya era capaz de recordar cómo había visto a los conversos –los Franco, Benito y Juan de Ocaña– trayendo a la cueva a un niño cristiano de unos tres o cuatro años; después de desnudarlo, lo amordazaron, abofetearon, le tiraron del pelo, lo azotaron y escupieron y le pusieron una corona de espinas arrancadas de un arbusto. Alonso Franco le abrió las venas de ambas muñecas y lo dejaron desangrarse durante media hora; recogieron la sangre de uno de los brazos en un caldero de cobre y la del otro en una «copa amarilla de las que llaman en Ocaña *toscas*». Lope Franco fue quien lo azotó y Juan de Ocaña lo coronó de espinas. Juan Franco abrió el costado de la pequeña víctima con un cuchillo. García Franco, el cuarto hermano, le arrancó el corazón del pecho y lo guardó en sal. Benito abofeteó a la criatura y le tiró del pelo. Tazarte le escupió y golpeó y también le tiró del pelo. Lo mismo hizo Moisés, el hermano fallecido de Juce. Juce y su padre, sin embargo, se limitaron a observar.

García y Juan Franco sacaron de la cueva el cadáver del pequeño, tomándolo el primero de los pies y el segundo por los brazos. Juce no supo en ese momento dónde lo enterraron, aunque luego se enteró por Tazarte de que le habían dado sepultura en el valle de La Guardia. Juce le dijo a Tazarte que era «mal signo de Dios» el que su padre y él se hubieran visto mezclados en

un asunto así.

Alonso se quedó con el corazón del niño hasta que todos se reunieron en la cueva por segunda vez para que Tazarte hiciera su «conjuro». ¿Era de noche o de día?, preguntaron los inquisidores. De noche, contestó Juce; en la cueva habían puesto velas de cera blanca y cubierto la entrada con un manto para evitar que se viera la luz desde fuera.

Cuando le preguntaron si por aquellas fechas desapareció algún niño en los alrededores, Juce contestó que había oído hablar de un caso ocurrido en Lillo; y de otro niño de La Guardia que fue con un tío suyo a los viñedos y no volvió nunca más. Los negocios de los Franco les obligaban a viajar a Murcia con frecuencia. Les habría sido fácil apoderarse de un niño en mitad del camino sin que nadie se enterara. En la carreta solían llevar barriles de sardinas, algunos de ellos vacíos. Y quizá ocultaron al niño de este modo...

Todo aquello lo fue contando Juce poco a poco y en respuesta a un buen número de preguntas. Después le leyeron su declaración y él la ratificó bajo juramento.

Armados con aquellos datos, los inquisidores centraron su atención en el padre de Juce, Ca, quien, según el testimonio de su hijo, estaba presente en la cueva; y al día siguiente el anciano –de ochenta años– prestó juramento según la fórmula judía. Ca confesó haber estado con su hijo Juce en la cueva situada entre La Guardia y Dosbarrios, donde vio cómo los otros traían a un niño cristiano y lo crucificaban. El y Juce actuaron sólo como simples espectadores. En el resumen de la declaración el notario añadía: «Y vio a su hijo Juce dar un pequeño empujón al niño, lo que se declara más en la confesión del dicho Don Ca Francisco, judío». El expediente de Ca, que seguramente contenía la confesión completa, no ha sido hallado. Pero es evidente que el padre implicaba al hijo. Probablemente los inquisidores le hicieron saber lo suficiente acerca de la confesión de Juce para que el otro pensara que estaban al tanto de todo y que era inútil negarlo. No se dice nada de que en aquella ocasión fuera torturado.

Durante el mes de julio volvieron a instalar a Benito bajo la celda de Juce; un alguacil que permanecía a la escucha estuvo transcribiendo cuidadosamente todas sus conversaciones. Juce le preguntó: «¿Por qué me has acusado a mí?», a lo que Benito contestó: «Tranquilo; no he dicho nada de ti».

El 16 de septiembre preguntaron a Juce con quién había estado hablando en la prisión de Segovia. Entonces él relató su conversación con el «rabí

Abraham». ¿Qué había querido decir con eso de la «mita» de un «nahar» a la manera de «otohays»? Aludía a la crucifixión del niño llevada a cabo en la cueva por los Franco de La Guardia, contestó Juce.

En el transcurso de la última semana de septiembre torturaron por separado a Benito, a Juan Franco y a Juan de Ocaña. Todos ellos confesaron; y sus declaraciones coincidían en lo esencial con la de Juce. No existen más que las ligeras y habituales discrepancias entre distintos testigos oculares de un mismo hecho. García Franco, instalado debajo de la celda de Juce, le dijo que habían torturado a Benito. Y que si torturaban a alguno de los otros, debían negarlo todo.

Durante todo este tiempo los inquisidores intentaron obtener más datos acerca de la identidad del niño asesinado e incriminar de algún modo al rabí Abemanías, de Zamora. Más tarde éste sería interrogado por otro tribunal, que acabó absolviéndolo.

El 12 de octubre a tres de los prisioneros –Juce, Benito y Juan de Ocaña– les preguntaron si querían repetir su confesión en presencia de los demás. Tras dar su consentimiento, los sometieron a un careo y todos repitieron lo mismo que habían dicho antes. Las historias coincidían en los detalles principales, tales como la crucifixión del niño en la cueva y las fechas. El 17 de aquel mes se efectuó un nuevo careo entre Juce, su padre y Juan Franco, con idénticos resultados. «Dijeron que todo era cierto», escribió el notario Juan de León. Juan Franco confesó además que fue él quien arrancó el corazón de la criatura.

Hasta el momento, todo lo que implicaba de forma directa a Juce no era más que la afirmación de Ca acerca del «pequeño empujón» que su hijo propinó al niño; pero entonces Benito lo introdujo hasta el mismo centro del torbellino. El 20 de octubre dijo a los inquisidores que Juce tiró del pelo al chiquillo y, como los demás, se dedicó a azotarlo, diciendo que debían crucificarlo; que «era todo un embuste la ley de los cristianos»; que el hechizo provocaría la muerte de todos los cristianos y el fin de su religión; y que todos ellos y sus santos eran idólatras. Al día siguiente Benito ratificó su declaración bajo juramento.

Ese mismo día, Juan de Ocaña confesó que, mientras su pequeña víctima recibía los azotes, todos sus ejecutores se dirigían a él como si se tratara del mismo Jesucristo y le decían: «Traidor, embustero, que, cuando predicasteis, predicasteis embustes contra la ley de Moisés; ahora pagaréis las cosas que dijisteis en aquel tiempo». Y los cinco judíos –todos ellos: Ca, sus dos hijos,

Tazarte y David– añadieron: «Ahora pagaréis lo que hicisteis en otros tiempos, porque habéis deseado elevaros y humillarnos a nosotros. Nos habéis destruido, pero ahora os destruiremos a vos por falso impostor». Y, cuando lo crucificaron –dijo Juan de Ocaña–, *Juce le sacó sangre* del brazo con un pequeño cuchillo. Al preguntarle sobre la procedencia del muchacho, el testigo dijo que Moisés, el hermano fallecido de Juce, lo trajo a Tembleque desde Quintanar a lomos de un asno; que era hijo de Alonso Martín, de Quintanar, según confesó el propio Moisés; y que éste, junto con Juce, su padre Ca y Tazarte, lo llevaron hasta la cueva sobre un asno. De hecho, fue Juce quien convocó a los hermanos Franco de La Guardia y a Benito para que fueran a la cueva.

Tenemos aquí la discrepancia más grave, puesto que Juce había dicho que fue Alonso Franco quien proporcionó el niño. Pero, tal y como insinúa Sabatini, es posible que Juan de Ocaña sospechara –o bien así se lo dijeron los inquisidores– que era Juce quien le había incriminado; y, furioso, se vengó otorgándoles a él y a su padre un papel protagonista para asegurarse de que también ellos fueran quemados en la hoguera. Esta opinión se halla apoyada por el hecho de que, algún tiempo después, uno de los hermanos Franco de La Guardia confesó ser el autor del robo del niño.

El 21 de octubre de 1491 el fiscal promotor Guevara añadió a su acusación contra Juce las de haber insultado a Cristo en la persona del chiquillo y tomado parte en el asesinato. Y solicitó que fuera juzgado.

Viene ahora una de las partes más importantes del juicio, de la que no aparece ni una sola mención en el minucioso relato de Sabatini o en el breve párrafo que Lea dedica al tema. Y su importancia reside no sólo en lo que aporta para decidir sobre la culpabilidad o inocencia del acusado, sino porque arroja nuevas luces acerca de los métodos empleados por Torquemada. El inquisidor Fray Fernando trasladó todos los documentos al monasterio salmantino de San Esteban, donde Colón fue tan calurosamente acogido después del rechazo que sufriera por parte de la Junta de Córdoba; y allí, el martes 25 de octubre, presentó el expediente a un jurado compuesto, entre otros, por varios célebres profesores renacentistas que ocupaban las principales cátedras de la Universidad de Salamanca. Había en total siete miembros: maese Fray Juan de Sanctispíritu, profesor de hebreo; Diego de Bretonia, profesor de Sagradas Escrituras; Fray Antonio de la Peña, prior del monasterio y candidato al título de doctor en Teología; el Doctor Antonio Rodríguez Cornejo, profesor de Derecho canónico; el Doctor Diego de

Burgos, profesor de Derecho civil; el Doctor Juan de Covillas, profesor de Derecho canónico de la Facultad de Salamanca; y Fray Sebastián de Huerta, religioso del monasterio de San Esteban[17]. Probablemente algunos de estos hombres habían discutido con Colón su proyecto y cooperaron para que no cayera en el olvido.

Todas estas personas prestaron juramento poniendo su mano sobre una cruz y sobre los Santos Evangelios; prometieron guardar en secreto el proceso hasta que se dictara sentencia; y «decidir y decir la verdad y votar en el proceso de acuerdo con Dios y con su conciencia». Tres días más tarde, emitieron un veredicto unánime de culpabilidad contra Juce y manifestaron que debía ser entregado al brazo secular y todos sus bienes confiscados[18]. Sólo disponemos del veredicto del caso de Juce; pero es de suponer que examinaron también los siete expedientes restantes.

El 26 de octubre, el día después de que el jurado se reuniera, tanto el fiscal promotor como Juce se presentaron ante el inquisidor Villada y pidieron que se les permitiera estudiar las acusaciones de todos los testigos. El inquisidor ordenó hacer copias y transcribir dichas acusaciones para entregárselas a cada una de las partes, con todos los hechos y circunstancias por las que se omitían los nombres de los testigos –con el fin de evitar que fueran asesinados por los familiares del acusado–, y les concedió un plazo de tres días para formular sus objeciones.

Siguiendo probablemente las instrucciones de su defensor, Juce pidió los nombres de los testigos y las acusaciones en su contra, especificando el día, mes, año y lugar «de cada cosa»; no admitía Juce más que lo que ya había confesado y continuaba negando su participación activa en el crimen. Si se le ocultaban esos nombres y detalles, acudiría «a quien correspondiera por ley» y recurriría a un notario para que tomara nota de ello. El fiscal Guevara, por su parte, replicó con la amenaza de apelar él también si el inquisidor concedía lo que Juce había solicitado. Pero el inquisidor rechazó las objeciones del fiscal –«porque estaba dispuesto a hacer justicia», dijo– y ordenó que se entregaran a Juce las confesiones con los nuevos detalles correspondientes. Al parecer, no le proporcionaron los nombres de los testigos, porque al cabo de tres días, en una extensa y hábil defensa redactada por el bachiller Sanz, Juce se quejaba de ello. Luego continuaba con la suposición de que los principales testigos en su contra eran Juan Franco, Benito y Juan de Ocaña y solicitaba la exclusión de sus testimonios a causa de las discrepancias existentes; porque ellos mismos habían ratificado la confesión de Juce en

presencia de éste; y porque todos ellos eran autores y cómplices del crimen y, por lo tanto, indignos de crédito. De acuerdo con las leyes de la Inquisición, decía Sanz, las pruebas proporcionadas por criminales sólo se podían admitir cuando estaban tan absolutamente fuera de toda duda que obligaban a los jueces a convencerse de su autenticidad; pero no era ése el caso.

Sanz llamaba la atención sobre el hecho de que, puesto que los testigos en contra de Juce habían jurado primero lo contrario de lo que ahora confesaban, se les debía considerar perjuros: «Y, siendo así, no se les debe dar ni se les puede atribuir ningún crédito». Los testimonios prestados habían sido fruto de la maldad y el odio por lo que Juce declarara contra ellos ante los inquisidores. «Como saben que su condena es segura, quieren que yo también sea condenado con ellos». Alegaba que, cuando se cometió el crimen, él era judío y, además, un niño; e insistió en que, a pesar de estar presente, actuó como simple espectador inocente.

Examinando por separado los testimonios de sus enemigos, Juce dijo que el de Juan Franco era vago y general y que no establecía ningún dato explícito sobre su actuación que lo convirtiera en autor del crimen. Benito le había acusado de azotar al niño y de extraerle sangre de un brazo con un cuchillo pequeño; pero era el único en afirmarlo. Por lo que respecta a Juan de Ocaña, éste declaró que Juce golpeó al muchacho y le escupió, cuando en realidad fue el propio Juan de Ocaña quien lo hizo.

La defensa de Juce era la de un hombre que lucha desesperadamente por su vida; y, en aquellas circunstancias, se trataba de una buena defensa. Los inquisidores concedieron un plazo de tres días al fiscal promotor para que presentara su contestación. Éste rechazó todos los alegatos de la defensa y solicitó que, puesto que era obvio que Juce no decía la verdad, los inquisidores le aplicaran el tormento que «en estos casos la ley autoriza».

El inquisidor Villada dijo que, después de oír al promotor fiscal, se sentía obligado a negarle la solicitud de tortura. No obstante, sí se debió admitir una segunda solicitud por parte del fiscal promotor, porque cuatro días más tarde hallamos a Juce por primera vez en la cámara de tortura. Los inquisidores le instaron «afectuosamente y con toda humanidad» a decir la verdad. Si así lo hacía, lo tratarían con la misericordia que sus conciencias y la justicia les permitieran. Como la respuesta de Juce no fuera convincente, ordenaron a Diego Martín que lo llevara a «la casa donde se aplicaban los tormentos» para que se le desnudara y atara de pies y manos a una escalera. Torquemada había sustituido los métodos empleados en el siglo XIII, mucho más

violentos, por esta forma de tortura conocida como la «cura de agua»; y, por salvaje que nos pueda parecer, supone mucho menos riesgo para la vida y los miembros del acusado que el estrapado o el potro; además, no infligía el insoportable tormento mental que provocan algunos métodos de «tercer grado» empleados por la policía en ciertas ciudades norteamericanas. Tapaban las ventanas de la nariz del prisionero, mantenían sus mandíbulas abiertas con un aparato de hierro y colocaban un trozo de lienzo encima de la boca. Luego derramaban agua lentamente sobre el lienzo, hasta que le llegaba a la garganta. El prisionero debía tragar la mayor cantidad de agua posible para permitir que le entrara aire en los pulmones, de modo que experimentaba el terror y algunos de los síntomas del ahogo sin llegar a ahogarse realmente; y, si se debatía, las cuerdas le lastimaban los miembros. Es más: en caso de contumacia, el asistente daba una vuelta –o «garrote»– a las cuerdas.

Entonces se informó a Juce que, si no confesaba todo lo que sabía, él, y sólo él, sería responsable de lo que le sucediera; y el joven judío, antes que padecer la «cura de agua», dijo que confesaría. Se le formularon quince preguntas, previamente redactadas. ¿Dónde consiguió Juan Franco al niño? En Toledo; eso era lo que Juan les había dicho a los demás. Mantuvo oculto al chiquillo una noche entera en una posada de La Guardia llamada La Hoz en espera del momento de crucificarlo. Juan contó que, estando en Toledo para vender un carro de trigo, vio al niño en la puerta de una casa y lo atrajo con dulces.

Los inquisidores sentían curiosidad por saber el motivo de la crucifixión, en lugar de matarlo de cualquier otro modo para arrancarle el corazón. Juce explicó que era una manera de insultar a Jesucristo; al llegar a este punto, y ante el temor de ser torturado, atribuyó a Benito y a los cuatro hermanos Franco una serie de obscenas blasfemias contra el niño que en realidad iban dirigidas a la persona de Cristo. Los criminales se burlaron también de la Santísima Virgen y repitieron un injurioso relato acerca de la Encarnación que durante siglos ha circulado entre los judíos.

Era siempre el hechicero Tazarte quien empezaba primero y los otros –excepto Juce y Ca– le imitaban. Los inquisidores le presionaron más y Juce admitió entonces que él y su padre se habían unido al coro de insultos. Los empezó Tazarte, le siguieron los judíos y por último los cristianos se unieron a los vituperios gritando: «¡Villano, traidor, embustero!», y otros calificativos injuriosos[19].

Cuando le interrogaron acerca de la Hostia enviada a Zamora, Juce

contestó que no era el rabí Abemanías quien iba a efectuar el segundo hechizo, sino que se encargaría de él cierto «sabio» de aquella ciudad. ¿Dónde consiguieron la Hostia? Se la dio a Alonso Franco un sacristán de la iglesia del Romeral. Ésta era la Hostia que le dieron a Tazarte junto con el corazón del niño; pero ¿de dónde procedía la otra, la que tenía Benito? Según Alonso Franco, de la iglesia de La Guardia, aunque Juce ignoraba quién se la proporcionó. Fue Alonso el que puso en marcha la conspiración y avisó a Tazarte para efectuar el hechizo después de que los inquisidores de Toledo le obligaran a tomar parte como penitente en una procesión[20].

Dos días más tarde, al pedirle a Juce que ratificara su confesión, el judío rogó que se la leyeran; y, una vez leída, manifestó que era todo exacto excepto una cosa: García Franco y Juan Franco llevaron entre los dos al niño a la cueva. Uno se quedó con él en La Hoz y el otro fue a La Guardia alegando que se le había roto el carro y que había dejado el eje de las ruedas (empleado seguramente en la fabricación de la cruz) para que lo repararan. Además, Juce añadió que él era uno de los seis firmantes de la carta entregada a Benito para que la llevara a Zamora junto con la Hostia. Y que Tazarte les había contado una anécdota horrible relacionada con la persona de Jesucristo.

El día siguiente a la confesión de Juce se citó a su anciano padre. Tras pronunciar la fórmula acostumbrada, Ca declaró que Tazarte les invitó a él y a su hijo a unirse a la conspiración, señalando que, para asegurarse de la absoluta eficacia del hechizo, se necesitaban cinco judíos y cinco cristianos. Entonces colocaron al anciano en la escalera para someterlo a una «cura de agua». Cuando manifestó su deseo de confesar, le preguntaron por las palabras exactas que dirigieron al niño crucificado. Ca confirmó el testimonio de Juce y dijo que todos habían gritado: «¡Villano, predicador!» y «Tú que te llamas a ti mismo Dios, ¿por qué lo haces? ¿No eres acaso un hombre como nosotros e hijo de un hombre? ¿Por qué engañaste al pueblo? Eres un traidor, embaucador del mundo, embustero...». Era Tazarte quien empezaba a decir todo esto; luego le imitaban los judíos y por último los cristianos.

¿Por qué dijeron tales cosas? Para insultar a Jesucristo, respondió Ca. ¿Por qué crucificaron al niño en lugar de matarlo de cualquier otra forma? Era algo necesario para causar la demencia y muerte de todos los cristianos de modo que los judíos se hicieran dueños de la tierra.

Aquel mismo día colocaron a Juan Franco en la «escalera». Le interrogaron sobre el tenor de los insultos y él contestó que todos gritaron:

«Muera este pequeño traidor, nuestro enemigo, que ha engañado al mundo con sus palabras y se hace llamar a sí mismo el Salvador del mundo y el Rey de los judíos». Es significativo que en todas estas escenas de tortura –que, en contraposición con los métodos utilizados en épocas anteriores por los franceses, aparecen descritas con absoluta franqueza– la forma de interrogar de los inquisidores no sugiere una respuesta determinada. No existen preguntas tales como: «¿Llamó alguno traidor a Jesucristo?»; «¿Hubo alguien que negara que Él es el Salvador del mundo?»; «¿Dijo o hizo alguno esto o lo otro?». Por el contrario, el escrupuloso Torquemada excluyó lo que hoy en día nuestros abogados llaman preguntas capciosas. Así, las que encontramos son del tipo: «¿Quién se hallaba presente?»; «¿Qué hicieron?»; «¿Por qué lo hicieron?»; «¿Quién lo hizo primero?». Tras la lectura de las pruebas obtenidas en el expediente de Juce, resulta imposible creer que provinieran de otra fuente distinta que los propios prisioneros. La pretensión de algunos escritores judíos de que todo aquello lo inventaron los inquisidores con fines propagandísticos sería más plausible si se hubieran hecho públicos los testimonios; pero el hecho de que se mantuvieran ocultos durante cuatro siglos constituye una de las principales pruebas de su autenticidad.

El 4 de noviembre, Benito fue interrogado de nuevo, esta vez sin torturas. En esta ocasión recordaba cómo todos habían dicho: «Crucificad a este encantador que se dice a sí mismo Rey, y que nuestro Templo debe ser destruido. Crucificad a este perro; crucificadle». Y le llamaron «engañador y brujo» y dijeron «que era el hijo de una mujer corrompida y de José, y que deseaba destruir a los judíos y a su ley, pero que ellos le destruirían». Por otro lado, confirmó también todo cuanto habían declarado Juce y Ca.

Debe hacerse notar que las confesiones coinciden en cuanto al tenor de los insultos, aunque difieran ligeramente en las frases concretas. Todo lo cual resulta aún más convincente. Si las declaraciones de varios testigos distintos fueran idénticas, palabra por palabra, la cosa sería bastante sospechosa. Es así, no obstante, cómo los testimonios humanos suelen variar entre sí.

El 11 de noviembre de 1491 los inquisidores presentaron las pruebas obtenidas en Ávila, ante un segundo jurado compuesto por cinco hombres ilustres: el licenciado Álvaro de Santisteban, corregidor de la reina Isabel en Ávila; Ruy García Manso, provisor del obispo Talavera; Fray Rodrigo Vela, guardián del monasterio franciscano de Ávila; el Doctor Tristán, canónigo de Ávila; y el bachiller Juan de Santisteban, hijo del corregidor. El notario Martín Pérez recibió orden de plantearles a cada uno de ellos y por separado

dos preguntas: en primer lugar, si los inquisidores tenían jurisdicción sobre Juce y Ca y podían juzgarlos legalmente; y, segundo, si consideraban culpables a los acusados y si debían ser entregados al brazo secular. Todos aquellos hombres letrados, «de acuerdo con Dios y su conciencia», respondieron afirmativamente a ambas preguntas.

Aparte de los tres inquisidores, doce hombres instruidos juzgaron bajo juramento de acuerdo con las pruebas presentadas en el caso y votaron a favor de la condena. ¿Debemos presumir que eran asesinos fanáticos, deseosos de sacrificar hombres inocentes; y que el Dr. Loeb, el Dr. Lea y, del lado católico, el excesivamente crédulo Abate Vacandard están mejor cualificados que ellos para sopesar las pruebas después de cuatro siglos? Si hoy en día resulta imposible probar la culpabilidad de los acusados, parece igualmente arriesgado, disponiendo tan sólo de una parte de los documentos, afirmar su inocencia, y con ella la estupidez y criminalidad de los contemporáneos que los consideraron culpables. Sabatini se inclina a creer que, en efecto, el crimen se produjo, pero no lo califica de crimen ritual, sino de magia negra. El Dr. Lea, sin embargo, obtiene el veredicto de inocencia sólo después de distorsionar las pruebas y, como hemos demostrado antes, de cambiar una fecha de vital importancia.

El 14 de noviembre se efectuó un careo entre cuatro de los prisioneros: Juce, Ca, Benito y Juan de Ocaña. Repitieron sus confesiones, coincidiendo en todo y ratificándose. Luego llevaron también a Juan Franco quien, en presencia de los otros, admitió haber traído al niño desde Toledo. Él fue quien le arrancó el corazón, mientras que su hermano Alonso le abrió las venas de la muñeca. Y él y Alonso sacaron al muchacho de la cueva (Juan lo llevaba de los pies y Alonso de los brazos) para enterrarlo cerca de Santa María de Pera –«tal como había dicho en su confesión», escribió el notario–; le dieron sepultura con una azada grande que les proporcionó su hermano Lope. Juan dijo también (y el aludido lo confirmó) que Benito le ayudó en Toledo a buscar un niño; pero que fue él quien lo encontró delante de la Puerta del Perdón de la catedral. Más tarde –conocemos este dato gracias a una carta enviada por el notario González el 17 de noviembre a sus oficiales de La Guardia– Juan Franco condujo a los inquisidores hasta el lugar de la tumba, donde encontraron un hoyo; no se menciona, sin embargo, el hallazgo de restos humanos. Pero si la conjetura que hace Fita es correcta (que los judíos de la sinagoga de Segovia conocían la primera confesión de Juce), no parece improbable que alguno de los prisioneros lograra avisar a un amigo

para que destruyera las pruebas. En el libro escrito por el párroco de La Guardia se dice que, puesto que el Santo Niño –como se le empezó a conocer enseguida– había participado de la Pasión de Jesucristo, así se le permitió también participar de la gloria de Su Resurrección.

La causa estaba concluida y la condena se ejecutó rápidamente. El auto de fe tuvo lugar el miércoles 16 de noviembre en presencia de todos los habitantes de Ávila y de un buen número de personas venidas de los alrededores: la nación entera, horrorizada, ardía de indignación. Se leyó la sentencia del tribunal, que incluía un nuevo examen de las pruebas, y los prisioneros fueron entregados al brazo secular. Después de quedar bajo la custodia de Álvaro de Santisteban, el corregidor de la reina Isabel, los hombres de éste los ataron a la estaca. Todos ellos se declararon culpables en una confesión final que fue recogida por el notario Antón González y en la que ratificaban sus anteriores declaraciones. En aquel momento, Benito, a pesar de haber alardeado antes de querer morir judío, se arrepintió de sus pecados y manifestó su deseo de morir como cristiano. Uno de los frailes lo reconcilió con la Iglesia; y lo mismo hicieron otros dos conversos: Juan Franco y Juan de Ocaña. Por este motivo, antes de quemarlos los estrangularon a los tres.

Pero Juce y su padre, Ca, murieron como judíos, envueltos por el fuego.

Al día siguiente el notario González escribió a sus oficiales de La Guardia instándoles a erigir un monumento en el lugar donde, según Juan Franco, sepultaron al niño; y prohibiendo que la zona fuera labrada o removida de cualquier otro modo «puesto que Sus Altezas (los reyes) y el Cardenal Mendoza tienen que visitarlo». Una inscripción de una lápida levantada en La Guardia en 1589 llama al Santo Niño «Juan, hijo de Alonso Pasamontes y Juana la Guindera». Se erigieron varios monumentos en su memoria y mucha gente le veneró como santo.

Transcurridos dos días después del auto de fe, los inquisidores interrogaron a un tal Juan, sacristán de la iglesia de Santa María de La Guardia, donde, según la confesión de Juce, Alonso Franco obtuvo la segunda Hostia. El motivo que impulsó a Villada a aplazar dicha entrevista hasta después de las ejecuciones continúa siendo uno de tantos misterios como presentó el asunto, pero el informe notarial proporciona con toda claridad la fecha de 18 de noviembre.

El sacristán (un cristiano nuevo, por supuesto) confesó haberle prometido la Hostia a su tío, Alonso, quien se la pidió en dos ocasiones. Sin embargo,

Alonso envió a Benito a buscarla; y Benito le aseguró que no iban a hacer nada malo; al contrario: obtendrían muchos bienes de ello. Le parecía recordar que aquello sucedió unos dos años antes. Cuando le preguntaron si creía que la Sagrada Hostia era realmente el cuerpo de Jesucristo, Juan contestó que siempre lo había creído así; pero que Benito le dijo que, al entregarle la Hostia, sólo cometía un pecado, y no una herejía, por lo que la Inquisición no podría castigarlo. Entonces cogió las llaves del vaso de barro donde solían guardarlas, abrió el píxide, que contenía dos Hostias consagradas, y le dio una a Benito. Éste le entregó una hostia no consagrada para que la colocara en el lugar de la otra, pero Juan se negó a hacer aquello. Aquí se termina el informe e ignoramos qué fue del sacristán. Lo que sí sabemos, no obstante, es que no hizo sino corroborar el extraño relato de Juce Franco[21].

Aunque las pruebas no se hicieron públicas, el domingo siguiente, desde el púlpito de la iglesia de La Guardia, se dio lectura a la sentencia de Juce; y la noticia se extendió rápidamente de pueblo en pueblo. En todas partes se produjeron motines en contra de los judíos; y en Ávila una enfurecida multitud mató a pedradas a un judío.

Sin duda, Torquemada debió de presentar a los reyes la sentencia del tribunal (y probablemente el informe completo del caso) como la prueba fundamental que justificaba su petición: la expulsión de todos los judíos. Sabemos a ciencia cierta que el caso había llegado hasta los reyes por varias vías distintas. Los judíos de Ávila solicitaron su protección contra el airado populacho y el 16 de diciembre de 1491 les enviaron desde Córdoba un salvoconducto por el que se prohibía a todo el mundo atentar contra los judíos o contra sus propiedades, amenazando con duros castigos: desde una multa de diez mil maravedíes hasta la pena de muerte[22].

Los reyes adoptaron estas medidas de misericordia en medio de la agitación del último mes del sitio de Granada. Dos semanas más tarde hacían su entrada triunfal en la ciudad; pero no por eso dejaron de alabar y recompensar previamente al Inquisidor General y a los tres inquisidores del tribunal de Ávila por el excelente trabajo realizado al hacer justicia con Juce, Ca Franco y sus cómplices. El edicto real de 4 de enero de 1492 no menciona explícitamente el crimen de La Guardia, pero no cabe duda de que se refiere a él. De hecho, elogia al «devoto Padre Fray Tomás de Torquemada, prior del monasterio de Santa Cruz de Segovia, nuestro confesor y de nuestro Consejo» y establece que se deleguen en él una serie de atribuciones

judiciales «en el arzobispado de Ávila y su diócesis». Se le concede autoridad con el fin de transferir y vender todas las propiedades confiscadas –presumiblemente en el asunto de La Guardia– para uso de Sus Altezas y emplear el dinero «para los gastos y salarios de los señores inquisidores y sus oficiales» y otros gastos extraordinarios[23].

Durante las semanas siguientes, mientras Colón se dedicaba infructuosamente a negociar títulos y beneficios con los soberanos, Fray Tomás de Torquemada, que estaba también en la Alhambra, les urgía por su parte a hacer de una vez por todas lo que llevaban tanto tiempo meditando: atacar el problema judío de raíz expulsándolos a todos de España. Y ésa fue exactamente su decisión: el 31 de marzo los reyes publicaron el célebre edicto.

Los judíos, naturalmente, pusieron todo su empeño en evitar la catástrofe valiéndose de los poderosos amigos con que contaban en la Corte. El millonario Abraham Señor, rabí principal de Castilla, e Isaac Abravanel ofrecieron a los monarcas, según cuenta la Historia, 30.000 ducados a cambio de la revocación del edicto; lo que no parece probable (más bien se debe considerar como una leyenda inventada con posterioridad) es la anécdota de que Torquemada impidió que los reyes aceptaran la oferta arrojando un crucifijo encima de la mesa y diciendo que, igual que Judas, que vendió a Cristo por treinta monedas de plata, ellos lo iban a hacer por 30.000. No existen pruebas de este suceso y tampoco coincide en absoluto con lo que sabemos acerca de Torquemada y de los soberanos a este respecto[24].

No obstante, los judíos pusieron en movimiento sus inmensas riquezas para evitar la desaparición de su poderío. «Estaban heredados en las mejores ciudades, villas e lugares», escribe Bernáldez, «en las tierras más gruesas e mejores... e todos eran mercaderes e vendedores e arrendadores de alcabalas e rentas de achaques, y hacedores de señores, tundidores, sastres, zapateros, curtidores, zurradores, tejedores, especieros, buhoneros, sederos, plateros y de otros semejantes oficios; que ninguno rompía la tierra, ni era labrador, ni carpintero, ni albañiles, sino todos buscaban oficios holgados, e de modo de ganar con poco trabajo; eran gente muy sotil, y gente que vivía comúnmente de muchos logros e usuras con los cristianos, y en poco tiempo muchos pobres dellos eran ricos. Eran entre sí muy caritativos los unos con los otros. Aunque pagaban sus tributos a los señores y Reyes de las tierras donde vivían, nunca de ello venían en mucha necesidad, porque los concejos dellos que llamaban Aljamas, suplían por los necesitados... Había entre ellos muy

ricos hombres, que tenían muy grandes faciendas y riquezas que valían un cuento y dos cuentos y tres; personas de diez cuentos, donde eran, así como Abraham Señor que arrendaba la masa de Castilla»[25].

Cuando resultó evidente que los reyes, cuya autoridad se vio reforzada una vez acabada la guerra, estaban dispuestos a hacer que el edicto se cumpliera, Abraham Señor y su hijo prefirieron convertirse al cristianismo antes que perder su inmensa fortuna y poder. El 15 de junio de 1492 el rabí principal de Castilla recibió el bautismo en Santa María de Guadalupe; actuaron como padrinos los reyes y el Cardenal Mendoza. El rabí pasó así a llamarse Fernando Pérez Coronel. La distinguida familia católica que lleva su nombre en España es descendiente de Abraham Señor.

Sin embargo, la mayoría de los judíos comenzaron a vender sus bienes y a preparar la marcha. «Antes quitados de oir la predicación evangélica», cuenta Bernáldez, «les predicaban sus Rabíes la contraria, e los esforzaban y ponían esperanzas vanas y les decían, que supiesen por cierto que aquello venía por parte de Dios, que los quería sacar de cautivos, y llevarlos a la tierra de promisión...; como Dios hacía por ellos muchos milagros y los sacaba de España ricos y con mucha honra, según lo esperaban, que si en la tierra oviesen alguna mala fortuna o siniestra, que en entrando en la mar verían como Dios era su guiador, como había fecho a sus antepasados en Egipto. Los judíos ricos hacían la costa de la salida de los judíos pobres, y usaban los unos con los otros en aquella partida de mucha caridad; así que en ninguna manera se quisieron convertir, salvo algunos; muy pocos de los más necesitados. Comunmente entre los judíos así simples como letrados, en aquel tiempo, habían opinión y creían todos, do quiera que habitaban, que así con mano fuerte y brazo extendido y mucha honra y riquezas, Dios por Moysen había sacado el otro pueblo de Israel de Egipto milagrosamente».

Como se les obligó a vender en el plazo de tres meses todas aquellas propiedades que no pudieran llevar consigo, los judíos quedaron virtualmente en manos de los especuladores, entre los que lógicamente se incluía un buen número de ricos conversos. A este problema se añadía el de la prohibición de sacar de la nación el oro y la plata. De aquí que, según Bernáldez, muchos judíos dieran su casa a cambio de un asno; o un viñedo por un trozo de lienzo o un tapiz. No obstante, «es verdad que sacaron infinito oro e plata escondidamente, y en especial muchos cruzados e ducados abollados con los dientes que los tragaban e sacaban en los vientres... Y en especial las mujeres tragaban más, cada persona le acontecía tragar treinta ducados de una vez».

A medida que se aproximaba la fecha fijada –los reyes ampliaron el plazo hasta el 2 de agosto–, los israelitas hicieron que todos los niños y niñas mayores de doce años contrajeran matrimonio, de forma que las jovencitas viajaran bajo la protección de un esposo. Y «confiando en las vanas esperanzas de la ceguedad», escribió el párroco de Los Palacios, «se metieron al trabajo del camino, y salieron de las tierras de sus nacimientos, chicos e grandes, viejos e niños a pié y caballeros en asnos y otras bestias, y en carretas, y continuaron sus viajes cada uno a los puestos que habían de ir; e iban por los caminos y campos por donde iban con muchos trabajos y fortunas, unos cayendo, otros levantando, otros moriendo, otros naciendo, otros enfermando, que no había cristiano que no oviese dolor de ellos, y siempre por do iban les convidaban al baptismo... y los Rebíes les iban esforzando y facían cantar a las mujeres y mancebos, tañer panderos y adujos para alegrar la gente.

»Los que fueron a embarcar por el puerto de Santa María e Cádiz, ansí como vieron la mar, daban muy grandes gritos e voces, hombres e mujeres, grandes y chicos en sus oraciones demandando a Dios misericordia, y pensaban ver algunas maravillas de Dios y que se les habría de abrir el camino por el mar, y desque estuvieron allí muchos días y no volvieron sobre sí sino mucha fortuna, algunos no quisieran ser nacidos». Por fin embarcaron en veinticinco navíos, pero tuvieron que sobornar con 10.000 ducados al pirata Fragosa para que les permitiera zarpar hacia Cartagena –evidentemente, se las habían arreglado para burlar las órdenes reales referentes a la salida de dinero–. Algunos, sin embargo, regresaron a Castilla y recibieron el bautismo. Pero la mayoría puso rumbo a Argelia y de allí a Fez[26].

Otros se dirigieron a Portugal, donde se les permitió entrar previo pago del impuesto correspondiente. Los hubo que se trasladaron a Navarra; parte a los Balcanes, donde hasta el día de hoy sus descendientes hablan un dialecto que conserva numerosos términos españoles del siglo XV. Un extenso grupo, por último, se estableció en Salónica y fundó una colonia que subsistió hasta 1910, fecha en que a sus miembros se les obligó a emigrar, por lo que viajaron hasta Nueva York, donde aún hoy continúan presentando muchas de las características propias de los judíos españoles. Pero la mayoría de los desterrados, de acuerdo con el testimonio de Bernáldez, padecieron un siniestro final, «siendo robados y asesinados» en todas partes.

La codicia y crueldad de los moros fueron las que infligieron los

sufrimientos más terribles a los desgraciados que se embarcaron en Gibraltar con destino al reino de Fez. En otro tiempo los judíos lograron obtener un enorme poder en dicho reino; y uno de ellos, un hombre llamado Aarón, «que privaba mucho en demasiada manera con el Rey de Fez», dice Bernáldez, «en manera, que él regía y mandaba en el Reyno quanto él quería, de lo cual los moros eran muy mal contentos, los que algo valían, e alborotaron el común contra el Rey y contra los judíos, e levantóse el común de Fez y mataron al Rey y al privado Aarón, e dende entraron en las juderías, donde había en a ciudad más de dos mil casas y metiéronlas a espada, y mataron e robaron e no dejaron más que los que decían que querían ser moros», pero «en su tiempo aquellos tornadizos judíos no tenían más ley de Mahomad, que de antes, como hacían acá los malos conversos sobre quien vino la Inquisición, e ovo quien dijo al Rey como aquellos judíos habían sido moros por fuerza, y que proveyese sobre ellos, a ver si eran moros o no, y el Rey mandó salir al campo todos los judíos moros tornadizos que había en Fez, e mandó que los que quisiesen ser judíos» estarían sometidos a duras condiciones como la de tener que andar siempre a pie, vestir de una manera determinada, etc. «E ellos temieron que lo querían facer por matarlos que querían ser judíos, y no quedaron sino muy pocos judíos»[27]. De todo lo cual se deduce que la historia de los judíos en el reino mahometano de Fez fue muy similar a la de sus hermanos de la España cristiana. En esta ocasión, además, el rey de Fez les ofreció su protección y les permitió contratar a algunos soldados moros para que los guardaran; pero al mismo tiempo ordenó en secreto a sus hombres que les robaran durante el viaje.

Después de arrebatarles todas sus propiedades, los musulmanes violaron niñas y mujeres ante los mismos ojos de sus esposos, padres y hermanos; y asesinaron a los hombres que se atrevieron a protestar. Evidentemente, también estos bárbaros habían oído el rumor, ampliamente extendido, de que las mujeres se tragaban las monedas de oro, porque después de deshonrarlas les abrieron los vientres con sus cimitarras en busca de los ducados.

Unos pocos supervivientes lograron llegar hasta Fez tambaleándose, desnudos, desfallecidos por el hambre y cubiertos de piojos. Otros regresaron a Argelia y suplicaron al gobernador español «les bautizase, por el amor de Jesucristo, en quien creían, y les permitiera regresar a España». Él los acogió amablemente, les dio vestido y alimento y los mandó bautizar. Fueron tantos los que recibieron este sacramento que los sacerdotes tuvieron que bendecirles con los hisopos por grupos. Durante los tres años siguientes

continuaron llegando a España numerosas partidas de judíos, convencidos de que sus sufrimientos eran un castigo por haber rechazado a Cristo.

Bernáldez obtuvo los datos del número total de desterrados tomándolos de los rabís que regresaron a España; hoy en día nadie cree ya en los absurdos cálculos de Llorente y tanto los estudios de judíos como de gentiles aceptan de forma generalizada las cifras proporcionadas por el sacerdote. Un rabí «muy agudo» llamado Zentollo, uno de los diez o doce que Bernáldez bautizó, le dijo que en Castilla había más de 30.000 hogares judíos y 16.000 en Aragón (en total, unas 160.000 personas)[28]. Naturalmente, dichas cifras echan por tierra la leyenda de que la expulsión de los judíos motivó de forma directa la ruina económica de España.

«Aquí en este lugar de Los Palacios», dice Bernáldez, «aportaron cien ánimas, que yo bapticé, en que había algunos Rebíes» cuyos ojos –añade– acabaron abriéndose a la verdad revelada en las profecías de Isaías, «y otras muchas profecías del advenimiento, encarnación, nacimiento y pasión y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, venían confesando en hebráico, ser verdadero y haberse cumplido en el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el cual confesaban que verdaderamente creían ser el verdadero Mesías, del cual decían que habían estado ignorantes por impedimento de sus antepasados, que les habían dejado so pena de descomunión, que no leyesen ni oyesen las Escripturas de los Cristianos»

XXVI
LA MARCHA DE COLÓN
PAZ Y REORGANIZACIÓN
FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS

El mismo jueves en que los judíos salían precipitadamente de España, Don Cristóbal Colón, de pie en la ladera de una colina próxima al puerto de Palos, contemplaba la puesta de sol bajo un cielo en calma. Por encima de su cabeza se podían ver las viñas repletas de uvas; y un poco más arriba, sobre un promontorio, el edificio del monasterio de Santa María de La Rábida, que mira hacia el Atlántico. A sus pies, en el puerto, tres pequeños navíos recién embreados y preparados para zarpar. El viento, contrario unos días antes, ahora soplaba del Este, dirigiéndose hacia los Campos Elíseos, la tierra de Avilión, las islas de San Balandrán, los palacios de Kubla, el paraíso terrenal de Sir John Mandeville y todas las tierras en las que Colón llevaba años soñando. El gran momento estaba cerca: Dios le había enviado un viento favorable y al día siguiente era viernes: un día afortunado tanto para Colón como para España. ¡Mañana!

A mediados de mayo el Almirante se trasladó a Palos contando con la protección de los reyes. Las cosas no habían sido nada fáciles ni en lo que se refería a los barcos ni a la tripulación. Los propietarios de las naves y los marineros no compartían la confianza que el italiano tenía en sí mismo como navegante, y le pusieron tantos inconvenientes que los reyes se vieron obligados a recordarles con cierta aspereza su condición de oficial de la Corona. Los calafateadores hicieron tan mal su trabajo que hubo que repetirlo. Parte de los obstáculos tenían tal vez su explicación en el resentimiento que albergaba la ciudad, sentenciada a proporcionar dos navíos a causa de cierto delito cometido contra la Corona. Pero el Almirante contaba con el amigo más influyente posible: Fray Juan Pérez. Y fue probablemente por medio del bondadoso franciscano como Colón se ganó el apoyo de Martín Alonso Pinzón, un experto capitán de Palos enormemente popular.

No resultó demasiado difícil involucrar en el proyecto a Martín Alonso, el cual abrigaba el mismo sueño que Colón desde que realizara una visita a la biblioteca vaticana y mantuviera una serie de conversaciones con el

cosmógrafo del Papa Inocencio VIII; de hecho, tenía incluso copias de los mapas guardados en el Vaticano correspondientes a los océanos atlánticos y a sus islas. De acuerdo con el testimonio que el hijo de Pinzón proporcionaría más tarde durante un pleito, Colón prometió al capitán la mitad de los beneficios, si se encargaba de confeccionar el presupuesto del dinero necesario para la expedición y convencía a los marineros de Palos de que se enrolaran. Al parecer, la Corona de Castilla contribuía al viaje con un millón de maravedíes y Colón con 167.542, de modo que el coste total de la expedición ascendía a 1.167.542 maravedíes[1]. Lo que no sabemos es qué parte de la de Colón procedía del bolsillo de Pinzón.

Cuando los hombres de Palos se enteraron de que Martín Alonso había accedido a tomar el mando de «La Pinta» con su hermano Francisco como timonel, y que Vicente Yáñez Pinzón capitanearía «La Niña», se enrolaron noventa marineros: procedían del mismo Palos, o bien de Huelva, Sevilla, Moguer y otras localidades cercanas. Hubo incluso un tal Tallante Lajes (¿Arthur Lawes?), inglés; y otro irlandés, de Galway, llamado Guillermo Ires (¿William Harris?). Entre la tripulación se contaban también varios judíos conversos, incluido el físico del barco, maese Bernal, quien más tarde sería castigado por la Inquisición.

Contrariamente a lo que cuenta la leyenda, los navíos eran sólidos barcos de vela, muy apropiados para el viaje (tal y como Colón admitiría más tarde), pero –de acuerdo con lo solicitado por el Almirante– lo suficientemente pequeños para poder entrar en puertos estrechos y bordear costas desconocidas. Su barco, la «María Galante», que Colón rebautizó con el nombre de «Santa María» en honor de la Santísima Virgen, tenía probablemente cien toneladas de registro, con un desplazamiento de algo más de 230 toneladas una vez cargado. Según los cálculos efectuados por los expertos que en 1928 construyeron su réplica en Sevilla[2], la nave medía 128 pies de eslora y 26 de manga; y llevaba una tripulación de 52 personas[3]. «La Pinta» y «La Niña» eran más pequeñas, tal vez con unas 50 toneladas de registro cada una y una tripulación de 18 marineros. Todos los barcos poseían una cubierta con tres mástiles y una vela latina, y varios cañones fijos. Y se les proveyó de víveres para una travesía de un año de duración.

El Almirante llevaba consigo una carta firmada por el rey Fernando y la reina Isabel y dirigida al Gran Khan, al Preste Juan o a cualquier otro poderoso personaje del Oriente con quien Colón pudiera topar cuando llegara

a las costas de Asia. La carta estaba escrita en latín y decía así:

«Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios Rey y Reina de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Aragón, de Valencia, etc., etc.

»Al Rey:

»Hemos sabido que Vuestra Alteza y vuestros súbditos guardan gran amor hacia nosotros y hacia España. Sabemos además que Vos y vuestros súbditos desean mucho tener noticias de España. Por ello os enviamos a nuestro Almirante, Cristóbal Colón, que os informará que Nos hallamos en buena salud y perfecta prosperidad.

»YO EL REY, YO LA REINA.

»Granada, 30 de abril de 1492»[4].

Las intenciones que albergaba Colón mientras se preparaba para zarpar quedaron claramente reflejadas en la introducción al *Diario* de su primer viaje. Después de referirse como de pasada y sin ninguna emoción a la expulsión de los judíos, el Almirante comenta:

«Vuestras Altezas, como príncipes cristianos y católicos, amando la Santa Fe católica y su difusión, y enemigos de la secta de los mahometanos y de todas las idolatrías y herejías, han decidido enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas regiones de la India, para ver a los mencionados príncipes y los pueblos de sus tierras, y saber su disposición y de todos, y las medidas que pudieran adoptarse para su conversión a la Santa Fe».

Colón no zarpó de España buscando nuevas rutas para el comercio, sino como un misionero explorador. Y sus últimos actos antes de partir reflejan el noble fin de su empresa. La tarde del jueves 2 de agosto él y sus hombres se confesaron con Fray Juan Pérez en la pequeña iglesia de La Rábida. A primeras horas de la mañana siguiente, y sin romper el ayuno, recibieron la Santa Comunión y se pusieron bajo la protección de Dios. Fray Juan bendijo las naves; en los mástiles se izaron los estandartes de los reyes y de la Santa Cruz; y a las ocho en punto, después de que las mujeres de Palos se hubieran despedido de sus hombres por última vez, Colón levó anclas en la barra de Saltes «en el nombre de la Santísima Trinidad» –así era como solía empezar todas sus tareas– y se hizo a la mar. Soplaba un viento suave del Este. La gente, desde la costa, se quedó contemplando la «Santa María» y su pequeña escolta hasta que desaparecieron en el punto en que el mar se confunde con el cielo.

Un mensajero llevó a la reina las últimas noticias de Colón y de su partida. Isabel estaba todavía en Córdoba, guardando luto por Don Rodrigo

Ponce de León, Marqués-Duque de Cádiz, que acababa de morir en Sevilla. Este gran hombre fue el más sobresaliente en la guerra contra los moros; y, en opinión de las damas de la Corte, un héroe aún mayor que el Cid de inmortal memoria. No sólo Fernando e Isabel, sino la Corte entera guardó luto por él. Y, por una extraña coincidencia, su antiguo enemigo, el Duque de Medina Sidonia, moriría una semana después.

Las crónicas de 1492 mencionan la pena de los monarcas y de los cortesanos por la desaparición de Don Rodrigo, pero no comentan nada de cómo recibió Isabel las noticias de la salida de los judíos, el 2 de agosto, y de la marcha de Colón el día 3. De hecho, no se alude ni una vez al histórico acontecimiento que tuvo lugar en Palos. Los escritores judíos contemporáneos se han empeñado en relacionar ambos sucesos, hallando una compensación para el éxodo en el descubrimiento de un Nuevo Mundo donde poder encontrar quizá la Nueva Jerusalén, la Tierra Prometida. El Dr. Meyer Kayserling dedica un espacio considerable a la teoría de que los indios americanos provenían de las tribus perdidas de Israel. Sin duda, también Isabel relacionó el éxodo y el descubrimiento –de hecho, ambas cosas se mencionan repetidamente como dos de los grandes logros de su reinado–, pero desde un punto de vista completamente distinto.

Con toda seguridad, Isabel vería como algo providencial el que en el mismo año 1492 tres acontecimientos vinieran a contribuir a la gloria de España y de la religión cristiana: primero, la conquista con que se daba fin al temor del dominio musulmán; segundo, la liberación de la nueva nación de todo peligro de explotación por parte de los enemigos internos de la Fe; y, por último, la oportunidad de cruzar los océanos llevando el evangelio de Cristo a millones de almas que no lo conocían.

Antes de que acabara el mes de agosto, la Corte se trasladó a Zaragoza y de allí a Barcelona para pasar el invierno. Este próspero puerto, rival de Venecia y de Génova desde que los turcos destruyeran la mayor parte del comercio italiano con Oriente, fue siempre una de las residencias preferidas por ambos soberanos. Su gente era trabajadora, alegre, inteligente y amante de los placeres; las calles tenían cierto aire de vivacidad y de éxito, como el de una mujer que ignora lo que es el fracaso. Se trataba además de una ciudad enormemente culta. Aparte de la Universidad, creada por el Papa Nicolás V, había una Academia de Ciencias Naturales, una Facultad de Medicina y Cirugía y una Cámara de Comercio que impartía instrucción gratuita a miles de alumnos. Barcelona se hallaba en pleno desarrollo. En el siglo XII se

estableció en la ciudad uno de los primeros bancos europeos; y las mutualidades, entre las que se incluía la célebre de Nuestra Señora de la Esperanza, prestaban sin interés a las personas necesitadas. Una ciudad de arsenales, muelles y almacenes; de cuidadas calles, casas elegantes y hermosos jardines; de hombres procedentes de todas las naciones que atracaban sus barcos variopintos en un puerto caótico trayendo mil maravillas: desde perfumes y especias del Oriente hasta la mejor lana inglesa. Aquí el comercio no se consideraba una tarea ignominiosa, como ocurría en Castilla; de hecho, eran muchos los mercaderes miembros del Consejo y de la Generalidad (Barcelona contaba con una forma de gobierno por delegación).

El benevolente despotismo de Isabel seguramente la haría albergar cierta desconfianza hacia la libertad institucional que los catalanes siempre estaban dispuestos a defender con su propia sangre. Pero sí podía comprender y admirar sin restricciones su pasión por las bellas artes. Desde la época de los trovadores, los catalanes otorgaban anualmente un importante premio de poesía. Los poemas se escribían en pergaminos de diferentes colores, esmaltados en oro y plata y lujosamente iluminados. Los poetas los recitaban en público y sobre el pergamino vencedor se colocaba una guirnalda de oro, mientras los caballeros, mercaderes y el resto de los artistas escoltaban al ganador hasta el palacio real, «manifestando de este modo ante el mundo la superioridad con que Dios y la naturaleza habían dotado a los genios sobre los mediocres».

Barcelona fue una de las pocas ciudades españolas donde la Inquisición no tuvo apenas trabajo. En 1395 los catalanes destruyeron la «alhama» judía y desde el año 1400 no se le permitía a ningún judío establecer allí su residencia. No obstante, había muchos cristianos nuevos. En 1488 se instituyó el primer tribunal, del cual conservamos una serie de estadísticas bastante fidedignas que abarcan los primeros tiempos de la Inquisición. En el plazo de diez años, en la ciudad de Barcelona y siete localidades vecinas se llevaron a cabo 31 autos de fe. Diez personas fueron estranguladas y quemadas en la hoguera; trece quemadas vivas; a quince las colocaron en la estaca ya muertas; 430 quemadas en efigie; 116 sentenciadas a prisión; y 304 reconciliadas después de confesar voluntariamente. En total, de 433 prisioneros, fueron ejecutados veintitrés en una década[5].

El reinado de Isabel se hallaba en su momento de mayor esplendor. En el viaje que hizo desde Córdoba hasta la costa oriental, la reina solamente encontró las huellas de una floreciente prosperidad. Andalucía era un jardín

exuberante, mientras que Castilla obtenía abundantes cosechas de trigo y maíz. Miles de hombres, a quienes años antes la desesperación había familiarizado con el delito, se ganaban ahora la vida con sus propias manos. Los vidrios barceloneses competían con los de Venecia; las prendas de lana tejidas en Castilla se exportaban a todas partes de Europa; y las fábricas de seda sevillanas contaban con unos 130.000 obreros. El comercio del cuero florecía en Córdoba; los terciopelos granadinos eran tan delicados que nadie podía imitarlos; Toledo y Valencia confeccionaban alfombras... Todas las ciudades se habían convertido en atareados talleres gigantes; los cultivos y el trigo transformaban en un mar de verdura las granjas, antes en barbecho. Isabel llegó incluso a tomar medidas para impedir la deforestación, que había provocado enormes zonas desérticas, promulgando una serie de ordenanzas, tanto generales como extraordinarias, destinadas a la conservación de los bosques que rodeaban Madrid y Medina del Campo. Y efectuó un programa aún más amplio que, de haberlo seguido sus sucesores, habría eliminado una de las causas del posterior declive económico.

Liberada de los afanes de la guerra, dedicó todo su empeño a las mismas ocupaciones que tanto agradaban a su padre. Isabel era una firme y generosa mecenas de todas las artes y ciencias. Durante su reinado, tanto el estudio como la práctica de la medicina experimentaron un importante avance. Alentó también los estudios de botánica y zoología –Francisco de Oviedo, contemporáneo de los Reyes Católicos, fue uno de los primeros en escribir un tratado sobre dichas materias–. Fue a ella a quien Alonso de Córdoba dedicó sus tablas de astronomía; y, bajo el mecenazgo de uno de los favoritos de la reina –Diego de Deza, obispo de Salamanca–, el astrólogo judío Abraham Zacuto confeccionó su *Almanach Perpetuum*, con las tablas del sol, la luna y las estrellas empleadas por Colón. Andrés Laguna hizo de la anatomía materia indispensable de los estudios de medicina. Los reyes, por su parte, crearon hospitales en Granada, Salamanca y Santiago. Se abrió también el vasto campo de la arqueología: Alejandro Geraldino, tutor del príncipe Juan y de las infantas, reunió en un «corpus» una colección de inscripciones latinas; el profesor Nebrija estudió los circos romanos y la naumaquia de Mérida y aventuró una serie de hipótesis sobre sus dimensiones originales; Juan Guas de Sepúlveda descubrió piedras milenarias en la antigua vía romana que unía Mérida y Salamanca; y Luis de Lucena reunió una colección de monedas antiguas. Florián de Ocampo fue el primero en publicar todo este conjunto de hallazgos arqueológicos.

Cuando Isabel accedió al trono, no había en toda España más que una sola universidad importante: la de Salamanca. Antes de su muerte, sin embargo, el número había aumentado gracias a sus propios esfuerzos o a los de algún hombre encumbrado por la misma Isabel. Salamanca tenía 6.000 estudiantes y 2.000 Alcalá de Henares; y entre el profesorado se encontraban muchos de los más célebres humanistas del Renacimiento. Podemos adivinar el tipo de vida que se esperaba de cualquier universitario a través de las normas recomendadas al hijo del Conde de Olivares, Don Gaspar, un estudiante salmantino del siglo XVI. A Don Gaspar se le aconseja que viva en una casa bien cuidada, con criados suficientes; que mantenga armoniosas relaciones con profesores, maestros y sirvientes, sin excluir a las lavanderas; y se comporte escrupulosamente en materia de etiqueta. «Cada tarde, después de haber rezado a Dios y retirarse, don Gaspar hará examen de conciencia. Deberá recibir frecuentemente los Sacramentos y comulgar en las grandes festividades, o por lo menos, cumplir este deber una vez al año. Debe llevar nota de sus comuniones en un libro especial. Don Gaspar deberá ser caritativo sin ostentación, con generosidad adecuada a su nacimiento y posición. Deberá dar cada año en limosnas una suma igual a la décima parte de la que gaste en su casa. Una parte se dará a los pobres en la calle; otra, a la puerta... Don Gaspar debe vivir en buenas compañías, y, al escoger sus amistades, debe tener muy en cuenta las virtudes sobre todas otras cualidades. Tenga cuidado de que los aduladores y los que muestran gran deseo en complacer a sus superiores, se aprovechan de sus faltas si los ven confiados»[6].

No había pasado más que una generación cuando Erasmo escribió: «Los españoles han destacado tanto en literatura que no solamente despiertan la admiración de las naciones más cultas de Europa, sino que les sirven como modelos»[7]. La Cristiandad entera conocía a Salamanca como «la Atenas española». Uno de sus más célebres profesores era Lucio Marineo, un erudito siciliano que llegó invitado a la Corte en el 1500 y cuya influencia social fue tan grande que se decía que «ningún español podía considerarse noble si se mostraba indiferente a la hora de aprender». Pero quizá el profesor de Salamanca más respetado fuera el filólogo Elio Antonio de Nebrija. En la primera época del reinado de Isabel, después de estudiar cinco años en Salamanca y diez en Italia, Nebrija regresó a España para impartir clases en su «Alma Mater». Los estudiantes venían de toda Europa para leer sus obras y escuchar sus lecciones. En 1488, bajo el mecenazgo del Cardenal Zúñiga,

accedió a publicar su *Lexicon* latino. Tras la muerte del Cardenal, Nebrija se convirtió en tutor del príncipe Juan y fue nombrado historiador oficial para suceder a Pulgar; puesto que ocupó hasta su regreso a Salamanca, después de la muerte de la reina Isabel.

La enseñanza impartida en Salamanca abarcaba la gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música; en Alcalá, por su parte, se estudiaba lógica, filosofía, medicina, hebreo, griego y latín, retórica, gramática y música. En la Edad Media los españoles compartían con los griegos la opinión de que la música, «el sostén de la auténtica sabiduría», formaba parte esencial de la educación; y nadie podía considerarse instruido si no manifestaba cierta habilidad en el canto o tocando alguno o varios instrumentos. En el comienzo del *Vergel de Príncipes*, Ruy Sánchez de Arévalo dedicó a Enrique IV la siguiente apología de la música: «La principal excelencia de este noble arte y su digno ejercicio consiste en disponer y dirigir los hombres, no sólo hacia las virtudes morales, sino hacia las virtudes políticas que los hacen aptos para reinar y gobernar. Es por esto por lo que este virtuoso ejercicio debe ser recomendado a los Reyes y Príncipes». Y el historiador jesuita Mariana se expresa en términos similares: «porque en el canto pueden aprender los Príncipes cuán fuerte es la influencia de las leyes, cuán útil el orden en la vida, cuán suave y dulce la moderación del alma... No sólo pues ha de cultivar el Rey la música para distraer el ánimo, templar la violencia de su carácter y armonizar sus afectos, sino también para que con la música comprenda que el estado feliz de una república consiste en la moderación y en la debida proporción y acuerdo de sus partes».

Isabel demostró que compartía dichas convicciones no sólo en la educación del príncipe Juan, sino en su firme protección de las artes. Le gustaba estar rodeada de caballeros que fueran a la vez buenos músicos. Garcilaso de la Vega, el mismo que acabara con el gigante Tarfe ante las murallas de Granada y que luego fuera enviado a Roma como embajador, era un excelente arpista. Otro español y magnífico músico, Francisco Peñalosa, trabajó en el coro papal, donde medio siglo más tarde Palestrina sentaría las bases de la música moderna. Además, Isabel no solía viajar nunca sin su acompañamiento de músicos. Su capilla contaba con más de cuarenta expertos cantores[8], aparte de los organistas y los que tocaban el clavecín, el laúd, el violín, la flauta y otros instrumentos. En tiempos de guerra, la reina se los llevaba consigo al campamento. Y durante su reinado se interpretaba música incluso en los autos de fe –un hecho nada sorprendente si recordamos

que para un español la palabra «auto» sugería más la reconciliación de un penitente con la Iglesia de Dios que su ejecución–. Por orden de Isabel, se reunió en el Alcázar de Segovia una gran colección de «cancioneros» y de otras composiciones musicales.

Desde aquel momento, la Isabel de la cruzada contra los moros dejó paso a su otra vertiente: la de administradora justa y capacitada. Así, la reina promulgó una pragmática prohibiendo la ostentación y los gastos excesivos en los funerales, porque era absurdo que un cristiano que creía en la inmortalidad del alma dilapidara tanto dinero en «cosas vanas y transitorias». Se dedicó a iluminar manuscritos y continuaba confeccionando con agrado las camisas de Fernando. Cuando se enteró de la relajación que reinaba en cierto convento, trasladó hasta él su rueca y pasó un día entero hilando para dar ejemplo a las monjas: un precedente –aunque en distinto grado– de las reformas llevadas a cabo por Santa Teresa de Ávila una generación más tarde. Isabel procuraba además que los altos cargos eclesiásticos estuvieran siempre ocupados por sacerdotes santos y eruditos. Y sus juicios acerca de las personas que la rodeaban raramente solían estar equivocados.

Fue en esta época, nada más acabar la cruzada, cuando Isabel conoció al fraile franciscano Jiménez de Cisneros y lo situó en el camino que lleva a la grandeza. Después de convencer a Fray Hernando de Talavera, su confesor favorito, de que aceptara primero el obispado de Ávila y, tras la rendición de Boabdil, el nuevo arzobispado de Granada, se halló en la necesidad de encontrar un nuevo director espiritual que pudiera acompañar a la Corte en sus múltiples traslados. Y pidió al Cardenal Mendoza que le recomendara a alguno. El Cardenal mencionó entonces a Jiménez, un monje que había estado cumpliendo para él una serie de misiones en la ciudad de Toledo.

Jiménez, hijo de una familia de escasos recursos, recibió, como tantos otros, educación gratuita en la Universidad de Salamanca; y, después de graduarse con excelentes resultados, fue enviado a Roma a continuar sus estudios. Era un hombre enormemente ambicioso. A su regreso a España traía consigo una carta del Papa por la que se le concedía el primer beneficio que quedara vacante en la diócesis de Toledo, que resultó ser el de Uceda. Pero el Arzobispo Carrillo, que se la había prometido a un amigo suyo, encerró a Jiménez en la cárcel y allí lo dejó seis años[9]. El largo aislamiento padecido hizo de aquel joven un humilde y tranquilo asceta que acabó profesando en los Observantes, la rama más rigurosa de la orden franciscana. Por entonces, Carrillo ya había muerto; Mendoza reconoció de inmediato la valía de

Jiménez e hizo buen uso de ella.

Cuando Isabel lo nombró su confesor, el fraile aceptó con cierta renuencia, pues el brillo de la Corte no le atraía en absoluto. Sin embargo, con el tiempo demostraría ser tan digno sucesor de Talavera que la reina comenzó a planear su entrada en la jerarquía eclesiástica. Resultaba obvio que el Cardenal Mendoza no viviría mucho tiempo más. Durante su última enfermedad, Isabel le visitó para consolarlo y recibir sus postreros consejos sobre el futuro gobierno del reino. Tras una larga conversación, Mendoza sugirió a Jiménez como su sucesor. Le recordó también que, en manos de cualquier otro noble como Carrillo, la sede de Toledo, con sus ingentes rentas, se convertiría prácticamente en rival de la Corona y fuente de multitud de males para la Iglesia y el Estado. Y aconsejó a la reina que procurara nombrar siempre a hombres de clase media que hubieran demostrado su valía.

El Cardenal falleció a principios de 1495; entonces Isabel sorprendió a la Corte con el anuncio de que tenía el propósito de solicitar del Papa el nombramiento del humilde Jiménez. Evidentemente, la opinión del rey en cuanto al sucesor de Mendoza era completamente distinta; de hecho, le había prometido el cargo a su hijo natural, Don Alonso de Aragón, quien demostrara su talento como arzobispo de Zaragoza. Pero Isabel, cuyas capitulaciones matrimoniales le concedían el derecho de efectuar los nombramientos eclesiásticos del reino de Castilla, rechazó indignada su candidatura; y, a menos que la naturaleza humana no sea tan variable como parece, seguramente en aquella ocasión Su Majestad se vio obligada a recordar más de un asunto que hubiera preferido olvidar. Además de Alonso, Don Fernando tenía otros tres hijos ilegítimos. Doña Juana, hija de una dama de la localidad catalana de Tárraga, se casaría más tarde con el Condestable de Castilla. Sus otras dos hijas profesaron en un convento y murieron siendo prioras de Santa Clara de Madrigal. Isabel había acogido con amabilidad a Doña Juana en la Corte, pero se negó a considerar siquiera la posibilidad de que Don Alonso ocupara la sede de Toledo. Y envió al Papa el nombre de su candidato.

La bula papal con el nombramiento de Jiménez llegó a Madrid en la Cuaresma de 1495. El Viernes Santo, después de confesar, como de costumbre, con Don Francisco, le citó para una audiencia; conversó brevemente con él y luego le entregó un pergamino lacrado, diciendo:

«Reverendo Padre, por estas letras veréis cuáles son las órdenes de Su

Santidad».

Jiménez, siguiendo una antigua costumbre, besó el pergamino con reverencia; pero, al abrirlo y ver escritas las palabras «A nuestro venerable hermano Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo electo de Toledo», se puso pálido y, devolviéndole la bula a Isabel, le dijo con aspereza:

«No es para mí esta carta».

Y salió sin más ceremonias.

«Venid, hermano», le dijo a su amigo Ruiz, mientras emprendía el camino de Ocaña, «salgamos de aquí lo antes posible»[10].

Fueron necesarios seis meses de ruegos y súplicas por parte de la reina y de varios amigos de Jiménez, e incluso una segunda bula del Papa Alejandro en la que se le ordenaba regresar, para que el fraile aceptara. Por fin, la consagración tuvo lugar en Tarazona, en presencia de los reyes, el 11 de octubre de 1495.

Después del nombramiento, Cisneros continuó vistiendo su tosco hábito de algodón, durmiendo sobre una tabla desnuda y alimentándose con el simple refrigerio conventual. Solamente –y debido a la insistencia de la reina y del Papa– accedió a llevar la lujosa vestimenta propia de su cargo cuando celebraba Misa en la catedral. Sus enemigos –y eran muchos los que se había ganado desde su nombramiento– vieron en ello una prueba de que la seducción del poder había hecho mella en el fraile; cierto domingo, un joven y envidioso franciscano pronunció ante Cisneros un enérgico sermón en contra del vano orgullo de algunos eclesiásticos que, tentados por la ambición de poder, habían traicionado los principios del Pobrecito de Asís. Terminada la Misa, Jiménez mandó llamar al sacerdote y lo recibió a solas en la sacristía; en silencio, el fraile comenzó a despojarse de sus vestiduras. Bajo las sedas y brocados de oro, el sacerdote pudo ver una burda tela de saco atada con el cordón de San Francisco; y, debajo de ésta, sobre el cuerpo, nada más que una tosca camisa. Jiménez sonrió y salió de la sacristía, dejando a su detractor anegado en lágrimas.

Tal era el hombre que guió la conciencia de Isabel desde 1492 hasta el final de su vida. Con ayuda de la reina, Cisneros logró la unidad de los franciscanos españoles, a quienes ciertas disputas en relación con la Regla habían dividido en conventuales y observantes; e impuso una severa disciplina al clero de su diócesis –lo cual supuso el inicio de una reforma que acabó extendiéndose por toda España, salvándola de las cruentas guerras civiles que muy pronto asolarían la Europa del norte–. Jiménez auspició

también el campo de la enseñanza. Dedicó ocho años de su vida a la creación de la Universidad de Alcalá, trayendo para ello a algunos profesores de Salamanca e introduciendo una importante innovación: eran los estudiantes, y no el claustro de profesores, los encargados de elegir al rector. Uno de sus principales logros fue la edición de la *Biblia Poliglota Complutense*[11], que comprendía todos los textos conocidos de la Sagrada Escritura en las distintas lenguas. Para tan ardua y complicada empresa contrató a los principales eruditos europeos; y, ayudado por el Papa León X, obtuvo la traducción de todos los manuscritos existentes en el Vaticano y en las bibliotecas de varios conventos e iglesias italianas. Como el arte de imprimir estaba dando aún sus primeros pasos, tuvieron multitud de problemas con las lenguas muertas, sobre todo con el hebreo; y Cisneros no descansó hasta conseguir que una fundición vinculada a la Universidad fabricase para él los moldes tipográficos que necesitaba. Fueron muchos años de trabajo; Cisneros no tuvo en sus manos una copia completa de la Biblia hasta los últimos meses de su vida[12].

Tras la muerte de Isabel, fue Jiménez quien evitó una guerra civil propiciando la paz entre Fernando y Felipe el Hermoso; ocupó también el cargo de Inquisidor General; la muerte de Fernando le convirtió en regente y, durante esta época, dirigió con sabiduría los destinos de la nación; consiguó salvaguardar la recién ganada unidad española; y envió a África un ejército, sufragado por él mismo, para conquistar varias ciudades moras. Y no obtuvo por todo ello más que la ingratitud del joven Carlos V, quien al acceder al trono despojó inmediatamente de su cargo al primer gran ministro de la Historia española. Pedro Mártir de Anglería escribió a propósito de Jiménez: «Era un Agustín por su preclara inteligencia; un Jerónimo en sus penitencias; un Ambrosio en su celo por la Fe».

Pedro Mártir fue otro de los protegidos de Isabel. En 1487 abandonó Italia para visitar España, invitado por el Conde de Tendilla; más tarde formaría parte del ejército de la cruzada, por lo que decía: «He abandonado a las Musas por Marte». Isabel, que sabía de su piedad y erudición, le contrató como tutor del príncipe Juan; y, tras la caída de Granada, organizó una escuela, similar a la Schola Palatina de Carlomagno, para el príncipe y sus jóvenes compañeros. Al principio, el desaliento de Pedro resultó más que palpable. «Como sus antepasados, mis alumnos tienen las letras en muy poca estima», escribió. «Las creen un obstáculo para la carrera de armas, la única que consideran digna de honor». Pero la reina se mostraba tan inflexible con

la disciplina de sus hijos como en el afán de acabar con la herejía o conquistar a los moros. Insistió en que aprendieran latín; y lo hicieron con tanto éxito que la princesa Juana era capaz de pronunciar en latín discursos improvisados, mientras que Erasmo dijo de Catalina –Catalina de Aragón– que era «un milagro literario en su sexo». Pero fue el príncipe Juan, «mi ángel», quien alentó las primeras esperanzas de su tutor.

Pedro se las arregló para hacer agradables sus enseñanzas, de modo que se amoldaran a los ideales caballerescos de aquellos hijos de cruzados. En septiembre de 1492, estando la Corte en Zaragoza, escribió: «Mi casa está todo el día llena de jóvenes nobles que, alejados de vulgares distracciones para dedicarse al estudio, están ahora convencidos de que las letras, lejos de ser un obstáculo, son más bien una ayuda en la carrera de armas... Ha complacido mucho a nuestra real señora, modelo de todas las mayores virtudes, que tanto su primo hermano, el Duque de Guimaraes, como el joven Duque de Villahermosa, sobrino del rey, pasen todo el día en mi casa; un ejemplo que han seguido los principales caballeros de la Corte»[13]. Cuando, en 1488, Pedro hizo una lectura de Juvenal en la Universidad de Salamanca, eran tantos los alumnos que intentaron ayudarle a subir a la cátedra que le fue casi imposible llegar a ella. Como la lección durara más de dos horas y media, algunos estudiantes se entretuvieron dibujando, para lógica irritación del maestro. Pero al finalizar Pedro, el público presente lo llevó en hombros hasta su alojamiento «como a un vencedor de los Juegos Olímpicos».

Pedro Mártir era un hombre elocuente. Pero, más que esto, lo que llamó la atención de la reina fue su franca desconfianza hacia el arte de la elocuencia. Pedro veía un serio peligro en la admiración incondicional que muchos sentían por la cultura greco-romana. «La elocuencia», escribió, «está al servicio de las almas; pero, si el alma está pervertida, utilizará la elocuencia como un veneno que corrompe las costumbres. Nadie debería dedicarse al estudio de la elocuencia sin hacerse antes un hombre virtuoso y haber aprendido a vivir bien lo mismo que a hablar bien».

Bajo la tutela de un filósofo como éste, el príncipe Juan progresaba rápidamente tanto en el ejercicio de las virtudes como en los deberes de un futuro rey. Con el fin de lograr una mejor preparación para el glorioso destino que parecía aguardarle, la reina le proporcionó una casa de su propiedad, de cuyos gastos le hizo responsable y donde el joven vivía con otros diez compañeros, igual que un pequeño monarca rodeado de su Corte. En fechas determinadas, la reina enviaba letrados y hombres de Estado para que

formaran Consejo con él –como si se tratara del gran Consejo de Castilla–; entonces el príncipe formulaba sus preguntas y juzgaba asuntos reales o imaginarios.

Isabel se sentía orgullosa de él, aunque sus ambiciones eran bastante más modestas que las de Fernando. Ella se contentaba con verle regir una España unida, próspera, libre y cristiana. Pero Fernando ya empezaba a imaginar a sus descendientes estrechando lazos con la casa de Austria para convertirse en herederos del Sacro Imperio Romano. Por eso, había prometido a Juan y a Juana con los herederos del emperador Maximiliano y se esforzaba por todos los medios en evitar el dominio de Francia sobre Europa. Albergaba además la idea de una Italia unida bajo la autoridad de un príncipe de su familia.

«No se le puede reprochar nada», escribió Giucciardini[14], «que no sea su falta de generosidad y el incumplimiento de sus promesas». Aunque no carece de fundamento, dicho juicio parece excesivamente severo. La falta de generosidad de Fernando no se debía tanto a su inclinación natural como a los ambiciosos proyectos que albergaba. Ciertamente, no se dedicaba a atesorar dinero, como hizo Enrique VII. «Contrariamente a lo que la gente cree», escribió Pedro Mártir, «(Fernando) murió pobre». Aunque sin duda carecía de la liberalidad de Isabel. «Cuando el rey y la reina discutían sobre la recompensa adecuada a un servicio determinado, ella por su parte solía dar siempre algo más que la suma decidida por ambos», dice Lucio Marineo[15].

Si en alguna ocasión el rey rompió la palabra dada, en general la culpa se debe hacer recaer sobre quienes intentaron engañarle y no lo consiguieron. Fernando trataba con profesionales de la mentira tales como Luis XI, Enrique VII, Ludovico Sforza y Felipe el Hermoso; y se enfrentó a ellos con sus mismas armas. En cuanto el rey actuaba más inteligentemente que ellos, se apresuraban a denunciarlo sin ningún escrúpulo.

Fernando e Isabel tenían contratados de forma permanente a varios secretarios y solían mandar hacer tres copias de cualquier mensaje importante que desearan comunicar, enviándolas con sendos correos que seguían rutas diferentes. La mayoría de los mensajes estaban redactados en clave. Bergenroth comete un error[16] al atribuir a Almazán, uno de los secretarios de los reyes, la introducción en España del lenguaje cifrado; de hecho, ya en 1478 Fernando lo empleaba con frecuencia en las cartas dirigidas a su padre[17].

Una muestra típica de los mensajes en clave es la siguiente nota, enviada por Isabel en 1491 al Dr. Puebla, en Londres:

«Tras considerar la cuestión de si la ciudad de 102 (Granada) debe ser 90 (conquistada) o 39 (no) 90 (conquistada), estamos construyendo una 188 (fortaleza) allí (Santa Fe) con el propósito de reunir buenas 97 (tropas) y todo lo necesario para 94 (sitiar) 102 (Granada) o al menos vigilarla tan de cerca que 39 (no) sea necesario 94 (sitiarla) por el momento»[18].

El genial converso Almazán , uno de los últimos secretarios de Fernando e Isabel, perfeccionó un sistema tan complicado que no fue descifrado por entero hasta la segunda mitad del siglo XIX. En uno de sus lenguajes codificados a cada letra le corresponden 50 símbolos. Y en otro los signos son tan numerosos que para desentrañarlo se necesita un auténtico diccionario. Cada vocal contaba con cinco símbolos equivalentes; y a cada consonante le correspondían otros cuatro. Además, con frecuencia se entremezclaban palabras que no significaban nada. La palabra «enviando», por ejemplo, se escribía del siguiente modo: «DCCCCLXVIIII, le, N.O, γ malus, ç». «Malus» carecía de significado. El resto de los símbolos equivalían a en, vi, a, n, d, o.

Fue valiéndose de tan necesarias precauciones como la sutil y previsora diplomacia de Fernando logró aventajar a Luis XI, tejiendo una red de la que muy pocos contemporáneos lograron escapar por completo y de cuyas consecuencias el mundo moderno aún no se ha librado del todo. Fernando, por ejemplo, logró sentar las bases de la unión entre Inglaterra y Escocia sugiriendo a Enrique VII que diera a Jacobo IV la mano de su hija María –cosa que hizo con intención de aplacar la ira de Jacobo IV por haberle negado el matrimonio con una princesa española–. Enrique, un advenedizo cuya permanencia en el trono era bastante insegura, necesitaba el apoyo tanto de Fernando como de Jacobo. Y, para librarse de este último, que defendía al candidato inglés Perkin Warbeck, accedió a ello con cierta renuencia. Uno de los resultados del matrimonio entre María y Jacobo sería su desgraciada nieta María Estuardo, cuyo hijo gobernó Gran Bretaña con el nombre de Jacobo I. Una secuencia histórica propiciada por el rey Fernando –apoyado por Isabel– quien había prometido a una de sus hijas con Jacobo IV y más tarde descubrió la conveniencia de romper dicho compromiso. Era además algo absolutamente necesario para el momento en que tuviera que mostrarse amigo de Enrique VII: se avecinaban importantes acontecimientos y en ellos Fernando había asignado a Enrique un papel muy concreto.

XXVII
CARLOS VIII DE FRANCIA
LA TRAMA Y LA CONTRATRAMA
INTENTAN ASESINAR AL REY

En 1492 Europa era un tablero de ajedrez: una invitación a la que un hombre del talento de Fernando difícilmente podía resistirse. Del incipiente Renacimiento y la decadencia del feudalismo comenzaba a surgir un nuevo concepto político, un nacionalismo que asumía la forma de monarquía absoluta y que, en general, adoptó los cínicos principios formulados por Maquiavelo. Este absolutismo real empleó dos hallazgos del Renacimiento –la pólvora y la imprenta– para conseguir el poder y más tarde conservarlo; ignorando que estos mismos descubrimientos acabarían destruyéndolo. Era un despotismo lleno de amenazas para la Iglesia, incluso cuando la protegía; es más: sin este poderoso apoyo, la revuelta luterana no habría pasado de constituir un fenómeno pasajero sin importantes consecuencias históricas e Inglaterra habría continuado formando parte de una sociedad relativamente homogénea. Pero probablemente Fernando no previó los riesgos latentes en el cesarismo que con tanto éxito empleó en España. Lo que sí vio claramente fue que, bajo el reinado del miserable, pero sagaz Enrique VII, Inglaterra se estaba convirtiendo en una potencia con la que era necesario contar. Y constató con cierta alarma cómo el nuevo despotismo político francés amenazaba con perturbar la paz y el equilibrio de toda la Cristiandad. El cetro de Luis XI había ido a parar a manos peligrosas.

Por entonces Carlos VIII tenía 22 años; era un joven raquítico de rostro escuchimizado en el que la nariz aguileña parecía superpuesta; su desproporcionado labio inferior sombreaba una barba rala; los gruesos párpados cubrían unos ojos habitualmente tristes. Hombre de débil voluntad, era, no obstante, enormemente obstinado... e ignorante; porque su padre le dejó crecer sin enseñarle prácticamente nada de latín, a excepción de la máxima *«Qui nescit dissimulare, nescit regnare»*, y poco más. Carlos encontró una compensación a su ineptitud concibiendo proyectos de tal magnitud que el ponerlos en práctica quedaba fuera de sus posibilidades. Le gustaba pensar en sí mismo como en un César o un Carlomagno; y se

imaginaba conquistando el Santo Sepulcro de Jerusalén. Pero en el celo de cruzado de Carlos había una fuerte dosis de intereses personales muy poco compatibles con el espíritu que animara a Ricardo Corazón de León o a San Luis. Sus sueños de restaurar y proteger las glorias de la Cristiandad se mezclaban con la forma más despreciable de imperialismo. Y su imaginaria epopeya del viaje a Jerusalén comprendía, al parecer, la conquista del reino de Nápoles «en passant». A través de la casa de Anjou, Carlos había heredado unos derechos más que dudosos al trono de Nápoles.

La débil personalidad de Carlos encontró un fértil campo de cultivo en la fragilidad política de la Italia renacentista. Después de que Ferrante de Nápoles sitiara Roma durante la guerra de los barones y echara en saco roto todos los esfuerzos de Isabel y Fernando por propiciar la paz, el Papa Inocencio VIII estaba tan dispuesto a acabar con aquella desgraciada situación que siguió el consejo del Cardenal Giuliano y solicitó la protección de Carlos. En mayo de 1486, Carlos envió a Roma nuevos embajadores para pedir su investidura como soberano de Nápoles. Los enviados de Isabel y Fernando intentaron por todos los medios frustrar sus esperanzas. En el transcurso de un consistorio, el Cardenal Borgia y el Cardenal francés Baule sostuvieron una violenta discusión. Por fin, y en gran parte merced a los esfuerzos de los españoles, se convenció a Ferrante para que firmara la paz.

Al cabo de unos pocos meses, sin embargo, Ferrante asesinó al enviado del Papa y expulsó sus tropas de Aquila. Y, alentado por el rey de Hungría, una vez más desafió abiertamente al Papa. Entonces Inocencio pidió a Carlos VIII y al emperador Maximiliano, con quien acababa de firmar un tratado de paz (julio de 1489), que restablecieran el orden en Italia y luego organizaran a toda la Cristiandad en una cruzada contra los turcos, que estaban realizando nuevas conquistas en el Este. Ambos monarcas rehusaron la oferta, de modo que Inocencio amenazó con abandonar Italia a sus propias rencillas. Cuando parecía inevitable un segundo exilio en Aviñón, el Papa cayó súbitamente enfermo de gravedad.

Durante el otoño de 1489, prácticamente recuperado, Inocencio continuó planeando su cruzada; y en 1490 convocó en Roma un gran congreso de toda la Cristiandad. El año anterior, el Gran Maestre de los Caballeros de San Juan le había enviado un valioso prisionero, el príncipe Dschem, hermano rebelde del Sultán de Turquía, a quien la sola idea de su liberación le hacía vivir en perpetuo temor. En el congreso de 1490, Dschem prometió que, si obtenía el sultanato con la ayuda de los cristianos, sacaría de Europa a las tropas turcas

y entregaría Constantinopla. Los audaces planes de Inocencio pretendían conseguir por medio de la diplomacia lo que la Cristiandad no había logrado con las armas; pero sus esfuerzos se vieron abortados por el egoísmo de los príncipes cristianos. Carlos y Maximiliano reemprendieron sus antiguas disputas y el congreso se convirtió en una querella constante. En el transcurso de aquellas sesiones, Venecia, por su parte, olvidándose del bien de la Cristiandad en beneficio de sus propios intereses comerciales, mantenía al Sultán informado de todo el plan.

Enfermo y decepcionado, el Papa Inocencio VIII murió el 25 de julio de 1492.

La elección del siguiente pontífice fue la más desafortunada de los anales de la Iglesia Cristiana. Carlos VIII envió 200.000 ducados a un banco italiano para financiar la elección del Cardenal Giuliano. Nápoles y Milán andaban a la greña por culpa de sus respectivos candidatos. Siguiendo la indicación de Fernando e Isabel, Ferrante de Nápoles propuso a Pedro González de Mendoza, Cardenal de España. Pero las inmensas riquezas del Cardenal Borgia acabaron inclinando la balanza a su favor. Borgia ganó por un único voto: el del Cardenal Gherardo, un anciano de 95 años aquejado de demencia senil.

La reina Isabel se sintió terriblemente decepcionada. «Comenzaban para la Iglesia Romana días de calamidades y confusión», comenta Von Pastor; «se estaban cumpliendo las proféticas palabras de Savonarola». Savonarola: aquel pequeño dominico de tez cetrina con nariz de águila y mirada penetrante, que había desairado a Lorenzo el Magnífico y quemado las obras de arte paganas de Florencia; y cuya voz predicando la humillación y la reforma de la Iglesia, y el castigo de Italia por sus pecados, había vibrado en el orbe entero.

El nuevo Papa, que tomó el nombre de Alejandro VI, prometió ser un padre para la Cristiandad, mantener la paz y unir a Europa contra los musulmanes. Cosas que, evidentemente, tenía intención de hacer; y había muchos que esperaban de él una reforma de su vida personal y la aplicación de su innegable capacidad al servicio de los grandes problemas que su cargo implicaba. Pero no tardó en demostrarse que Alejandro había olvidado todos sus propósitos para dedicarse abiertamente a la misión de hacer de sus hijos personajes ricos e influyentes. La gente empezó a recordar el sueño que Savonarola había tenido en Adviento, en el que vio en medio del cielo una mano blandiendo una espada con la siguiente inscripción: *«Glaudius Domini*

super terram cito et velociter».

En la primavera de 1493, Fernando e Isabel enviaron a Roma al Conde de Haro para que rindiera obediencia al Papa en su nombre. De acuerdo con lo que cuenta Infessura –cuyo testimonio no es demasiado fiable–, siguiendo una indicación de los reyes el Conde protestó por la protección que Alejandro ofrecía a los nuevos cristianos que huían de la Inquisición. Es un hecho que, a lo largo de todo su pontificado, la actitud de Alejandro hacia los fugitivos y sus descendientes fue tan favorable que en España se le conocía como «el judío» o «el marrano». Al igual que Inocencio VIII, Alejandro siguió el espíritu de la bula de 2 de agosto de 1483, dictada por Sixto IV, en la que se insistía en que se admitiera la reconciliación de todos los conversos y no se les negara nunca el derecho de acudir a Roma –lo cual constituye buena prueba de que la bula de Sixto IV jamás llegó a considerarse nula o derogada–. Y es preciso señalar también que tanto los actos como los documentos oficiales del Papa Alejandro VI relativos a asuntos de fe y moral se mantuvieron siempre dentro de la ortodoxia.

Alejandro no se dejó dominar por la fuerte personalidad del Cardenal Giuliano. Tampoco compartía las ambiciones de Carlos VIII. Giuliano, sin embargo, se trasladó rápidamente a París para instar al joven monarca a invadir Italia. Ludovico Sforza, regente del Duque de Milán, le envió también una urgente invitación al respecto: Ludovico necesitaba la ayuda de Carlos en contra de Ferrante de Nápoles y no tuvo la suficiente perspicacia para meditar el consejo de un diplomático, que le dijo: «Después de comer con el rey de Nápoles, el rey de Francia cenará con vos». Pero quizá el amigo de Carlos que contaba con más influencia en Italia fuera Savonarola, quien aclamaba al monarca como «defensor de Dios».

El rey Fernando de Aragón y Castilla vio en todo ello una magnífica oportunidad. Aún no había olvidado que el Rosellón y la Cerdaña continuaban en manos de los franceses; y, antes de marchar a Barcelona para pasar el invierno de 1492-93, renovó su petición de que le fueran devueltos. Se trataba de un momento especialmente favorable, porque Carlos acababa de rechazar a la hija de Maximiliano, Margarita, para casarse con la prometida de éste, Ana de Bretaña, y necesitaba ayuda. Tal vez los soberanos españoles pudieran derramar un poco de bálsamo sobre la doble herida infligida al emperador... Además, Carlos estaba casi decidido a cruzar los Alpes, dejando así sus fronteras expuestas a una posible invasión por parte de Fernando, cuyos expertos veteranos de la guerra contra los moros no tenían nada que

hacer en aquel momento. Por ello, el monarca, antes de embarcarse hacia su aventura italiana, decidió comprar a Isabel y a Fernando. Mientras éstos estaban en Barcelona, Carlos envió una serie de legados con el fin de ganarse su amistad. Las cosas no podían presentarse mejor para los reyes españoles.

El resultado de aquellas conversaciones fue el Tratado de Barcelona, firmado el 8 de junio de 1493. Carlos accedía a devolver el Rosellón y la Cerdaña, renunciando al cobro de los 200.000 ducados que su padre prestara a Juan II de Aragón. Fernando prometía no oponerse, sino ayudar en todo lo posible, al loable plan de Carlos de organizar una nueva cruzada para la reconquista de Jerusalén, simulando no darse cuenta de que el auténtico objetivo era la toma de Nápoles, y no la del Santo Sepulcro. Además, los soberanos españoles se comprometían a «asistir al rey de Francia contra todos sus enemigos sin excepción, y particularmente contra los ingleses, antiguos enemigos de Francia». De hecho, debían prestarle su ayuda en contra de cualquier nación del mundo, a excepción del Santo Padre.

En ese mismo tratado Fernando e Isabel comprometían su palabra real y su fe de cristianos a no concertar, ni permitir que nadie concertara el matrimonio de ninguno de sus hijos con cualquier miembro de las familias reales de Austria e Inglaterra sin obtener antes el permiso de Carlos[1].

Entretanto, Fernando e Isabel, sin prisa, comenzaron a tomar algunas precauciones por su cuenta. Isabel dictó una ley prohibiendo que ninguno de sus súbditos, bajo pena de muerte, montara en mula[2]. Esta costumbre, tomada de los moros, había estado a punto de costarles la reconquista, porque resultó tremendamente difícil reunir una caballería de 10.000 jinetes en una nación en la que 100.000 hombres estaban acostumbrados a conducir mulas. «Hicieron al comienzo tales ejecuciones sobre ello las justicias del Rey, que se tuvo y mantuvo en tal manera que Duques, Condes y Marqueses y todos los otros señores la tuvieron y mantuvieron todo el tiempo que vivió la Reyna Isabel»[3]. De este modo, la reina pretendía disponer de una caballería para futuras guerras.

Pero, mientras Fernando se dedicaba a recuperar su patrimonio y arrojaba a Carlos en medio de la red de intrigas italianas, ocurrió un incidente que a punto estuvo de desbaratar todos sus planes. Como cualquier otro monarca castellano, el rey tenía costumbre de presidir cada viernes un tribunal de delitos civiles y criminales donde los más necesitados pudieran obtener justicia gratuitamente y sin convertirse en víctimas de la codicia e hipocresía de algunos letrados. Naturalmente, dichas audiencias eran públicas; ese día,

el rey solía encontrarse asediado por los demandantes. Uno de estos viernes, víspera de la Inmaculada Concepción, después de estar examinando pruebas y pronunciando las correspondientes sentencias desde las ocho de la mañana, se levantó de su asiento a las doce y bajó la escalera que conducía a un espacio abierto conocido como la Plaza del Rey. Le acompañaba su tesorero Gabriel Sánchez; abajo le esperaban un buen número de caballeros y ciudadanos. En el momento en que Fernando ponía el pie en el último escalón, y mientras giraba la cabeza para comentarle algo a Sánchez, un hombre que aguardaba oculto en una esquina se abalanzó sobre él y le golpeó por detrás con un machete, infligiéndole una profunda herida desde la coronilla hasta la oreja y del cuello a los hombros. Si el rey no hubiera vuelto la cabeza en ese preciso instante, la hoja se habría hundido desde el cráneo hasta la espalda; en todo caso, la cuchillada era muy peligrosa. Llevándose las manos a la cabeza, gritó: «¡Santa María, val!»[4], mientras los presentes, a quienes la sorpresa había inmovilizado, se limitaban a observar.

En medio de la plaza se alzaron voces de «¡Traición! ¡Traición!»; y una docena de personas se arrojó sobre el asesino al tiempo que un paje sacaba un puñal, dispuesto a acabar con él. Fernando, que había recobrado el autodominio, gritó: «¡No muera ese hombre!». Entonces los guardianes se llevaron al agresor a prisión[5]. Toda la ciudad estaba alborotada.

La primera noticia que tuvo Isabel del incidente fueron los gritos de la multitud que le llegaban desde fuera del palacio. «¡Mataron al Rey! ¡Muerto es el Rey!».

Cortesanos, mercaderes y marineros echaron mano a sus armas y se lanzaron a las calles, gritando unos, llorando otros, algunos maldiciendo y denunciando a los culpables. «¡Francés es el traidor!», clamaban unos. «¡Navarro es el traidor!», decían otros. «No es si no castellano», comentaban los catalanes. Y los cortesanos de Castilla replicaban: «No es si no catalán». Las disputas habrían acabado en una sangrienta batalla callejera de no ser porque alguien tuvo la suficiente presencia de ánimo para enviar a un heraldo con el siguiente anuncio: «¡Vivo es el Rey! ¡Vivo es el Rey!».

El siguiente rumor que se extendió fue el de que los conspiradores pretendían atentar también contra la vida de la reina Isabel, el príncipe y las princesas. Algunas galeras del puerto estaban preparadas para zarpar y la reina ordenó que sus hijos embarcaran en ellas. Pero el interrogatorio efectuado al prisionero, Juan de Canamás, reveló que se trataba –en palabras de Bernáldez– de un «loco imaginativo y malicioso» que actuaba por propia

iniciativa: un campesino feo y contrahecho, uno de tantos como Fernando había liberado de la servidumbre. Canamás declaró que el demonio le había comunicado al oído que él era el auténtico heredero de Aragón; que el rey le había usurpado lo que le pertenecía; y que, acabando con Fernando, recobraría su título.

Aunque el rey tenía intención de conceder la libertad al lunático, los nobles de Barcelona, consternados por el incidente y deseando mostrar su desaprobación por el atentado infligido al monarca, insistieron en que se le condenara a la pena máxima por traición. «Fué puesto en un carro y traido por toda la ciudad y primeramente le cortaron la mano con que le dió al Rey, y luego con tenazas de hierro ardiente le sacaron una teta y después le sacaron un ojo, y después le cortaron la otra mano, y luego le sacaron el otro ojo, y luego la otra teta, y luego las narices, y todo el cuerpo le abodocaron los herreros con tenazas ardiendo, e fuéronle cortando los pies y después que todos los miembros le fueron cortados, sacáronle el corazón por las espaldas y echáronle fuera de la ciudad, lo apedrearon, e lo quemaron en fuego e aventaron la ceniza al viento»[6]. En esto consistía la condena. Pero Isabel envió a un monje para que absolviera al reo; y ordenó que se le estrangulara antes de llevar a cabo tan bárbara sentencia.

Durante varios días el estado del rey continuó siendo crítico; tenía mucha fiebre y existía el peligro de una hemorragia. La reina, al borde de la desesperación, permanecía día y noche junto a su lecho. Una inmensa multitud hacía guardia a las puertas de palacio; y cuando el rey, después de parecer curado, sufrió una recaída, de nuevo se extendió el rumor de su muerte, por lo que se vio obligado a asomarse a una ventana para disipar los temores del pueblo. Más tarde se hizo evidente que el monarca viviría; entonces la gente comenzó a cumplir todas las penitencias y peregrinaciones que habían prometido por su recuperación. Algunos andaban descalzos por las calles; otros se llegaban a iglesias y santuarios caminando de rodillas.

El día del atentado contra Fernando se escucharon los tañidos de la milagrosa campana de Villela, a escasa distancia de Zaragoza, cuyo sonido anunciaba siempre algún desastre para la casa real de Aragón: era la quinta vez que se oía desde la conquista de los moros, ocho siglos antes. Pero Fernando acabó por recobrar la salud, manifestando «que él atribuía aquella pena serle dada por sus pecados»[7].

Durante la enfermedad del rey, Isabel halló cierto consuelo en la correspondencia mantenida con su ex-confesor Talavera, el nuevo arzobispo

de Granada, a quien escribió en estos términos:

«Muy piadoso y reverendo Padre: Como vemos que los Reyes, como los demás hombres, están expuestos a mortales accidentes, es razón para que deban estar siempre preparados para la muerte. Digo esto, aunque no dudé nunca, y he reflexionado mucho sobre ello; porque la grandeza y prosperidad me hacen pensar más, y temer llegar al fin de la vida sin suficiente preparación. Pero hay mucha distancia de la firme creencia de que una cosa ocurrirá a su experiencia concreta. Y como el Rey, mi señor, ha visto la muerte a su mano, la experiencia ha sido más real y más duradera que si yo misma hubiera estado a punto de morir; que ni en el momento de dejar mi alma el cuerpo sufra nada semejante. No puedo decir ni explicar lo que sufrí. Realmente antes que vea la muerte tan cercana de nuevo –y quiera Dios que no sea en un modo semejante–, quisiera estar en otras disposiciones que en las que estaba en ese momento, particularmente respecto a mis obligaciones. Informaos de todos los casos en que parezca que debe darse restitución o satisfacción a personas interesadas, y cómo puede efectuarse esto; enviadme un memorándum de ello, y será para mí la mayor paz del mundo el tenerlo. Y teniéndolo, y conociendo mis deudas, trabajaré para pagarlas».

En una carta posterior corrige algunos detalles de su primer relato acerca del asalto perpetrado contra el rey.

«La herida no era tan grande como el doctor Guadalupe dijo –porque no tuve yo valor para mirarla–, de que penetraba cuatro pulgadas y que tenía doce de largo... Mi corazón tiembla al hablar de ello. Pero Dios, en su misericordia, decretó que la herida no fuese en un sitio donde fuera mortal, dejando sin tocar los nervios y la espina, quedando pronto evidente que no había peligro de muerte. Después, la fiebre y el temor de una hemorragia nos alarmaron; al séptimo día estaba tan bien, que os envié una carta por un correo, aunque se hallaba muy cansado por falta de sueño. Y después del séptimo día tuvo un acceso de fiebre tan grande, que sufrió los mayores tormentos que padeciera. Y eso duró un día y una noche, de la que no diré lo que San Gregorio dice en su oficio del Sábado Santo, sino que fué una noche de infierno; podéis creer, Padre, que nunca se vió tan claro el amor que le tenía el pueblo, porque los oficiales cesaron sus trabajos, y nadie hablaba entre sí. Y en las Iglesias, y en los Monasterios, noche y día, sin cesar, rezaban diez o doce frailes; no puede uno contar todo lo que sucedió.

»Dios, en su bondad, quiso compadecerse de Nos, porque cuando Herrera nos dejó, llevándoos otra carta mía, Su Señoría estaba muy bien, como os lo

dije. Y continúa así, gracias sean dadas a Dios, y ya puede levantarse e ir de un lado a otro. Mañana, si Dios quiere, estará ya presto para montar a caballo, e ir a la ciudad a visitar la casa donde vamos a ir a vivir. Y fué tan grande nuestro placer al verle como lo fuera nuestra tristeza antes; ¡ya hemos vuelto todos a la vida! y todo el mundo llora de alegría.

»No sé cómo dar las gracias a Dios por tal beneficio; muchas virtudes no serían suficientes para hacerlo. ¿Y qué haré yo que no tengo ninguna? Quiera Dios que en adelante le sirva como deba. Vuestras oraciones y vuestros consuelos me ayudarán en esto, como siempre lo he esperado».

El vivo sentimiento que tenía Isabel de sus pecados e indignidad hizo de ella una mujer humilde. La evidencia parece demostrar que sus «pecados», igual que los de Santa Teresa, no eran sino «pecadillos» aumentados por su sensible conciencia: faltas de omisión debidas al esfuerzo puesto en sus graves obligaciones; mentiras pronunciadas en un momento de precipitación o en su trato con rivales carentes de escrúpulos; deudas de guerra impagadas que nadie esperaba satisficiera antes de lo que lo hizo. En lo referente a su moralidad, ni siquiera sus enemigos más acerbos fueron capaces de culparla de nada. Su carácter tenía algo de virginal: un rasgo que conservó hasta el día de su muerte; e incluso sus últimas palabras hacen pensar en la niñita de rubios cabellos que vivía en Arévalo. Es evidente que cometió algunos errores, como todo ser humano; pero, si el pecado es una transgresión deliberada de la propia conciencia, como siempre ha enseñado la Iglesia, entonces se puede afirmar que Isabel fue lo que Washington Irving la llamó: «uno de los personajes más puros y más hermosos de las páginas de la Historia».

El Arzobispo Talavera continuó ejerciendo su prerrogativa de reprender por correo a su real «hija» siempre que se enteraba de lo que en su opinión era un error. A partir de una de las cartas de su ex-confesor, podemos deducir cuán estrechamente examinaba éste la conducta personal de Isabel y con cuánta humildad se comportaba aquella autócrata reina con su director espiritual:

«El pueblo francés está acostumbrado a comer en la mesa con las damas. No han tomado tal costumbre de nosotros, pero cuando los grandes huéspedes comen con los Soberanos, los otros de su séquito comen en mesas en el vestíbulo, con las damas y caballeros, y no hay mesas separadas para las damas. Los borgoñeses, los ingleses y los portugueses siguen esta costumbre, y Nós también la solemos hacer así... Lo digo para que veáis que no hay

innovación en lo que hacemos, y que no creímos hacer nada malo con ello... Pero si encuentro algo malo en ello, como voy a investigar, no se volverá a hacer en lo futuro... En cuanto a las corridas de toros, opino como vos, aunque quizás no con tal firmeza. Pero, después de consentirlas, he tomado la determinación de no asistir a ellas nunca en mi vida, ni estar en donde se vayan a celebrar».

Pero cuando, en cierta ocasión en que recibió a los embajadores franceses, el buen Arzobispo le escribió que le habían llegado informes preocupantes acerca de la suntuosidad de sus vestidos, Isabel se defendió a sí misma con una energía que revela la femineidad de la real penitente. Su vestido no era nuevo –le contestó–, ni tampoco los de sus damas: de hecho, el suyo era «de seda, con tres bandas de oro, lo más sencillo posible». Y ya lo había llevado antes, cuando recibió por primera vez a esos mismos franceses –sin duda, una experiencia humillante para cualquier mujer–. Y, si bien era cierto que algunos trajes masculinos resultaron excesivamente costosos, ella no había ordenado nada en ese sentido; y mucho menos dado ejemplo.

Fue por estas fechas –marzo de 1493–, y mientras la Corte seguía aún en Barcelona, cuando llegaron las primeras noticias de Cristóbal Colón, de quien no se sabía nada desde hacía ocho meses. No se han encontrado las cartas que el Almirante dirigió a los reyes con anterioridad –y es impensable que no les hubiera escrito antes–. Pero el tenor general de sus informes puede deducirse a partir de las cartas remitidas a los dos conversos más influyentes de la Corte: Gabriel Sánchez y Luis de Santángel, quienes con toda seguridad debieron mostrárselas a sus soberanos.

La carta dirigida al astuto Sánchez, tesorero de Aragón, iba firmada por «Cristoforens, Almirante de la Armada del Océano», y comenzaba así:

«Como sé que tendréis placer en oír del éxito de mi empresa, he resuelto enviaros un relato de los acontecimientos de mi viaje y descubrimientos. Treinta y tres días después de mi salida de Cádiz, llegué a los mares de la India, donde descubrí muchas islas, habitadas por gran pueblo. Tomé posesión de ellas en nombre de nuestro afortunado Monarca, con proclamación pública y ondeando sus colores, no ofreciendo nadie resistencia. Nombré a la primera de estas islas San Salvador, dándole el nombre de nuestro Santo Salvador, por cuya protección yo hice el descubrimiento. Los indios la llaman Guanahanyn. Di también nombre a las otras, llamando a la segunda Santa María de la Concepción; a la tercera, Fernandina; a la cuarta, Isabela, y a la quinta Juana. Del mismo modo di

nombre a las restantes. Llegando a la última, que nombré antes, navegué a lo largo de la costa rumbo al Oeste, descubriendo una gran extensión de tierra, que no creo sea una isla, sino el continente de Catay... Estas islas son hermosas en apariencia, y presentan gran diversidad de paisajes. Pueden atravesarse por todas partes, y están adornadas con gran variedad de frondosos árboles, que cuando los vi estaban tan verdes y florecientes como en España en el mes de mayo, algunos cubiertos de flores, otros cargados de fruto, según las diferentes especies y su tiempo de fructificación... El ruiseñor y muchos otros pájaros estaban cantando, aunque era el mes de noviembre cuando yo visité aquella deliciosa región».

Luego menciona de un modo general ciudades, campos, drogas, oro y metales:

«Los habitantes de ambos sexos... van desnudos tal como nacieron, excepto algunas mujeres que llevan una hoja verde en su pecho, o un trozo de algodón o de tela que preparan para tal uso».

Son gente tímida, pacífica, ingenua y honrada, y tan generosa que «dan su algodón y oro, como idiotas, por un pedazo de vidrio, herraduras, cascos y naderías. Prohibí tal tráfico por razón de su injusticia, y les hice donación de muchas cosas útiles que llevaba conmigo, con la intención de conseguir su afecto para que pudieran recibir la fe de Jesucristo y estén bien dispuestos hacia nosotros, e inclinados a someterse a los Reyes, nuestros príncipes, y a todos los españoles, y para que nos proporcionen las comodidades que entre ellos abundan y que necesitamos».

Los indios creían que Colón y sus compañeros eran hombres del cielo y les daban de comer y beber. En la isla de La Española Colón «escogió el lugar para una gran ciudad», a la que bautizó con el nombre de «Navidad». Construyó una fortaleza y dejó en ella una guarnición armada y con provisiones para un año, además de una carabela «después de asegurar la amistad del Rey de aquella porción del país. Esa gente es una raza amable y amistosa, y el Rey se enorgullecía de llamarse a sí mismo mi hermano. Aunque sus sentimientos hacia nosotros cambien, y se vuelvan hostiles, no podrán hacer daño alguno a los que quedan en la fortaleza, porque están desprovistos de lanzas, van desnudos y son muy cobardes; así que los que allí dejé podrán tener toda la isla sujeta sin ningún peligro, si siguen las instrucciones que les di».

En una isla situada detrás de La Española había otros indios; y, aunque sus vecinos conocían su extremada ferocidad –«se alimentan de carne

humana»–, Colón no llegó a verlos nunca. También oyó hablar de otra isla donde los indígenas no tenían pelo, pero sí enormes cantidades de oro. Por último, y en resumen, «me obligo a prometer la adquisición, con una ayuda insignificante de Sus Altezas, de toda la cantidad de oro, drogas, algodón y mastique, de toda la cantidad de áloe, y de tantos esclavos para el servicio de la marina[8], como Sus Altezas necesiten. Y deben los Reyes y Príncipes, y todos sus dominios, así como toda la Cristiandad, dar las gracias a Nuestro Salvador Jesucristo, que nos ha concedido la victoria y tan gran éxito. Que se celebren procesiones y festivales, y los templos se llenen de ramos y flores. Que Cristo se regocije sobre la tierra como lo hace en los cielos, para dar testimonio de la salvación de tantas gentes, antes condenadas a la perdición. Regocijémonos por la exaltación de nuestra fe, así como por el aumento de nuestra prosperidad temporal, en la que no solamente España, sino toda la Cristiandad ha de participar».

Por aquella misma época, otro poderoso converso, Luis de Santángel, «escribano de ración», recibió de Colón una carta muy similar en lo esencial a la de Sánchez y fechada «a bordo de la carabela, fuera de las Azores, 15 de febrero de 1493».

Poco tiempo después, llegaron a la Corte varias cartas remitidas desde Portugal en las que el Almirante explicaba cómo una terrible tormenta le había arrojado hasta el puerto de Lisboa; y, aunque un cronista portugués, sin ocultar su envidia, comenta que Colón acudió allí para jactarse ante el rey Don Juan y mostrarle sus loros y sus indios desnudos, en realidad el héroe, que iba camino de Barcelona para informar personalmente a Sus Majestades, fue recibido con todos los honores que suelen rendirse normalmente a la realeza.

XXVIII
EL REGRESO DE COLÓN
SU DIARIO
LA INVASIÓN DE ITALIA

Colón llegó a la barra de Saltes al amanecer del 14 de marzo de 1493 y entró en el puerto de Palos a mediodía. Se sintió decepcionado al enterarse de que la Corte estaba en Barcelona, a unas seiscientas millas de distancia. No obstante, durante el viaje se vería obligado a atravesar en triunfo un buen número de pueblos y ciudades; y difícilmente se le puede acusar si, después de tantos años de espera y oscuridad, aprovechó al máximo la única oportunidad que se le presentaba de desempeñar el papel protagonista. Las Cortes son crueles y el favor de los reyes variable. Y, si su alma de poeta le susurraba al oído que, tras seis meses de aplausos, caería de nuevo en el olvido, el tejedor que creía haber navegado las aguas de Cipango y las costas de Catay recibió con lógico orgullo las aclamaciones de la gente de Palos; e inmediatamente partió hacia Barcelona, como un conquistador en viaje triunfal, siguiendo la ruta del nordeste y atravesando Sevilla, Córdoba y una docena más de ciudades importantes.

A mediados de abril, Colón entró en Barcelona en medio de una auténtica explosión de júbilo. Multitud de jóvenes caballeros y mercaderes, seguidos de todo el populacho, salieron a las puertas de la ciudad para recibirle, como si se tratara de un romano victorioso que volvía de la guerra. Los primeros en entrar en Barcelona fueron los seis indios traídos de las tierras de Kubla Kan, pintados y adornados con plumas, y temblando de frío. Tras ellos iban los marineros de la tripulación del Almirante con pájaros disecados y loros y animales de las Indias vivos, además de armas y herramientas indígenas. El último era Colón, montado en su caballo, con jubón y calzas de seda, un gorro nuevo de terciopelo y un magnífico manto sobre los hombros: el Almirante de los Océanos acompañado por los caballeros españoles.

Para honrar debidamente al descubridor de nuevas tierras, los reyes ordenaron colocar su trono a la vista de todos, delante de la catedral y bajo un dosel de brocado de oro; y allí lo recibieron, escoltados a un lado por el príncipe Juan y al otro por el Cardenal de España. Cuando Colón se arrodilló

para besarles las manos, ellos le hicieron levantarse. Y permanecieron de pie, como si se tratara de una persona del rango más elevado, rogándole que tomara asiento a pesar de estar en su presencia –una concesión reservada únicamente a príncipes de sangre real–. Si el hijo del cardador de lana –el mismo que antaño se avergonzara de los remiendos de su manto– no hubiera sentido todo el júbilo de aquel momento, no sería un ser humano; a pesar de todo, hizo frente a la situación con enorme dignidad.

Colón resumió brevemente los sucesos descritos en el diario de su viaje, que entregó a Sus Majestades; y, al hablar, su imaginación evocaba no sólo lo que había visto, sino las vagas formas de todo lo desconocido que aún tenía intención de descubrir: el oro y las perlas, las grandes ciudades, los poderosos imperios... Porque las realidades que describía, aunque sorprendentes, resultaban un tanto descoloridas al lado de las promesas que hiciera, basadas en los relatos de Marco Polo y de Sir John Mandeville. Al concluir su explicación, Isabel, Fernando y el príncipe se arrodillaron y, alzando sus manos, dieron gracias al Cielo. La Corte entera siguió su ejemplo y Colón y sus marineros los imitaron, mientras el coro de la capilla real, acompañado de multitud de instrumentos, entonaba el *Te Deum laudamus* y todos se levantaban para atravesar la ciudad en procesión. Seguramente Isabel se sentía satisfecha de que los hechos hubieran confirmado su opinión sobre aquel hombre. Invitó al Almirante a comer con la familia real y le prometió una nueva flota para su segunda expedición. Mientras Colón describía las maravillas de Asia, el príncipe Juan, boquiabierto, no perdía palabra; y al final solicitó que le entregaran como criado a uno de los indios. Su petición fue atendida de inmediato, pero el indio no tardó en morir, porque el clima español era demasiado duro para él. Y los reyes actuaron como padrinos en el bautizo de los indígenas.

Durante un mes entero, Colón continuó siendo el héroe de la Corte. Se le podía ver pasear a caballo con el rey Fernando y el príncipe Juan. El Cardenal Mendoza le invitaba a cenar y se cantaban alabanzas de él en Londres y en Viena, en la Corte del Papa Alejandro VI y sobre todo en Génova. Sebastián Cabot, un compatriota de Colón que emularía su ejemplo, calificó el descubrimiento de «una cosa más divina que humana».

Eran pocos los que dudaban que las islas descubiertas se hallaban cerca del continente asiático; todo daba a entender que la audacia de aquel hombre le había conducido a Oriente navegando en dirección Oeste. Colón había desvelado el gran misterio y demostrado ser quien pretendía: el hombre

elegido por Dios para hacer realidad la profecía de Séneca en el coro de *Medea*. Sin embargo, nadie podía asegurar con absoluta certeza que el Almirante hubiera llegado a las aguas de Asia. En una de las primeras alusiones que se hicieron al descubrimiento en un texto impreso (una *oratio* del Cardenal Bernardino Carvajal, en 1493), encontramos un tono de cierta prudencia al respecto: «Y Cristo colocó bajo su gobierno las Islas Afortunadas, cuya fertilidad se asegura es maravillosa. Y últimamente nos ha descubierto otras desconocidas *hacia las Indias* que pueden contarse entre las cosas más hermosas de la tierra, y que se cree serán ganadas para Cristo por los enviados del Rey».

El diario de Colón, abreviado por su biógrafo y amigo Las Casas (de modo que unas veces hallamos las propias palabras del Almirante en primera persona y otras solamente resúmenes en tercera persona[1]), lo podemos leer hoy día tal y como lo leyó Isabel aquel mes de abril, mientras estaba en Cataluña. En él cuenta cómo puso rumbo a Canarias y luego, el 6 de septiembre, tras efectuar algunas reparaciones, se armó de valor y comenzó a navegar en dirección Oeste. El día 11 vieron flotando en el agua el mástil de un barco de unas 120 toneladas de peso. La noche del 15 observaron «caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas». Al día siguiente lloviznó un poco; pero en adelante disfrutaron de un tiempo apacible. «...era placer grande el gusto de las mañanas», escribió el Almirante, «que no faltaba sino oír ruiseñores... y era el tiempo como abril en el Andalucía». Animaba a los marineros mostrándoles algunas manchas verdes formadas por las algas y diciéndoles: «la tierra firma hago más adelante». El día 17 los marineros fueron presa del terror cuando el Almirante observó, por primera vez en la Historia, la variación magnética de la aguja alejándose del Norte un punto entero. Para tranquilizar a sus hombres el Almirante ideó una ingeniosa explicación: las agujas estaban bien, pero la estrella del Norte, en lugar de permanecer inmóvil (tal y como pensaba todo el mundo), se movía alrededor del polo. ¿Podía haber algo más simple? Entonces «iban muy alegres todos, y los navíos quien más podía andar andaba por ver primero tierra». Vieron atunes y un cangrejo vivo. El Almirante comenta haber visto un «rabo de junco», un tipo de ave que no suele dormir en la mar. El día 19 se posó en la nave un alcatraz; y el Almirante dijo que no solían alejarse nunca de tierra más de veinte leguas, por lo que debería de haber alguna isla cerca. En aquel momento se hallaban en medio del Océano Atlántico.

El viento soplaba constantemente del Este, de modo que los marineros empezaron a pensar que en aquel océano jamás soplaba en otra dirección, por lo que nunca podrían volver a casa y tendrían que seguir navegando siempre hacia el Oeste. Afortunadamente, el viento cambió el día 22. El Almirante, que en todo veía la mano de Dios, dijo entonces: «Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy alarmada». Al día siguiente la mar estaba tan en calma que los marineros comenzaron de nuevo a murmurar entre sí, diciendo que habían llegado a un océano donde no soplaba ningún viento. Y se quedaron atónitos al observar el movimiento de las olas sin un soplo de brisa. El Almirante escribió entonces: «Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacaba de captiverio».

Tuvo algunas diferencias de parecer con Martín Alonso Pinzón. Al atardecer del 25 de septiembre Pinzón gritó que había visto tierra; la tripulación de «La Pinta» entonó el *Gloria in excelsis Deo* y el resto de los marineros se le unió de inmediato. En aquella época los marineros solían cantar al tiempo que trabajaban; y por orden del Almirante todas las noches entonaban la Salve:

«Dios te salve, Reina y Madre de misericordia,
vida y dulzura, esperanza nuestra; Dios te salve.
A ti llamamos los desterrados hijos de Eva,
a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.
Ea, pues, Señora, Abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos,
y después de este destierro, muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh, clementísima! ¡Oh, piadosa! ¡Oh, dulce Virgen María!
Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos de alcanzar las promesas de
Nuestro Señor Jesucristo».

Pero en esta ocasión el canto de aquellas noventa voces se transformó en un silencio de desilusión al descubrir que la «tierra» no era sino una nube.

A partir de este momento, el Almirante comienza a ocultar a la tripulación la auténtica distancia recorrida. El 1 de octubre les comunica que han navegado 584 leguas, cuando sus verdaderos cálculos estiman 707. Todos los días escamotea de su recuento unas pocas leguas. El tiempo continúa siendo bueno. «Gracias a Dios», escribe en su Diario el Almirante.

El 6 de octubre Pinzón pidió a Colón que desviara el rumbo hacia el sudoeste, donde creía que estaban las islas. El Almirante, que al parecer encontraba a Pinzón bastante enojoso, se negó a ello. Pero al día siguiente comenzó a navegar en dirección oeste-suroeste, explicando que los pájaros volaban hacia el sudoeste y que «las más de las islas que tienen los portugueses por las aves las descubrieron». De haber seguido la voz interior de su propio genio en lugar de a Martín Alonso y a los pájaros, Colón aún habría tardado unos pocos días en llegar a Norteamérica. De este modo, sin embargo, divisó tierra al cuarto día.

En su diario Colón nada dice de «motines» o amenazas de motín por parte de la tripulación. Esta historia, igual que la del marinero agonizante de cuyo secreto –según algunos historiadores– Colón se apropió, debe ser desechada como una invención posterior. Años después de la muerte del Almirante, un marinero llamado Francisco Vallejo, familiar de Pinzón, declaró que éste se vio obligado a sofocar un motín entre la tripulación de Colón, a quien convenció para que continuara el viaje. Pero, como observa Harrisse[2], esta «necia» historia la sacó a relucir «medio siglo después del supuesto incidente, un familiar de los Pinzón empleado por éstos, quien repetía por su propia cuenta lo que le habían indicado que dijera en el curso de un pleito ante el Consejo de Indias, pleito que acabaron perdiendo».

La tarde del día 11 el Almirante vio ante ellos una luz en movimiento. Las tres tripulaciones entonaron la *Salve* con inusitado fervor; y, a la mañana siguiente, desembarcaron en una isla a la que Colón llamó San Salvador. Era viernes, un día afortunado en la vida del Almirante y en la Historia de España.

No se sabe con certeza cuál de las islas del archipiélago de Las Bahamas corresponde al San Salvador de Colón. Quizá se tratara de la isla de Watling; o bien de la isla Gran Turco, cuya descripción se identifica con la realizada por Colón de San Salvador como una tierra «plana, sin ninguna eminencia, rodeada por un cinturón de rocas y con un lago en el centro».

Indígenas desnudos contemplaban con asombro y regocijo el desembarco de aquellos «hombres celestiales». Colón llevaba el estandarte real y cada uno de los Pinzones sostenía una bandera con una cruz verde que contenía las iniciales de los nombres del rey y la reina a cada lado y una corona sobre cada letra. Los indios comenzaron a nadar hacia los barcos.

«Yo, porque nos tuviesen mucha amistad», escribió el Almirante en su diario, «porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a

nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla... Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos de tras que traen largos, que jamás cortan. Dellos se pintan de prieto... y dellos se pintan de blanco, y dellos de colorado...».

La primera persona a quien Fernando e Isabel comunicaron el sensacional descubrimiento fue el Papa Alejandro VI. Su principal propósito –le explicaron– era el de descubrir nuevas tierras en las que extender el cristianismo. Al año siguiente, acudieron a él solicitando su arbitrio con el fin de impedir una posible guerra entre Portugal y España. Los portugueses se les habían adelantado: en 1487 Díaz rodeó el Cabo de Buena Esperanza; y, cuando a su regreso Colón visitó a Don Juan en Lisboa, éste le comunicó su temor de que San Salvador pudiera encontrarse en territorio portugués.

El Papa Alejandro trazó una línea imaginaria dividiendo el Atlántico para garantizar los derechos de cada nación sobre sus respectivos descubrimientos. Todas las tierras comprendidas al Oeste de dicha línea pertenecerían a España, ya que Colón había navegado hacia el Oeste; las del Este serían para los portugueses, que viajaban bordeando la costa africana. Como Don Juan no estuviera satisfecho con dicha división, el Papa español, haciendo gala de una notable imparcialidad, desvió la línea imaginaria 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Se han escrito todo tipo de disparates en relación con esta bula papal. A Alejandro se le ha acusado de dividir el mundo entero entre España y Portugal, excluyendo del reparto a Francia y al resto de las naciones; así como de disponer a su antojo de las libertades de los futuros americanos. Lo absurdo de tales críticas se hace evidente en cuanto uno recuerda que en 1493, año en que Alejandro publicó dicha bula, éste ignoraba por completo la existencia del continente americano. Como todo el mundo –Colón incluido–, suponía que se habían descubierto una serie de islas cercanas a las costas de Asia, y su actitud respondía a la necesidad de evitar una guerra a causa de dichas islas[3]. El 7 de junio de 1494, en el Tratado de

Tordesillas, que daría a Portugal sus posteriores derechos sobre Brasil, ambas naciones aceptaron acatar la decisión del Papa.

Isabel decidió enviar nuevamente al Almirante a las Indias, no sólo para realizar otros descubrimientos y extender el Evangelio, sino con intención de colonizar aquellas tierras; en el mes de septiembre de 1493 la reina había reunido 17 barcos y cerca de 150 hombres, incluyendo soldados, granjeros, artesanos, jóvenes caballeros en busca de oro y aventuras y sacerdotes y monjes misioneros. Como el Nuevo Mundo carecía de animales domésticos y productos agrícolas útiles para los hombres civilizados de las Indias, proveyó a la armada de todo tipo de semillas, maíz, cebada, naranjas, limones, peras, melones y otras frutas y verduras, las primeras que se plantarían en América; y, además, bestias de tiro, vacas, toros, cabras, caballos, cerdos, gallinas y conejos. El talento de la reina propició la fecundidad de todo un continente virgen, dotado de ricos terrenos, pero pobre en productos. Los ejércitos de conquistadores de más allá del Atlántico que más tarde traerían la civilización al Pacífico vivirían de las grandes piaras de cerdos descendientes de aquellos ocho que Colón llevaba en su segundo viaje.

A cambio de estos beneficios, el Nuevo Mundo le dio al Viejo «una raíz que parecía una zanahoria y sabía a castañas»: la patata, un producto enteramente americano –e irlandés sólo por adopción–. Y cuando, en noviembre de 1492, Colón ordenó a algunos hombres que se adentraran en una isla para explorarla, éstos regresaron diciendo que habían encontrado a unos nativos que llevaban antorchas encendidas con las que prendían fuego a unas hierbas empleadas para perfumarse. Estas hierbas las quemaban en una pipa hueca en forma de Y: cuando se «perfumaban», los indios introducían en las narices los dos extremos de la Y e inhalaban de este modo el humo de las hierbas. A la pipa en forma de Y la llamaban «tabago». El primer europeo que osó imitar la curiosa costumbre de aquellos salvajes fue Luis de Torres, un judío convertido al cristianismo justo antes de embarcarse como intérprete en la expedición.

Los exploradores no encontraron muchas más curiosidades que pudieran serles de utilidad. «No había habas, ni garbanzos, ni yeros, ni lentejas, ni atramuces, ni res de cuatro pies, ni alimaña, salvo unos gozcos pequeños», escribió Bernáldez citando las palabras de Colón durante una de las visitas que éste le hizo en Sevilla. Lo que sí había era ciertos curiosos animales que parecían «como grandes ratones, y son como entre ratones e conejos, y que son muy buenas y sabrosas de comer, y tienen pies y manos como de ratón y

subén por los árboles».

La bestia así descrita por Colón ante una boquiabierta concurrencia debía de ser sin duda la zarigüeya. También mencionó las muchas clases de lagartos que había visto. En una de las islas descubrió uno «muchas veces de gordura de un becerro y tan cumplido como una lanza, y muchas veces salieron por lo matar y no podían con la espesura y huía y metíaseles en la mar». En cuanto a los indios –añadía Bernáldez–, además de comer lagartos y serpientes, devoraban cuantos gusanos y arañas encontraban, «ansí que parece de su bestialidad mayor que la de ninguna bestia del mundo»[4].

En octubre de 1493, tras seis meses de gloria, Colón zarpó por segunda vez hacia las costas de Catay.

Entretanto la Fortuna, extraordinariamente favorable a las empresas de Isabel en el Oeste, empezaba a recompensar los prolongados y pacientes esfuerzos de Fernando en el Norte y el Este. Carlos VIII había caído en la trampa que le tendiera el español y se disponía a invadir Italia.

A pesar de las advertencias de sus más sabios consejeros, Carlos creía que nada había de temer por parte de Fernando, después de haberle dado las dos provincias reclamadas y de obtener su promesa de ayudarle en contra de cualquier enemigo excepto el Santo Padre. Con el tratado de Etaples compró la amistad de Enrique VII a cambio de 750.000 coronas de oro. Y, por medio del tratado de Senlis, devolvió al emperador Maximiliano Artois, Charolais y el Franco Condado. Creía haber derribado así todos los obstáculos que se interponían entre él y la conquista de Nápoles.

Carlos disponía de 20.000 soldados de a pie, 3.600 hombres de armas y 8.000 suizos bien equipados, además de una abundante provisión de artillería pesada; pero, como necesitaba dinero y jinetes, acudió en secreto a Fernando recordándole el tratado de Barcelona y pidiéndole hombres, ayuda económica y el permiso para usar los puertos sicilianos como bases marítimas de su flota. Informó al monarca español que iba a emprender una expedición contra los turcos, proyecto que, naturalmente, toda la Cristiandad aprobaría. Y le habló incidentalmente, como si el hecho no tuviera importancia, de conquistar Nápoles.

Fernando e Isabel enviaron a Viena a Alonso de Silva para que hablara con él. En nombre de sus soberanos, de Silva felicitó a Carlos por el celo que demostraba y le prometió toda la ayuda posible en contra de los musulmanes, aunque se sentía en la obligación de señalarle que, por orden del Papa, el derecho de realizar nuevas conquistas en África le estaba reservado a Castilla.

En cuanto a Nápoles, no podían ofrecer su cooperación, ya que dicho reino era feudo de la Santa Sede; y en Barcelona tanto una como otra parte habían acordado expresamente no actuar en contra del Papa.

Carlos salió airado de la sala y sin pronunciar palabra. Pero había llevado sus planes demasiado lejos y decidió continuar sin la ayuda de Fernando. En agosto de 1494 salió de Grenoble y cruzó los Alpes acompañado del mayor ejército que invadiera Italia desde tiempos de los bárbaros.

Fue una campaña grotesca. Los ejércitos mercenarios de los estados italianos, dirigidos por los «condottieri», se desvanecieron como el humo, mientras las ciudades abrían sus puertas de par en par al conquistador. Después de pasar un mes entero en Asti disfrutando con Ludovico El Moro de libertinos placeres, Carlos avanzó tranquilamente hacia el Sur y el último día de diciembre hizo su aparición en Roma. «Ha llegado la espada», gritó Savonarola en medio de San Marcos, en Florencia. «Las profecías están a punto de cumplirse, comienza el Juicio Final. ¡Dios es quien dirige a este ejército!».

La Ciudad Eterna fue presa del pánico. Mientras el Papa Alejandro y los Cardenales se refugiaban en el castillo de Santángelo, el monarca francés, como un César moderno, atravesaba la ciudad a la cabeza de su caballería. Desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche estuvieron entrando en Roma interminables filas de mercenarios: hombres de armas suizos y alemanes; ballesteros gascones; nobles franceses montados a caballo y con pesadas armaduras, mantos de seda y yelmos con plumas; arqueros escoceses desfilando al son de sus gaitas; y, por último, en medio de una guardia de a pie formada por nobles armados con mazas de hierro, el joven rey de Francia, el Cardenal Giuliano y Ascanio parecían gigantes que brillaban a la luz oscilante de miles de antorchas. Cerraban el desfile 36 cañones de bronce de ocho pies de largo cuya marcha hacía trepidar la *Via Lata* (hoy el Corso).

Casi sin perder un solo hombre, aquel joven cabeza de chorlito, con la frente ceñida por una banda dorada, había dejado al descubierto la mortal debilidad de la Italia renacentista. Los italianos se habían preocupado demasiado exclusivamente de la cultura; y estaban tan prendados del placer y del lujo, de los libros y el arte, que se olvidaron de cómo se hacía la guerra. Cada estado confió su defensa en manos de mercenarios a los que no les importaba más que cobrar la paga a su tiempo. Las batallas eran frecuentes, aunque en realidad parecían simulacros de combate. En una de ellas, de un día entero de duración, sólo murió un hombre, aplastado por el peso de su

propia armadura. Después de las batallas, los prisioneros solían ser liberados sin tener que pagar rescate alguno. Los ejércitos en combate a menudo se tomaban vacaciones para dedicarse a todo tipo de juegos. Los «condottieri» se negaban a atacar ninguna ciudad de noche o a luchar en campañas de invierno. Así pues, resultó inevitable que semejantes tropas huyeran sin oponer resistencia ante los invencibles suizos y otros expertos genoveses que avanzaban bajo el estandarte de Carlos. Todo cuanto necesitaban los franceses –observó con ironía el Papa Alejandro– era azuzar a sus agotados caballos con espuelas de madera como las de los niños y un poco de tiza para marcar los límites de sus campamentos nocturnos[5].

XXIX
CARLOS VIII BURLADO
LA GRAN POTENCIA ESPAÑOLA
LAS ALIANZAS DE LOS REYES

El éxito de Carlos constituyó una valiosa lección para muchos hombres de Estado, pero especialmente para el rey Fernando de Aragón y Castilla, que continuaba madurando sus planes en secreto. El monarca ya había mandado a Sicilia una poderosa flota compuesta por 3.000 hombres cuidadosamente elegidos y a las órdenes de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, a quien la reina Isabel había recomendado para dicha misión. Simultáneamente, Fernando envió a Roma a Garcilaso de la Vega con el fin de confirmar ante el Santo Padre la lealtad y obediencia de los españoles y organizar a los estados italianos en contra del invasor.

Garcilaso pudo haber llegado demasiado tarde de no ser por el Papa Alejandro VI, que se comportó ante el conquistador con una valentía y determinación sorprendentes. Carlos había entrado en Roma con la evidente intención de destituir al Papa. Tanto el Cardenal Giuliano como Savonarola le recomendaron la invasión de Italia con ese propósito: Giuliano porque esperaba ocupar el puesto de Alejandro y Savonarola por motivos algo más nobles. Y es probable que los tres creyeran que Alejandro abandonaría la tiara antes que enfrentarse a un concilio, auspiciado por los franceses y destinado a investigar su simonía, su nepotismo y la inmoralidad de su vida. Pero Alejandro se negó a desempeñar el papel que los otros le habían asignado. Aunque los barones romanos que prometieran defenderle le abandonaron de inmediato, el Papa dejó ver su arrogante figura sobre las ruinosas murallas de Santángelo para desafiar con calma al joven rey y a sus cañones de bronce, a los italianos traidores y a los cardenales que se habían pasado al bando de Giuliano. Al cabo de dos semanas, y para disgusto de Giuliano, fue Carlos quien se rindió, reconociendo a Alejandro como el auténtico Papa «con toda la humildad imaginable», señala Comines. Muchos Papas más santos que Alejandro quizá hubieran hecho una demostración menos brillante de la autoridad moral del Papado para aplastar una fuerza bruta que parecía irresistible. Después de ofrecerle su obediencia, Carlos

intentó obtener del Papa su apoyo a la investidura como rey de Nápoles, pero Alejandro se mantuvo firme. Así que no le quedaba más remedio –al menos eso decidió– que abandonar Roma.

Entretanto, Garcilaso, junto con otros enviados españoles, seguía las instrucciones del previsor rey Fernando y comenzaba a trabajar sin prisa. Visitaron a un príncipe italiano tras otro reprochándoles su debilidad y apelando a su fe, a su patriotismo y al odio contra el extranjero. Después de censurar a Ludovico Sforza por su traición al resto de Italia, le pusieron delante el cebo del matrimonio con una de las infantas españolas. De este modo sentaban las bases de una alianza entre el Papa, Venecia, Milán, el Imperio y España, destinada a proteger a la Santa Sede y a Italia de la megalomanía de Carlos.

Ahora todo cuanto necesitaba Fernando era una buena oportunidad para iniciar la guerra, y fue Carlos quien se la proporcionó al avanzar contra Nápoles y tomar como rehén a César Borgia. Los enviados españoles, que era esto precisamente lo que esperaban ocurriera, siguieron a Carlos, le alcanzaron en el camino y protestaron públicamente por la acogida que el francés dispensara en Viena al embajador Alonso de Silva y por su actitud hacia el Papa; una actitud tal que –como Isabel y Fernando escribirían más tarde a Enrique VII– «los turcos no le hubieran tratado peor»; y unos ultrajes como «ningún cristiano antes había cometido contra el Virrey de Dios». En Roma los franceses habían llevado a cabo toda clase de atrocidades, especialmente con los españoles, «a quienes daban muerte tan pronto como les descubrían». Los enviados terminaban pidiendo la liberación de César Borgia; la devolución de Ostia y otros territorios arrebatados a la Iglesia; la renuncia a la conquista de Nápoles; y someter todo aquel asunto al arbitraje del Papa. Cuando, de acuerdo con lo esperado, Carlos se negó a conceder nada de esto, el embajador Fonseca rasgó el tratado de Barcelona y gritó: «¡Pues si así lo queréis, pondremos nuestra causa en manos de Dios y las armas decidirán de qué lado está la justicia!».

Carlos, cuyo enojo aumentó con la desaparición de César Borgia, continuó su marcha contra Nápoles. El rey Alfonso II abdicó y su hijo Ferrante II se vio obligado a escapar, mientras el 2 de febrero de 1495 los napolitanos, cansados de la tiranía de la rama bastarda de la Casa de Aragón, abrían sus puertas entre himnos en honor de su «libertador». Al cabo de un mes, cuando los franceses hubieron saqueado la ciudad y deshonrado a sus mujeres, depositaron su lealtad en los españoles.

El último día de marzo se había completado la organización de la Liga de Venecia, promovida con todo cuidado por Garcilaso en el transcurso de varias conferencias nocturnas. En Italia se reunió un ejército de 24.000 jinetes y 20.000 soldados de a pie para defender la Santa Sede y los estados italianos contra Carlos. El rey Fernando de España accedió a utilizar su ejército y su armada con el fin de devolver el trono de Nápoles a su primo. Cuarenta galeras venecianas atacarían las fortalezas francesas en la costa napolitana. Ludovico, Duque de Milán desde la oportuna muerte de su sobrino, prometió abandonar a Carlos para unirse a la Liga, expulsar a los franceses de Asti y bloquear el paso de los Alpes, deteniendo a las fuerzas procedentes del Norte. Fernando y Maximiliano, por su parte, acordaron la invasión de Francia. Todas las potencias se comprometían a contribuir a los gastos de la empresa. Garcilaso mantuvo su trabajo tan en secreto que ni siquiera Comines, el ministro francés en Venecia, supo nada de la formación de la Liga hasta que el Dogo la anunció públicamente.

A primeros de marzo de 1495 Carlos hizo su entrada oficial en Nápoles, vestido con ropajes color escarlata y ribeteados de armiño, la corona imperial en la cabeza, el cetro en una mano y en la otra el globo, símbolo de la Soberanía; mientras los napolitanos lo vitoreaban como a su augusto emperador.

Cuatro días después, Gonzalo de Córdoba desembarcó con sus 3.000 hombres en Sicilia y se dispuso a atravesar Calabria para liberar Nápoles. Carlos se encontró frente a una clase de campaña completamente distinta de la que había imaginado. Pero lo que provocó en él auténtico pánico fue la invasión de Francia, tal y como Fernando previera. Y el 20 de mayo, después de dejar una guarnición en Nápoles, se dirigió a los Alpes a marchas forzadas.

La Liga se movía con demasiada lentitud para cortarle el paso, pero algunas tropas de la alianza le alcanzaron en Fornovo di Taro. Después de sufrir importantes pérdidas en un duro combate que sirvió para demostrar que Carlos no era ningún cobarde, el monarca francés se retiró y cruzó los Alpes.

Gonzalo de Córdoba, tras esforzarse inútilmente por conseguir dinero y refuerzos procedentes de una España que aún continuaba pagando las deudas de la guerra contra los moros –«Que vivan del país», fue la respuesta de Fernando a las quejas del Gran Capitán–, se dispuso a conquistar Calabria en una brillante campaña debida exclusivamente a su genio. El sitio de Atella es uno de los mejor planeados de la Historia. Acudió a la llamada del Papa

marchando contra Ostia (desde donde una guarnición francesa, al mando de un célebre filibustero, había cortado los suministros y detenido el comercio de Roma) y tomándola por sorpresa. Luego entró triunfalmente en Roma, cuyos habitantes lo aclamaron como a su libertador, y el Papa Alejandro lo condecoró públicamente con la Rosa de Oro.

Los aliados del rey Fernando nunca le reintegraron el dinero invertido en expulsar a Carlos de Italia; y el emperador Maximiliano, por su parte, no mantuvo la promesa de invadir Francia. Pero, al fin y al cabo, los soberanos españoles tenían motivos suficientes para felicitarse por los logros obtenidos gracias a la diplomacia de Fernando y a la estrategia del Gran Capitán. La reorganización que Isabel iniciara durante la guerra contra los moros se vio completada en Italia por Gonzalo de Córdoba. Mientras tanto, Isabel y Fernando comenzaban a formar una milicia nacional. Dictaron una serie de leyes ordenando el equipamiento con que cada ciudadano –de acuerdo con su rango– debía contar y prohibiendo que a nadie se le embargaran las armas por deudas impagadas. Algo más tarde mandarían efectuar un censo de todas las personas capaces de llevar armas. Una ordenanza firmada en Valladolid en el mes de febrero de 1496 obligaba a que uno de cada doce habitantes comprendidos entre los 20 y los 45 años prestara el servicio militar, bien en el campo de batalla, bien sofocando cualquier desorden nacional. A los alistados se les pagaría un salario mientras estuvieran cumpliendo dicho servicio y se verían libres de impuestos. Todos los años se pasaría revista y se inspeccionarían tropas y armas, estableciéndose una recompensa para los mejor equipados. Por primera vez desde la retirada de las águilas romanas, España –o, mejor dicho, los reinos españoles, porque la unidad, real de hecho, aún no era legal ni constitucional– contaba con un ejército permanente. Las libertades civiles de la Edad Media se habían venido abajo y el absolutismo, una reacción natural frente a la anarquía, adquiría estabilidad.

Y aquello no era más que el comienzo. Porque, en cuanto Isabel hubo abierto las puertas a un Nuevo Mundo en Occidente, Fernando, con ayuda de la reina, desenterró el genio español del aislamiento de la península para resucitarlo en medio del escenario europeo y hacerlo avanzar después por el peligroso camino del imperio. En prácticamente una sola noche España se convirtió en la mayor potencia europea. Hasta la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo fue Isabel quien generalmente desempeñó el papel predominante en el equipo real. Sin embargo, desde aquel momento Fernando pasó a ocupar el puesto de la reina. Su carácter era de ésos que

maduran lentamente; de hecho, no estuvo plenamente formado hasta la última etapa de la cruzada. Pero, a partir de entonces, resultó obvio que se trataba del monarca más prudente y sensato de su época. «Si uno considera sus actos», dijo de él Maquiavelo, «los encontrará siempre grandes y extraordinarios». Fernando llegó incluso a poner sus ojos más allá de Europa. Con la decadencia de los imperios de Génova y Venecia, ¿qué es lo que podría impedir a Aragón extender su influencia desde Sicilia y, a lo largo de toda la costa norte de África, hasta Siria, resucitando el antiguo imperio de Oriente y gobernando desde las columnas de Hércules hasta el Cuerno de Oro? Para él y para Isabel, tal objetivo aparecía como algo remoto. Pero para el príncipe Juan era una posibilidad. Como seres humanos, los reyes no podían por menos de encontrar estimulante aquella perspectiva; y desde entonces se empeñaron con perseverancia en intentar alcanzarla mediante una serie de alianzas matrimoniales calculadas para instalar a cada una de sus cuatro hijas en un trono distinto y aliar al príncipe Juan con los Habsburgo, dueños del Sacro Imperio Romano.

En enero de 1493, Fernando e Isabel prometieron a Carlos en el Tratado de Barcelona no establecer ningún acuerdo matrimonial con Inglaterra. Sin embargo, en marzo (dos meses después) firmaron un acuerdo con Enrique VII accediendo a enviar a Londres a Catalina cuando ésta cumpliera doce años y catorce el príncipe Arturo. No hay duda de que engañaron a Carlos, aunque probablemente justificaron su comportamiento por el hecho de que Carlos los tuvo siempre engañados acerca del auténtico propósito de su «cruzada».

Enrique estaba deseando una alianza con España para equilibrar el poderío francés y como garantía de su inestable posición en el trono. De hecho, fue él quien hizo las primeras proposiciones en un momento en que se vio atemorizado por Escocia y por Francia; y, sobre todo, por Perkin Warbeck, «Duque de York», un impostor a quien el emperador Maximiliano recibía como hijo de Eduardo IV y, por lo tanto, legítimo rey de Inglaterra. Cuando Francia se convirtió en una amenaza para España y en 1488 Fernando e Isabel enviaron embajadores a Inglaterra, Enrique, calculando astutamente que estaba en condiciones de hacerse valer, solicitó una dote matrimonial cinco veces mayor a la mencionada en España por sus propios enviados. ¿Por qué no podían mostrarse generosos los reyes?, le preguntó al Doctor Puebla; el dinero no saldría de sus arcas, sino de los bolsillos de sus súbditos. Con una cortés sonrisa, Puebla contestó que los ingleses deberían

contentarse con cualquier dote que los monarcas españoles estuvieran dispuestos a ofrecer, porque no solían mostrarse condescendientes a la hora de decidir el matrimonio de una de sus hijas con una familia que podía ser expulsada de Inglaterra en cualquier momento. En una de las entrevistas mantenidas con Puebla, Enrique se descubrió, no paró de adular a Fernando e Isabel y, cada vez que pronunciaba sus nombres, hacía una reverencia. Después de varios regateos –bastante plebeyos– por ambas partes, el matrimonio quedó arreglado. Enrique accedió a luchar contra Francia siempre que Fernando estuviera en guerra con ella y no firmar la paz hasta que los franceses devolvieran el Rosellón y la Cerdaña.

Después de la guerra italiana, Fernando e Isabel lograron manipular a Enrique hasta el punto de dirigir toda su política exterior –excepto con Francia–: unas veces le prometían su ayuda contra Perkin Warbeck y otras (justo cuando Europa entera dudaba entre Perkin y Enrique) amenazaban con abandonarle. Pero Enrique acabó capturando a Perkin y ordenó ahorcarlo. Hasta ese momento Fernando le había tratado como a su «primo»; desde entonces, comenzó a llamarlo «hermano». Durante todas estas negociaciones, Catalina se había prometido con Arturo varias veces. Era una joven enérgica, bastante tranquila, amable, estudiosa y devota. Por fin se acordó que la dote matrimonial sería de 200.000 escudos: la mitad a pagar en el momento del matrimonio y el resto en un plazo de dos años. Por otro lado, la dote ofrecida a la princesa ascendía a una tercera parte de las rentas obtenidas en Gales, Cornualles y Exeter.

Por aquellas fechas, Enrique tuvo noticias de la existencia del tratado de Barcelona, por el que tan sólo dos meses antes Fernando e Isabel se habían comprometido a ayudar a Carlos en contra de todos sus enemigos, «y particularmente contra Inglaterra». Y es natural que sintiera curiosidad por enterarse de su contenido. Evidentemente, le preguntó a Puebla sobre el tratado; y en noviembre de 1495 Fernando e Isabel le enviaron una explicación por escrito: el rey de Francia, su muy amado y querido hermano y aliado, les había devuelto las provincias del Rosellón y la Cerdaña; en el tratado entre España e Inglaterra –recordaban a Enrique– existía una cláusula por la que tenían plena libertad para recibir de su muy amado hermano, el rey de Francia, las provincias del Rosellón y la Cerdaña. Y, una vez restituidas, se habían terminado toda fraternidad, alianza, hermandad y confederación con Francia; cosa a la que tenían derecho porque Carlos nunca firmó ni juró ni entregó ninguno de los tratados acordados con ellos antes del de

Barcelona.

Cuando Carlos VIII entró en Roma, Isabel y Fernando escribieron a Enrique pidiéndole que, junto con otros príncipes católicos, acudiera en ayuda del Santo Padre. Enrique contestó que no había en todo el mundo un cristiano más celoso que él ni más dispuesto a ayudar a la Santa Sede. Pero que no podía creer que el Papa estuviera en peligro, puesto que a él nada le había dicho al respecto; y las comunicaciones entre Roma e Inglaterra no se hallaban interceptadas. Isabel y Fernando respondieron que el Papa no había escrito a Enrique porque temía que alguien –presumiblemente en Francia– capturara a su mensajero; y que por eso les había escrito a ellos pidiéndoles que se dirigieran en su nombre al resto de los príncipes cristianos. Pero ni siquiera eso debería ser necesario, porque todo buen cristiano tendría que apresurarse a asistir al Papa, sin que éste le pidiera nada, en cuanto se enterara de que el Santo Padre corría peligro. Al poco tiempo, el Doctor Puebla escribió diciendo que era cierto que no había llegado a Inglaterra ninguna llamada del Papa, lo cual le sorprendió enormemente «porque en Inglaterra la autoridad del Papa es muy grande y su carta hubiera surtido mucho efecto».

En esta época los monarcas españoles se mostraban bastante poco dispuestos al matrimonio de Catalina con Arturo, pues estaban intentando atraer a Enrique a la Liga de Venecia. Y manifestaron que la dote de la princesa no superaría las cien mil coronas –32.800.000 maravedíes–; pero autorizaron a Puebla para que llegara a un nuevo acuerdo. Tal era la situación de la princesa Catalina en 1496.

Desde la trágica muerte de su marido, ocurrida a los seis meses de matrimonio, Isabel, la joven y hermosa viuda del príncipe portugués Don Alfonso, había vivido como una auténtica monja. Tanto su madre como sus hermanas intentaron en vano consolarla y desviar su atención hacia los mundanos deberes de quienes han nacido junto a las gradas de un trono. En 1495 fue proclamado rey Don Manuel, el hermano de su marido, quien tardó poco tiempo en pedir la mano de Isabel. La propuesta era del agrado de los reyes, pues una alianza con Portugal podría conducir a la unidad de toda la península. Pero la princesa no quiso ni siquiera discutir el tema, y sus padres tampoco insistieron más. En una de sus cartas, la reina Isabel decía que, puesto que la princesa no tenía intención de contraer nuevo matrimonio, probablemente enviarían a Portugal a su hermana María.

Lo cual les ponía en un aprieto, porque el rey Jacobo de Escocia había

pedido en matrimonio a una de las hijas de los monarcas, e Isabel y Fernando ansiaban complacerle, pues querían asociarse con él con el fin de forzar a Enrique VII, que temía a Jacobo, a pelear contra Francia. La reina Isabel solucionó el problema escribiendo al Doctor Puebla, que estaba en Londres, y diciéndole que, de tener una quinta hija, gustosamente se la entregarían al monarca escocés; pero que, como no la había, enviaría un embajador a Jacobo «para entretenerle todo el tiempo posible». Y el rey Jacobo sufrió una serie de largas hasta que se logró un acuerdo satisfactorio con Enrique.

La segunda hija, Juana, estaba ya prometida al joven Archiduque Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano. Isabel y Fernando aprovecharon el rencor que Maximiliano sentía hacia Carlos para arreglar aquel matrimonio, así como el del príncipe Juan con la Archiduquesa Margarita. Juana tenía por entonces 16 años; era delgada y morena, y se parecía tanto a su abuela la reina Juana de Aragón que Isabel, en broma, solía llamarla «suegra». Pero el temperamento de Juana se asemejaba más al de su otra abuela de Arévalo. Se trataba de una jovencita melancólica, de carácter cambiante, con muchos momentos de mal humor y depresión sin motivo. De las cuatro hijas, era ella la única que carecía de algún encanto físico. Sentía envidia hacia sus hermanas y se rebelaba contra la disciplina materna, mostrándose en ocasiones reacia a cumplir con sus obligaciones religiosas. Tal era la joven que los reyes enviaron a Flandes para casarse con un muchacho despreocupado, sensual y amante de los placeres.

Fernando e Isabel intentaban emplear todo su ingenio para aislar a Carlos VIII de tal modo que no invadiera Italia por segunda vez; y en todas las cartas dirigidas al Doctor Puebla le urgían para que lograra hacer entrar a Enrique en la alianza contra el monarca francés. En junio de 1496 el Doctor respondía así: «Si Dios quiere, la archiduquesa (Juana) pronto irá a Flandes. Podrá hacer mucho bien en Inglaterra y en Flandes, sobre todo si es tan inteligente como se espera que lo sea una hija de tales padres».

A lo que Isabel –urgida por la tensa situación– contestó que la habían informado de que Carlos estaba reuniendo un gran ejército para avanzar de nuevo contra Italia. El Papa, presa del temor, había acudido a España pidiendo protección. Fernando se había trasladado a Cataluña para reclutar tropas, mientras Isabel permanecía junto a la frontera con Navarra vigilando personalmente los preparativos para la guerra. Tenía intención de enviar a su hija, la Archiduquesa, a Flandes; pero era el momento perfecto –añadía– para que Enrique demostrara su afecto hacia el Papa.

La mayoría de las misivas diplomáticas encontradas en el archivo de Simancas y en otros lugares llevan la firma de «Ferdinandus et Isabella», lo cual ha permitido a los biógrafos de Isabel responsabilizar al rey Don Fernando de los asuntos más espinosos. Pero en esta época los soberanos se hallaban separados y las cartas enviadas a Inglaterra muestran exclusivamente la firma de Isabel, de modo que se puede juzgar perfectamente hasta qué punto seguía ésta los bajos principios éticos del juego internacional. En ella aparece de nuevo la antigua Isabel, con toda su franqueza y audacia; y la latente energía, típica de la reina, que se echa de menos en el resto de su correspondencia; además de la vivacidad en la adjetivación y los acertados símiles y metáforas... muestra todo ello del encanto, la fuerza y la personalidad de esta mujer genial.

Pero también encontramos una serie de rasgos bastante menos positivos. La reina se halla nerviosa y tensa y, en ocasiones, escribe cosas que confirman la observación de Pulgar de que «la Reina era amante de la verdad y gustaba de guardar su palabra, aunque aconteció que en ciertas vicisitudes, a causa de ciertas personas y por los grandes acontecimientos de los tiempos, tuvo que faltar a ella varias veces». Pero, cuando se aparta del estricto camino de la verdad, Isabel suele contar siempre con una buena excusa; y, dado su carácter genuinamente femenino, probablemente está más que convencida de la legitimidad de su comportamiento. Además, debe señalarse que, en el momento en que esta característica se hace más evidente, la reina acaba de cumplir cuarenta y cinco años: una edad difícil para la mayoría de las mujeres.

En la correspondencia de Isabel redactada en 1496 predomina una sola idea: la de evitar otra guerra en Italia entre Francia y España, provocando una entre el monarca francés con su «hermano» Enrique. Existe una carta, fechada el 10 de julio, cuyo portador parece haber caído al agua en su viaje hacia Inglaterra, porque el papel presenta numerosas humedades y en algunas zonas está tan deteriorado que las palabras en clave resultan ilegibles. Sin embargo, es evidente que la reina intenta convencer a su embajador de que tanto su comportamiento como el de Fernando se deben principalmente a su devoción por la Iglesia. Indignada, le escribe que la intención de Carlos es la de tratar al Papa como un sacristán: «Y considerando la debilidad de Italia, es claro que pronto la conquistará si el Rey de Inglaterra y los Reyes de España no le asisten de allí en adelante. Nós tenemos la intención de hacerlo, con la ayuda de Dios. Y el Rey de Inglaterra pronto verá cómo debe ser movido a

hacer lo mismo... Enviadnos un relato largo y claro de todo este asunto, y escribidnos un informe, como lo esperamos del doctor Puebla. No esperamos que vos nos enviaréis un informe peor que nuestros Embajadores, que todos nos envían buenos informes sobre todo lo que deseamos saber. Esperamos más de vos, porque sabemos que tenéis más capacidad que ellos».

La reina empieza a sospechar que Puebla se inclina más por los intereses de Enrique VII, quien le ha colmado de favores, que por los de sus propios señores. Y planea enviar a otra persona a Inglaterra para que investigue las actividades de Puebla. Ahora es ella quien adula a su embajador: en una de sus cartas se dirige a él como a «mi consejero y embajador»; y en otra, «virtuoso e íntimo amigo».

En la carta «pasada por agua» antes mencionada comenta que Enrique debe evitar que Carlos «destruya e incendie toda la Cristiandad, como ha hecho». Pero un poco más adelante señala: «Aunque este asunto es asunto de Dios y de la Iglesia, a cuya defensa todos los Príncipes cristianos están obligados, puede que vaya en ello algo de... nuestro propio interés...».

Isabel ha ofrecido pagar en joyas y ornamentos parte de la dote matrimonial de Catalina. Enrique se ha negado a aceptar la oferta, aunque finalmente accede a recibir de este modo la cuarta parte de la dote, siempre que el resto se pague en ducados. Es incapaz de comprender cómo Isabel y Fernando gastan tan grandes sumas en Flandes mientras ponen constantes condiciones a la alianza matrimonial con Inglaterra. Puebla escribe que «nunca habrá Príncipes tan alabados como ellos lo son por Enrique y por toda la nación inglesa, y nunca un embajador tan halagado y estimado» como él. Es evidente que Enrique siente cierta curiosidad acerca de una embajada enviada a Francia por Isabel y Fernando precisamente en el momento en que le están instando a él para que luche contra Carlos. Y en su carta de respuesta Isabel explica todo el asunto:

«El nos envió por dos veces sus Embajadores, como antes dijimos; y aunque vinieron por cosas de poca importancia, y de hecho para importunarnos con ridículas imposturas y trivialidades, sin embargo, para que no pueda tener quejas diciendo que fue él quien consiguió la paz, atribuyéndose a sí mismo lo que nosotros hemos procurado y deseado, y para que ni de palabras ni por hechos saque de ello ventajas, le hemos enviado esos mensajeros... Además, por si era posible, para evitar tales males y calamidades como suelen seguirse de las guerras, no solamente le enviaremos una y más Embajadas, sino que, si es necesario, hasta iremos en persona, no

ahorrándonos esfuerzo alguno».

Isabel pasó el otoño de 1495 con el rey en Tarazona; en enero de 1496 se hallaba en Tortosa reclutando tropas; y, desde el mes de abril hasta julio, en Almazán, preparando la defensa para una posible invasión francesa. A finales de julio se trasladó a Laredo, en la costa norte, en compañía de Juana. En agosto informó a Enrique de que la Archiduquesa había zarpado ya y le suplicaba que, en caso de verse obligada a atracar en algún puerto inglés, la recibiera con cordialidad.

Al día siguiente, Isabel intentaba de nuevo –y con mayor determinación– persuadir a Enrique para que declarara la guerra a Francia. «Si veis que muestra alguna señal de intentar hacer la guerra a Francia», escribió a Puebla (de acuerdo con Bergenroth, que, aunque merece escasa confianza, se ha encargado de descifrar y transcribir toda esta correspondencia), «me parece que, para decidirla más abiertamente por la franca ruptura, debéis hablarle en la forma siguiente: Decidle que pueden arreglarse los asuntos en tal forma con el Papa, que se le dé a él una cruzada en aquel reino, y quizás pudiera quedarse con la mitad de lo que produjera, o bien Su Santidad pudiera contentarse con la tercera parte, en cuyo caso la mayor porción sería suya. Decidle además que nosotros mismos obtendremos eso para él, tomándolo con el mismo interés que si fuera asunto nuestro».

Isabel, dominada por un temor casi histérico hacia Francia, estaba confiando al papel una propuesta monstruosa. Difícilmente podía haber creído la reina que Alejandro VI considerara siquiera la idea de conceder una bula de cruzada para que Inglaterra invadiera Francia, a pesar de que en 1495 reprochara a Carlos el haber cometido «horribles crueldades, asesinado mujeres y niños en las iglesias y comportarse con más violencia aún que los turcos» en su campaña de Italia. Su carta es claramente la de una mujer llevada al límite, cuyos nervios se hallan en tensión debido a la ansiedad y al exceso de trabajo, y que se agarra a una salida ridícula porque es la única que se le ocurre en ese momento crítico. Y llega incluso a asegurar que le hará un favor a Carlos si le declara la guerra. «Si el Rey de Francia continúa llevando así sus asuntos, dando de lado a toda razón, entonces sería hacerle buen servicio el evitar que continúe en aquel camino de ruina que ha emprendido... Para esto no encontramos cosa mejor que el Rey de Inglaterra le declare la guerra». Isabel continúa argumentando que, en ese caso, Carlos abandonaría sus planes, firmaría la paz y, de este modo, «se restauraría la paz en la Cristiandad sin perjuicio de nadie, y además se beneficiaría grandemente al

Rey de Inglaterra, nuestro primo». Haciendo la guerra –añade Isabel–, Enrique «terminaría una obra de la que se seguirían inmensos y universales beneficios».

Unas pocas semanas más tarde, Isabel se enteró con enorme satisfacción de que Enrique se había unido a la Liga en contra de Carlos y deseaba la firma inmediata del acuerdo matrimonial entre Catalina y Arturo. La reina contestó al Doctor Puebla (con intención, claro está, de que llegara a oídos de Enrique) que tenía una elevada opinión de él como «Príncipe de grandes virtudes, firmeza y constancia». Sentía una gran estima por él y confiaba en que, tras el matrimonio de sus hijos, se estableciera entre ellos una amistad mucho más íntima que entre cualesquiera otros príncipes. Deseaba renovar el acuerdo matrimonial de Medina, pero con una serie de cláusulas adicionales, entre las cuales se incluía la de que «la firma del matrimonio debe guardarse en el mayor secreto para que no llegue a oídos del rey de Escocia».

El 22 de agosto Isabel despidió a su hija Juana; con cierta aprensión, vio desaparecer las velas de la nave que se dirigía al Norte en medio de un mar encrespado y bajo un cielo lleno de nubes. La excéntrica jovencita no mostró pesar ni emoción ninguna al dejar a su madre. Parecía más interesada en el mal tiempo y en el barco, cosas ambas que detestaba. Y no se la podía culpar, porque las condiciones eran bastante malas y la travesía, aun cuando el cielo apareciera despejado, siempre se presentaba peligrosa e incómoda en aquel barco de cuatro mástiles, con doble torre en la estrecha popa y ancha proa, al que el viento zarandeaba como a un corcho. Juana hubiera preferido quedarse en casa, pero la cosa ya no tenía remedio: de haber viajado por tierra, Carlos VIII probablemente la habría hecho prisionera; y, en cuanto a permanecer en España, no hay duda de que una mujer tan espartana como Isabel no hubiera permitido a ninguna de sus hijas romper un compromiso por culpa de las malas condiciones meteorológicas.

Existe una hermosa historia[1] de cómo regresó Isabel a tierra después de despedirse de Juana. Habiéndose desatado una fuerte tormenta, la pequeña barquichuela en que la reina intentaba volver a la playa no lograba tocar tierra. Algunos marineros hablaron entonces de tomar a la reina en brazos para llevarla hasta la playa. Pero Gonzalo de Córdoba, incapaz de soportar la idea de que manos plebeyas tocaran a su señora, «saltó al mar, vestido con su tela de oro adornada con joyas, y, recibiendo la preciosa carga, que apenas si tocó, la llevó como una sagrada reliquia hasta la arena seca».

Un relato encantador, sí. Pero esto sucedió en agosto de 1496, cuando

Gonzalo se hallaba a cientos de millas de distancia, en Italia, sitiando la ciudad de Atella. De hecho, estuvo fuera de España desde 1495 hasta 1498.

Pasaron varios meses sin que Isabel recibiera noticias de su hija; los continuos informes que le llegaban del hallazgo de restos de naufragios en las costas de Vizcaya la tuvieron en un perpetuo estado de alarma y remordimiento. Por fin se enteró de que el barco, tras sufrir varios desperfectos que fueron reparados en Portland, había llegado a Flandes.

Isabel supo todo esto no por su hija, sino indirectamente. La Archiduquesa no contestaba a las cartas de su madre y dejó sin responder tres corteses misivas de Enrique VII. Los flamencos la habían recibido entusiasmados; pero Felipe, que se hallaba cazando en Luxemburgo, no se tomó la molestia de encontrarse con ella hasta un mes después de la llegada de Juana. Fue entonces, en Lille, cuando la vio por primera vez. La vida de casada de la pobre Juana no empezaba con buenos presagios; y, para empeorar más el asunto, se enamoró desesperadamente de Felipe, quien no sentía excesivo interés por ella.

La armada que acompañara a Juana hasta su destino debía regresar a España con la hermana de Felipe, prometida del príncipe Juan. La reina creía haber encontrado en Margarita de Austria la esposa perfecta para su hijo. A la edad de cuatro años, esta encantadora, atractiva e inteligente princesa fue enviada a París como prometida de Carlos VII; la hermana mayor de éste, Ana de Beaulieu, la crió con esmero rodeada de un grupo de nobles damas a quienes la instruida regente leía a los filósofos griegos, Padres de la Iglesia, humanistas del Renacimiento, poetas y trovadores, proporcionándole una educación que ninguna princesa italiana podría envidiar. Bajo su tutela, Margarita se convirtió en una estupenda cazadora –lo cual no suponía tacha alguna a ojos de la reina Isabel–, orgullosa de su colección de cabezas de lobo. Después de llevar el título de delfina durante siete años, Carlos, siguiendo órdenes de la propia regente, la repudió para casarse con Ana de Bretaña y de este modo unir aquella provincia con Francia. Margarita aún pasó dos años más en la Corte francesa en calidad de rehén; hasta que, en mayo de 1493, después de la paz de Senlis, fue enviada de vuelta a casa, donde la recibió un padre enojado. Era una mujer que gozaba de enorme popularidad en Francia; y, cuando se retiró a vivir a Namur, la gente le demostró todo su cariño. A finales del invierno de 1496, cuando el canal aún aparecía cubierto con un blanco manto, la joven princesa, acompañada por las mismas damas –enfermas de nostalgia por su hogar y mareadas por el oleaje–

que habían llevado a Juana a Flandes, salió rumbo a España para convertirse en la esposa de aquel joven rubio, delicado y sensible a quien la reina Isabel llamaba «mi ángel».

XXX
MALESTAR ENTRE LA TRIPULACIÓN DE COLÓN
SU CARÁCTER
MATRIMONIO Y MUERTE DEL PRÍNCIPE DON JUAN

Mientras la reina se hallaba en Almazán a la espera de la partida de Juana, se le comunicó el regreso de Colón de su segundo viaje; Isabel, que ya se preguntaba qué habría sido de él, lo llamó a la Corte. Además, le habían llegado algunas quejas e informes inquietantes y la reina deseaba oír una explicación de labios del propio Colón. A las pocas semanas, el Almirante, sorprendentemente cambiado, se presentó en Laredo. Durante los treinta meses de ausencia, su barba había crecido profusamente y en el rostro, marcado por las preocupaciones y la debilidad, se le empezaban a notar los años; en lugar de los festivos ropajes que vistiera la última vez, ahora llevaba de nuevo el hábito marrón de San Francisco, de modo que en conjunto más parecía un ermitaño que un Almirante de Castilla, a no ser por ese aire de melancólica majestuosidad que nunca le abandonaba. Colón llegaba a una Corte llena de enemigos y murmuradores, en la que contaba con escasos apoyos a excepción del de la reina, el joven príncipe Don Juan y el ama real. A pesar de todo, le recibieron entre grandes honores y todo el mundo estaba deseoso de escuchar sus nuevas aventuras.

Después de viajar durante unas cinco semanas, se encontró en medio de las pequeñas islas de las Antillas. Era el domingo 3 de noviembre de 1493. Las tripulaciones, de acuerdo con la costumbre de Colón y, en general, de todos los exploradores españoles y portugueses, se arrodillaron en cubierta para dar gracias a Dios por haber terminado el viaje con bien y para cantar la *Salve*; luego, como en la isla más cercana no había puerto, continuaron hasta la siguiente, a la que Colón bautizó con el nombre de Guadalupe, pues había prometido a los frailes del monasterio extremeño del mismo nombre honrar a la Virgen llamando de este modo a alguna de las nuevas tierras descubiertas. Tras desembarcar, los marineros hicieron una serie de interesantes descubrimientos.

Encontraron, por ejemplo, el curioso fruto que hoy conocemos con el nombre de piña; gansos salvajes; y un poblado terriblemente sucio con

chozas de forma cuadrangular. Y, lo que era aún más desconcertante, vieron cómo la idílica imagen que se habían formado del hombre en estado de naturaleza se derrumbaba bajo el peso inexorable de la realidad. Pedro Mártir, entusiasmado y haciéndose eco de lo relatado por Colón, había escrito lo siguiente acerca de esta especie de «comunistas»: «Es cierto que entre aquellas gentes la tierra es tan común a todos como lo son el sol y el agua, y que el mío y el tuyo, fuente de todos los males de la sociedad, no encuentran lugar entre ellos. Se contentan con tan poca cosa, que parecen tener siempre lo superfluo y no sentir nunca necesidades; parecen vivir en un mundo dorado, sin penas, en jardines abiertos, que no están separados por vallas ni protegidos por tapias. Trafican libremente unos con otros, sin leyes, sin libros, sin jueces. Consideran hombre malvado a quien siente placer en hacer mal a sus semejantes; y aunque no ansían tener cosas superfluas, hacen provisiones para extender los cultivos de las raíces de que se alimentan, contentándose con una alimentación sencilla, con la que evitan las fiebres y protegen su salud»[1]. Sirvieran o no alabanzas tales como las de Pedro Mártir de base para la filosofía de Rousseau y otras ilusiones modernas acerca del hombre incivilizado –según afirma Marius André–, el hecho es que los «comunistas» de Guadalupe no parecían conformarse con una simple dieta de patatas y nabos. En algunas aldeas los españoles encontraron restos de miembros humanos colgando de los aleros de los tejados, como si se tratara de carne en salazón. También hallaron la cabeza sanguinolenta de un joven recién muerto y algunas partes de su cuerpo tostándose al fuego, mientras otras se cocían entre trozos de gansos y loros[2].

Algo abatidos, los exploradores continuaron su viaje hacia La Española (Haití), llegando a la costa próxima a la fortaleza de Navidad el 22 de noviembre. Por supuesto, estaban deseando cambiar impresiones con los 39 camaradas que dejaran en ella. Varios indios que salieron a recibirles les dijeron que la guarnición estaba bien, aunque «algunos habían muerto de enfermedad y otros se habían peleado entre ellos». Pero, una vez en tierra, el Almirante no encontró ni rastro de sus hombres. La fortaleza había sido incendiada y todos, ingleses e irlandeses incluidos, asesinados.

En cuanto dio con el sitio adecuado, Colón ordenó desembarcar para iniciar la construcción de la primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo, a la que puso el nombre de La Isabela en honor de la reina. Aquí, en la solemnidad de la Epifanía de 1494, se celebró la primera Misa solemne oficiada en América, bien por el Padre Bernardo Boil, delegado apostólico

del Papa Alejandro, o bien –como Fita se inclina a pensar– por Pedro Arenas. En Europa la noticia fue acogida con enorme júbilo. «Colón ha fundado una nueva ciudad, de acuerdo con lo que me ha escrito recientemente», decía Pedro Mártir, «y ha comenzado a sembrar nuestros granos y a propagar nuestras razas de animales. ¿Quién de entre nosotros podrá ya hablar con asombro de Saturno, Ceres y Triptolemo vagando a través de los mundos para propagar nuevas culturas entre los hombres?».

Pero el Almirante no se conformaba con ser el gobernador de la nueva colonia; sus promesas no satisfechas de oro, hijas de su propia imaginación, le urgían a realizar nuevos descubrimientos. Después de rastrear en vano todo Haití, decidió iniciar la exploración de Cuba, a la que llamó Juana y que estaba convencido formaba parte del continente asiático. Tras navegar 335 leguas bordeando la costa, obligó a las tripulaciones de su flota a declarar ante notario que se trataba de un continente, amenazando con castigar a quien osara decir lo contrario. Pero los indios parecían menos dispuestos a complacerle que sus marineros. Bernáldez, haciéndose eco de las palabras del propio Almirante, cuenta que éste «preguntaba a los indios si era isla o tierra firme, y como ellos son gente bestial y piensan que todo el mundo es isla y no saben qué cosa sea tierra firme, ni tienen letras ni memorias antiguas, ni se deleitan en otra cosa sino en comer o en mujeres, decían que era una isla»[3]. Después de explorar la costa de Jamaica, Colón regresó a Cuba con la esperanza de encontrar un canal que atravesara el «continente» y le permitiera circunnavegar el globo, regresando a España por el Ganges, Jerusalén y el Mediterráneo[4].

La reina recibió todas estas noticias gracias a unas cuantas carabelas que regresaron a España. Pero Isabel contaba también con otras fuentes extra-oficiales cuyos informes le causaron no poca preocupación. Las quejas que le llegaban, cada vez con mayor frecuencia y acritud, indicaban que el Almirante, a pesar de su visión y grandeza de alma, estaba lejos de ser un administrador idóneo. Algunos le acusaban de actuar con demasiada severidad; otros, de excesiva lenitud. Era impaciente y autoritario. Los rasgos de su personalidad, que lograron despejar cualquier oposición y hacer cruzar el Atlántico a noventa hombres inquietos por su futuro, eran los mismos que le impedían convivir en paz con el género humano cuando no se daban las extremas circunstancias, propias de toda gran hazaña, en las que los demás se sometían a su voluntad. Y, al parecer, Colón acabó enemistándose más pronto o más tarde con la mayoría de las personas con las que mantuvo

estrechas relaciones.

Aprovechando que Colón se hallaba ausente en una expedición con fines exploratorios, Fray Fernando Boil y el capitán Pedro Margarita, al mando de las tropas del Almirante, se embarcaron rumbo a España para protestar ante los reyes por lo que calificaron de tiranía, tanto de Colón como de su hermano. Lo cual ha acarreado al sacerdote la censura de los historiadores anticlericales, quienes han otorgado a Colón el beneficio de la duda; y ello a pesar de que se desconoce la causa exacta de las desavenencias entre ambos. De acuerdo con los datos que tenemos acerca de los caracteres de uno y otro hombre, resulta más razonable culpar al Almirante y exonerar al fraile. Era éste un benedictino de la famosa abadía de Montserrat, un hábil y experimentado diplomático a quien Fernando e Isabel habían enviado a París para que negociara con Carlos VIII la devolución del Rosellón y la Cerdaña. Allí logró obtener la poderosa influencia de San Francisco de Paula, cuya fama de santidad era conocida en toda Europa, y quien convenció a Luis XI en su lecho de muerte para que restituyera a Fernando sus provincias en bien de la paz de la Cristiandad. También Fray Boil intervino en esta causa, y lo hizo con tanto éxito que, el 5 de septiembre de 1493, estando en Sevilla para embarcarse con el Almirante, los reyes le escribían así:

«Devoto Fray Boil: Como sabemos el placer que os causará saber que, gracias a Dios, el asunto de la restitución del Rosellón marcha por buen camino, queremos hacéroslo saber, como veréis por la carta que escribimos al Almirante don Cristóbal Colón»[5].

A pesar de pertenecer a la rigurosa orden de San Benito, Boil estaba tan influenciado por su amigo Fray Francisco de Paula que, cuando este santo fundó la aún más austera orden de los Eremitas (conocidos después como los Mínimos de Fray Francisco de Paula), el benedictino entró a formar parte de ella y en 1492 fue enviado a España con el encargo de organizar varias comunidades monásticas. A petición del rey y la reina, el Papa Alejandro lo nombró su primer delegado en el Nuevo Mundo y, tras su denuncia contra Colón, Fernando e Isabel lo enviaron con importantes embajadas a Roma, donde su espíritu conciliador demostró ser de gran utilidad tanto para la Iglesia como para España. En fecha tan tardía como es el 7 de diciembre de 1504, aún encontramos al rey Fernando ordenando a su Capitán General en el Rosellón castigar severamente a los detractores de Fray Boil y sugiriendo que merecerían ser ahorcados[6].

Pero, en su justicia, la soberana era consciente de que Colón trabajaba en

medio de extraordinarias dificultades. En el segundo viaje le habían acompañado un buen número de nobles aventureros, que, tomando sus promesas al pie de la letra, confiaban en obtener de la tierra, sin esfuerzo ni incomodidad alguna, abundancia de pepitas de oro y volver gloriosos a España. ¿Dónde estaba el oro? ¿Dónde la gloria? ¿Y quién era este italiano advenedizo que obligaba a los hidalgos castellanos a levantar cercas y cavar zanjas en su maldita ciudad? Desgraciadamente, el rey había liberado de prisión a muchos convictos para que prestaran servicio a las órdenes del Almirante; y, una vez lejos de la civilización, demostraron ser ingobernables. Y, lo peor de todo: el sitio elegido para construir La Isabela resultó insalubre; y al final, después de que las enfermedades se cobraran un buen número de víctimas, se vieron obligados a abandonarla. Colón pasó varios meses sumamante abatido: las circunstancias habrían hecho derrumbarse a cualquier otro administrador más paciente que él.

Ningún aspecto de su carrera ha resultado tan desconcertante para sus admiradores como su relación con el tráfico de esclavos; y nada ha proporcionado tanta munición como este hecho a quienes sostienen la teoría de sus antecendentes judíos. Porque, a pesar de toda su sincera piedad, era extraño que Colón careciera del tradicional instinto católico que hace aborrecer la esclavitud humana: un escrúpulo no compartido por los judíos, los cuales consideraban inferiores a las razas distintas de la suya y, por tanto, legítima su explotación; mientras que la Iglesia siempre predicó la fraternidad universal entre todos los hombres. Resulta significativo el que en Europa la esclavitud perdurara más tiempo precisamente en las zonas donde era mayor la influencia judía: así en el Languedoc y en Andalucía; y, mucho después de su abolición definitiva en todas las naciones católicas, en Inglaterra y Holanda. Los teólogos contemporáneos de Isabel disentían en cuanto a la licitud de esclavizar a prisioneros de guerra del sexo masculino procedentes de naciones infieles; y algunos españoles lo justificaban como venganza contra la costumbre mahometana de esclavizar a hombres, mujeres y niños cristianos.

A principios de 1494, Colón escribió a los reyes sugiriéndoles la posibilidad de enviar a España a algunos caníbales caribeños en calidad de esclavos, y argumentando que se les hacía un favor si se lograba apartarlos de su afición por la carne humana, al tiempo que se les instruía en los principios de la verdadera Fe. Isabel le contestó dándole largas y diciendo que respondería más tarde a su propuesta.

En abril de 1495, llegaron a Sevilla cuatro barcos repletos de indios enviados por el Almirante. Los reyes autorizaron su venta, convencidos de que se trataba de prisioneros de guerra, pues Colón mandaba noticias de una batalla en la que trescientos hombres de armas, ayudados por sabuesos, habían derrotado a cien mil indios. Sin embargo, cinco días más tarde la reina prohibía terminantemente la venta de esclavos, así como su compra: «Se prohibe terminantemente la venta de esclavos, así como su compra, hasta tanto que Nós hayamos tenido tiempo de consultar a personas calificadas, teólogos y canonistas, para saber si, en conciencia, podemos permitir que continúe el tráfico. Además, debe Antonio de Torres enviarnos con urgencia las cartas que tenga del Almirante, para que podamos saber por qué motivo ha enviado aquellos hombres como esclavos a Sevilla».

La reina continuaba creyendo que solamente habían enviado esclavos del sexo masculino. Pero Bernáldez, que presenció su llegada a Sevilla, escribió que «eran quinientas ánimas de indios e indias, todos en buena edad, dende doce años hasta treinta y cinco..., e vinieron ansi como andaban en su tierra, como nacieron, de lo cual no habían más empacho que alimañas, los quales todos vendieron, y aprovecharon muy mal, que murieron todos los más que no les probó la tierra»[7].

Evidentemente, los mercaderes de esclavos sevillanos sacaron pingües beneficios antes de la llegada de la orden real. Pero las conferencias mantenidas por Isabel con teólogos y canonistas, hasta tal punto la convencieron de la injusticia de la venta de esclavos, que ordenó inmediatamente la puesta en libertad de todos los indios y su regreso al Nuevo Mundo. Desgraciadamente, los quinientos indígenas murieron antes de que el piadoso deseo de la reina pudiera verse cumplido.

La Historia no ha dejado constancia de cómo justificó Colón su comportamiento ante la soberana. Bernáldez señala que el Almirante capturó a aquellos indios en venganza por el incendio de Navidad y el asesinato de la guarnición. Fuera cual fuese la razón, es un hecho que en la epopeya de Colón (que, como una tragedia griega, se dirige indefectiblemente hacia su propio destino) la venta de esclavos, tal y como apunta el obispo Las Casas –su biógrafo más entusiasta–, ha de considerarse un aspecto decisivo. En efecto: de haber muerto después de su primer viaje, su incomparable servicio a la Fe, a España y a toda la humanidad en general se recordaría esencialmente igual a como se recuerda hoy. Colón regresó a Haití rodeado de una gloria y un prestigio que nadie le puede arrebatar. Pero, a partir de ese

momento, las desgracias comenzaron a acosarlo como una reala de perros tras el rastro de un león herido. Sin embargo, en todas las vicisitudes continuó demostrando la energía y el heroísmo de un hombre a la altura de Edipo; o del rey Lear enfrentándose al rayo; o del errante Ulises...

Este Colón poeta tiene dos defectos dominantes que lo apartan del destino espiritual al que le invita su fuerte imaginación: la vanidad y la avaricia. La primera engendra en él la tendencia a autojustificarse y una constante decepción de sí mismo. Por otra parte, anhela obtener oro, poder, la admiración general... Durante algún tiempo, ambas debilidades llegaron a ser más fuertes que su fe; y el poeta se convirtió en agente de publicidad del hombre ansioso de oro y poder. Pero los sufrimientos le devolvieron su auténtico ser. La última etapa de su vida será todo un espectáculo de ejercicio de paciencia; de ascético autodominio practicado en un mundo extraño y en medio de hombres licenciosos; de humildad adquirida gracias a continuas penalidades, fracasos y desaires; de una avaricia transformada por la fe en la ambición de gastar todos sus bienes en la reconquista del Santo Sepulcro; de vanidad ahogada por la esperanza y el respeto a Dios...

En la primavera de 1496, navegando de vuelta a España con doscientos pasajeros y treinta indios, entre los que se contaba el rey Caonabó, el Almirante se encontró perdido en medio del Caribe; cuando por fin, tras un mes de errar sin rumbo, enfiló la mar, las provisiones eran tan escasas que se vio obligado a imponer a sus hombres una ración diaria de seis onzas de pan y una pinta de agua por cabeza. Ninguno de los pilotos conocía la ruta del Atlántico, pero todos daban opiniones contradictorias y discutían con el Almirante. Algunos marineros propusieron arrojar por la borda a los indios para quedarse con su ración; otros, medio locos de hambre y sed, estaban dispuestos a comérselos. Caonabó y otros cuantos indígenas murieron en el trayecto y fueron sepultados en el océano. Aquella espantosa travesía duró tres meses. El 11 de junio, en Cádiz, la tripulación que descendió a rastras de las carabelas estaba compuesta por unos cuantos desgraciados, macilentos, medio muertos de hambre y comidos por las fiebres. El Almirante, con su hábito de monje, fue el último en aparecer. Su viaje a través de España no tuvo nada que ver con el de 1493: su fama se había desvanecido. Todo el mundo comentaba: «Demasiados gastos para tan poco provecho»[8]; todo el mundo lo tachaba de embustero...

Probablemente Isabel se daba cuenta de sus fallos con tanta claridad como el que más, pero para la reina las virtudes de Colón lograban

ensombrecer sus defectos y dejarle siempre muy por encima de sus detractores. Además, no resultaba nada fácil despachar a un oficial que había rendido tan buenos servicios a la Corona (si es que alguna vez tuvo Isabel intención de hacerlo). Finalmente, la reina comunicó a Colón su propósito de continuar adelante para mayor gloria de Dios y de Su Iglesia, incluso en el caso de que aquellas islas no dieran más que rocas y piedras. Había gastado sumas de dinero mucho mayores –dijo Isabel– en empresas de menor importancia; y tenía por bien empleadas cada una de las monedas desembolsadas, pues todo aquello redundaría en beneficio de la religión católica y de España. Quienes criticaran su proyecto serían considerados enemigos suyos y del rey. A petición de Colón, la reina revocó un edicto publicado el año anterior por el que se permitía a particulares explorar las Indias y establecerse en ellas, proclamando así públicamente su gratitud al Descubridor y su propósito de salvaguardar todos sus privilegios. Para hacer aún más completo el triunfo del Almirante, la reina atendió su solicitud de una tercera expedición; ésta fue quizá la prueba más concluyente de que seguía confiando en él a pesar de todas las quejas formuladas en su contra.

Al mismo tiempo, Isabel dejó bien claro que no habría más esclavos. Y Colón obedeció. Cinco años más tarde, sin embargo, el Almirante haría una interpretación bastante libre de las órdenes reales al entregar a cada uno de sus hombres un indio en calidad de criado. Cuando, estando en Granada, Isabel se enteró de su desobediencia, montó en cólera y dijo: «¿Quién ha autorizado a mi Almirante a disponer de ese modo de mis súbditos?». Y ordenó que todos los indígenas fueran devueltos a América.

A pesar de continuar gozando del favor real, Colón tuvo que aguardar varios meses hasta contar con sus seis barcos. Uno de los motivos de la espera fueron los preparativos que los reyes hacían en Burgos para la boda de la princesa Margarita (que ya se había embarcado rumbo a España) con el príncipe Juan. En parte, Colón dio una lección a quienes le acusaban de no conocer las artes de la navegación al adivinar qué ruta marítima seguiría Margarita, así como el lugar y la fecha aproximada de su llegada.

El rey Fernando y el príncipe siguieron los consejos de Colón y se dirigieron a Santander para recibir a la princesa. Tal y como el Almirante predijera, Margarita llegó a su destino a los pocos días y desembarcó entre el sonido de la música y las aclamaciones del pueblo y de los nobles. La princesa estaba dotada del picante atractivo típicamente francés; se trataba de una jovencita alegre e ingeniosa, inteligente y vivaracha. Tenía el cabello

rubio y, cuando lo llevaba suelto, le llegaba hasta los pies. De camino hacia Burgos escoltada por Fernando y por el príncipe, contó a ambos todos los detalles de su largo viaje, en particular los relacionados con la tormenta que la condujo hasta Southampton. En el momento en que la tempestad arreciaba, y cuando los marineros ya pensaban que iban a naufragar, ella compuso su propio epitafio en verso y se lo cosió a un brazalete para que pudieran identificar su cadáver en caso de que éste llegara a la orilla:

«Ci-gît Margot, la gentil' damoiselle,
Qu'eut deux maris, et si, mourut pucelle».
(«Aquí yace Margarita, una gentil dama
que, aun habiendo dos maridos, murió doncella»).

Antes de llegar a Burgos, y para regocijo de los reyes y de España entera, Don Juan y la princesa de Habsburgo ya estaban enamorados. El matrimonio se celebró casi de inmediato, el Domingo de Ramos, en presencia de una gran asamblea de nobles, prelados y embajadores; ofició la ceremonia el arzobispo de Toledo, Jiménez de Cisneros. Y el rubio príncipe de diecinueve años salió de la catedral junto a su rubia princesita de dieciocho, entre el fulgor del oro y de las joyas y en medio de las bendiciones del pueblo, como si de los protagonistas de un cuento de hadas se tratara.

Fernando e Isabel se volcaron con Margarita. La lista de los regalos que le hicieron, conservada en el archivo de Simancas, incluye collares de perlas, pulseras, cinturones, cadenas, anillos, pendientes, diamantes, esmeraldas, rubíes, oro y plata –hasta el célebre collar de Aragón con que Fernando pidera la mano de Isabel–. Y la reina no se contentó con todo esto. En 1488 obtuvo dos millones de florines para financiar el sitio de Baza mediante el empeño en Barcelona y Valencia de las joyas de la Corona y otras piedras preciosas; aún le quedaba por pagar la cuarta parte de la suma prestada. Fue por entonces cuando canceló su deuda, recuperó su collar de rubíes y se lo regaló a Margarita. «Todas las joyas regaladas a la princesa», comentó el tesorero de la reina, «son de tal perfección y valor que, quien las haya visto una vez, jamás verá nada mejor». También el ajuar con que la obsequiaron era magnífico: vajillas, braseros, candelabros de oro, jofainas de plata, camas, colgaduras de brocado y damasco, tapices flamencos, baúles esmaltados llenos de camisas y tabardos de seda, tocados de lino bordados en oro y plata, las sillas y gualdrapas de cuatro mulas...

Después de los acostumbrados torneos, fiestas y procesiones, Juan y Margarita atravesaron en triunfo los reinos de Castilla y Aragón aclamados

en todas partes como símbolo del amor y la juventud eterna.

La reina Isabel les vio partir con una mezcla de sentimientos encontrados. El problema de la elección de una esposa para Juan no había resultado nada fácil, pues su delicada constitución fue motivo de preocupación desde su nacimiento en Sevilla aquel crítico verano de 1478; sin embargo, Margarita, el mejor partido de Europa, parecía la mujer ideal para su hijo.

De todas las ambiciones de la reina, tan sólo una continuaba insatisfecha: la concerniente a la princesa Isabel. Aunque jamás intentó forzar los deseos de su hija mayor, albergaba la esperanza de que la pena fuera remitiendo con el tiempo, posibilitando así un segundo matrimonio, esta vez con Don Manuel de Portugal, quien aún la amaba. Justo después de los esponsales de su hermano, la princesa dio su consentimiento a este enlace, aunque con una extraña condición: la de que el rey de Portugal accediera a expulsar de su reino a todos los judíos. Don Manuel no tomó su decisión de inmediato: los judíos portugueses eran ricos e influyentes y habían rendido buenos servicios a la Corona. Pero quizá aprovechó aquella excusa para deshacerse de unos cuantos súbditos que manejaban hábilmente todo el comercio y las increíbles riquezas obtenidas por Portugal a raíz de sus descubrimientos. Así pues, los judíos portugueses fueron expulsados; y, con ellos, muchos españoles refugiados allí desde 1492. La princesa Isabel comenzó a hacer los preparativos para trasladarse una vez más a Portugal en calidad de prometida.

En aquel preciso momento, cuando la copa de éxitos logrados por la reina parecía rebosar, llegó un mensajero portador de inquietantes noticias. El príncipe Juan no se encontraba bien. Los médicos ya habían dado a entender que la pasión amorosa podría resultar fatal dadas su juventud y fragilidad. Ahora fueron aún más lejos y aconsejaron una completa separación –aunque temporal– de ambos esposos. El rey se inclinaba por seguir la sugerencia de los médicos; pero la reina no quiso ni oír hablar de ello. «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», dijo, citando las palabras de Nuestro Señor[9]. Quizá su corazón de madre le decía que la humillación del príncipe y la pena motivadas por una separación forzosa resultarían un veneno todavía más amargo que la propia muerte.

Margarita continuó, pues, al lado de su esposo. Éste acabó recobrándose y juntos reemprendieron su viaje hacia Salamanca, mientras en septiembre los reyes se trasladaban a Alcántara para las bodas de la princesa y el rey Don Manuel. Durante varios días se celebraron espléndidos festejos y justas, más grandiosos si cabe que las anteriores ceremonias de Sevilla.

Tras la marcha de su hija a Portugal, Isabel se vio obligada a guardar cama: la tensión de aquellas fiestas resultó excesiva para las extraordinarias energías de la reina, quien, al límite de sus fuerzas, comenzaba a venirse abajo. Al día siguiente llegó un correo de Salamanca con malas noticias. Después de los festejos celebrados en su honor, el príncipe se vio atacado por unas fiebres violentas: los médicos mandaban decir que su estado era preocupante.

El rey montó su caballo y salió hacia Salamanca, a unas cien millas de Alcántara, dejando a Isabel a la espera de noticias en una auténtica agonía.

Cuando Fernando llegó junto al lecho de su hijo, los médicos habían perdido toda esperanza y el príncipe sabía que iba a morir. Rogó a su padre que tanto él como su madre se mantuvieran animosos y aceptaran la voluntad de Dios. En su corta vida no había conocido más que dicha y beneficios –dijo- y moría sin pena. Comunicó a su padre que Margarita estaba encinta y, al tiempo que encomendaba su alma a Dios, confió a su esposa e hijo a la protección de los reyes. Fray Tomás de Torquemada, el Inquisidor General, recién llegado a Salamanca por indicación del rey, oyó al joven en confesión y le administró el Santo Viático y la Extremaunción[10].

Según Bernáldez, a medida que se aproximaba el momento fatídico, el rey consolaba al príncipe de este modo: «Fijo mucho amado, aved paciencia, pues que vos llama Dios, que es mayor Rey que ningun otro, y tiene otros reinos e señoríos mayores e mejores que non esto que Vos teníades y esperábades para vos dar, que os durarán para siempre jamás, y tened corazón para recibir la muerte, que es forzoso a cada uno recibirla una vez, con la esperanza que es para siempre inmortal y vivir en gloria»[11]. Dicho esto, cuando el príncipe hubo exhalado su último suspiro, el rey le cerró los ojos, preguntándose tal vez por qué la muerte, que en tantas y tan peligrosas batallas le había pasado rozando sin herirle, se cebaba ahora en un joven dichoso y en el umbral de su vida. El príncipe falleció el 3 de octubre de 1497, y «así también se vino abajo la esperanza de toda España», escribió desconsolado su tutor, Pedro Mártir.

El rey había estado enviando a Alcántara un mensajero tras otro para informar del más mínimo síntoma que pudiera ser interpretado favorablemente, y manteniendo viva la esperanza de la reina hasta el último momento, convencido quizá de que siempre existía la posibilidad de un milagro. En cuanto el cuerpo de Juan estuvo expuesto en la catedral de Salamanca, acompañado de los lamentos del pueblo y de los estudiantes de la

Universidad, decidió ser él el primero en dar la noticia a la reina.

Isabel dejó escapar un grito de alivio, pues vio en su llegada la señal de que el príncipe se hallaba fuera de peligro. El rostro del rey, sin embargo, quebró sus ilusiones antes de que Fernando pronunciara palabra.

«¡Decidme la verdad, señor!», le pidió.

«Está ya con Dios», contestó Fernando.

Aquella gran reina palideció, temblorosa. «El primero cuchillo de dolor que traspasó el ánima de la Reyna», dice Bernáldez. Luego inclinó la cabeza y dijo:

«Dios nos lo dio, Dios no lo quitó. ¡Bendito sea Su Santo Nombre!».

Los reyes permanecieron varios días a solas con su dolor mientras todas las campanas de España tocaban a difunto por el príncipe; el pueblo vistió sus ropas de luto, cubrió de negro puertas y murallas de las ciudades y suspendió temporalmente todo negocio público o privado.

Cuando por fin salieron de su retiro, los reyes se enfrentaron al mundo con tanta fortaleza de ánimo, que no hubo nadie que no se maravillara de su autodominio. Pedro Mártir escribiría: «Los soberanos se esfuerzan por ocultar su dolor, y lo logran. Mientras nosotros los contemplamos derrumbados por la debilidad de nuestras almas, ellos miran serenamente y a los ojos a quienes los rodean. ¿De dónde sacan tanta fuerza para ocultar sus sentimientos? Parece como si, aun vestidos como los hombres, no fueran de carne humana; como si su naturaleza, más firme que el diamante, no sintiera su pérdida».

Pero, bajo la aparente serenidad de la reina, se escondía una herida mortal. El mundo ya nunca volvería a ser como antes, porque Isabel acababa de aprender el significado de la palabra «imposible».

XXXI
LOS INFORTUNIOS DE ALEJANDRO VI
SAVONAROLA
COLÓN REGRESA ENCADENADO
DE SU TERCER VIAJE

La reina Isabel vivió siete años más después de que Don Juan fuera enterrado en su hermosa tumba abulense: siete años de enfermedades, angustias, penalidades y de preparación para abandonar un mundo al que no tardaría mucho en perder afición. Aunque al principio la gente observara en ella pocos cambios externos, y aunque hasta el último momento su firme voluntad continuaría imponiéndose en sus reinos a impulsos de su genio y de su nobleza de espíritu, Isabel sabía perfectamente que la vida se le estaba acabando. Aquel mismo año ingresaba en la Universidad de Salamanca un muchacho de catorce años llamado Hernán Cortés, el mismo que haría llegar los estandartes de Castilla y León hasta los ensangrentados altares mexicanos donde los sacerdotes arrancaban los corazones de las doncellas para aplacar las iras de sus ídolos. Y en el ejército del Gran Capitán militaba un soldado de apellido Pizarro, cuyo hijo Francisco lograría para España el oro de Perú; mientras que en Alemania el niño a quien un padre metódico golpeaba todos los días se convertía en el Martín Lutero, que haría pedazos la unidad del cristianismo por la que Isabel llevaba luchando toda una vida. Por último, un castillo guipuzcoano albergaba a otro niño de ocho años, un futuro pequeño paje de la Corte del rey Fernando, que acabaría transformándose en «conquistador de almas»: San Ignacio de Loyola, quien dedicó su existencia a limitar el campo de batalla de Lutero al norte de Europa. Pero el nuevo orden que estaba naciendo aparecía ante la reina como un lejano espectáculo histórico.

La muerte comenzó a atacar a sus más antiguos aliados. Del Cardenal Mendoza, cuya contribución a la grandeza de Isabel no debe ser nunca subestimada, no le quedaba más que el consuelo de rezar a los pies de su tumba, uno de los primeros monumentos del Renacimiento español. Fray Tomás de Torquemada, tras asegurarse de que su trabajo de toda una vida tuviera continuación, falleció en 1498 a la edad de 75 años; y quienes

abrieron la tumba para trasladar los restos del fraile aseguraron que emanaba de ella un olor sumamente dulce y agradable, lo que motivó el que muchos españoles acudieran a la sepultura para venerarlo como santo (aunque la Iglesia nunca lo haya declarado oficialmente como tal). Su puesto fue ocupado por el obispo Diego de Deza, tutor del príncipe Juan y protector de Colón. Carlos VIII de Francia murió repentinamente. Y en Italia se produjo otra defunción más que tendría serias repercusiones en España: la del hijo preferido de Alejandro, el Duque de Gandía, casado con Doña María Enríquez, prima del rey Fernando.

Una noche de 1497, cuando regresaba a altas horas de un banquete con su hermano César y otros amigos más, el Duque se despidió de ellos para tomar un solitario camino junto al Tíber en compañía de un misterioso dominó, quien, al parecer, iba a conducirle hasta el lugar de una cita con cierta dama. Algunos días más tarde encontraron su cadáver en el río: tenía un horrible corte en la garganta.

Al Papa, cuyo afecto por su familia era enorme, además de sincero, se le rompió el corazón en mil pedazos; Alejandro se hundió en la soledad y el silencio, mientras Roma entera ardía de rumores y temor. Algunos acusaban a Ascanio Sforza; otros a los Orsini; y los había que culpaban al falto de escrúpulos César Borgia, hermano del hombre asesinado. El misterio no llegó a solucionarse nunca y poco a poco fue ganando terreno el rumor de que algún marido celoso aprovechó la medianoche para vengarse del Duque. Y –lo que es aún más extraño– los libros de Historia jamás han desvelado el nombre de la misteriosa dama; excepto, claro está, las páginas (tan ricas en anécdotas) de Bernáldez, por entonces capellán del segundo Inquisidor General, Diego de Deza, quien, aparte de proporcionarnos un detallado relato del asesinato (aunque se equivoque en la fecha[1]), afirma categóricamente que el Duque iba a visitar a Madame Damiata. Lejos de acusar a César, Bernáldez culpa de su muerte a los Sforza. Y probablemente contaba con excelentes fuentes de información, pues muchos personajes de la Corte mantenían estrechas relaciones con Garcilaso de la Vega, Gonzalo de Córdoba, la viuda del Duque de Gandía, y quizá con el obispo Don Juan Arias de Ávila, exiliado en Roma y huésped del Papa Alejandro.

Las consecuencias de la tragedia fueron tales que parecía bastante probable que Alejandro cambiara completamente de vida. En el consistorio celebrado el 19 de junio, el Papa declaró que daría siete tiaras con tal de recuperar al Duque. «Dios ha consentido esto en castigo por Nuestros

pecados», manifestó abiertamente en presencia de todos los Cardenales –porque de él se podía decir cualquier cosa menos que era hipócrita–; y continuó con el siguiente célebre propósito: «Que Dios perdone al asesino; por Nuestra parte, estamos decididos a enmendar Nuestra vida y a emprender la reforma de la Iglesia. Renunciamos a todo nepotismo y emprenderemos la reforma empezando por Nós mismo». El afligido anciano encargó a seis Cardenales la reforma de la Corte Papal. Incluso llegó a decirle al rey Fernando que tenía intención de renunciar a la tiara. El monarca español no se tomó la confidencia demasiado en serio, pues escribió al Papa aconsejándole que no se precipitara y mencionando «la saludable mano del tiempo».

Sin duda, el propósito de reforma de Alejandro era absolutamente sincero. Los Cardenales, sobre todo Caraffa y Costa, se pusieron a elaborar a marchas forzadas un programa de Reforma Católica. Un programa que se habría anticipado a la decisiva labor del Concilio de Trento de haber estado suficientemente apoyado. Pero Alejandro llevaba demasiados años andando por mal camino para abandonarlo repentinamente sin tomar alguna actitud drástica, como dejar Roma y a sus amigos o quizá recluirse en un monasterio. Le faltó el valor suficiente. Así pues, la reforma se fue posponiendo para acabar cayendo en el olvido; hasta que, como señala Pastor, sus últimos años de gobierno resultaron peores que los primeros. Desde este momento, Alejandro se vio absolutamente dominado por el fuerte temperamento de César, al tiempo que se ganaba el odio de los numerosos enemigos de éste. Comenzaron a circular entonces todo tipo de rumores escandalosos sobre los Borgia. Siguiendo una moda típicamente renacentista, se exageraban sus defectos hasta límites insospechados; no había una sola perversidad que no se les atribuyera. La gente hablaba de extraños fenómenos que se consideraban de pésimo augurio. Un incendio destruyó el almacén de pólvora del castillo de Santángelo. La histeria se apoderó de la ciudad al extenderse el rumor de que habían encontrado un monstruo en las orillas del Tíber. Los embajadores venecianos informaron que tenía «el cuerpo de una mujer con una cabeza de dos caras. La cara delantera era la de un asno de enormes orejas; la posterior era de un hombre con barba. El brazo izquierdo era humano; el derecho parecía la trompa de un elefante. En lugar de cola tenía un largo cuello acabado en la cabeza de una serpiente con la boca abierta. Las piernas, desde los pies hasta arriba, y todo el cuerpo estaban cubiertos por las escamas de un pez[2]».

Desde San Marcos la voz tonante de Savonarola atronaba al mundo con sus profecías. Este hombre, uno de los fanáticos más llamativos de la historia, se había convertido prácticamente en el dictador de Florencia. Y, a pesar de los esfuerzos de los Medici y de otros muchos enemigos influyentes interesados en hacerlo callar, Savonarola continuaba predicando cada vez con mayor violencia contra los pecados de la gente y los de Alejandro VI.

El Papa, absolutamente indiferente a los ataques personales, no hacía nada por recortar la libertad de expresión del fraile mientras no arremetiera contra alguna de las sagradas doctrinas de la Iglesia. Y Savonarola habría continuado indefinidamente con sus profecías de no haber tocado un tema mucho más delicado al invitar una y otra vez a Carlos VIII de Francia a regresar nuevamente a Italia y reformar la Iglesia como hombre elegido por Dios para dicha tarea. Hasta el final de su vida, el fraile mantuvo la convicción de que Carlos era un instrumento del Altísimo. Pero ni el Papa ni los italianos que no fueran florentinos podían ver en el joven calavera que ocupaba el trono de Francia a la persona más adecuada para una misión tan austera. Italia temía mortalmente al monarca francés; y lo que menos deseaban los reyes de España era una nueva invasión por parte de Francia.

Sin embargo, poco después de que Savonarola invitara a Carlos a regresar a Roma, Alejandro mantuvo con el fraile una serie de serenas conversaciones carentes de cualquier afán vengativo. Por fin, el Papa le prohibió predicar en público. Pero el prior de San Marcos hizo caso omiso de la orden y durante la Cuaresma de 1497 sus sermones se hicieron más violentos que nunca. En mayo el Papa lo excomulgó. Entonces Savonarola manifestó desde el púlpito que todos sus perseguidores eran enemigos de Cristo. A principios de 1498 escribió al emperador y a los soberanos de Francia, España, Inglaterra y Hungría asegurando que «ha llegado la hora de la venganza. Dios quiere que yo revele sus secretos y anuncie a todo el mundo los peligros a que se halla expuesta la barca de Pedro a causa de vuestra relajación... Os aseguro, *in verbo Domini*, que este Alejandro no es Papa en absoluto y que no debe ser considerado como tal; porque, después de haber accedido a la Cátedra de San Pedro mediante el vergonzoso pecado de simonía y tras vender diariamente al mejor postor los beneficios eclesiásticos, aparte de sus otros vicios, de todo el mundo conocidos, yo afirmo que ni es cristiano ni cree en la existencia de Dios, lo cual constituye el más profundo abismo de la incredulidad».

Repentinamente, los florentinos, que siempre habían atribuido poderes

sobrenaturales a Savonarola, se volvieron contra él al comprobar la falsedad de muchas de sus profecías. El fraile se encontró indefenso ante sus influyentes enemigos y ni los Medici ni Alejandro estaban dispuestos a desperdiciar la ocasión. Los ciudadanos de Florencia lo encarcelaron y juzgaron; y, después de torturarlo, lo colgaron en abril de 1498 junto a otros dos frailes.

Pocos días antes había fallecido Carlos VIII. Su sucesor, su primo Luis XII, tomó de inmediato el título de rey de Jerusalén y de las Dos Sicilias; y, como descendiente de la familia Visconti, el de Duque de Milán. Así se hizo patente su propósito de una segunda incursión en Italia, lo cual a ojos de Fernando, rey de España y Sicilia, suponía un imperdonable desafío.

Para empeorar más la situación, las circunstancias obligaron al Papa Alejandro, considerado hasta entonces como el alma de la resistencia italiana a los «bárbaros» franceses (así se les conocía al sur de los Alpes), a prestar oído a ciertas propuestas de Luis XII. Venecia había firmado una alianza con el nuevo monarca francés. Los Colonna y los Orsini se unieron para hacer la guerra al Papa. César, cuyos talentos eran más militares que espirituales, deseaba renunciar al cardenalato –sólo había recibido las órdenes menores– para casarse con una princesa y convertirse en un gran señor. Además, los acontecimientos parecían aliarse para hacer bastante tentadora la oferta de Luis de emprender una nueva cruzada, pues Alejandro compartía con sus predecesores y sucesores más dignos de admiración el deseo de unir a Europa en contra de la constante amenaza del Islam.

En 1496 los turcos tomaron unas cuantas fortalezas húngaras e hicieron serias incursiones en Moldavia. En 1498, junto con los tártaros, devastaron Polonia de cabo a rabo. «La tierra estaba sembrada de cadáveres»: los musulmanes saquearon e incendiaron montes, colinas y llanuras, desde Lemberg y Prezmsyl hasta Kanczug. Pero lo que más alarmó a los italianos fue el ataque efectuado el 26 de agosto de 1497, que culminó en la conquista de Lepanto: la última plaza veneciana en el Golfo de Corinto. Simultáneamente, diez mil jinetes turcos procedentes de Bosnia entraron a saco en la zona de tierra firme veneciana, devastando toda la región hasta Tagliamento y llegando incluso cerca de Vicenza; a su paso asesinaron o se llevaron como esclavos a todos sus habitantes. En 1499 arrasaron la costa sur italiana. Aquel otoño Alejandro convocó una reunión de todas las potencias cristianas, pero la respuesta fue descorazonadora.

Luis, por su parte, deseaba anular su matrimonio (un matrimonio no

consumado y celebrado a instancias de Luis XI) con la princesa Juana, quien sería canonizada como Santa Juana de Valois. No hay duda de que las leyes de la Iglesia le concedían el derecho a esa anulación, que le fue otorgada después de que una comisión creada por el Papa examinara las pruebas. En señal de gratitud, Luis nombró a César Duque de Valentinois.

Los Reyes Católicos (tal era el título que les confirió la Santa Sede en 1497 en reconocimiento a los muchos servicios rendidos a la Fe) se indignaron al enterarse de las simpatías que el Papa demostraba hacia Francia; y se pusieron de acuerdo con Portugal para intentar atemorizar a Alejandro con la amenaza de convocar un concilio general que acabara destituyendo al Papa. El 27 de noviembre de 1498 los enviados portugueses no se anduvieron con remilgos a la hora de enfrentarse al Papa y censurarle abiertamente por su simonía y nepotismo y por su política amistosa con Francia. «La actitud de los enviados portugueses», escribió Ascanio Sforza, «desagrada aún más al Papa por el hecho de que sabe que detrás de todo esto están Sus Majestades de España; y que los enviados españoles, cuya llegada se espera de un momento a otro, dirán las mismas cosas, o peores».

En efecto, los embajadores de Fernando e Isabel llegaron el 19 de diciembre; tres días después, «se presentaron ante el Papa», cuenta Von Pastor, «con esa demostración de preocupado interés por el bien de la Iglesia que los sucesores de Fernando supieron emplear con tanta habilidad, cuando en realidad sus propósitos eran enteramente políticos». El principal portavoz de la delegación, Don Felipe Ponce, comenzó por decirle a Alejandro que no merecía el título de Papa, pues su elección había sido absolutamente anti-canónica. Según Zurita, que describe toda la entrevista, el Papa le interrumpió para manifestar que su acceso al Pontificado había sido perfectamente legal, y no como los reyes de España, quienes se apoderaron de sus reinos «sin justo título y contra conciencia... y eran usurpadores». Y añadió que él no era Papa merced a la obediencia que le rindieron los soberanos españoles, sino porque había sido elegido para ello canónicamente y sin un solo voto en contra.

Cuando Felipe criticó la alienación de los dominios de la Iglesia, Alejandro contestó que él no había hecho tal cosa, aunque albergara el propósito de entregar Benevento al Duque de Gandía[3]. Sin embargo –manifestó el Papa–, Fernando había ocupado ilegalmente Sicilia y Cerdeña, patrimonio de San Pedro y propiedad de la Iglesia. Luego acusó a Garcilaso de la Vega, allí presente, de haber inventado falsos informes en su contra.

Otro de los enviados llegó a afirmar que la muerte del Duque de Gandía

era un castigo divino por los pecados de Alejandro. El anciano se irguió entonces majestuosamente y replicó que, en ese caso, Fernando e Isabel habían sido castigados con mucha más severidad que él, puesto que ahora (desde la muerte del príncipe Juan) carecían de sucesor directo; y que sin duda aquello era un castigo de Dios por sus intromisiones en los derechos de la Iglesia[4].

En otra animada reunión en la que estaban presentes tanto portugueses como españoles, uno de los enviados llamado López dijo que Alejandro no era la cabeza legítima de la Iglesia. Von Pastor comete un error al asegurar que el Papa, «furioso, amenazó con arrojarlo al Tíber». Según la crónica de Zurita, lo que dijo Alejandro fue que «si César estuviera en Roma, les habría contestado como se merecían; y que en tiempos del Papa Sixto, el Conde Gerónimo dijo a los embajadores de los soberanos españoles que los iba a arrojar al Tíber»[5].

Alejandro se hallaba en una situación crítica. Se comenzó a plantear abiertamente la posibilidad de que España y Alemania retiraran su obediencia al Papa. Probablemente el temor a un nuevo cisma explica por qué el 26 de febrero de 1498, al legar todos sus bienes a su hijo Diego, Colón le ordenara al mismo tiempo emplear la herencia en la cruzada contra los turcos «o en ayudar al Papa en caso de que un cisma de la Iglesia amenace con arrebatarle la sede o sus posesiones temporales». Fue una suerte para el Almirante que tales manifestaciones no llegaran a oídos de sus regios protectores. Por lo que se refiere al Papa, consiguió salir del atolladero mediante la promesa de devolver Benevento a la Iglesia, expulsar a sus propios hijos de Roma y otra serie de reformas más; al tiempo que prometía a Isabel y a Fernando un mayor control de los asuntos eclesiásticos españoles.

Aunque todos estos acontecimientos tocaban de cerca los intereses de la reina Isabel, los informes de la época muestran cómo su participación activa en la vida política va disminuyendo paulatinamente en favor del rey, mientras ella se refugia cada vez más en la intimidad: los asuntos personales de sus hijos ocupan su tiempo por encima de cualquier otra cosa. Una elección bastante desafortunada la de Isabel, porque todos sus retoños o bien murieron pronto o bien fueron desgraciados. Una terrible fatalidad parecía perseguirles. De pie junto a la blanca tumba de mármol de Don Juan, quizá la reina recordara más de una vez las solemnes palabras del Papa Sixto en su carta de 23 de febrero de 1483, «urgiendo y requiriendo» a Isabel para que evitara toda severidad que pudiera desacreditar a la Iglesia; «de este modo Nuestro

Señor, bajo cuya autoridad están los reyes... hará que prosperen vuestra descendencia y vuestros negocios». Ahora otro Papa acababa de asegurar a uno de sus enviados que la muerte de Don Juan era un castigo divino por sus intromisiones en los derechos de la Iglesia; intromisiones de las que Fernando era principal responsable y en las que ella actuó, en mayor o menor medida, en calidad de cómplice. Varios escritores judíos han aventurado una explicación similar al hablar de las desgracias de los reales infantes.

Tras la muerte del príncipe Juan, Isabel trató a la joven viuda con la mayor ternura, aguardando el momento del parto con la esperanza de que hubiera un nuevo heredero al trono. Pero, a principios de 1489, el hijo póstumo de Don Juan nació muerto. A Margarita ya nada la retenía en España; y, como siempre consideró bastante pesada la rígida etiqueta de la Corte castellana, decidió regresar a casa. En 1499 Isabel y Fernando se despidieron de ella después de colmarla de honores y regalos. Margarita se volvería a casar con el Duque de Saboya y enviudaría nuevamente a los tres años de matrimonio; desde entonces, rechazó a varios pretendientes reales, incluido un Enrique VII bastante decrépito. Durante ocho años rigió con notable habilidad los destinos de los Países Bajos como gobernadora general de su sobrino, Carlos V. Falleció en 1530; sobre la lápida de su tumba, en Bourg-en-Bresse, se leen escritas estas palabras: *«Fortune, Infortune»*.

Ahora la sucesión al trono de Castilla recaía sobre la joven reina de Portugal, quien esperaba un hijo para el verano de 1498; ¡ojalá fuera un varón en quien se unieran los reinos de España y Portugal! Isabel y Fernando la invitaron a Castilla con el fin de obtener el reconocimiento de las Cortes: un trámite imprescindible, porque Felipe el Hermoso ya había reclamado la sucesión para él y su esposa Juana, sin tener en cuenta la primogenitura de la reina de Portugal. Después de que los castellanos prestaran el juramento de fidelidad, Fernando e Isabel se trasladaron a Zaragoza con los monarcas portugueses para solicitar lo mismo de los súbditos de Fernando. Pero, como de costumbre, los aragoneses mantuvieron largos y enfervorecidos debates hasta decidir que sus leyes y tradiciones les impedían reconocer el título de una mujer al trono, aunque accedieron a prestar juramento de fidelidad al hijo de la reina portuguesa, siempre que fuera varón; a no ser, claro está, que Fernando tuviera algún otro descendiente varón. Esta última salvedad se planteó al constatar que la reina Isabel llevaba varios días enferma y sin asistir a las sesiones de las Cortes, por lo que se comentó abiertamente que no le quedaba mucho tiempo de vida. Y se esperaba que, tras su muerte, las

exigencias de la política o la necesidad de un heredero obligaran a Fernando a contraer nuevo matrimonio.

Por fin, al mediodía de un jueves del mes de septiembre, la reina de Portugal dio a luz a un niño en el palacio del arzobispo de Zaragoza. Una hora más tarde, Isabel fallecía en brazos del rey Don Manuel y en presencia de sus padres[6].

Las Cortes, fieles a su promesa, reconocieron inmediatamente al infante Don Miguel, quien desde ese momento se convertía en el heredero legítimo a los tronos de España y Portugal.

Todas las esperanzas de Isabel se centraron entonces en aquel diminuto personaje. La reina se lo llevaba con ella a todas partes, vigilaba su cuna día y noche y trasladó a Miguel cada una de las ilusiones que depositara antes en Don Juan. Pero la esperanza de la reina se desvaneció una vez más: a los dos años de nacer, el pequeño Miguel reposaba junto a su madre en el monasterio toledano de Santa Isabel.

Bernáldez filosofa de este modo acerca del triste destino que se abate tanto sobre los soberanos como sobre los campesinos: «El primero cuchillo de dolor que traspasó el ánima de la Reyna Isabel, fué la muerte del Príncipe, el segundo fué la muerte de Doña Isabel su primera hija, Reyna de Portugal; el tercero cuchillo de dolor fué la muerte de Don Miguel su nieto, que ya con él se consolaba, y desde esos tiempos vivió sin placer la ínclita y muy virtuosísima y muy necesaria en Castilla Reyna Doña Isabel, y se acortó su vida y su salud»[7].

María, la más afortunada de las cuatro hijas de Isabel, vivió hasta los 35 años. En 1500, tras dejar pasar un tiempo prudencial, el rey de Portugal pidió la mano de la hermosa princesa. Del matrimonio nacerían ocho hijos: seis varones y dos niñas.

Las noticias que llegaban a España acerca de la Archiduquesa Juana eran desalentadoras: vivía en un perpetuo estado de celos (no sin razón), infelicidad y depresión. A la reina Isabel tanto le inquietaron aquellos rumores que envió a Flandes al subprior del convento dominico de Santa Cruz, en Segovia, para hacer lo que estuviera en su mano. Juana lo recibió amablemente. El subprior escribió a la reina que la Archiduquesa, en avanzado estado de gestación, estaba muy hermosa y con aspecto saludable. Intentó convencerla de que se reconciliara con su madre, a quien no había escrito jamás; ni siquiera preguntó por ella. Juana comenzó a sospechar del enviado y, bastante malhumorada, cambió de actitud hacia él. Además –de

acuerdo con los informes del subprior–, no se confesó en la Fiesta de la Ascensión, y ello a pesar de que tenía a su disposición dos confesores.

La reina Isabel intentó ganarse el afecto de Juana a través de Fray Andrés, confesor de la Archiduquesa. Éste recurrió a todos los argumentos imaginables, pero Juana hizo caso omiso de sus recomendaciones.

Después de viajar a Inglaterra con la misión de investigar las actividades del Doctor Puebla –a quien describía en una carta dirigida a los soberanos como «mentiroso, adulador, calumniador, miserable y ni siquiera buen cristiano» a causa de sus tendencias judaizantes–, el subprior de Santa Cruz reemprendió sus esfuerzos por ganarse a la Archiduquesa. Comunicó a la reina que la casa de su hija estaba gobernada por una regla similar a la de un convento y, a pesar de poseer muchas de las cualidades propias de una buena cristiana, la Archiduquesa se encontraba en una situación bastante delicada, pues no se le permitía tomar ninguna decisión respecto a la administración de su propio hogar. Madame de Aloyn y los consejeros del Archiduque la intimidaban de tal modo que no se atrevía ni a levantar la cabeza. No disponía de un solo maravedí para dar a los pobres –en caso de haber deseado hacerlo–. Cuando descubrió que estaba encinta, solicitó de los Estados la pensión acostumbrada. Aunque le prometieron seis mil florines, pagaderos en tres años, no llegó a ver una sola moneda, pues dicha suma fue a parar directamente al tesoro del Archiduque. Todos los españoles que se trasladaron a Flandes acompañando a Juana vivían en la más absoluta miseria: Felipe, por su parte, se había desentendido completamente de ellos.

La pensión de Juana fue distribuida entre los cortesanos flamencos; ella no se enteró hasta que le entregaron el papel para que lo firmara. Entonces hizo notar que, puesto que no la habían consultado, al menos le podían haber ahorrado la molestia de firmar ningún documento[8].

Por fin, en la festividad de San Matías del año 1500, Juana dio a luz a un hijo a quien llamaron Carlos. Desde la muerte de Miguel, Juana era la legítima sucesora al trono de Castilla, por lo que algún día el pequeño Carlos (como se le conocía en España) heredaría bajo el título de emperador un vasto imperio que comprendía los territorios de España, Nápoles, Sicilia y todos los dominios de los Habsburgo –las Borgoñas, Flandes, etc.–. Así lo predijo la reina Isabel al enterarse de la fecha de su nacimiento: «La suerte recayó sobre Matías»[9].

De todos sus hijos, la única que continuaba viviendo con Isabel era Catalina. Sin embargo, su prolongado martirio estaba a punto de empezar. En

agosto de 1498 por fin se firmó y ratificó un tratado favorable tanto a España como a Inglaterra. La amistad entre los soberanos y sus sucesores iba a perdurar para siempre. Enrique no ocultaba su entusiasmo. Puebla había pedido que Catalina aprendiera francés, «pues las reinas inglesas no saben latín y entienden muy poco español»; y añadía que la princesa «debía acostumbrarse a beber vino; en Inglaterra el agua no es buena; y, cuando lo es, el clima impide beberla».

Una vez concluido el tratado, Enrique pidió que enviaran a la princesa a Inglaterra lo antes posible. El Domingo de Pentecostés de 1499, en la capilla de Bewdley Manor, el obispo de Coventry y Lichfield oficiaba la ceremonia del matrimonio por poderes de Catalina (representada por el Doctor Puebla) con el príncipe Arturo.

Isabel buscó todo tipo de excusas para diferir lo más posible el viaje de Catalina; no sólo a causa de los pocos años de la princesa, sino porque desconfiaba de Enrique. El embajador de la reina, Don Pedro de Ayala, le comentó que los ingleses eran un pueblo supersticioso acostumbrado a creer en profecías y adivinadores. Un sacerdote que en su momento predijera la muerte de Enrique IV y Ricardo III –añadió– acababa de comunicar al rey Enrique «de qué modo morirá. Según los rumores, el sacerdote ha dicho al rey que durante todo este año su vida correrá grave peligro, y, aparte de otras cosas desagradables, le informó que en su reino hay dos facciones con credos políticos completamente opuestos...». En las dos últimas semanas Enrique había envejecido tanto que parecía tener veinte años más. Su piedad aumentaba visiblemente. «Esta Cuaresma ha oído un sermón diario y continuado sus devociones durante todo el día. Su tesoro continúa aumentando. Creo que en este aspecto no tiene igual. Si una moneda de oro entra en sus arcas, no vuelve a salir jamás. Siempre paga en moneda depreciada... y todos sus criados son como él; poseen una extraordinaria habilidad para quedarse con el dinero de los demás».

Puebla, quien, después de regresar a España en 1499 a instancias de los reyes, se reincorporó de nuevo a su cargo, escribió por las mismas fechas las siguientes palabras, dictadas probablemente por Enrique: «Ahora que Perkin y el hijo del Duque de Clarence han sido ejecutados, no queda una sola gota de sangre real dudosa». Tan sólo existía la auténtica sangre real del rey, la reina y, sobre todo, del príncipe de Gales.

En marzo de 1500 Ayala escribió que Enrique «lamentaba mucho» que aún no hubieran enviado a la princesa. Había hecho «muy grandes»

preparativos para recibirla. «Si no viene este año, él y todo su reino sufrirán grandes pérdidas». Isabel y Fernando prometieron enviarla en cuanto pudieran. Pero un año más tarde, en marzo de 1501, la reina continuaba presentando sus excusas al Doctor Puebla. Un pretexto era el de la revuelta de los moros en las Alpujarras; el otro, la peste que asolaba Londres.

Durante todo este tiempo, Puebla estuvo entre la espada y la pared. Escribió al secretario de la reina quejándose de que necesitaba dinero y de no haber recibido su salario. El rey Enrique había escrito a España solicitando permiso bien para nombrarle obispo, bien para concertarle un buen matrimonio en Inglaterra; pero los reyes no habían contestado palabra. Según los informes del subprior de Santa Cruz, por aquellas fechas el Doctor Puebla se hallaba viviendo en Londres, en una casa de huéspedes nada respetable. Para ahorrar, solía comer en la Corte siempre que podía; y, cuando aparecía por allí, el rey Enrique comentaba: «Aquí viene el viejo doctor mendigo».

Mientras se ultimaban los detalles referentes al traslado de la princesa, al dinero y a las joyas, a su recibimiento y al trato que se le dispensaría, los asuntos de Colón causaban nuevas preocupaciones a los reyes. El Almirante inició su tercer viaje en mayo de 1498 entre malos presagios y después de pelearse con un tal Jiménez de Briviesca, un converso empleado en la Oficina de Indias a quien Colón persiguió a patadas por todo el puerto de Cádiz.

Sin embargo, fue durante esta tercera expedición cuando el Almirante descubrió Trinidad. Al día siguiente, el 1 de agosto de 1498, divisó desde el puente el continente americano, al que, según Las Casas, bautizó con el nombre de Isla Santa, creyendo, claro está, que se trataba de una isla más. Así pues, la gloria de ser el primer europeo en contemplar la tierra firme del mundo occidental le pertenece a Colón, aun cuando este muriera sin saber lo que había descubierto. La tripulación desembarcó en el continente, mientras Colón, aquejado de alguna enfermedad, permanecía a bordo. El viernes 3 de agosto descubrió el punto de Paría (Venezuela), al que llamó Gracia (en su opinión, también una isla). La carta de Vespuccio al rey René de Sicilia reclamando para sí el descubrimiento del continente en 1497 no es más que una invención que jamás se atrevió a hacer pública en España. Según Las Casas, el Nuevo Mundo debía recibir el nombre de Colón, Colombo o alguno con los que el Almirante bautizó al continente: Santa o Gracia.

Cuando a finales de agosto el Almirante llegó a La Española, encontró los ánimos sumamente encrespados a causa de las rígidas reglas dictadas por su hermano, el Adelantado Bartolomé, a quien dejara al mando durante su

ausencia. Entre los colonos se había organizado una facción revolucionaria dirigida por Francisco Roldán, un hombre audaz e inteligente, pero muy violento, que pretendía acabar con toda la familia Colón. Muy pronto la isla se vio dividida en dos bandos convenientemente armados. Tanto Roldán como Colón escribieron a los reyes, acusándose mutuamente y negando los respectivos cargos formulados en su contra. Fernando e Isabel decidieron enviar un investigador imparcial para zanjar el asunto. Con tal fin nombraron a Francisco de Bobadilla, un caballero que se había ganado la confianza de los reyes luchando al frente de un ala del ejército en el sitio de Málaga[10]; le ordenaron marchar a La Española y arrestar a todo el que perturbara la paz de la isla: es probable que estuvieran pensando sobre todo en los rebeldes a la autoridad de Colón.

Al llegar Bobadilla, el Almirante, tras una serie de clementes conversaciones mantenidas con los rebeldes, acababa de ordenar el ahorcamiento de un joven noble español. Bobadilla llegó a la conclusión de que la incapacidad de Colón como administrador era la causa de todos los problemas; lo arrestó, mandó que lo encadenaran y lo metió en un barco con destino a España. Cuando el capitán del navío se ofreció a quitarle los grilletes, Colón insistió en conservarlos puestos. Y fue de este modo como, en noviembre de 1500, desembarcó en Cádiz, paralizado por la gota, con el pelo completamente blanco y penosamente envejecido por los sufrimientos y la travesía. Sin embargo, en toda circunstancia –equivocado o acertado, enfermo o sano, pobre o rico– conservaba el porte majestuoso y la nobleza de expresión que le acompañaban siempre, a pesar de todo lo que se haya dicho o aún se pueda decir sobre este gran personaje, este gran héroe. De haber sido un ladrón, Colón se habría dedicado a robar bolsas con un aire señorial; y, si un mendigo, extendería la mano con el mismo gesto que un emperador.

A bordo, Colón escribió una carta a Doña Juana de la Torre, el ama del príncipe Juan, con el claro propósito de que sus palabras llegaran a oídos de los reyes:

«Muy virtuosa señora: Aunque es una novedad para mí el quejarme de los malos usos de este mundo, no es, sin embargo, una novedad para el mundo el hacer el mal. Innumerables son las pruebas que de ello he tenido, y las he resistido hasta hoy, en que encuentro que ni la fuerza ni la prudencia valen nada para mí; y me han reducido cruelmente hasta lo profundo del mar. La esperanza en el Creador de todas las cosas es mi único consuelo; siempre he encontrado su ayuda en toda tribulación. En una ocasión, no ha mucho

tiempo, en que yo estaba tremendamente deprimido, Él me levantó con su brazo divino, y me dijo: ¡Oh hombre de poca fe, levántate, no temas, soy Yo! Yo me ofrecí con la mayor devoción al servicio de estos Príncipes, y les he servido con fidelidad sin igual, como jamás se ha oído decir. Dios me hizo el mensajero de los nuevos cielos y la nueva tierra de que Él habla en el Apocalipsis de San Juan, después de haber hablado de ellos por boca de -Isaías; y me mostró el lugar donde encontrarlos».

La referencia a «los nuevos cielos y la nueva tierra» resultó una afortunada casualidad si tenemos en cuenta que Colón seguía convencido de haber estado en Asia. En esa misma carta renovaba sus promesas de obtener fabulosas riquezas: «Ya está abierto el camino del oro y de las perlas, y puede esperarse con seguridad que también se hallarán piedras preciosas, especias y millares de otras cosas. Quiera Dios que sea tan cierto esto como el que yo no sufra ya mayores males que los que he sufrido, y como lo es el que yo, en nombre de Nuestro Señor, continuara mi primer viaje».

Colón no tiene ninguna duda de que se despejarán todas las acusaciones formuladas contra su buen nombre y, en su defensa, el pesar le dota de una elocuencia más propia de un Cicerón o de un Edmund Burke que de un autodidacta cardador de lana:

«Dios es justo, y Él querrá en su tiempo hacer saber por quién y cómo se han hecho todas las cosas. El no me juzgará como un gobernador que ha sido enviado a una provincia o ciudad sometida a un gobierno regular, y donde las leyes pueden ejecutarse sin temor ni peligro de la felicidad pública ni sujeción a una gran injusticia. Yo debo ser juzgado como un capitán enviado de España a las Indias a conquistar un pueblo numeroso y guerrero, cuyas costumbres y religión son por completo diferentes a las nuestras. Un pueblo que mora en las montañas, sin habitaciones decentes para ellos ni para nosotros. Y donde debo someter a todo un mundo al dominio de los Reyes nuestros Soberanos, a causa de lo cual España, a la que usualmente se calificaba de pobre, es hoy el más rico de los reinos. Yo debo ser juzgado como un capitán que durante tantos años ha empuñado las armas, no dejándolas por un instante. Yo debo ser juzgado por caballeros que hayan conquistado ellos mismos el premio de la victoria; por caballeros de la espada y no por charlatanes».

¿Qué reina, qué mujer sería capaz de leer tales palabras sin que se calmara su indignación?

Mientras el Almirante atravesaba las calles de Cádiz cargado de hierros,

un murmullo de lástima y enojo se extendió por toda la ciudad. La corriente del sentimiento popular se puso claramente a su favor: Colón se convirtió en mártir de la oficiosidad de los burócratas. Así pues, cuando se presentó en Granada ante los reyes, la batalla estaba medio ganada. Según Las Casas, por estas fechas solía ir vestido como un capuchino. No existe ninguna prueba por parte de las crónicas contemporáneas (ni tampoco lo menciona su hijo Hernando en la biografía del Almirante) de que la reina estallara en lágrimas al verle o de que a Colón le emocionara tanto la compasión demostrada por Isabel que cayó de rodillas y comenzó a sollozar. La primera referencia a esta anécdota la podemos encontrar en Herrera.

Una vez más, Colón había vencido a sus enemigos. No sólo se libró del castigo, sino que su nombre fue públicamente reivindicado y el Almirante conservó todos sus títulos y privilegios. A pesar de todo, parece que los reyes decidieron no encomendarle más tareas administrativas. En su lugar, enviaron a La Española a Nicolás Ovando con el título de gobernador temporal (sin duda para no herir los sentimientos de Colón).

Ha de señalarse que no conservamos contra Bobadilla ninguna censura por parte de Fernando e Isabel que pueda justificar todos los insultos que los historiadores han descargado sobre él. De hecho, Bobadilla siguió conservando el favor real y viviendo honrosamente en la Corte. Pedro Mártir, que era amigo de Colón, no le culpa de nada; y Las Casas, el simpático biógrafo del Almirante, comenta que «ni siquiera después de su muerte se atrevió nadie a atacar su probidad y desinterés».

Colón publicó un libro de profecías en el que predecía que «no hay ninguna duda de que el mundo acabará dentro de 155 años» –de ahí la necesidad de completar sus descubrimientos con el fin de hacer posible la salvación de todos los hombres–. Dios le había elegido a través de Isaías –comunicaba al ama del príncipe Juan– para desvelar nuevas tierras antes de la consumación del mundo. Seguramente por estas fechas los sufrimientos le habían hecho enloquecer, aunque su actitud nunca dejara de ser majestuosa. Observemos el tono de la carta remitida en 1502 al banco genovés de San Jorge nombrándolo su administrador:

«Altos y nobles señores: Aunque el cuerpo está aquí, el corazón está constantemente allí. Nuestro Señor me ha concedido el mayor favor otorgado a hombre alguno desde David. Los resultados de mi empresa aparecen ya, y brillarían grandemente a no ser por la ceguera del gobierno. Vuelvo otra vez a las Indias, bajo los auspicios de la Santa Trinidad, presto a retornar, y, como

soy mortal, he decidido, con mi hijo Diego, que recibiréis todos los años, por siempre, una décima de la renta total, tal como sea, con el fin de reducir los impuestos sobre el vino y otras provisiones. Si este diezmo importa algo, tomadle. Si no, tomadle, al menos, como legado. Os suplico cuidéis del hijo que os he encomendado. Micer Nicolo de Orderigo sabe más que yo mismo cómo van mis asuntos, y le he enviado transcripción de mis cartas y privilegios para su guarda. Mis señores, los Reyes, me honran más que nunca. Que la Santa Trinidad guarde vuestras nobles personas y acreciente la magnífica Casa».

Aunque Isabel no creía demasiado en las profecías de Colón, seguramente continuaba confiando en él como navegante; e incluso Fernando pensaba que el plan del Almirante de buscar una nueva ruta marítima a través del supuesto continente –¡Cuba!– era bastante sensato. No existe mejor prueba de ello que el hecho de que los reyes subvencionaran un cuarto viaje, con la condición de mantenerse alejado de La Española, donde estaba Ovando.

Colón zarpó una vez más; y, una vez más también, fracasó gloriosamente. Después de naufragar y pasar ocho meses entre indios hostiles en la isla de Jamaica, enfermo y traicionado; después de habérsele negado la entrada a un puerto descubierto por él mismo, Colón aún conservaba su inquebrantable espíritu. Y, al igual que le ocurrió a Isabel, nadie es capaz de leer sus cartas sin presentir que el mundo perdió un poeta épico de primera línea cuando Colón eligió vivir en la práctica lo que podía haber escrito sobre un pergamino. He aquí su descripción de una tormenta:

«Había hecho ya cuatro leguas, cuando la tormenta comenzó, contrariándome en tal grado que no sabía lo que hacer; mi herida se abrió de nuevo, y durante nueve días mi vida no tenía salvación. Nunca estuvo el mar tan alto, tan terrorífico, tan cubierto de espumas; no solamente el viento se oponía a nuestra ruta, sino que hacía muy peligroso navegar hacia tierra, y me hacía quedar en aquel mar, que me parecía un mar de sangre, hirviendo como una caldera unos días, y brillando otras noches como un horno, con relámpagos tan formidables que a cada momento miraba yo si mis mástiles y mis marineros no habían perecido; los relámpagos se sucedían con tal furia, que temimos que al fin consumieran al barco. Durante todo este tiempo no cesaron de caer las lagunas de los cielos; no se puede decir que lloviera, porque aquello era una repetición del diluvio. Los hombres estaban tan deprimidos, que deseaban la muerte para librarse de tales martirios. Por dos

veces los barcos habían perdido lanchas, anclas y aparejos, y ahora descansaban desmantelados y sin velamen».

Y he aquí una descripción de la visión que tuvo cuando estaba enfermo y a punto de desesperar:

«Yo subí a lo más alto del barco, y con voz trémula y grandes sollozos llamé a los capitanes del ejército de Vuestras Altezas para que acudiesen en mi socorro desde todos los puntos cardinales. Pero no recibí respuesta. Al fin, gimiendo exhausto, caí dormido y oí una voz compasiva que me decía: ¡Oh loco y tardo para servir a tu Dios, el Dios de todas las gentes! ¿Qué es lo que Él ha hecho por Moisés, o por David, su siervo, que no haya hecho por ti? Desde tu infancia te ha tenido bajo su constante y vigilante cuidado. Cuando llegó al fin la edad en que podría realizar sus designios respecto a ti, Él dio un renombre maravilloso a tu nombre, y fuiste obedecido en muchas tierras y adquiriste una fama honorable entre los cristianos. Él te dio las llaves de las puertas del mar Océano, sujeto con tan poderosas cadenas; las Indias, esas ricas tierras del mundo, te las dió para ti, y luego te dió poder de dárselas a otros según tu voluntad. ¿Hizo Él más por el pueblo de Israel, cuando le sacó de Egipto? ¿O cuando a David le hizo, de pastor, Rey de Judea? Vuelve a Él y reconoce tu error, por que su misericordia es infinita. Tu gran edad no te impedirá terminar tan gran empresa. Abraham tenía casi cien años cuando engendró a Isaac; y, acaso, ¿era Sara joven? Tú gritas pidiendo ayuda. Responde: ¿Quién te ha afligido más y más a menudo, Dios o el mundo? Los privilegios y promesas que Dios te ha hecho, no se han roto aún; ni, al recibir tus servicios, Él ha dicho que sus deseos eran otros, ni que debían ser interpretados con otra luz; ni te ha hecho sufrir para mostrar su poder. Sus actos responden a sus palabras, y cumple cuanto Él ha prometido. Tal es su costumbre. Por eso te he mostrado lo que tu Creador ha hecho por ti y lo que hace por todos los hombres. Aun ahora Él muestra, en parte, la recompensa por tantos daños y sufrimientos que has tenido en servicio de los otros.

»Oí todo esto como muerto, y no tuve palabras para replicar, y sólo pude llorar mis errores. El que me habló, quienquiera que fuese, concluyó con estas palabras: No temas, sé confiado; todas estas tribulaciones se escribirán en mármol, y no sin razón».

Este hombre carente de instrucción poseía un genio poético de primer orden. Sus expresiones más comunes están dotadas de una categoría que sólo se encuentra entre unos pocos escritores de incomparable capacidad; y especialmente entre escritores pertenecientes a la raza más ricamente dotada

de todas: los judíos. Para hallar cadencias más extraordinarias que éstas y una sinceridad más emotiva que la de la prosa de Colón, debemos retroceder hasta Isaías, hasta el Libro de Job, el Apocalipsis de San Juan o las Epístolas de San Pablo.

XXXII
EL REPARTO DE NAPOLÉS
DOMINIO ESPAÑOL EN ITALIA
LA REVUELTA DE GRANADA

Mientras la reina Isabel paseaba por los jardines de la Alhambra leyendo las cartas de Colón, el rey Fernando observaba Italia como un gato delante de una ratonera. El ratón que se había metido en el agujero era Luis XII de Francia (un ratón, por cierto, mucho más inteligente que Carlos); y el queso que lo atrajo hasta allí se llamaba Nápoles. En 1499, después de comprar a todos sus enemigos y de gastar buenas sumas de dinero en la mejora de su ejército, y especialmente en la artillería, los franceses atravesaron los Alpes por debajo del Trivulzio; el 10 de agosto llegaron a Asti, tomando luego Annone, Valenza, Tortona y Alessandria. Cuando Ludovico Sforza huyó de Milán, Luis se convirtió en el dueño de Italia. Sólo le quedaba marchar contra Nápoles.

Todos los esfuerzos del rey Fernando por mantener a Luis alejado de Italia resultaron inútiles. Un diplomático menos astuto que él hubiera dejado el campo libre a tan poderoso enemigo o empezado un conflicto de dudosos resultados. Pero a Fernando aún no se le habían agotado todos los recursos. La prudencia le llevó a pensar que Luis, recordando la desafortunada experiencia de Carlos, tendría sus dudas a la hora de marchar contra Nápoles dejando atrás un problemático enemigo con el poder suficiente para invadir Francia. Y eso es exactamente lo que aterraba a Luis, y su miedo lo traicionó, haciéndole llegar a un acuerdo ridículo con Fernando. El 11 de noviembre de 1500 ambos firmaron un tratado secreto por el que el reino de Nápoles quedaba repartido entre ambos. Luis sería rey de Nápoles y gobernaría la tierra de Lavoro y los Abruzzos, mientras que Fernando, tras ser nombrado Gran Duque, contaría con el dominio de Apulia y Calabria. Deponían también a Federico de Nápoles, primo de Fernando, tomando como excusa la traición cometida contra la Cristiandad al acudir al Sultán turco Bayaceto II en solicitud de ayuda contra Luis. Federico no tenía de qué quejarse, pues hacía mucho tiempo que los soberanos españoles le advirtieron de que no tolerarían una llamada a los musulmanes. Federico supo por primera vez del

tratado de Granada y de su propia ruina a través de una bula enviada por el Papa Alejandro confirmando su destitución.

Cinco meses antes de firmar con Luis dicho tratado, Fernando tomó la precaución de enviar discretamente a Sicilia a Gonzalo de Córdoba con setenta navíos, seiscientos jinetes y los cinco mil mejores soldados de a pie del ejército español. Mientras el Gran Capitán se ponía en camino, el problema turco se hizo más preocupante. Los musulmanes habían arrebatado a los venecianos la isla de Cefalonia (la Samos de Homero), próxima a la costa griega, de modo que dominaban las aguas venecianas desde la ciudadela de San Jorge, una plaza que hasta el momento se consideraba inexpugnable. Luego tomaron Modon, empalando a todos sus habitantes, y continuaron cometiendo atrocidades a raíz de la conquista de Navarino y Koren. El pánico de los venecianos fue mayor que el motivado por la caída del Negroponto.

El Papa dirigió una urgente bula de cruzada a la Cristiandad entera, hablando a los príncipes de la furia y crueldad de los musulmanes y de su odio hacia el cristianismo e instándoles a unirse en una defensa común. El propósito de los turcos –decía– era el de conquistar Roma y someter luego a todas las naciones cristianas. En consecuencia, la Iglesia Romana declaraba oficialmente la guerra al ancestral enemigo. Para hacer frente a los gastos de la cruzada, gravaba con un diezmo a todos los beneficios eclesiásticos sin excepción y a los funcionarios de los Estados Pontificios. A los judíos se les impuso un tributo del 50%. Y se amenazó con la excomunión a quienes se negaran a pagar.

En un consistorio celebrado el 11 de septiembre de 1500, el Papa y los cardenales decidieron lanzar contra los turcos a la flota española, por entonces en Sicilia, y así se lo comunicaron a Gonzalo de Córdoba. Luego enviaron mensajeros a toda Europa para alertar a los príncipes. Enrique VII contribuiría a la cruzada con 4.000 libras, aunque se negó a proporcionar un solo barco. Los 41 cardenales de Roma entregaron a la causa un total de 45.376 ducados y el Papa prometió 40.000 ducados de su propio bolsillo en cuanto la guerra terminara. Es evidente que Alejandro estaba haciendo un sincero esfuerzo por comportarse en esta crisis como un auténtico padre de la Cristiandad, aunque lo habría hecho aún mejor de no haberse comprometido en el ascenso de César, quien había conquistado la Romaña y parecía probable que acabara convirtiéndose en rey de toda la Italia central. Fue entonces cuando Paolo Capello escribió: «El Papa tiene ahora 70 años y cada

día parece más joven».

A finales del otoño de 1500, Gonzalo con 65 de sus navíos españoles se reunió con la flota veneciana para avanzar contra Cefalonia. Aunque los turcos se defendieron salvajemente con flechas envenenadas, fuego líquido, aceite hirviendo y una lluvia de rocas, los cristianos lograron minar las murallas y recuperar la fortaleza tras un asedio de cinco días.

Por esta primera derrota infligida a los turcos en su victorioso avance hacia el Oeste, el rey Fernando recibió del Papa el título de Defensor de la Fe –el mismo otorgado a Enrique VIII por su defensa de la Iglesia Católica en contra de Lutero–; mientras que a Gonzalo, después de entrar en Venecia con gran ceremonia, lo colmaron de principescos regalos que el Gran Capitán, con su habitual magnificencia, se apresuró a repartir entre las tropas. Su victoria en Cefalonia había salvado a Venecia y quizá a Europa entera. Los turcos, cada vez más cansados de guerras, firmaron la paz con Venecia; durante los veinte años siguientes, mientras los sultanes luchaban contra la nueva potencia persa, la civilización occidental se vio relativamente libre del temor de más invasiones musulmanas. Isabel se alegró enormemente al enterarse del triunfo de su Gran Capitán y ordenó celebrar procesiones y Misas de acción de gracias. Gonzalo continuó hasta Nápoles para tomar posesión de la mitad que le correspondía a su señor.

Hasta este momento, Fernando había podido alegar con cierta credibilidad que el motivo principal de su actuación era el celo por la Iglesia. Pero, a partir de entonces, la devoción que sentía hacia sus propios intereses se hace más y más evidente. Probablemente había dado instrucciones a Gonzalo para entablar batalla con sus aliados franceses en cuanto se presentara la ocasión. Y era inevitable que entre ambos ejércitos surgieran fricciones relativas a los límites fronterizos u otras cuestiones por el estilo. Gonzalo actuó rápidamente y, en menos de un mes, había tomado toda Calabria, la francesa y la española; a excepción de la estratégica ciudad de Taranto (prácticamente inaccesible), donde los seguidores del rey Federico de Nápoles se habían reunido en torno al joven hijo de éste, el Duque de Calabria. Dicha plaza, situada en el mismo lugar que la fortaleza que resistiera a Aníbal, estaba flanqueada a un lado por el mar y al otro por el Mare Piccolo, un mar interior de unas doce millas de circunferencia. Su única conexión con tierra firme la constituían dos puentes fortificados. El Gran Capitán efectuó uno de sus asedios más hábiles al cortar toda comunicación hacia tierra y privarlos de alimento hasta su rendición. Violando su

juramento, encerró al Duque de Calabria en una galera y lo envió a España. Fue ésta una acción completamente extraña al magnánimo temperamento de Gonzalo; una acción, además, que llevó siempre sobre su conciencia, a pesar de no haber hecho más que seguir las órdenes del rey Fernando. En su lecho de muerte, el Gran Capitán declaró que en toda su vida sólo se reprochaba tres cosas: y una de ellas era el incumplimiento de la promesa efectuada en Taranto.

Los franceses recibieron algunos refuerzos suizos, pero Gonzalo, como de costumbre, tuvo que arreglárselas solo, sin dinero, sin provisiones y, por supuesto, sin refuerzos. Al parecer, Fernando pensaba que el genio del Gran Capitán lograría que un solo hombre hiciera el trabajo de cuatro; y, en todo caso, siempre podían vivir del país. Así pues, Gonzalo se vio obligado a retirarse con una pequeña fuerza hasta Barletta, plaza que defendió con notable paciencia y habilidad. Fue aquí, en uno de tantos duelos entablados entre caballeros franceses y españoles, donde Bayard, «el caballero sin miedo y sin tacha», acabó con el español Alonso de Sotomayor en presencia de los dos ejércitos.

Después Gonzalo atravesó rápidamente una cálida zona arenosa hasta llegar a Ceriñola, cuya cima alcanzó al acabar el día con un ejército agotado. Los franceses los alcanzaron al anochecer, dejándoles apenas tiempo de cavar unas pocas trincheras y utilizar un camino inundad o, de modo parecido a como harían los ingleses tres siglos más tarde en Waterloo; y allí, en medio de una densa oscuridad, ambos ejércitos presentaron batalla. Gonzalo derrotó al enemigo en un corto y sangriento combate en el que perdió a menos de cien soldados frente a las 4.000 bajas de los franceses. A la mañana siguiente lloró amargamente junto al cadáver del joven capitán francés De Nemour, antiguo amigo y compañero de armas del Gran Capitán.

En mayo de 1503, después de una de las campañas más brillantes de todos los anales bélicos, el Gran Capitán hizo su entrada triunfal en Nápoles; los napolitanos, que en ocho años habían tenido siete reyes distintos, no dudaron en prestar juramento de fidelidad a los soberanos españoles. De este modo, España se convertía en el poder dominante en Italia.

Durante todo este tiempo, Fernando e Isabel mantuvieron la Corte en Granada. Tras la muerte del infante Don Miguel, el 20 de julio de 1500, la reina permaneció retirada varios días sin hallar consuelo en nada; por fin acabó recuperando su habitual compostura y comenzó a interesarse por los intentos efectuados para lograr la conversión al cristianismo de los moros

granadinos; Isabel albergaba el temor de que, mientras continuaran siendo mahometanos, subsistiría el peligro de una conspiración con los musulmanes de África encaminada a romper la unidad de España: una unidad comprada a tan alto precio.

Desde 1492 estas tareas de conversión le habían sido encomendadas a Hernando de Talavera. Éste conocía el árabe e insistía en la conveniencia de que todos los sacerdotes lo aprendieran; además, había ordenado la traducción de algunos fragmentos del Nuevo Testamento y del Catecismo. Sin embargo, Fray Hernando mantuvo siempre la promesa del tratado de 1492 por la que ningún sarraceno se vería obligado a cambiar de religión. Hubo, no obstante, muchas conversiones voluntarias motivadas por la bondad y sabiduría de este nieto de conversos. Poco a poco, fue trabando amistad con los moros, tanto pobres como ricos; gastaba los beneficios obtenidos en su diócesis en obras de caridad, y la pureza y dignidad de su vida eran para los mahometanos una predicación tan silenciosamente elocuente que lo llamaban «el gran *alfaquí* de los cristianos».

Al parecer, o bien el rey o bien la reina (quizá los dos) opinaban que el ritmo de conversiones era demasiado lento, porque en el otoño de 1499 llamaron a Granada a un hombre mucho más enérgico que Talavera para que ayudara a éste: se trataba de Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo. Como Fernando continuaba resentido por el nombramiento de Jiménez para un puesto que él deseaba ocupara su hijo, Don Alonso de Aragón, parece lógico deducir que fue Isabel la principal responsable de la presencia en Granada del hombre que sucediera a Talavera como su confesor. Cuando en 1499 los reyes se trasladaron a Sevilla, ambos prelados estaban en Granada.

El dinámico temperamento de Jiménez no se sentía demasiado complacido con los lentos éxitos de Talavera. Después de hacer suntuosos regalos a los principales *alfaquíes* de los moros, comenzó a invitarlos diariamente a su palacio para discutir con ellos temas de religión; y con tanto fruto que fueron muchos los que se convirtieron. Tal y como Jiménez esperaba, el bautismo de aquellos moros eruditos ejerció una gran influencia entre la gente. Hubo un día (el 18 de diciembre de 1499) en que se bautizaron 4.000 moros por aspersión. En Granada no dejaban de oírse las campanas cuyo sonido tanto odiaban los mahometanos; desde entonces, a Jiménez se le conocía como el «*alfaquí* campanero».

Los moros irreconciliables contraatacaron promoviendo una rebelión que se extendió por todo el reino de Granada. Bernáldez dice que la reina envió a

Jiménez a Granada en primer lugar «por quitar muchos daños que dello se recrecían, e muertes, e cautiverios que los moros de las veras de la mar hacían y consentían hacer, que venían los moros de allende y llevaban de noche los lugares enteros, y avueltas todos los cristianos que en ellos había». Después de la fructífera predicación de Jiménez, dichos desórdenes, en lugar de disminuir, adquirieron todo el aspecto de una revolución. El Arzobispo tomó represalias con su característica dureza mediante el arresto de los cabecillas.

Hasta este momento, Jiménez observó escrupulosamente el tratado; pero, exasperado por la revuelta, ordenó a sus capellanes que instruyeran a los prisioneros en la religión cristiana, castigando severamente a quienes se negaran a recibir sus enseñanzas. Entre otros, puso bajo la custodia de Pedro León, su hombre de confianza, al noble El Zegrí, el mismo que con tanto valor defendiera Granada. León lo encadenó con pesados grillos y le privó de todo alimento, hasta que por fin El Zegrí solicitó ver a Jiménez, a quien comunicó que la noche antes, en una visión, Alá le había ordenado convertirse al cristianismo. Entonces le dieron de comer y lo bautizaron, recibiendo el nombre de Fernando Gonzalo en honor del Gran Capitán, con quien El Zegrí había cruzado su espada en la guerra granadina. Durante el resto de su vida, se comportó como un cristiano devoto y seguidor incondicional de Jiménez[1].

«Nadie debe ser obligado a convertirse al cristianismo», escribió el historiador jesuita Mariana, criticando una muestra de intolerancia similar a ésta por parte del rey de Portugal; la Iglesia siempre prohibió la conversión forzosa de los no católicos y hasta la Inquisición tenía jurisdicción exclusivamente sobre los bautizados. Pero el éxito obtenido por Jiménez con El Zegrí y algunos otros le llevó a desdeñar aquel principio tradicional. Después de ordenar la quema en la plaza pública de miles de ejemplares del Corán y de otros libros mahometanos (a excepción de los de medicina), obligó a bautizarse a los descendientes de los renegados, incluso en contra de los deseos de sus padres. El nieto de un hombre que hubiera abandonado el cristianismo por el Islam, por ejemplo, debía «convertirse» forzosamente, aunque jamás hubiera sido cristiano. Este curioso intento de ampliar la jurisdicción de la Iglesia fue motivo de amargo resentimiento entre los moros; y no se podía esperar otro desenlace distinto del que tuvo lugar.

Un día en que Salcedo, mayordomo de Jiménez, acudió al Albaicín para arrestar a la hija de un apóstata, la chica comenzó a gritar frenéticamente; entonces los moros se lanzaron en su rescate, asesinaron al *alcalde* que

acompañaba al mayordomo y hubieran acabado también con éste de no ser por una mujer que lo escondió debajo de su cama. Todo el Albaicín se levantó en armas y se dirigió al palacio de Jiménez con la clara intención de matar al Arzobispo.

Sus criados lo defendieron en un asedio que duró toda una noche; hasta que el Conde de Tendilla llegó por la mañana con algunas tropas procedentes de la Alhambra. Los cristianos, en mucho menor número, estuvieron a la defensiva durante nueve días con sus noches. Los moros, furiosos, asesinaron a un emisario enviado por el Conde de Tendilla y se rieron y mofaron de los varios intentos de Jiménez por lograr la paz. Todos los cristianos habrían acabado descuartizados, de no ser por la intervención de un hombre que entendía perfectamente la debilidad y la desesperación motivadas por la simple fuerza bruta.

Fue el Arzobispo Talavera quien salvó la situación. Acompañado tan sólo de un único capellán que le precedía portando la cruz arzobispal, salió del palacio a pie, atravesó la plaza con la misma expresión tranquila y benevolente con que solía predicar sus sermones y se dirigió lentamente hacia el lugar donde la chillona multitud era más densa. Los gritos y silbidos se transformaron en un murmullo y luego en un absoluto silencio, mientras aquel anciano canoso se enfrentaba a la muchedumbre con la mano alzada, pidiendo que se callaran. No había nadie en todo el Albaicín que no conociera al gran *alfaquí* de los cristianos.

El Arzobispo pronunció unas pocas palabras en árabe. Una sonrisa de comprensión recorrió aquellos rostros demacrados por la vigilia y el ayuno. Los moros más próximos cayeron de rodillas; algunos se acercaron hasta él para besar el borde de su manto. Desde los tiempos de San León, nunca se había vuelto a ver una demostración tan palpable de la superioridad de la excelencia moral sobre la fuerza bruta[2].

Tendilla aprovechó aquella pausa para entablar negociaciones con los moros y ofrecer como rehenes a su esposa e hijos. Así fue como se acordó una tregua.

Jiménez, que se había negado repetidamente a huir del enemigo, escribió a los reyes explicándoles lo sucedido y asegurando que lo peor ya había pasado. Cuando un noble granadino le ofreció los servicios de un esclavo etíope capaz de recorrer cincuenta leguas en dos días, aceptó encantado y le confió las cartas dirigidas a los soberanos. Pero, de camino a Sevilla, donde estaban Isabel y Fernando, el esclavo se emborrachó y tardó cinco días en

llegar. Entretanto, varias fuentes oficiosas proporcionaron a los reyes un relato bastante emotivo y exagerado del levantamiento.

El rey se enfureció, culpando a Jiménez de todo.

«¡Ah!», gritó. «¿No os parece, señora, que en tan sólo una hora vuestro Arzobispo ha puesto en peligro todo lo que los reyes nuestros antepasados y nosotros mismos hemos tardado tanto tiempo en conseguir y con tan gran dispendio de esfuerzos y sangre?».

Robles, que transcribe las palabras de Fernando, añade que «la reyna le disculpava todo quanto le era posible». Así pues, Isabel ordenó a Almazán que escribiera a Jiménez pidiéndole un informe y censurando su negligencia por no haberlo enviado antes.

Jiménez se trasladó a Sevilla para explicarlo todo. Probablemente volvió a repetir una vez más que la paz jamás sería duradera en Granada, si no desaparecía el motivo de los conflictos: la religión de los moros; y que la proximidad de Granada con África acabaría desembocando en una segunda conquista musulmana. Su apología resultó tan fructífera que los soberanos adoptaron la política sugerida por Cisneros de ofrecer a los moros la elección entre ser perseguidos por alta traición o el bautismo.

Al menos políticamente –pues, como señala Pedro Mártir, las conversiones producidas no fueron sinceras–, los resultados parecen dar la razón a Jiménez, porque casi todos los moros granadinos aceptaron el bautismo. Al año siguiente, sin embargo, mientras Jiménez se hallaba embebido en la creación de su gran Universidad de Alcalá de Henares, una revuelta (más violenta que la anterior) estalló en las Alpujarras, las montañas situadas al sureste de Granada. Muchos de los frailes enviados a predicar el cristianismo entre la población fueron asesinados. En Daydin y Benahabis los niños y mujeres lapidaron a dos sacerdotes previamente atados con lianas a unos árboles. El Sultán de Egipto envió a España varias cartas amenazadoras; y, en respuesta a las llamadas efectuadas por sus correligionarios granadinos, los mahometanos aprovechaban la noche para zarpar de África en sus ligeras embarcaciones, cuyas velas latinas parecían las aletas de un tiburón, incendiando las aldeas próximas al mar y asesinando a todos sus habitantes[3].

Entonces se reunieron en Andalucía ochocientos caballeros cristianos, dispuestos a utilizar sus espadas en venganza contra los pueblos de las Alpujarras. El Conde de Tendilla conquistó Guíjar y el propio Fernando tomó el mando de un ejército que avanzó contra Lanjarón, apoderándose de la

plaza a principios de la primavera de 1500. El levantamiento fue duramente reprimido. Pero una nueva revuelta estalló al oeste de Granada, esta vez en Sierra Bermeja. Los moros asesinaron a todos los cristianos y vendieron en África a las mujeres como esclavas. En una memorable correría nocturna fue asesinado Don Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán.

Fernando salió rápidamente para vengar la muerte de su general. Los moros, en lugar de enfrentarse a la ira del rey, solicitaron entablar negociaciones de paz. Tras conferenciar con Jiménez y con Isabel, el rey les comunicó que se les brindaba la elección entre el bautismo o el exilio en África. La mayoría optó por el bautismo.

Así fue como se creó ese grupo de cristianos involuntarios conocidos con el nombre de «moriscos», de los cuales medio millón fue finalmente expulsado en 1609 por Felipe III. Su marcha supuso una importante pérdida económica para España, pues eran excelentes agricultores y expertos en técnicas de regadío. Pero, teniendo en cuenta cuán escaso era el número de moros que abandonó el país en 1501, resulta difícil comprender qué tortuoso razonamiento ha impulsado a tantos historiadores a concluir que su expulsión contribuyó en gran medida a la decadencia del comercio español; y ello un siglo después de que Fernando e Isabel legaran a sus sucesores una nación en paz, unida, próspera y feliz.

Es un hecho que España acabó sufriendo una decadencia tanto económica como política. Y las causas de dicha decadencia fueron varias, pero no precisamente las que se vienen aceptando de forma generalizada. No se puede responsabilizar de ella a la Iglesia, pues España vivió su momento de mayor prosperidad material justo cuando mayor era su influencia en la vida del pueblo. Ni se puede culpar tampoco a la Inquisición: de hecho, la mayor gloria nacional se alcanzó por la misma época en que aumentaba la actividad inquisitorial. Ni –como han señalado algunos enemigos de España– a la epidemia de sífilis. Siempre se ha dicho que esta enfermedad apareció por primera vez en Europa durante la guerra italiana; y que fueron los marineros de Colón quienes la trajeron del Nuevo Mundo. El primero en aceptar dicha teoría parece haber sido Mariana: «En esta guerra de Nápoles se descubrió una nueva manera de enfermedad, que se pegaba principalmente por la comunicación deshonesta. Los italianos le llamaron mal francés. Los franceses, mal de Nápoles. Los africanos, mal de España. La verdad es que vino del Nuevo Mundo, do este mal de las Bubas es muy ordinario: y como se hobiese desde allí derramado por Europa como lo juzgan los más avisados,

por este tiempo los soldados españoles lo llevaron a Italia y Nápoles»[4].

Quizá Mariana esté en lo cierto al asegurar que los indios padecían esa enfermedad; pero su afirmación de que la sífilis era desconocida en Europa antes de 1492 se contradice con el hecho de que el físico italiano del siglo XIII Guglielmo Salicetti, que anotaba cuidadosamente todos sus casos clínicos, ya identificaba sus síntomas, relacionándolos con su auténtica causa[5]; y existen pruebas de que el mal se hallaba extendido en la antigua Persia y en Egipto. Por otro lado, no hay ningún documento histórico que mencione nada parecido a una epidemia ni en la Italia ni en la España de finales del siglo XV.

Un factor que normalmente se ha pasado por alto es el fracaso de España a la hora de perfeccionar sus medios de transporte: un descuido derivado de la tradicional dependencia de la población respecto de las mulas. Tras la muerte de Isabel se produjo un gradual retorno a la costumbre de los moros; de ahí que no se usaran apenas carros y que no fueran necesarios buenos caminos. España sufrió también las consecuencias de la deforestación, que Isabel intentó prevenir y de la que sus sucesores se desentendieron. La nación tampoco dejó de pagar el despilfarro, la debilidad y la desmedida ambición de monarcas posteriores. Y, además, está claro que, por una ironía de la Historia, Cristóbal Colón infligió involuntariamente una herida mortal a la misma nación que le confirió toda su grandeza.

En solamente un siglo, la población española se vio reducida a la mitad a causa de la emigración al Nuevo Mundo, donde los caballeros más valientes y ansiosos de aventuras bien morirían abatidos por las flechas de los indios o por las enfermedades, bien se establecerían allí para perpetuar la civilización greco-romana en medio de una América salvaje. La fiebre migratoria fue tan intensa que, tan sólo una generación después de que Colón escribiera sus rapsodias de oro y gloria, varias ciudades de la península se encontraban prácticamente despobladas; el embajador veneciano Andrea Navagiero, que viajó por la península en 1525, contaba que en Sevilla apenas quedaban más que mujeres[6]. Los barcos cargados de oro procedentes de México y Perú difícilmente podían compensar tan gran pérdida de hombres. E incluso en muchos aspectos aquella riqueza se convirtió en una maldición para un país al que Isabel había enseñado a trabajar en paz y a vivir austeramente. La abundancia de moneda hizo aumentar los precios y la demanda de productos extranjeros paralizó algunas industrias y arruinó a otras. Una clase recién creada de nuevos ricos, entre quienes se repartieron títulos con insensata

prodigalidad, difundiría la perjudicial tradición de que el trabajo era una deshonra.

Y he aquí una causa más que –por alguna misteriosa razón–ningún historiador ha mencionado jamás.

«No cabe ninguna duda», dice la *Enciclopedia Judía,* «que la decadencia del comercio español en el siglo XVII se debió en gran medida a las actividades de los marranos en Holanda, Italia e Inglaterra, quienes desviaron hacia dichas naciones el comercio de España... Cuando España estaba en guerra con alguna de estas naciones, se utilizaba la mediación de los judíos para obtener datos sobre la actividad naval española»[7]. Es más: de la misma fuente se deduce que, al cabo de un siglo, los conversos españoles establecidos en Londres se hicieron con el monopolio absoluto del comercio inglés con Levante, las Indias, Brasil y, sobre todo, con los Países Bajos, España y Portugal. «Guardaban una relación decisiva con la red comercial que los marranos o judíos secretos habían extendido sobre todo en España y Portugal. Su posición les daba la posibilidad de proporcionar a Cromwell y a su secretario, Thurloe, importantes informaciones acerca de los planes de Carlos Estuardo en Holanda y de los españoles en el Nuevo Mundo. Exteriormente se hacían pasar por católicos y por españoles; pero luego acudían a rezar a Cree Church Lane y el gobierno sabía que profesaban la fe judía»[8].

He aquí una insinuación de un fascinante capítulo de la Historia que aún queda por explorar, en el cual la trágica imagen del judío errante, derrotado en su intento de destruir la Iglesia Católica y construir una nueva Jerusalén sobre las ruinas de la España medieval, aparece desempeñando un importante papel en la decadencia de la más grande nación europea y transfiriendo el dominio sobre los mares y la política mundial al poderío anti-católico de la nueva Inglaterra moderna. Sería interesante saber hasta qué punto instigaron o animaron a los Países Bajos a la rebelión que Felipe II intentó sofocar mediante la Inquisición. Parece más que probable que tuvieran algo que ver con todas estas cuestiones, puesto que también apoyaron el calvinismo y otros movimientos anti-católicos, al igual que hicieran en la Edad Media con las herejías primitivas y con el islamismo. Y es una de las curiosidades de la Historia el que los judíos se vengaran de la Inquisición justo en el momento estratégico en que, a pesar de todo su extraordinario poder de recuperación, España, como una buena madre, se hallaba exhausta a causa del esfuerzo realizado en colonizar y civilizar los vastos territorios del hemisferio

occidental.

XXXIII
MATRIMONIO DE LA PRINCESA CATALINA CON EL PRÍNCIPE DE GALES
LA ÚLTIMA CAMPAÑA DE LA REINA ISABEL
ENFERMEDAD Y MUERTE

Con la luz del sol, cargada del aroma de jazmines blancos y rojas adelfas, y sin más ruido de trompetas ni tambores, la paz volvió de nuevo a los jardines de la Alhambra. Las hojas caían silenciosamente en las fuentes y, al anochecer, la fresca brisa de la sierra acariciaba la vega como la voz de un anciano monje inundando de paz el corazón de un joven pecador. La princesa Catalina, sin embargo, ya nunca volvería a vivir en paz. Las dos últimas excusas –el mal tiempo y los achaques de su madre– se habían agotado; y Puebla, que tenía la sospecha de que Enrique prestaba oídos a ciertas propuestas de Francia y del Imperio, escribió histérico: «¡Por el amor de Dios, no os demoréis más; no le deis una excusa para cambiar de política!». Por fin, la reina, enferma y aburrida de este mundo, se vio en la obligación de decir adiós a la única hija que le quedaba.

Los ingleses, un tanto escépticos después de tantos aplazamientos y pretextos, estaban entusiasmados e hicieron grandes preparativos para recibirla. El rey Enrique escribió a todos los grandes señores de Inglaterra, Irlanda y Gales exhortándolos a estar dispuestos para recibir a la princesa el 25 de mayo. Las justas iban a durar cuarenta días. Todo estaba listo para dar la bienvenida a Catalina –conocida en Inglaterra como Catherine–. Trece nobles serían armados caballeros: doce por el príncipe Arturo y una por el rey; y se reunirían 230 caballeros de la Tabla Redonda. Uno de los secretarios del rey Enrique escribió a su sobrino –sacerdote español– comentando que sus compatriotas no tendrían ningún motivo para quejarse de los ingleses, como había ocurrido con los flamencos. «En Flandes muchos españoles han muerto de inanición. Pero yo te aseguro que con el príncipe de Gales pueden venir todos cuantos deseen y que ninguno de ellos morirá de hambre. Y, si mueren, será de tanto comer».

Pero la partida de Catalina se vio aplazada una vez más a causa del levantamiento de los moros en las montañas de Ronda. La reina Isabel

comunicó a Puebla que la princesa zarparía tan pronto como el rey regresara de Ronda e intentaría llegar al puerto de La Coruña en la fecha fijada. Sin embargo, la travesía era muy larga y la princesa había tenido unas ligeras fiebres. Aunque ya se encontraba mejor, sería una imprudencia exponerla a la fatiga de un viaje excesivamente precipitado. Había que hacer cada cosa a su tiempo.

Esto ocurría en abril de 1501. El 7 de mayo Isabel escribió que la rebelión de Ronda había entretenido al rey más de lo previsto... Como deseaba ver a su hija antes de que ésta partiera, Su Majestad aceptó las capitulaciones ofrecidas por los moros y perdonó a los rebeldes. Le habría llevado aún mucho más tiempo someterlos por la fuerza. Así pues, ya nada le retenía en Ronda y escribió diciendo que salía aquel mismo día para Granada. Por entonces era la reina la que estaba enferma.

El rey Fernando llegó a Granada el 15 de mayo; pero, como la princesa seguía encontrándose mal, se produjo un nuevo retraso. El día 21 Catalina salió de la Alhambra para emprender un duro viaje de quinientas millas hasta La Coruña, en el extremo noroccidental. Con ella iban 150 acompañantes; entre otras, Doña Elvira Manuel, su camarera mayor; varias damas de honor cuidadosamente escogidas, pues el rey Enrique había pedido que fueran todas ellas hermosas; un mayordomo, un maestro de ceremonias, un copero y trinchador mayor; un confesor, dos capellanes y un limosnero, pajes y caballerizos, camareros, un cocinero, un contable, un panadero, un barrendero y otras personas más de distinto rango. Enrique solicitó que el número fuera restringido, porque «no tenía el propósito de hacerlos morir de hambre, como hizo el Archiduque en Flandes con los españoles». Los reyes no acompañaban a la princesa, para que pudiera viajar con más rapidez; además, la enfermedad de la reina le impedía montar a caballo.

El calor era tan espantoso que Catalina tuvo que detenerse varias veces, de modo que el viaje se alargó dos meses. Llegó a Guadalupe el 5 de julio y a La Coruña el día 20. Una enfermedad más y el mal tiempo provocaron nuevos retrasos: en fin, la princesa no zarpó hasta el mes de agosto. Luego una terrible tormenta estuvo a punto de hacerles naufragar y tuvieron que regresar a la costa española para buscar refugio en el puerto de Laredo. El 27 de septiembre volvieron a embarcar; cuando se acercaban a Ushant les sorprendió un vendaval; durante el resto de la travesía las tormentas los acompañaron cada cuatro o cinco horas. El 2 de octubre la princesa, triste y agotada, llegó al puerto de Portsmouth.

«Si hubiera sido el Salvador del mundo», escribió el licenciado Alcares a la reina Isabel, «no la habrían recibido con más júbilo». Tan pronto como abandonó el barco, Catalina –digna hija de su madre– marchó en procesión hasta una iglesia para agradecer a Dios el haber acabado el viaje con bien.

Un mes después del desembarco de Catalina, Enrique VII salió de Richmond para encontrarse con ella de camino hacia Londres. Con él iba el príncipe de Gales. El protonotario de España informó que, de acuerdo con las órdenes del rey Fernando y la reina Isabel, la princesa no hablaría con él ni con el príncipe Arturo hasta el día de la boda –tras una larga correspondencia entre ambos, Isabel obtuvo de un renuente Enrique la promesa de una segunda ceremonia matrimonial–. El monarca inglés, cuyo tosco temperamento era incapaz de comprender los delicados modos de la Corte española, hizo caso omiso de su promesa y en Dogmerfield insistió en hablar con la princesa. El príncipe, que llegó poco después, también se entrevistó con ella. Luego Catalina continuó hasta Chertsey mientras Su Majestad regresaba a Richmond.

El príncipe y la princesa se casaron el 10 de noviembre de 1501 ante el altar de la catedral londinense de San Pablo y en presencia de una inmensa multitud. Catalina tenía quince años y dieciséis su marido.

Aquella noticia hizo sentir un enorme alivio a la reina Isabel, quien hasta el último momento no estuvo segura de que Enrique no llegara a algún acuerdo con otra potencia europea, enviando de regreso a Catalina como hicieran los franceses con Margarita. Enrique le escribió diciendo que le había impresionado gratamente la belleza de Catalina, así como su dignidad y maneras. «Ahora la unión entre las dos familias reales y los dos reinos es tan completa», decía, «que es imposible distinguir entre los intereses de España y los de Inglaterra».

El príncipe Arturo comunicó a los padres de Catalina que «nunca en la vida había sido tan feliz como cuando contempló el dulce rostro de su esposa».

A los seis meses el príncipe había muerto; y Fernando e Isabel, alarmados por los informes acerca de la indiferencia mostrada por Enrique hacia el bienestar de su hija, comenzaron a solicitar de la Corte inglesa su inmediato regreso a España. Pidieron a Enrique los cien mil escudos que constituían el primer pago de la dote matrimonial de la princesa, así como la entrega de las ciudades y territorios que se le habían asignado a ésta; además, suplicaron a su «hermano» que la enviara a España «del mejor modo y en el más breve

plazo de tiempo posibles». Simultáneamente, autorizaron a su embajador, el Duque de Estrada, para negociar un segundo matrimonio entre Catalina y Enrique, príncipe de Gales, pues la joven viuda declaró que su primer matrimonio con Arturo nunca llegó a consumarse. Catalina no había hecho más que empezar los años de sufrimiento que acabarían con su divorcio de Enrique VIII y la ruptura de esa unidad cristiana a la que Fernando e Isabel dedicaran sus vidas y las de sus hijos. Isabel comentó con Puebla que la muerte del príncipe Arturo hizo revivir en ella la aflicción causada por otras pérdidas anteriores; «pero debemos acatar la voluntad de Dios».

Dos semanas más tarde, en mayo de 1504, los soberanos españoles escribieron a Puebla una carta más urgente, diciendo que confiaban en que Enrique cumpliría con todas sus obligaciones respecto a Catalina. Les habían dicho que la princesa tuvo que pedir dinero prestado porque el rey de Inglaterra se negaba a proporcionárselo. Si eso era verdad, se trataba de una gran deshonra para Enrique. Puebla debía impedir que la princesa o sus consejeros aceptaran préstamos. «Es algo inaudito». Cuando la reina de Portugal, su hija, enviudó, recibió cuanto le fue necesario del nuevo monarca portugués y jamás tuvieron que enviarle un solo maravedí. Y cuando la princesa Margarita se quedó viuda en España, ellos satisficieron todas sus necesidades, como si se tratara de su propia hija. Ni su padre ni su hermano Felipe le dieron la más mínima suma de dinero; en caso contrario, Fernando e Isabel lo habrían considerado un insulto y nunca lo hubieran aceptado.

En junio escribieron que algunas personas habían aconsejado a la princesa de Gales no aceptar lo que el rey de Inglaterra le había ofrecido (presumiblemente porque era bastante poco). «No es un buen consejo. Debe aceptar todo lo que pueda conseguir».

La reina Isabel de Inglaterra se había mostrado muy amable con Catalina; y, tras la muerte de Arturo, le envió una litera negra tirada por dos caballos para que la llevara a Croydon Palace. Pero al invierno siguiente Isabel murió de sobreparto. La carta en la que el Doctor Puebla notificaba su muerte a la Corte española decía también que el rey Enrique «no descartaba la idea de casarse con la princesa de Gales». El 11 de abril de 1503, en una misiva dirigida al Duque de Estrada, la reina Isabel opinaba así:

«El Doctor nos ha comunicado lo relativo al matrimonio del rey de Inglaterra con la princesa de Gales, nuestra hija, diciendo que se habla de ello en toda Inglaterra. Pero como tal cosa sería diabólica, algo nunca visto, y su mera mención ofende al oído, no querríamos por nada del mundo que llegara

a suceder. Por eso, si se os dice algo referente al asunto, hablad de ello como de algo que no se debe tolerar»[1].

Durante los siete años siguientes, Catalina llevó una vida llena de estrecheces mientras su padre y Enrique negociaban acerca de su dote, sus vajillas, su ajuar y los largos y aburridos detalles del acuerdo por el cual acabaría casándose con el príncipe Enrique. Fernando le enviaba muy poco dinero, esperando obviamente que la vergüenza, si no la generosidad, obligaría a Enrique a mantenerla. Pero a Enrique, cuya posición en el trono era bastante insegura, nunca le preocuparon ni la vergüenza ni la generosidad. Pocos años después, la princesa comunicó a su padre que sus criadas y doncellas carecían de dinero con que comprar ropa. Y ella debía pedir prestado dinero para poder comer. Durante todo este tiempo, Fernando la utilizó como embajadora: Catalina era inteligente y se podía confiar en ella; y, además, le mantenía bien informado.

También a Isabel se la ha acusado de utilizar a su hija con fines políticos y de haberla abandonado a la fría caridad de Enrique. Los hechos difícilmente pueden justificar estos juicios. Isabel sobrevivió dos años al príncipe Arturo: dos años de enfermedades, angustia y descorazonamiento. Las cartas que la reina envió a Inglaterra muestran el más encendido deseo de tener nuevamente a Catalina junto a ella, a menos que su posición se viera consolidada mediante el matrimonio con el príncipe Enrique. El compromiso de Catalina con el príncipe de Gales, acordado justo antes de la muerte de Isabel, dio por terminada toda conversación acerca del regreso de la princesa. Si la gran soberana hubiera podido prever las consecuencias de este matrimonio, sus últimos momentos de vida habrían resultado aún más amargos.

Sus cartas a Estrada se encuentran llenas de solicitud. «Si el Rey de Inglaterra no accede inmediatamente a prometer a la Princesa en matrimonio con el Príncipe de Gales..., en tal caso la Princesa de Gales debe partir enseguida para España». Cosa que debía hacer «sin esperar a recobrar los cien mil escudos que el Rey de Inglaterra debía restituirle». «Tal cosa nunca se había visto en Infantas de Castilla, que, tras ser dotadas por su padre, debían verse privadas de la dote que con ellas llevaran en caso de quedar viudas y disolver el matrimonio. Que tal dote deba darse al padre del marido es cosa que nunca se ha oído, ni se ha convenido nada sobre ello. Al contrario, muchas veces ha ocurrido que han sido aceptadas sin dinero y dotadas por sus maridos. Porque, además de ser hijas de tales Monarcas como

Nós somos, debe tenerse en cuenta que en España las hijas heredan, lo que no es el caso de Francia... No sería conforme a razón, ni al derecho, humano o divino, sino al contrario, un precedente bárbaro y deshonesto, si el Rey de Inglaterra guardara por fuerza lo que la Princesa de Gales llevó consigo y la pertenece»[2].

A pesar de que Enrique urgió a los soberanos españoles para que enviaran a Catalina a Inglaterra prometiendo ser un padre para ella, su comportamiento fue frío, mezquino y despiadado, excepto cuando quería obtener algún provecho personal. Ni siquiera después de su matrimonio con el príncipe Enrique, en 1503, la situación de Catalina mejoró demasiado. Para empeorar más las cosas, se encontraba constantemente enferma a causa del clima inglés; en 1504, los médicos, después de sangrarla y someterla a varias purgas en un intento de curarle la tos y la fiebre, estuvieron a punto de desahuciarla.

Como Catalina no podía casarse con el hermano de su marido sin una dispensa, el rey Fernando escribió a Roma solicitando el correspondiente permiso de Alejandro VI. Pero una circunstancia imprevista impidió a Alejandro otorgársela. «La indulgencia de Dios», escribe Von Pastor, «había llegado a su límite».

A sus 73 años, el Papa conservaba todo su vigor y vitalidad: era evidente que su pontificado duraría aún bastante tiempo. Nada parecía preocuparle, y Alejandro continuaba riéndose de los perversos libelos publicados por sus enemigos políticos. Cuando César propuso castigarlos, el Papa replicó: «Roma es una ciudad libre, y todo el mundo tiene derecho a escribir o a decir lo que le plazca»[3].

El 6 de agosto de 1503, el Papa, César y otros invitados más comieron con el Cardenal Adriano en su villa de Corneto. Todos los comensales enfermaron de fiebre romana, que aquel año hacía estragos con especial virulencia. El 12 de agosto Alejandro tuvo que guardar cama. El 18 se había perdido toda esperanza. El Papa confesó, recibió la Sagrada Comunión y falleció aquella misma tarde. Sus enemigos hicieron circular el rumor de que había sido envenenado; y una versión posterior aseguraba que Alejandro ingirió por error una copa con veneno destinada a uno de sus huéspedes. Pero todas las pruebas señalan que no se trata más que de una invención.

La reina Isabel se mostró sinceramente complacida al enterarse de la muerte de Alejandro y ordenó que se celebraran varias Misas para agradecer a Dios que los hubiera librado del responsable de tantos escándalos. Pero,

incluso en el caso de haber sido el monstruo que sus enemigos pretendían, a Isabel jamás se le ocurrió abandonar la Iglesia Católica, abjurar de sus enseñanzas o negar la autoridad de la Santa Sede. La reina sabía que la verdad de las doctrinas de la Iglesia no depende de la perfección de la naturaleza humana, de la cual se vale para actuar. El mismo Cristo había dicho: «Ciertamente vendrán los escándalos, pero ¡ay del hombre por quien venga el escándalo!»[4]. Incluso en la Última Cena hubo un Judas Iscariote.

«A los sacerdotes no se les perdona nada», dijo De Maistre, «porque se espera todo de ellos; y los mismos defectos que se ignoran en Luis XIV resultan de lo más ofensivo y escandaloso en un Alejandro VI»[5]. Pero el desagrado que a Isabel le inspiraba Alejandro no lo motivaba únicamente el celo por la fe: parte se debía a la clemencia demostrada con judíos y pseudo-conversos. Dicho prejuicio impedía a la reina ver ninguna de las virtudes del Papa, que no tenía pocas. Fue un excelente mecenas del arte, la literatura y las ciencias. Estuvo siempre rodeado de hombres eruditos y sentía especial predilección por los juristas. Le entusiasmaba el teatro y alentó la creación de obras dramáticas. En las ceremonias pontificias su majestuosidad hacía de él un personaje impresionante. Y debe señalarse que cumplió escrupulosamente con sus deberes al transmitir a la posteridad las enseñanzas de Cristo en toda su original pureza e integridad, junto con las decisiones de lo que puede llamarse el Tribunal Supremo de la Cristiandad, que interpreta los principios y los aplica a casos concretos.

A partir de este momento, Fernando e Isabel pusieron toda su influencia al servicio del partido reformista que pretendía conseguir la libre elección de un buen Papa. El rey escribió a Estrada ordenándole que pidiera a Enrique la ayuda necesaria para dicha tarea.

«Decidle», escribía Fernando, «que he sido testigo de los daños que se han seguido a la Iglesia y a la Cristiandad, por no haber habido un buen Pontífice. Debe ver cuán importante es para la Iglesia y la Cristiandad que el Papa sea elegido rectamente, y cuán necesario es para el servicio de Nuestro Señor y el sabio gobierno de la Iglesia, y para hacer resistencia a los infieles y asegurar la paz y bienestar de la Cristiandad. Le suplicamos por ello, afectuosamente, que si el Papa no fuere elegido rectamente, debe procurar, de acuerdo con nuestro Embajador, que tengamos elegido uno bueno... y para que el Colegio de Cardenales no sea privado de su derecho de hacer la elección canónicamente»[6].

A pesar de los esfuerzos del rey Luis XII por elevar al Pontificado a uno

de sus favoritos, el partido reformista logró triunfar y los cardenales acabaron eligiendo al Papa Pío III, un hombre irreprochable y respetado por todos. La reina Isabel celebró con gran pompa el acontecimiento y saludó su breve reinado como el comienzo de la necesaria y profunda reforma por la que la Iglesia lograría limpiar las manchas que había dejado en ella una civilización agonizante. La reina tenía motivos para alegrarse: los días más despreciables –si no angustiosos– de la Iglesia habían pasado.

Por aquellas fechas –1503–, prácticamente toda Europa sabía que la vida de Isabel estaba llegando a su fin; y había mucho menear de cabezas cuando se preguntaban qué ocurriría después de su muerte.

Juana, heredera de Castilla tras la muerte de Miguel, se estaba volviendo loca; y su comportamiento provocaba en la reina un estado de constante ansiedad.

A finales de 1501, Fernando e Isabel invitaron a España a Juana y a su esposo Felipe para que las Cortes los reconocieran oficialmente. En su viaje los invitados atravesaron Francia, donde fueron colmados de honores y lisonjas por Luis XII, quien deseaba separar a Felipe de Fernando. Cuando en enero de 1502 por fin llegaron a Madrid, Felipe cayó enfermo de sarampión y tuvo que recibir a su suegro en cama. Una vez recuperado, se trasladó con su mujer y con Fernando a Toledo, donde los aguardaban la reina Isabel y el Cardenal Jiménez. La reina se hallaba entusiasmada con aquel encuentro y Juana mostró un afecto desacostumbrado hacia su madre. Sin embargo, Felipe no tardó en manifestar el tedio provocado por tantos banquetes, torneos y justas ofrecidos en su honor y comunicó que varios asuntos importantes reclamaban su presencia en Flandes. Como pensaba viajar a través de Francia, se ofreció a representar a los reyes con el fin de negociar la paz.

Era la época en que Gonzalo de Córdoba, inmerso en la Segunda Guerra Italiana, acababa de conquistar parte de Calabria y se hallaba defendiendo Barletta. Felipe selló la paz con Luis XII mediante el tratado de Blois, por el que concertaba el matrimonio de su hijo Carlos con la hija de Luis. Pero, al mismo tiempo, traicionó a su suegro reconociendo por parte de España el reparto de Nápoles acordado en el tratado de Granada; y, a petición de Luis, notificó al Gran Capitán la firma de la paz. Gonzalo, sin embargo, a punto de marchar sobre Ceriñola, debía haber recibido de Fernando instrucciones secretas de muy distinto tenor; en cualquier caso, se desentendió del comunicado de Felipe y no cejó en su ataque contra los franceses, mientras

Fernando se apresuraba a denunciar el tratado de Blois y Felipe seguía su viaje de placer hasta Flandes.

Juana, que esperaba su segundo hijo, se quedó en la Corte española, presa del desaliento causado por la ausencia de Felipe y los celos por causa de la amante de éste. En marzo de 1503, a poco de dar a luz a su hijo, pidió regresar a casa; pero por entonces la guerra con Francia se desarrollaba en las fronteras del Norte y el viaje sería demasiado peligroso. Así pues, se vio obligada a quedarse junto a su madre. «Al verse presa en España, rugía como una leona», dice Pedro Mártir; y acusaba a todo el mundo de participar en una conspiración para mantenerla apartada de Felipe. Fue entonces cuando la gente comenzó a llamarla Juana la Loca.

Furioso por haber sido víctima de un engaño por parte de Fernando, en 1503 Luis lanzó una triple ofensiva contra España. Un ejército invadiría Italia, otro atravesaría la frontera cerca de Fuenterrabía y un tercero, compuesto por veinte mil hombres, marcharía sobre el Rosellón.

Fernando se precipitó a reclutar un ejército en Aragón para defender su territorio. Cuando se hallaba en plena leva, se enteró de que Isabel se estaba muriendo en Segovia, a unas trescientas millas de distancia. Inmediatamente lo dejó todo y cabalgó noche y día para estar junto a ella.

La reina se hallaba enferma, aunque no tanto como decían los rumores. Cuando el rey volvió a Aragón para ponerse al frente del ejército contra el invasor, Isabel abandonó el lecho y, con algo de su antiguo espíritu, se puso a conseguir tropas y provisiones, mientras todos los de su casa pasaban varios días entre ayunos, oraciones y visitas a todas las iglesias de la ciudad. Fernando venció una vez más; pero, al enterarse la reina de que el peligro había pasado y que los franceses huían en desbandada hacia el Norte, envió una carta al rey suplicándole que recordara que Francia era una nación cristiana y que no debía provocar la desesperación de su ejército cortándole toda retirada hacia su propio territorio; bajo ningún concepto había que permitir un derramamiento de sangre innecesario. Para complacerla, Fernando ni siquiera hizo prisioneros a los fugitivos, sino que se contentó con evacuarlos a su país. Oviedo piensa que, de haber optado por salir en su persecución, al rey le habría resultado bastante fácil penetrar hasta el mismo corazón de Francia y conquistarla. Y añade que Fernando desistió no sólo en consideración a la reina, sino respondiendo a la petición del segundo Inquisidor General, Diego de Deza, quien se encargó de recordarle la inmoralidad del hecho de invadir otra nación cristiana.

El comportamiento del rey Fernando nos proporciona un excelente ejemplo de la ética bélica en la Edad Media. Las guerras no sólo eran menos sangrientas y –por lo general– menos largas que en la época moderna, sino que no existían en absoluto los intensos odios de una nación hacia otra. Los cristianos odiaban a los mahometanos, y con cierta razón; pero solía haber un sentimiento de solidaridad e intereses comunes de la Cristiandad que no ha vuelto a existir desde los tiempos de Lutero. Cuando una nación invadía otra –lo cual ocurría en ocasiones–, lo habitual era hallar en contra todo el peso de la opinión católica (la Liga Europea de Naciones), tal y como sucedió con las intrusiones de Carlos VIII y Luis XII en Italia.

Este último esfuerzo dejó a Isabel muy débil y prácticamente agotada. Pero no había tiempo para descansar, ni para gozar de cierta paz: el comportamiento de Juana, instalada en el palacio de Medina del Campo bajo el cuidado del obispo de Burgos, era deplorable. Nada ni nadie lograba calmarla, y ella amenazaba con atravesar sola Francia para reunirse con su esposo, despreciando todo peligro que la aguardara en los caminos fronterizos.

Una fría y tormentosa noche del mes de noviembre, Juana huyó medio desnuda hasta la puerta de la ciudad, que ya estaba cerrada. El obispo de Burgos se precipitó a alcanzarla entre súplicas, pero ella le dio la espalda sin querer escucharle. Juana ordenó a los guardas que abrieran la puerta, mientras que el Obispo les prohibía obedecer. La Archiduquesa amenazó, imploró, lloró, gritó y, desesperada, se colgó de los hierros de la puerta. Y así pasó toda la noche, en medio del aullido del viento en la oscuridad.

Al día siguiente llegó un mensaje de la reina rogándole que volviera al palacio; además, el Almirante Enríquez y el Arzobispo Jiménez traían instrucciones de detener a la Archiduquesa «con la mayor gentileza y cortesía posibles». Isabel estaba demasiado enferma para cabalgar cuarenta millas de noche. Sin embargo, la reina salió de Segovia por la mañana y llegó a Medina del Campo en la noche del día siguiente. Juana se dirigió a ella con enojo y amargura. «Hablaba tan irrespetuosamente y tan en contra de como una hija debe dirigirse a su madre», escribió Isabel más tarde, «que, de no haber comprendido cuál era el estado de su mente, jamás se lo habría consentido». Fue una dura prueba para la ceremoniosa soberana, sobre todo teniendo en cuenta que las contemplaba una multitud compuesta de curiosos y palurdos. Pero la voluntad de la reina acabó imponiéndose y Juana regresó enfadada a palacio.

La Archiduquesa partió hacia Flandes en la primavera de 1504, bastante mejorada tanto física como espiritualmente gracias a la perspectiva de ver a su esposo, a quien idolatraba. Al principio, Felipe la recibió amablemente y, al menos exteriormente, parecían haberse reconciliado; hasta que una tarde Juana golpeó a la amante de Felipe y le cortó el pelo en presencia de toda la Corte y de los embajadores extranjeros. El Archiduque la insultó y juró que nunca volvería a tener nada que ver con ella.

La historia corrió enseguida por todas las capitales de Europa. La reina Isabel enfermó de pesar y vergüenza. Su salud salió bastante resentida del incidente de Medina, pero después de este episodio comenzó a debilitarse a toda prisa. «Un fruto maldito del árbol que la engendró», escribió Pedro Mártir sobre Juana; «desdichada semilla de la tierra que le dio el ser fue esta hija para su madre». La reina tuvo suerte de no ser testigo de cómo Juana guardaba durante meses junto a ella el cadáver de su marido, esperando que resucitara, y las largas décadas que pasaría cautiva por orden del emperador Carlos V, su primogénito.

Tan pronto como el tiempo lo permitió, la reina Isabel se trasladó a Medina del Campo, en medio de las llanuras de trigo y azafrán a donde la llevaban los recuerdos de su breve y feliz niñez mientras veía pasar el tiempo. A Medina había ido con Beatriz de Bobadilla para ver la feria; hasta Medina había cabalgado el día del último cumpleaños de su hermano Alfonso; y a Medina se trasladó en 1481 con el príncipe Juan, huyendo de la peste. El Castillo de la Mota era su residencia favorita, llena de amistosos fantasmas y fragrantes recuerdos.

El Jueves Santo llevaron a palacio doce mendigos recogidos en las calles; el rey Fernando, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, se arrodilló humildemente ante aquellos hombres andrajosos, desechos de la humanidad, y les lavó los pies (una costumbre que los reyes de España continuaron practicando mucho tiempo). Al día siguiente, Viernes Santo, en que los reyes observaron las oraciones y ayunos correspondientes con el acostumbrado rigor, tuvo lugar un suceso que hizo estremecer todos los corazones: un violento terremoto, acompañado de un curioso y terrible ruido, recorrió toda Andalucía y parte de Castilla. Las consecuencias fueron particularmente funestas en Sevilla, Carmona y otras localidades andaluzas. Mientras nuestro indispensable cronista, el Padre Bernáldez, se hallaba confesando en su iglesia de Los Palacios, vio cómo la torre del campanario oscilaba de un lado a otro. El techo comenzó a crujir como si una multitud de personas estuviera

caminando sobre él y por último la iglesia entera acabó tambaleándose. El bueno del párroco corrió ante la imagen del Cristo del altar, implorando a Jesús y a la Santísima Virgen que salvaran a todos cuantos llenaban la iglesia. Algunos gritaban y corrían de aquí para allá; otros siguieron el ejemplo del cura y se pusieron a rezar, arrodillados ante la imagen. Por fortuna para los historiadores y para el cura, los muros aguantaron y no se produjeron daños. Otras iglesias, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. Muchos templos y casas se derrumbaron y hubo un buen número de muertos y heridos. Los sabios dijeron que lo mismo ocurrió antes de la muerte de Carlomagno, como bien sabían todos cuantos conocían las crónicas francesas: se avecinaba algo funesto para España.

Aquel verano, tanto el rey como la reina se vieron aquejados por una fiebre intermitente. Fernando acabó recuperándose, pero Isabel, más preocupada por él que por su propia salud, comenzó a mostrar algunos síntomas de hidropesía; desde ese momento, dejó de albergar toda esperanza de continuar viviendo, aparte de perder el deseo por permanecer en un mundo que le parecía completamente vano. Al enterarse de que en España entera la gente salía en procesión o hacían peregrinaciones para rogar por su salud, les pidió que no rezaran por el estado de su cuerpo, sino por la salvación de su alma. El 12 de octubre, 12º aniversario de la llegada del Almirante a San Salvador, Isabel firmaba su testamento y su última voluntad.

La reina deseaba que su cadáver fuera trasladado a Granada y colocado (sin gastos innecesarios y sin ostentación) en una tumba sencilla de humilde diseño. Mandaba distribuir el dinero, que en otras circunstancias se habría gastado en un pomposo funeral, en dotes destinadas a doce jóvenes de escasos recursos –la forma de caridad preferida por Isabel– y en el rescate de los cristianos prisioneros de los moros. Ni siquiera se permitía el lujo de permitir que embalsamaran su cadáver, deseando volver cuanto antes al polvo del que había salido.

Como los fondos disponibles en el tesoro castellano eran –como de costumbre– bastante pequeños comparados con los grandes gastos de su gobierno, la reina pidió que se redujera el número de funcionarios de la casa real y que fueran revocadas todas las donaciones y rentas enajenadas por la Corona sin causa suficiente.

Su amor hacia el rey Fernando, que (a pesar de los celos ocasionalmente sufridos) parecía haberse hecho mayor y más intenso desde aquel día en que vio por primera vez a su joven príncipe en Valladolid, recorre su testamento

con toda la sinceridad y el apasionamiento característicos de la reina. «Si el Rey, mi Señor, eligiere sepultura en otra cualquiera Iglesia o Monasterio de cualquier otra parte o lugar de estos mis reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado e sepultado junto al cuerpo de Su Señoría, porque el ayuntamiento que tuvimos viviendo y en nuestras almas, espero en la misericordia de Dios, tornar a que en el cielo lo tengan, e representen nuestros cuerpos en el suelo».

Para el mantenimiento personal del rey disponía una suma «aunque no pueda ser tanto como Su Señoría merece e yo deseo, es mi merced, e voluntad, e mando, por la obligación e deuda que estos mis Reynos deben e son obligados a Su Señoría»: la mitad de todos los beneficios netos procedentes de los descubrimientos de las Indias y diez millones de maravedíes anuales procedentes de las alcabalas (impuestos del 10%) de las órdenes militares. En caso de que a su hija Juana se la declarara incapaz para gobernar, la reina deseaba que Fernando actuase como regente hasta la mayoría de su nieto Carlos; cosa a la que se sentía movida «acatando la grandeza y excelente nobleza y esclarecidas virtudes del Rey, mi Señor, e la mucha experiencia que en la gobernación de ellos ha tenido y tiene; e cuanto es servicio de Dios e utilidad e bien común de ellos». Las leyes castellanas, por otra parte, la obligaban a solicitar de él el acostumbrado juramento para ser nombrado regente.

Por último, «e suplico al Rey, mi Señor, se quiera servir de todas las dichas joyas e cosas e de las que más a su Señoría agradaren, porque viéndolos pueda tener más continua memoria del singular amor que a Su Señoría siempre tuve, y aún porque siempre se acuerde que ha de morir y que lo espero en el otro siglo y con esta memoria pueda más santa y justamente vivir».

Hasta el último instante de su vida, Isabel vio claramente los males que probablemente se abatirían sobre Castilla después de su muerte e intentaba prevenirlos por todos los medios. A las seis semanas de firmar su testamento (tres días antes de morir), Isabel redactó un codicilo por el que nombraba una comisión para elaborar una nueva codificación de las leyes: una reforma que se había emprendido dos veces, pero nunca a su total satisfacción. Recomendaba además una investigación acerca de la legalidad de las alcabalas, un impuesto del 10% sobre el comercio, dando a entender que éste no podría durar siempre, y menos sin la aprobación del pueblo –lo cual demuestra que, después de haber hecho realidad todos sus planes mediante una necesaria concentración de poder, ahora su instinto democrático la

impulsaba a regresar a las libres instituciones de sus antecesores–. Es más: exhortaba encarecidamente a sus sucesores a tratar a los indígenas de las nuevas posesiones descubiertas al otro lado de los mares con la mayor amabilidad y gentileza posibles; a enderezar cualquier error que se pudiera haber cometido; y a consagrarse a la misión de civilizarlos y convertirlos al cristianismo. Y, con su característica visión de futuro, insistía en que Gibraltar era imprescindible para la seguridad de España y que no debería perderse jamás.

La reina regresó a sus oraciones con la satisfacción del deber cumplido. Vestida con un hábito franciscano, confesó, recibió la Sagrada Comunión y consoló a los amigos que, anegados en lágrimas, acudían a rendirle su último homenaje. El Arzobispo Jiménez, ocupado en la construcción de su Universidad y en su Biblia Poliglota, viajó a toda prisa desde Alcalá para proporcionarle los últimos consuelos. Prospero Colonna, un italiano que fue a visitarla, comentó con el rey que había ido a España para ver a la mujer que «enferma y en su lecho, continúa gobernando al mundo». Un franciscano trajo de Jerusalén una piedra del Santo Sepulcro, parte de la cual entregó a la reina, quien la recibió con la mayor reverencia. «Pasamos todo el día en palacio», escribió Pedro Mártir, «esperando trémulamente la hora en que la religión y la virtud abandonaran este mundo con ella».

Aquel noviembre las tormentas fueron constantes. El día 26 el cielo tenía un color gris plomo, la lluvia azotaba los muros del castillo, se desbordaban los ríos y el viento silbaba sobre la melancólica vega. La reina comprendió que le había llegado la hora. Recibió los sacramentos una vez más, incluida la Extremaunción, indicando con un gesto que no deseaba tener los pies destapados durante la ceremonia. Luego cayó inconsciente. Por la noche reconoció al rey, que estaba junto a su lecho, sonrió débilmente, cruzó las manos, volvió sus ojos al cielo con mirada suplicante y esperanzada y entregó a Dios su alma pura y luminosa. Se hizo el silencio en la cámara real... Luego, un sollozo y el lamento de las mujeres.

«El pesar hace que mi mano desfallezca», escribió Pedro Mártir al Arzobispo Talavera. «El mundo ha perdido su adorno más noble; una pérdida que será lamentada no sólo por España, a quien ella ha conducido durante tanto tiempo por el camino de la gloria, sino por todas las naciones de la Cristiandad, pues ella era el espejo de cualquier virtud, el refugio de los inocentes y la espada vengadora de los débiles. En mi opinión, no existe nadie de su sexo, ni en los tiempos modernos ni en los antiguos, digna de

equipararse con esta mujer incomparable»[7].

Al día siguiente, después de que el rey Fernando anunciara la muerte de la reina y –de acuerdo con los deseos de Isabel– jurara como regente, un cortejo de caballeros con sus capas de luto y montando sus cabalgaduras engualdrapadas de negro salieron de Medina acompañando la sencilla litera que contenía el cadáver de la reina, quien –según sus instrucciones– continuaba ataviada con el hábito franciscano. Acababan de abandonar la ciudad cuando una terrible tormenta de lluvia y viento se abatió sobre ellos. La cabalgata siguió avanzando lentamente... Arévalo, donde la reina pasara su niñez; Toledo, ciudad en la que, aún en la plenitud de su vida, celebrara con júbilo la victoria de Fernando en Toro; Jaén, donde logró salvar la causa de la Cristiandad y completar la construcción de la nación española gracias al empeño de sus joyas para financiar el sitio de Baza...

Durante las tres semanas que duró el viaje, los caballeros no consiguieron ver el sol ni las estrellas. Los caminos estaban prácticamente intransitables; los puentes destrozados; los campos y llanuras convertidos en lagos y los riachuelos en torrentes que hacían tropezar a los caballos y empaparse a los jinetes. «A lo largo de mi turbulenta peregrinación a Egipto», dice Pedro Mártir, quien acompañó los restos de su dama hasta la tumba, «nunca me topé con tantos peligros». Aún continuaban las tormentas cuando el 18 de diciembre los peregrinos atravesaban empapados las puertas de la ciudad conquistada por la reina Isabel y las de la Alhambra (desde donde enviara a Cristóbal Colón a descubrir un nuevo mundo) con su silenciosa carga para depositarla en el monasterio franciscano.

Aquel día las nubes se fueron desvaneciendo y comenzó a brillar el sol, aunque sobre una España que había perdido para siempre algo vital. Para algunas personas se trataba de una España trágicamente transformada. El rey Fernando había perdido su genio tutelar y aún le quedaban por delante doce años de vejaciones por parte de Felipe y de Juana. A los pocos meses de la muerte de Isabel, Fernando contrajo matrimonio con la hermosa Germana de Foix con la esperanza de tener un heredero varón; pero su hijo falleció, dejando la sucesión a Carlos V. El cruel Lucero, tercer Inquisidor General, formuló varias acusaciones contra el Arzobispo Talavera, quien pasó más de un apuro a la hora de demostrar su inocencia. Gonzalo de Córdoba regresó a España para ser destituido por Fernando, quien desconfiaba de un general tan influyente. Pero de todas las personas que descubrieron que habían perdido a la amiga más fiel de este mundo la que más lo lamentó fue quizá la pequeña

princesa Catalina, que se encontraba en Westminster. El 26 de noviembre de 1504, fecha de la muerte de su madre, en que se sentía más deprimida que nunca, Catalina escribió dos cartas: una al rey Fernando, en la que le decía que llevaba un año entero sin recibir noticias suyas; y la segunda dirigida a su madre:

«Os he escrito tres cartas y se las he entregado al Doctor Puebla para que se encargue de hacéroslas llegar. Ante todo desearía tener noticias de vuestra salud. Aunque la Archiduquesa ha escrito que vuestros ataques diarios de escalofríos y fiebre han desaparecido, no podré estar satisfecha ni tranquila hasta no ver una carta vuestra. No tengo otra esperanza ni bienestar en este mundo que los que proceden de saber que mi padre y mi madre se encuentran bien».

Colón llegó a Sanlúcar de su cuarto viaje dos semanas antes de la muerte de la reina. Después de 26 meses repletos de crueles contradicciones, su espíritu permanecía inquebrantable; iba de camino a Medina del Campo para solicitar una tercera expedición cuando, a principios de diciembre, se enteró del fallecimiento de Isabel. Como si hubiera tenido la premonición de que pasaría los diecisiete meses de vida que le quedaban intentando en vano que Fernando, Felipe y Juana le enviaran a las Indias por quinta vez, aquel tosco anciano, apenado, daba la noticia por carta a su hijo Diego y añadía: «La principal cosa es encomendar afectuosamente y con gran devoción a Dios el alma de la Reina, nuestra señora. Su alma fué siempre católica y santa, y presta a todas las cosas de su santo servicio; por esta razón podemos estar seguros de que está ya en el seno de la gloria de Dios y lejos de los cuidados de este mundo agrio y fatigante».

NOTAS

PROLOGO

[1] Los prejuicios de Lea son tan violentos que sus conclusiones resultan indignas de crédito y sus métodos bastante dudosos; sin embargo, se trata de un infatigable buscador de datos y documentos. Sus *Inquisition of the Middle Ages (La Inquisición en la Edad Media)* y *History of the Inquisition of Spain (Historia de la Inquisición española)* son de suma utilidad siempre que el estudioso se tome la molestia de comprobar las fuentes. Acerca de la *Historia de la Inquisición en la Edad Media* Vermeersch comenta: «Esta obra impresiona a muchos a causa de la confusa cantidad de aparente erudición que contiene, aunque presenta deficiencias en cuanto a la síntesis, así como a su imparcialidad y fiabilidad». Lo mismo podríamos decir de *La Inquisición española*, como intentaré demostrar más adelante. W.T.W.

[2] Vol. XI, p. 485.

[3] Mariana, *Historia general de España.*

CAPITULO 1

[1] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos de España y Portugal,* Vol. III, p. 62.

[2] Diplomático, erudito y uno de los cronistas más importantes de la época de Enrique IV y de los comienzos del reinado de Isabel.

[3] Castillo, *Crónica del Rey don Enrique IV,* Cap. I, ed. 1787.

[4] El retrato de Stuttgart parece confirmar la opinión de Alonso de Palencia.

[5] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos,* Vol. III, p. 34, nota 1.

[6] A. Paz y Meliá, *El cronista Alonso de Palencia.*

CAPITULO 2

[1] Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos.*

[2] Los dos principales cronistas de Enrique IV fueron su capellán Castillo, que hace especial hincapié en sus virtudes, y Palencia, cuyo desdén hacia el rey era evidente y que se regodea dando detalles de sus defectos. Muchos historiadores españoles –Zurita entre otros– alaban la veracidad de Palencia. Uno de sus más recientes defensores es Paz y Meliá, quien sostiene su propio punto de vista en la obra *El cronista Alonso de Palencia*, Madrid, 1914.

[3] Pulgar, *Claros varones de Castilla.*

CAPITULO 3

[1] Así describe Palencia a las damas de la reina Juana.

[2] Pulgar, *Crónica.*

CAPITULO 4

[1] En su *Crónica*, Pulgar atribuye la causa de la muerte de don Pedro a una «esquinencia». Prescott y otros autores lo han traducido como «quinsy» (en español: «anginas», «amigdalitis»), pero Colmenares, en su *Historia de la insigne ciudad de Segovia* (Lib. II, cap. 33), explica que en castellano antiguo la palabra «esquinencia» equivale a una «enfermedad que hoy se conoce como «garrotillo» o «crup». Y añade que el hermano de don Pedro, es decir, el Marqués de Villena, murió de la misma enfermedad.

[2] Mariana, *Historia general de España*, Lib. XXIII, cap. IV.

[3] Lea, *The Inquisition of Spain*.

[4] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, Vol. III, p. 148.

[5] A. Paz y Meliá, *El cronista Alonso de Palencia.*

[6] *Historia general*, Lib. XXIII, cap. IX.

[7] Pulgar, secretario de Isabel y converso también, así lo atestigua.

[8] Amador de los Ríos recoge esta historia en sus *Estudios sobre los judíos de España*, p. 161: «Ni Isabel la Católica podía hacer estas promesas a un fraile oscuro...».

[9] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. III.

[10] Pulgar, *Crónica*, 1ª parte, cap. IX.

[11] Pulgar, *Crónica*, 1ª parte, cap. VIII.

[12] Pulgar, *Crónica.*

[13] *Ibidem.*

CAPITULO 5

[1] La pretensión del Dr. Meyer Kayserling, apoyada por otros escritores judíos, de que Don Fernando era nieto de la hermosa judía Paloma de Toledo parece basada en un error. Mariana desmiente toda la historia, calificándola de un rumor sin fundamento (Historia general, Vol. II, Lib. 16, cap. XVIII), y demuestra que Paloma no fue madre, sino nodriza, de uno de los antepasados del abuelo de Don Fernando, el Almirante Don Fadrique, y ello un siglo antes, durante el reinado de Pedro el Cruel. Zurita (Anales de la Corona de Aragón) señala que la abuela materna de Don Fernando fue Doña Marina de Córdoba. Por otra parte, los rasgos semitas que aparecen en uno de los retratos de Don Fernando, realizado durante su juventud, están absolutamente ausentes en otros muchos.

[2] Castillo nos proporciona el texto completo. Crónicas, cap. 136.

[3] Lucio Marineo, *Sumario de la clarísima vida y heroycos hechos de los Católicos Reyes don Fernando y doña Ysabel de inmortal memoria*, pp. 142-3.

[4] El Breviario de Isabel se conserva en el British Museum.

[5] Castillo, cap. 144. Pulgar recoge también esta carta sin fecha.

CAPITULO 6

[1] Guggemberger, *General History of the Christian Era*, Vol. I.

[2] F. M. Powick, *The Legacy of the Middle Ages*, Oxford, 1926.

[3] Es incomprensible que Lavisse y otros historiadores mantengan la calumnia de que los Riario eran hijos de Sixto IV, mucho después de que Pastor demostrara lo contrario. Véase *History of the Popes*, Vol. IV, p. 234, nota. El historiador judío Graetz escribe que Sixto era «un infame monstruo de depravación, sensualidad y falta de escrúpulos, que nombraba a muchachos para los obispados y la dignidad de cardenales con el fin de abusar de ellos». Graetz es contrario al Papado y, actualmente, un historiador desacreditado por todos los historiadores imparciales. Su odio hacia la Iglesia Católica le hace emplear constantemente términos tan violentos que llegan a ser grotescos. Los dominicos son «caníbales», «harpías con hábitos de

monje». El propio Torquemada es un «sacerdote cuyo corazón permanecía cerrado a cualquier sentimiento noble, de cuyos labios solamente brotaban la muerte y la destrucción y que unía en él el salvajismo de la hiena con el veneno de una serpiente». La falta de veracidad de sus opiniones se demostrará más adelante.

[4] Von Pastor, *History of the Popes*, Vol. IV, p. 239.

[5] Von Pastor, *History of the Popes*, Vol. IV.

[6] *Palencia*.

[7] Pulgar, *Crónica*, cap. VII.

[8] Lea desmiente lo ocurrido calificándolo vagamente de «accidente», pero sin proporcionarnos las razones que le llevan a creer que no se trató de un hecho intencionado. Pero Graetz (*History of the Jews*, Vol. IV, p. 304) admite que lo sucedido se debió «o bien a un accidente, o bien a un plan deliberado», y que desencadenó la ira de la gente, convencida de que la niña había arrojado intencionadamente «suciedad» (basura) sobre la imagen.

[9] *Fortalitium Fidei*, de Fr. Alonso de Espina; texto latino en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Vol. IX, p. 354.

[10] Este obispo era hijo del tesorero de Enrique IV, el converso Diego Arias de Ávila.

[11] Segovia.

[12] Este hecho ocurrió trece años antes de que se estableciera en Castilla la Inquisición.

[13] Este importante pasaje ha sido omitido en bastantes ediciones de la obra de Colmenares. No obstante, sí aparece en el manuscrito original, conservado en los archivos de la catedral de Segovia. También en la edición de Diego Díez, Madrid, 1640, y la edición impresa en Segovia en 1921, cap. XXXIII, nº 2.

[14] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, Vol. III, pp. 162-63.

[15] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, Vol. III, pp. 161 y ss.

[16] Mariana, *Historia*.

[17] Mariana, Libro XXIV, cap. 2.

[18] Castillo, *Crónica del Rey Enrique IV*, cap. 168.

CAPITULO 7

[1] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, Vol. III, p. 226; y Zurita, *Anales*, Vol. IV, Libro XIX.

[2] Pulgar, *Crónica*, cap. IV.
[3] Pulgar, *Crónica.*
[4] *Ibidem.*
[5] Pulgar, *Crónica.* Mariana, historiador del siglo XVI, compartía la tesis de los portugueses y consideraba a Isabel una usurpadora.
[6] Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos.*
[7] Pulgar, *Crónica.*
[8] *Ibidem.*
[9] Bernáldez, cap. XII.
[10] Idem cap. XIII.
[11] *Ibidem.*
[12] *Ibidem.*
[13] Idem cap. XIV.
[14] *Ibidem.*
[15] *Ibidem.*
[16] *Ibidem.*
[17] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. XIII.
[18] Bernáldez, cap. XI.
[19] Pedro Mordano, hijo de un correo de Paradinas. Bernáldez, *Historia*, cap. XXI.

CAPITULO 8

[1] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. XI.
[2] Últimamente en España se ha defendido la canonización de Isabel.
[3] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. XLIII.
[4] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. XLV.
[5] La batalla ha sido reconstruida a partir de la información proporcionada principalmente en las crónicas de Pulgar y Bernáldez.
[6] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. XLVII.

CAPITULO 9

[1] Pulgar, *Crónica*, cap. LI.
[2] En *Holinshed's Chronicle*, relatado por William Harrison, 1577.
[3] Marineo, *Sumario*.

[4] El autor desconoce si Yáñez era un converso o bien un cristiano viejo.
[5] Pulgar, *Crónica*, 2ª parte, cap. LIX.

CAPITULO 10

[1] De acuerdo con una temprana y arraigada tradición, Santiago Apóstol fue el primero que llegó a España para predicar el cristianismo. De regreso a Jerusalén, fue martirizado en el año 42 d.C. Sus discípulos llevaron su cuerpo hasta Galicia, donde lo enterraron en el lugar en el que hoy se levanta Compostela. Durante las sangrientas persecuciones ordenadas por los emperadores romanos y los desórdenes que siguieron a las invasiones de los godos, los cristianos supervivientes se dispersaron y el sepulcro del Apóstol fue primero descuidado para más tarde caer en el olvido. Alrededor del año 800 d.C. unas luces sobrenaturales que brillaban en medio de la espesura de un bosque sobre unos matorrales revelaron su emplazamiento. Un Obispo ordenó despejar la maleza de aquella zona y se halló un hoyo que fue excavado de inmediato. Contenía una urna en la que apareció el cuerpo que, tras una serie de investigaciones, parecía seguro era el de Santiago. Junto a la sepultura, restablecida en aquel mismo lugar, se produjeron numerosos milagros; y el Papa León III, a petición del rey Alfonso y del emperador Carlomagno, aprobó de forma oficial la devoción popular a Santiago mediante el traslado de la sede de Iria a Compostela. Tenemos un buen ejemplo de lo mal que nuestros historiadores han interpretado a los españoles en la afirmación de Prescott (*History of the Reign of Ferdinand and Isabella*, Vol. I, p. 307, nota) de que «Mariana... duda de la autenticidad del cuerpo así como de la visita del Apóstol, pero, como buen jesuita, concluye “esto no es motivo para distraer con tales disputas la devoción del pueblo, que está tan firmemente arraigada”. Aparte de que Prescott ha sacado violentamente una frase de su contexto, amén de debilitar la fuerza de la expresión «en especial tan asentadas y firmes como ésta es», traduciéndola por «so firmly settled as it is», es muy importante señalar que ¡Mariana manifiesta enfáticamente su fe en la tradición de Santiago! «En nuestros tiempos», dice, «ciertas personas graves e instruidas han expuesto dificultades sobre la venida de Santiago Apóstol a España»; otras sobre el hallazgo de su sagrado cuerpo. Llevaría gran espacio tratar completamente esta cuestión; y no juzgo ser lícito cargar las devociones del pueblo con tales disputas y discusiones, especialmente cuando son tan sólidas y bien establecidas como ésta lo es. Ni las razones que

nos dan no nos parecen de más fuerza que las más numerosas y fuertes testimonios de Papas, Reyes y autores antiguos y santos y hombres notorios que militaron con vigor al lado de la verdad. Finalmente, después de pasar los argumentos de ambos lados, aseguro que pocos santuarios de Europa están mejor documentados y confirmados que el nuestro de Compostela». *Historia,* lib. VII, cap. X; ver también libro IV, cap. II.

[2] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. LXIV.

CAPITULO 11

[1] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. LXVII.

[2] Jane Dieulafoy, *Isabelle la Grande.*

[3] Jane Dieulafoy, *Isabelle la Grande.*

[4] *Jewish Encyclopedia,* Vol. XI, p. 499.

[5] Maurice Samuels, *You gentiles,* p. 10.

[6] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. LXX.

[7] Pulgar, *Crónica.*

[8] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. LXXI.

[9] *Ibidem.*

[10] Existen dos copias de este decreto en la biblioteca de Yale.

[11] Bernáldez, *Historia,* cap. XXXII. La fecha que da Prescott del nacimiento está equivocada.

[12] Bernáldez, *Historia,* cap. XXXII.

[13] Bernáldez, *Historia,* cap. XXXIII.

[14] Bernáldez, *Historia,* cap. XLIV.

[15] *Ibidem.*

[16] Zurita, *Anales de Aragón.*

[17] Mariana, *Historia general,* Libro XXIV, cap. VII.

[18] Pulgar, *Crónica.*

[19] Muchos historiadores no están de acuerdo con la opinión de Mariana de que «el principal promotor y fundador de este tribunal fue el Cardenal de España, movido por la gran corrupción que causaba la íntima relación de cristianos, moros y judíos». *Historia general,* Libro XXIV.

CAPITULO 12

[1] Existe un hermoso retrato del hermano de Don Beltrán de la Cueva en el Museo de la Hispanic Society de Nueva York.

[2] *Hechos de los Apóstoles*, 18, 2; Suetonio, *Claudius,* XXV.

[3] *Hechos de los Apóstoles*, 18, 5-6. Pablo de Santa María, mencionado un poco más abajo, se llamaba originariamente Selemoth Ha-Levi y fue el tutor del padre de Isabel. Su conversión se produjo a raíz de una aparición de la Santísima Virgen.

[4] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, Vol. III, p. 64.

[5] *Jewish Encyclopedia,* Vol. XI, p. 485.

[6] *Jewish Encyclopedia,* Vol. III, p. 485. Lewis Browne, en su obra *Stranger Than Fiction*, p. 196, dice: «Los judíos comenzaron a prosperar bajo el tolerante gobierno de los musulmanes. Durante siglos no habían sido más que miserables y ruinosos vendedores ambulantes; ahora se convirtieron en comerciantes ricos y poderosos. Viajaban a todas partes, desde Gran Bretaña hasta la India, desde Bohemia a Egipto. Por aquella época comerciaban sobre todo con esclavos. Los mercaderes judíos podían verse en todo camino importante, en cualquier gran río o mar, con sus caravanas de prisioneros encadenados». Albert M. Hyamson (*A History of the Jews in England*, p. 5) hace la interesante observación de que los judíos comerciantes de esclavos fueron con toda probabilidad responsables indirectos de la conversión al Cristianismo de Gran Bretaña. «Los esclavos ingleses que atrajeron la atención de Gregorio en el mercado de Roma y le indujeron a viajar hasta Gran Bretaña probablemente fueron introducidos en Italia por los mercaderes judíos».

[7] «Si se conociese bien la verdad», dice Lewis Brown en su *Stranger Than Fiction* (p. 222), «probablemente descubriríamos que los judíos instruidos de la Provenza fueron en gran medida responsables de esta secta de librepensadores (=los albigenses). Las doctrinas propagadas por los judíos durante años en este territorio no podía por menos que ayudar a minar el poder de la Iglesia». Los escritores judíos alardean con frecuencia del papel desempeñado por los de su raza en el fomento de algunas herejías en contra de la Iglesia Católica. «En conjunto», dice I. Abrahams (*Jewish Life in The Middle Ages*), «la herejía era un salto atrás hacia el Antiguo Testamento y los ideales judíos. Es indudable que las doctrinas heréticas de los albigenses del sur de Francia a principios del siglo XIII, al igual que las de los husitas en el XV, eran en gran parte la consecuencia de las relaciones amistosas entre los cristianos y los judíos instruidos». Ver también Graetz, *History of the Jews,*

Vol. III, cap. XV, traducción al inglés, y Rabbi Newman, *Jewish Influence on Christian Reform Movements.* Encontramos un relato magnífico de la Historia del sur de Francia en el siglo XIII en Hoffman Nickerson, *The Inquisition,* Nueva York, 1923.

[8] Lea atribuye a San León un intolerante discurso pronunciado por el emperador. El hecho es que muchos de los eclesiásticos de aquella época protestaron contra la pena de muerte decretada por el emperador para los herejes.

[9] Vacandard, *The Inquisition*, págs. 63 y 72. Traducción inglesa.

[10] *Ibidem.*

[11] Lea, *The Inquisition in the Middle Ages.*

[12] Santo Domingo nunca fue inquisidor a pesar de predicar contra los cátaros.

[13] Vacandard, *The Inquisition,* traducción inglesa. A. Vermeersch, S.J., difiere considerablemente del abate Vacandard en este punto (como en tantos otros). «¿La persona acusada de herejía no contaba con nadie para su defensa?», se pregunta. «Dejemos responder a Eymerico, cuya instrucciones se han convertido en un auténtico clásico. Éste dice (p. 480): «Debe proporcionársele un abogado y no negárselo». Y su comentarista, Pegna, dice: «Es una simple cuestión de justicia»... Además, no debemos olvidar que la ley permitía al acusado recusar a un inquisidor basándose en una causa justa; que se garantizaba el derecho a formular una apelación contra toda sentencia que no fuera definitiva; y que incluso después de una sentencia definitiva existía siempre el derecho de apelación especial ante el Sumo Pontífice. No se ahorraba ninguna precaución para asegurar un juicio justo a los acusados.

«Pero ¿qué podemos decir», continúa Vermeersch, «de los ardides utilizados por algunos inquisidores para embrollar a los acusados y obligarles a contradecirse? ¿No siguen muchos magistrados y fiscales de nuestros días este mismo procedimiento de que se valían sus predecesores medievales? ¿Cómo podemos sorprendernos de encontrar un manual dirigido a los inquisidores que contiene advertencias contra las tretas empleadas por los herejes y la mejor manera de descubrirlas? Parece lógicamente permisible el uso de una cierta astucia contra una secta cuyos miembros estaban habituados a ella y a una constante duplicidad; y esto sólo puede ofender a esa escuela pseudo-cabelleresca que intenta siempre proporcionar ventaja a los criminales en su lucha contra la autoridad». *Tolerance,* págs. 134-5, traducción inglesa.

[14] Vacandard, *The Inquisition.*

[15] Vermeersch, después de criticar a Vacandard por sus desafortunados ataques contra Santo Tomás, y al tiempo que alaba al fanático Lea, dice: «La Iglesia siempre ha mantenido la opinión de que el derramamiento de sangre es incompatible con el carácter clerical de los jueces; pero en aquella época la idea más generalizada era que lo que suponía una incoherencia en la misión del juez no lo era necesariamente en la del legislador; y nosotros podemos entender perfectamente la distinción».

[16] Lea, *The Inquisition in the Middle Ages.*

CAPITULO 13

[1] Un eco de esta «leyenda» se puede encontrar en la obra de Jacob Wassermann, *Christopher Columbus, Don Quixote of the Seas*, traducción inglesa, p. 41: «En sus opiniones dependía por completo de los dignatarios de la Iglesia».

[2] Lucio Marineo, *Sumario*, p. 70.

[3] Existe un interesante relato de la embajada de Clavijo en *Tamarlán*, de Harold Lamb.

[4] Pulgar, *Crónica.*

[5] *Ibidem.*

CAPITULO 14

[1] Amador de los Ríos, *Estudios sobre los judíos de España*, p. 21.

[2] Aunque la Iglesia Católica tiene una deuda importante tanto con los árabes como con los judíos por el pensamiento de los griegos del que ambos fueron transmisores, hay que decir que el aristotelismo permaneció estéril en uno y otro pueblo, mientras que los filósofos católicos de la Edad Media lo tomaron como punto de partida para elaborar una nueva síntesis, brillante, original y profunda. En contra de la opinión, ampliamente difundida, de que la Iglesia siempre ha intentado acallar a los pensadores independientes, es interesante hacer notar que los más importantes filósofos judíos y musulmanes eran generalmente hombres de leyes, a menudo en franca oposición a los rabinos y sacerdotes y perseguidos por éstos. En la Europa católica, sin embargo, los filósofos más apreciados eran por lo común

sacerdotes y monjes, con frecuencia pertenecientes a la alta jerarquía, y gozaban de gran prestigio en la Iglesia –así, por ejemplo, Tomás de Aquino, que llegó a ser canonizado–. La vitalidad del pensamiento de Santo Tomás está firmemente confirmada hoy en día. Ver Mc Nabb, *The Catholic Church and Philosophy,* en Calvet Series, pp. 33 y ss; Oligati-Zybura, *The Key to the Study of St. Thomas*, St. Louis, 1925.

[3] *Jewish Encyclopedia*, vol. XI.

[4] Lea, *The Inquisition of Spain.*

[5] Lea, *Ibidem.*

[6] Lea, *Ibidem.*

[7] Lea, *Ibidem.*

[8] Dr. Meyer Kaysserling, *Christopher Columbus and the participation of the Jews in the Spanish and Portuguese discoveries.*

[9] Lea, *The Inquisition of Spain.*

[10] Sabatini, en su *Torquemada and the Spanish Inquisition*, ofrece una traducción un tanto desvirtuada de dicho pasaje. Así, por ejemplo, traduce «manjarejos» («delicacies») por «garbage»; y «oler», que posee una connotación neutral (=«smell») lo traduce por «stink».

[11] Bernáldez, *Historia*, cap. XLIV.

[12] El texto completo, en latín, se encuentra en el *Boletín*, vol. IX, p. 172.

[13] El texto español de este edicto está publicado en el *Boletín*, vol. XV, pp. 448 y ss.

[14] *Dublin Review*, vol. IX, p. 172.

[15] *Autobiography*, cap. XL, párrafo 9.

[16] Paz y Meliá, *El cronista Alonso de Palencia.*

CAPITULO 15

[1] El texto completo, incluidas la bula del Papa Sixto de fecha 1 de noviembre de 1478 y la orden real de 26 de septiembre de 1480, está publicado en el *Boletín*, vol. XV, pp. 453 y ss.

[2] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, vol. III, p. 248.

[3] Bernáldez, *Historia.*

[4] Amador de los Ríos, *Historia de los judíos*, vol. III, p. 249, nota.

[5] Bernáldez, *Historia.*

[6] *Ibidem.*

[7] Lea, *The Inquisition of Spain;* ver también *Boletín*, vol. XI, p. 289.

[8] *Ibidem.*

[9] Prescott siguió ciegamente las falsedades de Llorente, aunque llevado sin duda por la buena fe. Investigadores posteriores se han encargado de desvelar los métodos deshonestos del secretario de la Inquisición destituido, que confeccionó su estudio llevado por el deseo de venganza, cuidándose de destruir antes todos los documentos que no apoyaran sus tesis.

[10] Los años posteriores de la Inquisición escapan, claro está, del ámbito de este libro.

[11] Bergenroth, *State Papers*, vol. I.

[12] Sólo en el caso de los Templarios se mencionó en Inglaterra el asunto de la Inquisición.

CAPITULO 16

[1] Zurita, *Anales de la Corona de Aragón,* lib. XX, cap. XLI.

[2] *Historia,* cap. XIV.

[3] El texto latino que sigue es el publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. XV, p. 459. Se ha omitido buena parte del texto citado para mayor comodidad del lector moderno, poco acostumbrado al peculiar estilo del latín.

[4] Bernáldez, *Historia.*

[5] *Sumario*, p. 88.

CAPITULO 17

[1] Bernáldez da el número de 80.000.

[2] Bernáldez, *Historia,* cap. LIX; Irving, *The Conquest of Granada*, volumen I.

[3] Pulgar, *Crónica*, 3ª parte, cap. III.

[4] Marineo, *Sumario.*

[5] Irving, *The Conquest of Granada.*

[6] Estamos en deuda con Bernáldez, que nos proporciona esta estadística.

[7] Bernáldez, *Historia,* cap. IX.

CAPITULO 18

[1] Como ha demostrado Martin Hume, Washington Irving, en su *Conquest of Granada*, comete un error al hablar de Ayesha como madre de Boabdil, y de Zoraya como su joven rival. En el mismo error caen Jane Dieulafoy (*Isabelle la Grande*) y otros.

[2] Washington Irving, *op. cit.*

[3] Dr. Meyer Kaiserling, *Christopher Columbus and the participation of the Jews in the Spanish and Portuguese discoveries.*

[4] Pulgar nos proporciona por extenso los argumentos del rey.

[5] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.

CAPITULO 19

[1] Fita ha publicado los textos originales y auténticos de las bulas de Sixto en relación con la Inquisición en el *Boletín*, vol. XV, pp. 442-490, señalando además los numerosos errores y las omisiones que se pueden encontrar en la versión de las mismas ofrecida por Llorente.

[2] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. CLV.

[3] Idem.

[4] Idem.

[5] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. CIV.

[6] Hefele, en *Der Cardinal Ximenes*, dice que los españoles abandonaron Roma en señal de protesta por la tolerancia del Papa hacia los fugitivos conversos; pero no hay ninguna prueba que apoye su opinión.

[7] Pulgar, *Crónica,* 2ª parte, cap. CLV.

[8] *Ibidem.*

[9] *Ibidem.*

[10] *Ibidem.*

[11] *Boletín*, vol. XV, p. 462.

[12] *Ibidem.*

[13] *Cantar de los Cantares,* II, 15.

[14] Bergenroth, en la introducción al primer volumen de su *Calendar of State Papers*, cita a Fernando directamente: *»Haec concessiones sunt importunae et eis nunquam locum dare intendo. Caveat igitur Sanctitas Vestra impedimenta sancto officio concedere».* Cuando el rey lo que escribió en realidad fue lo siguiente: *»Et si per dictorum neophitorum importunas et*

astutas persuasiones concessa forsitan fuerint eis nunquam locum dare intendo. Caveat igitur S.V. contra dicti negotii prosequtionem (sic) *quicquid impedimenta concedere et si quid concessum fuerit revocare et de nobis ipsius negotii cura confidere non dubitare*». La cita a medias de Bergenroth atribuye al rey el haber dicho que las concesiones del Papa eran inoportunas, cuando es obvio que Fernando se refería a la «inoportuna y astuta capacidad de persuasión» de los conversos. Es de esperar que Bergenroth haya sido más cuidadoso al descifrar y traducir la correspondencia diplomática de Fernando e Isabel, porque su trabajo es hasta la fecha la única fuente de que disponemos para el estudio de sus relaciones con Enrique VIII y otros. El texto completo de la carta de Fernando ha sido publicado por Lea en el apéndice de su *History of the Inquisition of Spain*, vol. I. Bergenroth da la misma referencia: *Archivo General de la Corona de Aragón*, en *Barcelona, Registros*, vol. 3684.

[15] Generalmente este texto ha sido mal interpretado. La *Jewish Encyclopedia* nos hace saber que Sixto insinuaba que Isabel se inclinaba a actuar con rigor movida «por ambición y ansia de posesiones terrenas más que por el celo por la fe o por un auténtico amor de Dios». En realidad, el Papa decía exactamente lo contrario. Y Prescott hace la afirmación (Vol. I, p. 313), igualmente absurda, de que Sixto estaba «tranquilizando los escrúpulos de Isabel con respecto a la apropiación de los bienes confiscados».

[16] *Boletín*, vol. V, p. 468.

[17] Para un interesante estudio de la filosofía shakesperiana, ver *Shakespeare, Actor-Poet*, de Clara Longworth de Chambrun. Su tutor fue el mártir jesuita Edward Hall.

[18] *Boletín*, vol. XV, pp. 477-487. El texto de Llorente está lleno de omisiones y es incompleto.

[19] El texto publicado por Fita en el *Boletín*, que es el que sigue nuestro estudio, es el mismo que recibiera el Obispo de Evora. Los funcionarios oficiales evitaron que la bula fuera publicada en España. Ver *Boletín*, vol. XV, pp. 477-87 y siguientes.

[20] *Anales de la Corona de Aragón*, vol. XX, cap. 49.

[21] *The Inquisition of Spain*, vol. I, p. 174.

[22] En el capítulo XXV se verá cómo se verificaban las pruebas en los juicios de la Inquisición en tiempos de Torquemada.

[23] Hefele, *Der Cardinal Ximenes*, p. 356, traducción de Dalton.

[24] Lea, *The Inquisition of Spain*, vol. IV, p. 217.

[25] Idem.

[26] Lea publicó el texto español de dichas instrucciones en el apéndice del primero de sus cuatro volúmenes acerca de la Inquisición española. Fue el primero en publicarlo, pero su texto inglés impide al lector observar cómo se aprovechó de su valioso hallazgo para corregir los evidentes errores que comete a expensas del Papado y de la verdad.

[27] Zurita, *Anales,* lib. XX, cap. 65.

[28] En un segundo auto (celebrado el 3 de junio) dos hombres fueron ejecutados. De acuerdo con la *Memoria de diversos autos* publicada por Lea, Pedro Arbués predicó el sermón. No hay ninguna prueba en el documento de que fuera él quien impuso las penas. Éste es el único auto que podría estar relacionado con Arbués, puesto que no se celebró ningún otro en los dieciocho meses siguientes y su muerte tuvo lugar en septiembre de 1485. Lea considera su *Memoria* auténtica, aunque reconoce que la escritura pertenece al siglo XVII o XVIII y que muestra alguna discrepancia con otros informes.

[29] Zurita, *Anales,* lib. XX, cap. 65.

[30] *Ibidem.*

[31] Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 244.

[32] Lea omite estas palabras, igual que interpreta muy libremente otras muchas partes de la narración de Zurita. Ver *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 250, para comprobar cuán lleno de prejuicios se halla el relato de todo este asunto.

[33] Zurita, *Anales,* lib. XX, cap. 65. Lea, basándose únicamente en su propia autoridad, dice que el funeral se celebró dos semanas después, pero no da ninguna prueba en apoyo de su oposición a la afirmación de Zurita de que tuvo lugar «al sábado siguiente».

[34] *Memoria de diversos autos.* Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, appendix.

CAPITULO 20

[1] Marineo, *Sumario.*

[2] *Ibidem.*

[3] La figura yacente de la esposa de cierto caballero de Santiago, conservada hoy en día en el Museo de la Hispanic Society de Nueva York, da una idea fiel y completa de la moda en tiempos de Isabel. El autor se halla en

deuda con dicha anónima dama y con un folleto publicado por esta Sociedad en relación con los datos proporcionados.

[4] Pulgar, *Crónica.*

[5] *Ibidem.*

[6] Pulgar, *Claros varones de Castilla.*

[7] El texto de la carta del Duque no ha sido hallado, pero en *Calendar of State Papers,* vol. I, de Bergenroth, se encuentra una misiva posterior del Cardenal Mendoza en la que se alude a ella.

[8] Ibarra y RodrÍguez, *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América.*

CAPITULO 21

[1] Ibarra y RodrÍguez, *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América.*

[2] En 1491 Santángel hizo penitencia pública como hereje abjurante.

[3] Algunas conjeturas han fijado antes la fecha de su nacimiento (1436); D. Luis Ulloa ha formulado una nueva teoría sobre Colón basada en dicha premisa. Ulloa está convencido de que la confianza en sí mismo y las peticiones de Colón se debían al hecho de que había estado en el Nuevo Mundo antes de su primera aparición en la Corte castellana. Henri Harrisse, sin embargo, ha demostrado que Cristóbal Colón no pudo haber nacido antes de 1446. Ver *Christopher Columbus and the Bank of Saint George*, edición privada, Nueva York, 1888.

[4] Corsica, entonces en territorio genovés, es otra de las numerosas «cunas» de Colón.

[5] Navarrete, vol. II, p. 255.

[6] Bernáldez, *Historia,* cap. CXVIII.

[7] Dos de los últimos biógrafos de Colón, Marius André, católico, y Jacob Wassermann, judío, argumentan a favor de la teoría judía, pero sin proporcionar ninguna prueba definitiva.

[8] *«Mundi formam omnes fere consentiunt rotundam esse».*

[9] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.

[10] Bernáldez, *Historia,* cap. LXXX.

[11] *Ibidem.*

[12] Más tarde Papa con el nombre de Julio II.

CAPITULO 22

[1] Bernáldez, *Historia,* caps. LXXXVII y LXXXV.
[2] Bernáldez, *Historia,* caps. LXXXVII, LXXXIV y LXXXV.
[3] *Ibidem.*
[4] Zurita, *Anales,* lib. XI, cap. LXXIX.
[5] *Ibidem.*
[6] Hay una copia del breve en el *Boletín,* vol. XV, p. 585.
[7] Bernáldez, *Historia.*
[8] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.
[9] Bernáldez, *Historia,* cap. XCI.

CAPITULO 23

[1] Alrededor de unos setenta dólares al mes.
[2] Jacob Wassermann es el último biógrafo del Almirante que recoge la leyenda creada por Washington Irving.
[3] *Memorials of Henri VII,* de Gairdner; Bergenroth, *State Papers,* vol. I.
[4] Bernáldez, *Historia,* caps. XCV, XCIC y CI.
[5] *Ibidem.*
[6] Bernáldez, *Historia,* cap. XCIX.
[7] Bernáldez, *Historia,* caps. XCV, XCIX y CI.
[8] Mariana (*Historia general*, lib. XXV, cap. IX) cuenta que el rey tomó la lanza y el escudo y salió de su tienda desnudo, pensando que los moros intentaban tomar el campamento por sorpresa; Zurita (*Anales*, lib. XX, cap.XXXIX) dice que iba en camisa; ver también Bernáldez, cap. CI.
[9] Irving, *The Conquest of Granada.*
[10] Bernáldez, *Historia,* cap. CI.
[11] *Ibidem.*
[12] Mariana, *Historia general*, lib. XX, cap. IX.
[13] Zurita, *Anales,* lib. XX, cap. XCII.
[14] *Ibidem.*
[15] En su *Diario* Cristóbal Colón comenta que él también asistió a la entrada triunfal en Granada.
[16] Zurita, *Anales;* Irving, *The Conquest of Granada.*

CAPITULO 24

[1] Von Pastor, *History of the Popes,* vol. V.

[2] Lord Bacon, *Henry VII,* citado por Prescott.

[3] Probablemente este «Sir John» era Jehan la Barbe, un físico de Liège, quien tomó el viaje que el monje franciscano Odorico hizo a China en el año 1300 como base de sus viajes imaginarios.

[4] Jacob Wassermann, *Columbus,* traducción inglesa.

[5] Marius André, *La veridique aventure de Christophe Colomb,* París, 1929.

[6] Después de la reconquista Isabel le nombró Arzobispo de Granada.

[7] En *Columbus and His Predecessors* el Dr. McCarthy ha revelado el misterio de la procedencia de los fondos empleados para el primer viaje. Con anterioridad a este descubrimiento, varios historiadores, entre los que se incluye Lea (*The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 259), afirmaron que fue Santángel quien adelantó el dinero para el primer viaje de Colón. André sostenía incluso que lo hizo imponiendo elevados intereses.

CAPITULO 25

[1] Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 133.

[2] Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 134.

[3] Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 132.

[4] *Boletín de la Real Academia,* vol. XI, pp. 292-3; ver también Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 168.

[5] Lea, *The Inquisition of Spain,* vol. I.

[6] *Partidas,* VII, tit. XXIV, ley 2. Esta ley fue promulgada bajo el reinado de Alfonso X el Sabio.

[7] *Boletín,* vol. IX, pp. 353-40.

[8] *Ibidem.*

[9] *Boletín,* vol. XI, pp. 7-260.

[10] *The Inquisition of Spain,* vol. I, pp. 133-4. En una nota a pie de página, Lea remite al lector a un estudio más extenso del asunto de La Guardia efectuado por él mismo en *Chapters from the Religious History of Spain.* Una atenta lectura de las veinte páginas dedicadas al juicio de Juce Franco convencerán a cualquier estudiante meticuloso de la falta de honestidad intelectual de Lea. No sólo omite toda mención acerca de los dos

jurados ante los cuales Torquemada, en su afán de actuar con justicia, hizo que se presentaran las pruebas, sino que además es obvio que falsea el informe. En la página 452 dice que el 17 de diciembre de 1490 el fiscal Guevara acusó a Juce como autor de «una conspiración para obtener una Hostia consagrada con la cual –junto con el corazón de un niño– hacer un conjuro mágico...». «Curiosamente», añade Lea, «en ese momento no se habla para nada ni de la crucifixión de la víctima ni de las ofensas contra Cristo, que luego acabarían constituyendo parte fundamental de la historia... No fue hasta el final del juicio... cuando, el 21 de octubre de 1491, el fiscal solicitó permiso para añadir a la acusación las otras de la crucifixión del niño y las blasfemias contra Cristo». Si lo que dice Lea fuera cierto, el juicio contra Juce carecería de fundamentos sólidos. Pero el informe deja al descubierto las mentiras de Lea. El 17 de diciembre de 1490, en el juicio, Guevara juró solemnemente que creía que Juce estaba asociado con otros «en la crucifixión de un niño cristiano en Viernes Santo... burlándose de él y escupiéndole y haciéndole muchas ofensas e injurias para ofender a nuestra fe católica y la Pasión de Nuestro Salvador Jesucristo». El crimen se cometió, dice Guevara, «quasi de la forma e con aquella enemiga y crueldad que los judíos sus antepasados crucificaron a Nuestro Redentor Ihesu Christo, escarneciéndole y escupiéndole e dándole muchas bofetadas y otras feridas por vituperar e burlar Nuestra Santa Fe Católica e la Pasión de Nuestro Salvador Ihesu Christo». Ver *Boletín*, vol. XI, p. 14.

[11] Benito dijo Mosé y Juce Franco, pero luego rectificó el error. Mosé era hermano de Juce.

[12] *Boletín*, vol. XI.

[13] *Boletín*, vol. XXIII, p. 411.

[14] *Boletín*, vol. XXIII, p. 420.

[15] *Boletín*, vol. XI. pág 69.

[16] «E el dicho benito le respondió que moriese con el diablo; que más quería morir así que ser quemado», *Boletín*, vol. XI, p. 36.

[17] *Boletín*, vol. XI, p. 69.

[18] *Boletín*, vol. XI, pp. 81-87.

[19] *Boletín*, vol. XI.

[20] Fita cree que esto debió suceder a principios de 1487.

[21] *Boletín*, vol. XI, p. 109.

[22] *Boletín*, vol. XI, p. 420.

[23] *Boletín*, vol. XXIII, p. 427.

[24] El primero que difundió esta leyenda parece ser Páramo, p. 144.

[25] Bernáldez, *Historia,* cap. CX.

[26] *Ibidem.*

[27] *Ibidem.*

[28] Lea dice que «los cálculos de Bernáldez son probablemente todo lo correctos que pueden ser unos cálculos». *The Inquisition of Spain,* vol. I, p. 142. Isidore Loeb estima que unos 165.000 emigraron, 50.000 aceptaron el bautismo y 20.000 murieron. Lea considera estas cifras excesivamente elevadas.

CAPITULO 26

[1] En *Christopher Columbus, His Life, His Works,* vol. I, p. 490, John Boyd Thacher calcula que 1.167.542 maravedíes equivaldrían a 7.203'73 dólares; cifras aceptadas por Mc Carthy en *Columbus and His Predecessors,* p. 136. No obstante, Mc Carthy añade: «Se ha calculado que hoy en día se necesitarían unos 80.000 dólares para equipar y mantener una flota durante el mismo período de tiempo. En otras palabras: en el siglo XX 7.203'73 dólares tenían el mismo poder adquisitivo que 80.000 en el XX». El autor de esta obra ha establecido la equivalencia entre los maravedíes y los dólares de 1929 basándose en las estadísticas del precio del maíz, el trigo y otros productos. De ahí que opine que un maravedí equivaldría a dos centavos americanos de 1929.

[2] En *Art and Archaeology,* agosto, 1929, se publicó una fotografía de dicha réplica.

[3] Marius André asegura que en la expedición iban también varios frailes de La Rábida, pero no menciona la fuente en la que obtuvo dicho dato.

[4] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.

[5] Lea, *The Inquisition of Spain.*

[6] Jane Dieulafoy, *Isabelle la Grande.*

[7] *Epístola 997.*

[8] Marineo, *Sumario.*

[9] Von Hefele, *Der Cardenal Ximenes,* p. 6.

[10] Von Hefele, *Der Cardenal Ximenes,* p. 35; GÓmez, pp. 10-11; Robles, cap. XIII p. 76.

[11] El antiguo nombre de Alcalá de Henares era Complutum.

[12] En *Der Cardenal Ximenes,* del Dr. Von Hefele, tenemos un

excelente estudio acerca de la Biblia Políglota y de Cisneros en general.

[13] *Epístola 115.*

[14] *Storia d'Italia.*

[15] Marineo, *Sumario.*

[16] *Calendar of State Papers,* vol. I, Introducción.

[17] Paz y Meliá proporciona algunos de estos textos en *El cronista Alonso de Palencia.*

[18] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.

CAPITULO 27

[1] En *State Papers,* vol. I, p. 43, de Bergenroth, hay un resumen de este tratado. Ver también Du Mont, *Corps Universel,* III, 297.

[2] En Inglaterra se dictó una ley similar condenando a muerte a quienes llevaran caballos a Escocia.

[3] Bernáldez, *Historia,* cap. XCXXV.

[4] Bernáldez, *Historia,* cap. CXVI.

[5] *Ibidem.*

[6] *Ibidem.*

[7] *Ibidem.*

[8] Marius André formuló la teoría de que, desde el principio, Colón tenía intención de promover el tráfico de esclavos; y que se había ganado el apoyo de muchos judíos ricos prometiéndoles pingües beneficios gracias al comercio de carne humana. André no presenta, sin embargo, ninguna prueba concluyente; la frase «para el servicio de la marina» sugiere que Colón pretendía hacerse únicamente con esclavos del sexo masculino capturados en acciones de guerra. Y, de acuerdo con el contexto de la carta, es bastante probable que estuviera pensando sobre todo en los caníbales caribeños que perseguían a los nativos de La Española.

CAPITULO 28

[1] En *Christopher Columbus,* pp. 80-1, Jacob Wassermann explica con absoluta seriedad cómo el «yo» y «el Almirante», empleados alternativamente en la narración conocida como *Diario* de Colón, «son dos manifestaciones claramente distintas de sí mismo. Existían dos personas de

diferente rango, diferente responsabilidad y diferente importancia: una de ellas era suspicaz, febrilmente excitable, atormentada, cansada, obstinada; la otra no pertenecía por entero a este mundo: era un instrumento del poder divino, un espíritu infalible». Es evidente que Wassermann no estaba al tanto de la pérdida del texto original del Diario y que ignoraba que el que conservamos fue transcrito por Las Casas, quien unas veces proporciona las palabras del Almirante en primera persona y otras las resume en tercera. Efectuar el psicoanálisis de un hombre que lleva más de cuatrocientos años enterrado parece una tarea sumamente difícil, incluso para un novelista corriente.

[2] *Christophe Colomb et ses historiens espagnols,* París, 1892. En 1928 Marius André recoge la misma leyenda sin aportar prueba alguna a su favor.

[3] Para un estudio más completo sobre el tema, ver Von Pastor, *History of the Popes,* vol. VI, p. 59 y ss.

[4] Bernáldez, *Historia,* cap. CXX.

[5] Comines, *Mémoires.*

CAPITULO 29

[1] Este episodio aparece relatado en *A Queen of Queens,* de Christopher Hare (Mrs. Andrews) y en *Isabelle la Grande* de Madame Dieulafoy.

CAPITULO 30

[1] Palencia, *Tres décadas de las cosas de mi tiempo,* I, Lib. III.

[2] Pedro MÁrtir, carta a Pomponius Lactus.

[3] Bernáldez, *Historia,* cap. CXXIII.

[4] *Ibidem.*

[5] Fidel Fita, en *Boletín,* vol. XX, pp. 160-178.

[6] Fidel Fita, en *Boletín,* vol. XX, pp. 176-7.

[7] *Historia,* cap. CXX.

[8] Bernáldez, *Historia.*

[9] Pedro MÁrtir, *Epístola 176.*

[10] La afirmación de Madame Dieulafoy de que fue Pedro Mártir quien administró los últimos sacramentos al príncipe Juan parece contradecirse con el hecho de que no se ordenó sacerdote hasta 1505.

[11] Bernáldez, *Historia.*

CAPITULO 31

[1] Bernáldez, *Historia,* cap. CLI; Von Pastor, vol. VI.
[2] Von Pastor, *History of the Popes.*
[3] Zurita, *Anales,* vol. I, pp. 159-160.
[4] Von Pastor, *History of the Popes,* vol. V, p. 64.
[5] *Ibidem.*
[6] Zurita, *Anales,* vol. V, pp. 155.
[7] Bernáldez, *Historia,* cap. CLIV.
[8] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.
[9] Refiriéndose a los *Hechos de los Apóstoles,* 1, 26.
[10] Marineo, *Sumario,* p.107.

CAPITULO 32

[1] Von Hefele, *Der Cardinal Ximenes.*
[2] *Ibidem.*
[3] Bernáldez, *Historia,* cap. CLXV.
[4] Mariana, *Historia*, lib. XXVI, cap. X.
[5] Dr. J. J. Walsh, *Thirteenth, Greatest of Centuries,* p. 83.
[6] *Viagge fatto in Espagna.*
[7] *Jewish Encyclopaedia*, vol. XI, p. 501.
[8] *Jewish Encyclopaedia*, vol. V, p. 168. «Cromwell no ignoraba en absoluto ni los recursos ni la amplitud de actividades de los ricos judíos sefarditas del continente», dice Albert M. Hyamson en su *History of the Jews in England*, p. 176. «Controlaban el comercio español y portugués y, hasta cierto punto, también el de Levante. Los judíos cooperaron en la fundación del Banco de Hamburgo y estaban estrechamente relacionados con la Compañía de las Indias Occidentales y con la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Los judíos eran también conocidos por su comercio del oro y, además, muchos de ellos poseían flotas enteras de buques mercantes. La segunda razón que les procuró el favor de Cromwell era la gran ayuda que los cripto-judíos de Londres y sus agentes en el continente proporcionaban al gobierno de la Commonwealth. Y, cuando los empleaba para alguna misión

secreta, sabía perfectamente cuál era su auténtica fe». Carvajal, un judío secreto inmensamente rico que estuvo en Londres como embajador portugués, puso a disposición de Cromwell un ejército entero de agentes y espías continentales. La participación de los judíos en la difusión de la Reforma Protestante aparece señalada por el rabí Lewis Browne (en *Stranger than Fiction*, pp. 248 y ss.), quien comenta que Lutero estudió hebreo con Reuchlin, alumno de los eruditos judíos italianos, y que los judíos «sólo con su presencia en Europa... ayudaron al nacimiento de la herejía. Y, una vez nacida ésta, la dejaron crecer sola». También acierta Browne al decir que el liberalismo es de origen judío. «No es sorprendente que los enemigos del progreso social, los monárquicos y la Iglesia hablaran del movimiento liberal como de una conspiración judía», dice en la p. 305. El liberalismo, añade, «era la reforma protestante en el campo de la política... E incidentalmente acabó motivando la libertad de los judíos». La *Enciclopedia Judía* recuerda que de Lutero se decía que era «un judío de corazón»; y que, en una ocasión, él mismo señaló: «Si yo fuera judío, preferiría convertirme en cerdo antes que en cristiano». Adler (en *A History of the Jews in London*) señala que Enrique VIII hizo llamar a Roma a dos eruditos judíos de Roma y de Venecia para que le aconsejaran acerca de la ilegitimidad de su matrimonio con Catalina de Aragón. Abrahams *(Jewish Life in the Middle Ages)* hace notar que la Reforma «tenía sus raíces en un hebraísmo racionalista»; y en otro sitio comenta que «en realidad, la herejía fue un salto atrás hacia el Antiguo Testamento e, incluso, hacia los ideales judíos».

CAPITULO 33

[1] Bergenroth, *State Papers,* vol. I.
[2] *Ibidem.*
[3] Von Pastor, *History of the Popes,* vol. VI, p. 112.
[4] *San Mateo* 8, 7.
[5] *Du Pape*, II, cap. XIV.
[6] Bergenroth, *State Papers,* vol. I, p. 314.
[7] *Epístola 279.*

Índice